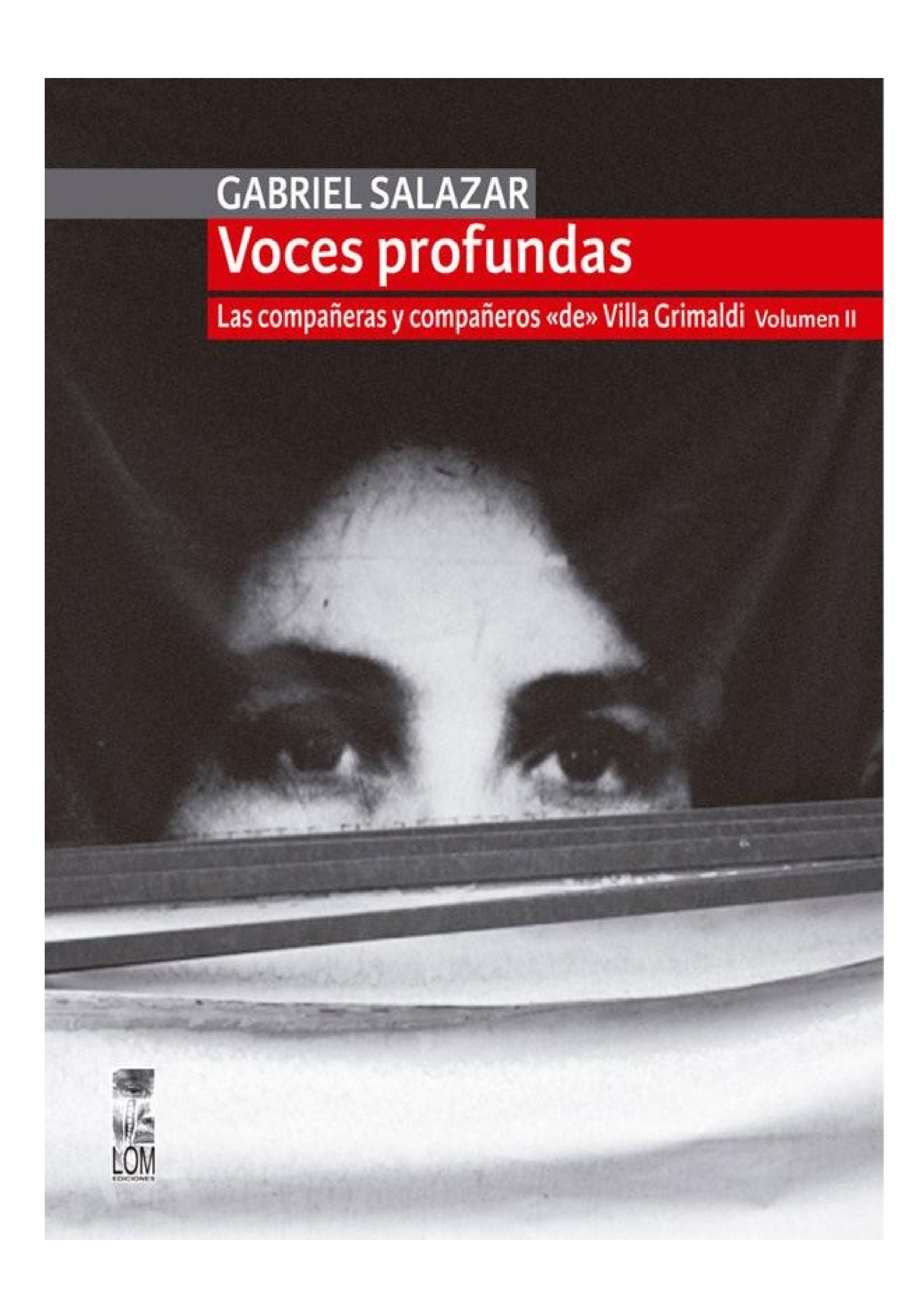
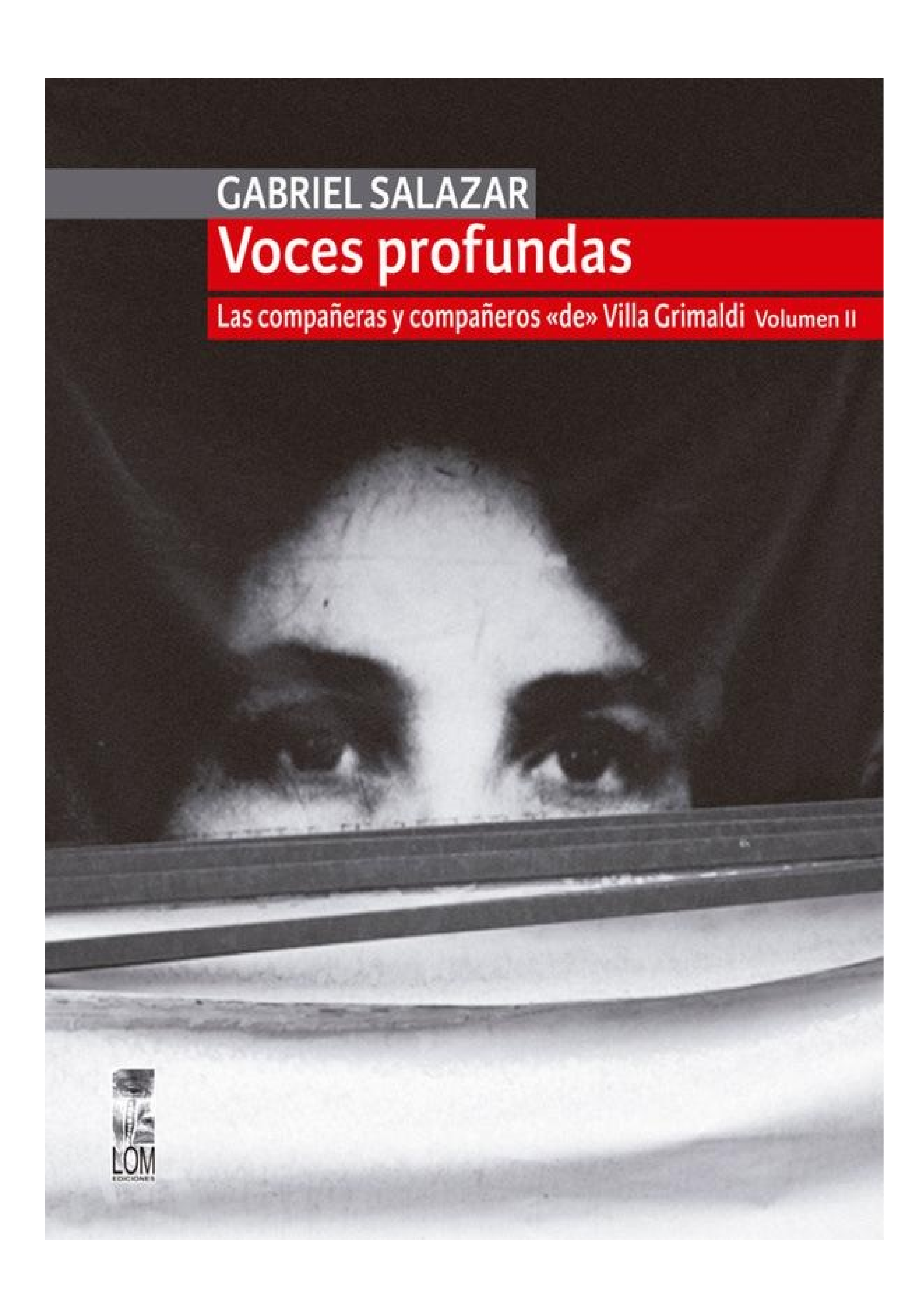


GABRIEL SALAZAR
Voces profundas
Las compañeras y compañeros «de» Villa Grimaldi Volumen II
LOM


GABRIEL SALAZAR
Voces profundas
Las compañeras y compañeros «de» Villa Grimaldi Volumen II
LOM
EDICIONES

Gabriel Salazar Vergara

Voces profundas

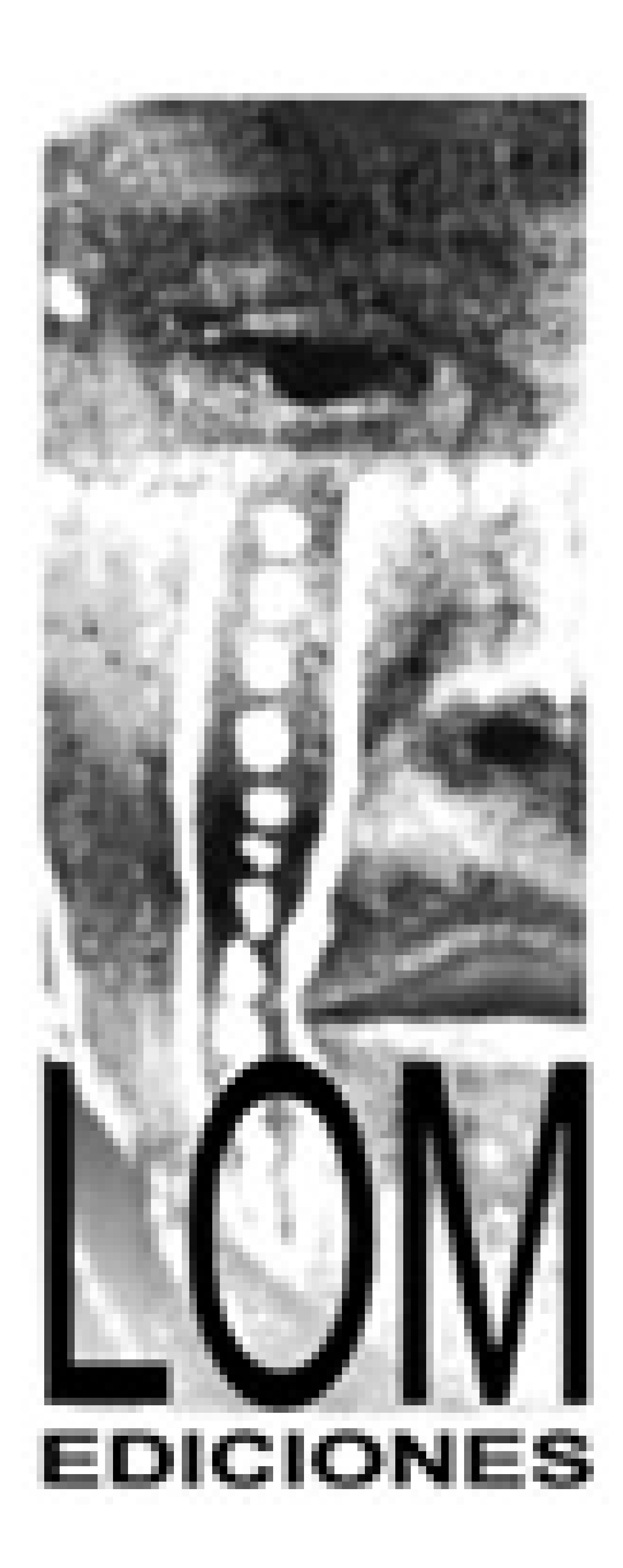
Volumen II

Las compañeras y compañeros «de» Villa Grimaldi

Equipo de investigación

Pablo Artaza / Daniela Zubicueta / Nicole Ávalos

Alejandra Fischer / Francisco Vallejos


LOM
EDICIONES

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Primera edición, 2017

ISBN Impreso: 978-956-00-0791-9

ISBN Digital: 978-956-00-0952-4

Las publicaciones del área

de Ciencias Sociales y Humanas de LOM ediciones

han sido sometidas a referato externo.

Fotografía de portada: Denise Madrid (Villa Grimaldi, 2008)

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 2 860 68 00

www.lom.cl

lom@lom.cl

«Los revolucionarios caídos no se lloran: se reemplazan…»

(Rayado mural: Vanguardia Organizada del Pueblo, VOP, 1973)

Prefacio

El primer volumen de este trabajo –Villa Grimaldi. Cuartel terranova. Historia, testimonio y reflexión– consistió en un estudio de lo que fue, tal vez, el principal centro de tortura y exterminio de la tiranía militar que existió en Chile entre 1973 y 1990. Ese «estudio» se organizó como una observación histórico-sociológica global, que combinó, para sus aspectos específicos, una perspectiva externa (objetiva, académica) y una perspectiva interna (desde la subjetividad de los detenidos), a efecto de reflejar las vertientes antagónicas de lo que allí se vivió.

Este segundo volumen, en cambio, está situado enteramente en la vertiente subjetiva de los detenidos mismos, tanto individual, como colectiva. El relato se ha domiciliado, preferentemente, en la memoria de esos detenidos y, por tanto, en el testimonio audiovisual que ellos, libremente, entregaron, para constituir el Archivo Oral de la Corporación del Parque por la Paz Villa Grimaldi. En el primer volumen, el autor necesitó moverse por sí mismo desde la descripción académica profesional, a la comprensión solidaria de lo subjetivo, sin dejar de ser, en todo momento, «autor». En este segundo volumen, en cambio, los que recuerdan y dicen, piensan, declaran y razonan, son los propios detenidos sobrevivientes. Es su memoria la que aquí se vacía. Son sus voces las que aquí se escuchan. Son sus imágenes de ayer y hoy las que aquí se reflejan. Es su vida, es su pasión, es su drama y sus decisiones las que constituyen la trama, la sustancia y el discurso de este libro. Son 70 voces que nos hablan, en solista, en dúos, en tríos y, también, colectivamente. En todos los registros cromáticos de la historia humana*.

En este segundo volumen, el «autor» ha tenido que limitarse a introducir los temas que se desarrollan; interpretar y armonizar, en fraseo coherente, la diversidad polifónica de que se revisten los testimonios; concluir imágenes y/o conceptos globales a partir de las múltiples premisas valóricas y la dispersión dramática de las vivencias... Porque toda la abigarrada realidad que los detenidos de Villa Grimaldi vivieron, desde 1960 hasta 2010 (aproximadamente), se desarrolló y quedó contenida en un mismo proceso histórico, un proceso único, pero compuesto internamente por infinitos cauces y minúsculos oteros de vida. Porque, la solidaridad lo mismo que la rebeldía, la felicidad tanto como el dolor,

la vida al igual que la muerte, no hablan con una misma voz, no trazan una misma trayectoria histórica, sino, habitualmente, un revuelto torrente de matices. Todos ellos imantados, sin duda, hacia un mismo fin, valórico y político, pero descolgándose de todos y cada uno de los ángulos socio-culturales del horizonte. El caos aparente de esa diversidad sostiene, sin embargo, desde el fondo, una armonía dialéctica. Una melodía en confluencia… Que es, en estricta realidad, el verdadero valor y sentido de la historia.

Y ha sido la búsqueda constante de esa armonía de diversidad… y de esa confluencia de continuidad la tarea que el «autor», en esta oportunidad, y para este libro, ha tenido que enfrentar. Porque, al revisar la masa de testimonios, el «autor» se encontró delante de sí, no ante un actor individual o un solista único en un escenario particular, sino ante un imponente coro humano…

Y no ante una o dos arias geniales, sino ante un oratorio completo, dotado de una épica obertura inicial, pero sin ningún allegro final… Ante eso, el «autor» sólo podía servir de enlace entre un acto y otro, y como un solidario armonizador de los tonos heroicos, sublimes y trágicos de un drama humano tal vez único en su especie…

El volumen II de esta historia no es, pues, un libro corriente: es el pentagrama de una odisea en tono mayor: es un obra coral…

No ha sido fácil, pues, escribir este libro. Mejor dicho: transcribirlo en su clave natural.

El trabajo de investigación y exposición se realizó, de una etapa a otra, tomando como base la transcripción y sistematización de 70 testimonios pertenecientes al Archivo Oral de la Villa Grimaldi; es decir: se trabajó con una muestra de voces, construida combinando criterios de azar y selección dirigida, sobre el universo total de 168 testimonios catalogados en ese Archivo. Y fue necesario operar en base a una muestra y no en base al universo total, por dos razones principales: a) la revisión exhaustiva del archivo habría requerido de casi dos años de trabajo, lo que excedía el tiempo disponible para el proyecto y, b) se necesitaba moldear una imagen histórica conjunta, y a la vez, diversa, del proceso vivido y del grupo humano que lo experimentó (es decir: el libro debía tener fluidez melódica en el tiempo y armonía de voces diversas, propias de un auténtico coro humano), y para eso no se necesitaba el universo completo (sería inmanejable), sino una muestra confiable de escala suficientemente proporcional.

Por eso, el libro está organizado en fases históricas (o, si se quiere, en actos dramáticos), cada uno marcado por un determinado sentimiento humano: amables recuerdos (obertura), felicidad comunitaria (allegro vivace), agresión, dolor, tragedia (trémolo), liberación y destierro (interludio) y retorno en desconcierto (scherzo, in crescendo…). Se ha intentado respetar y conservar tanto el tono como el sentimiento de la solidaridad y la rebeldía, que llenaron de sentido humano cada una de esas fases, lo mismo que su ancha coloratura expresiva.

Es preciso tener en cuenta que los testimonios aquí reunidos, organizados y expuestos constituyen una expresión colectiva, única en su especie. Por eso, el supuesto «autor» necesitó formar parte activa, también, del mismo coro…

***

En el libro, los testimonios están transcritos textualmente, aunque, casi siempre, extractados y, a veces, gramaticalmente editados, a efectos de dar cabida a la fluencia melódica y al equilibrio armónico del conjunto; lo mismo, para adaptar –sin alterar ni contenido ni coloratura– el lenguaje coloquial, cotidiano, al lenguaje escrito.

Queremos, en fin, agradecer una vez más el apoyo que el Directorio de la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi dio al equipo de investigación que realizó este trabajo. Sólo esperamos que este libro, surgido de la memoria profunda de una joven generación de chilenos que comprometió su vida por un alto sentido de solidaridad social, pueda revertirse de nuevo en la memoria profunda, no sólo de las compañeras y compañeros «de» Villa Grimaldi, sino en la de todos los chilenos. Pues es allí donde, realmente, pertenece. Y es allí a donde las voces de este coro deben llegar. Y es porque, de nuevo, la solidaridad social debe imponerse al individualismo egoísta, competitivo e insolidario del Mercado.

Equipo de investigación:

Gabriel Salazar, Pablo Artaza

Daniela Zubicueta, Nicole Avalos,

Alejandra Fisher, Francisco Vallejos.

Prólogo

Hace algunos años, quienes aquí escribimos, comenzamos a colaborar con este proyecto. Cruzados por la ansiedad y responsabilidad de la investigación que nos convocaba, escuchamos atentos las palabras de los profesores Gabriel Salazar y Pablo Artaza, quienes nos explicaban en detalle el proyecto a desarrollar y el desafío de reconstruir una etapa clave de la historia de Chile que, paradojalmente, había sido poco abordada por el trabajo historiográfico.

Jóvenes que no superamos la veintena de años fuimos sumergiéndonos en lo acontecido tras los muros del Cuartel Terranova. La estupefacción dio paso al dolor y la tristeza, haciéndosenos imposible contener las lágrimas ante el conocimiento de lo allí vivido. Sin embargo, al poco tiempo aquellas sensaciones se vieron cruzadas por la solidaridad, el amor y la lucha de quienes resguardaron la humanidad que pretendía ser arrebatada por sus captores.

En la revisión detallada de los testimonios conservados en el Archivo Oral, nos empapamos de cientos de trayectorias de hombres y mujeres, que demostraban solidaridad y, a la vez, rebeldía. Testimonios que daban cuenta de sus orígenes familiares y barriales, sus primeras amistades y estudios, el despertar de sus sueños, apuestas y militancias. En el cenit de la Unidad Popular, nos permitieron imbuirnos del ambiente revolucionario donde todo parecía posible, así como estrellarnos de golpe con la asonada militar de 1973. Entre el miedo y la desolación surgía la resistencia, la persistencia de esa rebeldía forjada durante la juventud que se negaba a truncarse. No obstante, tras la liberación de quienes sobrevivieron a la feroz represión, estos debieron hacer frente al exilio, mientras que otros tantos se quedaron en Chile bajo el yugo de Pinochet.

Crisis y reconfiguración concentran lo vivido desde la década de los ochenta. Quiebres en sus militancias, hondas decepciones y desesperanzas cerraron buena parte de la transición pactada, recayendo al final de su testimonio sus ojos sobre los nuestros, enorgulleciéndose de sus vidas e interpelándonos profundamente sobre nuestro quehacer y el tiempo que nos ha tocado vivir y construir.

Y es que tras las líneas que aquí escribimos no sólo se encuentran estudiantes de historia, pedagogía y derecho. Hay aquí jóvenes que hace un tiempo también han

asumido un compromiso de lucha y movilización social, participando activamente del movimiento estudiantil secundario y universitario de los últimos años, desplegando además trabajo político en diversas poblaciones de Santiago. En consecuencia, el mensaje que emergió de las experiencias de los sujetos que conocimos a través de este proyecto rebasó con mucho una dimensión académica, enquistándose y cuestionando profundamente nuestra condición política como jóvenes insertos en un período de emergencia del movimiento popular.

Las marchas, tomas y enfrentamientos se nos hacían tan cercanos como ajenos. Sus victorias y derrotas dejaban invariablemente reflexiones que nos hacían entablar diálogos silenciosos e interminables, cavilaciones e interpretaciones que trastocaban el pasado, haciéndonos pensar nuestro presente y futuro.

A continuación intentamos dar forma a aquellas discusiones que forjamos a lo largo del bienio que contempló este proyecto. La experiencia personal de cada investigador e investigadora se entretejió con sus posicionamientos políticos, asumiendo una voz colectiva que como grupo queremos compartir con los lectores, muchos de ellos presumimos jóvenes (de cuerpo o espíritu).

La rebeldía fue el eje principal para el análisis de este trabajo de investigación. El estudio de la trayectoria de los hombres y mujeres que visionamos se trazó básicamente en entender cómo ellos configuraron el «ser rebelde» en las diferentes etapas de su vida. Y fue gracias a este estudio y reflexiones posteriores que pudimos sintetizar el concepto de rebeldía como una fuerza de subversión del orden establecido, un ímpetu de lucha, en definitiva, un componente del carácter vinculado a una actitud de disconformidad que se tiene frente al sistema de dominación.

La rebeldía no tiene una dimensión estática o cercenada de los procesos históricos, sino todo lo contrario: la rebeldía se encauza dentro de un contexto político y social determinado, el cual, al ir variando, modifica a su vez la forma, la intensidad y sus razones. Es por esta característica dinámica que su significado ha ido transformándose a lo largo de los años.

Durante meses visitamos el Archivo Oral de Villa Grimaldi, solicitando cada uno de los discos que guardaban los testimonios de un centenar de sobrevivientes del Cuartel Terranova. Material histórico invaluable que configuró el centro de nuestra labor investigativa, permitiéndonos conocer las trayectorias de vida de

estas personas a través de su propia memoria. El impacto de todas aquellas jornadas fue hondo, pues al repasar las cintas conocíamos relatos que se fundían en la historia de un país y un pueblo visto y vivido por mujeres y hombres particulares, donde en cada experiencia parecía contenerse al mismo tiempo un mundo propio y uno general, cruzándose pasos y caminos, sucediéndose palabras, rostros, manos, gestos y profundas miradas.

Ante la ausencia de las voces de quienes fueron asesinados durante su detención, nos vimos en la tarea de contactar a sus padres, madres y hermanos, los cuales hicieron vívido el recuerdo de sus familiares, dejando una huella imborrable en nosotros. Al transformarnos en entrevistadores, se reafirmó y profundizó lo experimentado en el Archivo Oral, ahora escuchando y emocionándonos de primera mano, reflejándonos en sus ojos. Nos embarcamos en sus luchas y derrotas, incorporando múltiples dimensiones y aristas, historias hechas en compañía y colectivo, en relación a sus temores, penas, alegrías e ilusiones, reconociendo fortalezas y debilidades, desbordando una infinita humanidad. Y es que sus trayectorias de rebeldía se debatieron en contextos políticos, económicos y culturales mutables. La rebeldía de ayer no sólo está definida por sus circunstancias, la continuidad de ella también está condicionada por lo que vivimos actualmente, confrontando esencialismos y relevando su carácter transformador según las vivencias de cada revolucionario. La memoria histórica no es mera transmisión de saberes ni un ejercicio de denuncia, es más bien la posibilidad de establecer un diálogo crítico y empático, pero que siempre radica en nuestro presente, lo cual va resignificando nuestras experiencias.

Durante el gobierno de Salvador Allende comenzó a engendrarse una fuerza popular que posteriormente se sobrepuso al miedo que impuso la Dictadura cívico-militar. Su resistencia pervivió pese a los embates recibidos, formándose un movimiento social integrado por una generación que estuvo dispuesta a dar la vida con tal de derribar al régimen. El resurgimiento del movimiento popular hoy, vigorosamente compuesto de jóvenes, hace posta de esa rebeldía de antaño, volviéndose un imperativo el hacernos conscientes de esa trayectoria de forma crítica. El saber que de allí emana se hace esencial para el futuro.

Tras repasar los testimonios, creemos con mayor vehemencia que sigue siendo necesario realizar un ejercicio de denuncia que dialogue y sobrepase a nuestra generación. No podemos olvidar lo que el Estado chileno y las Fuerzas Armadas y de Orden fueron capaces de hacer. Como muchas veces se ha analizado, el terrorismo de Estado que cayó sobre estos compañeros militantes desbordó sus

vivencias, propagándose en el país a través de la apropiación del dolor, el miedo y la derrota. Este recuerdo debe seguir recreándose pues los montajes comunicacionales, la represión a los movimientos sociales e inclusive el uso de la tortura son fenómenos de violencia que permanecen aún vigentes.

Por otra parte, la violencia al interior de las militancias partidarias de izquierda fue un tema álgido en los testimonios. La estructura rígida de acción y pensamiento con que se construyeron los partidos operó como autodefensa durante la Dictadura. Así, las condiciones de clandestinidad y los juicios a los compañeros que habían incurrido en delación bajo tortura, si bien se asumen como parte del accionar de organizaciones de izquierda de la época, generaron consecuencias implacables en el destino de muchos militantes, quienes no sólo corrieron el riesgo de perder sus redes de apoyo y sobrevivencia en Chile y el extranjero, sino también a muchos compañeros de lucha.

Otro punto en relación al fenómeno de la violencia es su uso como herramienta política al interior del movimiento popular. La estrategia de lucha armada en Chile sin duda aparece como posibilidad, por lo tanto, sigue siendo pertinente la pregunta sobre sus alcances y efectividad, interpelándonos directamente a la hora de pensar en nuestro propio proceso de formación rebelde ¿Cómo nos hacemos cargo de esta experiencia de lucha? ¿Cómo nos posicionamos y construimos teniendo en cuenta los niveles que alcanza el terrorismo de Estado? ¿Tenemos derecho a la violencia política por parte del movimiento popular? Si bien la apuesta principal es construir un proyecto revolucionario y la fuerza social para llevarlo a cabo, no podemos desentendernos del hecho de que la violencia política popular tiene un rol histórico.

Durante la década de los años sesenta y en los años de la Unidad Popular, los sujetos encauzaron su actuar en la militancia política –entendiéndola como la inserción a un partido o a una agrupación– y fue a través de sus directrices que ellos intentaron cambiar el statu quo de la sociedad chilena. Sin embargo, una vez instalada la Dictadura cívico-militar y percibiendo sus efectos represivos, los partícipes del movimiento social se vieron obligados, casi en su mayoría, a abandonar el país. Todo este proceso, si bien implicó un golpe implacable a la fuerza social que se venía desarrollando y una interrupción violenta del camino de rebeldía de esta juventud, también generó otro proceso subyacente de reconfiguración, la cual se fue expresando en diversos proyectos, manifestaciones y luchas. Al conocer la experiencia del exilio, pudimos darnos cuenta de otras formas de canalización de la rebeldía, las que transitaban desde

la solidaridad internacional hasta los derechos humanos, apoyando la liberación de presos políticos, denunciando la tortura y exigiendo la aparición de detenidos. De este modo, la militancia partidaria no fue la única ni más importante forma de participación política, sino que emergieron distintas militancias sociales que se fortalecían tanto en el extranjero como en nuestro país.

Tras esas nuevas experiencias y los efectos de la transición pactada, la participación en los partidos políticos ha disminuido ostensiblemente. Además, este tipo de organizaciones han variado sus principios, formas de estructurarse y su composición. A contrapelo, los móviles que guían la militancia social también se han transformado y diversificado, generándose una pluralidad de movimientos sociales en la actualidad, dando pie a cuestionarnos sobre el camino que debemos emprender para reconstruir un proyecto común de cambio.

En esa línea, uno de los componentes históricos más relevantes en torno a la identidad de los sectores populares ha sido la solidaridad. Tanto en su materialización como mecanismos de apoyo mutuo y en su proyección política en tanto eje de un proceso de humanización, la solidaridad ha transitado hasta el presente como un baluarte en la acción y visión de mundo del movimiento popular.

La Unidad Popular fue escenario inédito de disputa y movilización social. Tomas de terreno, predios y fábricas se iban estructurando como experiencias de un poder popular donde la solidaridad se hacía presente, qué duda cabe, pero al mismo tiempo obnubiló la unión y fraternidad entre compañeros de lucha que sólo se reencontrarían tras la caída de Allende y las suyas propias.

En el contexto de los centros de detención, tortura y exterminio de la tiranía, la solidaridad brotó con más fuerza que nunca entre los detenidos, quienes descorriendo el velo de las diferencias partidistas y sectarias de la propia izquierda, se vieron inmersos en la miseria y horror que los hermanó del modo más profundo y directo. Y es que la solidaridad no sólo operó como un mecanismo de sobrevivencia física, sino de sobrevida ética y espiritual. Quizás como lección insospechada, en esas cámaras hechas para la muerte y deshumanización, los compañeros prisioneros comprendieron y sintieron lo que significaba la vida y la humanidad.

Hay aquí un hecho clave que nos evocan estos jóvenes rebeldes de décadas pasadas: la solidaridad como principio de acción y comunión entre los

luchadores sociales. Evocación crítica, un llamado de atención para nosotros y los que vendrán, para que jamás se pierda en el eje de la movilización este valor que nos iguala, nos comunica y nos hace conscientes de la necesidad de una fuerza común.

¿Qué aprendizaje nos deja para la juventud rebelde actual esta experiencia? ¿De qué manera se practica la solidaridad dentro de los colectivos u organizaciones de izquierda? ¿Qué papel juega en nuestro proyecto político o en la construcción del mismo?

En un sistema neoliberal instalado a sangre y fuego, la solidaridad se vuelve un valor obsoleto, ineficiente y peligroso, desplazado por el individualismo y el egoísmo del mercado. Una generación de jóvenes como la nuestra, formada en un Chile de tales características, tiene el deber de recoger y profundizar la solidaridad como práctica y principio, y sólo así se podrán derrotar aquellos vicios sistémicos y propios que arriesgan de modo decisivo nuestro potencial, fortaleciendo la unión y erigiendo un movimiento social cada vez mayor. Esa es la rebeldía de la solidaridad.

En la actualidad el contexto social en el que nos desenvolvemos se ve marcado por la herencia de la Dictadura, no obstante, no es posible vislumbrar una generación identificada o encauzada en una forma única de rebeldía, sino más bien observamos que ella se ha diversificado en múltiples expresiones. Es bajo este paradigma que nuestra generación tiene el deber de reconfigurar un proyecto político que signifique la convergencia de las diferentes fuerzas dentro de los movimientos sociales.

¿Cómo avanzamos hacia un proyecto político revolucionario que involucre tal diversidad? ¿Cómo podrían converger todas estas aristas de rebeldía? ¿Cómo hay que canalizar esta amalgama de fuerzas de subversión? Una de las aproximaciones posibles a estas interrogantes está justamente en conocer las experiencias históricas de los protagonistas de esta investigación, quienes de alguna manera se hicieron similares preguntas e intentaron respuestas por las cuales se jugaron la vida.

Reconocemos la necesidad de estudiar y entender a los sujetos sociales precedentes a nosotros en la disputa al sistema hegemónico para poder levantar un nuevo proyecto de rebeldía, teniendo en consideración que las condiciones son otras y que, por lo mismo, el proyecto también debe ser otro, nutrido de los

aportes y aprendizajes de aquella generación anterior. Tenemos el desafío de reinterpretar la historia, de resignificarla de tal manera que no quede como un elemento estéril o ritualizante sino que le dé fuerza, viabilidad y legitimidad, siendo un aporte crucial en el desarrollo de la movilización social.

Es así como el significado de la experiencia histórica que aborda esta investigación nos ha conducido hacia problemáticas esenciales para el movimiento popular. Nosotros hemos compartido aquellas que mayor sentido y cuestionamientos nos han provocado, pero es indudable que la riqueza de lo vivenciado abre innumerables aristas tanto o más relevantes.

Como jóvenes, la aproximación hacia estas historias no remite únicamente a un ejercicio de memoria basado en la transmisión intergeneracional de lo pasado, aquí se articula una lectura crítica de los pasajes más decisivos sucedidos en nuestro país en los últimos cincuenta años. Hoy que estamos en presencia de un nuevo ciclo ascendente de movilizaciones sociales, donde una serie de conflictos e incertidumbres nos embargan y exigen tomar decisiones relevantes para el futuro, nos vemos profundamente interpelados y enriquecidos al adentrarse en los desafíos y dudas que otrora enfrentaron otros revolucionarios. Sus caminos nos brindan un saber único e imprescindible que da paso hacia la autocrítica, hacia volcarnos en un diálogo que desnuda nuestras debilidades y fortalezas, que pone en juego nuestras convicciones y sueños hasta en lo más íntimo, no obstante, ese tránsito introspectivo debe desembocar también hacia la reflexión y acción colectiva.

No buscamos una memoria que se haga parte de un «Nunca Más» complaciente con el régimen establecido, sino que desde el reconocimiento de la violencia política usada irrestrictamente por los sectores dominantes sacar una lección de precaución y consideración para la lucha presente que no implique renunciar a una transformación radical. El peligro del trauma histórico vivido por el golpe de Estado y la transición pactada está en conciliar lo irreconciliable, que se intente extinguir la lucha contra la explotación y la opresión. La rebeldía que nace en una parte creciente de la juventud actual es heredera de una lucha centenaria y la toma de conciencia de ella encarna asumir invaluables vidas y trayectorias, hacerse parte de sufrimientos y alegrías, victorias y derrotas, pero por sobre todo de un amor profundamente revolucionario y con todo ello crear y recrear el mundo con esa humanidad en la que creemos.

Nicole Ávalos, Alejandra Fischer,

Francisco Vallejos y Daniela Zubicueta

Capítulo I

Construcción histórico-social del sujeto político (rebelde).

Chile, siglo xx

a) Introducción

Para algunos, «la» política es la actividad que realizan –sólo– los políticos de carrera y los militantes de partido dentro, alrededor o hacia el Estado.

Con ajuste y conformidad a la estructura que rige, de facto o de derecho, al Estado vigente. O, lo que es lo mismo, al sistema político institucional dominante.

Una actividad, por tanto, específica, con fines y medios predefinidos, formalizada, de lejos o de cerca, por la Constitución Política en curso. Fuere esta legítima, o ilegítima (que lo mismo da), sin importar su origen histórico-social. Fuere eficiente o ineficiente, sin consideración a su performance real como sistema. Fuere representativa o no-representativa, sin relevar el sentir profundo de la ciudadanía.

Porque, asumen, «la» política es un ámbito auto-contenido, casi intemporal, que no necesita recordar ni atender, ni a orígenes, ni a legitimidades. Un ámbito, por tanto, objetivado. Cosificado. Ensimismado. Se «es» político, por tanto, cuando se entra en ese ámbito, asumiendo disciplinadamente las reglas que él mismo ha establecido para ser lo que es. Según las tradiciones establecidas por la clase política profesional. Según lo que presupone y enseña la historia oficial.

«La» política, como práctica concreta impuesta por el mismo sistema de dominación, ha sido, efectivamente, así.

Dentro de los sujetos sociales de carne y hueso, sin embargo, «lo» político no brota necesariamente del Estado ni se realiza siempre adherido a él. Ni nace

relacionándose constitucionalmente con él. Sobre todo en los países que, como los nuestros, fueron colonias, y están aún en el camino de su consolidación y desarrollo. Por el contrario: aquí, más a menudo que no, «lo» político surge de las relaciones solidarias entre los propios sujetos y, por lo mismo, de la vida social que, precisamente por estar fuera del Estado y aplastada por este, crea desde sí conciencias críticas, actitudes y conductas rebeldes; en fin, una red social que se mueve nutriéndose de energía propia, por fuera, contra y a pesar del Estado. Movilizándose, antes que nada, en línea horizontal, para ensanchar y densificar la solidaridad y la fraternidad críticas, que son, a no dudarlo, los fundamentos y la sustancia primaria de todo nuevo orden social y de todo nuevo sistema político. «Lo» político se va configurando, aquí, gradualmente, como un proceso inter-subjetivo y esencialmente socio-cultural, que avanza construyendo, paso a paso, la legitimidad de un nuevo Estado. «Lo» político surge, en suma, como germen de auténtica soberanía social, único fundamento posible para apuntar críticamente al viejo Estado y para construir y fiscalizar, desde abajo, el Estado «nuevo».

Porque «lo» político no puede ser sino la acción soberana de los sujetos sociales. Porque la soberanía radica en «lo social», no en el Estado «en sí», y menos en su articulación legal. Sobre todo si ha sido, por siglos, oligárquico y no-participativo. La mera «larga duración» del sistema político vigente no significa nada, porque no garantiza, de por sí, ni legitimidad, ni eficiencia, ni representatividad. Sólo la acción social soberana contiene legitimidad pura y representatividad pura, que son los ingredientes sin los cuales ningún sistema político puede alcanzar la eficiencia gubernativa óptima que se requiere.

«Lo» político, en nuestros países, surge desde el momento en que, dentro de los sujetos, se inicia el proceso de desalienación social y política. Como un proceso de liberación interior. Que, sin embargo, necesita de la interacción viva con otros sujetos sociales para desarrollarse plenamente. Y es dentro de esa interacción donde y cuando la percepción de la realidad alienante (la miseria propia o/y la ajena) se transforma en voluntad des-alienante. Nada es más significativo, en la historia personal de cada «rebelde», que ese momento en que tomó conciencia de que hay injusticias en este mundo; ese tiempo-eje en que decidió asumir la injusticia solidariamente, como causa propia, atreviéndose a enfrentar, hacia afuera y hacia arriba, el sistema de dominación que las produce. Nada es más significativo en la vida de cada cual que ese momento en que se toma la decisión personal de asumir la lucha contra la injusticia forzando el eje egocéntrico de cada uno, descascarando las armaduras del individualismo, arriesgando que el

sistema injusto mueva en contra tuya todo su aparato represivo.

Nada es más humanamente significativo que, cuando decides asumir hasta las últimas consecuencias tu condición inalienable de sujeto social, te dispones también a poner tu existencia individual en peligro de represión, discriminación, violencia y tal vez muerte (que es la forma como los sistemas políticos ilegítimos, ineficientes y no-representativos reaccionan ante la rebeldía social, como ha ocurrido desde hace siglos en América Latina y Chile). Nada es más humanamente significativo que eso, y porque lo es, nada es más socialmente político que eso.

La Historia Tradicionalista, las Ciencias Sociales Sistémicas, la Ideología Dogmática y la Política de la clase política profesional, tienden a no considerar en sus discursos públicos esa dimensión profunda de «lo» político. Que es precisamente el ámbito de la historicidad social de cada uno. Es decir: el ámbito donde se gesta y crece y expande la conciencia crítica y la rebeldía social. La voluntad de humanizar la humanidad.

La tiranía militar que se instaló en 1973, abolió la Constitución de 1925, violentó las leyes vigentes, cerró el Congreso Nacional, ilegalizó los partidos políticos, reprimió los sindicatos, encarceló a cientos de miles de personas, expatrió a medio millón de chilenos, torturó a decenas de miles de ciudadanos y asesinó sin escrúpulo a más de 5.000 militantes de Izquierda. Es decir: pulverizó el Estado y convirtió en humo histórico «la» política constitucional y «la» política de los políticos profesionales. Más aún: violó arbitrariamente los derechos civiles y humanos de sus conciudadanos.

Los militantes de Izquierda que vivieron y sobrevivieron a todo eso, tras recuperar su libertad pública, sintieron que esa tiranía (que no fue ni Estado ni siquiera Dictadura) los forzó, a través de la prisión y la tortura, a hundirse hacia adentro, hacia su humanidad solidaria más profunda y su naturaleza humana más prístina[1]. Pues era lo único que la tiranía no podía destruirles. Allí dentro, devueltos a la sustancia primigenia de su humanidad y rebeldía, resistieron, sobrevivieron y sintieron que, desde allí, volvía a encenderse la antorcha fraternal de la solidaridad, la rebeldía y de «lo» político, en su chispa fundante[2].

Este capítulo está dirigido a escuchar las voces profundas de las compañeras y compañeros que vivieron ese proceso. Da cuenta de los orígenes humanos y solidarios de su vida rebelde. De cómo tomaron la decisión política fundamental

de vivir «la vida en rojo» (Jorge Castañeda), de «militar en la Izquierda» (Helio Gallardo), y de ser «rebelde, reformista y revolucionario» (José del Pozo)[3]

b) La memoria profunda

La conciencia crítica, la rebeldía y la solidaridad no brotan sólo espontáneamente en un sujeto dado y en una circunstancia dada: también, casi todos los días, vuelan desde el pasado más remoto. Como si fueran las alas de la memoria profunda que arrastra consigo la lucha histórica de la clase popular chilena. Que ha cumplido ya, cuando menos, cuatro siglos y medio. Demasiado, como para olvidarla. Demasiado, como para no dejar de transmitirla, de memoria y de voz en voz, hasta el día de hoy. Demasiado, como para que no esté grabada en los surcos profundos del rostro campesino. En el perfil seco y árido del minero. En la mirada penetrante de los asalariados perpetuos. O en el ¡ya basta! de la pobladora o el joven poblador. Si –¿cómo no?– el sistema dominante no cambia, o cambia para no cambiar. De una época a otra. Desde los tiempos de la Conquista (como sabe el pueblo mapuche). Desde el larguísimo siglo XIX (como sabe el pueblo mestizo). Desde el frustrante siglo XX (como saben los compañeros de Villa Grimaldi). Y desde el mercantilizado y competitivo siglo XXI (como expresan los jóvenes pobladores y estudiantes de hoy).

Hay un largo pasado, que no quiere morir. Y hay una memoria social, que no traiciona.

Testimoniante 65: Mi familia es nortina. Todos vinieron del norte. Son de las oficinas salitreras. Mi papá y mi mamá vienen de allá. Durante los años de la crisis se vinieron a Santiago y llegaron a la fábrica de cemento Polpaico. Allí nos criamos… El hecho de vivir en un mineral, en este caso en Cementos Polpaico, hizo que siempre viviéramos rodeados de los sindicatos, que siempre estaban en lucha. Eran bastante organizados y generalmente los presidentes eran de los partidos de izquierda, fundamentalmente del partido Comunista… Me acuerdo que, cuando chico (debo haber tenido 8 o 9 años) fuimos a marchar por Allende… Siempre fuimos parte de la lucha por los trabajadores… Todos eran

amigos de todos, éramos como una gran familia…

Testimoniante 29: Nací en el barrio de Avenida Matta, en calle Nataniel. Era un conventillo de los años 47, donde, normalmente, vivía mucha gente. Los conventillos eran una casona grande, normalmente con un puro baño común, con un puro lavadero. Tenían un patio de piedra y se arrendaban por piezas… No había posibilidad de ducharse. Había que usar la bacinica… Mi padre era un artesano que trabajaba asalariado para un tío que era su hermano mayor… modificaba hormas de zapatos… Mi madre era dueña de casa… Los baños eran una vez al mes, había una organización que se llamaba Gota de Leche, donde nos llevaban una vez al mes para lavarnos y despiojarnos… Cuando tenía 10 años, ese sector lo demolieron y toda la gente tuvo que irse. Era el año 1957. La gente no quería que la echaran y organizaron una marcha de protesta. Es la primera marcha en que participé. Era con antorchas, se hizo de noche. La mayoría de la gente tenía su taller allí porque eran muchos artesanos. La marcha se realizó por la calle San Diego con antorchas y eso me quedó muy grabado en mi cabeza.

La memoria crítica no necesita, a veces, de una formalizada transmisión oral o escrita. La realidad de la lucha y la miseria no necesitan de transmisión formalizada: persisten y se muestran a sí mismas, día a día, en todas partes. Si la memoria social se debilita como tal, la realidad se encarga de nutrirla, generosamente, de presentes renovados. La vuelve a llenar de recuerdos duros (la oficina salitrera, la fábrica, el conventillo), o bien de imágenes de intenso contenido simbólico (marcha con antorchas en una noche de conventillos, comunidad socializando consigo misma). Al final, todo es memoria. Todo nutre la formación de una conciencia crítica, si el sistema dominante persiste en ser el mismo de siempre. Por eso, no es sólo la vivencia directa de la miseria o la fábrica la que sirven de pivote para la transmisión de la memoria, porque esta, también, puede viajar sobre otros niveles sociales, donde hay menos rabia o menos miseria. Pues, desde otros niveles de vida, también se puede observar y percibir esa misma realidad:

Testimoniante 61: Nací en Tocopilla hace 57 años, de padres nortinos, ambos profesores. De esos nortinos esforzados, de familias mineras. Somos tres hermanos, el mayor, dentista; el último, ingeniero, y yo, médico. Tengo recuerdos de la candidatura de Allende de 1958, desfilando por las calles de Temuco… Recuerdo que acompañé a mi madre a las grandes huelgas del profesorado en ese tiempo. Hicimos fichas en mi casa que decían: «justicia para la educación». Tuve abuelos y tíos comprometidos. Un tío abuelo conoció a Elías Lafertte en el norte. Tenemos toda una tradición de pertenencia al mundo popular… El compromiso con los sectores más pobres es un hecho que, a mí, no me costó tomar, ni me cuesta…

Testimoniante 21: Mi abuelo era inquilino del fundo San Pedro, y ahí se formó el primer sindicato campesino… En los días que había reunión del sindicato, mi abuelo agarraba a los tíos y a sus hijos más grandes y partían a reuniones del sindicato, que se realizaba como a cuatro kilómetros de distancia. Y llevaban un farol con un pedacito de vela para iluminar el camino en la noche… Yo fui a una de esas reuniones agarrado al poncho de mi abuelo, porque en el camino había una acacia gigante, donde –decían– se aparecía el diablo… Todo el mundo llegaba a la reunión, igual que mi abuelo, con sus hijos detrás, con su sombrero al ojo… Yo escuchaba los discursos. Entonces, me fui familiarizando un poco con todo ese mundo… El campo se estaba transformando… Mi padre fue un hombre excepcional, partió siendo lo que era conocido entonces como «los camineros», los trabajadores que construían caminos. Lo más genial es que terminó siendo constructor civil, porque se dedicó después a la construcción

La lucha social en Chile, como se dijo, no sólo tiene su origen en la vivencia de la pobreza o la explotación laboral. Un sistema político oligárquico y autoritario restringe la expresión política de la soberanía popular y transforma los poderes democráticos en un hueco ejercicio numérico y rutinario de individuos desconectados uno de otro. Es lo que la ciudadanía en general ha venido experimentando en Chile desde el siglo XIX. Por eso, la lucha por la democratización del sistema político ha sido no sólo larga, sino también pluri-clasista: las clases medias también, en más de una ocasión, han debido rebelarse:

Testimoniante 33: Mi familia tiene una antigua historia de resistencia y lucha por la democracia, desde los tiempos de la Independencia… Estuvieron vinculados a la lucha emprendida por Vicuña Mackenna… Carlos Ibáñez del Campo tomó preso a mi abuelo y a todo su clan… los mandó relegados a Punta Arenas. Mi familia quedó siempre con una historia de participación política poco conformista. Mis papás los dos eran escritores… Somos siete hermanos… somos todos de partidos de izquierda….

La memoria profunda no trae consigo sólo imágenes de la lucha contra el patrón, o contra el sistema. Casi siempre esas imágenes vienen también traspasadas por cálidas experiencias y sentimientos de solidaridad entre los mismos afectados, las que suelen quedar grabadas para siempre, «marcando» la mente del niño, o del joven. Fue, para el caso del Testimoniante 65, la fraternidad de los obreros de Cemento Polpaico, un eco vivo de la solidaridad antigua de los peones de la pampa. O el calor humano que unía a los pobladores marchando con antorchas, en torno al Testimoniante 29 cuando era un un niño. O la camaradería que cantaban los profesores en huelga, que estremecía al Testimoniante 61 al acompañar a su madre por las calles del desfile. O esa complicidad telúrica, llena de noche, magia, acacia y de leyendas, que rodeó al Testimoniante 21 cuando caminaba junto a su abuelo, chonchones en la mano, a la reunión del sindicato campesino del fundo San Pedro…

La amistad, la camaradería y el sonido rítmico del tranco del pueblo…

La fraternidad y la camaradería «marcan», tanto o más que las miserias que reparte el sistema de dominación. Pues ellas generan, exaltan y proclaman, precisamente, la fuerza socio-cultural, subjetiva e intersubjetiva, que mueve desde dentro las acciones que proclaman la justicia social; los valores propios, que se contraponen a los anti-valores de la injusticia y miseria. La comunidad humanizada, levantándose frente a las manifestaciones del anti-humanismo. En suma: lo que nosotros somos en lo profundo, frente a lo que niega nuestra naturaleza social. Y este poder primigenio, social, surge en todas partes: en un pueblo obrero hundido entre los cerros, en los campesinos olvidados de un fundo

patronal, en un atiborrado barrio de población, dentro de la familia de uno mismo. En la mamá. En el papá. En cualquier parte...

Y la solidaridad, a veces, no surge, sólo, afuera, entre otros o entre terceros. No es sólo un actitud de grupos, o de comunidades completas. Pues también brota, sin saber exactamente cómo ni por qué, desde el interior de cada uno. Desde impulsos profundos, humanitarios. Simplemente contemplando, por ejemplo, a la mamá. Siendo una hija que va comprendiendo, y tal vez imitando, a su mamá. Como un sentimiento irrenunciable, que brota desde dentro y que, después, ya no se puede dejar de cultivar… Hasta las últimas consecuencias…

Testimoniante 54: Yo nací en Santiago, en la comuna de San Miguel, en un hogar muy modesto. Yo no conocí a mi padre: mi madre nos crió a las dos. Yo tenía una hermana mayor y las dos fuimos del primer matrimonio de ella… Después se casó con este caballero… y fue una vida de sufrimiento. Así que mi niñez no fue feliz… Todo le costaba a mi pobre madre. Fue una mujer increíble. No vas a creer que ella soldaba al cautín (su compañero era gásfiter). Tenían un taller y mi mamá soldaba todo, porque antes se componía todo lo que se rompía. Ella soldaba todo. Tanto, que hasta le hicieron reportajes… Yo vi sufrir mucho a mi madre, mucho, mucho, él no era un tipo educado, era de los que le tiraba el plato de comida a mi madre, le pegaba, le tiraba del pelo, y nosotros no podíamos hacer nada… Y yo fui la más rebelde. Porque con mi rebeldía –pensaba– iba a comenzar a cambiar a todos los seres humanos. Para que sean más humanos… Mi madre luchaba y luchaba, por eso entró después al Partido Comunista y fue muy allegada a Elías Lafertte… Por eso yo viví de niña en el camino de la política…

La rebeldía que le surgió al comprender a su madre –pensaba la Testimoniante 54– la iba a conducir a «cambiar los seres humanos». Ella quería hacerlos «más humanos».

Y ésa, sin duda, es la esencia de la rebeldía: solidarizar con los seres a los que se comprende –que puede ser uno mismo– para intentar, con esa comprensión, una acción destinada, en última instancia, a cambiar la sociedad, para hacerla mejor.

El compromiso que convierte la solidaridad en rebeldía, sin embargo, no es un

acto puramente emocional, espontáneo y, por tanto, gratuito. Un gesto puertas adentro. La rebelión, como tal, se proyecta puertas afuera, y esto –enseña la historia social– tiene un costo. Un costo no menor, gatillado por el gesto (o hecho) de amenazar al sistema de dominación. Porque el sistema de dominación pretende no necesitar (¡nunca!) cambios. Y menos los que proponen los «rebeldes». Y porque cree no necesitarlos, el sistema castiga toda rebelión que surge desde lo más íntimo de la solidaridad social (ahí donde no rigen todas sus leyes). La justicia sistémica –de sistemas abusivos o inhumanos–, pese a lo que proclama, no acepta ni convive con la justicia social. De ahí que sobre todos los rebeldes del mundo pende una espada de Damocles: el castigo opresor. Y no es que los rebeldes no lo sepan: lo saben perfectamente. Son lecciones que aprenden desde niños.

Testimoniante 46: Llegamos a un sector de la «toma» donde la gente no tenía baño, no habían letrinas. La gente vivía en mediaguas, en callampas –como las llamaban– que las hacían con pedazos de género y fonolitas negras… Para mí eso fue súper, súper violento todo eso. Los pacos nos tiraron agua, nos habían mojado. A mí me había botado el guanaco con el chorro de agua… Yo creo que esa fue una de las cosas que más me impresionó… Yo vengo de una familia media militante, activa, participante. Mi abuelo trabajó con Luis Emilio Recabarren, anduvo con él recorriendo el país, organizando a los trabajadores y todo eso... Pero mi papá era lustrabotas, era un canillita… y empezó a militar en el Partido Comunista… Y hubo una cosa que nos marcó mucho cuando niños: fue cuando mi papá estuvo preso. Mi papá estuvo preso en 1956 porque hubieron unas huelgas y lo tenían que llevar a Pisagua… Y hubo algo que nos marcó mucho, porque, cuando mi papá salió en libertad, le faltaban todos los dientes de adelante. Eso fue súper-impresionante para nosotros… Pero fíjate que nosotros nunca hablamos de eso… Hablamos sólo cuando murió Pinochet… Nos juntamos para celebrar y tomar una botella de vino, y ahí, fíjate que, por primera vez, alguno de nosotros habló de «eso»…

La «memoria profunda», en definitiva, se rige por leyes propias, porque sigue de cerca, como porfiada sombra vigilante, la evolución o no evolución del sistema que excluye, domina y que reprime. Pues esa memoria no es otra cosa que el reguero de huellas que, tras sí, el sistema va dejando al caminar. Aspirando a que

se entierren en el olvido. Huellas materiales, estampadas en los desechos de pobreza urbana (de la clase popular). Huellas sicológicas y culturales, inyectadas a quemarropa –para producir un sostenido daño trans-generacional–, por la explotación y la violencia (sobre la clase popular). Cicatrices profundas en la dignidad ciudadana, tajeadas a sangre fría por el degüello constante de la soberanía popular (del pueblo y la sociedad civil). Pero también huellas que, cuando nadie lo esperaba, se encienden de repente, en el hogar y en cada esquina, aquí o allá, solidariamente, sembradas por las millares de rebeliones individuales, grupales y colectivas contra todas las otras huellas que oprimen a la clase popular y la ciudadanía consciente.

El sistema que excluye, domina y reprime lleva atada al cuello, donde quiera que vaya, su propia sombra. Su sombra, que lo sigue, lo persigue y lo incrimina. Jamás, como sistema injusto, podrá desprenderse de la memoria social…

c) Primer estrato de solidaridad rebelde: el filtro social de la familia

La «memoria profunda», sin duda, se rige por sus propias leyes. Sin embargo, en cada generación, se juega su destino histórico en la realidad solidaria (interna) de «la familia». Que es, también, la realidad solidaria interna de «la clase» (social). Y el primer prisma con el que mira al mundo y a la historia el que recién nace.

Nadie «nace» rebelde. Pues la memoria profunda de la rebeldía llega (o no llega) al que nace a través de su familia.

Nadie «elige» la clase social a la que llega. Pero la clase se configura en el que nace a través de su familia.

Nadie «percibe» el tiempo contemporáneo en soledad e individuación. El tiempo histórico se configura en el que nace, primero que nada, a través de su familia.

Ninguna familia, además, es igual a otra, y ninguna, sicológica y solidariamente perfecta. Es diversa, cambiante o incompleta. Y su «configuración real» filtra, refracta, distorsiona o carga de pólvora a la memoria profunda. No sólo filtra: también puede ser un poderoso reactivo. Puede favorecer la continuidad de la

memoria profunda, o provocar su discontinuidad.

No se la puede ignorar. No, cuando la solidaridad y la rebelión se hablan en primera persona. Cuando es un coro, en cualquier caso, de voces profundas...

A veces, hay coherencia de todo con todo, y de unos con otros. De modo que la memoria profunda, al pasar por una familia unida en identidad y solidaridad, la atraviesa y prosigue, como un tobogán. Sin tropiezos, en fluida continuidad… Adaptándose, sí, a las nuevas coyunturas.

Testimoniante 28: Vivimos en distintos barrios, siempre en barrios populares, nunca de Plaza Italia para arriba, siempre en barrios populares. De manera muy poderosa, diría yo, estuve siempre vinculado y siendo partícipe de lo que eran las reivindicaciones populares, de lo que era la lucha del pueblo, lo que eran las ollas comunes de los profesores durante las huelgas del tiempo de Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva… Hubo grandes huelgas de profesores, porque estaban sin pago, y yo venía de una familia de profesores. Había una olla común en el Paradero 3 de la Gran Avenida y ahí iban a almorzar todas las familias de profesores que vivían cerca, y ahí almorzamos nosotros por mucho tiempo… Eso marcó con mucha fuerza mi adolescencia… El tema de la política en mi casa era recurrente. Siempre fuimos una familia de izquierda. Mi padre era radical, pero rompió con el partido Radical en 1964, porque decidió apoyar la campaña de Salvador Allende… Mi hermano mayor era de izquierda, pero sin militancia partidaria. El hermano del medio empezó siendo radical, después comunista y terminó siendo del MIR… Y yo fui siempre socialista.

Testimoniante 18: Mi papá era de todos los partidos de izquierda. Él no hacía distinción entre socialistas, comunistas o lo que fuera. Lo importante era que fueran de izquierda. Si había una manifestación del partido Comunista, allá iba él; si había otro del partido Socialista, lo mismo. Y así. No se perdía una… En mi familia éramos todos de izquierda. Pero había un tío y unas primas que eran del partido Socialista. Y cuando iban a reuniones de la juventud socialista me decían: «¿quieres acompañarnos?» Y yo siempre decía: «¡Ya!»… Y ese fue el inicio…

Testimoniante 6: La vida política estuvo siempre presente, desde lo más pequeña que tenga recuerdos. Mi padre fue un parlamentario desde 1949, durante cinco períodos seguidos. Nosotros hacíamos toda sus campañas políticas, andábamos recorriendo el sur y todos esos pueblos que ahora son ciudades. Siempre andábamos juntos como familia… Pegábamos estampillas en las puertas de las casas, en las calles, en las micros, en todas partes… Los cantantes éramos mi hermano y yo… cuando llegábamos a un lugar nos subían arriba de una silla en la plaza y con la guitarra cantábamos las canciones que se hacían en casa para la campaña… Invitábamos a nuestros amigos a jugar en los jardines del Congreso Nacional… A mí me marcaron profundamente los dos, mi padre y mi madre, porque los dos son personas tremendamente humanas, democráticas, justas, y consecuentes en defender sus ideas, su pueblo… Sí, me marcó, me marcó… Por eso, siempre fue ese el camino. Nunca hubo una opción de pensar otra cosa, y estoy feliz de haber tenido los padres que me tocaron, orgullosa de eso.

No siempre se da esa unidad y perfecta continuidad. A veces, porque los padres son muy distintos el uno del otro, o porque uno de ellos, en ciertos aspectos, no colabora. Otras veces porque la familia no inculca prácticas concretas de compromiso político, sino sólo ideas, actitudes, predisposiciones. Y otras veces porque la condición de «clase», al ser menos determinante (caso de los grupos medios) sólo transmite al niño o al joven una gama de posibilidades y opciones por tomar. La falta de homogeneidad total, sin embargo, no fue ni es siempre un obstáculo mayor: sólo deja más libertad de pensamiento y mayor responsabilidad para decidir tú mismo qué camino seguir. La solidaridad, en ese caso, se estructura –por así decirlo– democráticamente.

Testimoniante 49: En mi familia siempre se habló de política. Discutíamos en la mesa y habían diferentes puntos de vista. Mi padre era de derecha tradicional y mi madre, diría yo, era demócrata-cristiana. Pero nadie era fanático. Todo, sin embargo, se agudizó durante el gobierno de la Unidad Popular. Mis padres eran gente de clase media. Comerciaban en animales y abastecían a las carnicerías. Teníamos una situación buena, y a pesar de que éramos numerosos, a todos nos pagaron los estudios… Cuando salió Allende electo Presidente, yo me sentí identificada a pesar de que estaba todavía en el liceo. Yo tenía un hermano que estudiaba en la Universidad de Chile, que se decía socialista militante, y una

hermana que estudiaba Medicina en Concepción, que defendía a Allende…

Testimoniante 55: Nací en un pequeño pueblo… Un pueblo rural… Éramos una familia pequeña que venía de inmigrantes europeos. Nuestros padres nos dieron una tremenda libertad de acción. Una libertad muy cariñosa, a mi hermana y a mí. Yo era la menor, y era querida por todos lados. Eso me dio una seguridad infinita en mi vida… Mi padre tenía como ideas radicales, del partido Radical… y entregaba un horizonte amplio, libertario, menos dogmático que otros partidos… Así que tengo esa raíz. Una raíz racionalista, humanista, igualitaria y libertaria. Es lo que encontré en mi casa en aquellos años

La opción democrática, sin embargo, a veces se complicaba cuando los padres, a pesar de ser en general «humanistas, igualitarios y libertarios», acentuaban matices partidarios o culturales distintos que, a veces, podían ser contrapuestos, aunque no necesariamente conflictivos. Los niños podían quedar, por tanto, en el centro de la diferencia y/o de la disputa.

Testimoniante 74: Éramos cuatro: dos hermanos, mi papá y mi mamá... Nos criamos en el barrio de Avenida Matta, en Santiago. Mi padre era contador y mi madre enfermera. Y en mi casa siempre hubo un problema: es que mi padre era socialista, y mi madre, en cambio, más bien radical, porque toda su familia (su padre y sus hermanos) eran radicales. Y discutían sobre qué educación darnos a nosotros. Mi padre quería una educación fiscal-pública, y mi madre una educación privada….

Tampoco era un problema el hecho de que los padres, preocupados de trabajar y de dar un bienestar a sus hijos, no intentaran «marcar» a sus hijos en ningún sentido político. Como que les era suficiente dar un buen ejemplo de trabajo, honestidad y cariño. En ese caso, «lo político» tenía que nacer de la observación y la perspicacia del mismo niño o joven. Sin marcas familiares.

Testimoniante 17: Mi familia proviene de inmigrantes, que tuvieron que trabajar duro para subsistir y darse una situación de relativa comodidad. Éramos una familia acomodada. Mi padre, comerciante, y mi madre, una profesora del sur de Chile. Eran gente buena, noble, pero sin intereses políticos ni militancia alguna. Mi infancia la viví en el sur, en la Novena Región. La casa era grande, vivíamos con los abuelos y casi todo lo que se necesitaba se hacía en la casa, desde los calcetines hasta las conservas. Era una vida plácida alrededor de un brasero, con muchos cuentos, muchas historias contadas por las abuelitas. Y mucho contacto con la naturaleza. Una vida simple, pero bonita. Pero, al mismo tiempo, muy contradictoria para mí, porque yo veía alrededor nuestro mucha pobreza. Yo veía a los mapuches que llegaban con sus carretas cargadas de trigo. Veía el alcoholismo, el sistema de pago con vales. Yo conocí, entonces, dos mundos, uno en el que nosotros éramos parte, y el otro que yo miraba y veía. Eso me planteaba preguntas, que no tuvieron respuestas hasta después de llegar a Santiago… En esa época no había debate político de ningún tipo

La familia puede ser un problema por sí misma cuando, por ejemplo, no llega a constituirse de presencia y físicamente, cara a cara. Cuando el padre, por ejemplo, no puede o no quiere estar (siempre) presente. Cuando la «marca» política llega desde lejos, algo esporádicamente, o a través de intermediarios, relatos, o instituciones. Cuando el cariño directo se torna indirecto, lejano, politizado en exceso, o al revés. Cuando esa solidaridad básica que da la familia para bien o para mal, pero que es de contacto y convivencia, es reemplazada por otra relación. Cualquiera que sea.

Testimoniante 42: Mi padre fue miembro de la dirección del MIR desde que nací. Estuvo permanentemente clandestino durante todos los años de la dictadura, desde 1973 hasta 1993. Es ingeniero mecánico de profesión… mi madre estudió licenciatura en Arte y después se dedicó al maquillaje y hoy es maquilladora en cine y hace efectos especiales. Ella también fue del MIR, desde que yo nací hasta que el MIR se desarticuló. Mi madre salió al exilio, mi padre quedó clandestino, y yo lo vine a conocer a los veintitantos años, después que yo regresé a Chile. Yo soy su hija única, mi mamá tenía 21 cuando me tuvo, y mi papá como 24…

Testimoniante 60: Mi infancia fue pobre, tuvimos muchas carencias. Había como harto alcoholismo en la familia de mi padre y en la de mi madre también. Había un poco de abandono de mi padre hacia su familia… En Santiago, vivíamos como allegados… Mi madre murió cuando yo tenía 13 años… No tengo recuerdos de afinidad con ella, más bien de choques. Con mi padre tenía mucha cercanía, pero él era un padre ausente. Lo cual ahora lo entiendo… cuando vieja tú puedes entender, y de repente, cuando él vive conmigo ahora, de repente me da rabia… ¿dónde estaba él cuando me pasaron esas cosas?... Mi padre y mi madre eran comunistas… Tengo recuerdos de cuando fue Pablo Neruda a mi casa allá en la ciudad de Los Ángeles… Un caballero que recitaba tan monótonamente… yo, cabra chica, no le entendía, y me desordenaba y lo imitaba ahí mismo… Mi padre, después, no siguió militando, no siguió haciendo nada. Era una persona de izquierda, pero lejana. No activa.

La «marca» política puede estar en, puede venir de parte de la familia, pero –según se ve en los testimonios anotados arriba– puede ser sólo una marco general. Una opción tomada por los padres, pero que no llega siempre, o que no llega bien si no se da o no se desarrolla la solidaridad directa y vivencial que sólo la familia clásica, en teoría, suele tener y dar. Sin esa relación afectiva y presencial, la «marca» política puede ser, solamente, nominal. Y su marca, que no penetra en profundidad, deja a la opción personal del hijo/hija la forma en que esa débil «marca» se asuma, se reviva o re-proyecte. En continuidad, o discontinuidad. Críticamente, o no.

Más dramática es la situación cuando la «marca» familiar no trae ninguna impronta de rebeldía, sino todo lo contrario. Cuando la sensibilidad social y el espíritu crítico de los hijos brota de otras fuentes, porque la solidaridad familiar está rota, se quiebra y transforma en conflicto. Aquí, la experiencia fundante de solidaridad –que es lo que la familia suele ofrecer a sus hijos como valor básico– no se configura en positivo, sino en negativo. El niño o joven tiene entonces que construir su propia red, externa, de solidaridades. Arriesgando, a veces, proyectar el conflicto familiar hacia fuera, hacia lo político en general, asumiendo la rebeldía política no como potenciación de la solidaridad, sino de la «negación del otro». La exacerbación emocional del conflicto familiar puede contagiar, también emocionalmente, la rebeldía política hacia el sistema. En este

caso, el problema que enfrentan los hijos/hijas en esta situación no sólo consiste en dar vida por sí mismos a una «solidaridad rebelde» que no se hereda como «marca» de familia, sino, también, en re-templar emocionalmente su rebeldía hacia el sistema. Sin duda, la politización, en este caso, exige un intenso esfuerzo reflexivo y de maduración personal por parte de los jóvenes.

Testimoniante 2: Mi padre era demócrata-cristiano, de esos de foto con Eduardo Frei Montalva. Pero cuando a él le empezó a ir bien y a cambiar el pelo, y paralelamente comenzaron las tomas de sitio y los campamentos –durante el gobierno de Frei– mi papá le echó la culpa a la Democracia Cristiana: «estos rotos son los que han dejado que el comunismo surja». Y se volvió anti-demócrata-cristiano total. Nunca militó en un partido político, nunca tuvo ideas de izquierda y menos cuando, sin ser un gran empresario, él se creyó el cuento de que lo era… Mi papá era de una personalidad muy fuerte, muy dominante. Lo que él decía se hacía, y todos teníamos que pensar como él. Y yo fui la menor y no acaté su doctrina. Él nunca estuvo contento con mi militancia. Empezaron peleas muy fuertes… Cuando yo iba como en segundo año de mi carrera participé en una toma y me tenía que quedar a cuidar la toma. Mi papá no lo aceptó, nunca lo aceptó… Me puso un horario: o cumples este horario, o te vas de la casa… Ya pues, le dije yo, me voy. Y como en ese minuto tenía compañeros muy queridos míos, con los cuales estábamos trabajando en el movimiento estudiantil, y en el caso de él, mi amigo, sus padres estaban ayudando al MIR, y la casa la prestaban para reuniones… Me dijeron: «hablé con mi papá, así que vente a vivir con nosotros». Así que pesqué mis maletas y me fui a vivir con este compañero que quise mucho y a sus padres también los quise mucho.

La solidaridad rebelde, si no tiene sitio en la familia, crea sitios fuera de la familia. O en otras familias. Pues es un impulso social profundo que debe desarrollarse y cultivarse, si no en un lugar ideal, entonces en cualquier sitio. Porque es una energía valórica que no depende de, sólo, un hogar determinado (el de la familia nuclear) para existir y desarrollarse, ya que, por esencia, es una energía creadora de hogar. De amistad, camaradería, fraternidad. Puede, por tanto, independizarse de la familia. Y crecer, fuera de ella, socialmente. Culturalmente. Ensanchando el caudal de «lo» político.

El conflicto, sin embargo, no siempre dice relación con militancias contrapuestas entre padres e hijos. También puede ser un conflicto que los propios padres transmiten a su familia, desde sí mismos, desde sus propias diferencias. En un caso así, la solidaridad matriz de la familia –la de los esposos– ya está rota. La no-solidaridad se convierte entonces en un modo de hogar, en una escuela en cierto modo de-formativa, y los hijos, dentro de ella, tendrán dificultades para desarrollar actitudes de comunicación y solidaridad. De un modo u otro, se verán constreñidos a crear y cultivar camaraderías fuera de la familia. Y, tal vez, hacer de «la» solidaridad una filosofía de mundo, general, amplia, teórica. Como una solidaridad «política» en sí.

Testimoniante 75: Yo soy de una familia bastante numerosa: somos seis hermanos, un hombre y cinco mujeres… Mi vida fue dura porque mis padres no se avinieron nunca, eran dos personas totalmente opuestas. Yo pienso que ellos se enamoraron y se casaron porque eran muy bonitos el uno y la otra… Se enamoraron de esa belleza física, sin ver si tenían cosas en común… Hubo muchos abortos, mi madre era naturalmente terrible. Para mí fue una situación muy dolorosa… Los temas de conversación familiar eran… nuestros propios conflictos… Como existía este problema entre mi padre y mi madre no hubo mucho espacio para grandes conversaciones… No compartíamos mucho, sólo los conflictos… Mi familia era también muy arribista… mi madre era hija de una dueña de fundo… entonces ella tenía esos dones de señora, de princesa, como los cuentos de hadas… Por otro lado, mi padre, un hombre de mucha cultura, hijo de dos profesores primarios que le incentivaron mucho su intelectualidad… Mamá no, mi mamá se casó para mandar a las empleadas y para ser bonita. Ése era su rol, nada más… Con mis hermanos teníamos conflictos… no teníamos mayor comunicación entre nosotros, no se hablaba mucho…

En casos similares –de familias poco integradas solidariamente– la «marca» puede venir desde cualquier miembro particular de la familia, sea ésta nuclear, o extendida. De alguna personalidad que, en sí misma o en sus relaciones, encarna y expresa «lo que» la familia como tal, como conjunto, no ofrece ni ejemplifica. Y ese personaje, por cierto, sobresale del resto, se vuelve simbólico, trascendente. Puede ser, por ejemplo, el papá –pero como sujeto interesante,

como personalidad con definiciones claras y, al mismo tiempo, con sentido de solidaridad–, también la mamá, o un hermano, o tío, o un primo, o abuelo/abuela. Las familias, sobre todo si son extensas, ofrecen a sus niños una galería de personajes diversos, con los cuales se puede fácilmente sentir un lazo de comprensión e identidad. Y ese personaje puede, por sí mismo y desde sí mismo, irradiar la «marca» precisa que muchos niños y jóvenes necesitan, tanto para interpretar y entender el mundo en que viven, como para tomar posición y actuar sobre él. Para no ser de aquellos que sólo se dejan llevar y siguen la corriente. Y la marca puede todavía ser más profunda si proviene de una combinación de personajes.

Testimoniante 24: A mi padre le gustaban las tertulias. Había tertulias una o dos veces a la semana. Él invitaba a sus amigos y conversaban sobre diferentes temas. Nosotros escuchábamos ávidos porque nos dábamos cuenta que los viejos sabían bastante. No participábamos, pero sí escuchábamos. Y de vez en cuando íbamos a la biblioteca de la casa y sacábamos el libro que ellos habían comentado… Mi padre siempre nos incentivó a que leyéramos… Tenía una biblioteca bastante amplia… La gente que conversaba era fundamentalmente de derecha… Me tocó en las tertulias todo lo que fue la experiencia de la revolución cubana. Mi padre hablaba con sus amigos de lo que pasaba en Cuba, no con buenos ojos… Mi hermano comenzó a comprar el Punto Final. Y yo, con catorce o quince años, ya leía el Punto Final. Y mi padre el día domingo compraba desde El Siglo hasta el Mercurio… como tres o cuatro diarios… Los tíos hablaban de reforma agraria, y nosotros comenzamos a hablar de eso también, pero con los campesinos que tenían en sus propiedades…

Testimoniante 62: El proceso individual mío está influido por la historia de mi hermano mayor. Él estudiaba en Concepción, y había entrado al MIR desde el principio, por una simpatía especial que sintió por la revolución cubana y, en general, por la alternativa revolucionaria para la conquista del poder. Mi hermano comenzó a hacer política desde un grupo pequeñito que se llama Grupo Gramma, que se separó de la izquierda tradicional…

El padre era y es, a no dudarlo, una figura determinante en la gestación y desarrollo de la solidaridad rebelde. Un modelo a seguir, o a superar, o a rechazar. Es imposible eludir, tanto su presencia (o ausencia) como su influencia. Por angas o por mangas. En uno de los ejemplos dados por los diversos testimoniantes, quedaba patente la permanente rebeldía paterna de quien, desempeñándose como trabajador rural, tuvo una experiencia laboral marcada por la inestabilidad, ya que sus reclamos eran permanentemente respondidos con el despido o el desalojo patronal. En el caso de este papá, aunque no tuviera militancia formal, por su personalidad reclamadora, era sindicado de comunista. Tal inestabilidad laboral redundó en una familia móvil, sometida a la itinerancia y a su secuela de repercusiones: inseguridad, privaciones y el atraso escolar de los hijos. A pesar de lo anterior, que por sus consecuencias pudo generar algunos resentimientos, también, por encima de eso, estaba el ejemplo paterno, la constante acción solidaria con los demás trabajadores del fundo, siempre, en cualquier circunstancia, sin importar las consecuencias para su persona y su familia. Ese padre, que se jugaba por sus ideales, y lo hacía de cuerpo y alma, sin cartas bajo la manga, se constituyó en una marca para su hijo. Y lo hizo para siempre. No es fácil desechar, o no considerar, ejemplos de esa naturaleza.

Testimoniante 51: Mi infancia fue muy afortunada. Nunca nos faltó nada. Mi padre pudo proveernos desde lo más mínimo y lo más que mínimo… Éramos una familia extendida, no solamente mis hermanas y yo, sino también los primos, las primas, los tíos, las tías, alrededor de todo. Crecí en un ambiente muy familiar y de camaradería. Era a mi padre a quien más le gustaba todo eso… Mi papá estudió Química y se conoció en la Universidad de Chile con mi mamá, que estudiaba Economía, y ambos simpatizaban ya entonces con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria… Yo estudié Química en la Universidad Católica… Yo fui militante del MIR durante el período de la dictadura militar, en prisión y también en el exilio… Sigo siendo mirista de corazón… Mi padre falleció en 1988… A mi padre no alcancé a verlo después que salí de Chile y eso es uno de los dolores más grandes que todavía llevo… Mi padre falleció cuatro días antes que yo llegara… Cuando yo caigo preso, el único hijo hombre entre tres mujeres… él se jugó entero, visitándome en los campos, incorporándose a la Agrupación de Familiares de Prisioneros Políticos. Hasta tenía su oficina en la Vicaría… Él se jugó entero: él fue una especie de correo entre el MIR en prisión y el MIR en la clandestinidad… Y yo no pude hablar de todo eso con él, yo supe después lo que hizo por todos nosotros en ese tiempo…

Para mí fue importantísimo el apoyo que sentí de él… En su casa tuvo a mucha gente escondida, protegiéndolos… Mi madre era la típica mujer dueña de casa, devota de la religión, porque era católica… Yo no soy católico…

El padre, la madre, los hermanos/as, los tíos/as, los primos/as, los abuelos/las, como personas, como individuos y como grupos… son, sin duda, importantes. Pero todos ellos, como bloque, encarnan, de un modo u otro, una clase social. Son, de hecho, los rostros familiares, de carne y hueso, de la clase a la cual se pertenece.

Para algunos –no pocos– «la clase social» es de suma importancia, tanto, que, en última instancia, es lo único realmente importante. Porque, para ellos, tratándose de los procesos políticos relevantes, las personas importan menos que la clase: lo que las personas son (o deben ser) es lo que la clase es y debe ser. Porque la historia, en última instancia, es la lucha de clases. Y la política, en tanto que historia real, no puede ser sino la expresión de esa lucha con respecto al Estado. Y en añadidura –sostienen algunos– sólo hay dos clases sociales dentro del modo de producción capitalista: la burguesía industrial y el proletariado industrial; la primera: la clase explotadora. La segunda: la clase revolucionaria.

Es probable que esa construcción teórica (así de simplificada) corresponda a la realidad histórica. Tal vez sí, tal vez no. En cualquier caso, no es un problema que se discutirá en este trabajo.

Lo que interesa en este estudio (sobre las «voces profundas» de los compañeras y compañeros que llevaron una vida rebelde y revolucionaria hasta sus últimas consecuencias), es la solidaridad rebelde efectiva, que, en tanto vivida por sujetos humanos y sociales reales, tuvo un origen memorable, un desarrollo solidario, una culminación política, una derrota político-institucional y una transformación reflexiva; es decir: un proceso histórico profundo, en carne y conciencia vivas.

Al aplicar este prisma epistemológico al objetivo de este estudio, se descubre y comprueba que compañeros de diferente extracción social (unos de clase popular, otros de clase media y otros de clase alta), desde distintos ángulos de observación y a través de diversas experiencias de solidaridad, llegaron a una misma conclusión, y a desarrollar una misma acción revolucionaria. La

solidaridad, que es una categoría de la comprensión, se conecta con la acción rebelde en lógica motivacional directa, sin tener que depender de una identidad estructural rígida. Sobrepasa, por tanto, las fronteras que establece y/o pretende establecer un sistema de dominación no fundado en la solidaridad. De este modo, si bien pueden haber clases sociales estructuradas por un no-solidario modo de producción capitalista, la solidaridad social, que se rige por una lógica no-estructural, puede generar «clases sociales» constituidas en, y definidas por la acción histórico-política. Que tienen el mismo (o tal vez más) valor revolucionario que las de tipo estructural.

Por eso, es de sumo interés el testimonio de las compañeras y compañeros que no vienen «estructuralmente» de la clase popular.

Testimoniante 45: Así que entré como interna en las Monjas Francesas… once años, o algo así… fue una experiencia brutal, de una violencia indescriptible para mí… era como estar prisionera… Mi único punto de referencia en Santiago eran mis abuelos… que era una cosa muy rara porque mi abuela era divorciada… de un marino, que era terriblemente autoritario, reaccionario, y ella lo dejó plantado y se mandó a cambiar. Le quitaron los hijos, fue un escándalo en la familia. Y después se casó con un médico judío francés que era socialista, que fue el que me marcó… muchísimo, porque me enseñó ese racionalismo francés que lo cuestiona todo, a pensar que todo lo que estaba dado por descontado no estaba descontado… Mi abuela era medio descendiente de La Quintrala… le tuve siempre mucha admiración, por esa capacidad de ella para abanicarse y seguir adelante por su cuenta… Yo creo que eso me marcó mucho… Éramos tres hermanas, y vivimos una infancia sobreprotegida… Mi padre no tuvo hijos hombres… entonces todos los primeros años de mi vida los pasé subsanando esa carencia… fui muy regalona de mi padre, pero él me educó omitiendo el pequeño detalle de que yo era mujer, entonces yo viví en el campo con él andando a caballo, yendo a cazar... Y llegó el momento en que me salieron pechugas por decirte algo y él entró en crisis de pánico… por haberme educado muy como hombre… demasiado discutidor… O sea, una familia de clase media alta… mi madre era demócrata-cristiana freísta… pero toda su familia era de derecha… Mi padre era un personaje absolutamente conservador y protector… preocupado de sus empleados, de los inquilinos en su fundo… fue presidente del Partido Liberal de La Serena… Mi padre también me marcó mucho, en el sentido de que siempre fue un servidor público.

Testimoniante 70: Provengo de una familia numerosa, somos seis hermanos. Mi padre era profesor universitario, mi madre es sicóloga… Mi madre, después que tuvo seis hijos, se separó para estudiar Sicología… Los padres de ella eran de una familia de gerentes, dueños de fundo, de mucha plata… lo mismo la familia de mi padre, pero él y sus hermanos rompieron con la línea del deber… mi padre estudió Medicina, mi tío Patricio estudió música y mi tío Germán se hizo historiador. Con toda la protección de las herencias y todas esas cosas vivimos en un nivel un poco más arriba que una familia de universitarios… Yo estudié en el Manuel de Salas, vivíamos en Las Condes en una casa grande, que ellos habían recibido de sus padres… Una familia de clanes, éramos muchos primos y pasábamos las vacaciones en el campo… En mi familia nuclear había un anti-derechismo. Mi padre se podía vincular al Centro, más bien demócrata-cristiano, pero detestaba a la Iglesia, no soportaba la Iglesia… lo habían echado de la Universidad Católica por agnóstico. Mi madre… también.

Testimoniante 24: Mi padre asumió como director de uno de los grandes bancos; es decir: provengo de una familia de clase media acomodada… Estudié en un colegio católico, mi madre era católica y mi padre anglicano. Pero ambos muy liberales. Mi padre era un hombre de derecha, pero votaba por los radicales. Defendía a su banco y la empresa privada… Vivíamos en el barrio Ñuñoa, nuestro hábitat no pasaba del Centro, Providencia, Las Condes. No conocíamos los otros sectores de Santiago… En el año 1963, en La Calera se desbordó el río Aconcagua e inundó un par de casas de cartón o de madera que había en la orilla, con niños totalmente desnutridos. Y cuando vuelvo a clase le pregunto al cura por qué se dan casos como ése, con niños viviendo en esa pobreza. La contestación del cura fue muy corta y sencilla: «Dios lo ha dispuesto así»… Ésa fue la primera vez que tomé distancia con las creencias…

Testimoniante 71: Mi abuelo era senador de la República… era un empresario importante, co-dueño de la Compañía Chilena de Electricidad, tenía fundo. Era un gran señor. Y mi abuelita que era muy amorosa e inteligente, lo sabía llevar, porque él era mandón y patriarcal, totalmente patriarcal. Mi mamá es hija de S. T., quien fuera diputado de la República… Eran así como ricos… Mi abuelo era

un gran señor, y su mujer era descendiente directa del Presidente… Siempre me ha molestado la injusticia social, siempre. No hacía nada por detenerla porque no estaba en mis manos; yo estaba llena de cosas, los niños, los estudios… Nunca fuimos defensores de la derecha… teníamos conciencia de que la injusticia social estaba mal… Yo vivía un poco en el limbo… Yo estudié en el Villa María (estuve internada en un colegio similar en Estados Unidos por tres años), iba al campo en verano… mi abuelo tenía tierras en Pirque y en Leyda… éramos un montón de primos, cuarenta primos hermanos, ponte tú, andábamos a caballo, una vida completamente loca y salvaje, eso era muy rico…

De los casos expuestos (y de otros no consignados aquí), se desprende que la solidaridad rebelde entre los vástagos de las familias de clase alta no es un hecho excepcional o infrecuente. Aunque tampoco es un hecho caudaloso y mayoritario. La Historia Social de Chile muestra, a su vez, que la rebelión (la aparición de «ovejas negras») de los hijos de las familias conspicuas ha sido una situación recurrente, sobre todo en ciertas coyunturas críticas, y en particular, como reacción al imperio inquisitorial de una moral católica tradicionalista y autoritaria (que afecta sobre todo a las mujeres), o contra el ejercicio de ese mismo autoritarismo inquisitorial sobre o contra la clase popular, en directo, o en las políticas públicas.

El imperio de esas conductas autoritarias y/o discriminatorias de la «clase pudiente» contrasta y, hasta cierto punto, colisiona, quiérase o no, con la alegre solidaridad y camaradería endogámica entre los primos de las familias «pudientes». Es un hecho también probado que las familias propietarias de gran patrimonio tienden a ser solidarias con otras familias de gran patrimonio, sea para disfrutar juntas de sus bienes, sea para defenderlos de sus enemigos. Y una con otra van, sobre ese eje de solidaridad, construyendo la introversión selectiva típica de las elites dominantes. Eso ha conducido al cruzamiento endogámico y a la constitución de la identidad social de la «clase alta». Lo cual se ha observado históricamente, sobre todo, en la relación que, entre sí, han establecido y aún establecen los primos-hermanos, en particular, durante los veraneos «en el campo». Esta solidaridad juvenil, abierta, alegre, extravertida, no puede sino contrastar con el trato que los padres y abuelos suelen dar –más a menudo que no– a sus sirvientes, a los pobres, al lumpen y, como discurso político general, a los rebeldes revolucionarios. Para gente inteligente con un mínimo de estudios y lectura, es imposible que esa contraposición no genere en algún momento un

pensamiento, una reflexión, un sentimiento de duda y crítica. Y bastará una buena «marca» extra de apoyo en ese sentido, para que ese sentimiento se desarrolle en franca rebeldía.

La experiencia primaria de solidaridad es, pues, fundamental. Y fundante.

Habiéndola experimentado, sea en la clase alta, en la media o en la baja, no es difícil que, entonces, se detecte –en las personas o en el sistema– la ausencia de solidaridad, la injusticia social y, por tanto, que gatille el desarrollo de actitudes y acciones rebeldes frente a todo eso.

Desde la clase popular puede ocurrir lo mismo, donde la solidaridad no es sólo entre hermanos y/o primos-hermanos, sino también entre vecinos del «conventillo o campamento», o entre «todos los pobres del mundo». Y ella, dentro de la clase baja, conlleva un sello especial cuando, en ausencia de «marcas» críticas y/o políticas claras y definidas de rebeldía, se tiene que impulsar, en soledad, como tensión interna, la reflexión que va desplegando, desde dentro de uno mismo, el sentido social y político de la solidaridad. Eso puede dar lugar, sobre el piso de una experiencia afectiva familiar básica, a un laborioso camino de construcción crítica, hasta desembocar en la acción rebelde.

Testimoniante 13: Soy hija de una campesina de Angol, que tuvo un padre marino, de la marina mercante… que en la última etapa de su vida cayó en el alcoholismo. Pertenezco a lo que llaman ahora «familias disgregadas», de la clase popular… Me eduqué, sin embargo, en el Liceo de Niñas de Viña del Mar, que en ese tiempo era un colegio muy rígido, con una formación muy alemana, casi hitleriana… La educación era gratis, de ese modo logré llegar a Universidad… Como yo venía de un hogar pobre y todas mis compañeras eran de clase media alta… siempre me sentí muy distinta –aunque sin resentimiento– y sentí que mi extracción social no correspondía a la de ellas… Ahí comencé a visualizar las desigualdades que había en este mundo… Ellas llegaban contando el día lunes que habían ido a fiestas aquí y allá, y yo no tenía dinero ni para el ir al cine ni nada. Mi padre solía estar ausente y yo recuerdo haber ido con zapatos rotos a la escuela, con un uniforme viejo. Era como la pariente pobre. Esto me hizo volverme una persona introvertida y reflexiva. Empecé a buscar en la literatura algunas explicaciones de todo eso, y comencé a pensar que yo podría integrarme a «algo» que permitiera hacer cambiar la sociedad, que para mí era

injusta. Porque yo, a final de cuentas, me sentía discriminada… Era una mujer muy tímida… En la Universidad fui la típica alumna matea. Yo me sentía con la obligación de ser profesional, para romper el círculo de la pobreza de mi familia…

Testimoniante 20: Mi padre era hijo de inquilino, y él mismo trabajó como peón de fundo hasta los 15 o 16 años… Pero las condiciones de vida eran malas y toda la familia (11 personas) se fue viniendo a Santiago… Eran gente de campo, laboriosa, trabajadora y en Santiago les fue relativamente bien. Todos se integraron como peones-gañanes, sirvientes domésticos, cocheros, jardineros, costureras, menos uno de los hermanos, que se volvió alcohólico. Mi padre hizo de todo: fue sirviente doméstico (servía las copas en el comedor), mozo en el Club de La Unión, ascensorista, y después aprendió a manejar los primeros automóviles que llegaron a Chile. Se hizo, por tanto, chofer profesional y después montó un taller mecánico en el que trabajó hasta los 85 años (murió a los 94). Nunca –decía él– «pisé una escuela». Pero aprendió solo a leer, escribir y las tablas de sumar y multiplicar. Cuando dejó de trabajar, se puso a escribir sus memorias, la vida de su compañera de toda la vida, la de mi tío, y versos sobre todo lo que veía y sentía. Era extremadamente católico y conservador... Mi madre era hija de un parcelero que se murió relativamente joven, razón por la cual ella estudió solamente hasta tercera preparatorias. Su madre, para sobrevivir, instaló un puesto de comida en la Vega Central. Sus tres hermanos trabajaron, por tanto, como «cargadores de la vega». Eran violentos, razón por la que mi abuela la puso como aprendiz de sirvienta en un convento de monjas de la calle Purísima, en Santiago. De ahí salió, como a los 18 años, a trabajar como sirvienta en una casa patronal, donde trabajó como dama de compañía de «M'siá Juanita». En esa casa conoció a mi padre, que era el chofer del patrón. Ella era muy seria y reservada. Mi padre se enamoró inmediatamente y la cortejó por años hasta que se casaron. Los dos eran extremadamente católicos… De modo que ellos me dieron una vivencia de lo que es una familia pobre, trabajadora, donde siempre demostraron tener entre ellos un gran cariño, pero a la vez un gran respeto el uno por el otro (se trataron siempre de «usted»)… Todo dentro de un concepto cristiano de familia.

En el caso de los Testimoniantes 70 y 20, la «marca» política no llegó, como se

puede apreciar, ni a través de una larga tradición de lucha, ni a la vista del racionalismo crítico de alguno de los padres, tíos o abuelos; es decir: no por vía externa. En ellos, más bien, surgió de una suerte de florecimiento interno, subjetivo, de la pobreza misma. En la Testimoniante 71, como un proyecto de vida tendiente a dignificarse a sí misma y a su familia a través de un estudio esforzado y una honesta vida profesional. Y en el caso del Testimoniante 20, surgió del ejemplo vivo de sus padres, que vivieron embebidos en la dignidad del trabajo intenso y en la implementación consecuente de los valores éticos (o religiosos) en los que se cree... En la Testimoniante 70, el proceso de dignificación la llevó a buscar en alguna parte ese «algo» que la orientara, ayudara y permitiera trabajar en la reforma de la sociedad. En el Testimoniante 20, ese proceso lo llevó a plantear las preguntas críticas a fondo y a buscar, por sí mismo y en su entorno inmediato, en primera instancia, las respuestas iniciales.

Testimoniante 20: En mi familia nunca la política estuvo presente en nuestras conversaciones de sobremesa… Pero mi padre compraba todos los días y leía minuciosamente El Diario Ilustrado, que era un periódico católico de ultra-derecha. Fue, prácticamente, el único periódico que yo leí en mi infancia y adolescencia. Mi tío –que era un hombre increíblemente sociable y simpático– no: tenía ideas de izquierda y leía El Siglo, pero entre ellos nunca jamás hablaron de política. Sólo se querían, entrañablemente… Pero mi viejo era perfectamente consciente de que él pertenecía a la clase pobre. Leyendo su diario y viendo las fotos de las elites chilenas tomando té en el Crillón o banqueteándose en el Hotel Carrera, siempre decía, como si fuera una jaculatoria: «los ricos gozando de su riqueza»… Desde la cocina, mi madre, también en jaculatoria, le respondía: «… y los pobres de su pobreza». Ese era el máximo de politización de mis padres… Él quería apaciguar el mundo, pero rezando solo en su dormitorio. Ella, en cambio, no quería cambiarlo, pero salía todas las tardes para visitar y ayudar a los pobres de los conventillos, de las poblaciones callampas, a los presos de la cárcel, etc…. Y casi siempre me llevaba a mí de la mano… Es que nuestra casa estaba en una pequeña población de construcción sólida, incluso con un cierto estilo como de 1900, auto-construida por dos sociedades mutuales: la de las obreras tranviarias, en el costado norte, y la de los choferes de taxi, en el costado sur… Y estábamos rodeados de poblaciones callampas y conventillos por todos lados; además, a una cuadra de dos puentes del Mapocho, a seis de la Vega y a cinco del barrio rojo de la calle Bandera… Cuando yo iba a la Escuela y después al Liceo de Aplicación,

tenía que ver, de paso, todos los días, a todos los pobres de Chile… Era imposible no pensar en los pobres, y en los que eran más pobres que uno. Escribí, por tanto, para el Liceo, una composición sobre los pobres y miserables. Mi profesor de Castellano, cuando la leí de pie en el curso, no creyó que yo la había escrito, me dijo que la había copiado de un diario, y me puso un «uno»… Era injusticia sobre injusticia… Fui a hablar con el cura de la parroquia, para comunicarle mis ideas y frustraciones… Sólo me gritó: «¡comunista!»… Desde entonces no he parado de intentar responder mis preguntas por mí mismo…

La desigualdad y la injusticia, comúnmente, «bajan» desde el sistema de dominación. Exudan desde el abuso. Y se aposan, cúmulo sobre cúmulo, en las calles. Por la ciudad.

La solidaridad y la rebeldía, en cambio, «suben» desde el interior de los seres humanos cuando éstos se asumen, los unos a los otros, en fraternidad y reflexión. En respuesta a «marcas», externas o internas. Más profusa y fluidamente, que lo contrario. Antes, o después; al comienzo, o al final, de cada explosión de injusticia sistémica. Pero, siempre, infaltablemente...

Lo que es bueno que se sepa.

d) Segundo estrato de solidaridad rebelde: el tiempo joven

El chispazo de la rebeldía irrumpe desde el fondo de la experiencia primigenia –leve o intensa, conflictiva o armonizada– que se tuvo cuando niño, alguna vez, o siempre, de lo que es la comprensión y la solidaridad entre seres humanos vivos. Por lo común, dentro del hogar, de cara al padre y a la madre, o al hermano, al abuelo, el tío, o lo que haya de familiar en torno al niño y al adolescente. Irrumpe desde allí, y cuando se halla contrastando, precisamente, dentro o fuera de la casa, con la ausencia de esa comprensión y solidaridad y, a cambio, con la presencia brutal de sus contrarios.

Es, por supuesto, un chispazo. Que puede ser convertido en llama y hoguera por

la pólvora política de la misma familia, en continuidad con la solidaridad primigenia. O con la memoria social profunda. Pero no siempre se da esa continuidad en la historia subjetiva de la rebeldía. No siempre hay pólvora de continuidad puertas adentro. Y si no hay, y de quedarse allí bajo techo suspendido, el primer chispazo rebelde puede languidecer, y convertirse en ceniza. O en rescoldo, que late, pero dormido bajo el peso de los tiempos.

La chispa, sin pólvora contigua, no estalla, a menos que, puertas afuera, el tiempo histórico se presente a la juventud, por sí mismo, como polvorín. Pequeño, o grande. Húmedo, o seco. Con explosividad omni-abarcadora e implosividad totalizante, o de impacto acotado y compulsión negociadora. Porque el tiempo histórico puede ser a veces, en sí mismo, estallido continuado, llamarada callejera que convierte en chispas hasta las profundidades aparentemente más incombustibles: la voz enmudecida, la cicatriz trans-generacional, el llanto reprimido, la desesperanza…

Hay consenso en que la década de 1960 fue de llamaradas callejeras… Y en que fue, también, la explosión universal de la juventud…

Testimoniante 3: Nosotros vivíamos en una cultura juvenil muy influenciada por las revueltas estudiantiles del ‘68. En Chile se inició el ‘67 con la toma de la Universidad Católica por los estudiantes. Estábamos también muy influenciados por los Beatles, por el rock, por Joan Báez, por la cultura internacional… Yo era una persona de clase media, ilustrada, de colegio particular, universitario… Y para nosotros todo estaba en cuestión. Éramos una generación anti-conservadora. Nos cuestionábamos la religión, la familia, el matrimonio, la virginidad, las formas de cantar, de bailar, de presentarse físicamente, las rutinas cotidianas, el aseo, el baño… Todo. Todo estaba en cuestión… En este sentido, comparada con esta cultura de cambio, la tradición marxista que conocimos en Chile era bien primitiva en estos temas… que van más allá del capitalismo, más allá del modo de producción. Porque va en lo que es una forma de vivir. Es una forma de comer, de sentarse, de hacer el amor… es mucho más amplio. Entonces habían muchas discusiones, me acuerdo, entre el sector marxista propiamente tal, y los más «volaítos», tipo Silo o tipo colegio particular (o no tan particular), habían artesanos buenos para la yerba… Unos defendían lo que hoy día diríamos un cambio civilizatorio, que era mucho más allá que un cambio puro del régimen político, o en los medios de producción… La concepción leninista de partido,

estalinista, la toma del poder… a los militantes que veníamos de esa cultura de cambio que estaba en germen, que estaba creciendo, buscando y explorando, nos era difícil de tragar. Yo siempre consideré que era ultra-jerárquica y poco democrática…

Testimoniante 55: A mí lo que más me dio la sensación libertaria fue la píldora anti-conceptiva. Fue un momento de gran libertad. Yo sentí una gran libertad de mi cuerpo, de mis decisiones. Para mí fue un tremendo aporte a la posibilidad de expresión más global, más propia de la sexualidad, de las decisiones respecto de la familia, de los hijos, qué sé yo. La otra cosa que me hizo vibrar mucho fue el hipismo. Me resultó muy atractivo el pensamiento que salía de una juventud que quería expresarse, volver a la naturaleza, hacer sus propias experiencias, salir por los caminos, irse a dedo para algún lado. A mí me pareció muy atractivo y lo promoví mucho como aceptable y querible…

Testimoniante 14: Yo me acuerdo de estar discutiendo por qué, si nacías mapuche, tenías que hacer esto o lo otro, y por qué, si nací católica, yo me iba a salvar y los otros no… En sexto de humanidades, cuando era presidenta de la Juventud de Estudiantes Católicas, caminando un día por la calle, dejé de creer en Dios. Y nunca más creí en Dios… Eso coincidió con los mediados de los años sesenta…

La coyuntura histórica de los años sesenta traía –según se aprecia en las palabras de los Testimoniantes 14, 55 y 3– cambios y liberaciones que iban más allá del sistema político liberal y del modo de producción capitalista. Y revelaban que la injusticia que el sistema de dominación exudaba desde sí era mucho más ancha y corrosiva que la que se manifestaba en el ámbito específico de las relaciones sociales de producción, y las que derivaban de la plusvalía laboral. Pues la «alienación» afectaba sin duda a la fuerza de trabajo, pero también al cuerpo, al sexo, a la condición de mujer, a la libertad de conciencia, a las rutinas mismas de la vida cotidiana. Con esta sobrecarga, el componente juvenil del polvorín externo tendía a convertir la chispa primigenia (de puertas adentro), en los años sesenta, en una conflagración anti-capitalista, pero también, en términos del

Testimoniante 3, en un «cambio civilizatorio». Y también –en términos de la Testimoniante 55– en la liberación de los cuerpos y la vida. Tanto así, como para que, caminando por la calle –según confiesa la Testimoniante 14– dejaras de creer en Dios… La generación juvenil de esa década, por tanto, «juntó rabia» desde todos los ángulos del ser humano, y acumuló una energía «callejera» que incendió, de fuera hacia adentro, la vida de todos, de adolescentes hacia arriba. Por eso, la edad de inicio de la militancia histórica comprometida descendió desde los 30 y 40 años (como era antes de 1950) a los 15 o 16. Y a menos que esto. Y los jóvenes se fueron apoderando de todo: de la música (el rock), del vestuario (el jeans), del sexo (la píldora), del espacio público (la calle) de los símbolos éticos (el Che) y, por tanto, de lo que era y debía ser la razón histórica de todos: la revolución.

Y ese empoderamiento general produjo incendios por todas partes. Un archipiélago mundial de hogueras. Y el calor nos quemó a nosotros de todos lados. Llegaba por todas las vías. Podía venir de París, 1968, o de las universidades de Alemania, de California, de Argentina… Podía venir de Viet Nam, y su lucha sin cuartel. Podía venir de Cuba, de Fidel, del Che Guevara. O desde China, con Mao. O de Corea del Norte, de Angola, Argelia, Mozambique. O de las encíclicas del papa Juan xxiii. O de la toma estudiantil de la Universidad Católica («¡El Mercurio miente!»), o de la reforma de la Universidad de Chile. O del movimiento por los derechos civiles de los negros, en Estados Unidos (Martin Luther King, Malcom X). O de las luchas por la liberación de Nelson Mandela. O del rock, o de la nueva canción chilena o latinoamericana. O de los grandes intelectuales del cambio revolucionario: Marx, Lenin, Trotsky, Sartre, Marcuse…

Testimoniante 46: Me impactó lo de mayo del ’68. Y me impactó la gesta del Che Guevara, que me gatilló todo lo demás… La revolución cubana… Y las lecturas de este gallo que era como el teórico de esa época…Herbert Marcuse. Nosotros lo leíamos y lo discutíamos en mi casa…

Testimoniante 11: Yo lo recuerdo como un período tremendamente agitado y cambiante, pero también tremendamente creativo y emocionante. Yo creo que fue lo más emocionante que puede pasarte en la vida, participar en ese tipo de

procesos… Y todo era muy rápido, toda la gente hablaba, a favor o en contra. Era maravilloso. Muy emocionante y agarrador… A veces pienso que uno se perdía un poco, se perdían las perspectivas, pero, a la vez, era absolutamente válido vivir esos momentos, entusiasmarte… Me di cuenta que mi familia también lo empezó a vivir, mis hermanas, mis hermanos… todos comenzaron a participar…

Testimoniante 21: Soy de la generación del sesenta... Creo que nos tocó vivir momentos espectaculares desde el punto de vista histórico: fue un momento de cambio, de sueños… y nos tocó la posibilidad de estudiar… se abrían las posibilidades, el horizonte…

Testimoniante 59: Siento que la parte de mi generación que militó en la izquierda… se sentía protagonista de la revolución universal. Que estábamos viviendo un momento trascendental, como a comienzos del siglo XX con la revolución rusa, o a fines del siglo xviii, con la revolución francesa. Era el comienzo del futuro, un futuro absolutamente diferente al tiempo que estábamos viviendo. Y éramos muy jóvenes… Tenía menos de 20 años… la propaganda política la mezclábamos con el carnaval, con las fiestas, el hipismo, el rock and roll, la marihuana, con todo. No había lucidez prístina con respecto a los propósitos políticos.

El fuego envolvente de los juveniles años sesenta atizó las mentes a todo nivel. Fundió lo de arriba con lo de abajo, derritió lo antiguo y encendió lo nuevo. La rabia sorda de la injusticia estalló en petardos de carnaval con el canto alegre de la justicia. La revolución dijo ¡presente! en todos los ámbitos, en todas las formas. En lo feo y en lo bello, en lo reglado y en lo caótico. Y también como juego estético, en la primavera…

Testimoniante 45: Yo nací… en un barrio… donde tienes un itinerario marcado hasta tu muerte… Estaba destinada a ir a la Universidad Católica… Entré a la Católica.. En el curso de mi colegio secundario las mujeres entraban

fundamentalmente a estudiar Educación de Párvulos, Economía Doméstica, carreras muy vinculadas a la cosa privada, doméstica… Y estudiando Periodismo (mi padre casi se murió) vino la reforma de la Católica… Trabajé allí en una revista que se llamaba Debate Universitario… Fue una revista muy puntuda… Durante la celebración de la Semana Universitaria se celebraban Fiestas de la Primavera. Era una tradición… Me eligieron Reina de la Universidad Católica… Y ahí quedó la escoba… Hubo gente que vio que mi elección estaba representando… el movimiento de la Reforma… Y yo había estado metida en los trabajos de verano y en los cambios en la Universidad… Sintieron que se había politizado la elección de reina… Se me tiraron encima las reinas más conservadoras de las otras escuelas, porque yo habría politizado la elección… Bueno, fui, me regalaron una medalla de oro y además hice un discurso político, y la banda me la puso Manuel Antonio Garretón… las reinas más extremistas se retiraron del salón...

El torbellino de los cambios era mundial, pero desencadenaba estallidos, también, en Chile. En los colegios, en las universidades, en las calles, en las casas. Eran varios estratos envolventes, y no siempre se sabía dónde estaba el epicentro, o el origen preciso del incendio. Muchos lo sentían dentro de sí, como parte de su historia personal, pero otros pensaron que venía desde fuera. Incluso, desde el horizonte.

Testimoniante 21: Yo, siendo bastante joven, me fui a Europa. Tenía 18 años. Yo quería ir a Europa a aprender, a saber más de Marx, Marcuse, a llenarme de toda la ideología… Y me tocó vivir mayo del ‘68. Fue una experiencia extremadamente marcadora. Yo estaba en Estrasburgo, no en París. Y allí se hacían asambleas 24 horas al día. Había una cantidad de partidos, grupos, agrupaciones, que se expresaban y cada uno tenía su teoría y sus propuestas. Eran asambleas maratónicas y varios chilenos que estábamos ahí las íbamos a escuchar. Había maoístas, trotskistas, comunistas, socialistas, anarquistas, etc. Era todo muy complicado… Y teníamos que tener mucho cuidado de que en estas manifestaciones no nos pillara la policía, porque nos deportaban… Fue muy importante para mí haber vivido esa experiencia. Hubo un momento en que Francia estaba paralizada, completamente paralizada. No funcionaba nada. Si tú abrías la puerta de la casa para salir, te llegaba como un olor a insurrección. Yo

pensaba: «aquí va a quedar la escoba»… Llegué a Chile en 1970, y me fui a la Universidad de Concepción.

Cada hoguera, en cada lugar, tenía su punto máximo de ebullición. En algunos lugares, en forma de asambleísmo exorbitante, con volcánicos derrames de ideología. En otros, con supremas manifestaciones de frenesí callejero, henchidas de utopía y futuro. Pero en otros lugares, también, como un proyecto político de reformas estructurales, donde la palabra «revolución» adquiría, de algún modo, un estatuto programático. Y un calendario. Es lo que ocurrió en Chile, en torno a la candidatura presidencial (llevada a compás del léxico constitucional) de Salvador Allende, donde todo el torbellino cultural de los sesenta llegó a su clímax en la noche del 4 de septiembre de 1970. Allí y entonces se unieron todos los revolucionarios del mundo…

Testimoniante 62: Yo estaba en mi casa de La Reina… pegado a la radio, escuchando cómo iban avanzando los cómputos y cómo esos cómputos iban demostrando cada vez con mayor claridad que Allende no sólo tenía la posibilidad de que fuera electo, sino de que realmente podía ganar… Era el 4 de septiembre de 1970, estaba oscuro, eran como las 8 o 9 de la noche, cuando las proyecciones dan a Allende como ganador. En ese momento salimos con mi amigo. El vecindario estaba absolutamente silencioso, muerto, porque era de clase media acomodada. Caminamos hacia la avenida Larraín con la intención de tomar algún medio de locomoción y partir al centro de la ciudad, a la Alameda, donde iba a ser el lugar de concentración. Al cabo de un rato, vemos que se aproxima un microbús, pero venía repleto, con gente colgando por todas partes. Nosotros lo hacemos parar, desesperadamente, y el chofer nos paró. Y nos agarramos, no sé, de otras personas que colgaban o de las ventanas, no sé, pero lo que sé es que partimos. Un montón de seres humanos con un vehículo por dentro… Llegamos a Vicuña Mackenna, donde el chofer paró el microbús, se bajó, cerró el vehículo, lo dejó abandonado y partió, junto con todos nosotros, a la Alameda. Fue algo realmente inolvidable, porque la Alameda se había convertido en un paseo peatonal, desde Plaza Italia hasta donde no sé qué punto del poniente. Y recorrimos toda la Alameda, que estaba llena de gente, con grupos de personas bailando, otros con guitarra, otros con fogatas encendidas… Era un continuo de gente. Una masiva fiesta popular. Y fue impresionante

acercarse a los balcones de la FECH para escuchar allí la voz del presidente Allende… Desde allí se dirigió al pueblo… y llamó a la juventud chilena a ser parte del proceso que se abría y por el cual se esperaba construir una sociedad mejor… Así es como viví el 4 de septiembre de 1970…

El triunfo de Allende fue un triunfo que se contabilizó en votos. Pero su valor simbólico duplicaba o triplicaba el frío cómputo de los números, y rebasaba los límites ideológicos que dividían los partidos. Por eso, muchos jóvenes habían trabajado en todo, en cualquier cosa, arduamente, para construir, desde todos los rincones del pueblo, ese triunfo. Porque su trascendental significado simbólico había exigido también, dentro de la juventud, realizar tareas minuciosas, pequeñas, perseverantes, anónimas, sin duda, pero indispensables:

Testimoniante 74: Estuvimos trabajando todo el día full time… Movilizando a la gente, pegando panfletos, juntando dinero, para la campaña electoral… Hicimos una fiesta… No me acuerdo cuántos sánguches de mortadela hice. Yo odiaba la mortadela. Estábamos cerca del Parque O'Higgins… Yo me arrancaba de la casa para hacer esto. A mi mamá no le gustaba. Y a muchos les daba risa porque hacíamos y hacíamos sánguche tras sánguche... De ahora en adelante, jamón de no sé qué marca, cualquier cosa, pero… mortadela… ¡nunca más!

Es que el torbellino revolucionario se había filtrado también dentro de los colegios, y zumbado en torno a la mente de niños, niñas y adolescentes. Y allí incrementaba la intensidad de la chispas rebeldes que ellos ya traían desde sus casas, o hacía chisporrotear otras que no tenía pólvora casera. Las experiencias de solidaridad que los adolescentes habían tenido puntualmente en sus hogares y dentro de su familia, fueron, de ese modo, absorbidas por la enorme fuerza gravitacional que las solidaridades juveniles estaban tejiendo alrededor del mundo, pero también dentro de cada colegio, grupo o centro universitario. Y era difícil no asumir o eludir la atracción de esa fuerza gravitatoria.

Testimoniante 65: Mi visión más abierta viene de mi ingreso al Instituto

Nacional, a los 14 años. Yo había tenido una educación absolutamente católica… incluso uno de mis tíos era cura. Yo era una especie de militante católico muy apasionado, quizás una de mis vocaciones hubiera sido ser mártir… Todas esas lecturas fueron cambiando a través de mi educación y mis discusiones en el Instituto Nacional… Primero, dejé de ser católico. Luego las lecturas me llevaron hacia el marxismo y hacia otras aperturas. Yo tenía 17 o 18 años y mezclaba a Marx con Sartre, a Kafka con Joyce y con músicos vanguardistas. Era una mescolanza rupturista por todos lados. Pero siempre eso fue una cosa literaria… yo no viví una situación de miseria en carne propia. Mi padre y mi madre eran personas ricas y no nos faltó nunca nada… Mi cambio no obedeció a una necesidad vital, era un cambio aprendido… Pasar a una posición de casi los mismos postulados, pero sin un dios omnipotente. Quizás el único dios en el que creímos por un tiempo fue Stalin, pero se nos murió rápidamente, mucho más rápido que el otro…

Testimoniante 55: Entré al Liceo de Temuco. En ese liceo yo aprendí lo que era la participación, porque se habían inaugurado los consejos de curso… Y ahí uno tenía una voz que no era de sumisión, sino una voz propia… Eso a mí me marcó, a pesar de que sólo era una especie de germen… Para mí fue muy importante, pues, como yo ya tenía el germen libertario y una opinión propia sobre muchas cosas, encontré allí un espacio… donde podía hablar de otras cosas que no fuera repetir la lección.

Testimoniante 46: Yo estuve primero en el Liceo 4 y después me fui al Liceo 2, allá en Matucana. Pero toda mi participación política la empecé en el de Matucana. Empezamos a participar en la FESES… estábamos como en segundo o tercero de humanidades… Uno podía participar en el Centro de Alumnos… Uno tenía que hacer opciones… Y ahí, en la FESES, yo conocía al P. y al M., que eran del grupo Espartaco. Y con mis amigas nos entusiasmamos con la cuestión del P., que era medio anarquista. Y con ellos yo aprendí a hacer bombas Molotov, y salíamos a las manifestaciones, a los paros… Pero no era como un compromiso así como muy en serio, era una cuestión así como de cabros. Y leía mucho. Me gustaba mucho esto de la historia y andar averiguando cosas y todo eso… Iba con mis hermanos, en la noche, a los rayados. Salíamos de Instituto Nacional Barros Arana, junto con los del Liceo Amunátegui y los del

Cervantes… Y salíamos a tomarnos los colegios… Y el ‘69 conocí en la FESES al C., a T., a la I, que era una cabra brillante, menor que yo… personas que después fueron muy importantes para mí…

Testimoniante 27: La motivación nació en los dos últimos años del colegio de monjas. Fue el período del papa Juan XXIII. Con las monjas comenzamos a hacer trabajos en las poblaciones… sobre todo los fines de semana… Mi padre era socialista y mi madre era radical… La lectura era fundamental en mi casa…

Testimoniante 21: En Curicó empezamos a formar un movimiento guevarista. Yo me acuerdo que subíamos a Los Quelles, con la idea romántica de hacer arriba una guerrilla... Habían unos cajones donde iban seis botellas de vino, y nosotros recuperábamos esos cajones para hacer mochilas… Formamos este movimiento guevarista con todo ese idealismo… Cuando volví de Europa e ingresé a la Universidad de Concepción… mis compañeras eran ya todos miristas…

Testimoniante 3: Yo estudiaba en el Liceo Alemán, un colegio muy de Derecha, muy conservador. Allí los que éramos de izquierda éramos sólo 8, dentro de 1.500 alumnos, donde 1.450 por lo menos eran alessandristas y unos 30 demócrata-cristianos. Sólo 5 o 6 pelagatos estaban movilizados y organizados por Allende. Yo era tomicista en ese tiempo… Pero éramos la primera generación promovida por las reformas educacionales. Yo me acuerdo haber gozado mucho el cambio curricular y la reforma educativa de Frei Montalva, porque era primera vez que se hicieron clases integradas, trabajo en terreno… investigación abierta, literatura contemporánea chilena y latinoamericana… Empezamos a discutir mucho más, con mucho trabajo de grupo, en Historia y Ciencias Sociales. Fuimos una generación que iba camino a una democratización muy avanzada… Se estaba democratizando la palabra, el pensamiento, se confeccionaban propuestas, se llevaba una vida asociativa. Todo se hacía en grupos, no necesariamente formales, sino también informales… Tiempos notablemente interesantes y entretenidos –por decirlo en forma light– porque en todos los días pasaban cosas sobre las cuales tu tenías algo que decir u opinar, aunque no fueras ni vanguardia ni nada, sino ciudadano escolar para ser después

ciudadano universitario…

En general, los testimonios examinados hasta aquí no dan cuenta respecto a que el profesorado de los colegios chilenos, en esos años, hubiera estado inflamado también por el frenesí revolucionario que, a nivel mundial, parecía coger a los jóvenes de los años sesenta. Al menos, no con la misma intensidad. Las «marcas» registradas por los jóvenes rebeldes en Chile provenían, en su mayor parte, de fuera del país (Viet Nam, París 1968, Sartre, Marcuse, la Unión Soviética, Cuba, etc.), y si era desde dentro del país, correspondían en su mayor parte al fenómeno electoral que representaba Salvador Allende. En el mejor de los casos –como señalaron los Testimoniantes 55 y 3– la marca pedagógica liceana derivaba de la reforma educacional promovida por el gobierno de Eduardo Frei Montalva (consejo de curso, trabajo en grupo, salidas a terreno, ciudadanía escolar, Ciencias Sociales, etc.). La ausencia de marcas docentes liceanas, en todo caso, se debía, no tanto a la falta de sensibilidad política del profesorado (que vibró, sin duda, igual que todo el mundo con el tiempo de cambio) sino al débil y lento desarrollo de las Ciencias Sociales en Chile durante ese tiempo.

En efecto, el grueso de la producción en Historia de Chile, por ejemplo, estaba aún dominada por enfoques tradicionales, conservadores y anclada en el pasado remoto, no en el presente. La llamada Escuela de los Anales (francesa), de tipo estructuralista, no llegó a representar un estímulo importante para los jóvenes en Chile. Por su parte, la historiografía marxista estaba en ciernes, y no lograba desprenderse todavía del rígido marco ideológico de la militancia, ni adentrarse en la investigación sistemática y profunda de los procesos sociales chilenos. La Sociología, recién formalizada en la malla curricular, estaba influida por el enfoque estructural-funcionalista, sobre el cual el marxismo militante era un injerto inorgánico. La Ciencia Política giraba sobre abstracciones, dado que no se habían realizado en Chile investigaciones concretas, ni sobre el Estado, ni sobre los partidos políticos, y menos sobre la ciudadanía. La Economía, como tal, fluctuaba entre el viejo enfoque marginal-monetarista y el estructuralismo que estaba desarrollando la CEPAL. El estado general de las Ciencias Sociales arrojaba, por tanto, como activo propio, sólo la teoría de la dependencia, formulada en un alto nivel de abstracción, sobre todo por intelectuales provenientes de otros países de América Latina (Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra, Frank Hinkelamert, etc.) y manejada

principalmente en institutos académicos especializados (el CESO, de la Universidad de Chile, y el CEREN, de la Pontificia Universidad Católica). Sólo después de 1967 esa teoría tuvo una formalización de tipo histórico-social accesible (Enzo Faletto & F.H. Cardoso), pero siempre determinada por un marco estructuralista de tipo teórico. El profesorado secundario no llegó a tener un manejo apropiado de esa teoría (la educación liberadora de Paulo Freire sólo fue conocida por grupos pequeños y de modo experimental). No pudo ser, por tanto (la reforma educacional de la Unidad Popular no llegó a concretarse), un activo pedagógico en la sala de clases. Los rebeldes del '68, por tanto, en su mayor parte, potenciaron intelectualmente su rebelión con elementos teóricos que la misma ola exterior traía hasta ellos.

Dado ese oblicuo nivel de desarrollo de las Ciencias Sociales chilenas, los jóvenes se empaparon de autores extranjeros (Marx, Lenin, Mao, Trotsky, Sartre, Marcuse y, en algunos casos, Paul Baran, Paul Sweezy, Luis Althusser, Nicos Poulantzas, etc.) y, por tanto, de una teoría revolucionaria importada, libresca y des-localizada. La memoria social popular no era ni fue –como, en cambio, lo es hoy día– el fondo de certezas sobre el cual se puede (y debe) realizar, preferentemente, la elaboración social y local del pensamiento político social y local. De este modo, la conflagración mundial por el cambio tendía a desarrollar, sobre todo, actitudes éticas de alto compromiso y alto nivel de entrega («ejemplos de lucha», «los imprescindibles»), más que una elaboración política reposada, social, deliberativa, democrática, realista. De modo que la alta teoría se confundía a menudo con la «alta dirección», y ésta con el centralismo vertical más que con la triangulación dialéctica a ras de suelo.

Sin embargo, aun en ese contexto, los profesores supieron inspirar y aun conducir la chispa de la rebelión. La pedagogía, en tanto regida por una interacción humana viva y profunda, puede suplir con comprensión y sensibilidad lo que los docentes no reciben del sistema de formación. Es el arma secreta del profesorado. La humanización perpetua que se produce en el proceso educativo. La vocación inherente al verdadero «maestro». Y para los jóvenes, muchas veces, importa más esto último (la humanidad perpetua del maestro) que la justeza y precisión de «los conocimientos» que reciben en las aulas.

Testimoniante 29: Lo tengo claro: yo sé las causas. Mi incorporación a la acción política es el producto de mis profesores… (se emociona). Después de la

educación primaria me fui a estudiar a un liceo comercial. De hecho, estudié en diversos comerciales, hasta que llegué al Comercial Nº 3, que era fiscal, y era al que uno aspiraba, porque era el mejor evaluado... Ahí había unos profesores que, creo, son los causantes de que mucha gente, y yo mismo, se hayan involucrado después en la lucha política. Un profesor y una profesora… (se emociona). Eran profesores que, junto con enseñarnos la materia, nos enseñaban también lo que era la vida, lo que significaba tener una visión más allá de estudiar por estudiar. A mí me da mucha pena, porque sé que, después, la profesora sufrió mucho. La mataron… Y ella tuvo un hijo que también fue detenido… Era gente buena de adentro, que hacían del educar y del generar una juventud sana y comprometida, su propia vida… Y después, cuando yo militaba, algunos camaradas trataron al profesor de «guatón», de que los guatones habían frenado la revolución... Ellos son los formadores míos.

A través de ellos me incorporé a la reflexión y al partido Socialista… Ésa fue mi guía. Ésa fue mi ruta. Los que me dijeron que era necesario luchar por algo superior…

Testimoniante 21: Yo recuerdo a mi profesor de Historia… Por muchos años yo quise ser profesor de Historia, porque quedé marcado por él. Nosotros estábamos muy expectantes de lo que iba a ocurrir en su clase, porque siempre, cuando estábamos estudiando la historia de Europa, terminábamos en Chile. O si estábamos estudiando la Edad Media y hablábamos de los feudos… él terminaba la clase con un discurso. Los últimos cinco minutos eran un discurso, y decía: «esto ocurría en Europa en la Edad Media, pero si uno va al campo en Chile hoy, es lo mismo»… Entonces uno quedaba impresionado, porque, efectivamente, era lo que ocurría acá…

Testimoniante 75: Yo estudiaba en un liceo de mujeres, y todas vivíamos en el mundo de Bilz y Pap, nadie sabía de nada a fondo… Entonces, un día, mi profesora de Castellano nos habló del Che Guevara. Nos habló de su lucha y todo eso. Esa clase fue, para mí, el primer encuentro con una cosa más consciente en cuanto a la política y en cuanto a los movimientos sociales… Eran los tiempos en que todos en mi casa eran alessandristas, de derecha…

Es que, en un tiempo en que confluían «memorias profundas» (reptando desde el pasado remoto), «marcas familiares» de diverso tipo, y «torbellinos juveniles» que daban la vuelta al mundo, existía una atmósfera cargada de electricidad histórica. Como dijo el Testimoniante 21: «tú abrías la puerta y entraban aromas de insurrección». En esa atmósfera, los conocimientos adecuados, sistemáticos, la ciencia social localizada y democratizada, tal vez, no eran del todo necesarios. «Imprescindibles». Al menos, para pasar de la indefinición pura al compromiso rebelde, y a la lucha por algo superior, y para dar ese salto ético que lleva a arriesgar la vida completa por la justicia social y la libertad integral. El llamado para hacer eso, estaba en el aire. Pentecostalmente. Podía llegar en cualquier momento, bajar de cualquiera señal. A propósito del menor detalle.

Testimoniante 63: Yo estaba en el Regimiento Linares… y va «el Chicho» (Salvador Allende) a las Naciones Unidas y dice un discurso. Habían muchos suboficiales en el casino y el viejo dijo algo, una cosa como que «los pueblos al sur del Río Grande han dicho… ¡basta!...». Y me dejó marcado para siempre… Por eso, cuando me salí de militar, comencé a buscar eso, porque es como un gusano que te meten en la cabeza. Y quise saber más… Es que el viejo tenía la cualidad de que cuando hablaba, todo el mundo escuchaba… No se escuchaba ni una mosca… Tenía una cualidad que pocas personas tienen.

Testimoniante 33: Lo primero de lo que tengo recuerdo fueron las luchas callejeras del 2 y 3 de abril de 1957… Me impresionaron. Hablé con un amigo de mi abuela que había sido fundador del Partido Demócrata, y me dijo: «oye, tus ideas son todas comunistas». Y se rió… Tiempo después, me encontré en la calle con una manifestación de los obreros de la industria Saba… se habían tomado la fábrica, que estaba cerca de Maipú. Llegó la policía, los atacó, tiraron bombas –no sé si incendiarias– y la fábrica se quemó. Le echaron la culpa a los trabajadores… Desde ahí para adelante me puse a estudiar y a aprender sobre todo eso, y en ese momento estaba naciendo Espartaco, un movimiento juvenil…

Las «señales», como bengalas, estallaban en cualquier parte. Sin que uno las buscara. Y una con otra, juntándose, te dibujaban un signo interrogativo, que te cuestionaba, que se te metía en la cabeza y te obligaba a reflexionar, a estudiar, y a decidirte. Eran como un mapa cósmico, que, estrella por estrella, se iba completando, solo, ante tus ojos.

Testimoniante 62: Yo era más bien un observador. Yo me sentía impactado por las realidades, pero, tal vez por mi edad y poca madurez, yo no era capaz de reaccionar ante esas realidades. Pero se fue generando una acumulación de registros visuales, emocionales también, que indudablemente influyeron en mi desarrollo posterior. En esa etapa yo no tenía una posición o una visión propiamente política, más allá de una visión que yo llamaría «progresista»…

Había, pues, a final de cuentas, una «acumulación de registros visuales y emocionales». Si la Ciencia Social no hablaba con plena sapiencia, era la realidad misma la que bombardeaba la sensibilidad excitada de la juventud con registros visuales y emocionales que denunciaban su problemática profunda. No a título de «verdad construida», sino a título de realidad concreta. Si los jóvenes se comunicaban entre sí en una solidaridad horizontal que daba vuelta a la tierra, la realidad se comunicaba también, de piel a piel, casi secretamente, con ellos; en Chile, y fuera de Chile. «Nosotros tenemos las antenas más sensibles ante la realidad», les dijo Miguel Ángel Solar, dirigente máximo del movimiento estudiantil de la Universidad Católica durante la Reforma, a las autoridades que le enrostraron la «toma» de la Casa Central. Y los jefes del intelecto universitario de la pontificia Universidad, entendieron que, ante eso, sólo cabía retroceder. La verdad, hecha juventud, no tiene refutación.

Con esa acumulación de registros en la edad adolescente y en el tiempo del colegio, si tú entrabas a la Universidad de entonces, estallabas como bomba de tiempo. Porque allí ya no eras ni observador, ni cabro juguetón, ni dependiente total de tu familia. Allí eras, exactamente, empujado a definirte. A tomar la primera decisión autónoma, libre, estrictamente tuya, mediante la cual tú mismo marcabas tu vida y tu destino. Era un tiempo trascendental, pleno, supremo. Imposible de repetir después.

Pues era el clímax mismo de la juventud.

Testimoniante 75: A finales de los años sesenta yo entré a la Universidad, y ahí fue donde vino el cambio mío, porque allí había una efervescencia política enorme. Sí, sí. Ahí vino el despertar político. Ahí estaban todas las tendencias políticas. Y a mí la que más me convenció fue el MIR, porque consideré que era la gente que tenía mejores principios éticos en ese tiempo. Ahí yo fui a conocer las poblaciones callampas, y fue muy chocante para mí… Donde yo vivía colindábamos con gente pobre, pero yo nunca necesitaba pasar por ahí… Fue un despertar muy violento… El concepto que había en mi familia era que el pobre era pobre porque era flojo. Por eso yo nunca me había encontrado cara a cara con la pobreza… Se produjo un despertar y se produjo un compromiso: «como jóvenes, tenemos que cambiar todo esto»…

Testimoniante 45: Yo, a los 16 años, no era revolucionaria para nada. Seguí una vida bastante «normal»: fui a todas las fiestas que tenía que ir, salíamos a menudo en la revista Zig-Zag de ese tiempo… Pero cuando fui a la Universidad, te diría incluso que en los últimos años de Universidad, me comprometí con el movimiento universitario. Se acabaron las fiestas. Era un mundo distante y distinto al de mi casa… Yo era la que mi padre sentía como la encarnación del mundo externo, el demonio de la carne, y le daba pánico. Me decía las cosas terribles que podían sucederme si yo seguía así…

Testimoniante 47: A medida que mis hermanos entraban a la Universidad, todos comenzaron a militar. El más chico fue el primero, porque él quedó en el Pedagógico de la Universidad de Chile. El mayor no fue militante, pero estuvo trabajando para la organización… Y el otro, sí, también militó, y estuvo detenido… Todos eran del MIR, menos mi hermana. Mi papá, que era radical, decía: «el peor pecado que puede cometer un miembro del Partido Radical es que sus hijos le salgan ateos y, además, miristas…»

Testimoniante 70: Mi familia se fue yendo progresivamente…hacia el movimiento hippie… y empezaron a tomar ácido, y yo no tenía nada que hacer ahí ¿me entiendes?... Ellos habían canalizado el tema de la libertad por el lado de la libertad individual. En cambio, para mí, pasaba más bien por un tema de que no somos plenamente libres hasta que no seamos todos iguales… Después me fui insertando en el lugar donde yo hacía mi trabajo político. Y ahí conocí a una amiga –todavía seguimos siendo amigas– y arrendamos juntas una pieza. Y ahí nos pilló el golpe de Estado.

Es evidente que, para muchos jóvenes, haberse definido políticamente en el ámbito universitario, y tomado una decisión (por sí y ante sí) respecto a una cuestión valórica fundamental que determinaba su futuro, implicó una abrupta bifurcación respecto de la línea de acción de su propia familia. La solidaridad juvenil, en abierta complicidad con el tiempo presente, entró a menudo en colisión con la solidaridad inercial de la familia (como quiera que hubiese sido su grado y consistencia), generándose una situación de ruptura y discontinuidad. Fue el costo que tuvieron que pagar los que se definieron por sí mismos, libremente, frente a los dilemas de «su» tiempo («los jóvenes se parecen más a su tiempo que a sus padres», dice un proverbio árabe). Sin embargo, en la misma solidaridad social implícita en el compromiso juvenil había lugar para afectos y camaraderías que constituyeron una suerte de «sustituto» de la familia. Un relación solidaria que configuró una «segunda» familia.

Testimoniante 15: Si tú miras un poco el aspecto familiar que yo te relataba, para mí la organización partidaria pasó a ser la familia que no tenía, o por lo menos la que yo no podía reunir. Y ella cumplió con creces… y eso nos unió y nos llevó a desarrollar un espíritu de cuerpo que, pienso yo, fue muy importante en el nacimiento del MIR. Esa relación de amistad, familiar, sólida, que se fue reforzando paralelamente al plano de lo político propiamente tal… Es el embrión que yo conocí más directamente en Concepción… una estructura bastante íntima en cuanto a los compañeros que la componían… No hubo allí, en ese tiempo, vicios conflictivos… Había ese refuerzo, podríamos decir, desde el punto de vista de la cercanía y de la relación, mucho más sólida, entre nosotros mismos… Concepción era entonces más provincia que ahora y existían muchas más posibilidades que los vínculos personales fueran más íntimos que los que

podrían ser hoy…

La solidaridad «callejera» de los que comparten una misma opción ética, política y un mismo riesgo futuro (la lucha revolucionaria) es distinta, sin duda, a la de la familia, pero su vínculo es, tal vez, más fuerte y riesgoso, sobre todo, respecto al quehacer futuro. La «camaradería» o el «compañerismo» militantes constituyeron, como dice el Testimoniante 15, una segunda familia, complementaria y a veces sucesora de la primera. Una fraternidad ampliada y potenciada. Querida y temida a la vez. La cual no siempre se constituyó en el ámbito universitario. Ni la fraternización ni las definiciones de vida son monopolio exclusivo de la juventud universitaria. La sociedad, si es «ancha y ajena», promueve la asociación rebelde en todo tiempo y lugar.

Testimoniante 17: Yo empecé con preguntas apenas hice la primera comunión en la Iglesia. Y preguntas que no tenían respuestas. Después busqué respuestas en la Casa de la Cultura, en San Miguel, que era como una isla de progresismo cultural… Era una época en que se juntaba allí gente con ideas diferentes. Había muchos compañeros socialistas y comunistas. Después de la derrota de Allende en las elecciones de 1964 la gente se reunía allí para buscar nuevas vías. La Casa de la Cultura no era una instancia de militancia pura, sino de conversación y debate. Yo era chica, tenía como 13 años, e iba siempre allí y me gustaba el ambiente que allí se producía.

Testimoniante 53: Yo tenía como 11 años y muy pronto se constituyó en torno al círculo israelita (en Serrano esquina de Tarapacá) un grupo de juventud que se llamó AJI (Asociación de Jóvenes Israelitas). Allí hacíamos una intensa vida cultural y política, con charlas, y seguíamos los avatares de la Segunda Guerra con mucha preocupación. Comenzamos a admirar la resistencia de la Unión Soviética frente al asalto de los nazis… Me acuerdo que seguíamos la batalla de Stalingrado día a día. Yo tenía una mapa e iba siguiendo el frente de la guerra. Leíamos a los autores progresistas norteamericanos y las primeras versiones soviéticas («Así se templó el acero»)… Pero también hacíamos fiestas, kermeses, jugábamos ping-pong y también fútbol.

Testimoniante 64: Me dijeron: «¿quieres participar en una organización para cambiar el mundo?»… Me pareció una cosa gigantesca, y en esos días, además, J.C.A., que era el jefe de las Juventudes Comunistas, me pasó unos folletos sobre marxismo básico. Los leí y me sentí plenamente interpretado. El haberme metido al grupo Grama era porque era amigo de esos cabros, y no amigo de J.C.A. Yo podría haber caído en cualquier lado, no tenía una definición ni estratégica ni táctica. Pero yo era amigo de los muchachos del Grama. Estando con ellos allí tomé conciencia de la política revolucionaria, del Partido Comunista Revolucionario…

Testimoniante 7: Teníamos un grupo en la escuela que no era muy grande, y que yo supiera, había un solo miembro del Frente de Estudiantes Revolucionarios… Éramos pocos, pero salíamos todas las semanas a las poblaciones… Trabajábamos en lo que es prevención de la salud… Lo importante era la comunicación con la gente. Me acuerdo que participé en distribuciones de comida, anduvimos en camiones cuando había acaparamiento de la derecha…

Las compañeras y compañeros que, en cambio, provenían de familias en las que primaba una tradición de rebeldía, no enfrentaron, necesariamente, situaciones de discontinuidad y bifurcación. Ni la solidaridad juvenil exterior apareció en ellos como una segunda familia necesaria, sustituta de la primera. La continuidad entre uno y otro estrato de solidaridad fue natural. No hubo que tomar una decisión a solas, como un acto fundante de sí mismo a distancia de la familia natural, sino, prácticamente, en comunidad. Casi siempre, eso significó formar parte orgánica de los partidos políticos que se proponían realizar los cambios estructurales que el país necesitaba. Y casi siempre, se trató de casos inscritos en los partidos llamados históricos: el Partido Comunista y el Partido Socialista. De modo que, a menudo, esas compañeras y compañeros participaron, desde adolescentes, a cualquier nivel, como militantes de los partidos de la Unidad Popular.

Testimoniante 18: Hay líderes naturales. Yo siempre he hablado de Oscar

Schnacke, que fue para mí el líder natural más grande que yo he conocido. Ese tipo te encontraba en la calle, y aunque te hubiera dejado de ver diez años, te reconocía de inmediato y te decía: «¡fulana, qué tal, qué ha sido de tu vida!»… Tú sentías que cuando te encontrabas con él toda su atención eras tú. Y no es mucha la gente que es así… A Cuba viajé casada ya porque a mi marido y compañero le asignaron un trabajo allá… El movimiento que Fidel Castro había iniciado en el sur de Cuba iba creciendo y cubriendo todo. Nosotros estábamos viviendo en Cuba cuando Fidel entró en La Habana… Nosotros, como socialistas, estábamos naturalmente con Fidel… Cuando ingresé la Juventud Socialista el compañero Allende era Secretario General en Valparaíso. Desde entonces nos conocíamos. Él tenía sólo 28 años… entonces siempre mantuvimos un lazo muy estrecho de amistad. Yo podía decirle muchas cosas que yo sé que los demás no se atrevían…

Testimoniante 74: En ese tiempo yo me dedicaba a la alfabetización y salía todos los sábados y domingos a las poblaciones a alfabetizar gente… e iba también a un fundo que se llamaba Las Cuatro Puertas a ayudar a la gente a leer… Era parte del programa de gobierno en que yo me había inscrito. Era voluntario. Nosotros fuimos como miembros de la Juventud Comunista.

Testimoniante 10: Mi primer acercamiento a la militancia fue a través de las actividades de mi padre. El partido estaba formado por personas modestas. Mi padre era el que estaba económicamente mejor, entonces, cuando llegaban personas del partido de fuera del pueblo, llegaban a la casa de mi padre, ya sea para comer o para albergarse y yo, ahí, conocí y traté a esas personas y me vinculé al partido.

Testimoniante 76: Yo recuerdo haber entrado a militar a la Juventud Comunista… como a los 14 años, en 1964, en la época de la campaña presidencial… Pero nunca quise ser dirigente, para nada. Incluso cuando entré a la Universidad… Militaba, pero me dediqué a los estudios. Mi hermana fue a estudiar a la universidad Amistad de los Pueblos, en la Unión Soviética. Estuvo cinco años en Moscú… Y mi padre respetó mi decisión, nunca me dijo «¿por

qué no estás activa?», ni nada de eso…

Testimoniante 12: Obvio, yo no podía estar fuera de lo que eran las realidades políticas y sociales. Estuve en el primer Centro de Alumnas del Liceo Nº 7, y entre mis compañeras de colegio estaba la hija del general Prats, y el padre de ella era el presidente de curso y mi madre era secretaria del Centro de Apoderados… Con el correr de los años me encontré con el general Prats en la UNCTAD… Increíble: te arrastra el partido y te conecta con gente que después sufrimos tremendamente una situación histórica…

No todos las compañeras y compañeros tomaron contacto directo con la solidaridad inflamada de los grupos y colectivos de jóvenes –fueren de partido, o no– para llegar allí, dentro de ellos, a una definición política trascendental de sí mismos. Algunos siguieron una ruta más personal, más introvertida, más larga y como de rodeos. A veces para asentar bien el pie. Para no correr apresuradamente. Otras veces porque hubo que trabajar o porque el temperamento exigía reacciones reposadas. No siempre hubo señales de revelación, o chispazo pentecostal.

Testimoniante 69: Para mí, el Internado Barros Arana fue la escuela de la vida, aprendí muchísimo. Había excelentes profesores, excelente amistad, compañerismo y apoyo mutuo… Ahí vinieron los primeros despertares políticos. Mi hermano menor tomó muy rápido la política. Yo lo criticaba porque era muy joven… Y él tenía un compañero que estaba muy interesado en la política, que más tarde pasó a ser miembro del GAP de Allende. Él, otros amigos y mi hermano me venían a visitar a la sala, especialmente cuando yo estaba en sexto humanidades, porque en el pabellón nuestro estaba permitido fumar. Los tenía de visita muy seguido y me llamaban «el momio», porque yo no me quería meter en política. Y ése fue mi estado político hasta que terminé las humanidades.

Testimoniante 9: Yo aprendí a tocar música a los 6-7 años de edad… y desde los 12 años comencé a ser parte del mundo de los adultos… Formé un grupo de

música con 5 niños, pero tocábamos música de adultos, y la interpretábamos tan bien que la Universidad Técnica del Estado nos patrocinó y nos comenzaron a llevar a todas las campañas políticas que hacían, a diferentes escenarios. A los 14 años viajé a Santiago a tocar en un teatro Caupolicán que estaba lleno… Esos niñitos eran como una cosa circense… eran parte de un proceso social que se venía dando muy fuerte a nivel cultural… Yo experimenté el proceso de cambio desde el punto de vista de la cultura, de lo que yo hacía como niño… Éramos ya parte integral de la sociedad chilena con nuestra música… Todo eso lo viví de modo muy cercano, aunque yo era un niño…

Testimoniante 20: Yo me fui politizando y radicalizando como por etapas. Y fueron más o menos tres situaciones entrelazadas: uno, me casé en 1958, siendo todavía estudiante universitario, con una compañera, que también era estudiante… Ella venía de una familia de clase media, donde todos eran comunistas, de simpatía o de militancia. Mi suegra, una mujer extraordinaria, gran profesora, se liberó por completo, en todos sentidos, y me ayudó a entender los valores del mundo no-católico. Mi compañera era de simpatía comunista, lo que me ayudó a conocer de cerca esas convicciones (el único comunista que yo había conocido antes era el vecino de mi casa, que rayaba con consignas cada vez que podía la muralla del garaje de mi viejo, razón por la cual yo lo odiaba)… La segunda situación fue la aparición de Eduardo Frei en las elecciones de 1964. Su discurso, para quienes veníamos de la educación religiosa, era profundamente innovador e iluminador, además de que fue el primer presidente que apoyó su programa en las ciencias sociales. Su impacto en la juventud universitaria de ese tiempo fue considerable. Por eso, en 1964, mi compañera votó por Allende, y yo por Frei. Y no nos peleamos... Y la tercera situación fue que, por esos años, yo entré a estudiar Sociología (era mi tercera carrera, tras estudiar Historia y Filosofía en la Universidad de Chile), al mismo tiempo que Frei encontraba problemas serios en su gobierno. Y ocurrió que tuve clases con André Gunder Frank, y allí, con él, por primera vez, entendí la trascendencia del marxismo (más allá de las burradas de mi vecino comunista) y su sentido respecto a la trayectoria confusa del gobierno de Frei… Por eso, recién, hacia 1968 o 1969 (teniendo yo unos 33 años) me radicalicé en términos políticos… de modo que, para las elecciones de 1970, mi compañera y yo votamos por Allende… Sin embargo, al día siguiente del triunfo, el 5 de septiembre, no nos incorporamos a la Unidad Popular (no fuimos, por tanto, «UP-5»), sino, ambos, al MIR… Como ves, fue un arduo proceso interno…

Testimoniante 13: En el segundo año empezó todo ese movimiento de reforma universitaria. Y vino la revuelta, la toma de conciencia, la irrupción de partidos políticos, y esta mujer, tímida, empezó a convertirse en otra cosa. Aprendí a no tener miedo a hablar en público. Y comencé a involucrarme, primero, acercándome al Partido Comunista… y mi mundo, tan pequeño y estrecho, se me empezó a abrir… Pero no descuidé mis estudios porque sentía la obligación de que tenía que graduarme… Bueno, y vino el período de Allende… cuando todos estaban con él, o contra él. Pero yo fui más allá de eso. Yo quería un cambio realmente profundo, y rápido… y poco después empecé a entrar en las estructuras del MIR… pero nunca descuidando mis estudios, hasta que me gradué de matrona… De esa forma, me fui acercando al mundo popular… Para mí la cosa política no fue ni una moda ni porque yo hubiera leído libros de Marx, Engels o de Lenin, sino que fue una cosa personal, un proyecto muy mío…

Los testimonios transcritos dan cuenta de que el sistema de dominación revela sus entrañas enfermas a través de distintos orificios, síntomas y señales, a diferentes alturas y en desiguales momentos. Los jóvenes, de «antenas sensibles», captan esas señales. Y oyen, dentro de sí, al mismo tiempo, el crepitar de las solidaridades vividas. Y así, todos ellos, por múltiples vías, a diferentes horas, en grupos, o uno por uno, van al fin convergiendo, como sin buscarse, en una solidaridad histórica central.

La diversidad y la aparente heterogeneidad de la rebeldía se transforman, por eso, en la corriente de los procesos históricos, en una sorprendente coincidencia…

Testimoniante 2: Él era estudiante de cuarto año de Medicina en la Católica. Nos conocimos en una fiesta del Pensionado, y no teníamos idea que ambos éramos del MIR… Y él me decía: «vamos el sábado a ver esta película»… y yo le decía: «no, no puedo, tengo que hacer». Y a veces yo lo invitaba y él me decía lo mismo: «tengo que estudiar». Y ambos inventábamos excusas. La cosa comenzó a complicarse, hasta que un día yo le digo: «te quiero confesar una cosa, yo pertenezco a tal partido, y tengo mucha actividad, así que no tengo mucho

tiempo para…». Y él me dijo lo mismo, y ahí nos dimos cuenta de que militábamos en el mismo partido… Así que armamos casamiento… Y nos fuimos a vivir juntos, pero vivimos una locura, porque, entre estudiar, y yo, también, trabajar… más el partido… Nos pegábamos recados en un vidrio… que llego a tal hora, que no llego. Nos veíamos poco. Pero era todo un mundo en común. Mira, pese a todo lo que ha pasado, si tuviera que volver a vivir todo ese período, lo vuelvo a vivir, a pesar de que tuviera que repetirme el resto del cuento, porque, de verdad, todo ese período que vivimos fue, simplemente, magistral…

Testimoniante 47: Mis hermanos habían entrado a la Universidad, y yo escuchaba sus conversas sobre el MIR… Pero yo nunca le dije nada de que estaba militando. Yo estaba trabajando en el Ministerio, y fue allí cuando me incorporé al Frente de Trabajadores Revolucionarios. Y un día, de casualidad, me crucé con mi hermano… Nos encontramos en una maestranza. Y cuando me vio: «¿qué estás haciendo aquí, negra?», me dijo él, y yo le respondí: «lo mismo que tú»… Éramos de los mismos…

La solidaridad juvenil es un concierto de confluencias. Y coincidencias. La diversidad de las rebeldías volviéndose unión, simultaneidad, movimiento social, irrupción en el espacio público.

Por tanto, construcción social de poder…

1 Sobre la afirmación de que el gobierno del general Pinochet no fue ni Estado ni Dictadura en sentido estricto, sino «tiranía», ver de Gabriel Salazar: Villa Grimaldi (Cuartel Terranova). Historia, testimonio, reflexión, Vol. I (Santiago: LOM Ediciones, 2013), capítulo I.

2 Sobre la persistencia de la solidaridad bajo prisión y tortura, ibídem, capítulo IV.

3 Jorge Castañeda: La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara (Buenos Aires, 1997. Espasa); Helio Gallardo: Siglo XXI: militar en la Izquierda (San

José, 2005. Editorial Arlekin), y José del Pozo: Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular (Santiago, 1992. Ediciones Documentas).

Capítulo II

Opción, compromiso, militancia:

vida y pasión del «nivel de entrega» (1965-1973)

a) El ingreso a una organización política

La construcción socio-cultural del sujeto político se inició –para casi todos los casos que configuraron el capítulo anterior– en la fase de pubertad y adolescencia, sumida en relaciones interpersonales de alto contenido afectivo-emocional y, al mismo tiempo, valórico, en conexión con las actitudes, conductas y juicios orales de personajes significativos y, en todo caso, en referencia al contexto social (local, nacional o internacional).

Tiene, por tanto, una cuádruple composición: a) lo afectivo-emocional; b) lo valórico; c) modelos conductuales, de adultos, o de pares, y d) referencia al mundo social, cercano o lejano (no directamente al Estado). Sobre esta articulación de factores, actúan también señales o chispas coadyuvantes que encienden la definición y gatillan el proceso interno de politización: la lectura de un libro, por ejemplo; la clase de una profesora; el discurso de un líder político; la toma de un colegio o universidad; casos impactantes de solidaridad y/o de injusticia social; innovaciones liberadoras en el plano cultural (música, vestuario), etc.

La construcción del sujeto político forma parte, según se puede apreciar, de un proceso mayor: la auto-construcción de la identidad histórico-social, donde no llega a confundirse con ésta (no es lo mismo), aun cuando, en los hechos reales, la expansión del sujeto político puede llegar a copar toda la identidad del sujeto social, hasta, casi, anonadarla. O alienarla. Lo normal es, sin embargo, que el proceso de politización sea sólo un proceso particular dentro del proceso mayor, con el cual debiera tener plena coherencia, aun cuando puede marcar mayor o menor peso gravitatorio, orientarse en un sentido u otro, o durar mucho o poco

tiempo dentro de la vida total del sujeto en cuestión.

Con todo, durante el período de la historia de Chile que abarca este capítulo (1964-1973), la construcción del sujeto político, que se inició como un proceso personal, subjetivo e inter-subjetivo a la vez, fuertemente determinado por el reciclaje reflexivo de las experiencias sociales vividas, entró después (pronto, a decir verdad) en una fase institucional, marcada por el ingreso a una organización política: un «partido» o un «movimiento». El rasgo notorio de esta segunda fase fue el debilitamiento de un componente característico de la fase inicial: la autodeterminación personal y social del proceso de politización, a cambio del fortalecimiento de la determinación colectiva de la acción política al interior de la organización a la que se decidió entrar.

La fase inicial se desarrolló siempre –ver capitulo anterior– en tiempo presente. En un presente vivo. O sea: en gerundio (buscando, sintiendo, explorando, pensando…). La segunda fase implicó, en cambio, adaptarse a otra modalidad del tiempo histórico: el de la duración institucional, que se apoya en buena medida en la permanencia del tiempo pasado. «Lo» institucional, y sobre todo, «lo» sistémico, son instancias que absorben y conservan el tiempo histórico en una suerte de presente «congelado», otorgándole, al hacer eso, a guisa de «vida», un sesgo de autoridad, normatividad y dominación. Algo así como «verdad valedera». Sobre todo, si se trata de instituciones u organizaciones que están inscritas en, o adscritas a, la legalidad del Estado.

Ahora bien, la «organización» (institucional), que está ya validada para sí misma, cancela y no admite, ni los procesos subjetivos abiertos, ni los gerundios; es decir: todo lo que fue distintivo en la fase inicial del proceso de politización. Por eso, las organizaciones que se asumen a sí mismas como fase final culminante de ese proceso exigen: a) que el sujeto que «ingresa» abdique su impulso auto-determinante, concluya su tiempo de búsqueda y se concentre en la acción, y b) que se discipline y actúe en función de las determinaciones colectivas de la organización. Pues, aceptada la verdad colectiva, ésta obliga (haya o no haya deliberación colectiva en su gestación).

Y es de interés considerar también que los procesos históricos generales, que son también de larga duración, van engendrando, a la vera de su camino, diferentes organizaciones políticas, regidas cada una por una específica verdad colectiva. De este modo, al presentarse una nueva coyuntura histórica crítica y compleja (que obliga a reiniciar la reflexión profunda), los nuevos sujetos políticos

encuentran ante sus ojos una multiplicidad de organizaciones regidas por verdades políticas supuestamente maduras. Es decir: se encuentran con una variada y a veces abigarrada oferta de culminaciones políticas para sus procesos interiores. Incluso bajo el slogan compartido de que en esa oferta está –allí, y sólo allí– la política propiamente tal.

Por eso, en Chile, durante el período señalado, la construcción social del sujeto político culminó, normalmente, en una elección: se eligió entre esta o la otra organización política dentro de la diversificada oferta de «culminaciones» posibles. Como si se hubiera dicho: «la verdad política que yo he estado construyendo por mí mismo la completo y verifico aceptando la verdad que me ofrece esta organización específica». Lo que podía implicar, o no, un salto al vacío de la fe y la confianza en esa organización. El tiempo histórico real de Chile –¡qué duda cabe!– se aceleró notoriamente durante el período 1964-1973, y eso, sin duda, precipitó el momento de la elección, aumentó el grado de fe y confianza en las organizaciones, y disminuyó la profundidad y urgencia de la reflexión auto-determinante. Como se pudo apreciar en el capítulo anterior y se verificará en éste y los siguientes, los jóvenes de la década de 1960 hicieron su elección y entraron a militar en una organización política, en su mayoría, en plena adolescencia.

No todos, sin embargo, aceptaron la oferta histórica heredada del pasado, pese a estar adornada con banderas heroicas, mártires solidarios y anchas multitudes. Pues, a pesar de esa apariencia, muchos jóvenes sintieron que las organizaciones «históricas» no respondían plenamente a las nuevas exigencias del presente, o a las centenarias exigencias del pasado. Los chispeantes años sesenta aumentaron el volumen y ámbito de la crítica, intensificaron el grado de impaciencia histórica y ensancharon el ámbito de las posibilidades. Los jóvenes que comenzaron a construirse políticamente en ese período (que los bombardeó con profundidades culturales distintas y más penetrantes que las del pasado) fueron, por eso, tantos, que optaron por asociarse unos con otros y formar así organizaciones nuevas, distintas, enraizadas más en sus identidades reales (en trance de construcción y búsqueda) y en su propia temporalidad (cambio general) que en los sistemas institucionales heredados del pasado (sobre todo, por supuesto, el Estado). Es la razón por la que esos jóvenes dudaron en bautizar sus nuevas organizaciones con el nombre de «partido» (que tenía una aureola parlamentarista tradicional), y prefirieron llamarlas de otro modo: «movimiento», «grupo», «vanguardia popular», «frente social», etc. De modo que, si para algunos –los que eligieron entrar en un partido histórico– la

militancia implicó participar en políticas institucionales (revolucionarias o no) de gobierno, para otros –los que optaron por ingresar a una organización no-histórica– significó participar en políticas revolucionarias no-institucionales.

Como quiera que eso hubiese sido, lo cierto fue que todos, tanto los «históricos» como los «hijos de su propio tiempo», en tanto se volcaron a impulsar cambios profundos, tuvieron que enfrentar la misma reacción violenta de todas las fuerzas sistémicas acumuladas en la historia de Chile (y fuera de Chile) a lo largo de 200 años. Los sutiles procesos humanos, subjetivos, sociales y culturales que son inherentes a la construcción libre del sujeto político, iban a ser –y fueron– tronchados casi hasta su raíces, por la violencia sistémica coligada. Y repítase: casi…

Si se considera lo anterior, no debe extrañar que, para muchos jóvenes, la culminación de su auto-construcción como sujeto político los indujera, al momento de elegir la organización políticamente madura, a realizar un recorrido (podría decirse, no sin cierta exactitud: un «vitrineo») a lo ancho y profundidad de la variada oferta político-partidaria de los años sesenta en Chile.

Testimoniante 47: Cuando yo comencé a trabajar… quise pasar por todo… Y pasé por las Juventudes Radicales Revolucionarias, y allí estuve durante una semana o dos para ver cómo se desarrollaban. Y hubo cosas que me gustaron y otras que no. Me pasé entonces al Partido Comunista, y vi allí cosas que me gustaron y otras que no. Y cuando pasé por el Partido Socialista, fue lo mismo… En ese tiempo había lugares donde se hacían trabajos voluntarios… y ahí podías ver a través de los militantes, o de los «compañeros», cómo eran ellos y cómo actuaban. Y eso me daba un índice… «No, esta gente es muy clasista, estos otros no me gustan»… Y vi de todo y ninguno me satisfizo. Muchos eran muy cómodos: decían una cosa y hacían otra. Se hacían lesos entre ellos mismos. Yo soy más tajante. Si yo digo una cosa, yo la cumplo. Cuando yo tomo una decisión, la tomo al 100 %... Y yo era entonces super-tímida, no me iba a poner delante y mucho menos hablar. Me ponía colorada, me daba vergüenza, y más como ante 200 hombres… Hasta que fui al local donde funcionaba el Frente de Trabajadores Revolucionarios, FTR… Allí eran más serios: hacían las cosas que se proponían hacer… Yo los vi disciplinados, organizados, vestidos con esos chaquetones, con esa ropa… No sé, me dio una buena imagen. Vi gente con convicción. Era gente joven… Como que ése era mi alero… Era lo que a mí me

llenaba. O sea: ese nivel, superficial, pero ésa era la visión que yo tenía en ese momento…

Testimoniante 14: Yo era un pájaro estudiante… Por una tontería me metí a estudiar Psicología en la Universidad Católica de Santiago. Y ahí empezaron los movimientos estudiantiles. La Escuela de Psicología estaba frente a la Casa Central. Nos dijeron: «vayan a la Casa Central, que algo va a pasar». Y con un amiga fuimos y aparecimos después en la revista Ercilla, participando en la «toma de la Casa Central» por los estudiantes. Y nosotras no teníamos ni la más remota idea de lo que pasaba. Y nos echaron de la Universidad… Di la prueba de nuevo y quedé en Bibliotecología en Temuco, donde había vacantes, y ahí quedé. Me dediqué a hacer teatro y ahí comenzó también la cosa política… Empecé a coquetear con distintos grupos políticos (comunistas, demócrata-cristianos) pero ninguno de ellos me gustó. Fui a una reunión del Partido Comunista y al otro día me estaban ofreciendo ser candidata para el Centro de Alumnos, porque ellos querían allí una niña bonita… Yo los mandé a la chucha. Además, yo sabía que me querían como candidata porque mi papá era el Comisario de la Policía de Investigaciones y estaba a cargo de la seguridad pública de Temuco. Y, claro, les hubiera gustar tener a la hija del Comisario en ese partido… Me dediqué al teatro y no me metí en política, pero mi amiga J. se enamoró de M., que era el dirigente estudiantil del MIR. Y fuimos a la toma de la Universidad, pero en realidad fuimos a pasarlo bien. La J. era más al lote políticamente que yo, pero se emparejó en serio con él, con M.. Me caían mal los del MIR, pero me hice inevitablemente amiga de él también… Me fui después a Uruguay y allí percibí lo que era movimiento de los Tupamaros. Yo tenía 20 años… El movimiento de los Tupamaros era realmente serio… Cuando ganó Allende, al día siguiente me vine. Me dije: ¿qué voy a hacer en este país?. Ni loca: me voy. Y me vine…

La decisión de ingresar a un partido no involucró necesariamente –como se aprecia en los testimonios citados– la ejecución previa de un análisis sistemático del programa político de cada partido con respecto a la situación nacional, ni un cotejo similar con relación a los «sentimientos» propios. Para muchos jóvenes de ese tiempo (los de las «antenas sensibles»), la decisión de «militar» dependía, sobre todo, de un sondeo valórico-social de cada organización en oferta. Se evaluaba, por ejemplo, el grado de compromiso con los objetivos definidos, la

sensibilidad social y de género en el trato «entre compañeros», la popularidad real de sus dirigentes, la ausencia de «clasismo» en sus militantes, la eficiencia en las acciones políticas que se realizaban, etc. La cultura política personal construida durante el proceso inicial de politización sirvió, en muchos casos, de filtro para seleccionar la organización a la cual, en definitiva, se iba a ingresar. Después de todo, lo que se iba hacer como «militante» no iba a ser muy diferente a lo que, muchos, ya habían estado haciendo por su propia cuenta, o en sus redes personales. Por ejemplo: alfabetización, ayuda solidaria, etc. dado que, en la mayoría de los casos, la militancia «de base» consistía en ir a las poblaciones, y trabajar «en» las masas populares según las políticas de «el» partido.

En otros testimonios se observa que el «recorrido» por la oferta partidaria estuvo menos determinado por el «filtro» personal y más influido por la observación del proceso político nacional. Se sabe que los partidos históricos tuvieron una fuerte pérdida de representatividad desde fines de los años cuarenta hasta fines de los cincuenta, razón por la cual emergieron líderes como Clotario Blest, que planteó la necesidad de que los trabajadores en general se autonomizaran políticamente («acción directa»), lo mismo que propuestas como la de Raúl Prebisch (CEPAL), referida a que, si el Estado realizaba reformas estructurales en base a una inédita »teoría del desarrollo», se abría una nueva etapa para las políticas de Estado. La necesidad de renovación, fuere por un camino (Blest), o por otro (CEPAL), generaron, en los años sesenta, una gran expectativa por «los cambios». Desde 1964, la Democracia Cristiana y la figura de Eduardo Frei Montalva, para muchos jóvenes y otros que no lo eran, encarnaron, fusionadas, ambas expectativas. Sin embargo, más pronto que tarde: hacia 1968-1969, esas expectativas se disolvieron en el aire, vacío en el que prosperó de nuevo la candidatura de Salvador Allende, pero también la propuesta de las emergentes organizaciones revolucionarias que crecían en el eco de la revolución cubana. Nutridas por la frustración creada por el fracaso aparente del gobierno de Eduardo Frei Montalva, múltiples secuencias de radicalización política se abrieron en abanico hacia la izquierda de esa figura. Esto determinó que el «recorrido» de los que deseaban militar (y observaban lo que estaba ocurriendo en la superestructura política), se orientara también en la misma dirección.

Testimoniante 27: Mi motivación nació en los dos últimos años del colegio de monjas. Fue el período del papa Juan XXIII, y las monjas nos hicieron hacer trabajo social en las poblaciones. Y todos los fines de semana fui a las

poblaciones… Yo empecé estudiando Francés en el Pedagógico de la Universidad de Chile, donde había un ambiente muy politizado, y como hasta ese momento era creyente, lo que más se me permitía… era ser miembro de la Democracia Cristiana, que estaba en la onda de la «revolución en libertad»… Pero me fui desarrollando rápidamente. Estuve un tiempo en contacto con los comunistas, pero finalmente me metí al MIR. Es que estuve un tiempo estudiando Periodismo con José Carrasco («Pepone») y ahí conocí a muchos militantes del MIR, de Santiago y de Concepción…

Testimoniante 36: Las expectativas que teníamos una gran cantidad de estudiantes secundarios y universitarios del gobierno de la Democracia Cristiana, que tenía un gran contenido y una propuesta popular… no se cumplieron. Y la frustración nos condujo a buscar otros caminos… una expectativa de corte más radical… Fui simpatizante del Partido Socialista, pero luego entré al MIR, en su etapa de nacimiento. Concretamente, cuando se constituyó en Santiago, a fines de 1967. Yo participé como delegado en el congreso en el que Miguel Enríquez asumió el liderazgo del MIR…

Testimoniante 25: Allá en Puerto Varas me vinculé a los movimientos juveniles… a través de una iglesia. Un cura nos invitó a integrarnos con una amiga a la Juventud Estudiantil Cristiana (JEC), y allí empezó como un despertar, como un mirar el mundo de otra manera… en qué estoy, qué estoy haciendo… Puerto Varas era una sociedad muy clasista… Y en la JEC nos mostraron que la religión tiene también otra lectura: solidaridad, crítica al paternalismo, cómo compartir con los otros, etc. Y empezamos a ver que hay gente que no tiene las necesidades básicas resueltas… Me vine a Santiago a finales del gobierno de Eduardo Frei Montalva, al Liceo Nº 15 de Barrancas, y ahí yo fui parte del Centro de Alumnos… Me acuerdo haber ido con mi padre a las marchas de la Patria Joven… Tomé contacto con la JEC de Santiago… el asesor era el padre Rafael Maroto… Nos exigía mucho… Y estaba en Cuarto Medio (1970) cuando la gente que estaba en la JEC… nos salimos todos y entramos al Frente de Estudiantes Revolucionarios, del MIR. Nos disolvemos como JEC y cada uno empieza a integrarse al FER de su comuna… Llegar a la política es como que a esto que tú viviste le pones contenido, ideología, sistematización. La JEC fue un bastón que te ayudó a mirar el mundo y después

fue la militancia la que te dio otro bastón… La pasada a la política fue como un proceso natural…

No siempre la decisión de militar se dio en el marco de un metodológico recorrido exploratorio, o a través de un proceso de observación analítica de la evolución de un Gobierno, o de sistematización progresiva de prácticas con sentido político. En otros casos, los hechos mismos, sea porque estallaban en injusticia, o porque rebosaban activismo y solidaridad, eran razones contundentes como para tomar una decisión natural, sin intermediaciones, de una vez. Como si se tratara de una revelación trascendental, que no necesitaba, ni de trabajosos sondeos en serie, ni de procesos lentos con conclusión retardada.

Testimoniante 3: Yo tenía 18 años cuando ingresé a la Escuela de Sociología, de la Universidad Católica… Y mi militancia no fue una militancia de fuera de la Universidad, sino dentro de ella... Mi militancia fue una continuidad de mi vida universitaria… tuve mucha discusión política, más bien teórica, de una parte, y de otra, de tipo gremial, en relación a los derechos de los estudiantes… Junto con la primera huelga teníamos pintada la escuela entera, porque la escuela era una huevada latera, con gusto a nada, amarilla, burocrática. Entonces la llenamos de colores, murales… nos tomamos el espacio… Más entretenidos que nosotros eran los de Teatro… los tipos se tomaban el campus absolutamente… Y milité, al principio, en el MAPU, porque era la única izquierda que existía en la Católica. Bueno, el MIR también existía, pero era menor… El MAPU, allí, era una fuerza muy potente, hegemónica en mi Escuela. Todos mis profesores habían sido formadores del MAPU. Por tanto, fue una cuestión natural, como obvia que yo, de l8 años, me hiciera MAPU. Era un partido generacional, un partido joven. El MIR también era una partido generacional, que no tenía tradiciones ni militancia antigua, como el Partido Comunista o el Socialista…

La atmósfera política general de los años sesenta, el desencanto que en la juventud y la clase popular desencadenó el fracaso de la Revolución en Libertad propuesta por el gobierno de la Democracia Cristiana, junto a las expectativas crecientes de la cuarta candidatura presidencial de Salvador Allende, generaron

una caudalosa incorporación de nuevos militantes a las organizaciones políticas de izquierda existentes hacia 1969-1970. Para ellos, la intensa voluntad de cambio que se observaba en la masa juvenil y popular, sólo podía expresarse a través de esas organizaciones, fueren formales (con arreglo al sistema político constitucional) o informales (al margen del dicho sistema). De manera tal que la organización y el partido fueron, por opción casi unánime, el instrumento único o principal de la acción revolucionaria. A partir de entonces, la militancia partidaria fue una lógica de acción arrolladora, que se proyectó en todas direcciones. Todo debía, de algún modo y en algún grado, militar, y tener una definición política en términos «partidarios». Todo debía ser empapado y controlado por esa lógica y esa definición: los liceos, las universidades, las empresas, las iglesias, los gremios, etc. En este punto, debe recordarse que, durante el período histórico anterior (1948-1958), el sistema partidario chileno vivió una grave crisis de representación (el general Carlos Ibáñez del Campo ganó la Presidencia en 1952 anunciando que, con su «escoba», barrería la inepcia de los partidos políticos). En abierto contraste con esa crisis, durante el período 1965-1973 –en comento– las organizaciones partidarias tuvieron una alta legitimidad y representación. Casi un record histórico. Es lo que indujo a los jóvenes a hacer sistemáticos recorridos de degustación transpartidaria, procesos reflexivos para transitar de una organización a otra, ingresos por evidencia súbita o natural, etc. El impuso global hacia «los cambios» se tradujo, en continuidad natural, en un impulso masivo hacia «la militancia». Como si se tratara de un mismo impulso y la línea de una misma propuesta. Dos torrentes confluyentes, en suma, para volverse un solo proceso arrollador, capaz de arrastrar consigo a familias completas…

Testimoniante 5: Y después de nuestro acercamiento y nuestra simpatía por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, al final, terminamos siendo todos los hermanos militantes del MIR. Y con el correr del tiempo, mis papás, ambos, fueron dejando un poco la cosa del Partido Socialista y se ligaron también con los amigos nuestros. Y después se hicieron miristas los dos, no militaban así como en una estructura, pero sí simpatizaban mucho y apoyaban mucho a nuestra causa… Y cada cual en sus centros respectivos. Mi hermano, en la industria FENSA. Mi hermana en el Liceo Nº 1. Y así cada cual fue como encontrando su camino y sus compañeros, donde hacían su militancia. Con mi hermana siempre andábamos juntos… porque teníamos un año de diferencia. Yo tenía entonces 17 años y ella 16…

Si bien los impulsos que actuaban en lo subjetivo e intersubjetivo se deslizaban fluidamente como por un canal inclinado, esa fluidez no continuaba deslizándose del mismo modo, necesariamente, al trasponer el umbral de la organización elegida. Las orgánicas partidarias tenían entonces estratos transversales, núcleos cerrados, escalas jerárquicas, comandos descendentes (informes, instructivos) etc., que obligaban al «aspirante» a frenar su impulso, a girar sobre sí mismo y apoyar su espalda en la organización para volverse de nuevo hacia las masas y la calle, a efecto de cumplir ciertas tareas… La organización política ofrecía al debutante una cierta aspereza, porque era y es un organigrama en sí mismo, tenía y tiene gravitación propia, y exigía y exige a sus simpatizantes y adherentes rotar en torno a su ley propia de gravitación. Más aún: lo que uno era como sujeto, pasaba a ser lo que la organización es…

Testimoniante 50: Yo estaba en el Liceo de Niñas Nº 5… Y un día había una asamblea de Izquierda, y yo me fui a meter. Me preguntaron qué era yo, porque nunca había participado en una asamblea anterior. Yo dije que era socialista, pero me dijeron: «no puede ser, tú nunca has participado con nosotras»… Entonces yo dije que sí, que yo era socialista porque era marxista y esa era la diferencia que yo tenía con mi papá, que era social-demócrata… Entonces, después de la asamblea, un grupo de niñas se acercó a mí y me preguntaron: «¿en qué seccional, en qué regional, en qué núcleo participas?». Y para mí eso era como si me hablaran en chino. En realidad, nunca en mi vida había participado en nada, yo lo dije porque me sentía así, y uno podía decir en cualquier parte: «yo me siento tal cosa»… Y no, parece que habían estructuras, cosas organizadas que yo no entendía… Así que de ahí en adelante empecé a participar en un núcleo, y como habían como 50 niñas en ese núcleo, yo propuse organizar otro y le puse Nadezhda Krupskaya, que era la mujer de Lenin… ¡Loca! Yo tenía como 13 años… Después fui electa vice-presidenta del Liceo…

Testimoniante 6: Yo ingresé al FER cuando estaba en el Liceo. Creo que fue en 1970… Y empecé a leer, a aprender, y fui sintiéndome muy cómoda con este nuevo movimiento que se formó, el MIR… Pero no me dieron la posibilidad de entrar al MIR propiamente tal. Tenía que entrar primero al FER. Participé en el

Centro de Alumnas, en tomas de colegio y en todo lo que se hacía entonces por la causa… Después ingresé a estudiar Medicina Veterinaria en la Universidad de Chile. Y seguía participando en el FER. Y tuve que ir aumentando mi compromiso, y fuimos pasando distintos niveles hasta que me gano la militancia. Primero tu eras «simpatizante» del MIR, después «aspirante» y, finalmente, «militante». Ser militante era un tremendo honor, sobre todo porque era un partido muy consecuente, con mucha mística, grandes militantes, y estoy feliz de haber elegido este partido para militar políticamente. Creo que alcancé la militancia en 1972… Yo era deportista, llegué a ser vice-campeona sudamericana en 100 metros planos en Quito, y hacía mucho deporte, pero poco a poco me fue gustando más la política… y el atletismo fue quedando en el camino…

Se hizo tempranamente evidente que ser militante era, hasta cierto punto, ser la organización misma. Si en ese tiempo te preguntaban: «¿qué eres tú?», no era para que respondieras: «soy atleta», sino «soy del Partido Socialista, del Partido Comunista, del MIR, del MAPU, etc.». Como si sólo la identidad partidaria, en ese mundo acelerado, tuviera real validez. La gravitación de lo político-partidario tenía entonces una fuerza magnética que, casi, absorbía tu subjetividad entera. Eso fue modificando el impulso interior que uno sentía al principio: el de la búsqueda, la evaluación, la pregunta. Por eso, llevado por la fuerza gravitatoria de la militancia partidaria, tú entraste en otra etapa: aquella en la que tú tenías que aprender a manejar esa fuerza en ti mismo, en términos de grados de compromiso y grados de entrega a la causa. La fuerza socio-política que se acumuló de ese modo en torno tuyo y dentro de ti mismo era, por cierto, enorme. Y, a la vez, fascinante. Tú la sentías como un deber superior…

Testimoniante 15: Mi personalidad, a partir de lo recibido en mi familia… desde el punto de vista ideológico y religioso, prendieron una sensibilidad en mí en relación a la alta justicia… Y no fue aceptable para mí ver que había gente pobre… y por otro lado gente muy rica… Con el correr del tiempo… se reforzó esta motivación, y de tener una posición solamente expectante frente al problema, tendí a tener un compromiso y a tomar decisiones cruciales al respecto, para tener un rol más activo… Y eso ocurrió al integrarme a un proyecto que lentamente fue cristalizando en un nuevo movimiento, una nueva

oferta desde el punto de vista político en Chile… Ése fue el MIR…

Testimoniante 66: En 1971 yo ya estaba casada con J.… Y hacía mis trabajos políticos, pero no participábamos juntos porque mi compañero siempre estaba más avanzado que yo, tenía más responsabilidades, y hacía muchas cosas de las que yo no tenía idea, porque, bueno, no tenía que saberlo… Yo era la principiante, la que estaba partiendo recién. Todo, para mí, era más lento… Yo ingresé al Partido Socialista en 1968, por influencia del que sería mi compañero; en 1971 nos casamos… Nuestro hijo nació a los dos años de casada. Con su llegada yo ya no pude participar en los trabajos políticos como antes… Mi compañero, en cambio, participaba en todo y siempre estaba más adelante que yo… Y yo comencé a decirle: «no, pues, si yo también quiero participar, no estoy para criar hijos solamente, tenemos que compartir la crianza». Y él siempre escapándose, y yo detrás, como mono animado: «oye, yo soy tu compañera, yo también quiero ir». Y él me decía: «es que el niño»… Él era un poco cómodo… Yo trabajaba también en el Banco del Estado. Y él me insistía: «yo no quiero que mi hijo sea un mamón, criado por sus abuelos y por tíos mañosos». Él lo tenía reglamentado así, pero todo eso se fue a la chuña cuando cayó preso…

Testimoniante 4: Yo rápidamente me integré a las juventudes comunistas. Nos tomamos la Universidad en 1968… Y trabajaba como empleado público en la mañana y en la tarde era estudiante en toma. Dormía en la Universidad, hacíamos turnos, participé en todos los movimientos de la reforma, elegimos nuevas autoridades y yo fui elegido… presidente del Centro de Alumnos. Después de la reforma seguí trabajando 8 horas diarias en la administración pública y creamos células internas, comités de empresa… Y yo compartía trabajo sindical-político en mi trabajo profesional con el trabajo universitario-político… Después continué con un trabajo artístico profesional, donde hacíamos panfletos…

Testimoniante 58: Yo fui el encargado de organización en la Juventud Socialista… Fui dirigente regional de la Juventud en el Regional Cordillera, y dirigente de la Seccional Ramón Núñez de Puente Alto… Durante el gobierno de

Salvador Allende ese activismo se hizo mucho más patente. Yo estudiaba en la Universidad en 1971, así que combinaba todas las cosas. Además fui basquetbolista, y llegué a ser seleccionado nacional. Combinaba todo: estudios, actividad política, deportes, todo. Y eso, entonces, se podía hacer…

Es verdad: todo se podía «combinar». El tiempo se volvió elástico y daba para todo. Y uno tenía la sensación de que, corriendo, podíamos estar en todos los compromisos y hacerlo todo bien. Para eso éramos jóvenes. Sin embargo, de un modo u otro, tuvimos que, para hacer eso, sacrificar algo. Generalmente, aspectos domésticos de la vida social: pudo ser la práctica del deporte, o de la música, o el derecho de los niños a tener un padre más cercano y cotidiano, o el derecho de la Testimoniante 66 a participar también activamente en la vida política, o el derecho del cuerpo y la mente a tener momentos de descanso o de relajo, o la posibilidad de seguir visitando a los padres, etc. La militancia acelerada implicaba, en su práctica normal, un porcentaje no calculado de costo humano… Un costo inicial. De entrada…

Menos tensional o acelerado fue, tal vez, el proceso de los compañeros que, sobre todo por continuidad familiar, entraron a militar en los partidos históricos. Especialmente en el caso de aquellos que tenían, hacia 1970, ya, una larga práctica de militancia.

Testimoniante 53: En 1945, prácticamente con el término de la Segunda Guerra Mundial, solicité mi ingreso al Partido Comunista. En la organización juvenil AJI todos, prácticamente, éramos comunistas, impresionados por la resistencia increíble de la Unión Soviética ante la ofensiva nazi y su capacidad, luego, para derrotar la máquina de guerra de los alemanes… Yo era entonces un muchacho de 17 años… En 1946 ingresé a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile… y allí formé un Círculo de Estudiantes Comunistas, con mucho éxito…

Testimoniante 72: Yo viví la última campaña presidencial de Salvador Allende acompañándole, no de una manera sistemática y continua, pues yo no formaba parte de un equipo determinado ni de un partido determinado. Yo tenía una relación muy antigua con él… Y acostumbraba a ir a los lugares donde él

hablaba… y participé en la recogida de fondos para su campaña…

Testimoniante 39: En 1971 ingresé al Partido Socialista. Tenía 16 años y entré en la Séptima Comuna, que estaba en Vicuña Mackenna. Un compañero mío, que era socialista y militaba allí, me llevó para allá... Yo ya traía toda esa herencia, podríamos decir, en la médula espinal. Fue un tiempo muy bonito para mí. Yo era joven y éramos muchos los jóvenes que estábamos organizados y hacíamos trabajos voluntarios… fuimos a construir casas para pescadores, en Castro.

Para otros compañeros – no la mayoría– el ingreso a un partido histórico podía adoptar una forma más convencional, moderna y exenta de dramatismo:

Testimoniante 62: Entré a la Universidad en el año 1970… fue ese el momento en que me acerqué al Partido Socialista, pues me pareció lo más coherente en el escenario político en que se jugaba la campaña presidencial de Salvador Allende… Ni dentro de mi familia ni dentro de mis amigos cercanos había ningún socialista, y la forma de acercarme entonces fue la de tomar el teléfono de mi casa y llamar al Comité Central del Partido Socialista, cuyo teléfono y dirección aparecían en la guía. Ahí manifesté mi interés en ingresar al Partido… Yo todavía me acuerdo que al otro extremo de la línea hubo un silencio largo, hasta que, finalmente, después de un rato, una voz de mujer me respondió: «espere un minutito, compañerito»… Terminaron entregándome un contacto con el secretario político de la seccional La Reina del Partido Socialista…

b) Las tareas de la militancia

«Militar», en el período estudiado, consistía en actuar políticamente en función de una razón colectiva formalizada como institución. Se entiende que esa militancia tomó cuerpo y forma dentro una organización que era afín a las

definiciones y decisiones que se habían adoptado previamente, en cualquier grado de racionalidad, al interior de un proceso de formación personal. El sujeto social alcanza su plenitud política, al parecer, cuando actúa asociado a otros sujetos, como grupo o colectivo con capacidad (poder) para entrar en acción histórica. Ése es el paso natural para comenzar a actuar con soberanía, dado que ésta no se constituye en el individuo, o como individuo, sino como voluntad colectiva. Tanto más si ese colectivo se va totalizando, hasta abarcar el conjunto, o la mayoría absoluta, de la comunidad (local, regional o nacional).

Que los sujetos que «militan» ejerzan o no su soberanía inherente, participen o no en la toma de decisiones soberanas del colectivo, es un problema específico de cada organización. En cualquier caso, para el análisis de esta sección y este capítulo, lo que interesa es el hecho de que la voluntad colectiva específica de cada partido u organización determina en buena medida el análisis de la situación, el proyecto político partidario, las actitudes y conductas a tomar, y las tareas que la militancia debe implementar y realizar.

Las compañeras y compañeros sobrevivientes de Villa Grimaldi que grabaron su testimonio personal en el Archivo Oral, son, en mayoría absoluta, militantes de base. Del total, sólo una pequeña minoría estuvieron directamente involucrados, o en la Dirección del Partido, o en el aparato mismo de Gobierno. No hay registro sustantivo, por tanto, de las tareas de conducción. Como no hay tampoco registro de militantes que hayan participado en algún Congreso Programático de Partido, donde se hayan definido, soberanamente, las líneas estratégicas de la acción política.

El registro sustantivo que se examinará en esta sección está compuesto, por tanto, casi en su totalidad, de testimonios relativos a las tareas políticas llevadas a cabo por la militancia de base. Las mismas que, en su mayor parte, se orientaron –como se verá más abajo– a colaborar con la clase trabajadora y popular:

a) para su desarrollo social, cultural y material;

b) para su desarrollo político (en cuanto apoyo al Gobierno Popular, o a su empoderamiento autogestionario);

c) para que co-gobernara sus fuentes de trabajo, su población y sus comunas;

d) para ayudarla a resistir y combatir un eventual golpe de Estado;

e) para reclutar nuevos simpatizantes y militantes del partido;

f) para fortalecer su lucha contra la clase patronal, en todos sentidos, y

g) para construir el socialismo y una sociedad justa.

El grueso de la militancia de base, por tanto, se volcó a tomar contacto solidario con la clase popular, para potenciarla históricamente como clase y, a la vez, potenciar el Partido dentro de ella. En este sentido, la solidaridad con la clase popular fue el valor político que tendió a ser privilegiado por todos, razón por la cual la realización de las tareas de militancia, junto con significar un trabajo intenso y agotador, fue normalmente acompañada de una plenitud ética que tenía sentido en sí misma, y que indujo a los militantes a sacrificar buena parte de (o toda) su vida personal[1]. El nivel de entrega a la causa marcó, por tanto, rangos superlativos. Por eso, la militancia de base fue sentida y practicada con una intensidad que, unida al ser juvenil de la mayoría, se inflamó de una mística política que aparece prácticamente en todos los testimonios, pese a los temores racionales que la acompañaron siempre (al golpe de Estado). En este sentido, habría sido de interés comparar esa mística con la que pudieron haber sentido (o no) los dirigentes, líderes, cúpulas y conductores del movimiento conjunto. Es decir: la mística que pudo existir en ese plano donde el movimiento revolucionario conjunto debía hacer gala de una razón política científica implacable en relación a los grandes procesos históricos que debía cubrir o producir ese movimiento. Es una tarea pendiente.

Testimoniante 74: Nos mandaron a una población, donde teníamos que entregar leche. Y yo tenía que entregarla a dos familias. Y resulta que ellas nos habían preparado un almuerzo para nosotros, que éramos un compañero, una compañera, y yo. Y a mí me llegó al alma ese gesto, porque el almuerzo era una sopa de huesos… Los niños nos dijeron que su mamá había estado toda la semana ahorrando… y que ella, con la leche, les iba a hacer arroz con leche. Y el almuerzo estaba rico, porque la sopa de huesos estaba hecha, además, con verduras. Y la señora –todavía me acuerdo– me regaló un mantel chico que había bordado ella misma, especialmente, para la ocasión… Tenía cuatro niños. El marido era alcohólico… Y el hecho de que nos sentáramos en su mesa con ella y sus niños fue una cosa tan importante para ella… Para mí, ese gesto de ella, ese almuerzo, es algo que no se me ha olvidado nunca… Era una familia que no tenía nada de nada… Y lo otro que me impactó mucho fue el trabajo de alfabetización que hicimos… El haber escuchado leer y escribir a gente que antes no sabía leer ni escribir. Gente adulta a la que yo le enseñé…Era un trabajo voluntario. Los que fuimos a Rengo éramos como 50… y la gente terminaba leyendo… Que un campesino se sentara para escribir una carta delante de ti, y te la leía… Era un trabajo tuyo… Eso fue muy lindo… Ahí yo deposité toda mi energía… sentía que era un trabajo mío, que tenía pleno sentido… Viajar para allá en bus y volver después en tren… y muchas veces dormir en casas donde no tenías idea dónde se podía dormir, y tenías que llevar tú mismo tu pan (por cualquier cosa)… Fue un logro que contribuyó a mi personalidad… Todos éramos amigos de todos… Era una vida feliz y una juventud feliz… Si no teníamos plata, nos íbamos caminando, y si había, nos tomábamos una cerveza y un sanguchito. Ésa era la gracia de estar juntos… Yo hice cursos de alfabetización, y yo diría que eso era más importante que ir a la Universidad…

Testimoniante 6: Los días sábados nos íbamos a los asentamientos a participar con los campesinos… Ellos se morían de la risa, porque sabían más que nosotros… Llegábamos en dos micros de la Escuela Veterinaria en que iban compañeros de toda la Izquierda… en la Escuela la reacción era muy fuerte, tanto Patria y Libertad como la Derecha… Nosotros nos íbamos a los asentamientos… de repente los campesinos nos tomaban el pelo… como para decirnos lo ignorantes que éramos… Había un juego mutuo de aprendizaje. De repente nos decían: «¿saben qué más? Esta semana no necesitamos nada de

veterinaria, necesitamos que nos ayuden a sacar las naranjas…». Y todos los estudiantes trabajando, llenando sacos de naranjas, y después preparar juntos la comida, compartir, tomarnos un vino… Fue algo que me marcó profundamente, y es la historia de cómo yo viví el proceso de la Unidad Popular

Testimoniante 46: Hay algo que me gustó mucho a mí, que fue el trabajo campesino… Estuve en el sector de Rancagua… y ahí formamos el comando comunal, con campesinos, sectores mineros, pobladores y estudiantes… Esa organización se transformó en una organización de poder popular, donde se discutían políticas, se organizaban actividades, se planificaba y evaluaba lo que se estaba haciendo. Yo creo que le faltó a la Unidad Popular haber confiado más en los sectores populares… Lo que me impresionó fue la capacidad de la gente de organizarse y comprometerse con lo que ellos consideraban importante. La gente creía en lo que estaban haciendo. Y eso fue, para mí, muy importante: haber tenido la posibilidad de haber vivido esa historia, haber escuchado a los campesinos, haber escuchado a la gente que quería hacer cosas… y que preguntaba: «¿y las armas, y las armas, dónde están las armas?»

Testimoniante 29: Yo trabajaba y salía en la tarde a pata a las poblaciones, a ver cómo estaban funcionando, qué pasaba con los compañeros de la población. Nos juntábamos y planificábamos actividades… Ahí me empiezan a servir mis habilidades manuales… y sin querer, me paso al área de propaganda, cómo hacer pantógrafos, sistema de volanteo rápido, etc…. Los pobladores con los estudiantes nos tomamos el supermercado Unimarc que había en Macul detrás del Pedagógico, y lo transformamos en el Almacén del Pueblo… que fue cuidado por militantes del Partido Socialista, del MIR y de otros partidos. Fue una experiencia impactante y bonita… En realidad, es difícil describir todo lo que hacíamos… vivíamos en función de eso… No tengo perspectiva de los tiempos, no sé hasta qué hora trabajábamos… Uno creía que iba a cambiar la cosa y trabajábamos para eso… preocuparse de que la gente tuviera más conciencia, que hiciera más acción, que participara más… Había que plantear ideas que movilizaran a la gente… Ésa era nuestra vida… Nosotros realmente creíamos que íbamos a hacer la revolución… para eso trabajábamos, para eso estudiábamos… Y el tiempo era muy corto… Yo mismo, con mis debilidades de ser humano, nunca me han doblegado las presiones que el sistema me impone…

Haber ido una y otra vez, como compañero y camarada, a los espacios donde vive y trabaja la «clase popular», fue, tal vez, la mejor manera de conocerla en su verdadero ser y realidad, junto con el mejor modo a través del cual el «militante» pudiera conocerse a sí mismo, como tal. Pues equivalía a explorar y empaparse en el fondo social (profundo) de la política. Ese fondo que, una vez conocido y experimentado, dejó huellas imborrables –al parecer– en todos los militantes que bajaron hasta allí. Más imborrables que las clases de la Universidad, las discusiones teórico-políticas, el cabildeo puramente partidario. En los testimonios transcritos más arriba, lo que aflora, en buena medida, es, de una parte: la apertura, bonhomía solidaria y sentido pragmático del pueblo trabajador, y de otra, las mismas cualidades, pero, en este caso, de una juventud militante que, al ir y sumergirse en el interior de «la clase», se desarrollaba a sí misma como actor político pleno, precisamente al entregarse por entero a sus trabajos «voluntarios».

En cierta medida, los jóvenes militantes tuvieron la percepción directa de que los trabajadores, los pobladores y el pueblo en general tenía un conocimiento de la realidad más profundo de aquellos que decían que en él sólo podían hallarse necesidades y privaciones. De hecho, eran la realidad. Y, de algún modo, supieron que el pueblo no era un simple cúmulo de déficits e incapacidades, sino el depósito social de un poder dormido…

Testimoniante 60: Yo estuve en Schwager. Fuimos seis mujeres que bajamos a la mina… Fue impresionante. Con ese mito de que hay accidentes cuando una mujer entra a la mina… Había mucha reticencia, pero nos dieron permiso para entrar y bajamos al pique y estuvimos en una parte donde los mineros trabajaban a un metro… y ellos decían: «viene una sentá de tierra, en ese lado….». Eso, para mí, lejos, es la experiencia más maravillosa que puedo recordar… Todos los compañeros nos saludaban, nos daban chocolates… Fue una alegría enorme, bajar en la jaula con ellos… Y los mineros, abajo, nos empezaron a aplaudir… Y todo eso era… era... hermoso. Una experiencia inolvidable. Soy una de las seis mujeres que bajamos a la mina el año 1972… en febrero de 1972…

Testimoniante 73: Yo creía –habían muchos en el MIR que creíamos– que el gobierno de la UP era medio revisionista menchevique, pero era un gobierno popular. La mitad del MIR pensaba eso, por lo menos… Pero lo apoyamos, el día que triunfó Allende fuimos a celebrar toda la noche. Yo tenía como 16 años. Después lo apoyamos en los trabajos de verano, de alfabetización… Después me inscribo en la Universidad, pero adopto el modelo de alumno libre. Iba a dar las pruebas, pero mi actividad estaba fuera de Santiago… iba a sostener y ayudar a los fundos reformados, que pasaban al área social. Ayudábamos a los campesinos a administrarlos, a desarrollar la producción… Mi chapa era ser inspector de la DIRINCO… y ayudaba al Gobierno también a denunciar a los acaparadores de mercaderías… Y sin querer queriendo, ayudaba a la Unidad Popular…. porque uno podía visualizar caminos distintos, pero éramos compañeros…. Es lo que en esa época se llamaba «trabajo de masas», y eso implicaba tomar opciones… Y la opción que yo tomé fue irme a vivir allá… También esto se conocía como proletarización, porque yo era de una clase que no era proletaria, no pertenecía a la clase elegida para hacer la revolución, por tanto, uno tenía que hacer un proceso de proletarización. Eso mismo… En mi casa no pasé hambre ni por casualidad, pero allí pasé hambre y dormía en una huevada con piso de tierra. Eso me hizo muy bien… me hizo entender que las cosas tienen su dimensión real… Ahí me formé a mí mismo más que nunca. Eso sí fue un regalo de tiempo para mí…

Testimoniante 25: Me salí del movimiento estudiantil y me fui a trabajar al movimiento de pobladores… El Ministerio de Educación, a partir del primer año, si tú tenías un año de pedagogía, te llamaba a integrarte a un equipo de alfabetización y regularización de estudios… Tú podías elegir si trabajabas con campesinos, pobladores, mujeres, o sindicatos. Yo opté por los pobladores, e iba a hacer clases de lunes a jueves a Pudahuel, Barrancas… Terminé yéndome a vivir al Campamento Playa Girón, que estaba en Pudahuel, y después al Campamento Yungay… Después de eso hacía trabajo militante en las organizaciones vecinales, con organizaciones comunitarias, estaba la cosa de las JAP y de que la gente luchara por sus derechos. Yo participé en tomas de terreno, en guardias en el campamento, visitas de pobladores al centro de la capital, para que lo conocieran. Me vinculé también en la cosa de la salud… Era el gobierno del pueblo, pero a los pobladores los seguían tratando mal en los hospitales, en los consultorios… Y para que los atendieran era yo la que peleaba… Y era como contradictorio, porque, a la vez, el campamento tenía semanalmente su carreta de

leche… llegaba allá… con productos lácteos, con verduras… Nosotros organizábamos dos o tres campamentos para ir a negociar con los campesinos de Maipú, para que nos vendieran los productos más baratos… Cuando iba a la casa los fines de semana, mi madre y mi padre tenían que hacer cola para comprar carne, verduras, etc. Y esa cosa en el campamento la teníamos resuelta… Comíamos chancho chino matiné, vermut y noche, con tallarines, con pan… Los pobladores estaban organizados para resolver todo eso… Nosotros éramos seis militantes que vivíamos allí en una pieza gigante… Yo estaba allí de lunes a viernes o de lunes a sábado, pero el día sábado me iba donde mis viejos y me daba una ducha con agüita caliente, comía bien, lavaba mi ropa, llegaba con ropa limpia al campamento y acarreaba de donde mis viejos todo lo que podía: ropas, comida, ollas, todo… Era como si tuvieras dos caras, porque los pobladores no podían escaparse a una casa donde satisficieran todas tus necesidades de una vez. No, pues: en el campamento los baños eran públicos, colectivos, tenías que bañarte con un jarrito de agua, lavarte por partes, y ellos tenían que hacerlo cotidianamente, de lunes a domingo… Llegaba el invierno, y tú andabas con buenos bototos, con tu buena parca… Y, en cambio, ellos… Era contradictorio, pero, bueno, así tú vas aprendiendo… Pero había un trabajo comunitario, solidario. Trabajabas y terminabas muerto de cansado. Y después ¿qué comías?... tallarines con chancho chino... Y te juntabas con los compañeros del MIR a hacer panfletos, afiches… y estaba el «pito» entre medio y éramos capaces de sentarnos a escondidas a escuchar Música Libre y bailar como ellos…

En el trabajo comunitario y solidario, todos son iguales. Y el que no lo es, aprende a nivelarse, hacia abajo, o hacia arriba, según el nivel medio o mayoritario de la comunidad en que se está. Muchos de los militantes que realizaron trabajo de base, no pertenecían a la clase popular. No eran, ni campesinos, ni obreros, ni pobladores, sino estudiantes, por lo común, de algún tipo de clase media. La exigencia de nivelación que exigía el «trabajo de masas» tomado en serio (Testimoniante 73) se planteó a los militantes como un deber de proletarización. Y eso significaba no sólo trabajar solidaria y políticamente para los intereses específicos de la clase trabajadora, sino, también, adoptar para sí mismo, de algún modo, su tipo de vida. Irse a vivir al campo o al campamento, por ejemplo. Comer, dormir y bañarse como comía, dormía y se bañaba el «pueblo». Hacer eso era, sin duda, ser consecuente con las exigencias profundas del trabajo militante. Es decir: asumir para sí y en sí los problemas, la pobreza y la explotación de que era objeto ese pueblo, a fin de que todos juntos, bajo un

mismo sentimiento y por una misma razón, lucharan para cambiar la realidad.

Con todo, para el militante de clase media, hacer eso era como tener «dos caras» (Testimoniante 25), pues el gesto ético de ser consecuente «proletarizándose», no eliminaba las diferencias reales. La proletarización, después de todo, era parte de una «tarea» a realizar, pero no revolucionaba de por sí la estructura de clases que intermediaba entre el militante y la «clase popular». La proletarización era, después de todo, una visita larga a domicilio, para la prestación de un servicio que, en el fondo era, en última instancia, político. Y el servicio político que se prestó de esa forma fue, sin duda, importante, aunque, mirando el proceso histórico final en toda su longitud, fue de escasa efectividad. Sin embargo, los actos solidarios y los gestos éticos no se miden sólo por su resultado práctico final, pues, en esencia, tienen valor en sí mismos. Y por eso, no se olvidan. Y como se puede leer en todos los testimonios del Archivo, no los han omitido, ni la militancia, ni la «clase» en sí. Constituyen, pues, una «experiencia inolvidable» (la Testimoniante 60), «un regalo de tiempo único» (el Testimoniante 73) y «un aprendizaje a fondo» (la Testimoniante 25).

Una memoria social que, tal vez, es necesario atesorar. O guardar para nueva ocasión.

De cualquier modo, los grandes cambios que se querían realizar exigían llevar a cabo, a nivel de la «clase» y en el día a día, una diversidad incontable de «tareas». Millones de tareas distintas, grandes y chicas, y todas, absolutamente todas, con urgencia máxima. Unas, directamente integradas a la vida de la clase popular; otras, inyectadas en el partido en el que se militaba; otras, a fin de implementar en terreno las políticas de Gobierno, y otras, en fin, estrictamente técnicas, que servían para todo. Se trataba de inmovilizar a un gigante perverso, y de dar libertad a otro virtuoso, de modo que, como hormigas, los militantes tenían que agitarse, moverse y correr de un gigante a otro. Porque la militancia de base era, en cierto modo, la clase productora y el proletariado ejecutor de los cambios reales en el terreno mismo. Y las tareas, si no venían definidas y planificadas desde los poderes centrales del Gobierno o del Partido, había que improvisarlas al momento de ejecutarlas. Aprendiendo de los propios errores. Ayudándose los unos a los otros. Siempre en colectividad.

Testimoniante 14: Me metí en esa base de producción, dejé de ir a la Universidad

y el mundo se me convirtió en «eso». Supuestamente, yo era de la base de fotografía. Y para trabajar en eso yo tenía una cámara. Las primeras veces que salí yo no sabía ni cambiar el rollo... Me tocó cubrir el último acto que hizo Miguel Henríquez en el Caupolicán. Y cuando llegamos después a revelar, descubrimos que habíamos sincronizado mal el tiempo del flash y no sacamos ninguna foto. Al final comencé a trabajar en diseño, y me enseñaron a diagramar. Yo andaba de goma en la diagramación de El Rebelde. Y hacíamos afiches, palomitas, estábamos produciendo todo el tiempo… Entonces yo era simpatizante. Y recuerdo que poco antes del golpe llegó el jefe de la estructura y nos dijo: «ustedes han sido ascendidos a militantes». Y yo dije que no. No me gustó la idea y la encontré super-irresponsable de parte de ellos. Es que uno tenía la idea romántica de que el militante es el primero en morir y el último en dormir, y era la entrega absoluta… Y eso a mí me daba miedo…

Testimoniante 13: Estaban los chiquillos de la Brigada Ramona Parra, tú veías voluntarios para todo. A nadie le importaba que fuera de día o de noche o fin de semana: había que ir a una población y tú ibas. A vacunar niños íbamos todos, no nos importaba, no habían diferencias sociales… Empezamos a trabajar en la construcción de viviendas de mejor calidad, en el medio litro de leche, en el control natal para las mujeres, en el parto (estaba el aborto terapéutico, por ejemplo, en los hospitales)… Había un cigarrillo compartido, una botella de vino compartida, una hallulla compartida y todo se sentía más rico. A mí me tocaba ir a Concón, a las Achupallas, al campamento Salvador Allende… y les enseñábamos a la gente, a mí me tocaba la parte de la salud, a otras la parte de la vivienda, la participación social… Tenías que hacer fila desde las 3 de la mañana para agarrar un pedazo de carne o un litro de leche. Mi propia madre estaba descontenta de todo lo que pasaba, pero a mí no me importaba. Yo era feliz. Y mucha gente fue feliz. Yo creo que fue un período feliz…

Testimoniante 57: Yo formaba parte del Consejo Directivo Nacional de la Confederación Campesina… hasta que caí preso … Yo fui partidario de la expropiación masiva de los fundos y me jugué por eso y actué junto a los que compartíamos esa idea… Y apuramos el proceso todo lo que pudimos… Y decíamos: al paso que vamos necesitamos 40 años para terminar con el latifundio en Chile, entonces lo que necesitamos es terminar ahora con los

latifundios… Los resultados la Historia ya los registra: la Unidad Popular puso término no sólo a lo que quedaba del latifundio… sino que también puso término a un sector de la burguesía nacional que tenía su ubicación en la propiedad de la tierra…

Testimoniante 21: En Concepción empezaron a haber dos, tres, cuatro tomas de terreno por noche, y la Universidad se relacionó fuertemente con la clase popular. Uno tenía que vincularse a los movimientos sociales y no estar sólo estudiando, metido en el campus. Hubo compañeros… que se fueron a vivir a las comunidades mapuches y aprendieron el mapudungun, porque era una forma de comprometerse a fondo con la lucha social. No era una pose. Y muchos otros se incorporaron al movimiento poblacional, o al campesino, y se fueron a vivir allí, para estar compenetrados con esa realidad…

Testimoniante 65: A mí se me ocurrió hacer una acción distinta, que consistió en invitar a los pintores que quisieran participar. Llegaron cuarenta, y cada uno trajo un boceto para hacer una serigrafía que se imprimiría en 200 ejemplares, de modo de exponerla en muchos lugares de Chile. Logramos exponerla en ochenta lugares diferentes… se contó con el apoyo de las juventudes comunistas y socialistas (los más organizados, lejos, fueron los comunistas). En Santiago se inauguró en una carpa de circo que instalamos detrás de la Escuela de Bellas Artes… Era la carpa del Toni Caluga… Cada una de esas obras se vendía a un precio barato, para poder solventar los gastos que tendríamos: arriendo de luz, la carpa misma, etc… Y trabajamos con todos esos pintores en apoyo del presidente Allende… Luego se amplió ese campo con otros intelectuales. Así se formó un frente de intelectuales que recibió al Presidente en el teatro Antonio Varas, para saludar su elección.

Testimoniante 48 : Mi trabajo era un trabajo socio-político. Yo me fui a la región de Coquimbo… a trabajar al Hospital… Allí empecé a trabajar socialmente como médico… Entonces formamos consultorios en los sectores marginales. Uno de ellos se llamó Santa Cecilia y está justo en el cerro donde ahora está la Cruz del Milenio… Iban pobladores organizados, los que trabajaban en las

empresas pesqueras, etc. Con ellos hacíamos también un análisis crítico de la realidad y tratábamos de fortalecer la conciencia de sus derechos. El proyecto político era para nosotros nuestro propio proyecto de vida. Nos sentíamos participando en el cambio de nuestra sociedad.

Testimoniante 50: Nos organizábamos los estudiantes del sector para ir a denunciar y abrir los lugares o almacenes donde se sabía que había acaparamiento. Sobre todo los supermercados. Pobladores y estudiantes partíamos y abríamos las cortinas y se ponía gente para repartir aceite, pollos, etc. Se llevaba un control de todo lo que se repartía. Hacíamos historia porque estábamos vinculados al tema de la alimentación popular, al tema estudiantil, al tema industrial, etc. porque estábamos en el área del Cordón Industrial de Vicuña Mackenna. Para el día 11 todos los estudiantes nos repartimos dentro de las industrias del sector, para aportar, apoyar, para lo que fuera. Nos sentíamos grandes, que no estábamos solos, que estábamos construyendo un nuevo país entre todos…

Testimoniante 23: A mí me tocó trabajar mucho. Yo fui en el tren de la victoria y de la cultura. Mi hermano mayor era escritor y trabajaba en la Radio Corporación… él era jefe de programación… Eso me acercó mucho al mundo de la cultura. Soy amigo muy estrecho de todos los integrantes del Quilapayún, del Inti Illimani, del Aparcoa, fui amigo y compadre de Víctor Jara, en fin, de todos los artistas… Entonces trabajamos mucho, porque el trabajo no era para nosotros voluntario, sino obligatorio… Imagínate, en una oportunidad, los de Patria y Libertad salieron de su sede y les pegaron a unos compañeros que venían de provincia. Nosotros, los de la Universidad Técnica, fuimos a su local de Irene Morales con nuestras camisas naranjas y nos metimos en su local y les sacamos la cresta a todos. Los que estaban dentro eran como 30 y nosotros 12, pero los pillamos de sorpresa. Les rompimos todo. Unos tarros de alquitrán que tenían para tirarnos a nosotros se los dimos vuelta. Fue una epopeya genial. El que era Presidente de la Federación de Estudiantes, O.N., encabezó esto. Y yo andaba metido ahí también.

Testimoniante 4: En esos primeros años trabajamos con un grupo de la CUT. Hicimos Santa María de Iquique, que era una obra sobre la masacre obrera… Se dio en grandes auditorios, teatros sindicales, se hacían giras en Santiago y por distintas comunas. Después hice otras obras con un profesor de la Escuela sobre Vietnam… Eran obras muy políticas, pero también hicimos obras realistas… A mí me gustaba el teatro como elemento de agitación de conciencia y de educación… De hecho empecé a hacer clases para grupos de adolescentes, en centros culturales… Había un movimiento extraordinario de teatro aficionado en Chile… se hacían festivales de teatro una vez al año… La gente hacía teatro. Todos los sindicatos tenían grupos… Tú podías trabajar y vivir de eso, y con la comunidad…

Testimoniante 70: Yo de partida era super-inmadura. Era tremendamente insegura. Por tanto, para mí era muy importante pertenecer a un colectivo, a una organización. Necesitaba ser parte de un movimiento. Y tenía además el complejo de que mucha gente opinaba que yo era de la burguesía. Por eso yo necesita ser y parecer militante, y convertir la militancia en mi principal proyecto de vida… Y lo que hacía era… nos pasábamos haciendo planes militares. Estábamos siempre entrenándonos, analizando la situación operativa de los barrios… Por lo menos yo estaba siempre en una cosa súper-militar… Pero yo nunca participé en ninguna acción. Sólo estábamos preparando el terreno para un enfrentamiento, previendo que los militares iban a salir a la calle. Eso lo tuve siempre muy claro, incluso desde la época que asesinaron al Comandante en Jefe, Schneider… Pero igual actuábamos en las poblaciones, junto a los socialistas, los comunistas. Daba lo mismo, todo el mundo salía a la calle. Se hacían colas, se repartían cigarrillos. No había muchas diferencias… De repente aparecían los tipos de Patria y Libertad y nos peleábamos las calles… Se tomaban la calle Huérfanos y nosotros nos corríamos a la calle Agustinas… Todos con linchacos… Eran dos fuerzas que no llegaban a un enfrentamiento directo… Era como para asustar al otro… Era algo periférico, pero nosotros lo tomábamos como algo tan fundamental… Pero la cosa no iba por ese lado, eso de pelearse las calles con Patria y Libertad… Al final, todo era vivir acuartelado, esperando qué podía pasar…

Testimoniante 28: Desde el año 1970 trabajamos mucho, en dos frentes distintos:

en la Juventud Socialista (propaganda nocturna, sobre todo)… teníamos también un grupo musical folclórico. Nos sumamos al Comando Nacional de Folcloristas, donde había gente como Richard Rojas, Rolando Alarcón, Patricio Manns… y recorrimos Chile… colocando la parte musical de lo que eran las reuniones políticas de la campaña de Salvador Allende… Pero después me concentré en la pura acción político-partidaria…

La mayoría de las compañeras y compañeros que dejaron testimonio de su paso por la Villa Grimaldi (Cuartel Terranova) vivieron su militancia haciendo trabajo de base, como se observa en los textos transcritos más arriba[2]. El trabajo de base era, como cuestión de principio, de ejecución colectiva y expansión horizontal. Sin embargo, el trabajo militante, al interior de una organización institucionalizada estaba, de un modo u otro, supeditado a los trabajos de dirección o jefatura (que tenía diversos niveles) y a los de conducción o comando (situado en la cima del organigrama institucional). El trabajo político revolucionario, como un todo, estaba jerarquizado (o estratificado). Y por eso mismo, al interior de la actividad ético-solidaria con la «clase popular» latía también el sentido de la disciplina y la ejecución de las tareas que bajaban por la estructura vertical de la organización, como también la aceptación de los ascensos que esa misma verticalidad necesitaba y exigía para completar la fuerza de trabajo superior (que ejecutaba tareas de jefatura y conducción). Y así, del mismo modo que el simpatizante ascendía a la categoría superior de militante (ver relato de Testimoniante 14), así mismo, el militante podía, eventualmente, ascender a «tareas de dirección». Las cuales, ciertamente, no tenían el mismo «carácter» que las de base.

El «ascenso» a niveles de dirección, sin embargo, no siempre fue el resultado de una libre elección de las bases, o de un cotejo riguroso de méritos y currículo, o de simple antigüedad. A menudo, el ascenso se realizaba a través de mecanismos de cooptación desde arriba, por una combinación de factores y situaciones, algunas de ellas fortuitas. Como quiera que fuese este hecho, el involucrado debía asumir, con igual dedicación que en la base, las tareas correspondientes. Obsérvense los casos que siguen:

Testimoniante 62: Se dio la casualidad que el Secretario Seccional de La Reina

conversó conmigo, y encontró que yo, probablemente, no me ajustaba al molde común de un socialista, pues tenía un cierto roce social, un buen dominio del idioma, algunas capacidades de comunicación que no eran normales en un socialista de extracción proletaria, y por tanto me pide –incluso antes que ingresara yo formalmente al Partido– que empiece a trabajar con él en la dirección de la seccional La Reina. Y comencé a trabajar con él como un virtual secretario en temas de organización seccional, en temas de propaganda, en temas de solidaridad, etc. cuestiones de gran importancia para la campaña presidencial de Allende. Trabajando con este compañero me entero que a su casa llega los fines de semana una compañera que era miembro del Comité Central del Partido… La veo en varios almuerzos y onces en la casa de este compañero… Parece que ella encontró en mí ciertas características… Así, al mes y medio de haber ingresado al Partido… ella me llevó a trabajar en el Departamento Internacional del Comité Central, del cual ella estaba a cargo en ese momento… En esa condición participé en la recepción de delegaciones extranjeras después del triunfo de Allende y en Congreso de La Serena que realizó el partido en marzo de 1971… Mi estructura funcionaba en el segundo piso del local del partido en San Martín 138… trabajaba en una oficina que estaba exactamente al frente de la oficina de la Comisión Política, separada por un pasillo de un metro y medio. Yo tenía acceso a todas las dependencias del segundo piso y, por tanto, sin ningún problema, yo podría haber llenado de micrófonos todas esas dependencias y facilitar la infiltración del partido… y no digo esto con un dejo despectivo, porque existía mucha confianza y camaradería…

Testimoniante 36: Fui candidato a la FECH y saqué más de 250 votos, lo que era una votación bastante inesperada para la gente del MIR… En 1967 estuve a cargo de la reconstitución de la Brigada Universitaria… dado que un sector importante, el llamado MR2, se salió de la organización… Entre los años 68 y 69 constituí una de los primeros Grupos Político Militares (GPM) del MIR. Me encargaron la subdirección del GPM4, Villavela era el jefe. Cubrimos toda la zona norponiente y un pedazo del sur, armando un equipo empeñoso y fuerte de jóvenes, todos los cuales veníamos migrando de colegios y universidades hacia el trabajo territorial… Al comienzo del gobierno de Allende se discutió que, eventualmente, podríamos haber cometido un error político, porque Allende había obtenido importantes resultados electorales, y a lo mejor necesitábamos integrarnos a la Unidad Popular. Pero comenzamos a diferenciarnos, viendo que la UP no estaba reaccionando bien frente a los ataques de la Derecha y ante la

posibilidad de un golpe militar. Por eso, en los primeros años apoyamos la lucha popular y de masas, más que los temas conspirativos y militares. Lo único que hacíamos en este último sentido era acercarnos al gobierno cubano para que nos apertrechara y nos pudiera apoyar en la formación de gente que iba a ser necesaria en caso de un intento golpista. En ese tiempo, la gran masa de los miristas estaba dedicada al trabajo social, gremial, sindical y poblacional. Sólo en 1973 surgió en el MIR, como parte del debate de cómo enfrentar el golpe de Estado, la necesidad de diseñar una estrategia para resistirlo, que fue la estrategia que llamamos de «masa armada», que era una pretensión que teníamos de operar en ese sentido sobre los sectores que ya habíamos logrado influir en el movimiento social… Eso se trabajó durante todo el año 1973… Entre 1970 y 1973 yo tenía entre 20 y 23 años de edad. Cuando gana Allende yo fui nombrado miembro del Comité Central del MIR, luego, a fines de 1972, salgo de las estructuras territoriales y paso a las estructuras volantes de la Comisión Política… Yo me dedico a desarrollar tareas de propaganda y comunicación. El plan que teníamos en eso era desarrollar una red nacional de radioemisoras, para lo cual nos compramos la Radio Nacional y gestionamos la compra de varias radios en distintas ciudades. Teníamos un periódico de tiro semanal y adquirimos una rotativa con recursos del exterior… El discurso de Miguel Enríquez en el Teatro Caupolicán, pocos días antes del golpe, fue reproducido nacionalmente… En la vida personal, yo estaba dedicado prácticamente a la política… La vida familiar era casi inexistente. Yo me fui el año 1970 de mi casa, apenas terminé mis estudios en la Escuela de Ingeniería, y me hice militante profesional del MIR…

Testimoniante 18: Yo, desde los 16 años, fui militante del Partido Socialista. Ahí desarrollé mi militancia hasta llegar a ser miembro del Comité Central. En el famoso Congreso de La Serena, cuando el compañero Allende fue elegido candidato a la Presidencia de la República, salí elegida, entre otros compañeros, para integrar el Comité Central…

Testimoniante 45: Éramos todos muy amigos cuando éramos demócrata-cristianos, pero todos evolucionamos en forma distinta. Sebastián Piñera se fue hacia la Derecha y después fue pinochetista. Eduardo Aninat siguió siendo D.C. Sergio Bitar se fue a la Izquierda Cristiana, y mi marido siguió también en la

D.C. Yo me radicalicé, y pasé de la D.C. al MIR, aun cuando yo entré a militar en el MIR cuando caí presa… También me enamoré de un comunista. Los dos estábamos casados y los dos nos separamos… En ese tiempo, aunque la Izquierda era liberal en las relaciones humanas, tenía un concepto ético muy estricto… Tú tenías que ser leal con tu compañero, no tomar drogas, ni alcohol, etc. Éramos una lata en ese sentido. Yo comencé a vivir con ese compañero… era del Comité Central del Partido Comunista. Era muy comunista… Para los comunistas de ese tiempo los del MIR eran terribles, pues consideraban que éramos el Caballo de Troya del imperialismo. Así que discutíamos mucho. Él me decía que cuando yo fuera grande iba a ser comunista, y yo le decía que nunca iba a ser grande… Cuando me tomaron presa, mis propios captores no entendían si yo era del Partido Comunista, o del MIR.

Para los militantes de base, la dirección superior del Partido (el Secretariado General y la Comisión Política, sobre todo) estaba rodeada de una aureola de poder, de no poca infalibilidad, y de gran respeto. Pues ella era –y necesitaba ser– el cerebro central que hacía funcionar todo el cuerpo militante, dándole la orientación estratégica y afinando sus acciones tácticas. Sin esa aureola, el sentido de obediencia y disciplina de los músculos militantes se habría resentido. Sin embargo, los testimonios transcritos –insuficientes en número, sin duda, pero no en calidad– revelan que la militancia superior tendía a auto-construirse y tejerse a sí misma, según el mismo tipo de relaciones fraternales y humanas que existían en las bases, lo que se aprecia, sobre todo, en la aplicación de diversos criterios de selectividad, más definidos sin duda por la intuición, la confianza recíproca y la percepción de cualidades de elite, que por la imposición de un filtro riguroso de exigencias estructurales. La percepción espontánea de los rasgos de elite de un compañero X está presente, obviamente, en el caso de del Testimoniante 62, citado más arriba. La confianza en un compañero de larga trayectoria partidaria, a su vez, es transparente en el caso de la compañera Testimoniante 18. Y es también de interés el hecho de que los rasgos de elite, en tanto están ya personificados en un compañero u otro, tienden a buscarse y a encontrarse entre sí, como lo muestra, en cierto modo, el relato de la Testimoniante 45. Las relaciones humanas y fraternales, con un énfasis u otro, para un objetivo u otro, estaban omnipresentes, al parecer, a lo alto y ancho de la red militante de los partidos.

En todo caso, como quiera que hayan sido los procesos de cooptación o elección,

el hecho fue que las tareas específicas de la dirección y/o la conducción eran ineludibles. Desde luego, en el nivel del comando superior destaca, sobre todo, la tarea de analizar la situación estructural de la sociedad y la coyuntura histórica particular, para realizar un diagnóstico preciso y definir adecuadamente el curso óptimo de acción partidaria. En conformidad, por cierto, con los objetivos estratégicos. Es lo que se desprende del testimonio del compañero Testimoniante 36. De ese análisis y de esa decisión se derivaban luego tareas orgánicas, referentes, sobre todo, a la adecuación del cuerpo militante, a efecto de prepararlo para la línea de acción adoptada por el comando central. Es lo que se observa en el testimonio de los compañeros Testimoniantes 62 y 36 (ejemplo: «organización seccional», «propaganda para campaña presidencial», «formación de grupos político-militares», «masa armada», «aparato comunicacional», etc.). Se implica que el análisis de la «situación estructural de la sociedad» debería haberse completado con anticipación, pues era el que modelaba la identidad estratégica del partido, la misma que le permitía cooptar militantes. El análisis de la «coyuntura histórica» – que es, por naturaleza, móvil y cambiante – requería, en cambio, de una gran capacidad de observación, del manejo de mucha información confiable, y de un juicio político certero y atinado para decidir los cambios que debían introducirse en el curso de acción (por ejemplo, el giro del MIR hacia la política de «masa armada» ante el riesgo creciente de un golpe de Estado, según se observa en el relato del compañero Testimoniante 36).

Más complejas eran, sin duda, las tareas de dirección de los partidos de Gobierno, y del mismo Gobierno. Pues ahí se trataba, no de una simple Comisión Política, sino del Estado... Y para conducir no sólo a las orgánicas partidarias, sino a la enorme masa heterogénea de una sociedad en conflicto consigo misma. No es lo mismo diseñar políticas de partido y para el partido, que políticas nacionales y para una sociedad estratificada en clases sociales con alta polarización. El Archivo Oral de Villa Grimaldi no contiene testimonios de las altas esferas de Gobierno, sino de compañeros que asumieron responsabilidades en los niveles intermedios del aparato de Estado y/o del sistema de partidos de la Unidad Popular. Corresponde al nivel en el que las políticas decididas o sugeridas a nivel de Gobierno se organizaban, se implementaban y se dirigían sobre el terreno, para su óptima ejecución.

Testimoniante 4: Se trataba de ampliar la base social de trabajadores, porque la JUNAEB tenía un núcleo de funcionarios que estaban en las oficinas, pero tenía

también una gran masa de personas que cocinaban: las manipuladoras de alimento, que eran todas mujeres de clase social baja generalmente, que estaban por todo Chile, y en todas las poblaciones donde había colegios. Ellas no tenían contrato. Entonces lo que nosotros hicimos fue integrarlas al sindicato. De modo que el sindicato, si eran 1.500 empleados, pasó a 4.000, y ahí había dos núcleos muy nítidos: el núcleo izquierdista formado por comunistas y socialistas, y el núcleo demócrata-cristiano, que en ese tiempo era muy poderoso en el campo poblacional. Entonces nuestra rivalidad interna fue siempre con la D.C… Y decidimos también ampliar los beneficios, porque la Junta de Auxilios daba alimentos, becas escolares, ropa, libros, etc. Yo siempre trabajé más ligado al aspecto sindical, educando a la gente… La mayoría de ellos era gente nueva, mujeres que era primera vez que trabajaban. Me interesaba mucho más el trabajo con la gente que el trabajo con las políticas públicas de educación ... Y como la Junta es nacional, el dirigente podía ir, viajar y realizar encuentros nacionales. Así pude conocer todo el país… Los comunistas éramos gente muy responsable en general. Teníamos mucha conciencia de que éramos gobierno, de que había que apoyar el candidato elegido. Siempre trabajamos muy lealmente con el candidato. Yo eso lo viví.

Testimoniante 53: Fue un período de realización excepcional. No ha habido en Chile nada parecido. Mi labor en la CORVI fue pero maravillosa. No tengo sino motivos de orgullo por lo que hicimos. Las viviendas que se hicieron… hasta el día de hoy, recorro sus lugares y me da gusto verlas, viendo la porquería que hizo después la Concertación, sobre todo Frei Ruiz-Tagle. Esa basura que ha habido que demoler… Nosotros hicimos viviendas dignas, bien hechas, que hasta el día de hoy no han tenido ningún problema. En el primer año rompimos todos los record: se construyeron 100.000 viviendas; Frei Montalva construyó el ‘65, su primer año, sólo 52.000… Se recuperó el Parque O’Higgins, que estaba abandonado, levantamos el edificio de la UNCTAD (hoy Gabriela Mistral) en un tiempo record, donde se unen armoniosamente el arte y la arquitectura, con todos los artistas participando… Los sin-casa de Las Condes tuvieron el derecho a vivir en Las Condes… Lo principal fue recuperar la dignidad del ser humano… Establecimos un convenio en la CORVI, por el cual un número importante de trabajadores laboraba media jornada y la otra media jornada eran becados por nosotros para que se perfeccionaran en la Universidad Técnica del Estado. Eso era fantástico… Cuando llevamos a unos arquitectos y constructores extranjeros a visitar la población San Luis en Las Condes, los pobladores los estaban

esperando. Los visitantes eran como ochenta: la mitad desapareció porque la gente se los llevó a sus casas para mostrárselas y explicarles sus ventajas. La mitad de los visitantes no volvió al bus que los trajo, porque se quedaron socializando con los pobladores… Esto te lo pongo como ejemplo de lo que es la dignidad. Fue el gran capital que se logró generar…

Testimoniante 18: Con el presidente Allende yo fui jefa de un servicio: la Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI), cargo que siempre había estado en manos de compañeras con el título de Educadoras de Párvulos. Entonces, cuando el Presidente me nombró, hubo gente que le dijo: «pero si ella no es profesional». Pero él les respondió: «sí, pero yo la conozco, y sé que lo va a hacer mejor que ustedes, porque conoce mejor que todas el medio social en el que nosotros vamos a querer los Jardines Infantiles ahora».

Testimoniante 41: Fui nombrado Director de un museo. Entonces me propuse hacer de ese museo un instrumento de apoyo al gobierno popular… Todas las exposiciones que hicimos allí tuvieron un contexto político. Todas, todas, ninguna se escapó de eso… Nos criticaron, pero eso era lo que nosotros podíamos hacer. Pues no se trataba de que el Gobierno hiciera algo por nosotros, sino lo que nosotros podíamos hacer por el Gobierno…

Testimoniante 12: Yo era bibliotecaria en la Biblioteca del Congreso, pero vino la UNCTAD y presenté un plan de trabajo para crear un Centro de Informaciones para ese evento, que operara desde el Gobierno. En ese tiempo no había computadores ni nada, y tuvimos que improvisar una especie de computador manual para que nos diera la información que requerían los distintos países, especialmente sobre comercio. Lo más difícil fue entregar información exacta a Japón, que nos preguntaron sobre los peces de Chile, la cantidad anual de producción, etc. Recién se había creado el Ministerio del Mar… Tuvimos que recolectar la información desde distintos lugares. Ahí me di cuenta que los altos mandos entregaban mala información, no sólo al Gobierno, sino a nosotros mismos… Armamos entonces una red a nivel medio de cada ministerio, con gente políticamente fogueada, para que recabara una información fidedigna. Ahí

yo trabajé en la OIR, que era el Centro de Radiodifusión de la Presidencia… Y estuve muy metida en eso. Trabajaba allí mis 8 horas diarias, y luego me iba al Ministerio de Relaciones Exteriores con don Clodomiro Almeyda, donde me dieron una pequeña oficina donde organizamos un grupo de trabajo… Hasta que presenté el proyecto del Centro de Informaciones… Y sé que todo eso se quemó…

Testimoniante 28: Yo creo que lo más significativo del gobierno de la Unidad Popular fue el nivel de movilización social que se alcanzó en ese tiempo. Porque estaban organizados los trabajadores, los pobladores, las mujeres, los jóvenes. Había un brote de organización social en cada esquina, en cada cuadra, en cada barrio, en cada fábrica, en cada colegio, en cada universidad… y con una movilización consciente, claramente establecida para satisfacer las necesidades de la gente, las necesidades del pueblo. Esto fue, creo yo, lo más importante que alcanzó, como gobierno, la Unidad Popular…

c) Del «nivel de entrega»: incremento y clímax.

(Octubre 1972-septiembre 1973)

El trabajo militante, fuere en el plano social («en el frente de masas», se decía entonces), o fuere en el de dirección, dado el entusiasmo ético interior que lo impulsó, fue absorbente, y por lo mismo, excluyente. Es decir: absorbió la mayor parte del tiempo disponible para sí mismo. En consecuencia, disminuyó al límite el tiempo dedicado habitualmente a la vida social privada. La militancia de ese tiempo redujo el contacto con la familia materna-paterna, interfirió en el tiempo disponible para la pareja y/o para los hijos, disminuyó el horario dedicado a los estudios y la profesión, duplicó el horario de trabajo cotidiano, desordenó el ritmo fisiológico de la comida y el sueño; en fin: trastornó por completo el modo de vida convencional. De manera que el tiempo dedicado para sí mismo y el grupo familiar o social –donde habitualmente se vuelcan los afectos y la plenitud emocional de la vida–, quedó reducido a un mínimo tal, que equivalía, casi, a su negación.

La explotación del trabajo y la exacción de plusvalía, al comienzo de la revolución industrial, redujo el tiempo disponible para la felicidad humana a un mínimo que fue, sin duda, humanamente destructivo. Karl Marx llamó a eso «alienación». La lucha revolucionaria fue concebida entonces para eliminar esa situación y «des-alienar» la persona social del trabajador. En el caso de los compañeros cuyos testimonios aquí se recogen, la reducción del tiempo disponible para la felicidad social extra-laboral (del tiempo normal), no tuvo, al parecer, carácter alienador. No fue explotación, ni siquiera auto-explotación. En parte, porque el trabajo revolucionario que se realizaba fue, en sí mismo, un proceso de des-alienación y, por tanto, contuvo –como lo revelan todos los testimonios– fuentes diversas de plenitud (felicidad) subjetiva, social, pública, colectiva y solidaria. Y en parte, porque el tiempo que los militantes dedicaron a la felicidad privada «normal», aunque constituyó una cuota minoritaria y marginal, fue escaso, pero casi nunca negativo. Fue como si esa zona de la plenitud personal y social hubiera sido puesta en paréntesis, en compás de espera, aguardando su futuro desarrollo en extensión y profundidad, para lo cual estaban trabajando todos.

Si eso tornó la vida militante en una actividad que redujo la vida privada a un mínimo casi negativo, casi bajo cero, la evolución general de la coyuntura histórica tendió a reducirla aun más. Sobre todo en la cercanía del golpe de Estado y ante el despliegue de los aparatos represivos que amenazaban con detener y aniquilar el proceso social revolucionario. El incremento del riesgo obligó, no a disminuir el tiempo de la militancia, sino a reducir aun más el tiempo de la vida social privada, a un punto tal que eso debilitó, de un modo u otro, la estabilidad afectiva del sujeto militante. Con el agregado que la coyuntura obligó a hundir en la clandestinidad el trabajo realmente político. Más aún: a todo eso se agregó la escasez de alimentos y vituallas (lo que se llamó «el desabastecimiento»). La «felicidad» militante comenzó a verse rodeada, en todos los ámbitos, por trastornos inéditos. Y aun peligros de muerte... El trabajo militante, libre, solidario, desenvuelto, alegre y feliz que fue característico de los primero dos años del gobierno del presidente Allende, se convirtió, a lo largo del tercer año, en un trabajo proscrito. Perseguido. Clandestino. La amenaza, como un tornado, los fue envolviendo a todos. Fue preciso guarecerse y resistir.

Testimoniante 75: Yo empecé a nivel estudiantil, después me fui a tomas de terreno y después encontré a mi pareja dentro del MIR. Empezamos a pololear

en una toma de terreno en La Bandera. Todo fue como encajando… Nos tuvimos que casar. Nosotros no queríamos casarnos porque los dos éramos clandestinos… pero no nos permitieron por el lado de mi familia… Entonces nos casamos y yo me fui a vivir con él a Renca City… Y en la casa de mis suegros no me aceptaban porque yo era pequeño burguesa, y en la de mis padres no aceptaban a mi esposo porque era proletario, un roto. Entonces los dos tuvimos que manejar este problema, que fue bastante doloroso y fuerte… Mi padre me decía que yo andaba metida con los rotos, que era una comunista tal por cual… Me prohibió incluso que yo hablara con mis hermanas chicas porque podía concientizarlas. Además los compañeros del MIR se tomaron la empresa Savory, donde trabajaba mi padre, y yo llego a mis casa y mi madre me dice: «¡ándate, ándate! Tu papá perdió el trabajo y los del MIR le requisaron el auto»… Se produjeron contradicciones brutales entre las familias y antagonismos que llegaron a la locura… Era muy fuerte. No tenías paz en ningún lado. Era luchar contra todo… Después fui madre y eso también cortó mi carrera política porque… igual yo era la mamá de mi hija y tenía que preocuparme de ella. Era impensable que mi esposo dejara algunas de las responsabilidades políticas que tenía para cuidar a mi hija. Entonces yo tuve que asumir el rol de madre también. Y fue duro, porque yo estaba totalmente entregada a la cosa política. Nosotros no habíamos planificado el embarazo, pero decidimos ambos, de todos modos, tener al hijo. Tuve ayuda de parte de mi familia y también de mis suegros, pero igual fue difícil combinar el trabajo político con un hijo…

Testimoniante 2: Después vino estar haciendo trabajo político, trabajo poblacional, reuniones en la Universidad, tomas de sitio, idas al campamento 26 de julio, qué sé yo. Ésa era mi vida. Había todo un cuento de compromiso, de una entrega total… Yo empiezo a tomar los ramos del Cuarto Año y ahí tuve el despelote, porque no iba a clases. El Laboratorio suspendido… prácticamente abandono la carrera, me quedé con un ramo, una cosa así… Y el resto, dedicado absolutamente al MIR. Y el golpe militar me pilla en ese minuto… Nosotros recogíamos información, la centralizábamos, la arreglábamos, tratábamos de comprenderla… pero no hicimos nada importante al respecto. Ni siquiera para nosotros mismos, como para decir va a pasar esto… Fue una secuencia de cosas que terminaron siendo un costo muy alto, humanamente hablando.

Testimoniante 29: Todo era actividad, y trabajar y trabajar. El día que nació mi hijo, el 24 de septiembre de 1972, yo no estaba en la casa: estaba haciendo un trabajo político. El niño nació a las 12 de la noche, hora en que yo estaba en el Instituto Pedagógico en una acción de propaganda. Yo llegué al otro día. Me dijeron que yo era un padre desconsiderado, pues sabía que mi mujer estaba embarazada. Y ése era el ritmo, y no era porque uno no quisiera a los hijos, o a la familia, sino que todo lo contrario: estábamos luchando por y para nuestros hijos. Por eso estábamos en disposición de entregar todo nuestro tiempo por realizar el cambio, y no había tiempo para la familia, aun cuando uno incorporara la familia al proceso de cambio. El resto del tiempo era exclusivamente para hacer la revolución… Recibí la orden de abandonar el Pedagógico y de «irme a la clandestinidad»… Era una palabra que uno no conocía, que había oído tal vez en las películas… Y yo me preguntaba ¿qué significa «clandestinidad»?... Me fui desde el Pedagógico hasta Recoleta con un compañero, caminando, cruzamos todo Santiago, cada uno llegó a su casa… y seguí pensando lo que podía significar clandestinidad para mí. Pues no teníamos preparación. Había mucho corazón pero nada de estructura… En el P.S. éramos despelotados: no había una conciencia profunda de lo que eso significaba…

Testimoniante 47: Me recuerdo que íbamos a recibir instrucción política a los cordones industriales. Y yo no quería que mis hermanos supieran lo que yo estaba haciendo. Y le mentía a mi papá. Le decía que en las noches me quedaba completando los balances de la maestranza Santa Rosa, pero no era eso lo que hacía en ese recinto…

Testimoniante 11: En 1975 decidí casarme con mi compañera. Yo no quería dejarla sola y entonces le dije: «casémonos». Y me casé con ella pero no viví con ella, porque me casé y seguí en la clandestinidad, porque para mí casarse era un acto de homenaje a nosotros dos. Así que fui, me casé, y se terminó. Después volví a mis actividades y ella se fue a las de ella, y sólo después que me echaron de Chile, recién entonces comencé a vivir con ella. Ella también era militante, pero en un papel más bien periférico… Yo pensaba que, como dirigente político, tenía una alta probabilidad de ser detenido y muerto, porque sabía que la vida útil de un dirigente es muy corta…

Testimoniante 46: Yo trabajaba en tareas cerradas, no en el frente de masas. Allí nos relacionábamos muy poco con la gente. Uno se relaciona más con los compañeros, incluso con tu familia, pero no con la gente. De repente íbamos a las concentraciones, a mirar desde fuera lo que estaba ocurriendo, pero no era una participación real en ese frente. Por eso yo no tuve una visión del golpe suficientemente calibrada. No pudimos medir exactamente qué estaba pasando en el movimiento de masas…

Testimoniante 24: El cambio más importante es el cambio humano, porque en 1973 inicié mi relación con Ingrid, relación que tuvo una importancia mayor que lo que fue mi experiencia política. He aprendido que los sentimientos humanos no se pueden comparar con las actuaciones políticas, independiente de que la relación con ella haya empezado de una actividad política. Los recuerdos que tengo de ella son, fundamentalmente, los sentimientos… Cuando la conocí, la habían sancionado… los «burócratas de arriba», y la mandaron a Viña del Mar. Ella provenía de una familia obrera, su padre era carpintero y su madre, modista… y ella estudió Historia y Geografía en la Universidad Católica de Valparaíso… Nos juntamos varios compañeros en la Plaza Vergara y nos fuimos caminando a la Estación El Salto… Era verano y ella llevaba, sin embargo, ropa de otoño… y no tenía calcetines… Otro día la vi de nuevo, y otra vez no llevaba calcetines… La próxima vez que la vi, compré dos pares de calcetines… Me dijo que trabajaba a veces en un jardín infantil y que estudiaba… Tú no podías dar muchas pistas, por razones de seguridad. Y la habían sancionado y había otra compañera como que la vigilaba… Y se dio que me ascendieron a la Dirección… Entonces me dijo algo que no se me olvidó nunca: «estos huevones te han cooptado, tú eres humanamente bueno, pero ellos te van a meter en el aparato del partido»… Yo trabajaba en el banco, salí como a las 3 de la tarde y ella venía de clases… Llegó un instante en que las palabras sobraron. Caminamos, simplemente, y subimos por el Barón hasta llegar al Cerro Placeres, y llegamos a una reunión donde habían puras lolas. Yo tenía 21 años. Las lolas me miraron y vieron al «dirigente», que venía vestido como un lolo bancario. Y como me siguieran mirando, ella me dio un beso delante de todas, como diciendo: «este machucado es mío»… Y esto no lo olvidaré jamás… Así que, justo cuando me pasan a la Dirección Local, iniciamos nuestra relación. Y cuando se supo que Isabel era mi compañera, el MIR, digamos, que era

extremadamente religioso, por obra y gracia del espíritu santo, le levantaron la sanción. Es tragicómico que, cuando iniciamos una relación de pareja, y por eso mismo, le levantaron la sanción.

Testimoniante 71: Cuando yo comencé a participar, yo estaba estudiando. Y entré a estudiar en 1970, entonces fue todo como simultáneo. Y ocurría que, con Lucho, con seis niños, no nos alcanzaba la plata. Decidimos que yo tenía que trabajar… Convencí a dos amigas más y compramos un taller de tejidos que lo llamamos «Tejidos Tai». Lo compramos a crédito, pasamos un año entero sin ganar un peso, pero al final nos fue bien. Y yo estaba estudiando Psicología. Así que, imagínate, con 6 niños, un taller y los estudios… de la política ya no supe nada casi.

Testimoniante 6: Nosotros, como militantes, nos preparamos: usábamos chapas, nombres que no eran nuestros nombres; lo que, de alguna manera, nos sirvió para enfrentar mejor la represión… Y compartíamos poco nuestras casas, no sabíamos mucho, o nada, de la vida personal de cada uno… Estábamos, en preparación del golpe, continuamente acuartelándonos… Y nuestro centro y punto de congregación fue el Hospital Barros Luco. Íbamos a clases en la Escuela de Veterinaria, estudiábamos y luego nos acuartelábamos en el Barros Luco, en una sección que es la Maternidad. Y ahí, entre medio de todo, estudiábamos y nos preparábamos, viendo cómo íbamos a defendernos en caso de golpe, y sobre todo, defender el Hospital, porque era importante tener un centro de salud insertado en un barrio popular. Y allí dormíamos. Andábamos siempre con nuestro saco de dormir, para arriba y para abajo. Los que, además, no eran chicos como ahora, sino unos tremendos sacos. Y así estuvimos, durante varios meses.

Testimoniante 27: Yo entré al MIR ligada al sector obrero, en Santiago… pero luego me conecté con la gente de Concepción, en 1969. Allí ocurrió un episodio que complicó mi situación, por la cual quedé con orden de detención. La dirección del MIR nos prohibió entregarnos a la justicia, y por lo tanto, pasamos todos a la clandestinidad. Yo estaba haciendo un trabajo bastante intenso, en que

incluso me planteaba la posibilidad de dejar la Universidad… El MIR fue leal conmigo y yo lo fui con el MIR… No pude por eso festejar el triunfo de Allende porque desde el año 1969 me tuve que ir a la clandestinidad. Allende ordenó la amnistía para todos los perseguidos políticos, que en nuestro caso era la A., S. y yo… Yo me fui a mi casa esperando rehacer mi vida de estudiante y terminar mis estudios… pero me fueron a buscar de la fiscalía militar, acusada de robo de armamento militar. Salí arrancando de nuevo y tuve que sumirme otra vez en la clandestinidad, y depender de una organización que me diera apoyo logístico y actividad humana, que, en el caso, era actividad política. Así que durante todo el gobierno de la Unidad Popular el MIR me dio apoyo logístico para vivir y yo seguía trabajando políticamente para el MIR, hasta que vino el golpe de Estado… La clandestinidad es un trauma, de la que no muchos están conscientes. Es no poder reunirte con los tuyos. Yo había tenido un hijo y no estaba registrado. Como que no existía. Es no poder ver a tu familia ni rehacer tu vida como tú quisieras. Es un trauma, porque vives en medio de la desconfianza, día a día. Por eso, cuando caí presa fue como entrar en vacaciones. Mi familia se alegró y estaban felices porque podían encontrarme, saludarme, llevarme mi hijo… Cuando estás clandestina siempre estás en casa de gente de la cual tú no conoces su verdadera historia. Y tienes que inventar historias… Desde 1969 hasta 1975, fueron seis años de clandestinidad… No tienes oportunidad de buscarte un compañero. Tú no puedes llegar y tener una familia o un hijo, y si lo haces, puedes arrepentirte por el daño que puedes causarles por tu situación… No tienes otra alternativa que depender de lo que te dice, te informa y te da tu organización… Yo no estaba conectada a la vida normal. Vivía en casas que cambiaban de modo continuo… De vez en cuando tenías radio, casi nunca TV… Uno se enteraba y tenía más información cuando estabas con el padre de tu hijo…

El tiempo que se destinaba al trabajo militante –que se sustraía, como lo señalan los testimonios arriba transcritos, casi siempre, al tiempo de la vida social y familiar-, si fue considerable e intenso antes del 29 junio de 1973 (fecha del «tanquetazo»), después de esa fecha debió aumentarse aun más. El tiempo militante, en tanto se restaba del tiempo propio, era una entrega voluntaria a la causa del pueblo y la revolución. Era el nivel de la solidaridad, del compromiso, de la convicción ética que sustentaba desde dentro la opción política que se había tomado. Era, por tanto, un tiempo generoso. Y como se dijo, después del 29 de junio, ese tiempo debió duplicarse, al punto que se llegó al límite –cerca

del 11 de septiembre– en el que la cesión de tiempo propio comenzó a configurarse como eventual cesión de la vida misma. A mayor certeza y cercanía del golpe militar, más rápida fue la transición de un tipo de entrega o cesión a otro tipo de entrega o cesión. Y en esa misma medida, se instaló el miedo. Y se instaló con él, también, el dilema de vida o muerte. Seguir o no seguir… Pero la fuerza inercial de la ética solidaria que movía la opción política era demasiado intensa como para ceder ante la aparición del miedo. Había que seguir, como si nada. Con ingenuidad o sin ella. Al borde, casi, de la «sublime alienación» (Karl Marx) revolucionaria.

Testimoniante 25: Yo diría que vivimos ese período con un miedo escondido… Y los que más nos impresionó fue cuando empezaron a salir los milicos a la calle. El «tanquetazo»... Ésa fue la primera noción de que el golpe era posible, o real… Ante eso nosotros nos comenzamos a organizar y a preguntarnos: «¿qué tenemos?». Y nos dimos cuenta de que no teníamos nada… Nosotros vivíamos en el campamento, y como unos cinco meses antes del golpe llegaron allí cuatro compañeros de la organización revolucionaria de los Tupamaros, de Uruguay… Ellos nos enseñaron mucho acerca de cómo protegernos… El 10 de septiembre tuvimos una reunión en el campamento Yungay, que duró hasta las cuatro de la mañana y nos quedamos todos a dormir a ahí… cuando sentimos en la mañana el ruido de los helicópteros sobre nuestras cabezas… Era el golpe… El compañero «tupa» se fue y yo me vine a la Universidad, donde estaban los compañeros acuartelados, a pedir instrucciones. Allí el compañero Aníbal –que hoy está desaparecido– me dice: «tienes que volver al mismo sitio de donde vienes, y allí, cúidense»… El compañero «tupa» nos pasó un cuadernillo de lo que podía pasar si te torturaban y nos contó cosas que nos dejaron aterradas, pero todos pensamos en ese momento: «a nosotros no nos va a pasar esto, Chile es distinto»… Y nos quedamos viviendo, clandestinos, en el mismo sector.

Testimoniante 4: Yo no tuve la sensación de que el colapso era inminente. Yo sentía como ansiedad por resolver todo lo que queríamos cambiar. Había tantas cosas por hacer. Se estaba preparando un plebiscito, que era muy importante, porque era la única arma que había para oponerse a la Derecha. Era la única herramienta… Yo sabía que no era combativa ni con armas, y que todo el trabajo era ampliar la base de sustentación del gobierno. El plebiscito le iba a dar al

gobierno un respaldo categórico, masivo. Nosotros seguíamos creyendo firmemente en la vía electoral, y el plebiscito era una elección más…. Y uno iba y venía y hacíamos muchas reuniones, asambleas y bueno, esto y lo otro.

Testimoniante 47: Conversábamos sobre el tema del golpe, pero así como a la rápida, resumiendo el tema en una frase: «¡viene Jakarta!». Pero igual nos estábamos preparando con linchacos, y teníamos un arma muy pequeña, que por lo menos podía disparar. Y nos decíamos: «en cualquier momento en que ustedes tengan noticias de que hay un golpe, lo que nosotros tenemos que hacer es ir al Parque Forestal a las dos o tres de la tarde y nos vamos todos desde ahí a la Maestranza Santa Rosa», que era el cordón industrial donde hacíamos el trabajo político… Y olvídate: nada de eso ocurrió… Yo trabajaba en un Ministerio… y allí recibíamos hartas instrucciones, y ese documento que nos llegó de qué hacer cuando a uno lo torturaban, para no hablar, que, entiendo, era un documento de los Tupamaros… Me llegaron también instrucciones de cómo destruir una empresa, confeccionar una bomba, etc. y todo eso me lo dieron a mí. Yo me llevé todo eso a la oficina… Es lo que teníamos que empezar a trabajar… Y los guardé en un cajón de mi oficina, con llave. Eso fue el 10 de septiembre… Yo pensaba que a nosotros nunca nos iban a torturar, y que el documento de los «tupas» no nos iba a servir de mucho… Yo estaba entregada al activismo político, que eran reuniones en un lugar y otro, reuniones para acá y para allá… Era como algo nuevo para mí, casi desconocido, pero también íbamos a fiestas y mis hermanos nos iban a buscar…

Testimoniante 59: Yo era un militante bastante indisciplinado… La gente que estaba en el MIR sentía que el golpe era absolutamente inevitable y que, incluso, era hasta deseable. Nosotros recibimos el golpe con una sensación de alivio, como diciendo: «ahora sí las cosas están claras: los enemigos son los enemigos y los amigos son los amigos: el enfrentamiento no es esta cosa difusa, leguleya, sino que es como debe ser». Por tanto, el período anterior al golpe lo vivimos frenéticamente en nuestro sector. Pero la mayor parte de la militancia y de la periferia del MIR no tenía una idea para nada clara de nuestra fuerza y de nuestras debilidades. Vivíamos en la ingenuidad absoluta, y creíamos estar en condiciones de enfrentar el golpe. Pensábamos que teníamos un aparato militar, que existían armas… Hacíamos actos medio ridículos de preparación militar e

incluso demostraciones de fuerza. Era como absurdo… Pero hacíamos todo eso y nos sentíamos participando en un proceso…

Testimoniante 5: Los días previos al golpe todo estaba como revuelto, y era peligroso. Yo fui al Caupolicán cuando Miguel Enríquez dio su último discurso. Nosotros estábamos criticando al Gobierno porque estaba negociando con la Democracia Cristiana, aceptando la renuncia del general Prats, capitulando… El ejército había allanado el local del Partido Socialista y del MIR, estaban aplicando la ley de Control de Armas… La represión atacaba con todo… y yo creí que el golpe ya estaba andando…

Testimoniante 48: Allá en La Serena y Coquimbo, donde existían muchas organizaciones sindicales, de pobladores y campesinos que reivindicaban el poder popular… se resistió a los ataques que lanzaron las fuerzas derechistas, que atacaban con un armamento terrible: unas catapultas que lanzaban rocas de este porte… Había que mantener vigilancia todos los días, en el campo y en la ciudad… Hubieron muchos atentados con explosivos de la Derecha, pero al día siguiente los periódicos decían que habíamos sido nosotros… Fue una época de mucha tensión, porque nos acusaban de lo que no estábamos haciendo, y se iniciaban persecuciones contra nosotros... Yo pertenecía al Colegio Médico, que por entonces se abanderizó con el golpismo, y hubo grandes debates internos… Y eso era muy triste, porque se había logrado realizar un trabajo enorme para disminuir la mortalidad y las enfermedades de la región… Casi no dormíamos, o por el trabajo, o por la tensión de la lucha local.

Testimoniante 33: Nosotros ya sabíamos, en cierto modo, lo del golpe, porque el 5 de septiembre el general Torres había dado su propio golpe en Magallanes y Punta Arenas, y había iniciado la aplicación de la ley de Control de Armas a toda fuerza. Yo participaba entonces en el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) con varios amigos del Partido Comunista Revolucionario y otros del MIR, y ahí nos estábamos preparando para responder de algún modo a lo que estaba ocurriendo… La noche del 8 habíamos tenido un reunión de preparación por ahí cerca y como se nos hizo tarde nos fuimos a dormir todos a la casa de un amigo.

Y al pasar por la plaza Italia, en Santiago, yo vi que estaba ya completamente ocupada por los militares. Era como la una de la madrugada. Era el golpe –pensé yo– que se nos venía encima. Hablé con mis jefes: «no, no te preocupes, nosotros tenemos información, todavía no va a pasar nada»… Y en la mañana fuimos a la Facultad de Ciencias a tratar de organizarnos, a esperar instrucciones y saber qué hacer. Después recibimos instrucciones de no hacer nada porque no había capacidad militar para enfrentarse con los militares… Y así nos fuimos para la casa, para organizarse con gente con quienes se tenía más confianza…

Testimoniante 74: Mira, en la CORFO se conversaba bastante sobre el posible golpe. Y yo recuerdo a uno de los compañeros, sobre todo, a S., de quien nunca más supe nada. Él nos trataba, a mi prima y a mí misma, como si fuéramos niñas chicas. Y nosotras: «¡pero por qué, si ya somos mujeres!». Pero ahora me pongo en el caso de él y siento que, efectivamente, éramos cabras chicas, metidas a grande en esa situación que se venía encima… y que yo, al menos, no lo creía. Recién empecé a creer en eso cuando mi papá me dijo que tuviera cuidado, que podía pasar algo… Cuando me decían que se estaba tramando algo, yo decía: «pero ¡cómo!, ¡si estamos haciéndolo bien!». Era mi ignorancia. O mi inocencia. Yo escuchaba solamente a mi papá, que insistía en que yo tuviera cuidado. A lo que yo le respondía: «¿de qué? ¿para qué?».

Testimoniante 23: Yo te contaba lo del trigo, cómo nosotros detectábamos el mercado negro. Nosotros distribuíamos la harina para el pan todos los días, pero la panadería, al día siguiente, le decía a los clientes que no tenía harina para hacer pan. Entregábamos el té, y después los almacenes alegaban que no tenían té. Yo trabajé con el general Bachelet en todo lo que era la distribución de los alimentos básicos a los almacenes y supermercados. Una vez traíamos una camioneta con diez sacos de porotos y diez de garbanzos, se nos reventó un neumático por Quinta Normal y nos asaltaron con gran violencia. No pudimos repeler el ataque. Era gente de derecha que se habían concertado. Nos robaron el cargamento y a la camioneta la destruyeron. A eso habían llegado. Había también asaltos a las cámaras donde se guardaban los alimentos congelados, el Frigorífico O’Higgins, entre otros. Y los periódicos no publicaban nada de eso. Otros camiones los mandábamos con pollos o corderos, y desaparecían… El terror era una cosa de todos los días… Y nosotros en mi casa comíamos todos

los días papas con cebolla, o zapallo, o papas cocidas… Estuvimos como tres meses comiendo eso… Yo tenía todo a mi mano por esa época, y pude ordenar: «¡tírenme un cordero a mi casa!»… Nosotros los militantes no podíamos hacer nada de eso…

Testimoniante 29: …Yo me compré un arma. Tuve un arma para defenderme y defender el proceso revolucionario. Salíamos con un grupo de compañeros a hacer rondas por las calles para ver si topábamos con un fascista por ahí. Era una situación muy contradictoria, porque yo nunca, ni de niño, fui bueno para pelear y tirar piedras y peñascazos, a pesar de haber sido siempre de izquierda. Nunca fui agresivo, era tranquilo… Pero salíamos con compañeros armados de un revólver a patrullar para ver si lográbamos dar con los que estaban haciendo los atentados… Y nunca tuve una preparación militar ni paramilitar, que me permitiera, siquiera, disparar bien. Para nosotros, la defensa era una responsabilidad seria. La derecha era violenta, los bombazos que tiraban eran violentos… Generamos grupos de defensa de nuestras sedes… Teníamos grupos teóricamente preparados para hacer eso… Los viejos nos decían que estábamos locos, que qué íbamos a hacer con bombas molotov y piedras… En una ocasión acordamos que el Instituto Pedagógico tenía que detener a la Escuela Militar… y con toda seriedad pensábamos que teníamos que hacerlo… La gente, la estructura, los núcleos, los regionales y las seccionales tenían defensa en caso que viniera el golpe… Así que, si antes del tanquetazo se dormía poco, después se dormía menos, porque muy temprano en la mañana había que poner la radio para saber si había golpe, o escuchar la canción tanto que traía la consigna tanto que indicaba que teníamos que movilizarnos a tal lugar. A los centros de trabajo y ahí generar la resistencia… Se suponía que un gran porcentaje del ejército iba a apoyar a Allende, de modo que nuestra tarea era asegurar los lugares de trabajo. Yo me fui a parar frente a mi sindicato…

Testimoniante 11: Existía sin duda la posibilidad de que hubiese un golpe, pero yo no era capaz de darle un contenido preciso a lo que podía ser eso. No era capaz –a pesar de haber leído tanto– de dimensionar lo que era eso. No era capaz de decir «va a pasar tal cosa» y en función de eso se va actuar. La primera gran sorpresa fue el bombardeo de La Moneda con aviones de guerra… Ahí fue cuando todo comenzó a superar la imaginación.

Testimoniante 62: Después del Tanquetazo, los estudiantes de Derecho decidimos tomarnos la Escuela como una forma de defensa del gobierno popular. Mantuvimos esa toma por aproximadamente un mes. Yo fui designado jefe de la toma por el resto de los dirigentes de las juventudes participantes en la Unidad Popular y también del MIR…. La Escuela de Derecho se transformó, en ese período, en un centro de concentración de estudiantes secundarios y universitarios. Pensamos que la Escuela debería ser un obstáculo ante cualquier amenaza que bajara del barrio alto hacia el centro de la capital. Una noche yo recibí por conductos internos de la Juventud Socialista la información de que el golpe iba a ser esa noche. Al cabo de unos minutos el encargado de la Juventud Comunista informa de lo mismo, y lo mismo los compañeros del MAPU… Debe haber sido a mediados de julio, como a las 10 y media de la noche… La mayor parte de los compañeros que estaban en la Escuela estaban distribuidos en sacos de dormir en distintas salas y pisos… Reunimos a todos los compañeros en el hall central para informarles de la situación… Les dije que por los próximos 15 minutos se iban a abrir las puertas de la Escuela para que todos los que no pudieran quedarse esa noche pudieran irse, y que los que se quedaran, probablemente, tendríamos que combatir. Durante esos 15 minutos las puertas permanecieron abiertas, y de los 600 estudiantes que estaban dentro (había gente de la Escuela Dental, del Valentín Letelier, del INTEC, etc.) no hubo nadie que abandonara el recinto. Se cerraron las puertas, yo agradecí a los compañeros y les sugerimos volver a sus lugares para estar física y mentalmente descansados para cualquiera acción. No sucedió nada, pero creo que eso demuestra el grado de compromiso… Reconozco que hay distintos grados de compromiso, pero al grado que yo vi esa noche y durante todo ese período, no lo he visto explícito en ningún período político posterior… Éramos parte de un proceso en el cual nos sentimos generando condiciones para hacer posible el cambio de las condiciones de vida de la mayor parte de los chilenos… Precisamente entonces mi padre me expulsa de la casa por comunista, y tuve que trasladarme a vivir al local de la seccional Recoleta del Partido Socialista…

Testimoniante 64: La gente de pueblo veía que el MIR tenía un carácter político-militar y que, por tanto, podía ponerse a disposición de la defensa del gobierno de la Unidad Popular. Así, por lo menos, muchos lo creían en Valparaíso. Y nosotros estábamos luchando contra el tiempo. Y si bien nosotros fuimos

capaces de detectar la dinámica general que tenía el proceso político y la dirección en que iba (el golpe), nuestro análisis respecto a la correlación de fuerzas dentro de los cuerpos militares era insuficiente, y sólo a mediados de 1972 se pudo dar cuenta de que las fuerzas dominantes dentro de esos cuerpos militares no eran los constitucionalistas. Eso nos obligó a dar un giro… y estuvimos a punta de acuartelamientos e intentos de golpes de Estado que no eran más que imaginación de los dirigentes nacionales… Durante los años setenta y setenta y uno estuvimos permanentemente jugando a la defensiva frente al golpe que venía, lo que nosotros, desde un punto de vista estratégico, pensábamos que era correcto, pero no tácticamente, y no acumulamos suficiente fuerza política. La gente no tenía formación militar, hubo gente que fue a Cuba y otros que desarrollaron políticas de masa armada en Chile, pero todo eso fue una tarea contra el tiempo. El período era un período álgido de lucha de masas, pero también de enfrentamiento contra el aparato burocrático del Estado, contra el reformismo del mismo gobierno…. Acumular fuerzas para preparar el enfrentamiento no aparecía como una política clara por parte de la Unidad Popular. Nosotros preparábamos la masa armada, pero con la idea de que se iba a producir una división dentro del Ejército y que el golpe no iba a ser aplastante. La salida del general Prats del Gabinete significó barrer con la oficialidad progresista y los sectores constitucionalistas… El golpe nos pilló sin capacidad de respuesta inmediata. No tuvimos capacidad de enfrentamiento.

Testimoniante 69: Del tancazo para adelante los trabajadores comienzan a tomarse las fábricas, los centros de producción y lo que ocurrió entonces fue que empezó a llegar un demanda de instrucción que no éramos capaces de responder. No había suficientes instructores para poder entregar los elementos básicos de defensa de empresas, fábricas, etc. Los trabajadores pensaban que era fundamental defender los centros de producción…

Testimoniante 75: Yo sentía por supuesto mucho miedo, pero no lo reconocíamos, porque teníamos que demostrar nuestra fuerza, no nuestra debilidad. Pero había miedo, sobre todo porque había mucha inseguridad. Sabíamos que venía un golpe, pero… Cuando salió más de un millón de personas a la calle para darle apoyo al Gobierno Popular, después de esa tremenda manifestación, yo pensé «no puede haber un golpe si un millón de

personas sale a la calle a defender el Gobierno». Fue una reafirmación tan grande… En ese tiempo no éramos 16 millones, sino, sólo 8 millones de chilenos. Entonces era como imposible… El MIR decía todo el tiempo: «¡viene el golpe!», pero el Partido Comunista decía: «¡no viene el golpe!», y los socialistas: «¡viene, no viene!»… Así que como que no lo creíamos ni nosotros mismos, y al final uno pensaba que jamás iba a triunfar un golpe de Estado en Chile. Nosotros estábamos preparados política y militarmente, y pensábamos que el Partido Comunista y el Socialista, que eran más grandes, iban a estar, que íbamos a estar todos juntos para enfrentar el golpe. Y viendo las cosas así, no podíamos dimensionar la verdadera magnitud del golpe de Estado… Éramos, además, muy jóvenes. O sea: nos pilló muy mal, pienso yo…

Testimoniante 21: Nosotros, a decir verdad, no teníamos idea, en términos de magnitud, de lo que realmente iba a ocurrir. La referencia más cercana era de los compañeros que habían llegado de Brasil, que habían sido torturados… Para nosotros el golpe era inevitable, y nos preparamos para eso, teníamos todo un programa… pero sobre la dimensión y la profundidad del golpe, no teníamos idea. Al momento de producirse el golpe, todo lo que teníamos pensado y preparado, quedó corto.

Testimoniante 51: Los días previos al golpe fueron de denuncia permanente por parte de los aparatos de inteligencia del MIR de que el golpe venía, incluso la Dirección se reunió con Salvador Allende la noche antes, para plantearle de que en Valparaíso ya la Armada se había levantado. Y, bueno, Allende siempre creyó en la Constitución, que los militares respetarían la Constitución… Para nosotros ese período fue de un activismo desenfrenado, sobre todo preparando la defensa de los centros de trabajo… Era impresionante para mí cómo el pueblo estaba dispuesto a defender su gobierno…

Testimoniante 20: Lo que más me impactó fue, sin duda, el Tanquetazo, por cuanto eso desencadenó una enorme movilización popular, en todos sentidos… Estuvimos después ¡todo el día! desfilando con el puño en alto ante los balcones de La Moneda, anunciando que defenderíamos al Presidente ante todo y contra

todo (hoy veo eso como un mero símbolo, casi inútil). Fue una masa de uno o dos millones de personas decidida a ir lejos en la revolución, pues estaba claro: habían asesinado al Comandante en Jefe del Ejército, habían lanzado el Tanquetazo, habían hecho desfilar a favor de ellos los mineros de El Teniente, querían apoderarse de la Alameda… ¿No estaba claro el panorama? Y me acuerdo que nos concentramos como 100.000 personas en la Plaza de la Constitución, y en el mismo ánimo revolucionario comenzamos a gritar: «¡A cerrar, a cerrar el Congreso Nacional!». Sentíamos que teníamos que acabar con esa farsa de la democracia parlamentaria liberal, que el pueblo tenía que tomar el poder y organizar la Asamblea del Pueblo. Y gritamos y gritamos nuestra consigna de guerra. Hasta que Allende salió al balcón, tomó un micrófono y nos gritó de vuelta: «¡contrarrevolucionarios! ¡La revolución la hace el legítimo Gobierno del Pueblo!»… Y los compañeros de la U.P. que estaban allí, oyendo eso, nos gritaron lo mismo, y nos persiguieron a palos por la calle Agustinas… Eso, eso, precisamente eso, se me grabó profundamente… Estaba clarísimo (también) que estábamos profundamente divididos y que íbamos derecho a una derrota total. Fue un período muy intenso y complicado para nosotros, porque había que luchar contra el golpe, pero no podíamos pelear contra Allende. Estábamos todos atados de manos… Yo sentí entonces que la derrota era inminente. Pensé que el MIR había sido creado para hacer la revolución y llegar hasta las últimas consecuencias. Pero llegamos a ese punto en que estábamos todos con las manos atadas… ¿Qué hacer? Era evidente que el golpe venía y era evidente que no estábamos preparados. Nuestra instrucción militar, real, era un chiste. A los compañeros de la «masa armada» le estábamos enseñando hacer puntería con unas escobas en una iglesia semi-abandonada de la calle Santa Rosa… Yo tenía instrucción militar. Soy teniente oficial de reserva porque hice el servicio militar como estudiante, pero veía que los compañeros hablaban de lucha armada y no veían las armas… Todo nuestro cuento militar, en términos reales, era falsete… Mucho discurso, mucho sol rojo, mucho grito, pero, me dije yo, todo esto va a la derrota total... Pero me quedé. Tú no podías correrte justo cuando el barco se hundía. Y me quedé, pasara lo que pasara…

Testimoniante 15: Teníamos un trabajo de inteligencia, unidades de información a nivel de la Derecha y de Patria y Libertad… a través de esos conductos supimos de los preparativos e inclusiva la fecha aproximada que tenían esos planes… Nosotros estábamos teóricamente preparados, pero, a pesar de esa información, no hubo el eco esperado… Ya no vivíamos en nuestras casas, todos

los dirigentes y los militantes que iban a ser buscados, pasaron a casas de seguridad. Este capítulo lo habíamos trabajado con antelación…

No es fácil –ni tal vez pertinente– hacer un balance del contenido subjetivo y objetivo de los testimonios transcritos. Todos ellos, en tanto que coro, y cada uno, como solista, dan el tono y la profundidad de lo que se vivió a lo largo del período crítico que enfrentó el «proceso chileno» (encabezado, oficial y legalmente, por el gobierno del Presidente Allende, y extra-oficialmente, por las organizaciones revolucionarias), durante el lapso de tiempo que se inició en el paro patronal de octubre de 1972 y el golpe de Estado de septiembre de 1973, con un clímax absoluto entre el 29 de junio de 1973 y el día mismo del golpe militar. Sin embargo, se desprende con claridad de los testimonios transcritos que las entidades políticas que intentaban liderar el proceso histórico no manejaban ni dominaban del todo, ni teórica ni prácticamente, ni individual ni colectivamente, las magnitudes mayores y las complejidades profundas de ese proceso. Para la mayoría, la realidad fue superando con creces la imaginación y las capacidades revolucionarias. Y no manejaban tampoco, en añadidura, la fuerza necesaria para imponer su programa de todos modos, pasando por encima de sus déficit teóricos y de poder. El enemigo, en cambio (la Derecha, las Fuerzas Armadas y Estados Unidos), tampoco manejaban ni controlaban las magnitudes mayores y las complejidades profundas de la vía democrática que debía recorrer una sociedad que necesitaba con urgencia desarrollo y justicia, pero suplían ese déficit con la fuerza bruta necesaria para no ser democráticos.

Sin duda, el desfase que existía entre el entusiasmo ético de la acción revolucionaria y las grandes magnitudes y complejidades del proceso histórico real, tenía que inspirar –e inspiró– en la masa de compañeros de izquierda, reflexiones críticas. El irresistible torrente social-revolucionario (recuérdese que fue un tsunami que se levantó por doquier en los años sesenta), dotado de un inédito entusiasmo ético, no podía detenerse y considerar (y no consideró) el sentido y alcance de esas reflexiones críticas. En algunos casos, arrasó con ellas. Sin embargo, formaron parte vital, también, del proceso de donde derivaron los testimonios que se reúnen en este trabajo.

En el apartado que sigue, se transcriben las existentes en el Archivo Oral de la Villa Grimaldi.

d) Reflexiones críticas

El sentido crítico es esa capacidad –subjetiva y/o social– que permite percibir el acontecer histórico en al menos dos planos, simultáneamente: el de la voluntad humana (sus construcciones teóricas, utópicas, místicas o imaginarias) y el de la realidad concreta (la marcha real de los acontecimientos). El entusiasmo (que originalmente significaba tener a dios dentro de sí, pentecostalmente) puesto en la acción; es decir: la sinergia ética en sí, apunta directamente a los valores sustentados y a los objetivos últimos. Cree lo que siente y siente real a lo que va. Es la distancia más corta entre dos puntos. En este sentido, su velocidad le genera ángulos ciegos en sus costados o en sus planos oblicuos. Los militantes que se dejan llevar por el impulso valórico acortan las distancias que los separan de sus objetivos de conducta. Para ellos hay un solo plano: el de su avance, que exige tener todos los sentidos puestos en el objetivo final. Es lo que Max Weber llamó «la conducta racional con arreglo a valores».

Los militantes que están menos definidos por un impulso ético hegemónico, tienden a percibir mejor los segundos y terceros planos de la acción. Y tienden, por lo mismo, a señalar los contrastes entre el plano dominantemente ético, y el plano donde operan procesos empíricos concretos. El llamado de atención sobre esos contrastes puede adoptar diversas formas, entre las cuales cabe citar: a) el juicio crítico sustentado discursivamente; b) el alegato de descontento; c) el enunciado humorístico, o irónico. El impacto de esas formas de denuncia en su entorno inmediato tiende a ser, también, de tres tipos: a) el inicio de un debate sistemático entre iguales; b) una reacción emocional defensiva de grupo y, c) la risa, y/o la indignación seguida de una sanción penal contra el «insolente». Dentro de un colectivo u organización donde se han asentado emocionalmente ciertos valores o ideas arquetípicas, la crítica, salvo excepciones, es mal recibida. Sobre todo, si es humorística e irónica (para Sigmund Freud, el «chiste» se sustenta en una denuncia ingeniosa de los contrastes entre apariencia y realidad). En todo caso, el ámbito gnoseológico del sentimiento crítico se mueve en una amplia gama de formas, y da lugar, también, a la aparición de diversas formas de «tratamiento institucional» de la crítica.

Testimoniante 64: Nosotros veíamos que, si bien en todos los países se puede montar un grupo guerrillero, si éste no tiene un apoyo social importante, se va al traste… Y si bien en 1969 la táctica guerrillera es derrotada porque el MIR no estaba en condiciones de mantener una guerrilla, a fines de ese año aflora la Unidad Popular y absorben a la mayoría de los militantes de izquierda bajo su línea estratégica, que era una vía electoral al socialismo. En la cual el tema del poder popular aparece difuso y no se proponía ni aclaraba cómo se iba a construir la fuerza social del cambio. Allende se dedicó a administrar el Estado, pero no llevó adelante una política de acumulación de fuerza para poder enfrentar los desafíos que se veían… En 1969 el anclaje del MIR en el movimiento social era, además, muy débil y teníamos que partir por una etapa previa.

Testimoniante 58: La opinión nuestra se fue radicalizando y nuestra percepción, como jóvenes, era que el gobierno de la Unidad Popular estaba siendo incapaz de cumplir lo que había prometido y, en consecuencia, nosotros teníamos una crítica severa a esa conducción…

Testimoniante 15: Yo había asumido la tarea de conducir el proceso de formación y desarrollo de las tareas militares, y puedo decir que nuestras limitaciones y posibilidades de reacción eran pobres y suicidas… Y eso era poco responsable desde el punto de vista de lo que significaba la conducción de un grupo humano bastante voluminoso como era el MIR en Concepción… Y, por otra parte, teníamos sentimientos encontrados con el gobierno de Allende. El proceso electoral para nosotros era una forma figurativa de participación, y el control lo tenía allí un sector político que durante toda la historia se fue combinando sólo consigo mismo. La Democracia Cristiana era un actor renovado, pero también era representativa de ese sistema…

Testimoniante 30: Ante un movimiento de reformas inconcluso, por un lado, y ante el comportamiento errático del Gobierno, que no asumió un compromiso profundo con las fuerzas sociales que él mismo, al principio, había desencadenado, surgieron brechas a través de las cuales se filtraron los

golpistas…

Testimoniante 34: La política chilena, como yo la he visto siempre y como la sigo viendo, no es la más ética que conozco. Por eso, yo nunca me acerqué a los partidos. Consideré que el hombre tiene que hacerse a sí mismo, y que sólo cuando es poca cosa tiene que recurrir a los partidos para que lo conduzcan. En cuanto a los políticos, prefiero no hablar…

Testimoniante 60: Nosotros resguardábamos nuestra fuente de trabajo, que era la Petrogas, y nos quedábamos allí toda la noche. Y si tú me preguntas ¿qué hacíamos? Yo te digo: «no dormir, no hacíamos más que no dormir». Estábamos a la expectativa, leyendo o programando otras actividades. En caso de algo… nos habían encontrado a todos juntitos allí ¿te fijas?... ¡Ingenuidad! Las últimas tres noches antes de golpe hicimos guardia en Petrogas. El 10 en la noche fue la última vez que vi a mi hermano. No lo volví a ver hasta 30 años después…

Testimoniante 11: En los últimos seis mese nos movimos sólo en esa dirección: la de resistir y defender el gobierno de la Unidad Popular. Y todo eso era muy romántico, porque nunca tuvimos la capacidad para defender el Gobierno desde el punto de vista militar. Nunca, nadie, ninguna organización tuvo la consistencia ni la infraestructura para defender nada. Todo el mundo decía: van a llegar las armas. Y nunca llegaron armas.

Testimoniante 4: Nosotros trabajábamos en el Sindicato de la Construcción de la Segunda Comuna, eran miles de obreros. Y cuando la situación ya estaba tensa, me correspondió entregar un informe político acerca de la situación, de los vientos golpistas que corrían y de lo que debía hacerse ante eso. Era un informe muy juicioso que provenía del Comité Central del Partido. Y lo expliqué lo más claramente posible. Y cuando terminé, se paró un obrero de la construcción como de 60 años, y me dijo: «compañero, lo que usted dijo está muy bien, pero lo que yo quiero saber… es dónde nos vamos a reunir todos nosotros para que nos entreguen los fusiles. Eso no más quiero saber»… El hombre lo tenía más

claro que nadie: si no teníamos fusiles de este lado, nos hacían polvo. Luego que el obrero habló, algunos esbozaron una sonrisa, pero yo me quedé helado. Yo me dije para mí mismo: «este viejo tiene razón», y yo sabía que no había ninguna intención del partido ni del Gobierno de entregar fusiles. Esta escena se me quedó grabada para siempre… Yo era un proyecto de artista, y siempre tuve sensibilidad de artista… Y mi sensibilidad me dijo de inmediato: «lo que dijo este viejo es fundamental»… Pero yo asumí mi rol de dirigente y le respondí: «compañero, no se preocupe: el partido dará oportunamente las instrucciones que correspondan sobre lo que deberá hacerse». Yo sabía que eso no estaba previsto. Los fusiles que llegaron estaban en unas cuevas y de ahí nunca salieron, porque el Partido, nunca, nunca tuvo un programa insurreccional. No lo tuvo jamás. A última hora lo pensó, pero la verdad es que nunca llegó a las bases, ni siquiera a dirigentes de mi categoría… Capaz que todavía quede algún depósito oculto por ahí… Se tomaron medidas para que el partido pudiera funcionar en la clandestinidad, e hicimos simulacros que duraban unos dos o tres días… Hubo un informa del Secretario General que llegó hasta el último hombre de la base, que planteaba la posibilidad real que hubiese un golpe militar pronto (nunca el Partido había dicho eso) y las medidas que recomendaba, miradas desde hoy, eran muy irrisorias: había que reagruparse, había que levantar una voluntad masiva… una cosa muy general, no de que el pueblo se tomase las empresas… nada de eso. Entonces yo me dije: «el golpe viene de todos modos; si lo están planteando de esta manera, es porque la cosa es mucho peor»… Eso fue en el último mes. Y uno siguió trabajando igual que antes, esperando lo que iba a venir. Pero nadie esperó que fuera tan violento…

Testimoniante 50: Fíjate: me pasaron al Comité de Control y Cuadros. Fue porque yo pedí, dentro de la Juventud de nuestro partido, que se diera formación política. Porque nunca me dieron nada de eso, y mi núcleo estaba compuesto como por 50 personas por la mañana y otras 50 por la tarde. Y solicitamos formación, y nunca llegó nada. Pero absolutamente nada. Entonces le pedí a los cabros del F.E.R. que nos dieran algo de eso, y llegaron algunos dirigentes estudiantiles del MIR y nos dijeron: «O.K., nosotros haremos eso». Y fuimos a la escuela que prepararon ellos. Pero cuando supo la Dirección de las juventudes que estábamos recibiendo formación política del MIR, me pasaron a Control y Cuadros por ser responsable de lo que había ocurrido. Yo le planteé a la Seccional que quería entrar al Partido y que ya no tenía nada que hacer en su Juventud. Yo pensaba que eran como demasiado reformistas… Entonces me fui

de la Juventud y me dieron el carnet rojo de militante… Y eran ellos los que tenían la relación más directa con el F.T.R. y la gente del cordón Vicuña Mackenna. De manera que mi paso por la Juventud Socialista fue prácticamente nada… ahora están todos bien puestos en el Gobierno…

Testimoniante 20: Yo siempre pensé que la liberación del pueblo debería hacerla el pueblo mismo, por sí mismo. Sin intermediarios, líderes iluminados ni estructuras verticalistas. Y esto implicaba que el pueblo debía auto-educarse, para que desarrollara, por ante todo, el poder popular. Por eso entré a militar en el MIR y no en la Unidad Popular, pues pensaba que el MIR se desarrollaría en esa dirección. Y por la misma razón no ingresé «por arriba» (Carmen Castillo y Andrés Pascal, a quienes conocía de antes, me habían invitado a colaborar en la educación política de los cuadros medios), sino «por abajo» (de hecho, en el área poblacional del G.P.M. Nº 2). Pero ahí abajo me di cuenta que mis jefes directos no estaban aplicando el principio de la autonomía política popular, sino la subordinación disciplinaria a las estructuras del MIR. Era un trabajo «hacia abajo», para expansión del mismo partido. No me gustó, entré en conflicto con mis jefes directos y entonces me trasladaron, como a los dos años, a una estructura partidaria en la Universidad de Chile, que, en realidad, casi no funcionaba. Por eso me auto-trasladé a la Universidad Católica –donde también era profesor– y ahí me hice cargo de una unidad compuesta, sobre todo, por profesores. Estaba allí cuando vino el golpe militar… Además, tampoco participé mucho en las grandes manifestaciones de masas en la calle: marchas, concentraciones, escaramuzas con la policía o/y los grupos de Derecha. Me pareció –y me parece– que los movimientos callejeros de la «masa» son entretenidos, casi carnavalescos, pero no implican un verdadero y productivo trabajo político: ni de deliberación, ni de formulación de políticas, ni menos de imposición de esas políticas. Tú te juntas con 100.000 personas en la Alameda, ponte tú, a escuchar un discurso «para masas» de alguno de nuestros dirigentes máximos y ¿qué hacías tú? Conversabas feliz con cuanto amigo se te cruzaba por delante –eran cientos– y no escuchabas sino a retazos lo que decía el dirigente. En realidad, era una mecánica de sonido: el orador levantaba la voz, cerraba la frase y tú aplaudías como loco. Y luego, al encontrar a otros amigos, y a otros más, repetías el rito… Por eso mismo, cuando ingresé, pensaba que el MIR iba a desfilar menos y a trabajar más en serio por el desarrollo del poder popular… Pero, en La Bandera y el G.P.M. 2 no vi precisamente eso. Y en otros lugares tampoco. De ahí mi relación conflictiva con mis jefes directos, a quienes

no les pareció bien que yo imprimiera una práctica política «basista» (es la acusación que me lanzaron) al accionar concreto de la militancia que me rodeaba y de los grupos populares con los que nos relacionábamos. Pensé, por eso, que teníamos que llevar a cabo una revisión profunda de nuestra política revolucionaria…

Testimoniante 17: El 29 de junio me quedó claro que venía una enorme derrota para todos nosotros… El pueblo había venido en ascenso desde el mismo año ‘71. De hecho, después de ese año el pueblo se tomó el país, ocupó el país, se tomó las fábricas, se ocuparon los fundos, las universidades, los hospitales, las calles… Estábamos todos en condición de pasar a la ofensiva, una ofensiva popular. Y no estoy hablando de armas, estoy hablando de movimiento socio-político. Estaban dadas las condiciones para pasar a la ofensiva. Sin embargo, con el tanquetazo y las posteriores políticas adoptadas por la Unidad Popular, se produjo un retroceso en todos los frentes. Quedó sólo un sector, que no era el mayoritario, tratando de organizar un polo revolucionario de reagrupación de fuerzas. El sector mayoritario, comandado por la Unidad Popular, entró en retroceso… Tú no puedes armar la resistencia sobre la carrera, si no lo hiciste a su debido tiempo. Por eso, la resistencia no fue mucha ni masiva… El pueblo ya había sido desmovilizado…

Testimoniante 74: Cuando salió Allende, yo pensé: «las cosas van a cambiar»… Y bailé en la calle y llegamos gritando al barrio… y no era para tanto. La vida siguió más o menos igual… La felicidad duró muy poco. Uno tenía demasiadas expectativas. Y no: fue un sueño. No duró mucho… Y me fui dando cuenta y me desilusioné del partido. Cuando me di cuenta que la gente de arriba, mis superiores, tenían otro tipo de vida, otro tipo de sacrificios. Yo participé en la brigada Ramona Parra. Era el tiempo en que queríamos cambiar el mundo, realizar las perspectivas de la juventud. Y el partido me decepcionó porque no llegaba a las masas todo lo que se sabía y todo lo que había. Tú tenías que estar arriba para enterarte de cosas. A medida que tú ibas bajando, el de abajo no tenía idea. Y yo nunca me consideré ni de abajo, ni de arriba, ni del medio, sino una más. Mi trabajo no consistía en ascender y escalar posiciones, sino en ir a limpiar las máquinas, por ejemplo, de la industria Progreso. Me fascinaba ponerme un buzo e ir a limpiar las máquinas de los tejedores. Yo sentía que con

eso contribuía al país. A lo mejor era mi ignorancia o mi ingenuidad. Los grandes planes políticos como que no eran para nosotros, sino para la gente de arriba. La gente de arriba se tenía que preocupar de los problemas grandes. Nosotros hacíamos el trabajo chico, el que se nos había asignado… Y no había relación con otros partidos. Tú estabas con los tuyos, y yo con los míos. Y no te metías, por orden de partido, ni con un mirista, ni con un socialista, jamás. Cuando yo me casé con Iván, que era de la Juventud Socialista, muchos compañeros se molestaron conmigo y algunos no me hablaron más, porque yo había traicionado al partido casándome con un socialista. Me daba risa, lo encontré ridículo, era el colmo. Yo me acuerdo que no estaba en mi vida tener relaciones con nadie que no fuera comunista… Otra cosa no la aceptaba. Yo no tenía otros amigos que mis amigos comunistas… Y empecé a tener problemas y me pasaban a Control y Cuadros por cualquier cosa, sobre todo cuando Iván viajaba y me decía que fuéramos juntos. Pero yo no podía salir del país sin la autorización del partido. Y el vaso se colmó cuando me pidieron que yo diera cuenta e informara de todos los viajes que hicimos con Iván, y por qué iba tan seguido a Alemania. Ahí me rebelé, me negué y fue la razón para que me expulsaran. Eso fue como por 1979. Y no volví más… Una vez, fue el Secretario General a mi casa, conversamos y después me pidieron que volviera. Que cambiara y que escribiera una carta haciendo un mea culpa… No lo acepté. Y no milité nunca, nunca más.

Testimoniante 24: Éramos muy críticos del partido por comenzar a sacar gente de los frentes sindicales y de los frentes poblacionales para centralizarlos, y que tuviéramos que llenar los vacíos con estudiantes, con chiquillos que tenían una tremenda capacidad para abrir contactos, pero no para mantenerlos. Porque esos frentes eran realmente «clasistas» y requerían de un conocimiento específico de ellos. Poco antes del 29 de junio, los compañeros de arriba tomaron la decisión de que yo tenía que hacer otras cosas, y me desligaron de mi trabajo de bases. Y comencé a trabajar en una estructura cerrada. Mi experiencia de los últimos meses fue, estrictamente, de discusión interna. El contacto con la base se redujo a hacer en la calle las colas para el pan, o cuando uno recibía a los clientes en el banco, etc. Perdimos contacto directo y participación.

Testimoniante 46: Yo critiqué a la Unidad Popular por no haberse apoyado de

verdad en los sectores populares, no haber cerrado el Congreso cuando pudo hacerlo, no haber tenido una posición más dura. Si tú embarcas a un pueblo en un proyecto grande, tienes que apechugar con ese pueblo hasta el final, en términos de posibilidad real de victoria. Pero no empezar de repente a parar el proceso, «po, por ahí yo pienso que Allende se equivocó… Me tocó trabajar en la formación de los Comandos Comunales, donde estaban los trabajadores, los campesinos, los pobladores, entonces tú veías cuál era la disposición real de la gente. La gente estaba trabajando para una cosa distinta… Uno se queda con la idea de que trabajamos con el pueblo para sembrar una posibilidad, que nosotros mismos después cercenamos, «po. No fuimos capaces de seguir adelante con eso, no se resolvió adecuadamente la contradicción de clases que se estaba dando… Y eso pasó con el proyecto de la Escuela Nacional Unificada (ENU), que fue una cosa impuesta, no una cosa que se hubiera generado a nivel de las bases. Si los sectores populares estaban desarrollando organizaciones de poder popular ¿por qué no iban a ser capaces de pensar un proyecto educativo, si estaban pensando en un proyecto político para el país? Es por eso que la ENU fracasó, porque no se generó en los mismos sectores afectados… Si se hubiera generado en esos sectores, la situación hubiese sido distinta, cuando tú tenías un SUTE, por ejemplo, que era el sindicato único de los trabajadores de la educación, donde participaban todos los sectores. Allí debió haberse generado, no en una comisión externa…

Testimoniante 29: Nosotros nos preparábamos para enfrentar al enemigo en todos los terrenos y organizábamos a la gente para que se diera cuenta que era posible que ellos mismos resolvieran sus problemas. El tiempo que nosotros dedicábamos a ese trabajo era enorme, y no recuerdo cuánto tiempo dormía, ni a qué hora llegaba a mi casa, y temprano en la mañana siguiente tenía que salir a trabajar… Esa era la labor: organizar, trabajar, estudiar, organizar nuevamente y resolver todos los problemas y contradicciones… Se trataba de darles a los sindicatos un curso de acción que no estuviera burocratizado. Nosotros éramos contrarios a lo que ocurría en ese sentido en la Unión Soviética: que se le instalara una burocracia que dirigiera y controlara todo. Nosotros queríamos al pueblo eligiendo desde las bases cada una de las estructuras que conformarían la nueva sociedad, y por eso luchábamos. En eso nos enfrentamos a los compañeros que querían dirigir todo desde arriba, que querían controlar los procesos y que no permitían el libre desenvolvimiento de las fuerzas populares… Después empezó a aparecer en el partido una cantidad de gente que

nosotros no conocíamos, que comienzan a tener cargos de responsabilidad y áreas de trabajo que generaron ciertas contradicciones al interior del partido… Surgieron contradicciones entre la juventud y los viejos, porque estos últimos se concentraron en el trabajo más cupular… Se fue produciendo esa diferencia entre los que trabajábamos en la base social y los que estaban arriba articulando un aparato burocrático… Yo pertenecía a los ultra del partido: no estábamos de acuerdo con la vía electoral, teníamos una perspectiva más de confrontación, y pensábamos que la revolución se iba a dar a través de una acción violenta de las clases dominantes contra el pueblo. Y nosotros nos preparábamos para esa lucha. Queríamos que la gente fuera consciente que la elección del presidente no era el socialismo. Que había que asumir formas de poder popular, en que la gente tomara el control por sí misma. Esa era nuestra visión. Pero igual participamos del triunfo y de la todas las responsabilidades que se derivaron de él. Nosotros éramos gente con actividad en las bases, dirigencia social de base…

Testimoniante 3: En el año 1973 se dividió el MAPU y entonces vino una gran desazón, propia de esos partidos de clase media compuestos de puros profesionales pajeros. Y me vinculé entonces al Partido Socialista, o a lo que yo creía que era el Partido Socialista, pero que tampoco era el Partido Socialista sino una fracción del Partido Socialista; mejor dicho la fracción de una fracción. Puta, mi vida militante fue un desastre, porque siempre me equivoqué de partido. Y además estaba siempre castigado, o por desviaciones de derecha, o por desviaciones de izquierda. Bueno, en el Partido Socialista no tanto, porque el Partido Socialista es despelotado, pero el MAPU era así: «no, pues, compañero, esto es una desviación de derecha, y esto una desviación de izquierda». No le achunté nunca a la línea correcta. El proceso no era definido como una construcción colectiva, sino que mirado desde la Tablas de la Ley de no sé qué papa, si rojo o rosado, no sé, y si no lo había dicho no sé qué prócer, entonces no valía… Bueno, te estoy hablando de mis angustias de los 18 o 19 años de edad. Al final, de lo que se trataba era apoyar el gobierno popular de Allende, pero, puta, el golpe lo empezamos a vivir al año y medio de empezar el gobierno, que viene el golpe, que no viene, entonces era terrible: la crónica de una muerte anunciada… Y vimos cómo todo se iba descomponiendo frente a nuestra impotencia. Por eso yo les perdí el respeto a los partidos políticos hasta el día de hoy. Entiendo que son importantes y todo el cuento, porque el proceso había comenzado en Chile desde fines del siglo XIX, pero nosotros éramos el último vagón de cola de ese proceso, que iba llegando a su final, y no se veía por dónde

la cuestión iba a arreglarse, excepto con un conflicto armado. Para lo cual había una disparidad de fuerzas absoluta… Tú olfateabas en el aire el sentimiento de peligro, de que toda esta huevada se iba a ir al tacho, frente a lo cual nosotros no teníamos ninguna voz, ninguna capacidad de decisión, pese a que habíamos aprendida ya a debatir y a organizarnos. Claro que lo habíamos aprendido en nuestros micro-espacios: en el colegio, en la familia, en el vecindario, entre los amigos, pero no en los partidos. Éramos, sólo, juventud, y una juventud que estaba sólo para apoyar a los mayores. Si caímos detenidos y fuimos torturados fue por la absoluta falta de preparación y entrenamiento de nuestros partidos políticos, en un medio de clandestinidad y de riesgo extremo. El pedazo de partido donde yo militaba fue uno de los últimos en quedar en pie, porque poco a poco nos dimos cuenta que el Partido Socialista era un archipiélago… Nos empezaron a enseñar un mes antes del golpe a manejar unos palos, «po, huevón, unas técnicas vietnamitas con linchacos… ¿qué íbamos a hacer con eso frente a los tanques o frente a las ametralladoras? Poco podíamos hacer, y de hecho no hicimos nada. A ninguno de nosotros se nos ocurrió salir el 11 de septiembre con un linchaco en la mano: habríamos hecho el ridículo… Y cuando se hablaba de los terrores que podía traer el golpe, no faltaba el dirigente que decía: «no, estas cosas no pasan en Chile». Y todas las componendas ministeriales no duraban nada, había cambios a cada rato: que entran los militares, que salen los militares, y si uno decía «esto se nos está yendo de las manos», no faltaba el jefe que decía: «compañero, no sea derrotista». Y tú, entonces: «¡ah, puta, mejor me quedo callado!». ¡Y es que el derrotismo era una desviación pequeño-burguesa! Y por pequeño-burgués uno no podía seguir hablando, porque, puta, había que tener fe, y fe de carbonero. Había que seguir a nuestros líderes hasta el fin, aunque detrás de él nos fuéramos todos al despeñadero. Nuestros enemigos, que eran muy poderosos, tenían toda una estrategia golpista, pero nosotros no: una pura fe de carbonero no más, que era católica siendo no católica, una fe roja: «puta huevón: vamos a ganar, venceremos… ¿no ves el ejemplo de Viet Nam?... Es la fuerza de la historia, la historia está con nosotros, huevón, démosle, huevón». Y le dábamos, pero no sabíamos qué chucha hacer, entre el 72 y el 73 andábamos a bandazos, a pura contradicción y a puro autogol. Era trágico, era dramático… Y además nos sentíamos diferentes… Había tres partidos de izquierda: los socialistas, los comunistas y el MAPU, a los otros los mirábamos con desprecio, como por ejemplo, a los cristianos de izquierda, a los de la new age de la izquierda, los siloístas… A ésos los mirábamos con absoluto desprecio: eran cosas menores… Los jóvenes de los partidos tenían deberes y derechos, pero sobre todo deberes… pero si yo decía eso en voz alta, era desviado de izquierda, y si después decía que los temas del desarrollo personal de los

militantes eran importantes, entonces ahí eras desviado de derecha. Entonces, como te dije, no le achunté nunca a la línea correcta… Éramos, al final, simples ayudistas: éramos los que iban a rayar las murallas o aplaudir a Allende Y era bien entretenido salir de noche: las brigadas, los camiones, el casco, el mameluco, la pintura, entonces estaba el compadre que hacía de loro, el que hacía el trazado… Yo aprendí a hacer el trazado, pero chiquitito, porque nunca pasé del cuaderno, y nunca llegué al grande y al relleno. E iba a las marchas, por supuesto, porque había una marcha día por medio, y al final había marcha para todo… marchábamos, marchábamos… Pero éramos ayudistas, no teníamos temas juveniles para debatir: habría sido, como Silo, asunto de pequeños burgueses…

La «rebeldía» contra el sistema de dominación ilegítimo e injusto –se planteó en un capítulo anterior– se sustenta y se apoya en una experiencia previa de solidaridad humana y social. Quien no lleva dentro de sí esa experiencia básica, no puede ser un verdadero revolucionario, aunque puede, sin duda, ser un rebelde sin causa. Los primeros testimonios transcritos han mostrado cómo las compañeras y compañeros (cuyas voces se recogen en este libro) fueron asimilando en su vida distintos tipos y niveles de vivencia solidaria: con sus padres y hermanos, con los vecinos del barrio, con la juventud secundaria y universitaria y, finalmente, con los camaradas militantes del Partido o del Movimiento. Al pasar por cada uno de esos niveles, la compulsión solidaria fue creciendo y tomando una forma política objetiva y actuante.

Ese proceso se produjo, además, en una coyuntura histórica que, en el caso de Chile, tuvo una importancia neurálgica excepcional. La que llegó a su clímax, como se dijo, entre el 29 de junio y el 13 de septiembre de 1973. En ese contexto tenso y acelerado, la solidaridad militante fue puesta a prueba y sujeta a una presión máxima. De un lado, porque esa solidaridad trabajó comprometida con una solidaridad mayor y más trascendente: la que la unía indisolublemente a la clase popular (la solidaridad «socio-política» aludida por la compañera Testimoniante 17). Es lo que muchos llamaron el «trabajo voluntario» en las poblaciones, en las fábricas, el campo, en los comandos comunales, que, en todos –casi sin excepción–, produjo un aumento record del «nivel de entrega», una virtual inflamación de la ética solidaria con la base popular, que llevó a muchos a perder su horario de sueño y descanso, a desarticular el ritmo ecológico del cuerpo, a vivir con el saco de dormir al hombro, y, sobre todo, a

llenarse de plenitud vital y a sentirse viviendo un tiempo excepcional de auténtica felicidad. No es extraño que muchos compañeros y compañeras sintieran que en ese poderoso impulso solidario radicaba la fuerza real del proceso revolucionario, y en su lógica política interna, el fundamento de la verdadera estrategia y la táctica a seguir (ver, entre otros, el relato de la Testimoniante 46). Es desde la perspectiva de esta solidaridad y ese impulso que se plantearon la mayor parte de las «críticas».

La solidaridad militante se expandió hasta límites impensados en tanto se vinculó a la solidaridad popular de base. Sin embargo, la solidaridad militante fue puesta a prueba también desde la perspectiva del estatuto institucional del partido, pues los partidos se regían por la razón política de su comando superior («los de arriba»), y/o por los jefes instalados en el Gobierno. Y la esfera de esa razón política estaba a su vez dividida y tensada, no sólo porque se escindía ideológicamente en un sistema «cupular» multi-partidario, sino también en una sociedad desigual, multi-clasista. Y en ese nivel el conflicto no era sólo de uno contra otro, sino de todos contra todos (ver el relato de los Testimoniantes 74 y 3). La razón política cupular, aparte de estar subdividida y en conflicto de unos contra otros, estaba compuesta por elites («los de arriba») que comandaban jerárquicamente la masa de militantes que correspondía a cada una. La razón política, en ese nivel, se asumía en infalibilidad autoritaria, y exigía disciplina (eran las Tablas de la Ley, que señala el Testimoniante 3); de modo que cada partido tenía su aparato inquisitorial (el Comité de Control y Cuadros) que vigilaba la conducta disciplinada de cada militante.

Así, dividida desde arriba y disciplinada por múltiples ideas fijas hacia abajo, controlada y penalizada, la solidaridad militante era, a final de cuentas, poco solidaria. Y no siéndolo, carecía de fuerza ética y de mística social propias. En definitiva, a fuerza de querer ser puramente «política», no era «social». Y contrastó, por tanto, cada vez más nítidamente, con la solidaridad que circulaba como fuego por las arterias de la base social. Y nunca fue más claro el contraste y el conflicto entre ambas solidaridades que durante el período crítico: junio-septiembre de 1973.

La «razón política militante», ante la inminencia del golpe, de un lado, se volvió cauta y tendió a la transacción y/o, de otro lado, hizo pesar su aparato burocrático, aceró la disciplina y condenó militarmente las «desviaciones» hacia la izquierda o la derecha, etc. La solidaridad social de la base, por el contrario, nutrida por su propia fuerza, se proyectó políticamente hacia delante, en línea

recta (considerar la propuesta de cerrar el Congreso Nacional, y el dilema que enfrentó el compañero Testimoniante 4 frente a un sindicato de obreros). De este modo, la solidaridad militante general, grávida de un complicado conflicto interno, se llenó de confusión, justo en un período álgido de la historia de todos.

La reflexión crítica, frenada por esa confusión e interrumpida por el mismo golpe militar, quedó en suspenso.

La reflexión pura, sin embargo, necesitaba continuar…

e) Allende

El «triunfo de Allende» despertó, sin duda, esperanzas dormidas y energías populares soterradas que muy pocos, a decir verdad, apostaban por ellas. Porque eran largas décadas (en realidad, siglos) de frustración, marginación, ensayos inútiles. Incluso, de traiciones políticas de diverso tipo.

Esa memoria profunda, que el pueblo mapuche traía consigo desde el siglo XVI, que al pueblo mestizo le hervía desde el siglo XVII, que los campesinos sentían en su piel desde el tiempo de las haciendas, que el proletariado industrial acumulaba desde fines del siglo XIX, los pobladores desde el tiempo de los conventillos, y los estudiantes desde la fundación de la FECH, se sintió tocada como por un soplo mágico, como Lázaro, y comenzó a sentir, de nuevo, el pulso acelerado de la sangre política en sus venas.

Y todos ellos, todos, celebraron en 1970 el «triunfo de Allende».

No cabe duda: Allende despertó al pueblo de un modo y en un grado que ningún «caudillo» anterior a él había logrado. Ni Arturo Alessandri, ni Pedro Aguirre Cerda, ni Carlos Ibáñez, ni Marmaduke Grove, ni Luis Corvalán… ¿Fue su imagen? ¿Fue su palabra? ¿Fue su programa? Como quiera que eso haya sido, su triunfo no era el triunfo objetivo del socialismo en Chile, ni en rigor era el gobierno del pueblo por el mismo pueblo. Era, a decir verdad, un gobierno de izquierda parlamentaria amarrado a una Constitución liberal e ilegítima y a un Congreso Nacional controlado por la centro-derecha, teniendo a su espalda un

Ejército que había masacrado 22 veces al pueblo trabajador desde la Independencia, y por delante una Derecha de luenga tradición anti-democrática, además de un socio capitalista externo dueño del mayor poder imperialista de la tierra.

El triunfo de Allende, en rigor político, era el triunfo de un sueño (utopía), compartido entre la clase popular y el propio Allende.

El programa político de Allende (a cumplir textualmente el cual, como Presidente, se dedicó por entero), era la realización político-liberal de ese sueño.

La clase popular, sin embargo, con el «triunfo de Allende», despertó y movilizó sus ardientes lavas sociales e históricas. La militancia de base se sintió atraída y atrapada, solidariamente, por ese volcán. Cuatrocientos años de historia frustrada comenzaron a moverse hacia delante. Y, poco a poco, la energía despertada fue ocupando todo a su paso: fábrica a fábrica, fundo tras fundo, universidad tras universidad, barrios, márgenes, poblaciones, comunas enteras. Es decir: todo lo que, desde siempre, había levantado con sus propias manos. Toda la historia que le pertenecía por el sudor de su frente.

Allende quiso también moverse a lo largo de su programa, pero estaba maniatado por leyes viejas, parlamentos diseñados según la competencia del mercado (no según la solidaridad popular), partidos acostumbrados a la lucha electoral, al comando estatal, a disciplinar militantes, a abofetearse entre sí con ideologías importadas. Su solidaridad táctica con el sistema tradicional de dominación le impidió acoplarse al «tranco del pueblo». El poder popular, que con su soplo carismático había despertado, lo rebasó y comenzó a dejarlo atrás. Los militantes de base comenzaron a confundirse. Y tras la alegría del triunfo, se fueron llenando de impaciencia…

Como quiera que haya sido el específico rol político del gobierno de Salvador Allende y el significado de su fracaso, lo que está claro para todos los revolucionarios es que su soplo, la sublimidad de su locura onírica, despertó al pueblo dormido, y éste, desde entonces, y por eso mismo, supo de la enorme fuerza político-solidaria de que está dotado.

Hoy, es preciso sistematizar y proyectar la memoria profunda de esa fuerza…

Testimoniante 72: Un año antes del golpe militar, Allende… fue recibido en pleno en las Naciones Unidas, y allí dijo un discurso que no ha tenido igual en ese enorme recinto. Nunca después hubo un acto tan concurrido, denso y aplaudido, en el que estaban todos los representantes de todos los países del mundo… Y desde Nueva York se fue en gira por Europa, estuvo en la Unión Soviética y de regreso pasó por Argelia. Le acompañaba su canciller, Clodomiro Almeyda. El general Boumedienne, que estaba en el poder, tenía mucho interés en conversar con él, dado que Allende era la personalidad política más comentada en el mundo occidental de entonces, por su propuesta de llegar al socialismo a través de una vía democrática, con libertad de prensa, libertad de reunión, libertad política, y sin el acostumbrado derramamiento de sangre, dolor y tragedia. Y se reunieron los tres, con Clodomiro Almeyda. Allende le explico la marcha de su programa de gobierno. Al final de su exposición, Boumedienne le preguntó: «¿y las Fuerzas Armadas?». Allende le respondió: «las Fuerzas Armadas, en Chile, son respetuosas del poder constituido». El líder argelino le señaló que si las fuerzas armadas no estaban comprometidas con el proceso revolucionario, su gobierno sería un fracaso. Allende insistió: «en Chile, las fuerzas armadas son respetuosas del orden constitucional; Chile es distinto a otros países de América Latina»… En 1973, estando ya la situación muy grave, Boumedienne volvió a invitar a Allende, pero éste declinó la invitación y envió a Clodomiro Almeyda. El líder argelino le volvió a preguntar a Almeyda por las fuerzas armadas chilenas. Almeyda repitió la tesis de Allende: « las fuerzas armadas chilenas son constitucionalistas». Al retirarse, Boumedienne le dijo: «transmita mi afecto y mi solidaridad a Salvador Allende, pero, en mi percepción, a su gobierno le quedan semanas, acaso días, de vida». Y eso se lo dijo, de hecho, cuatro días antes del golpe militar…

Testimoniante 47: El triunfo de Allende lo viví con mi papá. Él era radical, y lloró en la noche del triunfo. Y se emocionaba con los discursos de Allende, que yo también escuchaba y a mí también ¡puf! me emocionaban… Y mi papá comparaba los discursos de Allende con los de Juan Antonio Ríos o de González Videla… Y decía: «ése sí que es gallo, mira como habla, mira como la gente lo aplaude en las Naciones Unidas»…

Testimoniante 71: Yo conocí a Allende, pero sobre todo a su mujer, a Hortensia

Bussi. Ellos habían estado en nuestra casa en Nueva York. Además, mi papá tenía una conexión con la Laura Allende desde muy antiguo, desde la época de mis padres. Pero no era porque yo lo conocía que me gustaba Allende, sino por su proyecto de Unidad Popular y todo eso. Durante su gobierno nunca hice cola, ponte tú, yo comía feliz el chancho chino y los niños también. Yo tenía seis niños y nunca tuvieron problemas para comer, eso que la gente dice…

Testimoniante 76: A mí me marcaron mucho sus últimas palabras, porque cuando dijo su discurso ese fatídico martes por la mañana, mi madre, que nunca fue militante comunista, pero sí allendista, nos dijo a nosotros: «pongan atención, porque él se está despidiendo». Y yo le decía: «¿y por qué se va a despedir?». Pero ella intuyó, y sus palabras me han acompañado a lo largo de todos estos años. Y admiro esa fortaleza que tuvo él, esa claridad para dirigirse a todos nosotros… él había preferido morir antes que traicionar a su pueblo o irse en el avión que le estaba ofreciendo Pinochet… Eso a él lo engrandece, hizo que la gente, no solamente en Chile sino en todo el mundo, tenga de él el mejor concepto, y que haya tantos lugares en el mundo, avenidas, plazas, que llevan hoy su nombre. No hay otro chileno que sea tan recordado en el mundo como él… Y eso, de algún modo, hizo que tuviéramos esa enorme solidaridad internacional, y que abrieran sus puertas a los que fueron expulsados de su patria… Y no hubo pueblo en Chile que no se volcara a las calles para recibirlo cuando hizo su gira de norte a sur del país. Eran los que habían esperado por tanto tiempo que llegara para cambiar el destino de todos ellos, a cambiar el curso de la historia. Lo que sus enemigos no se lo permitieron…

Testimoniante 45: Salvador Allende había convivido con mi padre en Valparaíso cuando eran estudiantes, y mi padre siempre tuvo un recuerdo muy bonito de él. Además, Allende había sido el mejor amigo de mi suegro, de hecho, fue su embajador en Ginebra ante los organismos internacionales. Mi casa está llena de fotos en que aparecen todos juntos. Yo viví un tiempo en casa de mis suegro, donde Allende llegaba a cada rato, sobre todo a tomar desayuno. Mi suegro era padrino de la Tati Allende y Allende era padrino de mi cuñada… Pero yo era de la Patria Joven y en 1970 era tomicista, entonces, políticamente, Salvador Allende me venía como de refilón. Aunque mi marido trabajaba en la Reforma Agraria y tenía posiciones de izquierda dentro de la Democracia Cristiana. Y

estuvimos todos felices que ganara Allende y que no ganara la Derecha. Estábamos felices, pero no nos sentíamos depositarios de la herencia política que él representaba…

Testimoniante 51: El triunfo de Allende fue para mí muy importante, y yo voté por él en 1970. En general, los militantes del MIR votamos por él, independiente de la crítica que le hacíamos en varios respectos… El triunfo de Allende marcó un cambio político importantísimo para el país. Nuestra tarea como partido era formar y hacer crecer el poder popular, pero dimos un apoyo crítico al gobierno de Allende… y la prueba fue que los primeros militantes que protegieron al Presidente fueron miembros de nuestro partido…

Testimoniante 3: A mí, Allende no me resultaba un tipo para nada atractivo. Al revés de ahora, pues ahora yo veo películas de esa época y siento que Allende fue un grande. En ese minuto, por el contrario, encontraba a este señor viejo, empaquetado, ordenado, no le encontraba ni un chiste a la persona de Allende. Y la gente entonces admiraba a Allende porque conocían su historia para atrás, y eso yo no lo conocía, porque no tenía hermanos mayores que me hablaran de Allende, y mis primos eran todos momios…

1 Un gran número de compañeras y compañeros asumieron el trabajo con la «clase» no como una «tarea obligada» de partido, sino como un «trabajo voluntario». No como «función», sino como «solidaridad».

2 En razón del tiempo y el espacio no se transcribieron todos los testimonios (que dan cuenta de una diversidad mucho mayor aun en las tareas de la militancia). La muestra incluida cumple el objetivo de exponer la diversidad, pero, sobre todo, el ánimo y el espíritu con que fueron ejecutadas.

Capítulo III

Victimización de la militancia revolucionaria

(1973-1978)

a) El 11 de septiembre de 1973

Reversión de perspectivas

Como se vio en el capítulo anterior, la interacción dialéctica entre el sentido profundo de la solidaridad social y el desenvolvimiento de la acción rebelde configuró, en cada compañera y compañero, un proceso de múltiples matices, iniciado para muchos en plena adolescencia, y que tomó forma y proyecto, sobre todo, en el estallido del compañerismo juvenil. En el liceo, por ejemplo. O en la calle, en el campo, en la universidad. En el trabajo. Rápido para algunos. Lento y parsimonioso para otros.

Hasta converger, todos y cada uno, como un torrente de infinitos cauces, en un ancho y henchido movimiento solidario, de creciente intención revolucionaria. Sobre todo, después de 1970.

Apuntando a construir una mujer y un hombre nuevos. Una sociedad humanizada. Una época de justicia, desarrollo y fraternidad.

Sabiendo, al mismo tiempo, que, sobre todos, vibraba la amenaza sorda de los enemigos del hombre y la mujer nuevos. De los tiranos de la sociedad justa. La crónica corrosiva del antivalor. Las armas tantas veces disparadas. El viejo látigo, el viejo cepo, los mohosos grillos del pasado y la mezquindad del presente.

Porque –sentíamos– ¿qué podía ese viejo tiempo histórico, tantas veces repetido,

contra la fuerza valórica de la nueva juventud? ¿Quién podía acallar el grito limpio de los que asumieron la militancia decisiva, para construir, sin pausa, la utopía de todos? ¿Qué podía un desgastado sistema de dominación, o un pasado cansado de tantas derrotas, contra el nuevo clamor joven de la revolución?

Y echamos a andar un caudaloso proceso social, cultural y político que iba, en línea más recta que nunca, al cambio estructural. Y nos empapamos de ese proyecto, y dejamos que nos absorbiera toda la energía que fuera necesaria. Todo el tiempo libre, incluso los grandes y pequeños momentos cotidianos. La voluntad, la inteligencia, incluso, nuestro futuro. Y el movimiento se levantó, desde los años sesenta, como una gran marea. Como una montaña de voluntades confluyentes. Y, entre 1971 y 1972, sentimos que, desde esa altura, estábamos de cara a la cima final. Allí arriba, donde el futuro, tan lejano siempre, se torna presencia, inminencia de todos. Y, por eso mismo, se apuró el tranco, se incrementó el ahínco. Y la decisión fue: «dar todo de sí»…

¡Nuestro día «D» –el revolucionario– estaba, por fin, allí, delante de los ojos!

El insano y torpe «tanquetazo» del 29 de junio aumentó el «nivel de entrega» (a la causa), y lo desató en torbellinos... Y se hizo la luz: ¿para qué seguir esperando? ¿Para qué seguir confiando en la potencialidad revolucionaria de una la Ley que no era nuestra? ¿Por qué no iniciar, ya, el ataque revolucionario?...

Y el 11 de septiembre llegó, inflamando desde lejos las sienes de todos…

… ¡Pero no era el «D» revolucionario, sino el «D» contra-revolucionario!…

El tiempo histórico, de súbito, se vino de revés. Y frenó nuestro avance con una enorme explosión a mansalva, una bala que venía de todas partes, perforando todos los rincones, que nos sitió por todos lados, que no dejó ninguna alameda libre.

Que nos dejó encerrados –exactamente– en nosotros mismos...

El sistema «democrático», que para muchos servía de soporte y herramienta maestra, se pulverizó en el horizonte. Y se transformó en un monstruo de infinitas balas. El Gobierno de Salvador Allende, los partidos políticos que lo acompañaban, los líderes del movimiento popular, cayeron de sus pedestales, y sus siluetas naufragaron en la bruma. Tomados de sorpresa, quisimos juntarnos, deliberar, avanzar, contraatacar… Pero no supimos dónde. Ni, exactamente, con

quién. Ni con qué. Y se decidió el repliegue, la ocupación de los refugios. Rodeados de penumbras, nos buscamos, los unos a los otros, y a las otras. A tientas, como los ciegos. Arriesgando, a cada paso, pisar en el vacío...

Fue cuando tuvimos que mirarnos hacia adentro, y escrutar hasta el fondo más ignoto del ser que éramos. Del que podíamos ser. Fue el momento en que, más que una organización o una estructura colectiva, comenzamos a ser, de nuevo, sobre todo, revolucionarios, pero como sujetos, como individuos... Despojados de las masas alegres y solidarias que marchaban por las grandes alamedas al futuro. Cada vez más solos. Y en vez de marchar al futuro, hubo que agarrarse de cualquier cosa por sobrevivir en el presente. Y la «organización» no pudo, a decir verdad, protegernos. A cambio, hubo que arriesgar la vida propia para salvaguardarla a ella… Para recomponerla, remendarla, restaurarla, revivirla… Y se tomaron decisiones cruciales: seguir o no seguir, avanzar o retroceder, asilarse o no asilarse, transar o no transar, vivir o morir.

Tuvimos que ser, supremamente, sujetos, en anchura y profundidad, sujetos pensantes, reflexivos pero, sobre todo, valóricos. Individuos comunes y corrientes, pero, más que nunca, solidarios. Sin solidaridad, nos habríamos hundido en la nada. Por tanto, había que decidirse, a toda carrera. Doblando la esquina. A través del vidrio de la ventana. En el umbral de cada día...

Y, por todo eso, no vivimos el día «D» como culminación revolucionaria, sino, al revés, como victimización contra-revolucionaria. Y supimos que no alcanzábamos a hacer la revolución como «clase» o como «partido», pero que sí estábamos viviendo la contra-revolución como individuos. Esta experiencia, única, inversa y extrema, culminó de golpe el dialéctico proceso de construcción personal como sujeto político…

Hitos comunes del recuerdo

El 11 de septiembre de 1973, la vida interior revolucionaria se tensó al máximo. Cada cual sintió el peso histórico de ser, en ese trance, un sujeto social que debía, por sí y ante sí, tomar decisiones trascendentales… Y lo cierto fue que todos asumieron ese día –tantas veces anunciado– como «otro» día más en el cumplimiento del compromiso. Era, sin duda, el día previsto, denunciado,

temido, inevitable, en que todo se jugaría de una vez por todas. Sería duro y de alto costo –eso lo sabíamos todos– pero… tenía que ser remontable, superable, posible… De escala, lógicamente, humana... De tamaño proporcional a nuestra «entrega». Al alcance de nuestra camaradería. Por eso, apostando a eso, seguros de eso, salimos confiadamente a cumplir nuestro deber. Emocionados, o no. Tensos, o no. Había que salir, y salimos. Tranquilos, a paso rápido.

Cada cual a su destino…

Con todo, unos por un camino, otros por otro, vivimos situaciones comunes. Escenas asimilables. El golpe militar fue demasiado ancho y demasiado homogéneo como para que se vivieran situaciones únicas, distintas unas de otras, exclusivas. Los agentes extranjeros planificaron el ataque militar para que cayera a lo largo y ancho de todo Chile. Simultáneamente. En cada región, ciudad, pueblo. Sobre cada radio popular, sobre cada sindicato, partido, población o barrio universitario. Sobre cada grupo específico de militantes y simpatizantes del cambio revolucionario. Fue un ataque frontal, total y puntual a la vez (no como el cuartelazo aislado del 29 de junio). Y no sólo contra el Gobierno, sino también contra el 43% de los chilenos. Porque lo que atacaron no fue sólo al Presidente Allende que estaba en La Moneda, sino también las organizaciones de masa, los partidos de Izquierda, la política tradicional, el Estado Desarrollista y Social Benefactor e, incluso, las políticas social-demócratas recomendadas por la CEPAL y la Europa Occidental. Era una contra-revolución masiva, exhaustiva, en toda regla, que se propuso destruir y borrar todo lo que se había construido en Chile desde la época del Frente Popular (1938).

Y todo eso, disparando, asesinando, masacrando. Sin escrúpulos, ni ley, ni sentido cívico. Y en una escala que, por cierto, nadie podía imaginar. Ni adivinar.

El operativo comenzó de madrugada, en Valparaíso. Los ojos y oídos de la militancia lo percibieron, casi de inmediato. Y entre 5 y 7 de la mañana la información estremecía ya las fibras alámbricas e inalámbricas, la radio y el teléfono, que vaciaban la noticia en los oídos de cada militante. Como un eco, la solidaridad entera entró en acción.

«Ese día nos despertamos muy temprano, porque mi padre era Subsecretario General del Partido Comunista, y lo había llamado Daniel Vergara, que era

Subsecretario del Interior…para decirle que la Marina se había tomado Valparaíso y que la situación estaba muy delicada» (Testimoniante 76). «Como a las 5.00 A.M. me llaman por teléfono y me informaron de que los militares se estaban movilizando en todas partes» (Testimoniante 11). «Yo estaba en cama todavía en la pensión que pagaba en Valparaíso cuando llegó un joven corriendo y me dice: "¡los marinos se están movilizando, hay golpe de Estado!"…» (Testimoniante 10). «Imagínate, salimos a las 5.00 A.M. para hacer nuestro trabajo y un cuarto para las siete los militares se tomaron la sede, nos golpearon y nos bajaron al casino; ahí preguntaron quiénes eran los cabecillas, y un funcionario, que era demócrata-cristiano, me indicó a mí» (Testimoniante 23). «Ese día yo estaba en mi casa, e iba a ducharme con la radio en la mano… y ¡pam! la Radio Magallanes anuncia que van a bombardear La Moneda… y yo siento los aviones pasar por arriba de mi edificio, en dirección al centro… Salgo del baño vestido, voy donde mi mamá que estaba acostada escuchando las noticias, y me apoyo en la cómoda y me pongo a llorar así, así, pero a gritos, a estertores, porque allí me lo imaginé todo, porque me dije: ¡chucha! esto no es solamente el fin de un régimen político: aquí se acabó todo… el arte, la literatura, la libertad… ¡todo!» (Testimoniante 3)…

Sin embargo, como quiera que se hubiese recibido la noticia, como quiera que hubiese sido la conmoción personal o el grado de premonición que tuvimos, la reacción de todos fue similar: había que salir a cumplir con el deber y el compromiso: al trabajo, al colegio, a la Universidad, a un punto de encuentro. Había que reunirse con los compañeros, no sólo para continuar las tareas de siempre, sino también, y sobre todo, para responder a la agresión militar. O del modo que estaba ya planificado, o del modo que había que deliberar y decidir. O de cualquier modo. Como quiera que fuera la envergadura y brutalidad del golpe de Estado, el pueblo debía responder. Y eso no estaba en duda.

Y la escena fue común en todas partes: todos salimos de la casa o del refugio. A enfrentar lo que viniera.

«Yo me fui a trabajar… la orden era estar en los lugares de trabajo. Me fui al Congreso Nacional y nos encontramos allí sólo tres compañeras: una del MIR y la hija de Julieta Campusano, que era del Partido Comunista. Nos miramos, y

yo les dije: "hay que tomarse la central telefónica"… Era muy pequeñita, pero tenía que ver con toda la red del Congreso Nacional y además conectaba con la Presidencia de la República… Llegamos allí…y nos dimos cuenta que estaban todas las líneas cortadas» (Testimoniante 12). «Y me fui porque teníamos un punto de encuentro en caso de… a las 12.00 horas, en una plaza. Llegué allí y estaba toda mi base, que eran como 9 o 10 compañeros, sentados en hilera en un banquito… Empezamos a bajar por Plaza Italia, porque teníamos que ir a una casa para acuartelarnos. En Plaza Italia nos pararon… Llegamos a otro lugar donde nos tenían que pasar una llave, y no nos pasaron la llave… Llegamos a las 18.00 horas a La Reina. No entendíamos nada…» (Testimoniante 14). «Habíamos acordado ir al trabajo, así que fui a trabajar… Llegué allí y nos juntamos los trabajadores de izquierda. Un grupo decidió quedarse, pero tampoco se podía salir del centro a esa hora… Al final, cada cual salió cuando pudo». (Testimoniante 69). «Según lo planificado, yo tenía que irme a una casa determinada, donde, con otros compañeros, teníamos que servir como red de comunicación entre la Comisión Política y el Comité Central, y entre éstos y los otros partidos de Izquierda. Y estuve allí los tres primeros días del golpe… El dueño de casa era un compañero homosexual que, junto con ser extremista y tener el entretecho lleno de armas, era un pianista excepcional, que nos regaló una noche (en contrapunto con los balazos que se sentían por allí cerca) con su versión del Estudio Revolucionario, de Chopin, y el Primer Movimiento del Concierto de Tchaikowski… Y no pudimos comunicar nada…» (Testimoniante 20). «Yo estaba a cargo de la Radio Nacional, teníamos preparado un discurso de Miguel convocando a la resistencia armada al golpe militar… Mi tarea era irme de inmediato a la radio para difundir esa proclama… Me puse la pistola en la espalda y partí… Llegué a la Radio y supe que ya habían volado la antena» (Testimoniante 36). «Era como el cuento del lobo: el golpe amenazaba con llegar todos los días, pero cuando tú ves los barcos de guerra anclados en la orilla del puerto de Valparaíso y escuchas a la vez la voz de Allende hablándole al pueblo, y ves aviones pasando y milicos en cada cuadra… sientes una mezcla de temor con desencanto, de saber que no estabas cien por ciento preparada para lo que estábamos viendo… Ellos estaban convencidos que nosotros éramos una estructura militar que íbamos a enfrentarlos de igual a igual, y no un grupo de jóvenes idealistas… Nuestra mayor fuerza era el convencimiento de cada uno de nosotros, la pureza ideológica que teníamos, porque realmente éramos gente pura, no contaminada, te puedo decir, maravillosa…». «Nosotros ya teníamos un plan de concentrarnos en un lugar de la ciudad en caso de golpe de Estado. Entonces yo partí con lo que tenía puesto y me fui a la población Roswell, San Pablo abajo… Y allí llegamos. Había alrededor de 22 compañeros y pasamos

allí hasta el viernes… Posteriormente nos replegamos, dijimos que debíamos preservar nuestras vidas, no arriesgarlas inútilmente, y conservar todo el material que teníamos… Debíamos ser cuidadosos, pensar a largo plazo» (Testimoniante 39). «Entonces esa mañana fui a la Escuela porque tenía la responsabilidad con todos los estudiantes que ya estaban ahí. Convocamos a una asamblea y hablamos sobre lo que estaba sucediendo. Entonces se acordó que, de inmediato, todo el mundo se fuera para la casa» (Testimoniante 5). «Esa mañana mi padre me dijo que no fuera a trabajar… Y me fui no más, como todos los días, y llegué a la CORFO… La gente andaba corriendo de un lado para otro… pero nadie decía "me voy", y todo el mundo se quedaba… Nosotros nos quedamos porque había que resguardar el edificio, por si venía alguien a tomarse el edificio. La gente del partido decidió quedarse, y nos quedamos… Bombardearon La Moneda. Y no pudimos salir… No teníamos ningún tipo de escapatoria. Teníamos que aceptar lo que viniera» (Testimoniante 74). «La orden era que uno se ligara al aparato de partido que se pudiera. Y yo lo hice, alejándome de mi hijo –lo dejé en casa segura– y me fui a un cordón industrial para ofrecer ayuda ante una eventual resistencia. Pero la gente nos cerraba las puertas. Esa fue la verdad. El Partido Comunista tenía 10 veces más peso que cualquier fracción del Partido Socialista o que el MIR» (Testimoniante 27). «Mi fui al frente, por supuesto, y mi frente era la Fundición Libertad, que está por la calle Libertad, cerca de Alameda. Ahí nos íbamos a juntar con los trabajadores. Y me fui para allá, y a cuatro cuadras de distancia, los militares había puesto un cerco: ya la habían tomado. Entonces, nuestros planes secretos no eran nada de secretos: estábamos infiltrados hasta las sábanas, me imagino» (Testimoniante 11).

Así, fuimos forzados a tomar conciencia de que éramos un movimiento de «jóvenes idealistas» que se enfrentó, aquel día, a varios ejércitos en formación de batalla (soldados, marinos, policías, aviadores; con buques de guerra, aviones armados de cohetes y soldados con tanques y ametralladoras), respaldados, desde atrás, por una flota naval imperialista y una docena y media de agentes secretos, expertos en golpes de Estado de nuevo tipo (de triple shock). Éramos gente de civil, contra una máquina militar decidida, precisamente, a masacrar civiles. Por eso, aun sin comprender todavía la envergadura del «enemigo», confundidos y casi avergonzados, tuvimos que replegarnos. Desandar nuestro caminar hacia «el punto» de encuentro. En orden, o en desorden. Y tanto en los trayectos del «avance» hacia ese punto, como en los trayectos de «repliegue»

desde el mismo, vivimos, también, situaciones comunes. Que nos quedaron grabadas, algunas de ellas, para siempre.

Como el último discurso de Allende, por ejemplo.

«Y entonces ese día, yo nunca ponía la radio en las mañanas, y ese día no sé por qué, la puse, y estaba hablando el presidente Allende, que decía que las fuerzas armadas se habían sublevado… Y ahí quedamos aislados. Yo quedé aislado. Fue vivir el momento según lo hablaba la radio, escuchar junto a unos vecinos el último discurso del Presidente. Y nos dimos cuenta que el momento era definitivo, fatal, y dijimos… "¡se está despidiendo! ¡se está despidiendo!"…» (Testimoniante 41). «Tuve la oportunidad de escuchar el último discurso de Allende, que fue muy conmovedor. Cada vez que lo escucho me mueve emocionalmente por el sentido histórico que tuvo del momento. Siempre critiqué a Allende por reformista burgués, pero yo creo que debemos rescatar su visión del momento, del futuro. El hombre se jugó por sus ideas hasta el último minuto» (Testimoniante 69). «Estábamos en la casa con otros compañeros. Nelly y otros salieron. Y yo tuve que quedarme en la casa pateando los muebles de rabia, porque la cosa era terrible. Escuché el discurso de Allende… Y las radios, una tras otra, se fueron acallando…» (Testimoniante 8).

¿Quién no ha escuchado, o ese mismo día 11, o después, las últimas palabras del Presidente Allende? ¿Las que precedieron a su muerte? No hay duda que esas últimas palabras dieron cuenta del sentido histórico de lo que estaba ocurriendo, de lo que moría allí, junto con él, y lo que vendría en el futuro, marchando por las «anchas alamedas». Pero, al mismo tiempo, daban cuenta de que no habría conducción superior en el día «D» de nuestras vidas. Que no habría resistencia ni lucha organizada desde arriba («¡se está despidiendo!»). Que sólo habría repliegue y retirada. Mejor dicho, persecución. Por eso, en el trayecto inverso del repliegue, vivimos otras situaciones comunes.

El bombardeo de las casas del Presidente, por ejemplo. O la muerte de Allende.

«Yo vivía en Lo Curro, y desde ahí arriba vi el bombardeo de la casa de Tomás

Moro. Pasaron los aviones que tiraban la bomba desde muy lejos, e iba así, volando y caía y explotaba. Y ahí quedamos aislados» (Testimoniante 41). «Para el día del golpe, desde la casa de nosotros se veían pasar los aviones de guerra, los Hawker Hunters, que estaban bombardeando La Moneda. Yo los veía desde el segundo piso. Pasaban y disparaban, desde lejos, sus cohetes. Se sentían los estallidos, se veían las columnas de humo. Mi mamá lloraba mucho, estaba muy confundida. Y nadie sabía lo que venía. Nunca pensamos que eso se iba a transformar en lo que finalmente se transformó» (Testimoniante 16). «Yo le dije a mi mamá: "esto es muy grave, muy grave", y le estoy diciendo esto cuando avisan que van a bombardear La Moneda. Me asomo y vi el bombardeo desde el onceavo piso de mi departamento. Y eso fue, para mí, atroz, atroz, atroz…» (Testimoniante 12).

Y no sólo el discurso del Presidente. Ni sólo lo de Tomás Moro, o de La Moneda. El ataque llegaba cada vez más cerca de nosotros mismos. Y nuestro camino de repliegue se vio, de repente, rodeado de muertos. Cadáveres, de quienes habían sido, ese mismo día, nuestros compañeros…

«Y nos fuimos caminando a La Moneda, y una cuadra antes de llegar allí, nos para un carabinero que yo conocía porque él había sido guardia en la UNCTAD, y me tomó del brazo, me llevó a la otra cuadra, y me dijo, muy tenso: "usted se va de aquí de inmediato, váyase, váyase, porque tengo orden de matar. Yo no quiero estar aquí, pero tengo orden de matar"…» (Testimoniante 12). «Vi entonces a una patrulla de militares, y vi a unas personas en una ventana. De un bazukazo volaron la puerta, entraron, sacaron gente y los fusilaron afuera en un momento… Eso fue muy fuerte… Quedé choqueado, mirando desde mi ventana… La patrulla cambió de posición, y un oficial con lentes de larga vista levantó la mano y la apuntó en mi dirección. Dio la orden de disparar… Nunca sabré si tenían mala puntería o dispararon debajo de la ventana… Salí corriendo de la pensión y empecé a regresar… Pasé delante de la Posta Central y me encontré con un ex-compañero de internado, que me contó que, como enfermero de ambulancia había estado recogiendo heridos y cadáveres por todos lados… En la Posta había llegado mucha gente herida, o muerta… Crucé uno de los puentes del Mapocho, y vi pasar cuerpos flotantes…» (Testimoniante 69). «Yo vi con mis propios ojos La Moneda incendiada, vi los milicos en la

calle, amenazantes, sufrí el toque de queda, vi los cadáveres en el Mapocho… Claro, mi visión puede ser parcial, pero es lo que me ocurrió a mí. Y fue lo que le ocurrió a todos nosotros» (Testimoniante 75). «Llegó la tropa del regimiento de Peñalolén. Era infantería con equipo pesado (tanques, camiones artillados con ametralladoras punto 30). Tropas de elite, con las caras pintadas. Y cercaron toda la población de inmediato, y echaron abajo las puertas, patearon la gente, hicieron de todo. Yo estaba en la Escuela y entraron unos oficiales a tomar el control… La señora que cocinaba me gritó: "¡vete ahora mismo de aquí!"…» (Testimoniante 5).

Estábamos atónitos: ¡el Ejército de la Patria desplegado en formación de batalla por todas las calles del país, atacando, disparando, fusilando al azar a sus propios compatriotas desarmados! ¿Qué locura insana, qué patología esquizofrénica era ésa?... «Nerviosa, tensa, yo lloraba y me decía una y otra vez: "¿cómo es posible que estas cosas estén pasando en nuestro país?". Y no podía creerlo. Y lo repetía una y otra vez… Si no lo hubiera visto, no lo hubiera creído… Mi compañero llegó de noche, tarde, triste, muy triste. Y me acuerdo que, en nuestro dormitorio, lloramos juntos… "ya –me dijo– se fue todo al tacho, lo único que nos queda es sumergirnos"…» (Testimoniante 66).

Sin embargo, mientras el Ejército de Chile en masa nos perseguía, nos masacraba y destruía uno tras otro nuestros sueños, otros chilenos celebraban, festejaban y bailaban…

«La gente estaba toda dispuesta, era impresionante. Nadie quería irse a casa, todos queríamos defender algo, pero ¿cómo defendíamos, qué defendíamos y con qué? Era una cuestión como muy loca… Y me dejé un tiempo para ir a casa. Tenía que ir a buscar un bolso de primeros auxilios y llevarlo a la fábrica, porque yo tenía una formación para atender los heridos en caso de… y éste era el caso… Pero cuando llegué a mi casa había gente en la calle con banderas chilenas, cantando la canción nacional… Era gente de Derecha y de la Democracia Cristiana… Para ellos era una fiesta nacional» (Testimoniante 50). «Mi mamá muy alterada, me decía: "¡puta, que no nos cachen los vecinos!"…

Porque éramos como 20 gallos metidos en un departamento lleno de cosas… “¿Dónde nos vamos con todas estas cuestiones?”. Estábamos dispuestos a irnos donde hubiese que ir. Y las instrucciones no llegaban… y si tú mirabas por la ventana, tú veías a los vecinos juntándose en la calle, sacando botellas de champaña, celebrando, tocando las bocinas de sus vehículos… Y nosotros dentro, corriendo las cortinas… No sabíamos qué hacer» (Testimoniante 3). «Y supimos después que, mientras mi compañera y yo estábamos en nuestros “puestos”, todos nuestros vecinos salieron a la calle con banderas y gritos, con botellas y copas de champaña, y mientras hacían patrióticos brindis, miraban a nuestra casa de reojo… Debemos decir que, conociendo nuestras ideas, nunca nos denunciaron…» (Testimoniante 20).

Descubrimos entonces que, desde ese día, éramos culpables de un crimen. ¿Qué crimen?... Estábamos proscritos, buscados, denunciados, perseguidos… ¿Qué crimen?

Tuvimos que quemar, u ocultar, las pruebas de nuestro delito…

«Al día siguiente me fui a mi casa. Allí tenía un montón de documentos. Mi suegra estaba quemándolos. Mi marido era de los “helenos” y todavía no había llegado. Entonces me puse a quemar documentos también… Después me di cuenta que teníamos que dispersarnos» (Testimoniante 14). «Estuve horas y horas quemando la revista Punto Final y El Rebelde en la chimenea (era primavera)… Y cuando terminé, tomé los libros de estrategia revolucionaria que tenía y, bajo las sombras de la noche, los fui a tirar al Canal San Carlos…Y lo sentí mucho» (Testimoniante 20). «Traté de ponerme en contacto con la gente que conocía y ver qué se podía hacer… Entretanto, hice una cosa básica: tratar de destruir cualquier documento comprometedor, por más inofensivo que fuera, y que pudiera ser considerado como prueba para mi detención y maltrato» (Testimoniante 10). «Hubo tres tipos de tareas primordiales: la primera era la sobrevivencia, o sea, encontrar lugares adecuados donde uno pudiera pasar a la clandestinidad; la segunda, reconstruir la organización y retomar los contactos, y la tercera, fondear las cosas: había armamento, había documentos, talleres, cosas que tú también tenías que clandestinizar» (Testimoniante 70).

Por todo eso, en el día «D», todos tratamos de ser, rigurosamente, sujetos revolucionarios. Y como tales, salimos de la casa para constituirnos, en alguna parte, como grupo, unidad, base o pelotón de compañeros. La solidaridad militante era, en ese minuto, prioritaria y primordial. Constituía un valor estratégico de la lucha, superior a otros valores.

Fue cuando nuestras relaciones familiares quedaron en un segundo plano:

«Yo estuve en el cordón industrial, después me fui a una casa de seguridad con otros compañeros y estuve ahí unos días tratando de saber qué pasaba con mi familia. Nosotros éramos todos de izquierda. Mi papá era dirigente de la CUT. Mi mamá era dirigente del FTR del hospital, mis hermanos casi todos militaban, y lo mismo mis tíos y mis primos. Y tratando de ver qué pasaba con ellos, supe que mi papá había sido hospitalizado, que lo habían sacado de ahí el día 11 y lo habían llevado no sé dónde… Mi familia estaba como dispersa. No sabíamos qué pasaba con ninguno» (Testimoniante 46). «Yo vi los aviones que estaban pasando, ahí, muy cerca de Tomás Moro, sobre la casa de Allende… Y eso fue para mí súper-impactante. Y empezó mi preocupación con la T… que desapareció. Se fue inmediatamente. Nosotros comprendimos que ella se tenía que esconder… Sabíamos que ella estaba muy metida en eso, pero yo, francamente, no me acuerdo si conocía siquiera la palabra MIR. No me acuerdo de eso. Pero ella estaba metida en eso… Ella desapareció y empezamos a preocuparnos lógicamente porque uno veía en la TV lo que estaba pasando… Vi cuatro imágenes espantosas en la TV… Lo de la T. fue muy preocupante, porque ella vivía con nosotros en ese tiempo… De repente nos llamaba y nos decía "juntémonos en tal parte"… Nos juntábamos y hacíamos un picnic y después la dejábamos en un lugar remoto… Después pasó que ella tuvo la guagua. Se casó cuando estaba clandestina… Era muy preocupante» (Testimoniante 71). «Cuando vino el golpe militar mi hijo tenía un mes de vida y nos pilló el 11 en Santiago por casualidad. De modo que no estábamos conectados con nadie. No teníamos aparato de partido… Y me fui al cordón industrial más cercano, alejándome de mi hijo. Lo dejé en una casa segura… Es una de las cosas que me pesan…» (Testimoniante 27). «Cuando mi compañera y yo nos fuimos, cada uno, al "puesto" asignado, yo, al menos, no pensé mucho en mi familia. Y creo que mi compañera tampoco. Cumplir con la tarea asignada, en ese momento,

era un compromiso superior… Teníamos cuatro hijos (el mayor, de 14 años, la menor, de 4)… “Habrá manera de arreglar la carga”, nos dijimos, pues teníamos abuela, dos tías y una nana que podían hacerse cargo… Sólo cuatro días más tarde nos juntamos con ellos… Esto lo hemos sopesado mucho, pero después» (Testimoniante 20). «Después del golpe trabajé de empleada doméstica, cuidaba enfermos, ponía inyecciones, barrí calles, participé en comedores populares, pero todo ese tiempo no fui yo misma porque no podía decir quién era yo. A mi familia muy de vez en cuando podía enviarles algún atisbo de mi vida, porque no me podía comunicar con ellos. Eso fue duro» (Testimoniante 13).

…No tenemos por qué desconocerlo: arriesgamos todo por «la causa».

Y eso era coherente con nuestro idealismo.

O con nuestra ingenuidad.

Y también es cierto que ninguno de nosotros, aunque intuimos bien que vendría «el golpe», imaginó que sería de «ese» modo: todas las fuerzas armadas del país atacando a muerte a la población civil que, en justicia y dignidad, quería cambios profundos en nuestro orden social y político. Y podríamos decir que, incluso la masa militar misma, hasta el mes de agosto, no sabía bien que tenía que atacar de ese modo. Pues, históricamente, los golpes de Estado que han ocurrido en nuestro país han sido dirigidos, todos, contra el Gobierno vigente, no contra la población civil, ni contra sus organizaciones sociales, sindicales y políticas.

Sin lugar a dudas, el 11 de septiembre de 1973 actuó también, desde atrás, una inteligencia y una mano oscuras, extranjeras, asesinas. Expertos en «guerra sucia»…

Nuestro proceso político

Lo que ocurrió el día 11 de septiembre y los días siguientes, si bien fue una

experiencia que caló profundo en la subjetividad social y política de los «revolucionarios» (en tanto éstos se estrellaron por doquier, inermes, contra una misma muralla erizada de armamentos), configuró también, de un modo u otro, un proceso político de fondo, que desnudó, con violencia histórica, la médula estratégica de nuestro proyecto de cambio revolucionario. En tiempo reverso. A contramarcha. Retrocediendo en la cicatriz lenta de la victimización.

En ese sentido, cabe destacar el hecho que, desde la madrugada del 11 de septiembre, todos nos dirigimos a los infinitos lugares de trabajo, estudio, reunión, acción y concentración, donde, por años, habíamos estado tratando de impulsar, solidariamente, el desarrollo social, económico, cultural y político de la clase popular (sea en autonomía como poder popular, sea en apoyo al Gobierno Popular). Nos pareció natural, de valor solidario y eficiencia estratégica, utilizar la misma dispersión-concentración natural del trabajo social como «formación» adecuada para la resistencia popular ante el (intuido) golpe militar. Y, si bien estábamos suficientemente apertrechados para realizar el trabajo de desarrollo social (disponíamos de suficiente ética solidaria, técnicas e instrumentos de trabajo, objetivos políticos, claridad ideológica, organización partidaria, convergencia inter-partidaria y conducción general más o menos centralizada), no lo estábamos para realizar los trabajos necesarios de resistencia suficiente ante un ataque militar. Nuestros pertrechos reales eran, sobre todo, éticos y culturales. Teníamos también algunas armas (nadie sabía cuántas, y nunca equivalentes a un arsenal). Pero carecíamos de: a) preparación técnica; b) colaboración inter-partidaria; c) estrategia común y, d) comando central. Tanto más, si el «compañero Presidente» no asumió la comandancia superior de la resistencia, al paso que los jefes de partido político no habían logrado ponerse de acuerdo para el caso de un día «D». Y para efectos de resistencia a un golpe militar de estrategia y ejecución centralizada, es indispensable que exista un comando central (o dos o tres, pero en acuerdo), una estrategia común, una fuente de pertrechos bien dotada en la retaguardia, y un mínimo de «combatientes» entrenados para eso.

De modo que la inercia natural de nuestro compromiso militante nos condujo directo a los lugares propios del trabajo solidario, llevando, cada uno, ideas más o menos vagas acerca de cómo trabajaríamos, allí mismo, pero, ahora, en lógica militar, ante un eventual ataque. Por eso, cada uno de nosotros, instalados ya en los «lugares solidarios», tuvimos que deliberar, entre nosotros mismos –o con la clase trabajadora– apresurada y nerviosamente, acerca de qué decisión tomar en esas (tan distintas) circunstancias. Y hubo que organizar «asambleas» más o

menos improvisadas, y llegar a acuerdos de última hora.

«Yo acudí a los lugares indicados, y estuve allí. Y llegaron los compañeros, pero no teníamos información, no teníamos vínculos con la dirección nacional o regional. Así que, desde el primer momento, empezó la dispersión, pero los que trabajábamos en la base y que siempre estuvimos allí, teníamos claro lo que teníamos que hacer: "de aquí nos vamos a la población y desde allí a la industria"… Decidimos hacer una asamblea con todos nosotros para definir los pasos a seguir… Nos fuimos a la Seccional de la Séptima Comuna donde militábamos y donde nos reuníamos. Y esa mañana llegamos allí y nos dijeron: "¡Váyanse, váyanse, porque hay un golpe de Estado!"… Y nosotras: "¡qué vamos a andar escapando, si no va a pasar nada!". Nos fuimos de ahí y decidimos tomarnos el Liceo 8 con todos los estudiantes del sector… Llegamos allá. Hicimos asamblea y decidimos repartirnos por distintas partes del Cordón Vicuña Mackenna… Y yo veía a los chiquillos y a los trabajadores y toda la gente estaba dispuesta. Era impresionante. Nadie quería irse a sus casas. Todos querían defender algo… Y la industria no tenía armas. Reunidos en asamblea llegamos al acuerdo de trasladarnos a la única industria que estaba resistiendo, que era SUMAR… Pero la mayoría de la gente no tenía ningún tipo de formación… Entonces los que sabían algo empezaron a dibujar un arma en una pizarra, y cuáles eran las partes de un arma y cómo se disparaba… Decidimos también que, si llegaban a allanar la industria, la íbamos a incendiar… Nos allanaron, intentamos incendiar el policlínico, pero ellos lograron apagar el incendio y después nos llevaron, primero a la Escuela de Suboficiales de Carabineros, después al Regimiento Tacna, después al Estadio Chile…» (Testimoniante 50).

«Entonces, todos los que éramos del partido conversamos y decidimos presentarnos a la Administración del Campus Oriente de la Universidad Católica y le dijimos al encargado: "éste es el núcleo del partido tanto, nuestro gobierno está en un gran problema, estamos siendo víctimas de un golpe de Estado… y por tanto le pedimos que nos abra las bodegas del casino y nos entregue los alimentos para llevarlos a la resistencia democrática"… El tipo nos quedó mirando, no sabía si creernos o no, se tupió, y al final dijo: "acompáñenme". Puta, sacamos tarros de leche gigantescos, quesos de 20 kilos

y todo lo que no fuera perecible… En algún momento cacharíamos dónde teníamos que llevarlos, no sé, a las poblaciones, a las fábricas, a los cordones industriales… a donde nos dijeran… Después dijimos que cada uno se llevaría una parte para su casa… Y para guiarnos –no teníamos contacto hacia arriba– escuchamos la Radio Magallanes… Después de algunos días decidimos que cada uno hiciera su vida normal… Los días pasaron y no habíamos logrado ningún contacto… Nunca comí tanto queso en mi vida… Era un lujo en ese tiempo… Y vimos en la TV el cuerpo de Allende, el bombardeo de La Moneda… No había tal resistencia…» (Testimoniante 3).

«Se tomaron todos los resguardos, teníamos casas de seguridad… estábamos bastante bien organizados, teníamos redes de apoyo que funcionaron bastante bien… En esa zona estaban los sindicatos mineros, la industria textil, la de neumáticos, era un centro industrial importante. Había una solidaridad muy extensa… El 11 de septiembre, a las 5.30 A.M. ya estábamos informados, y empecé a llamar a los compañeros y compañeras con los cuales tenía que articularme. Teníamos prefijado un punto de reunión en La Serena, cerca de la Recova: la Dirección Zonal de Salud. Ahí nos juntamos. Estuvimos allí un rato, pero era tanto el desconcierto, que dijimos: "no podemos seguir aquí, no estamos haciendo nada, vámonos". Y nos fuimos. A los 15 o 20 minutos el Ejército allanó el local. Y nosotros recorriendo las calles en vehículo, tratando de articularnos y que todo el mundo se fuera donde tenía que irse. Los compañeros de las fábricas te llamaban y te decían: "nosotros vamos a resistir aquí en la fábrica". Fue un día en que tratamos que no se dispersara la gente, que todos se mantuvieran conectados… Y no alcanzábamos a dimensionar lo que estaba pasando… Y al irme a mi casa de seguridad, ya de noche, nos juntamos allí los que éramos de la dirección del partido, para intercambiar información y compartir nuestra profunda pena. Lo que más me impresionó en ese momento fue ver llorar a los dirigentes sindicales… Y nos tocaron días de estar ocultos en unas casas semi-destruidas y veíamos por las rendijas pasar los regimientos que venían del norte… Nos cambiábamos cada dos o tres días de casa… Había un viejo amigo de 92 años que vendía helados. Estábamos en la casa de él. Y venían los allanamientos. Entonces él me dijo: "usted se va a poner un delantal blanco y va a salir conmigo a vender helados"… y tuve que soplar un cacho de buey como trompeta para anunciar los helados… Y así, disfrazada de heladera, pasé frente a la ametralladora punto 30 que estaba emplazada en la esquina. Y no nos dijeron nada… y recorrimos cuadras de

cuadras hasta llegar a un camino, y ahí nos separamos…» (Testimoniante 48).

«Esa parte fue, si tú quieres, media heroica, porque organizamos la defensa del gobierno popular con los campesinos, con la gente de esa zona. Y eran entre cinco mil o seis mil los que vinieron donde nosotros a pedir conducción. Nos reconocieron como los que podíamos entregarles conducción. Y llegaron con sus escopetas, sus machetes y sus pistolas oxidadas. Unos 500 o 600 quería tomarse la comisaría, pero no fue necesario porque allí los pacos se nos unieron… Esperaban unirse al ejército del general Prats, que venía desde el sur… Era como para que nos hubiéramos convertido en un Pancho Villa… Es que nos habíamos legitimado. Habíamos constituido –cosa rara– un comando UP-MIR, no para defendernos de un golpe de estado, sino para trabajar mancomunadamente en el desarrollo y la liberación de esa zona. Y así estuvimos todo el día, deliberando sobre qué hacer… Supimos allí que había muerto el Chicho Allende… Oye, y vi un campamento completo de gente llorando. Eso nos empezó a doler… Con un dolor de verdad… Y nos empezaron a rodear… y nos empezaron a matar gente. Tuvimos que arrancar y nos persiguieron… Nos dividimos, los comunistas por un lado, los socialistas por otro, los MAPU, los MIR… Nosotros arrancamos por los cerros de la Cuesta Barriga, logramos atravesar un río y llegamos a Peñaflor… Se suponía que nos íbamos a reunir con los obreros armados que Altamirano y Miguel Enríquez debían tener listos en el Cordón Maipú… Y esa noche tuvimos que dormir en la copa de un árbol. Sabíamos que las copas de los árboles tapan la vista de los helicópteros, pero lo que no sabíamos, huevón, era aguantar toda la noche con un araña de este porte encima tuyo… Pasamos por Malloco, me disfracé de cura y un campesino me trajo en su carreta y llegué a mi casa el 17 de septiembre… Todo eso fue espontáneo. Nada de eso fue planificado. Y eso que la violencia no era lo mío, nunca lo fue… Da un poco de rabia por nuestra impotencia… Tener que decirle a la gente "váyase para su casa, cuide su vida, no se inmolen… vendrán tiempos mejores"…». (Testimoniante 73)

«Terminamos como 25 jóvenes en un fundo, el fundo Las Nieves, cercano a Puente Alto… Y nos juntamos allí para saber qué hacer, y esperar que alguien nos dijera qué hacer. Bueno, ese alguien que nos dijera qué hacer nunca llegó y entre los 21 que quedaron –promedio de edad, 20 años– empezamos a evaluar

entre nosotros qué hacer. Pasaron dos o tres días. Recuerdo que alguien propuso que asaltásemos un retén de carabineros que había en Vicuña Mackenna para proveernos de armas. Y fuimos a mirarlo. Y resultó que ese retén hacía como 8 meses que lo habían desmantelado. Quedaban puras ruinas… Conversamos con el Gobernador local y con el Alcalde local, que eran de nuestro partido, y les preguntamos qué había que hacer. Y no nos dijeron nada concreto. En conclusión, a los dos o tres días decidimos que cada uno se tenía que ir a su casa… Todo eso era muy, muy precario…» (Testimoniante 58).

«Estando ya ocupada la fundición Libertad me fui a Cerrillos, por una decisión puramente intuitiva, porque allí había una organización más fuerte, y allí me quedé hasta que llegaron los milicos. Y peleamos un rato con ellos y después arrancamos. Teníamos algunas pistolas y nada más. Arrancamos. Comprendimos que había llegado el momento de sálvese quien pueda… Era ¡sálvese quien pueda!...» (Testimoniante 11).

«Hicimos una reunión general en el teatro del Instituto Pedagógico de la Chile, para preparar un comité de resistencia y uno de primeros auxilios. Había profesores, alumnos y funcionarios y lo único que se nos ocurrió fue permanecer en las áreas de trabajo, como orden de partido. En el Pedagógico no habían armas, ni nada. Debido a la Ley de Control Armas, todas las armas habían sido retiradas… Por tanto, estaba limpio… Y esto nos dejaba a manos cruzadas. Igual decidimos resistir y nos quedamos allí todo el día. Recuerdo que los chiquillos de la Jota, que controlaban el Centro de Alumnos, estaban cantando. Nosotros, no… El Vicerrector Ruiz parlamentó con los milicos y logró que el Pedagógico fuera desocupado sin violencia. A las 3 de la tarde salimos pacíficamente. No hubo confrontación, ni siquiera gritos contra los milicos… Ahí recibí la orden de partido, de pasar a la clandestinidad…» (Testimoniante 29).

«Ese día yo estuve en el sector industrial de San Joaquín… Se iba a realizar una reunión, pero al final no se hizo. Los comunistas estaban esperando si cerraban el Congreso o no. Y los milicos no lo habían cerrado. La reunión no se hizo. Y en Madeco-Mademsa se quedó toda la gente, los socialistas, los miristas y otros

más. Los socialistas dijeron que como a las seis de la tarde se iban a entregar las armas, porque todas las fábricas del sector estaban tomadas… Llegó la hora de la asamblea, se hizo la reunión y los socialistas dijeron que no habían llegado las armas, que se habían quedado en la zona sur, por ahí por La Granja. Que ahí se habían parapetado para defender los locales de los partidos… Al final, no hubo armas. Entonces dijeron que se iban a retirar y que había que cerrar el boliche… Los trabajadores dijeron que no, que ellos no se iban a ir, que se quedarían a defender las fábricas. Que ya verían cómo… Sólo nos quedamos 4 o 5 que no éramos trabajadores, y ahí estuvimos varios días»… (Testimoniante 46).

«Ahí tomamos la decisión de irnos al Hospital Barros Luco… Invitamos a un profesor de la Escuela Veterinaria y partimos los tres con mi hermano –en su auto– en dirección al Barros Luco… Nos interceptó una patrulla militar y nos chequearon. Mi hermano tenía una pistolita de fogueo que andaba trayendo en la citroneta… Ahí mismo nos pegaron unos cuantos culatazos. Quedó la escoba… Para el profesor fue mucho el impacto. Yo lo miro, y se había orinado entero. Entonces me dijo: "no, yo no sigo". Fue allí cuando se me bajó del vehículo el primer combatiente… Y mi hermano me dijo: "te dejo en el Barros Luco y cada uno toma después su camino, porque yo voy a otro lado". En efecto: me dejó donde había dicho. Así que llegué al Barros Luco sin combatientes… Y ahí, en ese hospital, con ayuda de las mujeres parturientas que estaban en la Maternidad, hicimos una resistencia desarmada… Porque no teníamos nada» (Testimoniante 6).

«Allí esperamos que llegaran más instrucciones, armamento, ese tipo de cosas. No llegaron. Y nos replegamos de manera ordenada. Fue un día muy duro» (Testimoniante 28)… «Llegué a una casa de seguridad, me fondié ahí y me quedé esperando instrucciones. No llegaron nunca las instrucciones…» (Testimoniante 70). «Mi compañera pertenecía a una base del SUTE (Sindicato Único de Trabajadores de la Educación), que a su vez incluía gente de los bancos y de otros empleados del centro de Santiago. Su "lugar de reunión en caso de…", era el Terminal Pesquero, que estaba por la calle Balmaceda… Siete militantes de la base llegaron al punto, y más de cincuenta trabajadores del sector. La orden era construir barricadas en algunas esquinas cercanas, porque

allí se instalaría un “foco de resistencia” armada... Todos trabajaron frenéticamente cargando camiones con toda clase de trastos (cajones, fierros, tablones, tambores, etc.), para hacer las barricadas. Y estuvo todo listo: tres camiones cargados hasta arriba, a la hora señalada... Apareció entonces un grupo de compañeros del Partido Socialista armados hasta los dientes. Estuvieron un rato. Recibieron una llamada telefónica, y se fueron, sin decir palabra… Se contactó entonces a los dirigentes del MIR que estaban asignados a la tarea (estaban acuartelados por ahí cerca), y que debían traer las armas. Al contactarlos, estaban tomando sus autos para irse a casa. Informaron apresuradamente que “no habrá foco”… Estupefactos, los trabajadores y los militantes de base que estaban allí se miraron unos a otros… Al rato, decidieron “descargar los camiones”. Y frenéticamente también, los descargaron. Era tarde: cada uno tuvo que irse apresuradamente a su casa, apegado a las murallas, tratando de esconderse en las mamparas de las casas, mirando en todas direcciones. Los helicópteros pasaba y pasaban, vigilando. Huían bajo el toque de queda… Algunos se refugiaron en la casa de un amigo, viejo dirigente comunista. Allí descubrieron que tenía en el living de su casa centenares de fichas de compañeros de su partido, que correspondían a una comuna completa. Estuvieron horas quemando fichas en el patio…» (Testimoniante 20).

Los testimonios son suficientemente rotundos: todos los militantes –salvo excepciones– fuimos a los «puntos» prefijados y, una vez allí, esperamos instrucciones. Y, como constató todo el mundo, las instrucciones no llegaron, y cuando llegaron, era para disolverse. Ante eso, improvisamos sobre caliente un acto deliberativo de base, para enfrentar la situación de todas maneras, a como diera lugar. Y no pudimos. Y nos replegamos…

Era claro que habíamos sido formados, como base social y como militantes, a lo largo de varias décadas, para ser conducidos –en toda circunstancia– por las direcciones centrales y los comandos superiores. Era el indisputado «centralismo democrático». Para unos, eso significaba ser conducidos desde el Gobierno y/o desde el Estado; para otros, desde las jefaturas nacionales, regionales y locales del partido político en el que militaban. Recordemos: todas las decisiones de alguna relevancia, se tomaban arriba. Abajo, en el terreno del pueblo mismo, cuando hacíamos el trabajo de desarrollo solidario de la «clase», los pobladores, trabajadores y los militantes habíamos tomado innumerables decisiones propias, más o menos autónomas, en asamblea y deliberación participativas. Pero, claro,

lo hacíamos cuando se trataba sólo del beneficio directo para la comunidad local, o para el crecimiento del partido en la base. Las decisiones tácticas y estratégicas, propiamente políticas, y las (pocas) decisiones militares, no eran de resorte nuestro: eran privativas de las cúpulas y las jefaturas. Y el día 11 de septiembre fue evidente que las «instrucciones» no llegaron. Duele decirlo, pero fue así. Las jefaturas, de hecho y en los hechos, por la razón que sea, no operaron. No hubo, pues, conducción superior. Pero, en cambio, sí operaron, de hecho y en los hechos, las asambleas de base, y precisamente para enfrentar, sin tapujos y en el terreno que fuere, el ataque militar. Y si esos grupos de base no pudieron ir más lejos, fue porque no tuvieron conducción central, ni tenían instrucción básica, ni recursos para combatir. Fue un hecho categórico que las bases sociales y los militantes de base estuvieron en el frente de lucha, dispuestas a todo. Y fue categórico también que tuvieron que replegarse.

Al drama del ataque militar, se sumó, por tanto, para nosotros, el conflicto entre la obediencia a las «instrucciones» centralistas (que no llegaron) y la improvisación autónoma de las «asambleas» de base (que funcionaron, pero acéfalas y sin recursos).

Ése fue, en última instancia, nuestro proceso político de fondo, involucionado y vivido el día 11 de septiembre y días inmediatamente siguientes.

Naturalmente, para algunos compañeros y compañeras, esa situación –aparte de producir tensión y desesperación– fue motivo de dudas. O de críticas.

«En Concepción la situación era la misma, ya estaba todo a punto de caer… Ahí logramos salir del refugio muy apurados, y ese mismo día se allanó la casa. La situación era que yo ya no estaba creyendo que el MIR tenía la fuerza que decía tener, el apoyo popular que decía tener y la organización que decía tener. Yo empecé a plantearme la posibilidad del exilio, pero seguí creyendo que todavía era posible… Entonces decidí plantear mis dudas al mismo partido. Avisé y le escribí cartas a Miguel Enríquez, en que le decía que yo ya no creía en lo que estábamos haciendo. Su respuesta fue darme más trabajos y mayores responsabilidades. Yo los rechacé. A la tercera vez dije "bueno", porque era una tarea sin gran responsabilidad» (Testimoniante 27).

Para los dirigentes mismos, las decisiones políticas que habían tomado ante el golpe militar eran, sin embargo, impecables. Casi heroicas… A pesar de la ausencia de instrucciones para la militancia que quería «resistir».

«Había una convicción de que nuestras percepciones eran correctas… el discurso de no asilarnos, organizar la resistencia, pasar a la clandestinidad… eran los caminos adecuados a seguir… Había una sensación de mucha responsabilidad de rescatar a las personas… Yo creo que de nuestra parte y de muchos compañeros que después fueron víctimas, hubo un tremendo compromiso moral muy heroico» (Testimoniante 36). «Dentro del MIR, en ese momento, se tomaron todos los resguardos: teníamos casas de seguridad… redes de apoyo… había una solidaridad muy extensa… logramos consolidar un apoyo importante que permitió que mucha gente sobreviviera en ese momento… pero no podíamos seguir ahí, en ese punto de reunión: no estábamos haciendo nada…» (Testimoniante 48).

Fue así como nuestro proceso político, después del 11 de septiembre, quedó, a la vuelta de uno o dos días, casi del todo, internalizado, subjetivado e inter-subjetivado: dependía de nosotros mismos, de nuestro análisis, de nuestras decisiones, de nuestra tenacidad, la reconstitución de todo: del partido, de la lucha, del proyecto popular.

Y de nosotros mismos…

b) Clandestinidad

Al final, por un camino u otro, todos nos replegamos a la supuesta «normalidad» de nuestra retaguardia: el trabajo, el estudio, la familia, las redes del partido. Pero descubrimos que ya no había normalidad. Chile nunca más fue el mismo después del 11 de septiembre. El Chile popular, alegre, solidario, que avanzaba compacto y vitoreando hacia el futuro, ya no existía. No públicamente. No al

aire libre. No como antes.

El ámbito de lo normal; es decir: el espacio público, en el trabajo, en la universidad, en el colegio, en la calle, se volvió anormal. Se llenó de desconfianza, de temor, de sospecha de todos y cada uno de los que pasaban, e incluso de los que estaban a tu lado. El Chile popular tuvo que encerrarse en escondrijos, en espacios estrechos, recelosos, amenazados por todas partes. Envuelto en sombras amenazantes que nos impedían reconocernos, comunicarnos, asociarnos, saber unos de otros…

«No se sabía qué podía pasar al día siguiente, si esto iba a durar, si iba para largo rato, o no… Teníamos muy poca información. Cada vez estábamos más en retirada y fuimos perdiendo las expectativas de que algo se podía hacer, de que alguien iba a llegar a decirnos: "miren: esto es lo que hay que hacer, por aquí va la cosa"… Era una mezcla de sensaciones… así, las expectativas se transformaron en miedo. El no saber qué va pasar contigo» (Testimoniante 58)... «Mi vida cotidiana cambió terriblemente, porque tuvimos que retraernos todos a vivir lo más discretamente posible. Teníamos que tratar de ser "normales". Teníamos que vivir dentro de una normalidad espantosa. Mi vida tuvo un vuelco de 180º porque todo lo que hacíamos antes ya no existía… En la Universidad cerraron todas las carreras que tenían que ver con política o que estaban politizadas: Sociología, Historia, Economía, Antropología… Íbamos a la Universidad como autómatas, y casi no fui, o fui muy poco» (Testimoniante 49)... «No, todo era muy difícil, porque todo cambió. Nosotros estábamos llenos de sapos, llegaban personas extrañas a la Universidad, todo era distinto. Muy, muy diferente. Y no podíamos hablar de lo que hablábamos, ni siquiera nosotras podíamos tejer, porque hacerlo con esas lanitas chilotas –que es la que usamos– para hacer gorritos, calcetines, bufandas, etc. era muy izquierdoso. Y eso era un peligro. Había que cambiar de actitud, vestirse de otra manera… los hombres se nos cortaron las barbas, los pelos… Era un ambiente muy tenso y complicado»… (Testimoniante 6). «Éramos un escuela muy pequeña (Sociología, de la Universidad Católica), de privilegiados, en el sentido de que teníamos una formación el descueve, de primer nivel, teníamos cinco alumnos por profe… Y a todos los profesores de izquierda –eran mayoría– los echaron… y quedaron sólo los demócrata-cristianos. No había ninguno de derecha… Empezaron a llegar profesores de la línea de Jaime Guzmán y otros que pasaban puro método científico, porque todo lo demás no valía nada… Y se instaló una

desconfianza tremenda… Toda persona nueva era chequeada… Los compañeros comenzaron a irse al extranjero: "esto no tiene vuelta, esto va para largo"… Vivíamos un retroceso de 50 años… Empezaron a llegar soplones, sapos, la gente comenzó a caer presa…» (Testimoniante 3). ...«Uno tenía que salir todos los días de Quilicura para ir a Santiago, y teníamos que tomar la Panamericana en dirección sur. Y era "normal" ver cadáveres en la carretera y sobre todo en el río Mapocho, todos los días. Así que nuestros ojos nos informaban cada mañana qué es lo que estaba ocurriendo más allá de nuestra vida normal» (Testimoniante 65).

Ser «normal» era ocultar, de cara al espacio público, «todo lo que hacíamos antes». Es decir: hacer como que estábamos integrados a los nuevos tiempos, pero manteniendo ocultas nuestra identidad, nuestras ideas, lo que habíamos sido antes y, sobre todo, lo que queríamos seguir haciendo ahora… Pero, bajo esas nuevas condiciones ¿qué, exactamente, podíamos seguir haciendo? Cualquier cosa que quisiéramos «seguir» haciendo tenía una diferencia fundamental con lo que hacíamos antes: «no había mucho cómo responder colectivamente, porque no teníamos estructura, por lo menos los jóvenes» (Testimoniante 58). Y no habiendo estructuras ni «reconexiones» suficientes, lo que podíamos seguir haciendo era, primero que nada, «salvarse uno mismo» (Testimoniante 11).

«Siento que ese período que va del 11 de septiembre de 1973 al 6 de enero de 1975 (cuando caí detenida), no hice nada que ayudara a reorganizar mi partido, ni reorganizar a la izquierda, ni ayudar a nadie. Esa es la verdad: fue andar arrancando –cosa que no es muy grata– y llegar a una casa donde vas a estar dos días y una noche, donde la gente te decía muy asustada: "compañera, lamentablemente, la vecina del frente está mirando mucho"… Y tú tenías que buscar otro lugar y… qué se yo, tú andabas con tu bolsita, dos calzoncitos, dos sostenes y tu cepillo de dientes… Al final, siempre estás buscando una parte donde alojarte y terminas recurriendo a lo que no debería ser: tu familia. Entonces, esa tía lejana… y allá llegabas, y la tía te decía: "ya, quédate"… Y seguíamos arrancando, escondidos… Y "¿dónde está el compañero tanto?", y te decían: "está en el Estadio Nacional"… "¿y fulano?"… "hace tres días que no llega a la casa"… Era un tremendo despelote. Gente que llegaba a Santiago arrancando de las ciudades chicas, porque en los pueblos chicos la persecución

fue peor» (Testimoniante 2)… «Después del golpe, mi vida cotidiana tenía poco de cotidiana. Porque tenías que estar dos días en una casa, dos días en otra, y así… Andabas de allá para acá y de aquí para allá… Nunca más volví a Maipú. Mi vida cotidiana clandestina era sobresalto tras sobresalto, salir a hacer puntos de contacto… Yo siempre traté de trabajar, y de hecho trabajé, así como a la mala, de asistente de un pediatra… Y yo estaba esperando guagua, porque me había embarazado como en diciembre… Estuve tres años clandestina…. Viví gracias a la valentía y solidaridad de personas que no tenían tus mismas convicciones… Estábamos viviendo una situación irreal, no teníamos identidad, un día te llamabas Angélica, y otro, de cualquiera manera, y un día andas con el pelo de un color y otro día de otro color. Vivimos en muchos lugares distintos, y con un nivel de descoordinación y desestructuración enorme… Éramos como ocho descolgados que estábamos unidos y que el partido no nos integraba por ningún lado. No sabían qué hacer con nosotros. Nos metían por un lado, después por el otro, después nos separaron y nos pusieron en estructuras diferentes… Y los compañeros estaban cayendo como moscas, era terrible, y caían al lado tuyo y uno no sabía por qué… Después, empezamos a reorganizarnos…» (Testimoniante 70). «Yo me negué terminantemente a entrar en la clandestinidad, a pesar de que recibí la orden. Estaba en una red académica con profesionales maduros, con familia formal, y mi compañera se movía también en un círculo parecido. Y aunque me habían echado de las dos universidades en que trabajaba (de la Chile y la Católica), seguí operando académicamente con una beca alemana en FLACSO y, a la par, trabajando como taxista... Por tanto, a toda la gente del partido que dependía de mí, o estaba relacionada conmigo (grupos de la Universidad Católica, de la Universidad de Chile, del SUTE y de Santiago Centro, diversos grupos de descolgados), les propuse lo mismo: seguir con la vida normal, cada uno en su casa, con su nombre de pila y su pinta de siempre, y no vernos sino cuando fueran expresamente citados para algo realmente necesario, o importante. Cuando fuera menos riesgoso y cuando pudiéramos hacer algo con verdadero sentido político. Y dado que con todos habíamos cultivado relaciones de amistad (pese a la orden de no incurrir en el "amiguismo"), nos juntábamos socialmente, de vez en cuando, en nuestras casas: cumpleaños, etc. De modo que, como estructura y red, no entramos en clandestinidad las personas, sino, más bien, lo poco que se podía hacer... Mantuve, por cierto, el trabajo militante (análisis político) que hacía para mi jefe (supremo) directo… Las escaramuzas del período las vivimos igual, derivadas, todas, de las caídas producidas en las estructuras centrales del partido (estuvimos, en mayo del '75, una semana entera bajo arresto domiciliario bajo vigilancia del Laureani, del "Troglo" y su

equipo, etc., porque vinieron a esperar a un compañero que había estado en uno de nuestros "cumpleaños", pero que, por cierto, nunca llegó; mientras, por la misma vía "central", apresaron y asesinaron a un compañero del SUTE: Guillermo Herrera, habiendo detenido, además, a otra compañera del SUTE), pero sobreviví más o menos bien hasta que, el 17 de octubre de 1975, caí detenido… » (Testimoniante 20). «Vivían en ese mismo edificio (torres de San Borja, Santiago) Sergio Vuskovic y sus dos hijas (en departamentos separados), el Coco Paredes y Enrique París… Ese día nos encerraron en el edificio, no dejaron salir a nadie, y de los departamentos de Vuskovic y del doctor París comenzaron a tirar los libros hacia abajo y los quemaban en la calle en grandes fogatas… En ese edificio vivía también gente de derecha y de la Democracia Cristiana, que nos denunciaron con nombre y apellido. Y el día 15 salimos, todos apretujados, en un bus… y empezó un recorrido de terror. Nos llevaron primero a Investigaciones, donde nos metieron en unos subterráneos, y ahí Lucho Corvalán me dijo: "mira, yo creo que voy a salir libre, me van a tratar de sacar"… Nos sacaron de allí y nos llevaron, como a la una de la mañana, al Estadio Chile, y allí un capitán nos dice: "no, son muchos, aquí no cabe ni un alfiler"… Ahí nos llevaron al Estadio Nacional… Al día siguiente, en el Estadio, me dijo un oficial: "su marido queda preso, pero usted sale libre"… Me acerqué entonces a Lucho Corvalán y le digo: "Lucho, necesito tu teléfono"… "¿Estás loca?"… "Es que salgo libre, porque soy la mujer de un militar…". Y anoté "corbata" (por Corvalán) y el precio de la corbata (su número telefónico)… Y salí. Bajé seis kilos en esos días y mi ropa tuve que sujetarla a mano, porque me colgaba… Y llamé a la casa de Lucho desde un teléfono público: "Lucho está vivo y en el Estadio Nacional.. que su mujer no vaya al Estadio"… Pero Ruth fue y la tomaron presa» (Testimoniante 12). «Estuve un tiempo en Concepción, pero no pudiendo continuar con esa experiencia me vine a Santiago el '75 y ahí comencé a trabajar en este salvataje. Me tocó meter a unos 23 o 24 muchachos y muchachas, miristas en su mayoría, por encima de la muralla, a la Nunciatura. El embajador no los podía echar y tenía que sacarlos del país. Eso era muy mal visto por muchos en la Iglesia: "este cura que se mete a la Nunciatura y anda saltando murallas"… Después hicimos un intento con la embajada de Hungría que no nos resultó mucho…» (Testimoniante 31.). «Nosotros no esperamos mucho, salimos y aplicamos nuestro plan, que partía por hacernos el famoso enmascaramiento… ¿cachai?, porque nosotros éramos dirigentes conocidos. Porque teníamos el pelo negro, la melena larga, las barbas al lote… Entonces, lo primero fue afeitarse. Y nos fuimos a una casa de seguridad… Y allí llegó nuestra unidad de enmascaramiento, de maquillaje, que eran unas compañeras que estaban preparadas para eso… Ahí, me senté, y

vinieron las niñas con sus ungüentos, me miraron, cabildearon entre ellas y me dijeron: "te vamos a subir el tono, para que no sea tan negro tu pelo, y te vamos a hacer rulos"… "Será, pues", dije yo. Entonces se abalanzaron sobre mi pelo, me lo decoloraron, me hicieron rulos y después me sacaron todos sus emplastos. Me miré al espejo y… "¡huevón, si parezco Luis XVI!"… Era raro… Y cuando salíamos en la noche con Juan Carlos a la calle para hacer contactos, teníamos que ir por las partes oscuras, porque bajo los faroles mi cabeza daba reflejos, como chispazos de cobre… Durante dos semanas, mantuvimos cierta organización…» (Testimoniante 21).

Con todo, tras esa primera fase postgolpe, que nos tomó desprevenidos (por la magnitud y salvajismo del ataque) y que nos obligó a escapar y a escondernos, nos fuimos dando cuenta de que las redes solidarias, de una u otra manera, las de los amigos y los parientes, las del pueblo y del partido, no se rompieron completamente. Que, pese a las detenciones y fusilamientos, resistían. Más aún: permitían remendar la orgánica partidaria, aquí y allá, y reponer los tejidos dañados, poco o algo. De acuerdo a un testimonio, a pocos meses del golpe mismo, aprovechando que la acción sindical comenzaba a tolerarse por parte de la Junta, al alero de un local de obreros de la construcción, en que trabajadores panificadores concurrieron con sillas y mesas, y gracias a la ayuda mutua pudo montarse una oficina desde donde actuar, aunque su acción se desenvolviera a mitad de camino entre la legalidad y la clandestinidad. Con ejemplos así, fuimos comprendiendo, intuyendo y confiando en que la cultura solidaria, que alcanzó en el pueblo y entre nosotros un gran desarrollo antes de 1973, no podía ser destruida por completo, ni con cárcel, ni con fusiles, ni con nada. Porque la muerte, a pesar de todo, a pesar del miedo que engendraba, no la destruyó; más bien la reconfiguró, e incluso la fortaleció. Y justo sobre esa intuición comenzamos a movernos de nuevo…

«Por supuesto, dejé de trabajar en Cristalerías Chile y empecé a sobrevivir. Comenzamos a reorganizarnos, a saber dónde están los compañeros con los que habías trabajado, o cómo están los familiares de uno. Empezamos toda una cuestión de conexiones y de formar redes de apoyo para muchos compañeros que estaban peor que uno. Lo que hicimos todo el año fue tratar de formar redes de solidaridad, y de informarnos de quiénes habían caído. Eso hicimos… todo el

año» (Testimoniante 8). «En esos momentos los compañeros del MIR crearon lo que se llamaron “las colonias”; o sea, se dio organización a los que venían arrancando de Concepción, a los que venían de Antofagasta, etc. Había como una “colonia” por cada región… Y empezamos a tratar de reorganizar el partido» (Testimoniante 21). «El partido creó una oficina para ayudar a los detenidos en Agustinas 853… y a mí me pusieron como secretaria y ahí llegaban todos los compañeros que tenían familiares presos o desaparecidos, o que tenían graves problemas económicos… Ahí llegaban todas las mujeres… Ahí yo era la secretaria, y yo trabajaba junto a un grupo de abogados, que eran casi todos comunistas, junto con la Vicaría de la Solidaridad»… (Testimoniante 74). «Yo volví a la casa de mis padres, pero seguí en contacto con mis camaradas y nos fuimos organizando de manera que pudiéramos actuar sin darnos a conocer… Tratamos de juntar noticias y transmitirlas, sacamos incluso una pequeña revista a mimeógrafo, muy simple, y la distribuíamos clandestinamente por aquí y por allá…» (Testimoniante 33). «Yo tuve que tomar una actitud muy normal, de niña buena. Tenía mi pololo, todo muy formal, para disimular viajes y qué se yo… Y todo eso eran instrucciones precisas… Y mi labor fue la misma de antes: servir de enlace. Tenía tareas de enlace entre Concepción y Santiago, con la Dirección Nacional del Partido. Informábamos de la gente que caía detenida, dónde la llevaban, a qué centro de detención. Hacíamos circular documentos que describían la tortura y los tipos de tortura… Yo, al menos, sabía lo que me podía pasar si me tomaban detenida…» (Testimoniante 49). «Y después empezamos, de a poquito, tímidamente, a tomar contacto con algunos compañeros. Uno conversaba con uno, y no quería nada… y conversabas con otro, y éste quería mucho. Hasta que logramos armar una red y darle una cierta funcionalidad, donde algunos estaban muy comprometidos, otros, menos, y así nos fuimos organizando. Sin embargo, éramos, sólo, militantes. Una simple red de militantes, porque estábamos alejados de la estructura misma del partido. Puede que alguien diga lo contrario, pero nosotros no teníamos ninguna estructura partidaria, y nosotros comenzamos a formar una estructura partidaria… Y esta decisión la tomaron muchos otros grupos también… Hasta que empezamos a buscar una forma de juntarnos, y así fue surgiendo lo que se llamaría la Coordinadora de Regionales del Partido Socialista. Estamos hablando del año 1974…» (Testimoniante 11). «Los compañeros de Concepción decidieron no resistir…no aplicar el Plan de Reacción, a conciencia de los costos que acarrearía. La decisión fue la de replegarse y protegerse y no generar muertes y costos de esa índole. Esto no fue lo que pensó el resto del país y la Dirección Nacional… El MIR de Concepción había sido intervenido por la Dirección Nacional… Sergio Pérez Molina fue el interventor del regional… Por

eso, el día del golpe el secretario regional del MIR renunció al MIR… Había existido una discusión política en desarrollo que cristalizó de ese modo el día del golpe. Este capítulo explica con qué humor y en qué disposiciones nosotros enfrentamos el golpe y lo que vino después» (Testimoniante 15). «Nosotros salíamos a hacer contactos, a conversar con compañeros, a tratar de articular células, algunos núcleos, eso significaba que de repente uno quedaba parado en el centro de la ciudad, y eso era inseguro… Entonces a uno se le ocurría ir donde el primo tanto, a almorzar, a pasar el rato y hacer hora hasta el próximo punto. Había gente que, sabiendo lo que nosotros hacíamos, fue siempre fiel, siempre tuvo las puertas abiertas, siempre un pedazo de pan. Y aprendimos a hacer barretines, para guardar la información, para transportarla y llevarla a las poblaciones. En estos trabajos fue muy importante la participación de las mujeres… gente que trabajaba para financiar la pega que nosotros hacíamos, recortaban parte de su sueldo para que nosotros nos movilizáramos. Eran trabajadores normales los que nos permitían hacer las pocas cosas que podíamos hacer, pero queríamos desarrollar una infraestructura grande… pero, en eso, el partido se empieza a dividir en estructuras distintas… nosotros quedamos entre dos de ellas…» (Testimoniante 29). «Durante un tiempo fíjate que no tuve muchos problemas. Tú tenías casas de ayudistas, conocías gente, te movías, conseguías recursos… incluso me acuerdo que yo trabajaba en documentación. Hicimos materiales para construir chapas para la gente. Nos conseguíamos sus datos, sus nombres, su número de carnet, fotos y, qué se yo, todo eso… De repente, cosa rara, algo pasó que yo entré a la categoría de los militantes que vivían en las casas del partido. Y allí fue como distinto, uno empieza a vivir de otra forma. Y tuvimos que darle credibilidad a la casa que nos tocó. La arreglamos, la encachamos… y, para hacer todo más natural… partí a buscar a mi abuela… y me la llevé para la casa… Y hacíamos comidas ricas, ella me enseñaba a cocinar, yo le tocaba la guitarra, y ella estaba feliz con los compañeros… Y cuando fui a dejar a mi abuela de vuelta, estaba la cagada en la familia, a mi papá casi le había dado un soponcio… sabían que yo estaba clandestina… quedó la grande, todos los tíos se enojaron conmigo… Pero ella lo pasó súper bien…» (Testimoniante 46).

Resulta evidente que la clandestinidad, junto con ser una mezcla de fuga y ocultamiento, fue también un ámbito y un tiempo en el que los sujetos rebeldes y las bases «descolgadas» desplegaran imaginación, autonomía, creatividad y astucia que, de abajo hacia arriba, fueron reconstituyendo redes y «estructuras»

de partido y, en conjunto, un «movimiento» elemental de resistencia. Donde quiera que las estructuras «centrales» de los partidos sobrevivieron y pudieron tomar contacto con esas bases y con sus improvisaciones, el proceso de reconstitución y resistencia, con sinergia propia, tomó cierta consistencia y algún vuelo. Como para seguir creyendo. Y luchando. De este modo, a un año o dos del golpe militar, precaria y todo, la «resistencia militante» se había desplegado en anchura y diversidad, abarcando múltiples campos de acción.

«Cuando en el año 1974 yo estaba clandestina, estábamos trabajando con mi compañero en la cosa de la salud… Y armamos todo un aparato… Arrendamos un lugar que pertenecía a mi familia y ahí instalamos una cosa para la gente que llegaba herida, baleada. Y atendí también a gente que llegaba con dolor de muelas… Lo que no hicimos fue cambiar los rostros, deformar las caras de los compañeros… Nosotros dábamos indicaciones para que la gente lo hiciera por sí misma… La finalidad de ese centro era atender gente que tuviera problemas de salud, y lo hicimos por un buen tiempo…» (Testimoniante 7). «Mi compañero era del sector militar del MIR… A mí me sacaron de mi sector y me llevaron al sector de él, pero tampoco me integraron, porque yo no era milico… allí estuve siempre sólo de apoyo. Lo que yo veía era que recuperaban armas que habían quedado botadas. Los socialistas empezaron a entregar armas al MIR. También hicieron algunas acciones como para marcar presencia (tirar bombas llenas de panfletos, por ejemplo) y lo otro que hacían era esconder armas. Hacían una especie de tatú, cavaban y metían allí el armamento, algunos documentos, etc. Pero era eso, básicamente, algo realmente ofensivo yo no vi, pero a lo mejor eso ocurría, sólo que por el nivel de compartimentación que existía, yo no podía saber. Nadie sabía cómo se llamaba el otro y qué hacía, exactamente. No había ninguna socialización. Y estaba en un sector militar sin ser yo militar. Yo no tenía contacto con el Comité Central, no sabía lo que ellos estaban proponiendo. Sólo recibía documentos» (Testimoniante 70). «Yo me seguía dedicando a la creación de infraestructura de apoyo… tenía redes de amigos y familiares que me proporcionaban recursos. Provengo de sectores medios… En una de ésas fui a pedirle a mi tío, que era ministro de Pinochet (era un general de carabineros, Ministro de Agricultura), un par de sacos de dormir prestados porque me iba a ir fuera de Santiago… Me dijo que no me preocupara y llegó con dos sacos de dormir de oficiales, que estaban nuevos… Y yo los quería para pasárselos a dos compañeros de la fábrica SUMAR, que estaban en una casa que yo les había conseguido –yo estaba encargada de eso– y que no tenían

dónde tirarse a dormir en esa casa… Y yo les conseguía comida. Y también me correspondía preparar la metida de los compañeros en las embajadas…» (Testimoniante 50).

No hay duda: Chile había cambiado. La vida de los compañeros, nuestra vida, había cambiado radicalmente. Las relaciones se tejían, ahora, de otra manera. No había fluidez ni conexión entre las relaciones normales de la «sociedad» y las relaciones normales de la «clandestinidad». Eran dos vidas, dos sociedades, dos mundos distintos. Y teníamos que estar, de alguna manera, astutamente, en ambos lados y, a la vez, entre los dos. Divididos, duplicados o desgarrados. En ese contexto retorcido, las relaciones familiares y de afecto se alteraron profundamente, a veces, para debilitarse o postergarse, otras veces, para enriquecerse y alcanzar otra dimensión de profundidad. En este sentido, cobraron especial relevancia las relaciones de pareja. Pues, no es lo mismo quererse en tiempos de normal cotidianeidad sistémica, que en tiempos brutales de... «tiranía».

«A mi compañero lo dejaron trabajando hasta octubre de 1973. Yo me quedaba con todo el miedo de que él salía a trabajar y… yo preguntándome ¿irá a llegar? ¿Le pasará algo? Él trabajaba en la Distribuidora Nacional de Alimentos, y antes, durante el gobierno de Allende, tenía que denunciar los acaparamientos, vigilar los camiones que distribuían los alimentos… Era una incertidumbre de todos los días... Afortunadamente, lo despidieron en octubre… Y nos casamos el 4 de diciembre… Pero entonces comenzamos a vivir mal… de lo que nos podían dar. Yo tenía una niñita chica, una guagüita, en realidad… Y era mi suegra la que apechugaba, pese a que no era una persona de izquierda. Estaba muy molesta con todo lo que estaba pasando. Sentía que yo era la culpable de que su hijo regalón estuviera metido en líos políticos, cuando la historia era al revés… Yo pasaba días enteros encerrada con mi hija en una pieza de 3x3 metros, porque mi marido salía a buscar comida para no causarle problemas a mi suegra… Pero nunca quisimos irnos de ahí… Y yo no podía hacer ningún trabajo político porque tenía que cuidar a mi hija… tenía que salir con ella. Mi marido siguió militando. Yo me quedé como dueña de casa. Estuve en eso algo más de una año… Nos dijimos: "uno de los dos se tiene que quedar aquí, uno de los dos tiene que cuidar la niña"… Y él era más importante que yo

en la lucha desde la clandestinidad… Y yo no sabía lo que él hacía. No tenía idea. Era socialista y nunca tuve idea de cuál era el cargo que ocupaba. Me vine a enterar de eso en la Villa Grimaldi… Y él no sabía tampoco qué hacía yo en mi trabajo político… Fue un acuerdo que tomamos» (Testimoniante 74). «Nunca, en ese período, usé mi nombre verdadero. Él me conoció con un nombre político, que después tenía que ir cambiando, y eso era un lío. Y en marzo de 1975 nos casamos, porque yo tenía nacionalidad italiana y era bueno que nos casáramos para que yo formalizara mi situación. Pero, además de eso, nos queríamos… Yo no quería casarme porque estaba clandestina y estábamos ya perseguidos por la DINA, pero hubo que hacerlo… Y fue en ese momento, en el casamiento, cuando nos presentamos y nos dimos nuestros nombres verdaderos, después de casi un año de que nos conocíamos… ¡Nos presentamos recién el día de nuestro matrimonio!...» (Testimoniante 7). «…Teníamos que juntarnos con "Isabel". Teníamos una reunión en un punto en Valparaíso, pero los caminos estaban bloqueados, y no pude ir a Valparaíso… "Bueno –me dije yo– aparecerá algún día por el banco donde trabajo". Ella sabía donde yo trabajaba… El contacto con "Isabel" era importante para que mi grupo siguiera funcionando… Salí a buscarla por todas partes. No la encontré… Pero el 15 de septiembre de 1973 tocan el timbre de mi casa… y era "Isabel"… "¿cómo cresta supiste dónde vivo?", le grité. Y ella me dijo: "primero tienes que decirme que estás contento porque estoy viva"… Y viene hacia mí y nos damos un beso. Salimos. Me dijo que habían allanado su pensión, pero que, felizmente, a ella no le pasó nada. "Entonces tienes dos posibilidades: o te vuelves a tu casa o te vienes a vivir aquí"… Y ella siguió: "¡espérate, espérate!". Y yo seguí insistiendo en cómo ella había dado con mi domicilio. Entonces, mirándome directo a los ojos, me dijo: "¿y no te das cuenta, huevón, de que tienes un apellido extranjero y debes ser el único con ese nombre? Como yo lo sabía, busqué en la guía de teléfonos y, punto, estoy aquí"… Entretanto, la descoordinación entre los compañeros era espantosa. El encargado de la estructura falleció en un hospital producto de un accidente estúpido y quedamos todos descolgados… Discutimos mucho con algunos compañeros que querían asilarse… Nosotros lo conversamos con Isabel: "nos quedamos"… Nos seguimos juntando en diversos puntos… nos dejábamos señales en un muro que está al frente de la Universidad Santa María… y allí, si uno de nosotros subrayaba la palabra "pico", significaba que "el contacto va". Ésa era nuestra contraseña, algo tan normal en los rincones de nuestra ciudad… Y supimos que había compañeros detenidos que salían a "porotear". Entonces yo le dije: "esto está peligroso, tienes que volver a tu casa y presentarme como tu pololo. Y yo juego ese rol y tú el rol de polola"… Yo quería formalizar una relación "de

pareja", para que nuestra relación no fuera una relación "de aparato"… A veces iba yo a los contactos, a veces iba ella, y a veces íbamos juntos… Y eso fue siempre con todos los contactos… Mi familia nos regaló un pasaje para los dos, para tomar un crucero a Europa, durante tres meses… La mamá de Isabel juntó plata y le regaló el pasaje a su hija… Había peligro, las familias querían que nos fuéramos… Pero no fuimos al crucero… En enero, como siempre, fui al contacto con Isabel y la pasé a buscar a su casa ¡estábamos tan acostumbrados a ir juntos!... Y caímos los dos aquí, en Quilpué mismo, en la calle Covadonga con Thompson… No hicimos el contra-chequeo del punto… Y de repente apareció la camioneta C-10 blanca… Se bajó el guatón Romo, el Troglo, y nos detienen… Nos pusieron la venda…» (Testimoniante 24; "Isabel" era María Isabel Gutiérrez Martínez, detenida desaparecida).

A decir verdad, ningún tipo de relación humana o social se articuló bien, fluidamente, o bajo una forma definida, durante el período de clandestinidad. Ni la relación «de pareja», ni la relación «de aparato», ni la relación «laboral», ni la relación «de familia». Todo el entramado social que pisábamos era inestable, fragmentado y resbaladizo. Lo único que sostenía era la «idea», la «causa», la «solidaridad» y la tendencia a asegurar todo eso en torno al partido y la organización. El «partido» era un norte magnético al cual se dirigían todos los pensamientos, nuestras acciones, nuestros «puntos de contacto», porque, sin él, ni nosotros teníamos plena identidad, ni la tiranía encontraría, de parte nuestra, resistencia... (¿y de dónde, si no?). Y si nuestras relaciones «estructurales» de pareja eran inestables por la situación, las del partido lo eran también, con mayor razón, y las «de familia», lo mismo.

«Vivimos… con un nivel de descoordinación y de falta de organización partidaria enorme. De repente se descolgaban estructuras completas y quedaban botadas. No se sabía como podíamos reconectarnos. Se suponía que teníamos que vivir con la plata que nos daba el partido, pero, por eso mismo, la plata no llegaba… Fue un período duro, difícil, muy difícil… Y en ese período tuve a mi hijo… Con mi familia me comunicaba a veces, por teléfono, no nos veíamos mucho, pero nos veíamos. Ellos querían que yo me fuera del país. Estaban muy asustados, pero, aun así, me apoyaban. Consiguieron casas de seguridad con las amistades que ellos tenían… Todo se complicó más aun

cuando cayó preso mi compañero, pues quedé sola con mi hijo…» (Testimoniante 70). «Poco después del golpe mi hermana V. anunció que iba a entrar en clandestinidad, y desapareció… Una vez llegó una carta de ella, que fue a dejar al trabajo de mi cuñado… Nos decía allí que nos íbamos a dejar de vernos un tiempo. Y nosotros no entendíamos mucho por qué. No sabíamos cómo manejar eso, nunca habíamos vivido algo así… Y así fue. Nos dejamos de ver un largo tiempo… Hasta que llegaron los militares a nuestra casa» (Testimoniante 16). «Nos fuimos con mi esposo a mi casa, pero mi padre no dejó entrar a mi esposo, que tuvo que buscar refugio en otra parte, y yo me quedé sola allí con mi hija. Mi padre cantaba la canción nacional apoyando el golpe militar y decía: "¡ahora se van a acabar todos estos extremistas!" y me decía: "tú deberías entregarte"… Fue violentísimo, desgastante…» (Testimoniante 75). «Me separé de mi familia y me fui a una casa de seguridad. No podía volver a la casa de mis padres, que estaba a media cuadra de La Moneda… Y estuve como un mes y medio en esa casa de seguridad… Y me fui preocupando por mi mamá, que estaba en Chiloé tratando de venirse a Santiago y no podía. Y ella no sabía que podría habernos pasado a nosotros… Si le quedaban hijos, o no. Estaba acostumbrada a vivir una vida normal en democracia y allá se quedó sin nada, y aislada. Es que, para ella, todo cambió demasiado… Finalmente, mi hermano fue a buscarla en su citroneta y la trajo de vuelta a Santiago. Poco a poco aprendió a vivir bajo dictadura…» (Testimoniante 6). «Yo no tenía idea qué era el MIR, no sabía nada, y me daba lo mismo que el MIR fuera MIR, SOPA o cualquier cosa. La cosa era que mi hija estaba metida en ese partido. Y yo…, bueno, de repente llegaba a mi casa un joven, muy misterioso, y dejaba en mis manos un fusil. Y yo tenía que guardarlo en el subterráneo. Allí abajo yo tenía linchacos, toda clase de cuestiones, que me iban trayendo. Pero yo me desesperaba por ella, te fijas. Yo no estaba preocupada por el país, no sabía nada de desaparecidos, ni de torturas, ni de nada… Y yo seguí estudiando, seguí con el Tai y con los niños… Siempre atenta a recibir llamadas de la T… Y de repente llegó A., feliz, y me dijo: "soy papá". Me contó que habían estado clandestinos, que de la Universidad Católica los habían llevado los pacos… Después se fue para otra parte, para otra casa. Y yo quedé preocupada porque andaba con una guagua… Eso era una cosa delicada. Yo sé lo que es tener una guagua. Ahí me empecé a preocupar…» (Testimoniante 71). «Mi vida privada, personal, se acabó. Se acabó. Ya no fui más a mi casa y empecé a vivir clandestinamente y se terminó mi vida social. Empecé otra vida de compromiso con lo que yo creía, que al principio era intuición, una resistencia intuitiva, pero después fue una acción política, una lucha frontal… busqué la forma de derribar la dictadura» (Testimoniante 11). «En ese minuto a nosotros no nos pasó nada.

Nada. Vivíamos en Mapocho, sentimos los balazos y todo eso, pero no nos pasó nada. Bueno, pero después supimos que a mi hermano lo habían detenido y que estaba desaparecido… Ahí comenzamos a ir al Estadio Nacional, a llevarle ropa, comida… cosas que nunca le llegaron» (Testimoniante 60). «Mi padre era el que llevaba el sustento de la casa, y ya no estaba. Entonces fue bastante duro y difícil para nosotros poder salir adelante… Toda la gente que uno conocía era en su mayoría militantes del partido, entonces uno no podía ir a verlos para pedir ayuda porque entonces uno iba a darles pistas y direcciones a la DINA… Pero fuimos a la Vicaría de la Solidaridad cuando, con una llamada telefónica, nos dijeron que mi padre había sido detenido… La vida de la familia nunca más volvió a ser la misma. Ya nunca volvimos a estar todos en la mesa. Teníamos incluso un mantel bordado que decía dónde se sentaba cada uno de nosotros… Mi padre salió ese día de la casa y no volvió nunca más…» (Testimoniante 76). «Allanaron la casa y se llevaron a mi papá. Lo único que encontraron en la casa fueron unos ejemplares del diario El Siglo. Mi papá estaba trabajando en el SAG, pero él tenía un cargo político que no supe cuál era… Parece que era jefe de una seccional… Fue entonces cuando mi mamá me mandó al campo, lejos de todo, y allí estuve hasta febrero de 1974…» (Testimoniante 74).

La diversidad de experiencias vividas, a pesar del impacto común que recibimos todos, nos forzó, en cierto modo, a realizar reflexiones y análisis que, no necesariamente, fueron coincidentes entre sí. El eclipse que afectó a las cúpulas dirigentes y a las estructuras centrales de los partidos no sólo dejó espacio para la libre reconexión y libre generación de resistencia por parte de la militancia de base, sino también para pensar con autonomía la realidad específica de cada grupo, colonia o estructura auto-generadas. Eso condujo a la aparición de fracturas ideológicas y políticas entre los militantes, que contribuyó a tensar aun más la situación en que vivíamos. Casos conocidos, en este sentido, fue lo ocurrido al Regional Concepción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, y el proceso que llevó a la aparición de la Coordinadora de Regionales del Partido Socialista. Pero, en el día a día, nosotros mismos, los militantes de base, individualmente, sentíamos que debíamos hacer valer nuestras opinión crítica, en un sentido, o en otro, de acuerdo con la línea central y oficial del Partido, o en desacuerdo con ella. Y lo sentimos no sólo porque hacer eso era «legítimo», sino porque derivaba de la misma realidad, muy obviamente, y de la fuerza de las percepciones valóricas, analíticas y políticas que habitaban en cada uno de nosotros.

«Uno iba recibiendo información sobre que una cantidad de compañeros se habían ido del país. Y en esto había que ser cuidadoso. El primer error grave que cometió el MIR fue el haber establecido de modo dogmático la consigna: "el MIR no se asila". Se pusieron, así, fronteras que nadie había solicitado, ni debatido. En circunstancias que era una organización con la mayoría de su gente absolutamente quemada. Un partido nuevo, además, que recién estaba creando su infraestructura, que era precaria e insuficiente para toda la militancia que estaba quemada. Porque, aunque se dijo que el MIR era una organización clandestina, la mayoría de su gente era legal o semi-legal. Los aparatos cerrados recién se comenzaron a formar desde el año 1973 en adelante. Esto lo conversamos mucho con "Isabel"… Además, en ese contexto, supimos que parte de la dirección regional (que había caído presa) estaba colaborando… que el encargado del Regional arrendaba una casa de US$ 500 de 1975, mientras había montones de compañeros que no tenían ni qué comer y se alimentaban sólo con tasas de té…» (Testimoniante 24). «Se perdían los contactos con una facilidad tremenda, y si tú lograbas hacer y mantener un nuevo contacto y creabas una nueva estructura, volvían a caer… Todo era reconstruir… dominaba la pérdida de contactos. Y después vino la desbandada. En Viña, Quilpué, Villa Alemana hasta Quinteros, habíamos sobrepasado los 200 compañeros… Después quedamos como 17… Y ante eso uno ve y dice: nuestro trabajo no fue tan bueno, porque si hubiese sido bueno… no hubiésemos quedado aislados… Dos compañeros me dijeron que se iban del país, y yo con uno de ellos fui extremadamente duro, es algo de lo que hoy día me arrepiento. Lo traté muy mal… era la influencia de esa concepción errada del "no al asilo"… El fue honesto conmigo, pues me dijo: "tengo miedo, yo no creo que sirva para esto"… Mario, si algún día me escuchas, te pido mis disculpas»… «Yo cité a la base a una reunión –como de amigos– en mi casa. Íbamos a discutir qué decisión iba a tomar cada uno de nosotros ante la situación de golpe y post-golpe. A poco de iniciar la conversación, un compañero –que era militante–, dijo, muy serio: "yo creo que no voy a continuar militando, me voy a retirar, porque estoy un poquitín cansadín…". El tono era tan natural y espontáneo, que nadie dijo nada. Más bien, a todos nos dio, por dentro, un poco de risa. Y lo tomamos con humor. Y a partir de ese día, tres compañeros (militantes) se retiraron a su vida privada. Eso no era coherente con la política oficial del partido, pero era coherente con nuestra decisión de continuar con nuestra vida cotidiana lo más normal posible. Tanto, que ni siquiera nos afeitamos… Después, el discurso de ese compañero lo hemos tomado siempre

como una expresión divertida, simpática…» (Testimoniante 20). «Ustedes saben que en ese período el Servicio Médico Legal –la Morgue– estaba repleto de cadáveres muertos a balazos, que cubrían el suelo, las escaleras, las mesas… Así que, a buen entendedor, era evidente que se estaban violando los derechos humanos… Yo, por eso, jamás rechacé en la Corte un recurso de amparo, cuando me daba cuenta que no se habían cumplido los requisitos legales de la detención… Y era una Corte muy conservadora. Yo nunca he militado en un partido político –y lo digo con orgullo– aunque me consideraba a mí mismo una especie de demócrata-cristiano. Sin embargo, cuando se hizo evidente que estaba llegando el término de la dictadura, los demócrata-cristianos, preparándose para su eventual acceso al Gobierno, comenzaron a preguntar a cada uno de qué partido éramos… En política, por último, yo prefiero los partidos que son o no son, pero los que son y no son al mismo tiempo, los considero pertenecientes a la tradición del hombre-corcho… la Democracia Cristiana es un partido que se acerca al sol que más calienta…» (Testimoniante 34). «En el Partido Socialista, un sector importante –no todo el partido–, junto con el Partido Comunista, llegamos a la convicción de que la única manera de enfrentar a la dictadura era formar un Frente Amplio con la Democracia Cristiana, que había sido despojada de todas sus posiciones de poder, la habían suspendido como partido político, sus dirigentes habían sido humillados y calumniados… Había otros sectores que no estaban de acuerdo, que la D.C. era esto, lo otro y lo de más allá, y esto produjo más de una fractura dentro de nuestro partido… También había un sector que se acercaba al MIR y decían que era posible revertir la situación… bueno, el MIR pagó muy caro esa postura política. Después de la muerte de Miguel Enríquez, eso quedó más claro que nunca… Y nuestro acercamiento a la DC fue de dulce y de agraz, por supuesto… No era fácil esa relación. Había que conversar con Huepe, con Leighton y con Eduardo Frei, o sea, con esas montañas políticas, con esos tanques…» (Testimoniante 28). «Se hizo una reunión de unas quince personas, más o menos, en una casa de seguridad… Y ahí nos leyeron un informe político… era un análisis impresionante de lo que iba a pasar en Chile en el futuro… Predecía, tomando como base lo que había pasado en Brasil… Y que el régimen que se instalaría iba a durar muchos años. Y esto era contrario a lo que pensaba la mayoría, de que la dictadura iba a durar un año o, a lo más, dos… Y nos hablaron de décadas… Era una cuestión impresionante… Fue una clase magistral de economía, sociología, todo junto. No se me olvidó nunca ese informe, por lo bueno, por lo claro, por la proyección… Por lo tanto, deberíamos haber sabido que ciertos proyectos socialistas no eran viables de la manera en que se pensaban… Y ya estaba claro que no habían sido viables…

Eran proyectos cancelados históricamente… Pero nosotros seguíamos luchando»… (Testimoniante 4). «Lo que hice fue meter en el diario un pequeño artículo cuando asesinaron a Miguel Enríquez, y eso no les gustó. Y me sacaron, me empezaron a correr de ahí porque tal vez yo era demasiado unitario (por decirlo así)…» (Testimoniante 33). «Me reconecté con la militancia y volví a militar en el Partido Socialista… y caí en la fracción contraria… era lo que me tocó… Nunca sabías en qué partido te estabas metiendo… porque unos eran de una onda, otros de otra, entonces el azar te llevaba de un lugar a otro… Pero igual había que andar con un nudo en guata, porque había peligro… y hacíamos cosas ridículas… Nos re-articulamos en torno a la familia y a los amigos… Entonces, a pesar de ser muy amigos, de tener nuestras direcciones y teléfonos, de conocer las pololas, de juntarnos en las fiestas y hasta en los velorios… nos citábamos misteriosamente en un esquina y… "Hola, Raúl"… "Hola, Felipe", sabiendo de más que Raúl era Pedro y Felipe era Juan… Entonces, no sé… ¿qué clandestinidad?... Era como medio chistoso… Y los partidos, hasta los más pintados –como el MIR– igual cagaron… Teníamos medidas de seguridad ridículas… Leíamos nuestros periódicos en unas fotos así de chiquititas, frunciendo los ojos, cabían dentro de un tubo de pasta de dientes, y eran noticias súper teóricas, grandes discusiones estratégicas… Los partidos no daban patada con bola… ¿cuántas direcciones de partido completas cayeron en qué lapso de tiempo?... Era muy complicada la militancia de ese tiempo»… (Testimoniante 3).

… Tal fue el «modo», diverso, precario y tortuoso, con que se absorbió el shock inicial del ataque militar de septiembre de 1973, y el shock represivo que le siguió después –durante un año o año y medio–, que obligó a vivir la inconexa y amenazada vida de «la clandestinidad». Fue la primera prueba de fuego de nuestro compromiso solidario y rebelde. Una prueba que, a decir verdad, desarticuló seriamente –pero no aniquiló del todo– nuestro movimiento conjunto y nuestro proyecto social. Que además –según se puede observar en los testimonios transcritos– nos obligó conocernos a nosotros mismos en profundidades y dimensiones que antes no habíamos explorado. A vivir la solidaridad, por ejemplo, ya no en tono generoso, festivo y a pleno espacio público, como antes, sino en tono dramático, más coloquial, en escondrijos cercados, tanto en lo que se refería a la seguridad de los demás compañeros, como en lo que se refería a la seguridad propia. Si el temple de nuestra militancia demostró no estar forjado colectivamente al acero puro, supimos, a lo

largo de esta primera prueba a fondo, que, al menos, el metal del que estaban forjados la mayoría de los sujetos rebeldes, en sí mismos, era flexible, adaptativo, creativo y, siempre, fraternal. Y esta constatación no era una cuestión menor, porque eso era, en ese contexto de situaciones límites, supervivencia, porfía, pero, sobre todo, semilla…

c) Detención y tortura

La tiranía militar que siguió al golpe de Estado atacó a matar –sin ningún principio político ni valor ético que presidiera su tipo de acción, sin ningún respeto por la vida y la dignidad de las personas– a las organizaciones de la Izquierda, tanto a las partidarias como a las social-populares. No sólo por el potencial peligro «militar» que ellas pudieran contener, sino también por su eventual peligro «político», y su inasible peligro «ético-cultural». Su ataque tenía por fin eliminar ese triple peligro, a como diera lugar –pues no era un simple motín cuartelero o un sorpresivo putsch de Palacio, sino algo mucho más definitivo–, a cuyo efecto debía, siempre con la muerte en ristre, producir, tan rápido como fuera posible, un shock mortal a toda la ciudadanía de Izquierda, a todo lo largo y ancho del país. Un shock lapidario, definitivo y aleccionador. Y no tenía la menor importancia que los cadáveres flotaran en el Mapocho a vista y paciencia del mundo entero, o que la Morgue reventara por dentro con los cadáveres acumulados allí. El ataque a las «organizaciones» de la Izquierda y del pueblo trabajador debía ser –y fue– aplastante, irrefrenable, como una pinza relámpago de la blitzkrieg nazi.

Estratégicamente, era la guerra a muerte (so pretexto de la «guerra fría») contra el principio supremo de la Izquierda: la Organización. Contra el principio revolucionario de el Partido y el Sindicato. Diríase: Manuel Contreras, Augusto Pinochet & CIA Ilimitada, contra Lenin. Y, detrás de éste, contra la clase popular.

El ataque a matar concentró sus fuegos, por tanto, contra los eslabones de la organización. Sobre sus estratificadas cadenas asociativas, sobre sus rígidas verticales de mando. En suma, contra las líneas, vértices y puntos axiales del organigrama. Apostando a la caída en cadena del efecto dominó. Cayendo sobre

un punto, capturando a un militante, torturando hasta la muerte, y siguiendo luego, con la misma táctica, hacia el costado, o hacia arriba, o hacia abajo, triturando cada eslabón, cada línea estructurada, cada celdilla nucleada. Con esa táctica, como cáncer o tejido gangrenado, sin escrúpulos de ninguna especie, pudieron avanzar a paso de ganso por dentro de las estructuras, que se derrumbaban a su paso como castillos de naipes…

Así, el resultado de esa guerra era, por entero, previsible. Y nos guste aceptarlo, o no, pero ese tipo de guerra venció a nuestra Organización. Derrotó al movimiento solidario, pero sólo, y tan sólo, en tanto «organización»…

Por eso, todos y cada uno de nosotros sintió cómo, entre 1975 y 1977, en nuestro alrededor, como un alud avanzando metro a metro, caían las estructuras, una tras otra: las centrales y las periféricas, las de cúpula y las de base. Y cómo la prisión, la tortura y la muerte nos iban rodeando, paso a paso, inminentemente. Estrechando el cerco…

Cuando el cerco se estrecha…

Siempre se supo –en base a información directa, o a premonición, o a pura imaginación– cómo el cerco se iba estrechando... Y conscientes de que eso significaba el inicio de la persecución, hubo que escapar de un punto a otro, y, a la vez, prepararse subjetivamente para la inminente caída. Para el día «D» personal. Y esto, naturalmente, implicaba estar dejando de lado, categóricamente, toda posibilidad de asilo, de entrega, o de traición. El estrechamiento del cerco generó, por tanto, el rápido desarrollo de una cultura sicológica sobre la inminencia de «la» caída...

La Testimoniante 13, desde mediados de 1974, comenzó a recibir información sobre los lugares de detención que tenía la DINA, sobre la tortura que allí se aplicaba, y las consecuencias probables –muerte incluida– que se derivaban de ella. Y le recomendaban que, primero que nada, debía saber lo menos posible de otros militantes, tener varias casas se seguridad, moverse rápido, usar técnicas de chequeo y contra-chequeo, hacer barretines, etc. Esto, en cuanto a la teoría del escape, el escondite y los contactos. En cuanto a la caída misma –que implicaba, ipso facto, tortura– le recomendaban soportarla durante un tiempo razonable

para que los otros militantes se enteraran de su caída, y pudieran escapar… Y era muy importante, a ese mismo efecto, que se preparara para aguantar y neutralizar el dolor, para no hablar demasiado, no colaborar, no quebrarse… Todo eso estaba bien –pensaba la Testimoniante 13– pero ¿quién podía asegurar de antemano la intensidad del castigo aplicado por los torturadores, si éstos jugaban a menudo, desaprensivamente, fuera de toda lógica, con la muerte? ¿Quién podía conocer de antemano el umbral de dolor que cada uno tenía desde el nacimiento, o por cultura adquirida? ¿Quién se había puesto a prueba, en aprendizaje, con ese tipo de desafío?... «Nosotros sabíamos de compañeros torturados –dijo ella–, como los llamados «huevos», y tú, al verlos por la TV, asumías que si personas como ellos, que habían tenido una militancia importante dentro del MIR, habían comenzado a cooperar con la DINA, es que, entonces, la tortura no era una cuestión simple y sencilla. Y tú empezabas a preguntarte entonces si tu umbral del dolor era diferente al de ellos, o suficiente para no cooperar. Porque hay que personas que podrían aguantar un determinado castigo, pero otras, no. Y, a decir verdad, era muy traumatizante y angustiante sentirte perseguido, sin saber hasta cuándo ibas a seguir libre y, si caías, cuánto ibas aguantar»… Porque lo que estaba en juego no era menor: o tu integridad física y tu vida misma, o la integridad de las estructuras de la «organización». ¿Qué valía más, el principio absoluto de la conducta revolucionaria: «no hablarás ni entregarás información», o el principio relativo de conducta humana atenida a situación real: «entrega lo necesario»? Los compañeros llamados «huevos» sostuvieron que, dada la situación de aparente derrota, no tenía sentido sacrificar la vida por una organización que se estaba derrumbando… «Entonces, para mí era muy duro –agregó la Testimoniante 13– saber que tal persona había caído presa, que la estaban torturando, que los agentes de la DINA iban a saber de mí e iban a llegar hasta mí, que yo no sabía qué me iba a pasar, cuánto iba a resistir… La expectativa de todo eso era terriblemente traumática, tanto así, que, si te agarraban de verdad –nos habían dicho– te venía como un relajo… «bueno, ya me tocó, se acabó, veamos…». Y yo caí porque yo no tenía, ya, dónde ir… toda la estructura a la cual yo pertenecía había caído previamente… No tenía a quién recurrir… Me acordé de un familiar mío, una prima joven, para que me diera un poco de ropa… Y cayó presa conmigo porque nos pillaron en la misma casa… y agarraron a toda la familia de esa casa… Yo estaba durmiendo y me despertaron a culatazos. Estaba rodeada de gente de la DINA apuntándome con sus armas…».

Esa expectativa traumática te seguía y perseguía, además, noche a noche, día a día. Como un fantasma adherido específicamente a ti, que te empujaba sin pausa

a cumplir tu día «D» personal. Tanto, que, a veces, uno se sentía empujado inexorablemente a un destino fatal, ya prescrito y determinado: tú tenías que caer. Tenías que pasar por los brazos –o los estertores– de la muerte. Pues, a veces, nos llegamos a encontrar en ese punto en que la mística revolucionaria era eclipsada por el tronar de ese trauma, tanto, que uno caminaba a ratos como autómata, hechizado, a cumplir la fatalidad del destino… «Yo recibí una llamada de mi superior jerárquico –contó el Testimoniante 3–… que me dijo: «Carlos, necesito verte»… Mi amigo era lacónico, pero esa llamada era totalmente inusual, porque al día siguiente, a menos de 24 horas, yo me iba a encontrar con él, además de que teníamos prohibido citarnos en directo a las casas respectivas… Yo me dije: «esto huele mal»… Y empecé a darle vueltas al problema… ¿voy o no voy?... Si esto es una trampa, ya conocen mi casa, o por el teléfono pueden llegar a mi casa… Si me quedo aquí me van a encontrar igual, y si me voy… ¿a dónde me voy? Ya no hay locomoción a esta hora y no tengo auto, y si me fondeo ¿dónde me fondeo? Toda mi red familiar era conservadora, de derecha, y mi red de amigos eran todos sociólogos y militaban conmigo, no podía meterme en la casa de ellos… Tenía la guata apretada ¿qué chucha hago?... En una organización bien preparada, éste sería un problema que se resolvería al instante, mecánicamente. Pero no era el caso. Me di cuenta que la solución a ese problema tenía que inventarla yo mismo, y ahora, al instante… Finalmente, no sé cómo, me dirigí a la casa de mi amigo-jefe, el dirigente con el cual jugábamos el jueguito de llamarnos con otro nombre, y de hacer que no nos conocíamos, cuando nos conocíamos. Y llegué a su casa, y estaba todo oscuro, la ciudad vacía, ningún auto en las calles… Me dije: «voy a dar una vuelta al edificio»… Nada. Todo vacío. «Voy ahora a fijarme en las ventanas, deberían estar prendidas porque me están esperando»… Y nada, todo apagado… «¿qué pasa? –me dije– todo esto es bien raro, se supone que me están esperando y no hay ninguna luz prendida». Además, la puerta de reja estaba cerrada con llave, la empujé y no pude abrirla… «¿qué mierda hago? ¿entro o me voy?». No tenía plata ni para tomar un taxi, ni un bus… «¿y si me exilio?... pero ¿dónde? ¿con quién converso?»… Dudas, dudas puras dudas. Estuve como media hora dándome vueltas frente al edificio, sin entrar y sin irme. La puerta cerrada era una clara señal de que yo no tenía que entrar, pero no me decidía a nada. Mi inexperiencia era tan grande que no era capaz de tomar ninguna decisión. Sabía que todo esto era anormal y que yo, de todos modos, iba a cagar… Como cristiano que había sido, estaba condenado al martirologio… Finalmente, apreté los dientes, el culo, apreté todo, y toqué el timbre. Nadie abrió. ¡Y toqué de nuevo: pii, piiii, piiiiii!... Nadie abrió. Se asomó un vecino y, desde arriba, tocó un botón, y abrió la reja. «¡Nooo, cierra!», le alcancé a gritar yo… pero entré.

Llegué frente al primer departamento, golpeé la puerta y… ¡zaf! dos manos se abalanzan, me tiran contra la muralla y, de inmediato, me sacan la ropa... En el fondo del pasillo alcancé a divisar a mi amigo-jefe… ¡tenía una cara!... Me agarraron a patadas, me pusieron scotch en los ojos… y, bueno, eso fue».

Tal vez la formación familiar, religiosa, social o cultural influyó en el modo en que se configuró el «trauma» de los días previos a la caída. Porque, a veces, uno se sentía como predestinado a «caer», como le ocurrió al Testimoniante 3. Mientras que otras veces, como por instinto, nos sentimos impulsados a escapar a toda carrera y escondernos, por cualquier medio, por sobre cualquier riesgo. La Testimoniante 50, siendo todavía estudiante de tercer año medio, no dudó un segundo: escapó y miró todo desde lejos... «Después de esa detención del 11 de septiembre –recordó ella– no volví a mi casa nunca más. Mis padres tuvieron, además, que cambiarse. Yo estuve un período largo viviendo en un convento de monjas. Pero, fíjate, volví al colegio –¡qué loca esa historia!– y hablé con la directora y con todo el mundo. Yo quería terminar el tercer año. Me aceptaron… Hasta las compañeras que eran de Derecha y de la Democracia Cristiana me recibieron bien, me comprendieron, como una cuestión de humanidad, personal, dijeron. Pero un día llegaron los milicos de Tejas Verdes a buscarme al mismo colegio, porque un grupo socialista de la 7ª Comuna había caído… Y se llevaron a un montón de gente presa… y me fueron a buscar… entraron a la sala, pero una niña que era socialista también me sacó a tiempo de allí y yo me escapé por atrás, por donde está el mercado, y me fui. Era como abril de 1974… Me fui al edificio del frente y desde allí los miré: estaban en la puerta del colegio, desde Marcoleta hasta Diagonal Paraguay, con micros, con camiones, con todo. Y vi cómo se llevaban a compañeras mías… Y ahí me comencé a sentir mal, porque me decía: «¿qué responsabilidad tienen?... Si me están buscando a mí, que me lleven a mí, no a ellas»… Y se me cruzó la idea de ir a entregarme… Pero no lo hice».

En otras ocasiones, por la situación específica del «frente» concreto del trabajo político, no había más remedio que alimentar el «trauma» de la caída hasta convertirlo en una densa y pesada sensación de miedo. Un miedo inmóvil, que te agarrotaba el cuerpo y el alma. La Testimoniante 25, cuya militancia se desarrollaba en los campamentos y poblaciones emplazados en la zona de Pudahuel, vivió su clandestinidad sumergida, todo el tiempo, en ese mismo «frente»… «Estuvimos como tres o cuatro meses rotando de casa en casa, como si fuéramos de ahí. Pero lo concreto era que no éramos de ahí. Y la diferencia se comenzó a notar… La gente comenzó a asustarse en serio y comenzaron a

negarnos el alojamiento. Pero igual, en muchas oportunidades, cuando nos pillaba la noche y el toque de queda, tuvimos que quedarnos a dormir allí. Y en esos campamentos, durante la noche, los milicos hacían rondas, armados hasta los dientes… Y nosotros, allí, metidas en esas casas, hundidas en nuestros sacos, tratando de dormir, muertas de miedo… Se apagaban todas las velas a las siete de la tarde y desde entonces hasta el otro día reinaba la oscuridad. Y no podías salir, ni moverte. Y ellos estaban ahí, toda la noche, encima de nosotros»…

El estrechamiento del cerco, sin embargo, no era sólo un trauma subjetivo, puesto que era, en contrapunto, un proceso objetivo: el derrumbe y la desarticulación de las estructuras partidarias, en sí. Eso obligó a muchas compañeras y compañeros a reaccionar rápido, a correr y desesperarse para restañar o restaurar los tejidos orgánicos que se iban destruyendo. Pues había que tomar, sobre la marcha, decisiones urgentes, de primeros y de últimos auxilios. Había que adoptar «políticas» de supervivencia orgánica. Lo que no era fácil, considerando que, para hacer eso, había que suturar rápidamente los fragmentos, comunicarse por sobre los vacíos que se iban generando… Y era cada vez más difícil mantener una idea clara de cuál era el diseño real de la organización, si, día a día, todo se desdibujaba, o redibujaba…

La Testimoniante 14 tuvo que moverse saltando de una estructura naufragante a otra, y a otra… llevando y trayendo los hilvanes azarosos de la orgánica partidaria que se hundía…

«En uno de los puntos anteriores, cuando estaba guardando al mexicano, me pasaron un cheque quemado, de mucha plata, diciéndome: "trata de cambiarlo". Yo fui entonces a una pequeña sucursal bancaria, con mucho susto, pero me lo cambiaron. Era mucho dinero… Cuando me encontré con el jefe de la estructura, le dije: "tengo tu plata". Él tomó el dinero y se lo guardó. No dijo nada. Luego se fue y yo me quedé parada allí, sin plata ni para la micro… Y de ahí no me acuerdo de nada más hasta que, llegando a Temuco, me dicen que un miembro de la Comisión Política del partido me estaba llamando, porque ellos necesitaban "palomas" como nosotras: niñas legales, de buena pinta, y "pillas". Con este jefe trabajaban también otras niñas de ese tipo. Fue así como me convertí en una de las "enlaces" de la dirección política del MIR. En esas tareas tuve que conectarme con J., que era el jefe de la Estructura de Comunicaciones del partido. El hecho era que los enlaces originales de la

Comisión Política estaban desapareciendo del mapa, razón por la cual esos dirigentes estaban cooptando a muchachas jóvenes, más o menos con mis características (niñas de clase media, bonitas, arregladitas, etc.), que, para la época, éramos los enlaces perfectos. Lo cierto es que mi nuevo jefe de la Comisión Política me dijo que "si te contacta J. para trabajar con él, dile que tú renunciaste al partido". Y cuando tuve un contacto con J., le conté la verdad, pero no le dije lo que me dijeron que le dijera. Y J., de todos modos, se indignó, y me dijo: "no, tú te quedas conmigo y trabajarás como enlace mío". Y me quedé con él y no hice ningún nuevo contacto con mi jefe de la Comisión Política. Por demás, este jefe cayó detenido un par de meses después. En ese tiempo, J. vivía en un departamento en la calle Tenderini. Ahí nos juntábamos. Era un edificio de departamentos donde, según parece, había prostitución y otras cosas turbias. Razón por la que subían y bajaban policías, detectives, qué sé yo. El portero nos tenía perfectamente ubicados, y cuando pasábamos delante de él, nos saludaba con el puño en alto… Sabía que éramos del MIR… Yo llegaba en las mañanas, llevando y trayendo paquetes de cigarrillos que contenían, cada uno por dentro, mensajes de todo tipo. Yo tenía miedo de llegar en las mañanas, pues temía que iba a encontrar allí a los "dinos", esperándome… Así que yo andaba casi aterrorizada… Ante eso, J. me empezó a dar pisco, y yo descubrí que al tercer vaso de pisco ya me daba lo mismo que llegaran los "dinos", o que se fueran. Y quedaba totalmente resignada a la vida… Y así me empecé a emparejar con él y acostarme con él. Yo no estaba enamorada de J. A esa altura todo era "¿por qué no?". Total, si nos vamos a morir mañana, da lo mismo qué ocurra hoy. Realmente, me hundí en un hoyo mental… Y en ese contexto, constatamos que comenzó a caer la gente nuestra. Los contactos no llegaban a los puntos... Tuvimos que irnos y arrendamos una casa en la calle Constitución y ahí estuvimos casi todo el año 1974. Y la gente seguía cayendo… Comenzamos a prepararnos. Supimos que los torturadores ponían electricidad en las caries de los detenidos, así que fuimos al dentista y nos tapamos todas las caries. Pensamos que, en realidad, los "dinos" no mataban a todos los detenidos, de modo que nos preparamos para resistir la tortura… Tomamos toda clase de precauciones. Y cuando cayó Miguel Enríquez –que fue un golpe brutal– no nos fuimos al carajo, porque el grupo nuestro se había resguardado bien. Decidimos que teníamos que seguir adelante… A fines de 1974, tres militantes de nuestro grupo fueron detenidas… Después cayeron "los huevos" y toda esa gente… Abandonamos la casa –que fue acordonada y allanada casi de inmediato– y nos fuimos donde unos ayudistas… Pero quedamos prácticamente en la calle, sin tener a dónde irnos… Y decidimos irnos a Viña del Mar. Tomamos un bus y allá arrendamos una pieza en un hotel. Y

después fuimos arrendando casas y departamentos. Fue entonces cuando le dicen a J. que debe tomar la dirección del Regional de Valparaíso. Pero cuando J. va al punto para hacerse cargo, se entera de que toda la gente del Regional había caído. Tuvo la suerte de que el compañero detenido no entregó el punto al que fue J. Debió retomar entonces la jefatura de la Estructura de Comunicaciones… A esa altura, sólo quedaban Andrés Pascal, Nelson Gutiérrez y Dagoberto Pérez en la dirección del partido, y se acordó reestructurar la organización en tres columnas independientes, para asegurar que ya no podía "caer" nada más. J. hizo lo que pudo para afianzar esa nueva estructuración. A esa altura, 1975, yo vivía sola, pero seguía viéndome con J. Y actuamos clandestinamente bajo ese criterio: el de las tres columnas autónomas. Yo tenía que viajar continuamente a Santiago para hacer contactos. Ya quedábamos muy pocos… Pero en octubre de 1975 ocurrió la «caída» de la parcela de Malloco, y descubrimos que los tres jefes máximos del partido ¡estaban viviendo juntos!... Eso era impresentable: estábamos apenas sobreviviendo y la única solución era dividirnos en tres columnas autónomas, con una Comisión Política de reemplazo, puesto que todos sabíamos que la dirección histórica ya estaba quemada. Se suponía que la dirección de reemplazo iba a estar compuesta por el compañero Aguiló, por un cura y por J., mientras los otros iban a salir del país… Pero con lo de Malloco descubrimos que todo eso era mentira. La reorganización del partido fue un bluff: todos seguíamos bajo la dirección del mismo grupo histórico, seguía dependiendo de ese tipo de "pelotas"… ¡estaban viviendo juntos, y cuando caen ellos, cae todo de nuevo!... Después de eso, de alguna manera, J. se reconectó con Aguiló, pero muy a las malas, y el año '76 fueron puros conflictos… Aguiló le dijo a J. que tenían ambos que salir del país para discutir sus diferencias políticas, pero J. se negó. No estuvo de acuerdo. Entonces le llegó la orden de que se asilara y saliera del país. Ahí yo me morí. Porque yo todavía me mantenía en el criterio de que estaba con él, con J. porque nos manteníamos en la lucha. Yo todavía era legal. Me indigné. Me pareció una falta de respeto de J.: ahí descubrí que yo no era nada, que yo era sólo un apéndice de las diferencias políticas entre estos dos señores. Y le dije: "a mí no me importa lo que decidan ustedes, se van o se quedan, pero yo voy a seguir". Nunca imaginé que el partido iba a dar ese tipo de órdenes. Entonces renuncié al MIR. Eso fue a fines de 1976. Pero, claro, yo podía renunciar al partido, pero ¿cómo iba a dejar solo a este señor? Teníamos armado un negocio en Valparaíso, con gente legal. Yo había instalado una boutique, que funcionaba, y de la que vivíamos. Y me quedé. No supe cómo dejarlo. Si me iba, le quitaba todo su piso de sustentación. Y seguí todo el año 1977... Pero a mi amiga más querida la habían asesinado, y yo comencé a sentir que debía recuperar y

restaurar mi vida personal. Militaba clandestinamente en una organización en la que ya no creía. Tenía una enorme necesidad de recuperar mi identidad, volver a la Universidad, ver a mi hijo… Pero, en uno de esos días, apareció una foto de J. en los diarios, avisando que "se encontró al segundo hombre más importante del MIR". No lo podíamos creer… si estaba allí, en el negocio, frente a mí… Tuve que viajar a Santiago para ver si podíamos asilarnos… El cura Precht me echó por el desvío… el partido decidió que no podía ayudar a J. porque tenía orden previa de irse del país… Pero "el Pelado" trató de salvarlo… Le propusieron que se entregara, porque tendría defensa de abogados de la ONU que le asegurarían, por lo menos, la vida… Pero J. se negó ("¡putas la huevada!")… Yo iba y venía entre Viña y Santiago… Fui a Viña de nuevo, y no encontré a J… Sólo apareció uno de los socios del negocio, que me invitó a la mesa de un bar. Me dijo que no sabía dónde estaba J… Pasó el tiempo, eran ya como las 12 de la noche, y de repente el tipo me dijo: "terminemos la comedia: estás detenida"… Me llevaron a la casa, sin venda, revisaron mis cosas, me metieron en un auto. Ahí me pusieron la venda. Me llevaron enseguida a un cuartel donde los agentes se abrazaban y gritaban: "¡tenemos a J.!"… Y así llegué a las manos de la DINA».

Ante un ataque armado de proporciones mortales, las estructuras civiles, unas tras otra –como se ha visto más arriba– fueron cediendo. A decir verdad, fácilmente. En dos años de ataque, el paisaje estructural de la Izquierda chilena era, casi, catastrófico. Recomponer y remendar estructuras bajo andanadas de ese tipo no era, ni política ni civilmente, fácil. Habría sido difícil aun para mentes militares. Y fue claramente imposible para mentes civiles, proclives a la imprecisión…

«Te diría que hubo un antes y un después en la caída de Miguel Enríquez –afirmó el Testimoniante 26 en su relato– y un antes y un después tras la catástrofe de Malloco… Después de la caída de Miguel el partido se reestructuró: primero se creó una Comisión Política suplente (en la cual estaba yo), porque de la antigua no quedaban sino cuatro o cinco, al paso que se reorganizó también el Comité Central…; segundo, se reestructuró el MIR en tres columnas absolutamente separadas unas de otras, a cargo de la Comisión Política nueva… La idea era incrementar la compartimentación y los niveles de

seguridad, creando de paso una infraestructura sólida de sobrevivencia… Las nuevas normas de seguridad, como es obvio, eran extensivas a la Comisión Política antigua… Pero con la caída de Malloco se nos derrumbó toda la reestructuración, porque afectó a todos los que veníamos más abajo… Suponíamos que ellos también se habían separado y compartimentado, como nosotros… Pero descubrimos que ¡estaban viviendo todos juntos! Habían encontrado la solución perfecta para no tener que organizar reuniones, ni puntos, enlaces, ni nada. Su caída significó la catástrofe del partido y, de alguna manera, el comienzo del fin del MIR… Con todos los errores que se cometieron ahí, nosotros quedamos… ¡plop!... absolutamente ¡plop!... Nunca pensamos que podía ocurrir una hecatombe donde prácticamente desaparecía la Comisión Política completa… Dijeron que Malloco había sido una batalla triunfal, que habían logrado "romper el cerco", que incluso habían sido atacados por tanques y aviones… lo que fue mentira. Pero no importa… Y ahí murió Dagoberto Pérez, disparando a lo cowboy: desde el portal de la casa hacia el auto de los "dinos", que estaba como a 500 metros… No le achuntó a ninguno, y los de la DINA tenían mejor puntería… Lo mataron ahí mismo… Sobrevino una gran balacera, pero los compañeros sobrevivientes lograron escapar… Los dueños de casa, la familia completa, en cambio, no: cayeron todos presos… Y cayó también cualquier cantidad de documentación, pues no alcanzaron a quemar el archivo… Fue una catástrofe. Un compañero muerto, otro herido, asilo, diferencias de interpretación entre ellos… Ése fue el "comienzo del acabóse", como diría Mafalda…».

Si caían las estructuras, la dirección superior del partido, si no se levantaban las columnas sustitutivas ni se organizaban las direcciones de reemplazo… ¿cómo no iban a caer los militantes, los compañeros de base, la pareja de uno? El cerco se cerraba y se cerraba, y cuando ya no había dónde ir, si el último refugio también era allanado, si caía tu compañero o tu compañera ¿cómo no quedar solo, o sola, aislado, o aislada? ¿Cómo no jugarse toda la vida para encontrar al compañero detenido?... La Testimoniante 66 conversó varias veces con su pareja el problema de cómo seguir viviendo después del golpe. Estaba la posibilidad de volver a la Universidad. Se había sabido que las autoridades estaban permitiendo el reingreso de mucha gente de izquierda. Pero también se supo que igual los tomaban presos. Un día, su compañero (Testimoniante 29) fue a la Universidad, pero, al llegar, vio un bus militar que estaba metido de cola en el campus, y por la puerta de atrás introducían a los estudiantes que se iban detenidos… Se salvó

por cuestión de minutos. Se fue de inmediato a la casa y le dijo a la Testimoniante 66:

«… "Ya: esto se acabó. Tú vas a tener que seguir trabajando, nosotros nos separamos (por el bien de nuestro hijo), yo entro a la clandestinidad, ten presente que todo lo que yo haga como clandestino te puede perjudicar, a ti y al niño. Tienes que deshacerte de todo lo que te comprometa. Tienes que estar limpia"... Y yo quemé todo lo peligroso y comencé a vivir esa vida loca de los que es, para la gente, lo común y corriente. Fui a visitar a mis papás, pasaba más tiempo con ellos, iba a ver a mis amigas de antes, y con ellas hablaba puras leseras. Actué así para que nadie sospechara nada. Para todo el mundo, estábamos separados. Pero él aparecía de repente. Es que muy pronto se encontró que no tenía dónde ir. Empezó por los parientes, siguió con los amigos, pero la gente estaba cada vez más asustada y no le daban alojamiento (esto me lo contó cuando ya estábamos en el exilio). Cuando ya no tenía dónde ir, volvía a mi casa, de donde se iba muy temprano en la mañana. Hasta que un día, a través mío, arrendaron un departamento. Le dije a la dueña que yo viviría en el, que era una mujer separada. Mi familia estaba feliz de saber que estaba separada, porque no querían a J. Lo de la separación lo conté incluso en la oficina donde yo trabajaba. El departamento lo ocupó J., y su gente… Un día el jefe me llamó y me dijo: "¡R.!... llamada telefónica"… Era la dueña del departamento, que me dijo: "tengo que comunicarle que en mi casa hubo un asalto de Investigaciones y me he enterado que usted no está viviendo allí, sino su marido"… La señora quería saber los daños sufridos en su departamento por el asalto y quería saber cómo se los iban a pagar… Las piernas me empezaron a tiritar y como que comencé a caer. Me sostuve con los codos sobre el escritorio. No sabía qué hacer, si llorar, si gritar, si reír… "¿Y qué más pasó…?", le pregunté… "Creo que hay un muerto: empezaron a disparar de adentro hacia fuera"… Y yo, incapaz de reaccionar, quedé muda… "¡mierda! ¿qué hago?"… Al final le dije: "juntémonos"… Ella partió hacia el departamento. Yo todavía no sabía qué podría estarle pasando a J. Allá, en su departamento, la señora vio que a J. lo habían parrillado ahí mismo, que lo tenían desnudo… Me llamó luego para informarme de los daños y decirme que alguien tenía que pagárselos, los "detectives", o quien fuera… La señora con sus daños me tenía atacada... Yo estaba preocupada por J. No sabía qué pasaba con él, dónde se lo llevarían después… Llamé entonces al departamento y dije que era amiga de la familia de esa casa… Respondió el mismo J., que me dijo: "Yo no soy de la

familia de la señora… Pero ella estuvo por aquí, y no sé si volverá. Yo voy saliendo ahora del departamento”… “¡Ah! –le dije yo, apenas hablando– muchas gracias”, y corté… Quedé tiritando… Lo tenían ahí… ¿qué hacer? Hasta pensé en irme a meter al departamento… ¿Qué hacer? Eran los primeros días de mayo de 1975… J. estuvo como un año preso. Estuvo en Villa Grimaldi, en Puchuncaví… Y ahí empezó mi peregrinación. Fui a la Vicaría de la Solidaridad, y di mi testimonio de todo lo que había pasado. Tenía que encontrar a J… Era, además de mi pareja, un compañero. Un militante. Y con los compañeros uno tiene que ser leal, incluso dar la vida por ellos. Además, era el padre de mi hijo. Por tanto, tenía que saber pelear por él, sobre todo, porque ni a la familia de él ni a la mía le interesaba lo más mínimo lo que pudiera pasarle a J. Un cuñado me lo había dejado bien claro: “si estos huevones, como J., hicieron cagadas… ¡está bien que paguen!”… Por esto, todo eso lo viví sola…»

El estrechamiento del cerco produjo en la militancia perseguida –como se vio– una suerte de «cultura traumática». Un imaginario negro que mezclaba temor, tortura y destino. Pero ese mismo imaginario inspiró –como se vio también– reacciones diversas. Incluso, cuando se tuvo una información más sistemática sobre la «metodología institucional» de la tortura (según fue practicada en otros países, Argelia o Brasil, por ejemplo) y cuando se pudo discutirla y racionalizarla en las bases militantes, el mismo imaginario pudo ser asumido, ya no en fatalismo trágico, sino en humor negro, de tragicomedia… Después de todo, no era sino la expresión brutal, lo grotesco en sí, de un enemigo que carecía (razón por la que, precisamente, era enemigo) de sensibilidad, humanidad e inteligencia…

La Testimoniante 6 recibió a tiempo esa información «técnica», y pudo, con sus compañeras, analizar y asimilar el significado teórico y práctico de esa metodología…

«Afortunadamente –señaló en su testimonio– habíamos estudiado un documento, antes de caer presas, en el que te explicaban, paso a paso, lo que te hacían los torturadores después que te tomaban detenida… Y lo aprendimos de memoria. Y decíamos: “ya, y ahora viene esto, y ahora esto otro”… Y de tanto repetirlo, lo

echamos a la risa. Y mi compañera me decía: "ya, pues, Coneja, si te llevan y, en un momento dado, te violan, relájate, goza, y pásalo bien"… Y de todo hacíamos chistes. Y había que hacerlo, porque había que estar preparada en todos sentidos, porque éramos militantes, éramos revolucionarias, porque yo soy aquí y soy allá… Y no es que estuviéramos locas… Y la verdad es que ese documento y la distancia humorística con que lo comentamos me sirvió mucho después. Uno conocía ya el libreto y sabía lo que venía, y sobrevenía… Pero, claro, las quemaduras, los dolores, la sangre, te quedan de todos modos… Y eso no te lo quita nadie».

La caída, la tortura y la reflexión interior…

«Caer» era no sólo el advenimiento disruptivo de la tortura y, quizás, de la muerte. Era, también, la anulación práctica del individuo-militante. El fin de su actividad orgánica. De su actitud pública de resistencia, del recuerdo latente de lo que había intentado, del gesto revolucionario apuntando a un mundo mejor. En concreto, la «caída» era un jirón militante que se desprendía, ya inutilizado, de la «organización». En este sentido, constituía una palmaria derrota política, en términos de estructura partidaria. Y esto, siendo un hecho objetivo, no significaba, necesariamente, una derrota en la subjetividad revolucionaria. Y uno, a veces, podía ver y sentir, a muy corta distancia, mirando angustiado desde el fondo de esa subjetividad, cómo quemaban y reducían a cenizas el tejido de «la organización»… sobre los poros de nuestra propia piel… O sobre nuestra propia carne viva. Encima de nuestros gritos. Yuxtapuesta a la tenacidad...

La «tortura» fue, por eso, también, el diálogo postrero, el epílogo interactivo, entre el yo estructural de la acción colectiva, y el yo profundo del sujeto rebelde. La reflexión in situ, suprema, entre la solidaridad sustantiva –constituyente de la identidad– y la opción colectiva de la rebeldía, constitutiva de la «organización». Para muchos, esa reflexión concluyó en la decisión de salvar, a toda costa y contra todo riesgo, la integridad de lo que quedaba de la organización. Para otros –que no fueron los menos– la conclusión fue una transacción, entre el sujeto revolucionario que nunca debía ser derrotado (eliminado), y la organización que agonizaba en su retirada real. Así, frente al despliegue brutal de la violencia y la locura inhumana de los torturadores, se desplegó, en la mente humana de los

torturados, un rápido, lacerante, crucial y dramático proceso reflexivo entre los dos «yo» contenidos en el compromiso de la militancia. Que, salvo contados casos, dejaron al sujeto revolucionario sobreviviente, si no intacto –se cubrió de cicatrices, de todo tipo y nivel–. de seguro con más experiencia y, sobre todo, con más humanidad que siempre…

La Testimoniante 6 vivió todo ese proceso, todas las etapas, todos los rigores… y quedó, después de todo, con su conciencia militante tranquila. Los dos «yo» de su militancia quedaron allí, en el fondo de su ser, abrazados, leales entre sí, hasta el final...

«A mí me detuvieron el 11 de diciembre de 1974 –dijo ella en su testimonio– en la casa de mi madre… Yo estaba estudiando Veterinaria en la Universidad. Iba en tercer año de la carrera… Esa noche llegó a mi casa una compañera, muy asustada, que me dijo: "A., se terminaron mis casas de seguridad, no tengo dónde pasar la noche. Yo sé que no debo venir a esta casa, pero no sé qué hacer. No tengo otra posibilidad". Yo le dije que, bueno, si no había otra posibilidad, teníamos que inventar una chiva para justificar el hecho de que estuviéramos juntas. Y se quedó… Esa misma noche, como a las 4.30 de la mañana, golpearon violentamente la puerta y apareció en el umbral el guatón Romo, Basclay Zapata, el Lauriani Maturana y otro que era, al parecer, Krasnoff Marchenko. Se presentaron como policía de Investigaciones. Mi mamá, que no sabía nada del acuerdo entre nosotras, abrió la puerta y se puso a conversar con los agentes, los que no tenían un objetivo ni muy claro ni muy definido, pues preguntaron por una hermana de mi padre, una tía mía… Mi mamá comenzó a decirles que allí no vivía esa persona, que estaban equivocados. Ya los tenía medio convencidos, y comenzó a cerrar la puerta… Pero yo, por otro lado, me sentía terriblemente mal que mi mamá enfrentara eso, siendo que era mi responsabilidad… Y me asomé a la puerta preguntando: "Mamá ¿qué pasa?"… Y los agentes exclamaron: "¡Ah, si es ésta a la que andamos buscando!"… Quedó la escoba. Trajinaron toda la casa y encontraron a mi amiga en la cama… "¿Y esta rucia suelta, quién es?". Yo les dije que era una compañera que estudiaba Ingeniería Forestal, que teníamos un ramo común, que teníamos una prueba y estábamos estudiando… No me creyeron, llamaron a la madre de mi amiga, y la mamá de ella dijo que "mi hija está estudiando en la casa de una compañera… ¿por qué? ¿Quién llama?"… Entonces dejaron a mi amiga tranquila y me llevaron a mí… Nos fuimos en la camioneta hasta la calle

Nataniel, ahí se bajaron para detener a otros compañeros. A mí me quedó cuidando Basclay Zapata, el mismo que manejaba el vehículo. Ahí fue cuando me puso un scotch en los ojos. De modo que no pude ver a qué compañeros detuvieron en esa calle… Cuando partimos, alguien le dijo a Zapata: "ándate por Quilín"… Y llegamos a la famosa Villa Grimaldi. Bajaron a los compañeros que iban atrás, después a mí, me sacaron una foto, me pusieron un número y me dejaron sentada en una silla, vendada. Ahí estuve mucho rato. Hasta que llegaron una mujeres, me sacaron toda la ropa, me revisaron entera, hasta la vagina y el ano… "Aquí empezamos mal", me dije yo… Después me dejaron en la pieza de las mujeres prisioneras… Se acercaron varias y me preguntaron quién era yo. Yo no sabía si eran prisioneras u otros agentes de la DINA. Hasta que una me identificó: "Oye, tú eres A., yo soy C. tanto…" que había sido compañera mía en el Liceo… Luego empezaron las torturas y me preguntaron todo el tiempo por el "L". Y creían casi que yo era el tal "L". Yo sabía que el "L" era M., que era miembro del MIR. Yo lo conocía porque él me había dado formación política, y yo, por eso, lo había idealizado. Lo admiraba mucho. Y no tenía idea que él estaba preso allí mismo. Y me seguían torturando suponiendo que yo era el "L". o que yo podía entregarles al tal "L", o gente de Veterinaria… Era una locura todo eso... Y en eso estuve los primeros días… Hasta que al tercer día, más o menos, el Basclay Zapata me llevó bajo un parrón, y allí veo que está sentado el mismísimo "L"… "Mira –me dijo, muy serio– no vale la pena que te resistas y te sigan torturando, porque, de mil miristas, uno, con suerte, quedará libre. Mejor entrega toda la información que tienes"… El tipo, muy tranquilo, estaba colaborando con la DINA. Y yo que lo había estado protegiendo, y él que estaba traicionando… Fue él mismo el que entregó la dirección de mi casa, porque la conocía desde que, en la Escuela Veterinaria, hicimos con él una exposición sobre el Che Guevara. Comimos juntos en la casa de mi mamá… A mí, al verlo y escucharlo, me dio una ira inmensa, le dije: "aunque quede un compañero fuera, ese uno puede multiplicarse por mil, y por eso yo no voy a entregarlo"… Había sido mi ídolo… Ahí aprendí que nunca hay que idealizar a nadie. Se me derrumbó su imagen… Entonces irrumpió el Basclay Zapata y me dio un tremendo puñetazo en el estómago, y siguió dándome. Y ahí quedé… Todo eso fue tremendamente desilusionante… Y eso era Villa Grimaldi: brutalidad. Esos torturadores guatones, hediondos, y lo peor, esa música estridente (tocaban siempre esa cumbia maldita que dice: "¡ese muerto no lo cargo yo!") y ese odioso olor a colonia Flaño… Al quinto día me trasladaron a la Venda Sexy. Allí encontré a la "rucia suelta" que se había refugiado en mi casa… En ese cuartel estaba la gente que sí tenía que ver con mi historia… Allí estábamos hacinados, uno al

lado del otro… Y las torturas, eran, sobre todo, de tipo sexual. Habían violaciones y todo eso. Lo tipos, claro, no tomaban a las mujeres cuando estaban con la menstruación. En vista de eso, nos organizamos: había una compañera que estaba herida a bala, y ella nos dejaba en el baño trapitos con su sangre, o las que estaban efectivamente con menstruación, nos dejaban los trapos escondidos en un lugar que determinamos. Así que, de repente, todas estábamos con la menstruación. Y los tipos se enojaban: "y ésta ¿también está con la regla?"… Pero los abusos llegaban a extremos de locura. Recuerdo que una vez, por ejemplo, nos dieron lentejas con caca. Y una compañera, la L., dijo: "¡Mira! Las lentejas que nos dieron están con mierda"… Y miramos y, efectivamente, era mierda. Y la loca llamó al guardia que trajo las lentejas y le gritó: "¡Me diste lentejas con caca! ¡Mira cómo me las como! ¡Están ricas, me encantan y me va a dar más diarrea!". Y la loca se comió el plato entero… El hecho es que cada vez que te interrogaban volvías muy mal a la celda. Entre que te aplicaban corriente, te violaban y todo eso, quedabas aniquilada… Y era reconfortante encontrar gente como la señora J… que tenía un estado de ánimo.., siendo una señora mayor nos contaba chistes, nos animaba el cuento… y eso que era una mujer de derecha. No era una persona de izquierda… Tenía un humor impresionante… Pero un día viene el Laureani y le dice: "Usted se va libre". Pero ella respondió que no se iría si no le devolvían sus joyas y su dinero… "¡Entonces te vas a quedar, vieja de mierda!", le gritó él, y la empujó hacia adentro. Y allí quedó ella. Después desapareció, sin duda, para ocultar el robo de sus joyas… Nosotros estábamos presas por nuestros sueños, y porque creíamos en lo que estábamos haciendo. Ella no. No era de las nuestras. Pero igual la desaparecieron… Y se perdió su humor, su carácter chistoso… Entonces, a pesar de la brutalidad, existió entre nosotras un gran cariño… incluso nos reíamos… A mí me hizo bien no haber delatado a nadie. A mí me ha hecho terriblemente bien que nadie me pueda decir: "yo caí por ti"… Y es súper importante, cuando pasan los años, y te encuentras por ahí con los compañeros con los que militabas, de los cuales tú sabías dónde vivían… recordar que te reprimieron, y que no hablaste… Eso es bueno para la integridad del espíritu».

Sin embargo, había situaciones y situaciones. Las estructuras partidarias podían ser distintas de un partido a otro y de un período de represión a otro; las circunstancias, también, eran diferentes, y la brutalidad y perversidad de los torturadores podían transformarse de repente en una suerte de paroxismo orgásmico… Cada caso fue un microcosmos. Un específico y personal via

crucis. Y para muchos compañeros, entrar en el proceso de tortura fue hundirse en el hoyo negro de la locura humana, que podía envolver en una misma vorágine al torturador y al torturado. Al extremo que el yo «estructural» y el yo «subjetivo» perdían, ambos, la noción de sí mismos. Tornando difícil, muy difícil, el diálogo profundo. Tanto, como para desear la muerte como una escapatoria necesaria, valiosa por sí misma…

El Testimoniante 11 siente hoy que, cuando cayó preso, se hundió en un oscurantismo insondable. En un shock sorpresivo, brutal, enorme, eterno, absolutamente irracional.

«Tuve que hacer esfuerzos para no caer en pánico –contó en su testimonio–: que te venden los ojos, que te peguen en cualquier parte, que te pateen y te sigan golpeando hasta quedar exánime… Y no quería pensar siquiera que tenía familia… Me encerré y me encadené a ese mundo de horror… Pero después tomaron presa a mi señora. La llevaron delante de mí, la desnudaron y la torturaron, junto a una cuñada mía, que tenía como 8 meses de embarazo… Y siguieron trayendo gente, amigos, parientes, gente de mi entorno, hasta completar como 50 personas... Eran las personas que tenía anotadas en mi libreta, la mayoría de los cuales no eran militantes… Y muchas de ellas me odian a muerte hasta el día de hoy, porque, cuando cayeron presos, les cambié la vida… Otros no, entendieron perfectamente lo que había sucedido… Quedé abrumado, no tenía tiempo ni lógica mental para engarzar todas esas personas, todas las piezas de ese puzzle… Y mi mujer ahí, desnuda, métale corriente… Traté de priorizar. Traté de que los que no militaban quedaran en un segundo plano (el mecánico que arreglaba mi auto, el señor del correo que me ayudó a comprar una casilla, por ejemplo). Y traté de no sentirme culpable por todos. Culpables, realmente culpables, son ellos, los dinos, los militares, los golpistas… Yo apenas podía racionalizar lo que me estaba pasando. Me pegaban y torturaban todos los días… Me desfiguraron, me quebraron huesos, me dieron paros cardíacos y me llevaron, finalmente, a la clínica de la DINA. Allí me vio un médico y hasta un capellán (que fue a darme la extremaunción)… A esa altura, yo sólo me quería morir… Después me volvieron a Villa Grimaldi, donde me dieron un tiempo de respiro. Tuve que hacer aseo, limpiar la piscina, barrer la pieza de las torturas, refregar la sangre… Esos fueron unos minutos de vida, de aire libre, fuera del cajón donde me tenían… Allí esperaba el momento en que me sacaran para torturarme de nuevo. Y como los tipos te preguntaban

cosas específicas, eso te permitía pensar cosas específicas y concretas, lo que te permitía ordenar un poco las ideas. En un momento dado, mi vida consistía sólo en esperar los momentos de tortura, y en esos momentos te obligaban a pensar cosas concretas. Yo solo no podía ordenar casi nada por mí mismo: dependía todo de los interrogatorios. Sólo me entretenía cuando conversaba con el F., que estaba en un cajón a un metro de distancia del mío, y que me contó su paso por Paraguay y Argentina… Me asociaron a la Coordinadora Revolucionaria del Cono Sur, que no tenía nada que ver conmigo, porque nosotros éramos de la Coordinadora Regional del Partido Socialista, una de las facciones del Partido… Lo terrible era que nosotros no teníamos ningún detenido más, así que no me podían carear con nadie. Lo único que les interesaba era si teníamos armas o algún contacto con las Fuerzas Armadas, pero nosotros no teníamos ni armas ni contactos de ese tipo… Yo llegué a un punto crítico, como dije, cuando me llevaron a la clínica de la DINA… Como me pusieron mucha corriente, me provocaron paros cardíacos, así que tuvieron que llevarme allá… donde tuve mi punto más bajo. Ya no tenía fuerzas para resistir nada. Estaba encadenado a la cama. Y cuando fui al baño me sentí peor aún: tenía una infección en el ano, porque me pusieron corriente y se me soltaron los esfínteres, entonces el tipo se enfureció y me metió no sé qué cosa en el ano, que quedó destrozado. Manaba sangre constantemente. Y cuando me miré al espejo, vi, literalmente, un monstruo: no tenía nariz, el tabique estaba doblado sobre el pómulo, tenía la cara completamente desfigurada, los ojos y la boca tremendamente hinchados, me habían sacado los bigotes con un alicate, así que tenía el rostro lleno de sangre… Ver mi imagen, de ese modo, en el espejo, fue terrible… "¡NO!"… Fue tanta mi desesperación que me quebré la nariz otra vez. La enderecé. Grité. Lo único que quise en ese momento era morirme. Morirme, morirme, a como diera lugar. Ahí me di cuenta que uno es capaz de morirse por sí mismo, dejar de vivir… Entonces llegaba el médico, y los tipos me hacían reanimación y me ponían suero. Me controlaban el corazón. Yo le decía al médico: "déjame morir"… Y él me dijo: "no, no es ético"… Me decía que la ética médica lo obligaba a curarme y volverme a la vida… Pero él me estaba curando para que resistiera todavía más sesiones de tortura… Yo perdí el conocimiento varias veces. Una vez desperté y abrí los ojos, y vi a un tipo al lado mío, que estaba rezando… "¿Quién eres tú?"… "Soy un sacerdote"… Y yo le dije, mugiendo: "No, qué sacerdote! ¡Tú eres un huevón de la DINA! ¡Qué venís a hacer aquí, concha de tu madre, ándate!"… Y saltó otro tipo: "¡No, si efectivamente es capellán!"… "Si de verdad es cura, que busque a mi madre para que le diga que no me busque más, que estoy muerto"… Al final de un tiempo, desperté del todo y creo que desperté más inteligente, porque empecé a pensar y a no volverme

loco. Me decidí a vivir. Fue como a mitad de diciembre de 1975… Decidí vivir. Decidí pensar. Y cuando después me siguieron pegando o colgando –no me pusieron más corriente– seguí pensando»…

En otras situaciones y circunstancias, el militante podía tener el tiempo necesario o la posibilidad de iniciar el diálogo entre los dos «yo» de la militancia. Y podía jugar, incluso, como resultado de eso, alguna carta propia, para protección y defensa, pero caminando sobre el filo de la navaja. Equilibrándote entre la «colaboración» y la no-colaboración… El Testimoniante 4 era un militante remunerado por su partido, de modo que tenía un estatus orgánico reconocido y definido. Sin embargo, su compañera consideraba que vivir de ese modo era un riesgo, una exposición excesiva a una situación que podría tener un final catastrófico para su relación. Como pareja, esa tensión había llegado en 1975 a un punto crítico. Por eso, él estaba pensando en separarse, y así lo había comunicado a su partido. Pero fue entonces cuando fue detenido y llevado a Villa Grimaldi. En ese tiempo todavía no comenzaba la cacería a muerte sobre su partido (eso ocurriría casi un año después), pero igual fue sometido a torturas y a presiones para que «colaborara». Y desde el primer momento le insinuaron que hiciera «eso»…

«Me decían: "mira, si tú colaboras no te va a pasar nada, no vas a sufrir nada"… Y yo les decía "sí, sí, claro, lo haré, por supuesto". De todas maneras me torturaron y me pusieron corriente... Al final acordamos que yo iría a una casa determinada, donde vivía un italiano y a donde iría un compañero a encontrarse conmigo… "Ya, vamos –me dijeron–, pero no le digas al italiano dónde estás ahora"… Fuimos a la casa a esperar al compañero (que no iba a ir porque no era cierto) y, como de paso, le dije al italiano dónde me tenían a mí… El operativo abortó, yo los traicioné y me llevaron de vuelta a la Villa, donde me pegaron y me patearon… Nunca más me tomaron en cuenta para nada. Si se hubiera presentado la ocasión de ir a buscar a alguien o a reconocer a un compañero y me hubieran dicho: "¡colabora!"… yo no sé hasta dónde o hasta cuándo hubiera podido aguantar… Así que se me dio fácil, porque en ese momento estaban más preocupados de destruir al MIR que de atacar al Partido Comunista, pero lo más probable es que, si a uno le dan duro, uno dice lo que tiene que decir. El 99% de los torturados dicen finalmente lo que buscan los

torturadores. Es muy, muy difícil soportarlo… Yo tuve suerte, porque fui exigido en ciertos términos, no más, para colaborar y pude defenderme. Pero no sé hasta dónde habría aguantado si me hubieran exigido mucho más… Hice lo que pude en las circunstancias que me tocaron. El punto clave fue cuando me dijeron que no le dijera al italiano dónde me tenían a mí… Pero me arriesgué y lo dije, porque tenía la certeza que eso me ayudaría a estar vivo… Pero lo que más le ayuda a uno en esas circunstancias es el convencimiento de que lo que uno está haciendo es justo y es bueno para los demás. Y que esto se opone a la brutalidad de ellos, que es puramente destructiva y no es buena para nadie. Uno debe aferrarse más que nunca a sus creencias, utópicas o no, pero, "eso"… Uno estaba allí porque uno quería hacer lo que hacíamos, y que era superior, en todos sentidos, a lo que ellos estaban haciendo con nosotros… Para mí, esos momentos fueron totalmente valóricos, pues estaban en disputa mis valores humanos, mi ideología… como quiera que hubiese sido ésta (tal vez pudo haber llegado a ciertos extremos), pero en ese momento tú no sabías de esos extremos, o no tenías tiempo de pensar en ellos… Porque en la Villa, durante todo el día, tú escuchabas los gritos de los torturados. Era horrible, un infierno total, total, impresionante. Eso, eso, eran ellos. Y allí uno estaba calladito, no más… Y la peor tortura es escuchar cómo torturan a los otros compañeros… Es horroroso. Eso me quedó en el inconsciente por mucho tiempo, porque tenía pesadillas en la noche, donde veía gente que andaba alrededor mío, en mi pieza, y yo abría los ojos y veía sombras. No eran caras, pero sí sombras. Y eso fue por años… Pero eso venía de ahí, de estar encerrado con oscuridad total dentro de esas celdas y cajones… Me costó convencerme que esas sombras, si tú prendías la luz, se desvanecían…».

Si los torturadores, según las circunstancias, podían «descuidar» relativamente a un militante masculino, o bien –según otras circunstancias– «cuidarlo» golpeándolo sin cesar hasta dejarlo al borde la muerte, cuando llegaban a sus manos mujeres jóvenes, militantes del sexo femenino, no fallaban en «cuidar» de sí mismos y dar salida a sus apetitos de violador. De un modo u otro. Por la vista, por las manos, por los puños, o con todo. La tortura sexual agravó, en múltiples sentidos, la victimización de las compañeras militantes, o bien –quizás–, pudo disminuir en algún grado la brutalidad de la golpiza simple, preferida para los hombres. Es un tema de análisis y reflexión, que no se intentará examinar aquí. Pues los testimonios, la voz misma de las compañeras, es prueba de lo que dicen.

La Testimoniante 60, durante el año 1975, trató de normalizar su vida. Tomó un empleo para «ganar plata» y, al amparo del mismo, comenzó a militar de nuevo, poco a poco, «en cosas específicas, bien relajadas». Y estaba en eso cuando cayó detenida. Y no cayó detenida por las conexiones con sus compañeros, sino porque fue donde trabajaba su padre, para saludarlo: una firma distribuidora de libros. Allí había una persona que era militante de otro partido de izquierda, la Testimoniante 60 entabló con él una conversación, también con su papá, y se retiró del local. Al otro día la fueron a buscar, en base a esa conversación:

«Así que yo no caí por la Jota… Me fueron a buscar en una camioneta hasta la casa de mi suegra, donde yo me iba a encontrar con mi hija… Y la niña se quedó llorando porque yo no le quise hacer cariño, para demostrar que no era importante para mí, si no, se la iban a llevar también. Entonces un tipo como que me abrazó y me llevó por la calle, con una pistola metida aquí en mi costado. Me subieron a una camioneta, se sentó una mujer a mi lado, me pusieron el scotch y ahí mismo me comenzaron a golpear. Puñetazos desde todos lados. Y partió la camioneta desde Mapocho hasta la Villa Grimaldi… Era como si hubiésemos ido a Puerto Montt... Fue un viaje larguísimo, eterno. Al fin, pasamos un portón… me bajaron, caminamos luego sobre piedrecillas (hasta el día de hoy me carga caminar por las piedrecillas)… Me sentaron en algún lugar, y ahí sentí el primer golpe. Después me dijeron que había sido el guatón Romo… Y después me siguieron golpeando. Yo sentí que la cara me la habían hecho pedazos. Pero después me llevaron y me pusieron la corriente… No sé cuánto tiempo duró. No tengo idea. Lo único que sé es que después me llevaron a una celda. Y ahí me encontré con la L… Nunca me olvidaré… Me comenzó a dar indicaciones… me dijo que me aguantara, pero que gritara mucho porque los gritos los desesperaban y de a poco te ponían menos carga de corriente… La primera vez que me pusieron en la parrilla, no grité. Traté de aguantarme lo más que pude antes de gritar… Ese día me quedé con L. y me dejaron tranquila, pero al otro día siguieron con lo mismo. Ahí fue más, mucho más… después de eso ya no pude caminar, así que me trajeron de vuelta en una carretilla de mano, de ésas que usan los maestros… Y en esos días estábamos en la celda con L. cuando llevaron a la Villa la familia Gallardo… Creo que esa noche fue la más terrible de todo el tiempo que estuve allí… Los torturaban a todos juntos y todos gritaban. El pánico que sentí esa noche fue tan brutal que hasta el día de hoy no lo he superado. Me acuerdo y se me duermen las piernas… ¡fue tan brutal! Les daban descarga tras descarga, toda la noche. Recién en la madrugada hubo

silencio. Con L. nos subimos a la ventana, miramos por arriba, y vimos los cuerpos tirados frente a la celda nuestra… Fue una noche de horror… Después vino un tiempo como de calma. No sé cuántos días pasaron… Hasta que un día vienen y me llevan a la Torre. Era, al parecer, un día domingo, porque había muy poco movimiento. Ahí me golpearon y colgaron, pero por muy poco tiempo… Luego me bajaron de ahí –eran tres individuos, no sé si agentes, o guardias– y me llevan a una celda. Uno de ellos me dijo que me desnudara. Yo me negué, por supuesto. Entonces me sacó la ropa a tirones. Vi, por debajo de la venda, su cara, y sus lentes, que los tenía medio corridos… Ahí me violó. Fue el primero, luego me violaron los otros dos… Ese día yo estaba sola. A la L. ya se la habían llevado y C. tampoco estaba. Sé que estaba V., porque yo pregunté por ella… (llora…)… Me da rabia llorar, porque es como darles en el gusto, es como que hubieran logrado su objetivo… Después me hicieron bañarme…. Fue el primer día en que me bañé, desde mi llegada a la Villa…».

La Testimoniante 14, como se vio, había leído el documento que describía la metodología de la tortura. Se había preparado. Incluso, se había reído del proceso. Estaba, por eso, en el camino a la Villa Grimaldi, relativamente tranquila…

«En el camino yo iba pensando cómo iba a aguantar esa historia del dolor y el maltrato… Pasamos una reja metálica, que hizo un gran ruido y me meten en una pieza donde habían varios hombres…. "¡Desnúdate!", fue lo primero que me dijeron. Yo me desnudé, sin mayor problema. Estaba bastante relajada, o, tal vez, bastante entregada. En realidad, lo único que yo podía entregar era el punto que tenía con la Negra… Me empezaron a torturar. Partí diciendo que yo ya había renunciado al MIR, etc. Yo había leído bastante sobre la picana eléctrica… Y la verdad es que puedes leer y hablar por largo tiempo de la tortura por electricidad, pero lo cierto es que no aprendes lo que es… hasta que te pasa… Hasta que te la ponen. Y me dieron duro… Yo pensé, por un lado, que me iba a volver loca, por otro, que los militantes defienden a morir a los otros militantes… Pero yo estaba en una relación muy jodida con el MIR y con las decisiones últimas del MIR… Sin embargo, tenía una terrible confianza en la Negra. Siempre encontré que ella era la súper-militante. Que ella iba a ser capaz de manejar la seguridad del "Pelao" mejor que yo… Y entregué el punto

con la Negra… Ahí paró la sesión de tortura y me tiraron donde un hipnotizador… Hasta ahí llegué. Después vendría, quizás –pensé–, que me sacaran a reconocer gente. Y eso no me cabía en la cabeza: "si me sacan a porotear me tiro debajo de un auto, no me importa morirme". Ésos eran mis balances internos… Fuimos al punto con los "dinos", y detuvieron a la Negra. Por lo demás, también había caído el "Pelao", sin que yo lo supiera. Después, cuando estuvimos juntas, le dije: "puta, lo siento". Y ella, frente a mí: "no te preocupes", me dijo… Y no hubieron más interrogatorios… Pero me pasaron más cosas en Villa Grimaldi, ponte tú: me violaron. Pero fue una experiencia bien ambigua o especial, rara, porque no fue en un interrogatorio, no fue parte de la lógica de la tortura. Fue un tipo que, en medio de la noche, me sacó y me llevó a un lugar, me acostó y me empezó a violar. Yo me acordé de la frase de mi amiga J., que me decía: "si la violación es inevitable, relájate y disfrútalo". Yo me quedé pensando: "relájate, y que no te duela", pero el tipo no pudo seguir… A la noche siguiente me sacaron de nuevo a lo mismo, y ahí fue la única vez que se me acabó el auto-control, porque era un grupo de varios tipos. Me hicieron acostarme en un lugar, pero yo empecé a gritar: "¡no quiero, no quiero, no quiero que de nuevo me vuelvan a violar!"… Allí me preguntaron quién me había violado… Parece que ya tenían orden de no violar… Después me enteré que eso de las violaciones ya se había hecho público, e informado en conferencia pública… De modo que, después, estábamos más protegidas… Estuve en la Villa desde el amanecer del miércoles hasta el lunes. Y no tenía ninguna idea de que nos iban a liberar… Siempre pensamos que, una vez detenidas, nos íbamos a morir. Que no teníamos caminos de retorno. Que eso era fatal… Y no me imaginé nunca que iba a salir viva de ahí…».

A la Testimoniante 70, en Villa Grimaldi, la pusieron en uno de los cajones que habían instalado en la Torre. De ahí la sacaban para interrogarla y ahí mismo la dejaban después de la tortura. Y en uno de esos trámites, trataron de violarla. Ella tenía claro qué significaba todo eso y qué podía hacer, llegado el caso. O a qué situaciones peores podía enfrentarse…

«Me llevaron de nuevo al cajón –dijo en su testimonio–, y ahí, al subir la escalera, hubo un intento de violación… Es un poco desagradable, prefiero no contarlo… el hecho es que no se concretó… El tipo había decidido violarme en

la escalera, y empezó con la onda de "oye, flaquita, yo te saco de la torre, pero hazme el favor…". Yo me hice la huevona, como que sí, como que no, y cuando el tipo, ya preparado, estaba cercano a sus propósitos, me mandé un grito feroz… El tipo quedó p'a la cagá, y no pudo hacerme nada. Y yo grité porque había otros compañeros ahí, para que supieran… A mí me hubiera importado una raja que me violaran, porque, según yo, era como lo menos… Yo sabía que una violación trae un montón de consecuencias, de todo tipo. Pero, entre que te pusieran un ratón en el útero y te violaran, yo prefería que me violaran… Mi grito alertó a todos los compañeros, porque yo era, en ese momento, la única mujer en la torre… Tiempo después, cuando ya nos íbamos a ir de la Villa, el tipo improvisó un discurso de despedida, diciendo que ellos no nos habían hecho nada. Que si alguien tenía algo que reclamar, diera un paso al lado… Yo lo di. Y dije: "a mí me trataron de violar"… Ellos hicieron como que les interesaba saber quién fue, y que lo iban a dar de baja, porque "aquí nosotros no violamos a nadie" y no sé qué y no sé cuánto… "¡identifíquelo!". Yo dije que no, que no lo identificaría… Bueno, ahí me metieron de nuevo al cajón, y al otro día me sacaron a porotear… Los llevé a un contacto falso por la Estación Central… Fue todo un operativo. Me llevaron y me trajeron encadenada al suelo del vehículo… Volví aterrorizada… Nos hicieron un simulacro de fusilamiento… Después nos llevaron a Cuatro Álamos… Era de noche…».

Al parecer, parte importante de las violaciones se hicieron –o se intentaron hacer– en momentos no oficiales; es decir: no en relación directa con la tortura que formaba parte «institucional» del interrogatorio. El placer sexual de agentes y guardias no tenía conexión lógica directa con el objetivo militar de desmantelar estructuras partidarias. La tortura en sí era, sin duda, una violación, e incluía vejaciones sexuales de todo tipo, realizadas por un individuo, o por el grupo entero; planificadas, o no. Pero el hecho era que la violación de específico contenido sexual no contenía, necesariamente, el dolor físico extremo que se buscaba producir con los golpes, las pateaduras, los colgamientos, los cadenazos o la «picana eléctrica», para obtener información. De ahí que las violaciones de connotación sexual explícita ocurrían por lo común clandestinamente: en la noche, el día domingo, en las escaleras, en lugares aislados. Tal vez los violadores no se sentían tales –en real plenitud sexual– si debían violar a alguien como método de tortura, delante de todo el equipo interrogador, incluyendo Miguel Krasnoff Marchenko u otros jefes, y con el fin explícito de sacar información. Es altamente probable que la mayoría absoluta de los agentes y

guardias eran pervertidos sexuales cuando torturaban mujeres, pero los «violadores» propiamente sexuales, fueron, al parecer, sobre todo, guardias –aunque también hubo agentes involucrados– que necesitaban por tanto clandestinidad y soledad relativa, no sólo para desplegar plenamente su apetito sexual, sino también para eludir cualquiera eventual recriminación de sus jefes. Y, sin duda, la jefatura sabía perfectamente lo que sus hombres tendían y/o podían hacer con las mujeres jóvenes que llegaban a la Villa, pero, como es obvio, no investigaron en serio y, en la práctica, «dejaron hacer»… La absoluta indefensión de las compañeras torturadas creaba, para todos ellos, una oportunidad única de dar rienda suelta a sus instintos…

Tal vez por esa misma razón, la violación y los vejámenes sexuales ocurrían también en recintos y en momentos en que la «función» desempeñada por los agentes y los guardias no era la interrogación con tortura para obtener información, sino otra: administrativa, de mera vigilancia, de sanidad, o de «inducción del olvido»… La Testimoniante 50, 18 años, estudiante secundaria, fue detenida, y luego de su paso por Villa Grimaldi, fue llevada a Cuatro Álamos.

«Allí sufrí una constante agresión y acoso de parte del que cuidaba ese recinto: el que le decían el “Cara Pálida”. Me acosaba sexualmente a toda hora del día, en la mañana, en la tarde, en la noche. Me llevaba música, libros, me conversaba, me hacía cariño… Yo le decía todo el tiempo que se parecía tanto a mi papá, que conversar con él era como conversar con mi papá. Así lograba, más o menos, mantenerlo a distancia. La verdad es que se dio una relación como media enferma de parte de él… Y yo, por si acaso, sola, hice una huelga de hambre, pero nadie me infló… Y a cada rato me sacaban a sesiones con “El Brujo”, que también me había tratado en Villa Grimaldi… Era terrible… Le hacía creer que me hipnotizaba… Y el tipo no estaba solo: siempre había allí un montón de huevones de la DINA, para ver lo que él hacía con las detenidas. Eran sesiones muy desquiciadas, demasiado desquiciadas… Te hacían hacer el amor, todas esas huevadas. Era algo terrible. Yo siempre entraba con miedo… Me pellizcaba las piernas para ver si estaba dormida. Me dejó la pierna toda herida porque yo tenía que hacerme la dormida… En varias de esas sesiones con “El Brujo”, las detenidas fueron violadas, y también por el “Cara Pálida”. Eran muy desquiciados. Cuando quedé en libre plática, me sentí muy contenta por haber utilizado una serie de estratagemas para mantener distanciado al

“Cara Pálida”, y así impedir que se produjera la violación…».

¿Hubo, sólo, vejámenes y violaciones heterosexuales? La perversión sexual de los torturadores ¿se refería sólo a las compañeras? Tal vez, en la absoluta mayoría de los casos, eso fue así. Pero el Testimoniante 9 tiene una impresión distinta. Su paso por la Villa le dejó experiencias y situaciones que tiende a repeler y a olvidar… «Ellos usaron un proceso de ablandamiento bien duro conmigo. No sé, es imposible comparar con otros casos. Sólo yo sé el dolor que tuve y que sentí… A pesar de que, a decir verdad, tú, en esa situación, como que ya no sientes el dolor como tal. Pues cuando tienes ahí una jauría de 7 u 8 tipos, y estás desnudo, y estás como entregado a otros dioses… Estás en otro mundo, en un mundo diferente, donde todo lo que tú habías conocido estaba trastrocado, donde la mente y el cuerpo funcionan de otra manera… un ámbito difícil –si no imposible– de recrear… Y me dieron, supongo, el tratamiento normal que le daban a todos los presos (golpes, corriente eléctrica, colgamientos). No hubo diferencias conmigo, a pesar de que yo era muy joven… Y quiero decir ahora algo de lo que nunca he hablado: del acoso sexual. Yo era joven, como dije, y además de contextura fina. Fino, finito… Y ellos, estando yo desnudo, se dieron cuenta, y me deseaban, tanto los hombres como las mujeres que habían ahí. Y me tocaban y manoseaban, y de un modo que, claro, no era violento. Es algo difícil para nosotros hablar de eso, referirnos a eso. Me imagino que para las mujeres eso mismo ha sido frecuente y tremendamente difícil… pero para los hombres, tal vez, era peor, por el miedo que tenemos a la homosexualidad. Yo siento que allí, en ese espacio tan trastrocado, tan inmensamente diferente a lo que son las normas sociales entre seres humanos normales, esa cuestión del deseo hacia los hombres existió de una manera soez y enfermiza… Los tipos no me violaron, pero estuvieron a un paso de hacerlo. Y por suerte de la vida no me pasó. Yo creo que si me hubieran violado después tendrían que haberme matado, porque yo habría sido un testimonio viviente de que su orgullo militar y varonil tenía una base falsa… En esta sociedad tan cerrada, ser homosexual es un gran estigma. De acuerdo, pero lo que allí me ocurrió a mí, lo que yo sentí de parte de ellos en ese momento, era de una violencia distinta: solapada, apenas contenida, pero igualmente violenta…»

En ese espacio tan «inmensamente trastrocado, donde las normas sociales entre seres humanos no existían»… o existían, pero invertidas, puestas de revés… En ese ámbito inconcebible, de horror, era imposible no angustiarse ante el

espectáculo brutal del lado reverso, oscuro, de la humanidad. Que era una impresión ligada, pero también diferenciada del dolor físico que uno recibía en la tortura. ¿Cómo es posible que, como seres humanos, como sociedad, hallamos llegado a estos extremos? ¿Y que ese extremo lo viviera, exacta, precisamente, uno mismo? Es lo que sintió la Testimoniante 2, desde el primer momento:

«Eran inhumanas las situaciones que se presentaban… Llegar a una pieza donde habían 15 o 20 mujeres… que se acercaron para recibirte, calor humano… genial… pero yo me decía: "estas minas también pueden estar hablando, tal vez quieren sacarme información, éstas son igual que los otros"… No quería ni que me tocaran… Eran como las tres o cuatro de la mañana… y "¡wuaaaaaaa!", me puse a llorar… y qué, yo creo que estuve como veinticuatro horas botando p'afuera… Y sólo después de eso me percaté de la realidad. Empecé a razonar, porque hasta ese minuto todo había sido muy irracional. Y uno no sabía qué hacer, cómo actuar, cómo definir lo que estabas viviendo. Era un mundo de locura… Y estuve allí con dos mujeres embarazadas, una tenía como cuatro meses, y la otra, seis o siete. Y fue muy impactante para mí ver que lo estaban pasando muy mal. Tratamos de darles cariño, lo más que pudimos, apoyarlas. Sobre todo después de la noche de Navidad, cuando en la Villa ocurrieron hechos muy duros. Muy violentos. A una de las niñas embarazadas la habían intentado violar, razón por la que una compañera, que era profesora universitaria, se entregó al tipo con tal de salvar a la niña embarazada… El tipo no alcanzó a consumar la violación… A raíz de eso, hubo un remezón fuerte en la Villa. Pero esa compañera quedó traumatizada con la situación. Mucho tiempo después todavía ella estaba marcada por lo que le había ocurrido esa noche de Navidad. En una noche como ésa, vivieron ellas una situación horrorosa… Cuando yo llegué a la Villa, poco después (el 6 de enero), me encontré en la pieza con una falda tirada allí como trapo. Había ocurrido que, esa niña, en esa noche de Navidad, andaba sólo con una falda. Ella tenía una falda y un pantalón, pero ella se había sacado el pantalón para poder ir al baño más cómoda, porque daban muy poco tiempo. De modo que cuando los hombres la violaron, iba solamente con falda. Y la falda quedó tirada allí, como trapo viejo. Yo la vi, y propuse usarla como un trapo para limpiarnos, porque de repente tú vas a lavarte y no hay nada. Es patético el drama de las mujeres con el tema de la menstruación, pues no hay algodón, ni papel, ni nada; entonces cualquier cosa, un pedazo de papel de diario, un cartón, nos servía… Y me dijeron: "bueno, rompe la falda". Y me dio no sé qué, porque la falda era de

buena calidad. La tomé: estaba como almidonada en semen… Y todo eso fue un tema fuerte en la pieza de las mujeres… Bueno, cerremos el tema… Así, poco a poco, yo empecé a percatarme del entorno, que las niñas que estaban en la Villa eran seres humanos… que tenía que comunicarme con ellas… que teníamos que darnos fortaleza…».

Sin embargo, la experiencia del «trastrocamiento», de la locura inhumana convertida en poder armado, ejercitándose contra la vida que engendra uno mismo, pudo ser aun más chocante. O generadora de traumas, daños o recuerdos que se quedan grabados en la mente como cicatriz roja, por largo tiempo. La vivencia de la locura humana como sistema organizado de tortura es, tal vez, la peor experiencia que puede experimentarse en la vida propia. La Testimoniante 7 tenía un embarazo de dos meses y medio cuando la llevaron a Villa Grimaldi. Cuando la comenzaron a torturar. Cuando Osvaldo Romo, encima de ella, burlonamente, inició el asesinato del niño que aún no nacía...

«Cuando estaba en la parrilla, yo podía ver, por debajo de la venda, la cara de Romo. Yo veía cómo los ojos le bailaban, cómo, dirigiendo la aplicación de la electricidad, ponía una cara impresionante. Su gesto. Su mirada. Sus ojos bailando… «Ahora –me anunció– vamos a ponerle electricidad a tu guagüita»… Y lo hicieron… ¡Lo hicieron!... Y yo veía cómo movía sus ojos… Era una impotencia enorme, estar amarrada de brazos y piernas, sin poder moverte, y sin poder hacer nada, cuando una madre lo más que quiere es defender a su hijo, y no puedes… Eso sobrepasó cualquier cosa que yo hubiera imaginado. No sé cómo describirlo… Es algo que no se puede aceptar. Algo que nunca uno puede aceptar… Y es algo que siempre voy a llevar conmigo… Yo comencé a tener pérdida de sangre… Vino un médico a verme, que dijo: "si quieren que tenga la guagua, déjenla tranquila"… Pero no me dejaron tranquila… Me tuvieron mucho tiempo así, hasta que… finalmente, entre dos me fueron a tirar a la pieza de las mujeres… Me tiraron al suelo. Y yo, lo único que quería en ese momento, era morirme. Y me comencé a morder la muñeca… yo no podía seguir viviendo… Ahí todas las mujeres de la pieza me dijeron "¡No, no, tú no puedes matarte, no, vive!"… En esa situación, que siguieran todavía conmigo torturándome, me parecía impensable… Yo tenía que seguir viva porque tenía que dar vida, pero si seguían con la tortura, nada tenía sentido… Y era toda una

angustia, miedo… fue mucho. Mucho… Esta cosa me quedó por mucho tiempo, fue muy fuerte para mí. Me despertaba y me ponía a llorar, llorar, llorar… como que todo se me hacía chico, las cosas se achicaban, se hacían chiquititas, hasta quedar en la nada. Y no quería que me cerraran la puerta de la casa, ni me apagaran la luz… Me duró años… Y todavía hoy como que no me gusta la oscuridad y las puertas cerradas… Y por eso mi casa está llena de ventanas y las murallas tienen hoyitos… (ríe). Y nosotros nunca tuvimos tratamiento… Tuvimos que pararnos solitas, de a poco. No fue fácil. Por eso, nos ayudó mucho el hijo que tuve después… y más tarde, la niña… Pero a mis hijos nunca les quise contar eso, la pérdida de mi primer niño en Villa Grimaldi. Sólo me animé cuando Pinochet se retiró del poder… Tenía miedo que ellos lo supieran por otro lado. Mi hija estaba todavía muy pequeña, y no le dije. A mi hijo, en cambio, que era mayor, salí un día a conversar con él por una callecita, y le dije: "Mira, es mejor que escuches esto por mí misma…", y le conté que en Villa Grimaldi había perdido a mi primer hijo… Entonces él me respondió, como contento: "¡mamá, entonces habríamos sido tres!"… ».

El ser humano es un microcosmos que absorbe infinitos registros, y responde a ellos, también, con una infinita variedad de reflejos y reacciones. Diversidad de sensaciones, diversidad de expresiones. Los coros, por lo mismo, no sólo se componen de múltiples voces distintas, sino también de recónditas armonías. Por eso, ante la enorme variedad de horrores que imponía el trastrocado mundo de Villa Grimaldi, las compañeras y los compañeros reaccionaron con una enorme variedad de actitudes, reflexiones y expresiones, cuya polifonía se ha intentado recoger en este libro. Y en todas ellas pudo sentirse, de algún modo, ese acento común, o ese clímax de humanidad que denotaba la solidaridad que vivía en todos y cada uno. El Testimoniante 3 se sintió asombrado por las actitudes y acciones que, en un momento dado, los prisioneros de la Villa desplegaron en cierta oportunidad…

«Me acuerdo de un hecho muy notable, y fue una vez que, mirándonos unos a otros, descubrimos que todos estábamos flacos y muy pálidos… y a uno se le ocurrió, siendo día domingo, pedir permiso para sacar las colchonetas a una patio chico que había frente a nuestra celda, y allí… ¡tomar el sol!... Salimos, nos echamos y, puta ¡qué rico!... tomar el sol después de tantos días a la

sombra… Y nos pusimos contentos… "¡A ver los huevones, ahora todos cantan! ¡A cantar!"… Y alguien partió cantando no me acuerdo qué canción. Y terminó, y empezó otro. No sé cuántos habíamos allí. Y se acercaba mi turno y, puta, yo soy negado para las canciones, se me olvidan las letras, me desafino… Y me estaba preocupando de verdad cuando a mi querido amigo, mi jefe político, se le ocurrió cantar La Marsellesa en francés, que era el himno de la Revolución Francesa, y también de nuestro Partido Socialista. Y cantamos todos, casi gritando. Los guardias tenían pico idea de francés… Y nos reíamos como locos, más para adentro que para afuera… Sobre todo cuando los guardias nos dijeron: "Qué bonita la canción ¿cómo se llama?"…¡Qué huevón más inteligente el compadre al que se le ocurrió la idea!... Fue una escena que te subió el ánimo, porque ellos se te habían metido en el cuerpo, te dejaban con pesadillas, con dolor de guata… ¡pero no podían entrar, y no entraron, donde éramos nosotros mismos!... Eran huevadas ingeniosas que te permitían recuperar tu dignidad y sentir que éramos infinitamente superiores a ellos, a esos energúmenos que tenías allí, a esas vacas que no sé cómo llegaban a sus casas, no sé qué amores podrían tener, qué hijos para enseñarles qué… Uno recuerda la tortura, por supuesto, que es inolvidable… Pero también recuerda otras cosas, por ejemplo, los momentos de compañerismo que vivíamos en la celda. Recuerdo, por ejemplo, a P., que era allí dentro una especie de angelito de la guarda, porque se preocupaba de todos nosotros. Era un tipo rubio, flaquito, de ojos claros, que tenía un testículo hinchado de este porte, morado, rojo, y yo no sé cuánto le dolería esa cuestión, no sé cómo podía caminar… pero él siempre estuvo pendiente del bienestar físico de los demás… que no tomaran agua después de la tortura eléctrica, que el pulso, que el corazón, que te tapaba… Era como nuestro enfermero… Por eso estábamos atentos a los demás, conversar con ellos, conversar cualquier cosa… Yo me acuerdo haber conversado con G., el historiador, me tocó quedar en la cama del lado. Él estaba muy preocupado por su amigo I., a quien yo había conocido de paso en la Universidad… Le pregunté cosas de historia, pero él no estaba de mucho ánimo para ser allí mi profesor de Historia… No era el momento de hablar de eso, sin duda, pero esa huevada había que sobrevivirla de cualquier modo… En la Villa estuve sólo cinco días… afortunadamente, la segunda parrilla fue breve, tuve cueva, porque un poco más que me aprietan y suelto todo… Pero en la Villa había mantenido mi entereza, el buen ánimo, podía reírme, conversar… Tenía mucho miedo, por supuesto, miedo al ruido de la reja, a la cadena de la puerta, al número… (era mi número) , y bueno, puta, había siempre una tristeza, porque podías ser tú, y a veces otro, pero igual eras tú y, ya, bueno, en fin… Yo salí muy flaco de la Villa, perdí mucho peso, bajé como 7 kilos… Tal vez por eso, en la

gran pieza de Cuatro Álamos me anduve deprimiendo un poco»…

La capacidad para tomar cierta distancia de las experiencias duras que se viven es, al parecer, innata. Y esa capacidad –presente sin duda en el caso del Testimoniante 3– también demostró tenerla el compañero Testimoniante 73. La posibilidad de desdoblarse de lo que se vive permite, sin duda, reflexionar más o menos racionalmente sobre lo que está ocurriendo en rededor, o en el cuerpo de uno mismo, pero también permite –y permitió– la posibilidad de tomar las cosas con sentido del humor. Irónicamente. Burlonamente. Tal capacidad es, por cierto, positiva, para no sentirse inundado y ahogado por los eventos externos, aunque puede ser también menos positiva en relación a las emociones, al trasfondo valórico y al sentimiento latente de los otros compañeros que te rodean. Sobre todo cuando el derrumbamiento de las estructuras partidarias parecía ya casi completo… «Me detuvieron el 24 de octubre de 1975 –dijo el Testimoniante 73 en su relato–

«en un lugar que no me acuerdo… Había ido a tratar de reenganchar a I. (después supe que se llamaba así)… porque él había roto el eslabón… yo tenía que reengancharlo, aunque yo le iba a decir… "¿sabes qué?... ¡Vírate!", porque sabíamos que nos habían agarrado la hebra, y ésa era mi decisión… Es que hacía poco los "dinos" se habían agarrado a balazos en la parcela de Malloco con el Pascal, el Gutiérrez y Dagoberto Pérez… Era un coletazo que venía de antes, de unas "clínicas de salud"… que venía de cuatro o cinco meses antes… Los "malos" estaban de euforia, y ahí me agarraron… Yo era un pendejo de 20 años… L., mi compañera, era más joven todavía… Nos torturaban juntos, y a mí el saco de huevas me dijo que tenía 57 preguntas que hacerme… al final, quedamos en 8… Krassnoff las fue descartando solo. Estaba muy orgulloso, y él nos mostró, a G. y a mí, el organigrama del MIR, que estaba, según él, desintegrado. Tenía una mezcla de soberbia, de orgullo, y a la vez, un afán de cagarnos a los dos. Era su triunfo como "analista" político. Nos sugería que discutiéramos entre nosotros esta situación, y allí, en la celda, me tocaba entonces estar con G., con el P. y con este niño V… Y le daba con nosotros. Como que nos consideraba "los intelectuales"; bueno, G. lo es y era más grandote que yo. Nos sacaba para hacer análisis políticos, pero si no estaba de acuerdo con lo que decíamos, nos pegaba, po', güeón… Y tenía un problema con

G. porque su fenotipo se parecía a Cristo Crucificado, con barba y todo, y eso lo cagaba mucho, incluso una vez lo verbalizó, y a mí me quedó muy grabado: "este huevón me carga, me revuelve la guata"… y me pegaba a mí… (no, esto último es talla)… Y claro, después de 45 días, un huevón con lentes, como yo, tenía muchas cosas hechas pebre: la boca, el que-te-dije, el régimen de obrar… El régimen de inhumanidad que te hacen vivir era tal… que no se daban cuenta de que a una persona que había vivido la dignidad le era muy indigno cagar delante de todos. Porque eso es muy indigno… Al final, de «los de octubre» quedábamos sólo G. y yo. A la L. ya la habían "bajado" (era la jerga en uso) a Cuatro Álamos… Y yo me hice el rollo: "si a ella la bajan y a mí no… eso sería todo"… Y el 8 de diciembre de 1975, si no me falla la memoria, me devolvieron mi billetera y mis lentes. Algún huevón los había guardado, los puso en un sobrecito, y me los devolvieron intactos, hasta con la plata… Bendita mañana aquélla… Allí se me acercó el B., y me dijo: "te salvaste, gueón"… A lo que yo le dije: "no me gueís, gueón", y él me respondió, muy serio: "no, gueón", y se fue… Ahí caché que G. estaba a mi lado y que también le habían devuelto sus pertenencias. Nos sacaron en una camioneta, de esas típicas, cerradas atrás, el portón rechinó y, salimos de la Villa. Dobló a la izquierda… Hasta allí íbamos re'bien. Íbamos los dos con G. conversando atrás, y nadie más. Y le dábamos al chiste. Practicábamos mucho hacer chistes de la situación, y lo hacemos hasta el día de hoy… Esa gueá fue la que nos salvó. Y yo le dije: "hasta aquí vamos bien, porque si la camioneta sigue derecho al pasar el puente, nos llevan a Cuatro Álamos, y si dobla a la derecha, nos vamos a la chucha"… Pasó el puente y la camioneta siguió derecho… Ahí nos quedamos calladitos. No dijimos ninguna gueá… "entramos a la otra etapa". No es que íbamos a sobrevivir, pero, al menos ¡era otra etapa! No sabíamos si íbamos a Tres Álamos, a Cuatro Álamos o a todos los álamos habidos y por haber… No estábamos, por supuesto, muy bien informados… Y llegamos a Cuatro Álamos… "¡qué sensación maravillosa: no tener venda en tus ojos!". Estuvimos con G. como diez días y sus noches encerrados en una pieza con unos flaites medio raros, tal vez era una prueba, pero después nos pasaron a la gran pieza principal. Y ahí tú podías tomar el sol, y eso era un lujo, po', gueón…».

Experimentar a fondo un episodio de la vida propia en un mundo «trastrocado», en contacto físico con la inhumanidad, junto a compañeros y compañeras que demostraron, en diversos aspectos y distinto grado, lo que era y debe ser la humanidad, la solidaridad, la razón superior y el sentido del humor, es aprender a

vivir dos veces. Es sentir las dimensiones internas de «lo humano», duplicando su profundidad. Es un modo de enriquecerse por dentro. Es lo que sintió, sobre todo, el Testimoniante 20, en su estadía en Villa Grimaldi.

«A mí me detuvieron al día siguiente del llamado "combate de Malloco", donde murió Dagoberto Pérez y se desmanteló la cúpula de la Comisión Política del MIR. Había caído el enlace de mi jefe supremo, y por ahí llegaron a la parcela de Malloco, y por la misma vía llegaron a mi casa-buzón… A mí me habían cooptado como analista de apoyo a la Comisión Política, a través de mi jefe directo. Es que, a esa altura, ya no quedaban intelectuales de profesión en el MIR, salvo yo y un grupo de académicos de la Universidad Católica, grupo al que yo mismo había tratado de mantener descolgado, por seguridad. Alcancé a entregar varios informes políticos, cuyo eje central era que la dictadura no era coyuntural o episódica, sino parte de un plan global mayor, razón por la que iba a durar mucho tiempo, de modo que el MIR tenía que prepararse para eso, y no pretender que podía pasar a la contraofensiva. No les gustó mucho, pero la situación objetiva enderezaba la marcha en esa dirección. Después de 1976, se olvidaron de esa propuesta… Al caer Malloco, donde estaban todos los jefes juntos (incluyendo sus compañeras), cayó también el archivo de la Comisión Política (estaban allí todas las cartas y mensajes que yo le había enviado a mi jefe). En la balacera murió Dagoberto Pérez, y escaparon Gutiérrez y Pascal, que posteriormente se asilaron… El enlace quemado llegó a mi casa buzón, allí había una niña embarazada de ocho meses, la presionaron de inmediato: "¿dónde vive Iván?", y ella dio mi dirección…Así, llegó a mi casa un pelotón de sujetos provistos de armas cortas y largas, todos tiritando de miedo, extremadamente nerviosos y cada uno con el dedo puesto en el gatillo (esperaban "otro" enfrentamiento armado), y me llevaron… Al cabo de un rato, me recibió el capitán Miguel Krassnoff en su oficina. Estaba manipulando en su escritorio un montón de papeles y documentos (después me enteré que era el archivo de Malloco, además de los borradores de una investigación de historia económica que yo estaba realizando en FLACSO para la fundación alemana Friedrich Ebert). A sus preguntas respondí que había sido profesor de la Universidad Católica, que me habían echado, que investigaba para FLACSO, etc. (era mi fachada oficial)… Krassnoff Marchenko, por un rato, no dijo nada… De repente, me dio un tremendo golpe en mi estómago y me tiró al suelo… "¡viejo mentiroso!", gritó (yo tenía entonces 38 años, y era, por supuesto, bastante mayor que el militante medio del MIR)… Días después me dijo que era

un estúpido al militar en esa organización, si tenía un contrato por el cual me pagaban en dólares… Como quiera que sea, me sometieron al tratamiento normal: una feroz golpiza y pateadura en el suelo, propinada por unos cinco o seis sujetos que no pude ver (estaba con el scotch de rigor)… Después me dejaron en una especie de patio, sentado en una silla, siendo ya el comienzo de la noche… Ahí sentí que se acercaba alguien por detrás, que me preguntó mi nombre mientras me sacaba el scotch y me ponía en cambio una venda suave, como de gasa… Era una voz de mujer, y unas manos de mujer… Suaves, delicadas… Yo no respondí nada, porque no sabía de quién se trataba… Después supe que había sido C., la compañera de P… Y eso me quedó muy grabado hasta el día de hoy: era un sorpresivo soplo de delicadeza (que contrastaba con la brutal golpiza que había recibido recién), además de que la venda tenía como unos hoyitos al centro, de modo que yo pude ver, durante varios días, el rostro del capitán Miguel y el de mis torturadores. Ahí entendí que la delicadeza de las manos femeninas me habían traspasado un mensaje de complicidad… Después vino la dosis de tortura normal: tres o cuatro parrillazos, nuevas golpizas, connato de colgamiento, etc. y me preguntaron (cuando me dieron más duro) por eventuales contactos alternativos con Pascal y Gutiérrez (el único que yo tenía, medio indirecto, no se los di). Fue entonces cuando me llevaron a la Torre para apretarme al máximo posible… Felizmente, no sé porqué, alguien les llevó una noticia, salieron todos corriendo disparados, y a mí el sargento Tulio Pereira me llevó también corriendo (tomado de la mano) hasta la celda… Fue cuando supieron, al parecer, que los dirigentes prófugos, entre ellos mi jefe, se habían asilado… Los interrogatorios posteriores tuvieron que ver entonces, sobre todo, con los papeles de Malloco: el capitán Miguel me llamó como tres veces más, de noche, para leerme en voz alta las cartas que yo había enviado a mi jefe, y hacerme preguntas aclaratorias sobre la marcha. En una de esas cartas yo le informaba de la muerte del compañero G., militante del SUTE, que cayó de rebote por el derrumbe de las estructuras centrales del MIR, y que en tortura no dio ni el nombre ni la dirección nuestra (mi compañera y yo teníamos en ese momento la dirección de ese grupo). Desafortunadamente, cuando lo llevaron a su casa para tender una ratonera, le dieron agua, y ahí falleció. Los "dinos" que estaban con él se espantaron, tomaron el cadáver, se lo llevaron corriendo, y olvidaron sus metralletas debajo de la cama… "Te metiste en un forro, viejo…", me dijo el capitán Miguel, y miró a los agentes que estaban en la habitación, levantándoles un dedo amenazador… como que iba a castigarlos por el olvido de las metralletas, sugiriendo a la vez que los "dinos" se iban a desquitar conmigo por denunciarlos… Ahí yo cometí el error de mirar a través de mi venda a unos y a

otros, mientras hablaban… se dieron cuenta que yo veía… y me cambiaron la venda por otra impenetrable (lo siento, amiga)… Las torturas posteriores tuvieron que ver con quién era J. y otros nombres, la mayoría de los cuales yo no conocía. Considerando el conjunto de la situación, dije que J. era I., profesor de Literatura de la Universidad Católica, que era amigo mío, pero que no militaba (yo me había opuesto a que los compañeros entraran en la clandestinidad y a que se mantuvieran conectados con el partido en esos momentos de derrumbe general). De hecho, I. formaba parte de un grupo de escritores que estaba trabajando en una producción literaria orientada al proceso revolucionario, grupo en el cual participaba también Carlos Droguett, Premio Nacional de Literatura. Por lo demás, eso mismo estaba en las cartas que yo le envié a mi jefe. Yo pensé, por tanto, que si la DINA llegaba hasta ese grupo, iba a entrar en un callejón sin salida… Pero no fue así: la Comisión Política, no sé porqué vías, había reenganchado a I… De hecho, varios compañeros que yo había mandado a su casa hasta que pasara el chaparrón, se reengancharon por otro lado… De ese modo, llevaron a I. a Villa Grimaldi, y lo torturaron, junto a otro compañero, por no sé qué problemas, enlaces y correos… También nos torturaron juntos, pero, a decir verdad, no teníamos mucho que decir de nuestra propia relación, salvo la amistad… Conversé con él una noche y lo vi muy mal. Era un hombre grande, más alto que yo, corpulento y era evidente que respiraba mal y le fallaba, al parecer, el corazón… Nos habíamos convertido en entrañables amigos e iba a menudo a comer a mi casa… Me decía siempre que él iba a ser el poeta y dramaturgo de la revolución, y yo, el historiador del pueblo. Nos habíamos repartido el trabajo… Yo supe que había muerto en tortura sólo cuando llegué a Tres Álamos… Para mí, fue un mazazo. Un golpe más duro y lacerante que la tortura. Quedé magullado físicamente, con varias costillas hundidas, el tímpano reventado y heridas de picana eléctrica en varias partes… Pero eso, para mí, era un problema menor. Sin mayor importancia. No me dejó otras huellas que las físicas. Y sólo por un tiempo. Lo de I., en cambio, me marcó para siempre. Lo mismo que la muerte de mi otro amigo: G. De un modo u otro, yo fui responsable de sus muertes (y no por delación o debilidad, sino por una cuestión más profunda, de carácter ético). Ambos pudieron haberse ido, y no se fueron porque, cuando me preguntaron si yo me iba, yo les dije que me quedaba… Y decidieron, ambos, hacer lo mismo. Además, I. cayó cuando, desde mi percepción, las estructuras superiores del MIR habían sido descabezadas y desmanteladas, y no pude prever los coletazos de las estructuras en extinción, y menos los imponderables del cuerpo humano. Por eso, decidí que, si I. no pudo realizar por completo su proyecto de poeta y dramaturgo de la revolución, yo, al

menos, tenía que cumplir mi parte como historiador… Porque, a decir verdad, era ése nuestro proyecto político real y trascendente. Los horrores de Villa Grimaldi, ante ese proyecto, se anulaban. Y por todo eso fue que tomé como modelo de conducta la actitud de dos compañeros de celda de Villa Grimaldi: la sensibilidad y fraternidad a toda prueba de P., y el humor irónico de que hacía gala V. Cuando a P. "lo bajaron", imité su conducta con los nuevos compañeros que iban poblando la celda de los detenidos. Y con V. salíamos, cada vez que podíamos, a barrer la Villa Grimaldi entera, lo que nos permitía respirar, llevar y traer mensajes (por ejemplo, el pañuelo en el cual P. bordó una paloma de la paz, cuyo destino era su compañera C., que estaba en la pieza de las mujeres), e incluso dulces o cigarrillos encendidos que llevábamos de vuelta a la celda, para que cada compañero, acostado en su litera pudiera, en democrático turno, aspirar el humo del cigarrillo… Fue así como apreciamos, también, la conducta de los compañeros socialistas de la Universidad Católica, que llegaron uno tras otro, cantaron, hicieron expresión corporal, y se fueron libres todos, alegremente, a los dos o tres días… (en abierto contraste con los compañeros del MIR, que estaban viviendo, cada uno, casi agónicos, una tragedia griega)… Por todo eso, cuando, ya en los últimos días, los agentes decidieron interrogarnos juntos con V. por una cantidad de nombres de los cuales no teníamos idea, tomamos las golpizas con filosofía y humor… Porque un día nos llevaron a la Torre, y ahí, el Tulio y sus socios nos golpearon duro en las costillas, los riñones y los testículos, por un largo rato… Al final de un infructífera sesión, nos gritaron: "¡Vuélvanse a sus celdas!"… y, obedientes, nos fuimos caminando, vendados, solos. Como salíamos a barrer a menudo, conocíamos todos los caminos… "El Tulio es realmente bueno: golpea muy bien", reflexionó V., mientras caminábamos de vuelta… "Sí, es seco: golpea directo al riñón, a la columna, a la entrepierna: tiene un ojo que no falla", le respondí yo, medio cojeando… Y él: "estuvo rica la pateadura: ninguna me llegó de refilón", y se sobaba el bajo vientre… "No sólo rica: ha sido memorable. La recordaremos sin falta"… Y así, charlando, llegamos a nuestro destino. Llegados allí, le dijimos al guardia: "ábranos la puerta, por favor: necesitamos descansar después de una rica pateadura"…El guardia nos miró, algo cejijunto, no dijo nada, y abrió la puerta…».

La experiencia extrema de inhumanidad que se vivía en Villa Grimaldi, para los militantes fogueados o maduros, aunque terrible, fue, de todos modos, un aprendizaje enriquecedor. Sobre sí mismos, sobre los compañeros e, incluso,

sobre la naturaleza síquica y moral de los enemigos a quienes se intentaba combatir políticamente. Sin embargo, para «aprender» en esas circunstancias, se necesitaba, sin duda, una formación previa, de militancia activa. Para los y las adolescentes que carecían de esa formación, pero que, sin embargo, dada la naturaleza de ese enemigo, tuvieron que vivir forzadamente la misma experiencia extrema, era, en cambio, un proceso incomprensible, una locura sin nombre, un sin sentido completo de un horror que no podía enseñarles nada en el momento, sino, solamente, mucho tiempo después… La Testimoniante 16, entonces de 16 años, colegiala, junto a su madre y otras dos hermanas que no eran militantes, vivieron, de un modo u otro, todos los horrores de la Villa. Es que la DINA estaba buscando desesperadamente a su hermana mayor: V., que sí era militante, y al compañero de ésta (el W.), que estaban viviendo en clandestinidad desde hacía largos meses. Las palabras de la Testimoniante 16 hablan por sí solas:

«Me acuerdo que, a principios de 1974, me puse a pololear en el verano. Estábamos en la playa y a mi pololo lo tuvieron preso por el toque de queda. Lo hicieron, junto a otros, caminar de rodillas por las calles, por todos lados; los tiraron al agua con ropa, les pegaron, y los tuvieron encerrados toda la noche… A nosotras también, aquí en Santiago, fuimos una tarde a una fiesta con mi hermana y una amiga –justo yo cumplía 15 años– y estábamos de lo mejor en la fiesta, cuando llegaron los militares y nos llevaron presos a todos los que estábamos en esa casa. Éramos como 30. Nos subieron a un bus, a un lado los hombres, y al otro las mujeres. Nos llevaron a una comisaría que está por Los Guindos… Supuestamente, debíamos pagar una multa… Pero de ahí nos trasladaron a la Cárcel de Mujeres. Esa noche habían hecho una redada por los prostíbulos y los calabozos estaban llenos de prostitutas. Allí nos metieron a todas, junto con ellas. Nos empezaron a decir groserías. Nosotros, cabras chicas, no entendíamos nada, nos abrazamos entre nosotras y nos pusimos a llorar. No sabíamos qué podía pasarnos… Después nos hicieron barrer toda la cárcel, por dentro y por fuera… Yo estudiaba en el colegio Santa Teresa de Jesús, de Avenida Ossa… y poco después del golpe nos pusieron custodia: había milicos que, en el colegio, nos vigilaban, porque allí habían algunas hijas de milicos. Estuvimos desde septiembre a diciembre con custodia permanente. Yo no entendía mucho lo que pasaba con todo eso. Habían tantos rumores… Y pasó que, justo el día antes que nos detuvieran a nosotros, vino a la casa mi cuñado W. Hacía ocho meses que no lo veía… Yo justo estaba sola en la casa y me

sorprendió mucho su visita… A los papás de él los habían detenido… Estaba preocupado. Me contó algunos de los métodos de tortura que, según él había sabido, se aplicaban en Chile. Yo quedé muy sorprendida por lo que me habló. Y fue la última vez que lo vi. Ahí me entregó un paquete que quería que le guardara. Después supe que era dinero que él tenía a cargo. Cuando llegó mi mamá le mostré el dinero y lo metimos en un neceser que yo tenía… Y justo al otro día llegaron los milicos a la casa… Nos estábamos aprestando para salir con mi hermana cuando sentimos una tremenda frenada afuera. Nos asomamos a la ventana, y vimos que de un auto bajaban al papá de mi cuñado W., que se veía en muy mal estado y apenas podía caminar… Ahí mi mamá dijo: "¡vienen para nuestra casa!"… En esos instantes me acordé del neceser… Mi hermana corrió escaleras abajo y yo le tiré el neceser por la ventana y ella lo escondió por ahí… Yo que me doy vuelta y vi a una mujer apuntándome con un arma en el pecho. Yo no entendía nada. No sabía qué hacer. Nos bajaron a todos al living, y ahí vi a mi cuñado W., que justo había ido a la casa porque se le había echado a perder el auto, y nos empezaron a preguntar por mi hermana V. Como no teníamos idea dónde pudiera estar, dijeron que tenían que llevarnos a Investigaciones. Y nos llevaron. Llegaron otras camionetas. Nos subieron a una de ella y cuando subo me pusieron un scotch en los ojos. Yo pregunté: "¿por qué me ponen scotch en los ojos?". Uno de ellos gritó: "¡cállate, huevona! ¿querís que te pegue un cachuchazo?". Yo le dije: "¿no sabe cómo se les dice a los hombres que le pegan a las mujeres?". Y él repitió: "¡cállate, huevona!"… Y nos llevaron a un lugar que después supe que era Villa Grimaldi… Yo no entendía nada: te llevaban con los ojos vendados, te iban como conduciendo, no tenías noción de dónde estabas, escuchabas voces y yo me imaginé que nos dejaron en algo así como bajo un parrón… Y nos fueron preguntando, de a una por una, por mi hermana, y como nosotras nunca pensamos que ellos iban a llegar a la casa nuestra, todas dimos versiones distintas… Nos dijeron entonces que éramos una familia de mentirosas… Después nos llevaron a una pieza, un calabozo donde había otras mujeres, y ahí nos pusieron vendas. Yo no tenía noción de nada, no sabía qué gente era ésa y cuánta gente había allí dentro. Yo no sabía quién estaba a mi lado… Hasta que empezamos a hablar y ahí descubrimos que estábamos las tres hermanas… Como yo quedé más cerca de la puerta que daba hacia la parte de la sala de torturas, por ahí sentí llorar a mi mamá… "¡mamá está llorando, mamá está llorando!"… Ante eso nosotras empezamos a patear la puerta y a gritar. Al rato llegó el guatón Romo, trayendo a mi mamá: "dígale a sus hijas que no le ha pasado nada», y luego a nosotras: «tranquilas, si no va a pasar nada"… Al día siguiente vino un médico, mi mamá le pidió un remedio para mí, porque yo tenía tos, y agregó: "me duele tanto el

pecho… ¿me podría ver y darme un remedio?”… Yo quedé metida con eso, pues mi mamá, hasta ese momento, no había dicho nada que le dolía el pecho… Al salir al baño en la mañana siguiente me fijé en que mi mamá tenía sangre en el vestido, y no podía caminar bien… Cuando estuvimos de vuelta en la pieza, las tres tomamos a mi mamá, le desabotonamos el vestido y vimos que tenía los senos hecho pedazos… Eso fue muy chocante. Muy chocante… Mi mamá nos dijo que nos quedáramos tranquilas, porque a ella la habían amenazado que nos iban a hacer lo mismo a nosotras… Ellos, los “dinos”, nos llamaban “las lolas”, porque nunca habían tenido tres hermanas juntas en ese lugar. El guatón Romo siempre iba a vernos y era un tipo muy depravado… Le gusté yo. Trataba de toquetearme y yo le pegaba en las manos. Entonces se me acercaba al oído y me decía: “me gustai mucho, porque soi chora”… Y tenía ese olor a Flaño... Se echaba litros de Flaño encima de su cuerpo… era un huevón asqueroso. Y siempre andaba como detrás de mí… pero no me hizo nada. Yo era sólo un juego para él… Pero después me agarraron entre varios y me llevaron a otra pieza. Supongo que ellos sabían que yo sabría algo, o sea, lo poco que yo sabía. Y me llevaron, me levantaron la venda y yo vi a ese rubio como con acento extranjero, que estaba con una chaqueta roja –después supe que era Krassnoff Marckenko–, que me dijo: “lo que sabes, dilo ahora, porque, si no, te podemos hacer cosas feas”… Y al otro día me llevaron a la sala de tortura con la venda, y me desnudaron… Yo sentí que había muchos hombres en la pieza. Y me pusieron en la parrilla, me amarraron y me torturaron… Yo, en un momento de desesperación, dije: “lo único que sé es que el W. me contó que mi hermana estaba en la casa del G.”… Y yo nunca supe quién era ese G., ni nada. Y cuando dije eso gritaron ellos: “¡traigan al G.!”... Tenían al G. ahí también, lo trajeron, me sacaron a mí de la parrilla y pusieron al G… Yo quedé como en estado vegetal. No entendía qué estaba pasando ¿cómo podía haber tanta irracionalidad? Yo no podía hacer nada, ni podía pensar bien. El tipo que me cuidaba ahí afuera me dijo: “no puedes tomar agua después de lo que te hicieron ¡no tomes agua!”… Y yo lo único que le dije fue: “no entiendo nada de nada, esto parece un infierno”. Y escuché desde ahí afuera cómo torturaban al G., y fue terrible escuchar todo eso… Eran unos desalmados. No tenían reparos en nada… Yo era bien lola, una cabra chica, y ellos estaban impresionados porque yo era cartucha, me miraban por todos lados y yo no quería que ni me tocaran. Y ellos se cagaban de la risa por eso. Lo encontraban pintoresco… Las mujeres de la pieza se dieron cuenta que nosotras no éramos militantes. Algunas conocían a mi hermana y trataban de calmarnos, de darnos algo de protección. A mi hermana más chica, un tipo de la DINA como que quiso protegerla, así que no le hicieron mucho… A la F., que tenía como 20 años, se la llevaron un día, y

el tipo que la llevaba le tenía agarrado el traste, lo que, a verlo, a mi cuñado W. le dio como un ataque de nervios y se puso a gritar…. Después, después de todo eso, nos llevaron a mi mamá y a nosotros de vuelta a nuestra casa. La idea de ellos era que, al ver movimiento en la casa, mi hermana decidiera aparecerse por ahí. Los tipos dejaron las ametralladoras en el sofá, tapadas por un chalón… Mi mamá estaba en un estado lamentable… Estuvimos allí como cinco días… Después nos hicieron a las tres hermanas firmar un papel donde se decía que nos habían dado nuestras comidas a la hora, que estábamos bien, como en un hotel más o menos, y nos echaron para fuera… "¡váyanse!"… Y nos pusimos a caminar… No teníamos plata, no teníamos nada y caminamos y caminamos hasta llegar a Plaza Egaña, que no estaba muy lejos de nuestra casa… Salimos el 22 de diciembre de 1974. Mi mamá quedó detenida… Entonces comenzamos una vida bien terrible, me acuerdo, porque no sabíamos dónde estaba la mamá, qué iba a pasar con ella. Pasamos una pascua y un año nuevo terribles. Además, ese mismo año, mi mamá y mi papá se habían separado, así que nosotras quedamos solas… Después, a comienzos de enero de 1975, nos informaron que mi mamá estaba en Tres Álamos. La fuimos a ver. Entramos, nos acercamos, y quedé impactada: mi mamá tenía el pelo completamente blanco, se le había puesto totalmente blanco. Para mí, eso fue un shock terrible. No sabíamos qué hacer… hasta que aprendimos a ir a visitarla, llevarle cosas, todo eso… Mi hermana mayor se fue a vivir a otra casa, nosotras, las más chicas, volvimos al colegio… Todo era caótico. Yo, por dentro, estaba hecha mierda, porque, si mi mamá no había hecho nada ¿por qué seguía detenida? Y el colegio en que estábamos era de puros momios, y tú no podías hablar ni decir nada. Mi hermana mayor fue a hablar con los directores del colegio, pero no le dieron ni bola, ningún trato deferente para nosotras… Y nosotras yendo a clases, ahí, y mi mamá detenida en Tres Álamos. Entonces… imagínate. Además, los de la DINA iban a vernos a la casa. Tocaban el timbre, abríamos la puerta y llegaba dos de ellos: el Marcos y el Lolo… "¡ah! nos encariñamos con ustedes chiquillas, por eso las venimos a ver… ¿Cómo están?". Otras veces se paraba una camioneta en la esquina y de ahí nos miraban. Y todo eso por harto tiempo, harto tiempo… Yo pensaba: ojalá que a V. no la tomaran, que no pasara por lo que habíamos pasado nosotras. Que ojalá le avisaran, que se fuera de Chile. Pero no teníamos ninguna comunicación con ella, ni sabíamos cómo contactarnos. Nada. Ni sabía si ella estaba informada de lo que nos había pasado a nosotras… Mi mamá estuvo cinco meses en Tres Álamos. Cuando salió, estaba muy cambiada, pues ahora fumaba y era muy diferente a lo que había sido antes. Cambió su modo de ser, su visión del mundo, todo… Tiempo después, nos llamaron por teléfono avisándonos que V. estaba en Villa Grimaldi, y que temían por su vida porque la

estaban torturando mucho. Y mi mamá se movió para poner un recurso de amparo… Se demoró mucho V. en pasar a Tres Álamos… Fue como en febrero cuando llegó a Tres Álamos y la pudimos ver… Fue desastroso ver a V.: tenía cortes en los brazos y yo, tonta, le pregunté un día: "¿qué te pasó ahí?"… y, claro, le habían hecho cortes para aplicarle en la herida golpes de corriente eléctrica… Todo eso fue muy penca… Sobre todo lo de la tortura… Yo no había querido delatar a nadie, y yo no me imaginé nunca que al G. lo iban a tener ahí. Eso fue bien pesado para mí. Pues me decían: "tú eras el correo, tú tenías que llevar la plata a algún lugar"… Yo era súper insegura, por mi edad, y ellos manejaban el poder de una forma… Yo creo que si hubiese tenido alguna militancia política hubiera estado más preparada, por último, para defender mis ideales, pero yo no entendía nada de lo que estaba pasando, por qué estábamos ahí, por qué nos hacían todo eso, por qué…».

Si para las/los adolescentes no-militantes la máquina de la DINA fue una fuente inagotable de sorpresas inconcebibles y sin-sentidos inexplicables, para los militantes más fogueados y posesionados de la identidad colectiva de la organización a la que pertenecían, o de una innata identidad de lucha indoblegable, confrontar esa maquinaria fue un desafío casi personal de no ceder ante ella, un imperativo por el cual ellos debían demostrar una fortaleza ética y sicológica superior a la de ese enemigo. En honor a la solidaridad debida a los compañeros a los que se debía proteger, o bien, a la dignidad debida al concepto que una persona-militante tenía de sí misma. O, pudo ser, en honor a la superioridad de los principios políticos que se habían aceptado como proyecto de vida. Muchos de ellos quedaron con la satisfacción personal de no haber sido vencidos en esa confrontación y, por tanto, de haber salido triunfantes. Otros compañeros –como se registró más arriba–, en cambio, en su balance final, optaron por racionalizar al máximo, en un plano global u objetivo, el resultado real de ese desafío.

«A mí me parrillaron, yo creo que unas ocho o nueve veces –dijo el Testimoniante 23 en su testimonio oral– y me pedían que entregara información sobre dónde estaban los otros dirigentes de la CUT. Y yo sabía eso, además de dónde estaban los dirigentes del partido. Entonces me dieron muy duro, me quebraron la nariz y me rompieron la ceja, dejándome el ojo caído… Y me salvé

porque a veces uno se pone inteligente, y fingí un desvanecimiento cuando estaba en la parrilla… "¡putas! ¡se nos fue este conch'esumadre!"… Me aislaron después en la Torre, después en los cajones, en las casas Corvi… Y en un cerro del cajón del Maipo me hicieron un simulacro de fusilamiento… yo me desvanecí, y me hice de todo. Me desperté cuando me estaban pateando: "¡puta el comunista valiente, mira, el conch'esumadre se meó y se re-cagó!"… Y me siguieron torturando, porque yo nunca informé de nada, y de eso me siento bastante orgulloso, de no haber delatado a nadie, a pesar de que yo caí por delación. A mí me delató un compañero del partido, él se quebró en tortura y, lamentablemente, él sabía dónde vivía yo: llegó con la DINA a mi casa… Yo, interiormente, me decía "tengo que vivir, tengo que salir para contar esto"... Por eso, todo ese maltrato se me hizo como normal… Y ahí vi a M., gran amigo mío… A los dos días me sacaron de Grimaldi y me llevaron a Cuatro Álamos. Así, después, pude informar que M. estaba en Grimaldi, herido con un balazo en la pierna… Eso fue lo de la Villa Grimaldi».

«Yo soy puentealtino –dijo el Testimoniante 58– y soy de raíz popular, a pesar de haberme titulado como abogado en la Universidad Católica. Yo me crié en las poblaciones, y soy bueno para los combos ¿me entiendes? Te quiero decir que soy un tipo bien común, bien de extracción popular. Entonces, soy un güeón choro, y esto es raro decirlo a esta altura de mi vida, pero yo me encacho… No quiero ser pedante, pero es así como he sido y soy: me sale con suma facilidad la choreá… Y en la Villa nunca me rendí con esos güeones, nunca, siempre pelié con ellos: "¡péguenme, péguenme! ¡Ustedes no saben por qué hacen esto, ustedes son los presos, yo no, yo sé por qué estoy aquí, mientras ustedes no tienen idea por qué están haciendo esto!"… Cuando me quisieron aforrar físicamente, me defendí, me salió media mala la güeá, pero… Me planté como en una controversia propia del mundo popular, o sea: alguien tiene que ganar aquí. Al principio me ganó el tal Ferrada, al final, le gané yo… Yo sabía de métodos… la sacá de chucha, bueno, te la aguantas… Eran unos güeones malos de la cabeza. A mí una vez me torturaron en una cama, y en la del lado tenían a una niña, y había un güeón que se masturbaba mientras le daban a la compañera… Eran güeones chalados… Y estar indefenso ante un güeón chalado, era lo más penca…».

«Llegué a la convicción de que lo único que tenía que hacer era aguantarme la tortura –afirmó el Testimoniante 36– y que no podía entregar la dirección sino cuando N. tuviera el tiempo suficiente para escapar... Era verano, y por tanto la oscuridad llegaba como a las 21.00 horas, más o menos, y considerando la emergencia en que estábamos, ese lapso era tiempo sobrado. Así que como a esa hora tiré los datos de la dirección de la casa. Yo sabía llegar, pero no sabía la dirección precisa. Mi información era vaga. Por eso, cuando oscureció, di los datos genéricos del lugar, me metieron a la camioneta y partió una caravana de vehículos conmigo…»

«A mí me dieron la orden de salir del país, que me asilara y diera cuenta de mis actos a la dirección exterior del partido (dijo el Testimoniante 26 en su declaración oral)… Y me negué… Yo tenía la impresión de que estábamos infiltrados… Creo, aún hoy, que uno de los tres jefes que quedamos estaba infiltrado, a ese nivel te estoy hablando… Mi caída se produjo "por dentro" y no porque los maravillosos "dinos" me hubieran detectado… Lo mismo pasó con el tercer jefe: el "C.L", que cayó y lo mataron de inmediato… Ahí, entonces, por ese tiempo, los diarios publicaron mi foto… O sea: me habían detectado por otro lado. Comprendí entonces que tenía que irme del país, pero las gestiones que hicimos en la Vicaría no resultaron… A la semana siguiente nos agarran a los dos, a D. y a mí. Era el día de cumpleaños de ella: diciembre de 1977… Y ahí empezó una "chacra" rara: los tipos estaban más interesados en la infraestructura (empresa) que habíamos construido en Viña del Mar como fachada (había mucha plata involucrada en eso), que en el MIR propiamente tal. La "fachada" nuestra tenía, incluso, valor turístico para la ciudad… Entonces los "dinos" interesados en la plata nos trataban de mantener vivos, mientras los interesados en destruir lo que quedaba del MIR, diría uno que… "no"… De modo que a mediados y fines de diciembre de 1977 los únicos "clientes" del Cuartel Terranova éramos los cuatro que dependíamos de la fachada de Viña: D., yo, la I. (que había caído en un punto entregado por D.) y este pobre que venía de provincia, que no tenía nada que ver, que había caído junto a I… La misma noche que llegamos a Grimadi –supimos después– mataron al compañero A., a quien yo le había entregado mi cargo tras decidir irme del país… Habíamos definido un tipo de contacto por el cual él podía ubicarme a mí, pero no yo a él… Con el A. éramos como hermanos, nos queríamos entrañablemente… Los "dinos" no tenían interés en interrogarlo, lo mismo que al "C.L": los mataron a ambos, a sangre fría… y al A. lo balearon delante de la

"N.", que era su compañera… Fuimos los últimos cuatro presos de la Villa, antes que se cerrara para siempre… Y allí todo pasó entre sacadas de cresta horrorosas, con todo el libreto completo, desde la torre, el colgamiento… eran unos energúmenos… Yo tengo defectos físicos de nacimiento, y soy muy flaco… "¡Oye, si colgamos a este loco se nos va a descuajeringar… colguémoslo de las patas!"… Me jodieron los tobillos por el resto de mi vida, porque yo estaba operado de los pies desde niño, porque tenía un defecto… Me arrastraron en pelotas por un suelo lleno de piedrecillas y de espinas… Pero llegaban los "dinos" buenos y me rescataban, para que fuera a firmar los papeles de traspaso de la fachada empresarial de Viña, y yo firmaba con mi nombre real… y el problema para ellos era que en esos papeles yo aparecía con mi nombre de "chapa"… El Krassnoff, a veces, me sacaba a conversar y me pasaba cigarrillos encendidos al revés, para que me quemara los labios, y si no le gustaba lo que yo decía, me agarraba a charchazos… Eso fue así, por lo menos, durante una semana… Preguntas en general muy estúpidas, nivel de locos pedestres… Entre medio, otro loco violó a mi mujer… Y yo los manejaba, incluso manejé la relación con el Krassnoff, al que lo re-puteaba y lo trataba de igual a igual, aunque al gueón no le gustaba. Tú te dabas cuenta que al tercer día tú podías manejar la situación, que podías tirarles chistes, y yo me salvé un poco por eso: haciéndote el humilde, pero sabiendo que tú, en un momento dado, tenías el sartén por el mango, igual que ellos… Y bueno, eso… Me salvé jabonado…»

«Esa solidaridad que nos ha perseguido toda la vida…»

El impulso interior que, por diversos caminos, nos llevó a todos, por contragolpe, a Villa Grimaldi, se fundó siempre en un opción valórica y política común a todos: que la solidaridad debe primar sobre toda otra consideración en las relaciones humanas, tanto interpersonales, como a nivel de sociedad. El hecho de la fraternidad, en consecuencia, por sobre todo. El imperativo de la igualdad, como principio supremo. La justicia social, garantizando a la humanidad. Y basados en esa apuesta fundamental, sentimos que era legítimo luchar, cultural y políticamente, hasta las últimas consecuencias, contra la competencia destructiva, la desigualdad explotadora, la injusticia anti-social y, sobre todo, contra todo régimen de inhumanidad.

Fue solidaridad y fraternidad lo que aprendimos en nuestra infancia, de nuestros padres, o de los tíos, o de los abuelos, parientes, profesores, o amigos. La misma que reapareció de nuevo, henchida y acuciante, entre los compañeros de colegio y, como proyección universal, en el paso por la Universidad. Y de nuevo, a paso revolucionario, cuando hubo que trabajar, con rigor militante, en el gran trabajo solidario de desarrollar integralmente el movimiento popular...

Por eso, si la solidaridad nos había acompañado, de un modo u otro, paso a paso, desde la infancia o la adolescencia, y si había madurado políticamente en nuestra temprana juventud ¿cómo no iba a estar presente también, como sentimiento en trasfondo, o gesto fraternal hacia el compañero caído, o dilema crucial en la tortura, o complicidad trascendente en la reflexión, cuando tuvimos que enfrentar, solos, como individuos, inermes y agarrados a la pura conciencia, a la maquinaria de muerte de la tiranía militar? ¿Cómo no iba a demostrar ella, allí, allí mismo, en ese sótano trastrocado de inhumanidad, que ella, por su misma naturaleza, no podía desaparecer, porque, simplemente, no era materia de tortura, ni de desestructuración, ni de eliminación? ¿Y que incluso estuvo allí, golpeada, reducida, arrinconada pero nunca ausente, en la mente del compañero o la compañera que se sintió forzado a «colaborar»?

La solidaridad del compañerismo, reducida en Villa Grimaldi, por fuerza, a pequeños gestos simbólicos y a ternura de primeros auxilios, tendió a expandirse, de nuevo socialmente, en Cuatro Álamos y, sobre todo, en Tres Álamos. Hasta restablecerse, casi plenamente, a sí misma…

Por todo eso, las estructuras políticas pudieron caer. Unas tras otras. Hasta dejar un paisaje orgánico arrasado y desolado. Pero los compañeros que atravesaron y sobrevivieron todo el proceso del horror, encontraron que, en el otro extremo, dentro de sí mismos, eran, todavía, los mismos de siempre. Es decir: que seguían definidos por su misma opción valórica original. Y fue por eso que, entonces, fuimos descubriendo que su relación fraternal, no sólo no había muerto, sino que se había potenciado, y en muchos casos… para siempre...

Fue lo primero que sintieron los compañeros torturados, no por cierto en la oficina de Krassnoff o en la sala de tortura, sino, a sólo cinco metros de distancia de esa última: en la celda de los compañeros y en la pieza de las compañeras. O dentro o entre los «cajones» donde se encerraba a los detenidos, entre tortura y tortura. Fue allí, precisamente allí, donde y cuando la solidaridad reapareció, en gestos de primeros auxilios, en soplos de eterna humanidad, sobre los que venían

deshechos por el asedio físico de la inhumanidad.

«Teníamos una "caleta" (los bolsillos de una chaqueta de un compañero) llena de cositas, como pedazos de pan o de fruta, para los que tiraban a la celda y llegaban en peor estado que uno… Algunos llegaban desesperados, querían matarse… Otros no querían hablar ni comer nada… Esto también es parte de la historia… Otros querían pegarle a los guardias por el maltrato recibido (eso significaba que te patearan ahí mismo hasta dejarte agónico)… Entonces, ahí, aprendí a ayudar al ser humano, fuera o no fuera militante de tu misma organización, porque a mí me habían ayudado el P., el G., entonces uno tenía que hacer lo mismo con los que iban llegando… Y ahí uno aprende (y para esto me faltan palabras) lo más lindo que puede darse: la solidaridad humana, toda esa cosa, que contrastaba con los gritos, el rechinar de la cadena de la puerta de la celda… Y tú te das cuenta que tu único refugio es el otro… Y en mi caso, mi compañera: la L., que estaba sólo dos piezas más allá…» (Testimoniante 73).

«Cuando me llevaron a la pieza, yo ya estaba requete-contra cagá de susto, ya no sabía ni cómo me llamaba… era una cosa espantosa, lo único que yo quería era morirme, y tuve la sensación de ser un punto, un punto… que iba a desaparecer. Me metieron en la pieza y ahí me afirmé en la muralla y empecé a agacharme, agacharme, agacharme…hasta que quedé sentada en el suelo… Entonces sentí que alguien se acercaba… era la I… y la T… yo las había conocido cuando estábamos en la FESES… Y ellas, cuando yo estaba en el suelo, me empezaron a hacer cariño… me hicieron cariño. Y no recuerdo si me dormí o no, pero ellas me explicaron dónde estaba y cómo funcionaba todo eso… Al poco tiempo, me sacaron de nuevo…» (Testimoniante 46).

«Entre nosotros había una gran solidaridad, un gran apoyo. Y ahí, dentro de la nada, tú encontrabas voces de aliento… Ésa era la solidaridad que se podía hacer, no había otra. Había una gran cautela, mucha cautela, en lo que tú podías decir o hacer… Cuando yo llegué, no había camastro disponible, pero como llegué tan mal, los compañeros me cedieron un camastro de abajo, lo que era un gran privilegio… Y con los compañeros que fueron llegando después, a

todos les dimos el mismo trato, incluso ahorrábamos un poco del café que nos daban (que en realidad era un agua turbia hirviendo) y se lo dábamos al compañero que más lo necesitaba… O el pan (que a veces venía medio verde) lo guardábamos para los nuevos… Eso fue extraordinario, fue extraordinario, yo creo que estas actitudes nos permitió vivir a todos. Y yo lo viví, y lo viví de cerca…» (Testimoniante 23).

«Sentí que me moría con las descargas eléctricas, como que me partía en dos… Pero en la pieza donde estábamos las mujeres, las que sabían más, nos enseñaban a las que veníamos llegando… Y cantábamos… la M. (detenida desaparecida) cantaba mucho "Run Run se fue p'al Norte"… Los guardias la hacían callar, alegando que era una canción muy triste… Entre medio, algunas contaban sus vidas… Todas teníamos hemorragias, por la regla misma o por los golpes, por eso nos protegíamos con diarios… y guardábamos los diarios, y si tú llegabas con vestido, polera y un chaleco… el chaleco pasaba a prestar servicios para las hemorragias… Otra nos enseñaba a respirar… Algunas no hablaban nada… Y no nos preocupaba si la compañera que estaba al lado había hablado o no, si había entregado información o no… Al menos en el período en que yo estuve en la Villa, todo, dentro de la pieza, era para acogerte, recibirte, para cuidarte, a pesar que a muchas de ellas yo no las conocía, o eran de otros partidos… En el tiempo en que yo estuve allí había 15 mujeres….» (Testimoniante 25).

«Era muy contrastante la crueldad de los victimarios, los torturados y los asesinos, y la solidaridad que había entre los presos. El contraste era súper fuerte… A los que venían llegando los cuidábamos, les informábamos quiénes estaban allí, quiénes ya habían caído, y qué cosas ya sabían los torturadores… Había mucha solidaridad, mucho afecto, mucho apoyo y mucha humanidad, a pesar de estar viviendo una situación tan degradante. Todos los compañeros tenían distintas especialidades. Yo era médico y me ofrecí para armar y clasificar un botiquín con remedios. Y pude cuidar, como tal, a algunos compañeros… Y por eso sentimos que la humanidad era mucho mayor, y superior, a la degradación» (Testimoniante 61).

«Llegué a la pieza de las mujeres… habían muchas en ese momento. Y había un cepillo de dientes para todas. Muchas estaban con la menstruación, y la que tenía un calzoncito limpio se lo prestaba la otra. Había solidaridad, hermandad, algunas nos conocíamos, a otras no… Y yo me di cuenta que estaba menstruando… pero en vez de sangre me salía orina, y como soy matrona me día cuenta de lo que me habían hecho… con el electrodo que me metieron en la vagina me hicieron una fístula que se llama besico-vaginal; en otras palabras, orinaba por la vagina y paralizaron mi vejiga… Así que yo no tenía sensación de orina… Me compraron pañales y me llamaron "la Simeona", que era el nombre de una cumbia muy famosa de la época. Y me llamaron Simeona porque yo me meaba… Bueno, ayudé a harta gente… Estuve con la S., con varias compañeras del Partido Socialista… Me fui convirtiendo en una experta en el tema de ayudar… Algunas compañeras eran medio esotéricas y hacíamos cadenas de pensamientos positivos, nos tomábamos de las manos, nos dábamos masajes, nos peinábamos unas a otras… Yo ayudé a una compañera que tuvo un aborto por la electricidad: la C. (yo trabajaba en el servicio de Neonatología, y mi especialidad era salvarle la vida a los prematuros)… Y tratamos de que hubiera mayor conocimiento del cuerpo: C. explicaba la parte oral (ella es odontóloga) y yo de la salud genital (soy matrona)… Pero igual nosotras allí éramos sólo animales con un número» (Testimoniante 13).

«En la pieza de las mujeres todo era pura solidaridad. Todo el mundo se ayudaba, todo el mundo trataba de hacer lo mejor en ese mundo de terror. Todas nos dábamos palabras de aliento. Era lo mejor que uno podía hacer… Una de ellas fue la que, al salir, dio aviso a mi madre de que yo estaba detenida en la Villa, que era la compañera de un miembro del Comité Central, que también estaba preso… Y ella me dijo: "no te preocupes, yo daré aviso de que tú estás aquí"…» (Testimoniante 75).

«Recuerdo vívidamente el miedo, la angustia y los gritos que llenaban el aire de ese lugar, pero también recuerdo que había mucha solidaridad: acercarse al compañero que llegaba en malas condiciones, cuidarlo, protegerlo, y me acuerdo del poco tiempo que tú tenías para hacerlo…» (Testimoniante 29).

«Estaba ese compañero que te apoyaba para que tú pudieras caminar, o que te pasaba un pedazo de pan, o que te daba un resto del agua caliente que le daban para desayunar… Yo estaba un poco más parado que el resto de los compañeros, me habían dado menos de lo que le habían dado a ellos… Tenías que ayudarlos… Tengo recuerdos preciosos de eso. De que, dentro de ese calvario y de ese infierno, hubo momento de solidaridad, que eran tremendamente ricos. Era la complicidad del silencio con los camaradas con los que tú habías trabajado, entre el "golpe" y la "caída"…» (Testimoniante 24).

Si «dentro» de la celda común surgió y se consolidó algo así como un sistema de solidaridad de emergencia, y una tradición fraternal que se transmitió de generación tras generación de detenidos, «fuera» de ella la solidaridad se manifestó en gestos recargados de complicidad… Gestos fugaces, breves, pero repletos de humanidad fraternal, que quedaron vibrando, como candelas inextinguibles, en la memoria de los que «recibían» el mensaje secreto... Eran pequeñas bombas de cariño humano, que estallaban dentro de ti, inundándote de complicidad vital... Es lo que no percibieron ni entendieron nunca los obtusos torturadores de la Villa: entre ellos, bajo sus mismas narices, iban y venían «contactos, puntos y enlaces» apenas visibles, apenas audibles, que revivían constantemente lo que ellos, ya drogados, pugnaban por matar en sus cámaras y torres de tortura. Redes que permanecían flotando, titilantes, invencibles, más puras, más precisas, mientras más ellos acentuaban su metodología de inhumanidad. Concentrados en el adictivo «organigrama partidario», no prestaron atención al redivivo «sentimiento solidario» de donde provenía todo lo del pasado, y provendría todo lo del futuro…

«Yo me acuerdo, como a mí me tenían solo y me llevaban al baño justo cuando las mujeres iban también… y como ellas son más atrevidas, se levantaban la venda y me miraban… y había una mujer algo mayor que, cuando yo iba al baño, siempre me pasaba la mano por la cara y me decía: "m'hijito, resista no más, resista… va a salir bien de aquí"…, y al pasar, todas ellas me tocaban y me decían cualquier cosa… "¡ánimo, compañero!"… Eso me ayudó mucho a salir con vida de allí, porque me recordaban al mundo verdadero. Y eso me ponía cuerdo, porque de otro modo no habría podido resistir, porque yo estaba aislado, solo, me habría vuelto loco, o me habría suicidado… Pero "eso" me

ayudó a permanecer cuerdo y a ser capaz de vivir con todo eso»… (Testimoniante 11).

«Honestamente, yo me fijé mucho en todas las cosas, porque yo pensé que no iba a salir viva de allí. Y me fijé en los demás… Eso era todo… En una de esas veces trajeron a un detenido, que lo dejaron sentado, entre la pieza de nosotras y la de los guardias. Y ahí estaba él, sentado, con los parches en sus ojos… Y bueno, cuando nosotras estábamos haciendo cola para el baño, lo vi, y me acerqué a la guardiana y le dije: "¿le puedo sacar los parches?"… Ella me respondió: "no, porque no tengo vendas". Y yo: "¡ah!, pero yo le consigo una"… y entonces fui y le pasé la mía. Le saqué el scotch con harto cuidado… y le puse mi venda. Mientras tanto, le pregunté su nombre… que me dijera algo. Le hablé todo el tiempo. Y él no me dijo nada, nada… Mi venda era fantástica, imagínate, tenía dos hoyitos y se podía ver súper harto, porque era un tejido más ralo. Yo le había hecho los hoyitos… Después me dijo que él había podido ver todo con esa venda. Yo me busqué otra, que nunca fue tan buena como ésa. Pero él no me dijo nada, absolutamente nada… Después, por P., supe que era G…». (Testimoniante 7).

«Al caer presa, mi mamá me pasó un montgomery nuevo, impecable… y en la Villa conocí a M. (detenida desaparecida)… A ella, un día, la sacaron a porotear, y estaba casi sin ropa… Se la habían destruido, o botado. Y yo le dije, en ese momento: "toma, llévate mi montgomery"… y ella lo tomó, a pesar de que era verano, y se lo llevó puesto… Y yo pienso… a ella la mataron, está desaparecida, y si algún día va a aparecer su cuerpo, ahí estará mi montgomery… y ella lo tomó, a pesar de que era verano, y se lo llevó puesto… Y yo pienso… a ella la mataron, está desaparecida, y si algún día va a aparecer su cuerpo, ahí estará mi Montgomery… Será mi muestra de solidaridad y cariño…» (Testimoniante 6).

«Una vez, un compañero –no me acuerdo cómo se llama– a quien le estaban dando un trato distinto que a los demás (más privilegiado), supo que yo estaba embarazada… y un día, cuando los hombres iban pasando para el baño, me dejó

(él mismo, o por medio de otro compañero) en la reja de nuestra ventana, un tarro de leche condensada… Era como un gesto… para que yo me alimentara, o para la criatura que venía en camino… Eran cosas que, en ese momento, eran muy significativas ¿ya?... una muestra de apoyo, una forma de darte ánimo…» (Testimoniante 7).

Sobre tales expresiones, sentimientos y gestos de solidaridad, era imposible no reflexionar y llegar a ciertas conclusiones importantes. Se trataba de reflexiones que iban más allá de los ecos del dolor y la impotencia, y que giraban, más bien, sobre la naturaleza de nuestros valores supremos, o de nuestra identidad profunda. De antes, de ese entonces, de ahora, y de después…

«Yo creo que allí, entre nosotros, no se reconocían liderazgos, sino, sólo, compañerismo… Yo no recuerdo que, allí, nadie haya intentado ser líder» (Testimoniante 6).

«Allí no vi intentos de hacer resistencia. Lo que yo vi siempre allí fueron formas solidarias. No había condiciones para hacer resistencia. Sólo se sentía la fraternidad del compañero, que te abrazaba, que te tocaba, que te decía lo que podía pasar o no pasar» (Testimoniante 29).

«Me acuerdo de nuestras conversaciones en la celda, y de una constante solidaridad… Todos estábamos mal… pero siempre había otro que estaba aun más mal. A veces, al borde del suicidio… Por eso, había una solidaridad inmediata, un entendimiento a fondo… que nos ha perseguido toda la vida… Y yo me he encontrado con estos compañeros, y es lo mismo, lo mismo de entonces, estamos iguales… es un cariño inmediato, una igualdad inmediata, en la que ya no hay máscaras. Las máscaras murieron…» (Testimoniante 9).

Si en Villa Grimaldi la fraternidad estaba como aherrojada, reducida,

minimalista y cautelosa dentro de las celdas (pero aun así se configuró como «sistema» y «tradición»), y apenas insinuada fuera de ellas (pero recargada al máximo de simbolismo y complicidad), en Tres Álamos pudo expandirse libremente, casi gritando ¡libertad!, y se volvió un rápido reconocimiento de esencias, un re-asociado estallido cultural… Sin embargo, la solidaridad sin fronteras y la igualdad sin «caretas» no fue exactamente igual que en la Villa, porque allí, en ese campo de prisioneros «políticos» en libre plática, reapareció el perfil de los organigramas partidarios… Pese a que siempre, sobre todos, siguió pesando el fatídico fantasma de ser «subido» de nuevo a Villa Grimaldi…

«Llegar a Tres Álamos, teniendo a tus espaldas tu paso por la Villa, era una maravilla… Era como llegar al Paraíso… Te reencontrabas con los compañeros, que te abrazaban, que te cuidaban, que te contaban como estaba la situación del país… Y te dejaban descansar y te daban las mejores facilidades para que te pudieras recuperar. Y ahí uno se fue olvidando de las torturas… al menos yo me fui olvidando de ellas. Sé que otros compañeros no lo hicieron… Y empecé a vivir allí como si estuviera muy bien… Es increíble como uno se adapta a todo, como aprendes, en cada caso, a sobrevivir… Pese a que siempre los pacos se las arreglaban para molestarte… Yo fui dirigente del campo, fui parte del Consejo de Ancianos, pero los pacos solían castigarnos y meternos en el Chucho, que era un calabozo subterráneo, oscuro… allí nos pegaban y nos tenían varios días. Pero ya estábamos habituados a eso, y sabíamos que la vida ya no dependía de un hilo, como en la Villa, porque ahí ya estábamos reconocidos como presos, y por eso era más difícil que te mataran…» (Testimoniante 11).

«En Tres Álamos me recibieron las compañeras. Ahí estaban todas. Apenas llegué allí… estallé en llanto… Fue una explosión interna… de ver a tanta gente, y yo lloraba y lloraba y no sabía muy bien por qué… Era como un desahogo… En la Villa no lloraba, o lloraba en silencio, para dentro, sobre todo cuando sentía gritar a los otros compañeros en la tortura… Fue como estallido... Y mientras más me hablaban las compañeras, peor, yo más lloraba… Y no sabía cuánto tiempo iba a estar allí» (Testimoniante 47).

«Con mi compañera I. nos "bajaron" a Cuatro Álamos el 8 de febrero. Ese día nos permitieron tener un pequeño encuentro en el patio de Cuatro Álamos y, allí, los dos tuvimos la sensación compartida de que, por fin, se había terminado el período del horror… Pero a ella la volvieron a "subir" el día 12… Yo pensé que la habrían llevado a una sección de mujeres. Incluso elevé una solicitud al comandante de Cuatro Álamos, Pacheco, para casarme con ella… I. tenía el número 913, y comencé a preguntar por ella… Me pasaron a Tres Álamos, en libre plática, y no aparecía… Sólo cuando llegó allí el grupo de Osorno, que recién lo habían bajado desde la Villa, me formé la idea de que ella pudiera estar desaparecida… Comencé a sentir un dolor tremendo, de no poder hacer nada… Después supe que la llevaron a Villa Grimaldi el 12 de febrero, y que, de inmediato, la llevaron a la Torre… a la Torre… Tal vez estaba ya estipulado que debía desaparecer…» (Testimoniante 24).

«La gracia de Tres Álamos es que tú tenías visitas dos veces a la semana. Mi compañera fue la única que me visitó… Siempre, sin falta... Un primo fue una sola vez. Y nadie más. Y mi compañera iba con nuestro hijo… Había gente que no iba nadie a verlos… Así que le pedía a nuestros visitantes que dieran también el nombre de compañeros que no tenían visitas, así podían salir y compartir con otras personas… Allí hacíamos las cosas porque estábamos organizados, como militantes… Y ocurrían cosas insensatas, como que algunos compañeros de otros partidos, porque tenían más presos, copaban todo. Tenían más presencia en los comités, o en el Consejo de Ancianos… Los comunistas cantaban el Negro José, y los socialistas, el Barco de Papel… Pero lo primero era la estructura política, y después, las actividades que uno hacía para matar el tiempo. Lo que más hacían todos era anillos y grabado de piedras. Eso era lo más fácil… y era una locura, porque estábamos todo el día machacando… machacando… Yo me especialicé en hacer cosas de cuero… Había talleres de todo tipo, de idioma alemán, de cibernética, de ciencias sociales, de análisis de la realidad, de filosofía, de teatro, de marxismo… Era cuestión de inscribirse, y podías participar en lo que quisieras. Incluso hubo un concurso literario, y me gané un diploma. La cosa estaba como relajada… Estuve allí dos meses, después me llevaron a Puchuncaví… Allí las cosas estaban todavía más relajadas… Estábamos organizados en barracas, una era del MIR, otra del PS, otra del PC, y a mí me tocó una barraca mixta… Era el relajo total, hicimos hasta chicha. Se fabricaron grandes telares, todo, todo estaba allí, a decir verdad, más profesionalizado…» (Testimoniante 29).

Mirada en retrospectiva: evaluación…

La llegada a Tres Álamos, o a Puchuncaví, o a otros campos para prisioneros «en libre plática» significó –en términos del Testimoniante 11– entrar al Paraíso... Porque ya no había tortura, sino convivencia libre, plena, concentrada, sustentada en lo que éramos en nosotros mismos… Porque se descubrió allí que éramos los mismos de siempre…

Pero ¿éramos los mismos de siempre?

Muchos, la mayoría, creyeron que sí, y siguieron siendo, por sobre todo, militantes...

Otros tuvieron siempre presente, en su razón o en su instinto, tres hechos que parecían fundamentales: a) la vivencia directa, en carne propia (en la Villa), de la desestructuración (o destrucción) de la organización partidaria, lo que era, en sí mismo, una derrota; b) la vivencia directa de la tremenda fuerza bruta (local, nacional e internacional) de la tiranía militar, y del modelo neoliberal que con ella se estaba montando, y c) la vivencia más profunda imaginable de la solidaridad humana y de una fraternidad sin fronteras ni caretas… Los que sintieron que estas tres vivencias eran trascendentes, pensaron también que, en un sentido histórico, nos habían cambiado nuestro «yo y su circunstancia», tanto, que ya no podíamos ser exactamente los mismos, y que, por eso, era necesario hacer una retrospección, y construir una mirada renovada al futuro…

En los campos de prisioneros en libre plática dominó, sin embargo, la vida militante. Y la mayoría vistió de nuevo el uniforme partidario. Las antiguas caretas políticas repartieron otra vez a las compañeras y compañeros entre las mismas organizaciones (ahora, en alguna medida, imaginarias) de pre-tortura. Y las «piezas» (dormitorios), los «carretones» (mesas de comedor comunes) y las «barracas» (cabañas comunes) izaron colores partidarios. Y la mayoría cubrió su transversal «ser solidario» con el ropaje vertical del «ser militante». Por tanto, en «los campos» no había que debatir nada en profundidad, ni sobre el presente ni sobre el futuro, sino dejar que el pasado se re-posesionara de todo, tranquilamente, hasta el momento de la libertad plena… Por eso, el tiempo presente, en el campo de prisioneros, no podía ser sino un pasa-tiempo. Un

juego, un canto, una reunión de partido, un cabildeo de jefes provisorios, un machacado trabajo artesanal, una gimnasia preparatoria de acciones eventuales, marchas populares entre cuatro paredes, cursillos de actualización, etc. En realidad, la prisión de libre plática fue un paréntesis cansino, rellenado inercialmente por la cultura política pre-tortura y la entrega generosa del saber por oficio o profesión al acervo común de los compañeros de «pabellón». En Tres Álamos y en los otros «campos» se reconstituyó, por eso, en pequeño, en patios internos y bajo torres de vigilancia, un «sistema de fraternidad militante», organizado, jerarquizado y culto. Ciertamente orgulloso de su superioridad moral e intelectual sobre los torturadores que se alejaban y los prosaicos guardias y carabineros que permanecían…

Aun así, en los resquicios de todo eso, la reflexión analítica o crítica, del militante en tanto sujeto político, en modo individual o en pequeños grupos, continuó… Tal vez de forma primaria. Todavía escudriñando el camino. Con el temor tronando ecos en el horizonte. Pero también, a veces, en tono categórico, con cierta indignación, aunque siempre con la conciencia de que había mucho camino por recorrer… La reflexión crítica giró, como cabe esperar, sobre múltiples aspectos: el proceso histórico general, el «yo» como sujeto político, el problema del sexo y el género, la tortura y la entrega de información, el enjuiciamiento de compañeros, la estructura y comportamiento del partido, etc. Sin duda, esas primeras reflexiones han sido expuestas en testimonios que se entregaron varios años después, de modo que incluyen lo pensado y discutido en el exilio. Sin embargo, ellas conservan la «cercanía» con lo que, de hecho, se pensó, conversó y discutió, más bien marginalmente, en los campos de concentración de libre plática.

Como es natural, la reflexión crítica se refirió, en primer lugar, al hecho de que todos fuimos sorprendidos por la magnitud, masividad y brutalidad del golpe militar, que superó de lejos a nuestra imaginación, el nivel de nuestras investigaciones y la preparación real de nuestras organizaciones sociales y políticas. Esa sorpresa demostró que, hacia 1970, pecamos todos de un excesivo optimismo y de una rotunda falta de investigación realista de lo que estaba ocurriendo en los pasillos secretos de la política internacional y, sobre todo, acerca de cuál era y es la verdadera ética cívica del llamado «Ejército de la Patria», que nos sorprendió con una demostración de barbarie inhumana que nos avergüenza a todos por no haberla impedido o neutralizado previamente.

«Una vez que sucedió el golpe nos dimos cuenta que no fue como lo imaginábamos. Yo no imaginé nunca que iba a ser como fue. Sabíamos que iba a ser duro, y nosotros nos basábamos en lo que veíamos en las calles: las marchas fascistas, la muerte de algunos obreros, los enfrentamientos de masas en las calles, entonces, viendo eso, imaginábamos lo que podía venir. Pero no de esa forma, con esa intensidad, con tal prolongación en el tiempo… En nuestro partido existía un optimismo muy grande, tanto respecto a la posibilidad de revertir políticamente el conflicto de clases, como en relación a nuestra "capacidad" militar. "Son muchos los que tienen conocimiento y están preparados"… pensábamos. Pero esto era un poco engañoso. Las Fuerzas Armadas estaban muy bien organizadas y entrenadas… Nuestro partido fue uno de los más golpeados y fue rápidamente desarticulado, sin contar con que su composición interna estaba dividida en muchas fracciones… Uno se fiaba de la que uno conocía… Había una cierta atomización del partido» (Testimoniante 39).

«Nunca se va a poder dimensionar con exactitud el daño que los militares le hicieron al país… y por contraste, tampoco se va a poder dimensionar bien la honestidad ética que los presos políticos chilenos demostraron frente a los milicos. Ellos pudieron haber quebrado a algunos compañeros y haber obtenido información de muchos, pero no pudieron destruir esa honestidad ética…» (Testimoniante 11).

«Sólo cuando me confronté directamente con la tortura misma yo pude dimensionar lo que ella significaba. Yo sabía, por información previa, que los milicos torturaban. Pero lo que me sorprendió y superó todos mis cálculos fue el hecho de que seres humanos me estuvieran torturando inhumanamente a mí. Y eran seres humanos que tenían casa, mujer e hijos, que incluso te hablaban de que "anoche me tocó pasear la guagua, así que hoy estoy enojado"… A mí nunca me habían golpeado, nunca, nadie, ni en mi familia ni fuera de ella. Yo nunca tuve contacto con la violencia, hasta ese día…Fue devastador…» (Testimoniante 17).

«La tortura es un instrumento bárbaro que puede llegar a cualquier extremo. No tiene límites. Y eso te fuerza a hablar, a responder lo que te preguntan… Ante eso, sólo está la capacidad de resistencia que te entrega la misma vida. Si la vida no te dio eso, entonces sobreviene un problema complicado… Algunos compañeros decían que es necesario tener "firmeza ideológica" para resistir la tortura, pero eso es un aditamento algo externo, lo que importa es tener un caudal de seguridad en una misma, por el amor que te dieron antes o te están dando ahora, pues es desde allí de donde proviene la fuerza interna, y esto está más acá de lo ideológico…» (Testimoniante 55).

«Una de las cosas que me quedó por largo tiempo, que me duró incluso por años, fue un sentimiento de repugnancia de pertenecer al género humano, jamás me imaginé que seres humanos pudieran cometer ese tipo de tropelías, de crímenes, de torturas, maltratos y humillaciones contra otros seres humanos… Repito, me sentí avergonzado de pertenecer al género humano, me sentí culpable…» (Testimoniante 62).

«Yo viví la revolución cubana… los cubanos tenían estrategia y táctica: atacaban, desaparecían. Algo similar no se dio aquí… Chile es muy largo y el ejército es muy profesional. En Cuba no existía un ejército como el que tenemos aquí… Por eso, sería una mentira decir que estábamos preparados… Nosotros leímos "La Orquesta Roja", que fue la lucha de los comunistas contra el fascismo… Pero eso era de otra mentalidad, de otros países. Su lectura sólo nos dio una pálida luz de lo que podía pasar aquí» (Testimoniante 12).

«En Tres Álamos estábamos, como "campo de prisioneros", organizados… Sin embargo, desde el punto de vista estrictamente político, guardábamos diferencias. Nos culpábamos los unos a los otros del fracaso de la Unidad Popular, y de enfrentar el golpe con lo que lo enfrentamos: casi sin nada. Los milicos nos abrieron los ojos, porque nosotros estábamos viviendo un mito… Pero en la derrota aprendí mucho, aprendí lo que es la solidaridad, y que la tortura no la resiste nadie, nadie en el mundo. Puede que alguien la resista porque es enfermo, pero una persona normal, no. En un determinado extremo, tú

tienes que terminar hablando… Nosotros fuimos víctimas y los victimarios fueron "ellos", de modo que nosotros no tenemos de qué culpabilizarnos. Hicimos lo que pudimos, muy poco, pero fue el máximo de lo que se podía hacer. Todas estas cosas uno las aprende, hay sufrimiento y hay una reflexión, y esto se comparte con muchos compañeros… y con ellos he generado un lazo de amistad que dura hasta la fecha» (Testimoniante 11).

«¿Cómo pueden sentir como seres humanos, si son gentes tan estropeadas, que para ellos matar a sus compatriotas era un hobby? No lo entiendo, no me puedo convencer que existan seres así. Yo me digo ¿cómo podemos cambiar una sociedad desde la mente, para erradicar maldades tan enormes como las que vivimos? Debemos empezar por cambiar la mente» (Testimoniante 54).

«Siempre tuve la sensación de que, como seres humanos, éramos superiores, en cuanto a inteligencia y en cuanto a valores, y esto nos daba capacidad para hacer muchas cosas… y por esto mismo ellos se propusieron exterminarnos: "de ustedes no pude quedar ninguno vivo, ustedes son capaces de dar vuelta todo", dijo uno de ellos delante de mí» (Testimoniante 49).

«Yo me paralicé. Pensé que estábamos viviendo una derrota profunda. Que estábamos derrotados. Y me sentí derrotada, pero no en el plano de mis valores y mis ideas, porque yo nunca he creído en el cuento que ellos estaban proclamando. Es muy difícil que alguien crea seriamente en eso. Yo me sentía derrotada desde el punto de vista de que no teníamos capacidad de respuesta efectiva a los golpes que estábamos recibiendo…» (Testimoniante 17).

Se observa que, en el plano histórico general, la tendencia predominante fue poner énfasis en nuestra falta de capacidad efectiva para enfrentar la barbarie inhumana con que nos atacaron «ellos»… Se asume (no lo dijimos explícitamente) que «ellos» eran, primero que nada, los soldados (sobre todo los oficiales) del llamado y glorificado «Ejército de la Patria». Que, detrás, estaban los agentes norteamericanos y la Derecha chilena. Y que, merodeando alrededor,

observaban y estaban a la expectativa, como aves de rapiña, otros partidos del espectro político chileno... La barbarie tuvo, según sabemos, ejecutores explícitos, y cómplices de oportunidad. La «honestidad ética» (Testimoniante 11) fue enorme, por parte de las víctimas de esa barbarie. Pero la cuestión específica de la ética política que correspondía y corresponde plantear frente a la barbarie, quedó flotando en el aire, sin análisis directo y, por tanto, interpelando a futuro a los «seres humanos de espíritu superior» (Testimoniante 49), en tanto que sujetos. Pues la cuestión era: «cambiar todo desde la mente»…? (Testimoniante 54)…

Era inevitable, por tanto, que la cuestión de la «ética política» (que quedó en el aire) llevara a las compañeras y compañeros provenientes de Villa Grimaldi a reflexionar, en primer lugar, sobre sí mismos. A repensar su condición de sujetos sociales y, a la vez, de sujetos políticos. Por eso, al final, el problema comenzó a girar dentro, muy dentro, del «yo» personal. Si tú te habías quebrado, o no. Si eras el mismo de siempre, o no. O si mantenías tu dignidad de género, o te sentías mancillado… La introspección dominó, por eso, sobre la reflexión global.

«Eran días súper tensos, porque no sabías lo que te podía pasar. No sabías si te iban a buscar de nuevo, a torturarte de nuevo. No sabías qué iba a pasar contigo, si ibas a estar vivo al otro día… en cualquier momento alguien podía entregar tu nombre, y hasta ahí no más llegabas. Entonces, después, uno tiende a borrar esa etapa de tu vida. Yo me acuerdo de cosas muy puntuales. Pero cómo fue exactamente la cosa, no, no, me es difícil recordar» (Testimoniante 65).

«Yo, secuelas físicas no tengo, y secuelas sicológicas tampoco. Soy, en este sentido, una persona bien normal. Yo sé que hay gente que estas cosas le han resultado muy traumáticas. Pero uno debe saber que si uno se mete a trabajar en política, asume responsabilidades y asume cargos. Yo tengo bien claras las responsabilidades que uno tenía y hasta dónde uno tiene que llegar con ellas. O sea: si me detenían, era el riesgo que yo corría por ser dirigente y tener responsabilidades de dirección. Entonces no era una cosa traumática, ni uno puede andar diciendo: "¡oh, qué terrible lo que me pasó!"… Porque lo que nos

pasó estaba dentro de las condiciones y las reglas del juego» (Testimoniante 18).

«Quise ponerme en una dimensión real, en una dimensión humana. Yo no fui héroe, no me puse en la dimensión de héroe, porque yo lloré de dolor, de angustia, de pena, lloré por tantas cosas. Nunca me sentí súper macho… Al no sentirme héroe me di cuenta que mi mente funcionaba con más claridad. Y aun así, en ese plano, nunca me sentí controlado por nada ni por nadie. Estaba siendo manipulado, sin duda, pero siempre hice algo para que la manipulación no fuera total» (Testimoniante 11).

«Los extremos que se vivieron en Villa Grimaldi fueron situaciones que son de muy difícil transmisión. Verbalmente no se pueden describir situaciones como ésas, y dar cuenta de sus verdaderas dimensiones… El ensañamiento de los guardias era, diría yo, el aspecto más demoledor. Tenían licencia para todo, para golpear, denigrar, y esto se sumaba a lo que hacían los agentes de las unidades operativas, que te torturaban con el objetivo expreso de destruirte. Entonces, frente a todo eso, tú desarrollabas mecanismos de reacción, de sobrevida y así terminabas desarrollando una musculatura desconocida, nueva…» (Testimoniante 15).

«El temor más permanente era a quebrarte. Ése era el miedo mayor, era una duda sobre ti misma. Porque, viendo que había gente que se había quebrado y que sus niveles de quiebre fueron tan grandes que ya no estaban en este lado, sino en el otro… Esto era muy fuerte, porque se codeaban con los esbirros de la Villa, se movían por todas partes y hasta tú sentías el mismo olorcito a perfume que andaban trayendo los que eran de la Villa… Y tú te decías: "yo no quiero ni debo estar en ese lado"… Terminar al otro lado era mi miedo mayor… Por eso vivías día a día la tensión de no quebrarte, no quebrarte… no llegar a hablar el idioma de ellos… que la Unidad Popular había sido una porquería, ese discurso que comenzaron a hablar los compañeros quebrados… Y evitar eso, tú, dentro de ti, era duro, muy duro…» (Testimoniante 2).

«Yo, con toda mi juventud, con todo mi idealismo, con todas mis ganas de cambiar el mundo, terminé por convertirme, quizás, en una militante soberbia. Creía tener capacidades que en verdad no tenía, creía que el dolor de la tortura se podía aguantar, creía un montón de cosas de ese tipo… Éramos como dioses con pies de barro… Por eso, todo lo vivido allí fue para mí una enseñanza de por vida. Tuve que bajar mi soberbia… que, frente a situaciones específicas de la historia, no bastan las especulaciones puramente intelectuales que tú haces, sino hay que estar y vivir las situaciones concretas, y allí, y sólo allí puedes saber, efectivamente, quién eres tú. Por eso, todo me ayudó a conocerme a mí misma mucho más. Y haber estado en un lugar donde están vivamente representados los extremos de maldad y bondad de la humanidad, fue también una tremenda lección… ese contraste nos muestra que no podemos ser soberbios, que si bien es cierto que somos animales con capacidad de pensar, al fin y al cabo somos animales…» (Testimoniante 75).

El grueso de lo aprendido y balance final del problema, por lo tanto, pasó, primero que nada, por dentro de uno mismo. Sobre el bagaje acumulado, las cicatrices latentes y las dudas emergentes del sujeto político propiamente tal. Porque, habiéndose desarticulado las estructuras partidarias (las estructuras no sienten dolor), la violencia del ataque cayó de lleno sobre la subjetividad de los militantes. El dolor exigió que fuera allí, en cada uno de nosotros, donde se concentrara el análisis evaluativo de la desarticulación de las «orgánicas partidarias». Y todos, en mayor o menor grado, en primer análisis, lo sentimos así. Era el eco natural del dolor. Por eso, en esa etapa, la responsabilidad de explicar el golpe militar, el derrumbe de las orgánicas partidarias, y la necesaria restauración social y política de nuestros valores, vino a ser un problema específicamente nuestro. Un problema de las compañeras y los compañeros mismos. Dígase lo que se diga, después de Villa Grimaldi, lo político dependió casi enteramente de nuestra reflexión interior. Es decir: de la consistencia subjetiva, de la experiencia acumulada e, incluso, de nuestra condición de género…

«Yo creo que la tortura, para todo el mundo, es una de las situaciones más extremas que puede ocurrir. Porque te desnudan y te dejan con amarras, en absoluta indefensión, en una relación de poder aplastante, porque ellos están en

grupo, con todo el poder de las armas que les entrega el Estado, y tú estás allí sólo con tu cuerpo y con la fortaleza que puedas tener… Es difícil entender y asumir una situación como ésa. Porque tú crees que te van a matar, pero la verdad es que lo que te hacen es peor que eso… te degradan, te humillan, hacen mofa de tu cuerpo… y por el hecho extremo que significa, allí, en esa situación, ser mujer… Allí compruebas cómo el hecho de ser mujer lo aprovechaban para poder destruirte. Para ellos, el solo hecho que nosotras las mujeres fuéramos también militantes era para ellos lo mismo que ser putas… "ustedes están en el partido porque están con el hombre que les gusta, son iguales que putas, no tienen perdón y merecen lo que les está pasando"… Y se reían de tus debilidades: "¡mira, mira cómo se cagó y se meó de susto! ¡ja, ja, ja!"… Es un ataque específico a la sensibilidad femenina, que te hace sentir más débil e insegura frente a ellos… Y tú tratas, entonces, de morir con dignidad, pero uno trata también de respirar profundo, de relajarse… y tú te resistes, de alguna manera, a morir, y ellos, de alguna manera, tampoco quieren matarte de inmediato… La degradación que hacen de ti como mujer es algo inolvidable, porque implica un desprecio absoluto a tu condición de mujer, como si fueras un ser inferior… Como que no tienes derecho a participar en la política en igualdad con "ellos", como si sólo debieras estar puertas adentro de tu casa… Para una, eso fue muy fuerte, tremendamente fuerte…» (Testimoniante 48).

«En el caso de las mujeres, yo creo que éramos iguales que los hombres. Nos denigraban sexualmente tanto a los hombres como a las mujeres, creo yo. Lo que pasó es que, de un modo u otro, los hombres hablan menos de eso, y esto lo corroboré en mis años trabajando con refugiados en Noruega. Yo conocí a gente con secuelas muy definidas de torturas sexuales enormes, que no siempre eran físicas, sino síquicas. Muchas veces hay secuelas físicas como efecto de lo síquico. Yo no sé si los hombres hablaron de esto en la prisión, tal vez no lo conversaron, pero sabemos que pasó. Pues, de la misma manera que a las mujeres le introdujeron cosas en el ano, por ejemplo, no me cabe duda que a los hombres también se lo hicieron, incluso mucho más que a las mujeres. Y era más o menos normal la denigración que hacían de tus rasgos físicos…» (Testimoniante 27).

«Quienes a mí me desnudaron y me allanaron, eran mujeres… Y después,

cuando a una la parrillaban, las que más gritaban eran esas mismas mujeres. Y dentro de la sala de torturas había, por supuesto, hombres… En las cárceles comunes las mujeres desnudan a las mujeres por una cuestión de dignidad. Y era una locura que, en la Villa, ellas me hubieran desnudado y allanado para que después me torturaran junto a los otros… Y me quedó muy grabada la crueldad de las mujeres para conmigo, al punto que Marcelo Moren hacía de hombre bueno… Krassnoff no: te decía miles de improperios, de cosas horribles destinadas a humillarte y a no darte tregua… "¡todas las miristas son unas putas, cómo te sentirías con diez miristas metidos allí…!"… Y lo increíble era que esas mujeres que te allanaban con gentileza eran las mismas que después te ponían cigarrillos encendidos sobre tu piel, que gritaban como locas "¡dale, dale, dale más a esta hija de puta, mentirosa!"… Días después, una de esas mismas mujeres me sacó de la celda para pedirme que la ayudara con unos puntos, porque ella le estaba tejiendo un chal para su futura guagüita, porque tenía ocho meses de embarazo… ¡y yo le ayudé con los puntos! Y era la misma mujer que, después, mientras me venían a buscar en una camioneta, me hacía así en la cara con las llaves que tenía en la mano, y me dejó la cara toda rajada… Todo esto era impresionante… Y tú ibas al baño y tenías que hacer todo con la puerta abierta, y un tipo te miraba todo el rato, y te sacaban la venda para que vieras que te estaba mirando… Cuando estabas con la venda, no tenías conciencia de que te estaban observando, pero sin ella… Yo creo que para las mujeres la tortura es distinta que para los hombres, porque conlleva una fuerte connotación sexual… Al final pierdes la noción de tu cuerpo y te da como lo mismo estar desnuda o no en el camastro de la tortura. Y eso es muy duro, porque todo gesto tuyo puede entenderse como concesión... Por eso, te sientes sucia. Como que pudiste evitar algo y no lo hiciste, que te pudiste haberte expuesto menos… Es algo de lo que yo recuerdo» (Testimoniante 45).

«Uno de los hechos que más me sorprendió en Villa Grimaldi fue que las mujeres que formaban parte de los equipos de torturadores –la mayoría tenía poco más de 20 años– gritaban, golpeaban, pateaban y torturaban del mismo modo que los agentes masculinos. Procuraban imitar, algo artificialmente, el estilo machista y brutal de sus jefes. Yo sentí que, en varias ocasiones, ellas golpeaban en ese mismo estilo a los detenidos, frente a la celda en que estábamos… A mí, en cierta oportunidad, dentro de la celda, cuando nos estaban pasando revista, a una de ellas, frente a mí, se le cayó el llavero al suelo. Entonces me gritó, estentóreamente: "¡recógelo!"… Como yo estaba

vendado, no vi dónde cayó y, por tanto, no hice un ademán inmediato para recogerlo. Más bien comencé a calcular, por el ruido, en qué lugar pudo haber caído… Y estaba en eso cuando recibí de parte de ella una andanada de puñetazos y patadas (dolieron bastante, a decir verdad), además de gritos e insultos de todo tipo… Ella, en ese sentido, fue, en ese momento, un "dino" más, perfectamente enfundada en un perfil machista… Del mismo modo, cuando a I. y a mí nos estaban torturando en las parrillas (él en la de arriba y yo en la de abajo), y cuando los agentes masculinos salieron a «descansar» un rato al patio colindante, quedaron a nuestro cargo dos agentes femeninos, muy jóvenes… Y en ese momento, como jugando, nos dieron una buena cantidad de deliberados golpes de corriente en lugares claves (por cierto, sin hacer preguntas ni inquirir nada), al paso que hacían comentarios de tipo sexual. Y quedó claro que, por sus comentarios y risotadas, yo no era del gusto de una de ellas ("este huevón me cae mal")… Esta experiencia pareció confirmar que, si bien la tortura a las víctimas pudo ser selectivamente pensada según el sexo, la metodología de la tortura, en lo que se refiere a los torturadores que la aplicaban, en cambio, no reconocía diferencias de género. Se trataba de un modelo funcional que debían conocer y aplicar con maestría todos ellos, sin excepción de género…» (Testimoniante 20).

«Yo vi que a todos nos trataban igual, con la diferencia de que a las mujeres nos creían menos, acaso porque nosotras tenemos más imaginación y les contábamos cuentos de todo tipo. Y los mismos "dinos" decían que, con respecto a los hombres, la cosa era más directa, con menos rodeos y cuestiones. Por eso, era típico que nos dijeran: "¡estás mintiendo!"… Y decían que, en general, las mujeres éramos más resistentes y que a los hombres había que torturarlos algo menos para que hablaran… Bueno, yo no sé si fue así, o no. Lo cierto es que a veces algunos torturadores expresaron cierta admiración porque resistíamos lo que resistíamos, porque les dábamos como más trabajo… Y acaso, por su mismo machismo de torturador, consideraban que los hombres eran menos dignos, razón por la que los trataban de cobarde y todo eso… Pero todo el tiempo nos trataban de prostitutas…» (Testimoniante 75).

Sin duda, el reconocimiento del yo, la medición de la estatura real del ser propio y del daño final recibido fue, sin duda, el punto de arranque de la reflexión

retrospectiva. Era como palparse a sí mismo después de la caída, averiguando qué magulladuras quedaron, o qué «nueva musculatura» pudo haber aparecido. Ese reconocimiento era, en verdad, un gesto natural y, a la vez, elemental. El análisis político más global, más histórico o estructural, podía venir más adelante. Entre otras razones porque, después de palpar el estado en que quedó el «ser propio», había que aclarar una cuestión punzante: la eventual «entrega de información», «delación» y/o «colaboración». Sin duda, éste fue un problema agudo, tanto en Villa Grimaldi (como drama interno) lo mismo que en Tres Álamos y en los otros campos de prisioneros en libre plática (como tensión partidaria)...

Como pudo observarse, el drama de la «delación posible» estalló, bajo tortura, en lo más íntimo del sujeto militante, no en el aparato de la orgánica partidaria. Es decir: ocurrió en el nervio neurálgico del desdoblamiento en «sujeto humano» y «militante de partido», que constituían la «persona» del compañero/a torturado/a. La orgánica partidaria era y es la ficción social externa de ese desdoblamiento, en tanto el sujeto humano es su condición de vida interna… Por ello, al reconstituirse las militancias al interior de los «campos» de prisioneros, la orgánica partidaria, al palparse y verse «desarticulada» o «desestructurada», inició su propio proceso de retrospección y evaluación, y tendió a hacerlo privilegiando, como criterio fundamental, el principio supremo de su integridad orgánica, por donde la evaluación recayó sobre el problema crucial de «entrega de información» (pues ésta traía consigo la ruptura de articulaciones partidarias horizontales y verticales). De este modo, el principio de la integridad encargó culpabilidades, y los militantes, ante eso, cayeron bajo sospecha. De un modo u otro, se inició en los campos de prisioneros una suerte de «enjuiciamiento al sujeto revolucionario, en tanto que sujeto».

«Y vimos que algunos compañeros estaban "colaborando"… Bueno, una cosa es la delación, que es la entrega al torturador de una información útil para éste. La delación es entrega, y puede ser entrega mínima o mayor… La colaboración yo la defino como entregar información más allá de lo que te están preguntando… hubo compañeros que, estando ya en la celda, golpeaban la puerta para que viniera el guardia, y levantaban el dedo: "¡ah, jefe, me acordé de algo!"… Tenían miedo al revés: el de guardarse la información… Y hay un tercer concepto, que es la traición, que es cuando los compañeros o compañeros asumen el papel de represores o torturadores…Éstos son escasos, y tienen

nombres y apellidos. Ellos, que fueron nuestros camaradas, eligieron ese camino para sobrevivir. No los podemos cuestionar por eso. Los mecanismos de sobrevida son voluntarios, uno los elige, uno tiene que tomar decisiones en materia de segundos… "no quiero que un camarada pase por lo que yo estoy pasando… o lo entrego y lo redondeo, con toda la información posible"… ¿Se pueden correr, o no, ese riesgo?... Por lo demás, colaborar o traicionar no aseguró que tú pudieras seguir con vida…» (Testimoniante 24).

«A mí me impactó mucho la gente que con mucho heroísmo enfrentó la tortura… A mí me impactó, en este sentido, el compañero J., que hoy está desaparecido… Él estaba muy mal, tenía las manos quemadas con cigarrillos y el cuerpo cubierto de llagas… Cuando a mí me iban a llevar a la pieza de la tortura, me dijo, al pasar: "compañero, no abra la boca, aquí podemos morir en la tortura, pero el militante del MIR no abre la boca"… Cuando me torturaban, yo tuve sus palabras, constantemente, dentro de mí… Es la bronca personal que yo tengo con el L., que es el que me entregó. Me dijo: "estoy convencido que tenemos que entregarnos, porque es la forma de salvarnos la vida, si no, vamos a morir todos"… igual que el otro compadre, el M… me dijo que estaban redactando un texto para leerlo en la TV… Estaban locos, querían entregarnos a todos para que nos salváramos todos…» (Testimoniante 51).

«Yo hago una gran diferencia entre los que colaboraron y ayudaron a la DINA en sus tareas, y los otros compañeros que fueron débiles y que hablaron en tortura porque le hicieron cosas atroces. Hubo gente que habló, pero se retractaron después y no llegaron a colaborar, ni a redactar informes para la DINA o pasearse como jefes por la Villa, sanos, sin vendas, en perfectas condiciones físicas... Yo nunca crucé palabras con ellos… Y no he emitido ningún juicio drástico contra ellos o contra los compañeros que fueron débiles, porque vivieron una situación muy especial… muchos trataron de salvar las vidas de los compañeros, pero éste no era el caso de los que colaboraban abiertamente con la DINA» (Testimoniante 49).

«Yo sabía que la F. había sido detenida, que había enviado recado de que no

aguantaba más, que se iba a quebrar, e iba a cooperar… Y yo también sabía que existía una orden del partido de que había que eliminarla… Para mí, ése era un camino equivocado del MIR. Esa orden me causó mucho conflicto, porque, para empezar, yo nunca había tenido armas ni creo que podría disparar contra alguien… Mi experiencia con Miguel había sido que la asimilación de la tortura tiene un cierto límite, pues, en algún momento, te quiebras, un poco antes o un poco después, y que todos tenemos ese momento. Entonces lo importante era cuánta información era conveniente entregar, y que la organización supiera qué habías entregado… Había que ser honesto con uno mismo y a la vez con la organización. Fue el criterio que yo traté de mantener todo el tiempo. Pero igual me sancionaron, porque yo nunca oculté que había entregado a una compañera… Lo importante era que la organización supiera protegerse de antemano, y en este sentido la organización falló en mil cosas. Y esto lo vi desde fuera de la Villa y desde dentro. Yo sentí que la gente estaba entregando su vida un poco gratis… Yo me guié por lo que aprendí con Miguel y con Edgardo. Yo estuve viviendo con ellos un período… y este tema era parte de nuestras tertulias. Ellos tenían una visión más equilibrada del hecho del "quiebre" en tortura… No sé cómo fue el desarrollo posterior de este tema, parece que siguió otro rumbo… Porque, cuando te enteras que hay una orden de matar a la F., quedó claro para mí que hubo un cambio de rumbo y, además, que no estabas en condiciones de discutirlo. No hay forma de cuestionar el aparato… El humanismo que nos motivó desde el principio ¿dónde quedó?...» (Testimoniante 27).

«Yo, de verdad, pasó que la primera vez los golpes que me dieron fueron nada, pudieron haberme masacrado a tortazos y no hubiera dicho ni mi apellido… Pero la corriente eléctrica, la asfixia y los complementos de tortura que ellos hacían: meterte en una bañera, estar desnudo, amarrarte, estar colgado, cuando vas sumando todo eso, uno empieza a estar empujado a un límite en el que es muy difícil manejarse… Creo que, en la misma Villa Grimaldi, el solo hecho de aislar a los compañeros que colaboraron, de no volver a hablarles, de protegerse de ellos, era algo que en vez de contribuir, los entregaba más a la colaboración y la traición. Ése fue el aprendizaje que yo hice: pensar que la situación a la que ellos estuvieron sometidos, tiene muchas explicaciones. Uno, como ser humano, tiene la obligación moral de hacer un esfuerzo por entender la verdad, en cuanto a qué pudo motivar las conductas de colaboración… Además que, en contraparte, hubo cientos de cabros (la mayoría), que pasaron

una tortura más breve, que estaban más encuadrados… mientras otros resistieron heroicamente lo que les tocó… Pero yo tengo todavía la impresión de que cientos de compañeros que pasaron meses en la Villa y en Cuatro Álamos demostraron tener y demostrar un valor inconmensurable. Mi recuerdo es que hubo un tremendo heroísmo de resistencia y entrega a la causa, empañado sin duda por la estupidez nuestra, la de nuestra organización, de obligar a desafiar la tortura que se dio en la Villa. Creo que nosotros nos equivocamos profundamente en afrontar ese problema. Tanto más, si después, en los campos de prisioneros, seguimos tratando mal a nuestra gente, aislándolos de manera descalificatoria y sin comprender las raíces de su conducta. Fue como señalar que en el MIR estábamos llenos de colaboradores... Esto me dio mucha bronca… La derrota que tuvimos fue una derrota, causada por errores políticos que nuestra inexperiencia y la brutalidad de la dictadura, nos hicieron pagar…» (Testimoniante 36).

«Es una situación límite, que te impulsa a hacer cualquier cosa. El dolor de la tortura te produce, en ciertos instantes, una especie de desmoronamiento moral, una humillación, que te puede llevar a cualquier cosa… Ahí te das cuenta que el ser humano es vulnerable, que tus construcciones ideológicas para tiempo normal se te pueden derrumbar en un tiempo anormal, cuando ya no estás ante lo natural, sino ante lo anti-natural… Todo eso, en mi caso, me desarrolló muchísimo mi sentido de lo que es la humanidad…» (Testimoniante 75).

«El gran fracaso de la dictadura es que no logró aniquilarnos como personas que se mueven por valores superiores. No, no lo logró. Muchos de nosotros quedamos tal vez con una cantidad de traumas, pero desde el punto de vista del compromiso y de un intento honesto por contribuir al mejoramiento de la sociedad desde nuestras creencias, no lograron derrotarnos, no… Y hoy nosotros somos capaces de hablar de nuestras debilidades ante una tortura salvaje, pero en cambio los milicos, no. No son capaces de decir: ésta fue nuestra actitud: matamos y torturamos porque creíamos en esto... No, no conozco ni a uno solo que reconozca lo que hicieron y por qué lo hicieron. En cambio, nosotros dijimos siempre lo que creíamos y hemos dicho después en qué fuimos débiles. E incluso, a veces con mucha dificultad, hemos logrado superar esos momentos dramáticos en que fuimos victimizados hasta extremos

inhumanos… Se debería reconocer la valentía social y el sacrificio de los compañeros que cayeron asesinados por una causa que, como se ha visto, se puede defender públicamente… La de los militares, no…» (Testimoniante 11).

A pesar de la profundidad y emotividad de los de profundis puestos de manifiesto por muchas compañeras y compañeros en su condición de «sujetos», las orgánicas partidarias (residuales, remendadas y recompuestas, sobre todo por los compañeros que «resistieron» a la tortura), llevaron a cabo, con más o menos formalidad, el enjuiciamiento y la re-calificación del «paso por la tortura». Las estructuras parecen exigir, para subsistir y crecer, lealtad plena, voluntad expresa, entrega máxima y sacrificio –a veces total– de sus militantes, creyentes y seguidores. Su existencia estructural depende de que se cumplan esas exigencias. Y para existir como tales, necesitan absorber y alimentarse de esa «entrega», de los dolores e incluso la muerte de los «sujetos vivos» cuya vida les transmiten y delegan. Y lo que absorben para existir (entrega, lealtad, heroísmo), no lo devuelven... No exactamente lo mismo, ni del mismo modo. No como un intercambio paritario, o solidario. Las estructuras, diríase, no tienen vida propia… Por ello, castigan las debilidades humanas con poco, o escaso, humanitarismo. Descalifican. Marginan. Y en los mismos campos de tortura, o de libre plática, o en el exilio, aíslan…

«Cuando llegué a Pirque, fue espantoso, fue un shock terrible… Yo llegué feliz a ese lugar, pues venía “bajando” de la Villa… Y llegué eufórica contando lo que había visto, y estaba excitadísima, porque nos habían bajado juntos a L. y a mí, y él me había dado una carta para su mujer, E., que estaba detenida en Pirque… Yo, inocentemente, llegué contando esto, y muy poca gente, muy poca, se acercó para escucharme y conversarme. Al cabo de una semana, logré entregarle la carta a E., y ella me dijo: “ten cuidado, porque a ti también te van a aislar, y a las compañeras que aíslan nadie les dirige la palabra”… Me presentó a la compañera de E… Al “G.” yo lo conocía desde Concepción y sabía que había tenido alguna debilidad en tortura… Y ellas dos me cuentan que ya no están en el partido, que habían sido aisladas y que casi nadie les dirigía la palabra… Eso fue un shock terrible para mí. Nunca me imaginé que entre compañeros y compañeras pudiera suceder una cosa así. Ahí me fui dando cuenta de la actitud de esa militancia… escuché a muchas compañeras hablar con un odio feroz, un

resentimiento terrible… Me fui dando cuenta que la gente más estricta y más severa para juzgar a estas compañeras eran… dos o tres, que casi no habían sido interrogadas, o que apenas le habían tocado una uña, y se atribuían el derecho a juzgar… Desde ese mismo momento me convertí en disidente de esa corriente, pues intuí que eso no podía, de ningún modo, ser así» (Testimoniante 49).

«J., que era militante del Partido Socialista, supuestamente, "habló"… Yo no tengo idea, lo único que sé es que una vez me carearon con él, y cuando lo trajeron, venía que no podía sostenerse en pie. Lo venían afirmando, le habían inyectado toda clase de drogas… La segunda vez que lo vi, venía mejor físicamente, pero absolutamente perdido… Entonces, de una persona como él (que, además, lo asesinaron), ande gente por ahí diciendo: "¡ah, ése habló!"… me produce una indignación terrible. Yo no sé si habló o no habló, lo único que sé es que venía deshecho, lo traían entre dos… Y los que lo critican, pienso yo ¿habrían sido capaces de sostenerse como él, a duras penas?... La facilidad con que algunos dicen: "ése habló… ése andaba entregando gente por las calles", me irrita profundamente… ¡si los victimarios son los milicos; nosotros, todos, sólo fuimos víctimas! Entonces, con esas actitudes, nosotros mismos nos estamos transformando en victimarios… Esto me hace renegar de toda esa mierda que nos tocó pasar, pues esa mierda no nos sirvió para nada… Yo encuentro terrible que se enjuicie a un compañero por su paso por la tortura… y por lo que dijo, o lo que no dijo. Y, desgraciadamente, lo hicimos. Y eso se empezó a vivir cuando llegamos a Tres Álamos. Se empezó a enjuiciar a varios compañeros e incluso a algunos se les condenó a muerte; a algunos a muerte civil, y a otros a muerte física… Estando en el campo de Tres Álamos me tocó ver cómo un partido determinado dio la orden de no hablarles a algunos compañeros porque, supuestamente, habían hablado en tortura. Y los tenían aislados... O sea: nos tratábamos de matar entre nosotros mismos, a los que ni los milicos pudieron matar, por la razón que sea… ¡Nosotros los matamos civilmente!... Y eso se cumplía, porque eran "traidores". Eso fue y es terrible…» (Testimoniante 11).

Las compañeras y compañeros que «no hablaron» fueron leales a la orgánica partidaria que la DINA, precisamente, trataba de destruir; lo que, de hecho, en términos globales, logró. El heroísmo indiscutido de las compañeras y

compañeros que no hablaron dio vida moral a estructuras que estaban seriamente dañadas, en su articulación orgánica y/o en su proyecto político. O en todo caso, en su potencialidad histórica real (que ya se había demostrado inferior a la potencia del golpe recibido). El enjuiciamiento a los compañeros y compañeras que sí hablaron (poco o mucho), se realizó, por tanto, desde una ficción moral de rango heroico que tenía poco asidero político en una orgánica partidaria real y valedera para los tiempos que corrían. El verdadero problema a resolver –podría decirse– era la fragilidad estructural, política e histórica en que quedaron las orgánicas partidarias, no sólo por la debilidad moral de los sujetos revolucionarios, sino, sobre todo, por las serias debilidades de estructuración y estrategia que ellas arrastraban desde el período anterior al golpe militar y al desencadenamiento de la tortura a muerte.

La conciencia de ese problema mayor se hizo presente, progresivamente, entre los compañeros y compañeras que continuaron la reflexión retrospectiva. El verdadero juicio, coligieron, debía hacerse a la orgánica misma que fue atropellada sin remedio por la maquinaria militar de la dictadura, y no tanto a los sujetos revolucionarios que debieron soportar en carne propia precisamente esa derrota estructural.

«No me interesa discutir las responsabilidades individuales, que por ahí no se llega a ninguna parte, sino las responsabilidades propiamente políticas. Por ejemplo, lo que significó y significa cooptar a una persona para una tarea determinada… ¿cómo tú aseguras que se elige a la persona adecuada para una tarea determinada?... Yo creo que el MIR no determinó las pautas adecuadas para cooptar a sus dirigentes. Se consideró la actitud que el compañero había tenido en las mochas callejeras o en su tiempo de dedicación al partido. Y el problema estaba en que no éramos elegidos, sino cooptados. De ahí provino un problema central, porque, cuando una organización no se autogenera de manera democrática, es altamente probable que los dirigentes no se elijan de acuerdo a las capacidades reales que se necesitan» (Testimoniante 24).

«Nosotros rompimos con el Partido Socialista "oficial" porque los dirigentes del oficialismo estaban todos en el extranjero, exiliados o no, y trataban desde allá darnos dirección política a los que estábamos en Chile… Todo los que ellos

podían analizar lo hacían desde lejos, desde fuera, y la realidad concreta, aquí, era otra, muy distinta a la de ellos. Porque ellos, allá, estaban tranquilos, dormían tranquilos, viajaban tranquilos, escribían tranquilos… y nosotros acá estábamos a saltos: que te venían a allanar, que te buscaban, que te detenían, si comíamos o no comíamos… Las masas populares estaban dispersas, detenidas, escondidas o en el exilio… Así que tuvimos que transformarnos en una organización político-militar, en un partido de cuadros con una dirección colectiva… por eso somos una "coordinadora" de varios regionales… Aquí no existe Secretario General, no existen jerarquías de ese tipo: nosotros nos damos la conducción… Caímos, por supuesto, en muchos errores, y hemos sido muy ingenuos… Éramos la única fuerza organizada en Chile en 1974… y después, en 1975, cayeron como 50 compañeros de una sola vez… Era otra fuerza, que se estaba levantando con características distintas a la que traíamos desde antes…» (Testimoniante 50).

«Yo era miembro suplente de la Comisión Política del MIR… Comenzó un debate en la Dirección del partido… me convocaron a iniciar la política de "propaganda armada", por instrucciones que venían de Miguel. Yo tenía una diferencia profunda con ellos. Y les dije que las verdaderas tareas eran de reconstrucción, de consolidación de las condiciones de seguridad y que yo no era partidario de contra-atacar. Me señalaron que debía organizar "comités de resistencia", pero yo pensaba que no había ánimo ni voluntad en la población para resistir de ese modo. No los convencí… pero yo, por lo mismo, no organicé los comités de resistencia, ni hice propaganda armada. No teníamos los medios adecuados, y no lo hicimos… Después vino la secuela de caídas y, finalmente, cae Miguel…» (Testimoniante 36).

«En el automóvil conversaban la compañera C. con la compañera V. sobre la apreciación que tenía Miguel de que esta cosa era reversible, y que él tenía como un optimismo desenfrenado. Yo escuchaba a distancia y no tenía derecho a opinar… Después, cuando Matan a Miguel, V. se asila y me deja a cargo de una estructura del MIR, y aun así ella seguía creyendo en la reversibilidad del proceso, lo que, yo creo, era absolutamente infundado. Se sobrevaloraba la capacidad militar que nosotros teníamos, porque había una "fuerza central". Teníamos sin duda un cierto poder operativo, podíamos estorbar algo, pero

nada más. Y no se hicieron acciones armadas en los primeros años para no provocar mayor represión… y en ese lapso, la DINA destruyó al MIR…» (Testimoniante 64).

«Yo pienso que el Partido Socialista era un poco más difícil de desestructurar por la DINA porque siempre fuimos despelotados, o sea: éramos poco rigurosos. En todos sentidos. Por ahí hay una frase: "cuando se juntan dos socialistas, hay tres líneas políticas…". Nosotros éramos, objetivamente, despelotados. Estaba, por un lado, el Comité Central; por allá, la Coordinadora, los militantes tanto por acá, los militantes cuanto por acullá… Para la represión, no era fácil desarticular un partido que no estaba articulado. A esos tipos les producía una cierta decepción… porque torturaban (claro que salvajemente)… y obtenían una destrucción estructural pobre… Yo viví el proceso de Villa Grimaldi sin ningún plan en mente, sin ninguna racionalidad superior. Todo se vivía al momento, en el día a día…» (Testimoniante 11).

Le reflexión retrospectiva pasó, pues, de la introversión íntima al juzgamiento conductual del sujeto, y de allí, a la crítica de la lógica organizativa de la «orgánica partidaria» y de la táctica que ésta (o sus dirigentes) determinó para enfrentar al monstruo que se le vino encima.

En el exilio y en el retorno a Chile la reflexión, poco a poco, o tímidamente, pasó de su larga fase retrospectiva, a otra, más prospectiva…

Capítulo IV

¿Liberación?: inercias y encrucijadas

a) Liberación y re-encarcelamiento

Después de 1976, forzada en gran medida por el peso de una adversa opinión pública internacional, la Junta Militar se vio obligada, de una parte, a morigerar su ataque homicida sobre los militantes civiles del movimiento popular y sobre el sistema político desarrollista y populista que había imperado en el país entre 1938 y 1973. Los omnipresentes rasgos de tiranía abierta de los que había hecho gala el régimen militar, después de tres años frenéticos, debían, de algún modo, moderarse, dado su altísimo índice de violación a los derechos humanos fundamentales. Y eso exigía, de otra parte, dar muestras concretas de que la tiranía estaba dispuesta a avanzar en la construcción de un tipo de gobierno compatible con el estándar político exigido por el derecho internacional y, sobre todo, por el capital financiero globalizado (que no invierte sino donde hay garantías de gobernabilidad «democrático-liberal»). Basadas en ambas ideas-fuerza, tanto la social-democracia europea como los Estados Unidos comenzaron a presionar, por vía más bien diplomática, para que la tiranía chilena diera pasos concretos hacia la instalación de un régimen medianamente compatible con las expectativas de Occidente.

Eso significaba, en lo inmediato: a) cerrar los centros institucionalizados de tortura sistemática (los llamados «cuarteles») y b) liberar a los miles de presos políticos que estaban recluidos en los «campos de concentración» existentes a lo largo del país. Eso equivalía a limar los rasgos más agudos de la tiranía militar, a echar algunas bases mínimos de «humanidad» para, sobre ellas, impulsar –ya consumado el primer shock treatment del libreto golpista– la construcción civil del régimen neoliberal. Es claro que, para pasar a la segunda fase de ese libreto (impulsar el shock económico), y luego a la tercera (el shock constitucional) se requería que el contendor político principal (el movimiento popular y la Izquierda partidaria) siguiera desmantelado, disperso y sin posibilidad alguna de

revanchismo efectivo. Y eso, hacia 1976, de modo categórico, ya se había logrado. Por tanto, la tiranía podía y debía, desde ese año, dar muestras de «apertura» y abrir diálogo con el mundo exterior y el capital financiero internacional para consolidar la expectativas neoliberales de aquéllos (lo que significaba abandonar la proyectada «Gestapo Internacional Anti-marxista» del general Manuel Contreras y, por lo mismo, el súper protagonismo de éste). En consecuencia, la Junta inició el cierre de los «cuarteles» y dictó los respectivos decretos de «libertad» para los torturados presos políticos chilenos.

Naturalmente, esa libertad no era para que esos presos regresaran a un Chile libre (no lo había, ni lo habría hasta muchos años después), ni para que reasumieran su derecho a luchar contra el capitalismo o la dictadura neoliberal. No: era una libertad para que continuaran en estado de nulidad (o sea, presos) en tanto que militantes y ciudadanos, en lo político y en lo histórico. Para que siguieran bajo «estado de sitio». Y la mejor forma de asegurar esa continuidad (de «desaparecidos» cívicos), era procurar su salida del país, un ostracismo llevado a cabo por expulsión simple, o coaccionando la decisión propia. La Izquierda chilena, eclipsada a punta de asesinato, tortura y cárcel, debía continuar «desaparecida» del espacio público, esta vez mediante una diáspora abierta a todos los puntos cardinales del planeta. Relegada a ese antiguo nomadismo crónico del revolucionario errante.

Por todo eso, las compañeras y compañeros que vivimos en profundidad la «etapa» de Villa Grimaldi, sentimos el día de la «liberación» como un estallido de sentimientos entrecruzados. Como una alegría limitada, rara, inhibida y escalonada. Como la que habíamos sentido al «bajar» desde Villa Grimaldi a Cuatro Álamos. O como la que sentimos «bajando» de Cuatro Álamos a Tres Álamos… Y como la que sentimos, asimismo, al «bajar» de Tres Álamos al «campo de concentración» general que era el Chile de ese tiempo...

La tortura y el encarcelamiento que llevábamos por dentro fue «bajando» de escalón en escalón. Como los grados de la fiebre. Pero sin salir nunca, definitivamente, de un túnel carcelario en el que siempre era posible el retorno, pero no la salida... La libertad y el exilio fueron para nosotros, por tanto, otro modo de seguir prisioneros. Fuera de la historia…

Naturalmente, la reflexión política, social y humana del sujeto revolucionario en tanto que sujeto auto-consciente, fue revolcada varias veces sobre sí misma. Se torció en un sentido y en otro, arrastrando consigo las relaciones sociales

básicas: la identidad, los sentimientos, el amor. Y hubo mucha alegría, y hubo mucha pena. Y risa, y llanto. Y todo mezclado...

Y se nos fue haciendo evidente que, en ese largo e intrincado laberinto carcelario, era necesario dejar detrás de nosotros un prudente «hilo de Ariadna», para marcar el paso de una celda a la otra, y a la otra y a la otra, pero, sobre todo, para no olvidar el camino de retorno al gran punto de partida solidario… Sin perdernos jamás. Como Odiseo, que vivió su odisea completa recorriendo todo el mundo conocido, para volver después, fielmente, a su punto de partida solidario…

Más sabio, más seguro de sí mismo, con más control de todo…

La «operación libertad» estaba perfectamente engarzada en la lógica del primer shock treatment: el temor estampado por la tortura sobre la piel y la mente de los detenidos impulsó sus movimientos «voluntarios» después de la liberación. Como por instinto natural. Casi mecánicamente. El exilio forzado podía adoptar así la forma «libre» del auto-exilio, o por parte del detenido mismo, o por parte de sus parientes y amigos.

«Mientras estuve detenido en Puchuncaví, la rutina de nuestras compañeras era cómo sacarnos de allí… Al principio fueron los recursos de amparo, después apelaban para que nos dieran libertad, y después, para que saliéramos en libertad fuera del país… Así, nos fueron consiguiendo visas para irnos a diferentes países… Mi compañera me consiguió una para Estados Unidos… que aceptó que 50 familias de detenidos podían irse para allá, a través de la enmienda Kennedy, y a mí me inscribieron en ese paquete… Y salimos libres para que nos fuéramos a ese país… Mi compañera no se quería ir, ella tenía un buen trabajo, teníamos familia y no quería dejar todo botado. Era una cuestión difícil… Yo tenía miedo, porque los compañeros del partido me habían dicho que yo estaba quemado y que ellos necesitaban a alguien que trabajara fuera de Chile, y que era mejor que me fuera… En la duda, fuimos a la oficina de emigración europea para que nos aconsejaran… Nos dijeron que ellos no podían hacer nada, que a mí me podían detener en cualquier minuto y que a ellos, incluso, les habían sacado gente desde el mismo avión… Y nos recomendaron que, mejor, nos fuéramos, y regresáramos cuando la situación en Chile hubiera cambiado… Pero fue apoteósico el día que nos trajeron de

Puchuncaví a Tres Álamos, para dejarnos luego en libertad… Hubo abrazos, llantos y todo eso… Había alegría e incertidumbre. Harto miedo. Todos estábamos temerosos, con ese temor de que no sabes qué va a pasarte ahora… Los días siguientes yo no dormía, sentía un auto y dormía a sobresaltos, y no dormía… Fueron días brutales. Sentía a cada rato que me venían a buscar… Y nos fuimos a Estados Unidos con un grupo de 50 chilenos…» (Testimoniante 29).

El temor, inyectado en la emoción misma de la «liberación», hizo de la salida al exilio una decisión natural, lógica, en algunos casos forzada; en otras, coaccionada. Resulta evidente ahora, mirando hacia atrás, que la operación «libertad» fue apenas un nombre de fantasía para ocultar la operación «expulsión». El temor inducía a salir por voluntad propia, pero si algún compañero/a, considerado tozudo y recalcitrante, pudiera no ser inducido de ese modo, la dictadura echaba mano a la expulsión violenta…

«Me sacaron de Tres Álamos, me llevaron a Capuchinos y desde allí, directo, al aeropuerto. Sólo cuando estaba arriba del avión me sacaron las esposas. Yo ya tenía como seis visas para distintos países, pero sólo la de Austria era nominal… Mi compañera había sido liberada en Chile. Yo quería irme junto con ella y luché por eso, pero no se pudo. De modo que me fui, raudo, y solo, a Austria…» (Testimoniante 15).

«Después que salí en libertad desde Tres Álamos, me tomaron como tres veces preso de nuevo… Me llevaron a una casa que no conocía, me pegaron y me soltaron como a las 2.00 A.M., en unas calles de La Reina, en pleno toque de queda. Tenía que irme caminando, como podía, hasta mi casa… Me tomaron de nuevo, y a la última, me dieron plazo de salida: 20 días. Tuve que esconderme… hasta que no resistí más, y decidimos salir… Finalmente, con mi señora, salimos para Canadá… Fue terrible, porque me obligaron a irme, y yo no quería salir…» (Testimoniante 11).

«Mi libertad fue en noviembre de 1976. Mi intención era permanecer en Chile, pero estuve todo el tiempo con seguimiento por parte de la DINA, en particular, del domicilio donde yo estaba alojado. Me amenazaron de que si no me iba del país me iban a matar. Estuve dos meses buscando una solución, hasta que, finalmente, el gobierno noruego me dio una visa para mí y para mi familia. Nos fuimos a Oslo» (Testimoniante 30).

«¡Claro! Fuimos conminados a salir del país… apenas estuvimos como una semana en Santiago… Los suegros de la época vivían en Venezuela… fue natural, entonces, juntarnos con ellos… Después de todo, era un exilio latinoamericano…» (Testimoniante 73).

«A fines del año '76 salió una buena cantidad de gente libre, y quedaron en Tres Álamos sólo 18 personas, que éramos supuestamente "los más peligrosos del país"… Aun así, yo ya tenía cinco visas para irme al extranjero, incluida una ofrecida por el embajador de Holanda… De los 18, se fueron 14, y al final quedamos sólo 4: M., C., B. y yo… Comencé a sentirme solo, no había nadie con quien conversar… antes habían cientos y cientos de compañeros, pero al final, en el pabellón nuestro, quedamos dos… ¡Sólo dos!... Y claro, tú te aburres de conversar con el mismo güeón todo el tiempo… Y estábamos acostados, ponte tú, y llegaba un paco en la mañana y nos preguntaba: "¿cuántos son?"… y anotaba en su libreta: "ya, uno, dos…", y se iba. Al rato llegaba otro paco con una bandeja en las manos, y anunciaba: "¡el desayuno, señores!"… Todo muy formal, como puedes ver… Y antes del almuerzo venía a vernos el cocinero y preguntaba: "¿qué quieren, señores, para el almuerzo? Les tengo bistec, también tutti-frutti, etc."… Era evidente que nos estaban engordando… Era para no creerlo… Al final, B. y yo salimos en libertad, y un día después salieron C. y M.… Y ahí se acabaron los presos en Tres Álamos…» (Testimoniante 63).

De todos modos, la «salida en libertad», junto con la mezcla de sentimientos de alegría, pena y temor que ella en sí misma concitaba, podía traer consigo, ya al lado afuera del recinto carcelario, una inesperada oleada de calor solidario. No sólo de los parientes, sino también de los pobladores que vivían en torno a Tres

Álamos. Por eso, en las calles colindantes se instaló, a ratos, en los días de salida, una poblada amiga, que recibía, que abrazaba, que ayudaba, que prestaba teléfonos y que aun daba «plata para la micro». Un soplo fraternal como para no sentirse solo, como para sentir que «aún hay pueblo, camaradas»…

«Hacía varios días que se estaba rumoreando que habrían libertades masivas. Nosotras estábamos, aunque incrédulas, esperándolas. De todos modos, fue impresionante el hecho de que, de un momento a otro, nos dejaran fuera de Tres Álamos, en plena calle… Y yo tengo un recuerdo maravilloso de ese momento, porque ese campo está inserto en medio de un barrio popular, de poblaciones donde vivía mucha gente… Y esa gente salía de sus casas para saludarnos y recibirnos. Nos invitaban a entrar a sus casas para hablar por teléfono con nuestras familias. A algunos compañeros, incluso –los que eran de provincia, sobre todo– les dieron alojamiento. Había una solidaridad increíble. Nos daban plata para la micro… Yo recuerdo haber llamado, desde una de esas casas, a un familiar, para decirle que estaba libre y que esa noche dormiría en una casa amiga… Allí me fui y estuve durante dos días. Yo no tenía ninguna intención de dejar el país, pero en la calle me encontré dos o tres veces con autos de la DINA. Una vez iba por la calle Ahumada, pasó un auto, se detuvo en el semáforo, y por una ventana asomó su cabeza el mismísimo guatón Romo, que me dijo: "¿qué andas haciendo por aquí, flaca?"… En el SIME, donde nos encontrábamos con otras compañeras, todas decían que eran constantemente hostigadas e incluso seguidas por todo Santiago… Había amedrentamiento… No nos dejaron otra alternativa que abandonar el país… El partido había dado autorización para irse al exterior, de ser necesario… Hice los trámites y viajé a Bélgica más de un mes después de haber sido liberada…» (Testimoniante 49).

b) Liberación: el peso de los recuerdos

Dado el contexto en que se ordenó «libertad» para los presos políticos, el peso de los recuerdos recientes siguió siendo abrumador. De una parte, el recuerdo latente de las torturas. De otra, el recuerdo vivo de la solidaridad entre compañeros y compañeras. Y de otra, el reverberar soterrado de la reflexión

«evaluativa» (crítica) en la conciencia política de cada detenido o detenida… Fue como si el tiempo vivido bajo condiciones de inhumanidad (un años, dos años…) hubiera marcado a fuego, con sello moldeador, la identidad de cada uno. Acaso, para siempre. Se trataba de una memoria quemante, cuyo peso gravitatorio no podía ser desalojado de la noche a la mañana. Por eso, los recuerdos de ese tramo crucial, después de la «liberación», invadieron nuestra mente casi todos los días, sometiendo todo, una y otra vez, al martilleo constante de una reflexión esencial para cada uno…

«Al momento de mi liberación, me dio mucha pena. Me puse a llorar, y no sabía si era de alegría o de pena, porque había desarrollado vínculos potentes, ricos en humanidad, en sentimientos y creatividad… porque tuvimos que inventar un lugar nuestro, propio, para vivir en las condiciones de la prisión… Hacíamos teatro, cantábamos, bailábamos, corríamos, hacíamos deporte, yoga, artesanía, celebrábamos los cumpleaños, las fiestas patrias… teníamos discusión política, información, grupos de lectura, alfabetización de campesinos… Convivíamos distintas generaciones, hacíamos chistes, sketches, chunga, hasta los pelotudos que nos estaban vigilando iban a nuestros numeritos coreográficos, teatrales… Las compañeras detenidas en su propio pabellón… nos enviaron unos regalos, unos tejidos en arpillera o de lana, que servían para guardar cosas, con cierre o botón… Era algo muy delicado, dulce y lleno de cariño… Yo rescato de mi experiencia de preso una gran fuente de conocimiento directo… de gente muy diversa, gente de campo, mapuches, obreros de distintas edades, estudiantes, militantes de distintas organizaciones políticas… todos aspirando a una sociedad más igualitaria, socialista… Cuando nos dieron libertad, yo no me quería ir del campo, yo me sentía allí mucho mejor que afuera… "¿dónde, afuera –me decía yo– voy a tener compañeros como éstos, dónde este tipo de convivencia, dónde voy a aprender tanta cosa distinta?"… Era una especie de democracia directa… dentro de un encierro manejado por una dictadura terrible… Yo tenía 19 o 20 años… Yo me imaginaba a esa edad que una sociedad socialista iba a ser muy parecida a eso… sólo que sin torre de vigilancia y ninguna metralleta encima tuyo…» (Testimoniante 3).

«En Puchuncaví habían partidos políticos, teatro, música y arte. Yo, ahí, caí parado… Cuando llegué un muchacho me dijo: "oye, tú eres de teatro"; "sí,

claro” le dije yo, y él: “entonces hagamos algo”… Y de inmediato comenzamos a montar una obra, basada en un texto de Chejov… Allí estaba G., mi amigo pintor… y llegó O., el actor… Así que formamos una compañía de teatro, con él y otros amigos, todos de distintos partidos políticos… Y empezamos a presentar obras todas las semanas. Y eso fue extraordinario, se me pasó volando la prisión… La gente de artes plásticas hacía la escenografías, los de música ponían el acompañamiento, y yo, en la parte de la dramaturgia… Fue una actividad incesante de preparar obras… todo el mundo iba a verlas, se llenaba nuestro “teatro”. Sobre las mesas del comedor hacíamos el escenario, mientras las bancas y las sillas eran la platea… Detrás de todos estaban los guardias, armados con sus metralletas… y gozaban, se reían y hasta se emocionaban, igual que todos… A veces iba el oficial, pero éste no se reía nada, se sentaba ahí y estaba como intentando encontrar algún significado subversivo… Pero nosotros nos especializamos en decir un montón de cosas que sólo entendíamos nosotros, los presos de izquierda… ellos no cachaban nada, y de esto nos moríamos de la risa… Te digo que, haciendo teatro, me faltó tiempo para estar preso… yo vivía preocupado del mundo que estábamos creando…» (Testimoniante 4).

«En el campamento de Tres Álamos uno retomaba su condición de militante de tal o cual partido, y se olvidaba muy rápido esa solidaridad igualitaria que uno había vivido en los centros de tortura... Al llegar a Tres Álamos, al poquito tiempo, tú volvías a tu origen orgánico. Y ya no éramos todos prisioneros políticos a secas, porque estaban allí los del MIR, los del Partido Socialista, los del Partido Comunista… así, todos separados… Entonces ahí tu te dabas cuenta de que… ¡puta!... habíamos aprendido re’ poco. Y sin embargo, teníamos que asumir eso. Como que era lógico y natural… Eso ha sido para mí una de las situaciones más complejas que me ha tocado enfrentar, sobre todo cuando los partidos daban órdenes para aislar a ciertos compañeros, y esos compañeros vivían allí aislados y estigmatizados…» (Testimoniante 11).

«Yo era una persona que nunca tuvo otra formación militar que no fuera a través del MIR –estuve en Cuba entre 1971 y 1972–, durante un período de tres meses. Pero yo tenía inquietudes, leía y me gustaba informarme de todo… Yo me sentía más o menos seguro para enfrentar situaciones extremas… pero ¡no! que

te torturen junto con tu mujer… A mí me torturaron en paralelo con M… Esto, para mí, estaba fuera de libreto… y eso me desarmó muy rápido… La tortura está creada e ideada para lograr sus objetivos, y la capacidad humana para enfrentarla es muy dispar, cada ser humano tiene sus propios recursos para enfrentarla… y a veces uno tiene que reconocer que el libreto que uno conoce no es el libreto completo… Entonces me costó mucho evitar… las detenciones, la entrega de contactos… a cambio de frenar el aumento de tortura sobre mi compañera… En Villa Grimaldi me fue quedando claro que todo estaba fuera de libreto, las reglas del juego no existían, y todo lo que uno vivía era desconocido, inesperado, la brutalidad a ese extremo no estaba en mi cabeza, ni siquiera como forma especulativa… Mi pregunta era ¿hasta dónde puede llegar la brutalidad y la violencia?... Si hubiéramos estado en una situación inversa, yo no hubiera podido llegar a ese extremo… De la violencia tú puedes tener una idea de cómo comienza, pero no de cómo se incrementa y cómo termina… Y la gente de la DINA se situó en tal extremo, que tú no podías sentir por ellos ni odio ni venganza… Era, simplemente, otro mundo… Yo, por eso, comprendí rápidamente la situación de la compañera A., de los compañeros llamados "los huevos", y entendí a los compañeros que tuvieron que entregar la información que produjo mi caída… Los vi tan destruidos, incluso más de lo que yo estaba. Sentí por ellos el mismo cariño, o tal vez más… porque sé que no fueron ellos, por su libre voluntad, los que decidieron mi caída, sino su mero asentimiento a una presión de violencia absolutamente despegada de su voluntad… Todo era parte del holocausto que estábamos viviendo… La delación tiene un sinnúmero de connotaciones, sin embargo, es una sola palabra, y cuando se trata de encasillar un acto determinado y poner un título, no hay otra palabra… Y eso significa que la gente que ha sufrido al extremo y ha tratado de sobrevivir, cargan desde ese minuto un peso que nunca más se lo sacarán en su vida… Y no es necesario que alguien, desde fuera o desde arriba, además, le ponga un título a esos actos, y que pretenda juzgarlos… porque en tu persona ya sabes que no hay forma que tú lo dibujes de otra manera… No tiene por qué haber un dedo inquisidor sobre algo que sólo merece respeto… Es tu vivencia…» (Testimoniante 15).

«Tres Álamos era una escuela, que tenía sus cosas buenas y sus cosas malas… Habíamos mujeres jóvenes y otras… más mayores. Tengo un recuerdo de algo que nos criticaron mucho… cuando yo llegué al campo en el mes de febrero, estaban dando por la TV el Festival de Viña, y esa noche cantaba Sandro…

Había un televisor ANTU, chiquito, y las jóvenes de 20 años nos apiñamos para ver a Sandro… Por supuesto, después fuimos absolutamente criticadas por las viejas. Nos dijeron que no era una actitud apropiada que las presas políticas estuvieran gritando como locas en el campo… Y es que ahí te marcaba la forma en que eras recibida, acogida o integrada… porque dependía si eras sancionada o no, de qué responsabilidades debías dar cuenta, de cómo y en qué grado eras sancionada… y de cómo debías compartir la alimentación… Ha sido una experiencia que te marcó para el resto de la vida… llegabas allí a un período en que ya no tenías nada que esconder, ninguna imagen que vender, eras como eras, con lo que dijiste en tortura y con lo que no dijiste; con lo que gritaste o no gritaste… tal como eras tú, físicamente, con tu manera de ser…» (Testimoniante 25).

«Fue algo fascinante haber estado en Tres Álamos junto a todas esas gallinitas cluecas, pero también fue una experiencia muy dura… Yo era militante y tenía claro quién era y dónde estaba mi enemigo… pero en ese campo de prisioneras descubrí otras cosas que me afectaron mucho, y que fueron de las experiencias más amargas de que tenga recuerdo… Bueno, como yo fui sometida a una tortura muy fuerte en Villa Grimaldi, llegué a Tres Álamos prácticamente curca… porque yo quedé doblada con la tortura del pau d'arara, y no me podía enderezar… en la Villa me decían irónicamente "la abuela"… Por eso, cuando llegué al pabellón, las compañeras me vieron tan mal que pensaron que yo había resistido todo, que no había delatado a nadie y que nadie había caído por causa mía. Me recibieron, literalmente, como a una heroína… Pero me llamó la jefe de mi partido, la que también estaba a cargo del campo, y me preguntó: "¿y qué pasó en la Villa? ¿Qué dijiste, qué no dijiste?"… Yo, honestamente, le respondí que, al final, había entregado toda la información que tenía… Entonces se transformó todo: después de haber sido una heroína, me transformé en delatora, en la que dejaron al margen de todo. Desde ese momento, quedé instalada en el "otro bando", en el lote de las delatoras… Me sentí tan mal, tan triste, fue un golpe muy duro… Yo había resistido mucho, mucho, dentro de las condiciones… y cayó una persona por mí que, por suerte, está viva. Y tuve suerte, porque muchos compañeros que entregaron esa información no tuvieron esa suerte… Y las otras personas que solté, como yo resistí el tiempo necesario, lograron huir y así sobrevivir… Mi experiencia, lo que yo vi, es que la mayoría de la gente que fue sometida a tortura no resistió: al final entregaron información, tal vez la mínima posible, porque, por supuesto, uno no iba a

entregar información si no te la estaban exigiendo. Pero entregaste al menos lo que te preguntaban más perentoriamente… Fue muy penoso el trato lapidario que me dieron. Yo lo atribuyo al fanatismo político de la jefa de mi partido… Y sólo ella misma sabe de la realidad de su propia tortura, pero pienso que, al juzgar –porque juzgó– lo hizo mal, por su fanatismo… Y era como extraño que, además, sobre eso, hablaran de "juicio final", inapelable, que se aplicaba a todas las que habíamos caído en delación. Habían distinto grados de delación, por supuesto, y cada grado tenía distintos castigos… A los traidores los iban a matar, y como yo era sólo delatora, iba a sobrevivir, pero expulsada a las mazmorras, hasta que me muriera. Por eso hablaban de "juicio final"… Fue una experiencia violentísima, hasta temí por mi vida en Tres Álamos… Pero yo, con otras compañeras que estaban en una condición parecida, organicé un grupo para leer el diario, hacer análisis político, porque yo sentí que ése era mi deber de militante… Pero la jefe de mi partido me llamó de nuevo y me acusó de que, más encima, estaba haciendo fraccionalismo dentro del partido… "Yo no estoy haciendo ninguna fracción –le respondí– porque lo que estoy haciendo es organizar un proceso de análisis político, y eso es lo que me corresponde como militante, y esto es independiente de lo que tú juzgues"… Pero esta acusación significó que comenzaron a caminar detrás de mí… yo daba una vuelta por el patio, y tenía gente detrás para escuchar lo que decíamos… en mi pieza también hubo espías, gente que escuchaba e iba luego a informar a la jefe de mi partido… Y eso no fue imaginación mía, ni imaginación de paranoica, porque así ocurrió… Entonces todo eso fue terrible, terrible, sentir que no te habían matado los milicos, pero que te estaban matando tus propias compañeras... Fue algo violento, violento, violento… Después cayó mi esposo estando yo presa… y yo sabía que él no iba a sobrevivir… Por eso, con toda mi amargura, con toda mi impotencia porque no podía hacer ya nada por él… no me dieron ninguna ayuda. Yo sabía que tenían un correo, que tenían sistemas de comunicación para afuera, pero no me ayudaron en nada… Tuve que tragarme mis lágrimas, porque no debía llorar, no podía mostrarme débil, la que lloraba era una cobarde… Me tuve que tragar todo… Entonces recurrí a mi madre como correo, y ella sacó una carta a las Naciones Unidas que yo escribí por el caso de W., mi esposo… Mi madre fue, entonces, muy importante… Ella fue a todas las visitas, todas, y me llevaba chocolates… Un vez me dejó casi groggy porque me llevó un chocolate que tenía licor adentro y yo quedé como borracha… Mi mamá iba sagrado, y también mis hermanas… Mi vieja se pasó para portarse bien…» (Testimoniante 75).

«En Tres Álamos me dediqué, en lo fundamental, a reflexionar políticamente sobre el conjunto de la experiencia vivida (aparte de hacer artesanías, por supuesto, y de trotar todas las tardes por el patio interno, con Iván) y cómo podríamos seguir de ahí en adelante… Desde esa perspectiva comencé a plantearme críticamente frente a las políticas del MIR, tanto sobre la línea central como sobre la que estaban aplicando a los compañeros que habían "hablado"… Esto último fue la piedra de toque, porque a los compañeros que habían entregado información los habían aislado y los trataban, prácticamente, como seres abominables. En nuestro pabellón había un compañero obrero que de sólo ver a los jefes que lo habían juzgado, se desmayaba… Supe que en el pabellón de mujeres la situación, en este sentido, era parecida, o peor… Sentí que nos estaban metiendo en la cabeza un enfermizo sentido de culpabilidad, que nos dividía en lugar de unirnos… A mí me clasificaron, pero no me castigaron, pero a otros compañeros sí… ¡y de qué modo! Yo les señalé a los jefes: "éste es precisamente el momento en que debemos volver a la unidad, a revivir la solidaridad, a recuperar a los compañeros que pudieron quebrarse; porque la tortura, en sí, no es responsabilidad de ellos, ni de ninguno de nosotros"… Y comencé, abiertamente, a organizar un grupo de compañeros con los que practicábamos de manera ostentosa –paseándonos por el centro del patio– la amistad, la fraternidad, el análisis y, por cierto, el sentido del humor. Allí íbamos J., V., P., R., e incluso, en ocasiones, E… La idea era contraponer solidaridad frente al juzgamiento lapidario que estaban aplicando los jefes, que de hecho era tortura sicológica y política. En esas condiciones, juzgar de ese modo era tan torturador como la tortura de los "dinos", sólo que por "otros medios", con impactos de otro tipo, y por fanatismo innecesario… Entonces, dimos vida a un pequeño pero notorio movimiento crítico, que fue, poco a poco, integrando a los compañeros degradados, y a otros que no lo habían sido… Fue inevitable una confrontación directa con el jefe del partido… Tuvimos largas y sesudas discusiones… yo insistía en que la tarea del día era reflexionar sobre la derrota, y él se negaba a convertir el campo de prisioneros en una "escuela de sociología" (fueron sus palabras)… Pero no hubo rupturas ni sanciones. Él siempre respetó mi actitud y mis planteamientos, y yo, lo mismo, a él. De ese modo, el movimiento "disidente" logró, al menos, crear un espacio de legitimación y continuar sus audaces paseos por el patio, a vista y paciencia de todo el mundo… Fue entonces cuando el abogado Z. me pidió que hiciera un curso de marxismo, porque de "eso", él, no sabía nada. Yo le dije que daría el curso, pero no de marxismo en sí, sino de historia económico-social de Chile, porque allí, en concreto, podrían apreciar cómo operaba la dialéctica… Y el curso, bajo la férrea batuta organizadora de P., funcionó dos veces a la semana

durante dos o tres meses, pero sólo… ¡para dirigentes y cuadros importantes de los partidos! Ante eso, poco después, los jefes del MIR me pidieron hacer un curso similar, exclusivo para ellos… Y después, otro para los compañeros del ELN que estaban en la pieza llamada "terminal pesquero"… Los hice también… Al mismo tiempo, el grueso de los habitantes del campo, aparte de sus artesanías y sus actividades físicas y culturales, dedicaba gran parte de su tiempo a practicar rituales de la política tradicional; entre otros: "marchas", que partían desde los cuatro ángulos del patio, hacia el centro, donde se levantaba un proscenio, desde el cual hablaban los dirigentes. Eso ocurría cuando se celebraba alguna efemérides importante, como el 1º de mayo, por ejemplo. Y en el proscenio hablaban los mismos de siempre y decían lo que ya conocíamos todos. Era como volver al año 1970… Yo me marginé de todo eso, porque seguía pensando que lo que era urgente hacer era pensar en nuestra derrota… nos habían hecho morder el polvo de una manera categórica, sin vuelta, y eso no se resolvía haciendo marchitas para allá y para acá… En esa trance, varios compañeros de los partidos de la Unidad Popular concordaron conmigo, y también con ellos formamos un grupito aparte, al margen de ese tradicional "movimiento de masas"… Y nos arrinconábamos en nuestra pieza a tomar tecito, a jugar cartas, a hacer clases, a reflexionar en voz alta, y a hacer chistes de las liturgias políticas que pasaban por nuestro lado. Ahí estuvimos con mi querido amigo I., un campesino, ambos del Partido Socialista, además de C. padre, del MIR. Éramos como un "consejo de ancianos", pero díscolo… Por eso, Tres Álamos fue, para mí, un aprendizaje global, distinto al de Villa Grimaldi, porque aquí comenzamos a pensar la política en serio, por nosotros mismos (sin esperar la decisiones de los grandes jefes), a hacer valer la crítica en serio, a mantener la solidaridad en alto, a toda prueba… Y ésta línea de acción y reflexión (que allí fue, sin duda, "disidente") la intentamos mantener, tozudamente, en el exilio…» (Testimoniante 20).

Naturalmente, en torno y por sobre los procesos reflexivos –diríamos, más profundos y dramáticos– se organizó y desarrolló, en rozagantes términos comunitarios, en anchura y espesor, la amplia y universal cultura de Izquierda. Pocos campamentos de presos políticos en el mundo, tal vez, han hecho tal despliegue de expresionismo cultural como los de Tres Álamos y Puchuncaví. No sólo a través de múltiples escuelas y actividades académicas de rango universitario, sino también a través de expresiones teatrales, musicales, de artesanía y discusión política. Allí, en los eventos organizados a esos efectos, la

solidaridad fraternal revivía de nuevo, con sinergia y más libremente, a tal grado, que pudo instalarse por encima de (pero sin anular) las divisiones y fronteras inter-partidarias. En este ámbito, vivimos una experiencia inolvidable. Impactante. Casi estremecedora. Por eso, cuando sentíamos eso vívidamente en la mente y la piel, sentíamos también cuán distinta, contrastante, y superior era nuestra cultura y nuestra causa, frente a la cultura chata, mecánica y aviesa que transpiraban (empapadas en Flaño) nuestros torturadores y guardianes. Eso, sin duda, hacía soportables e incluso olvidables los recuerdos de la Villa. Para muchos compañeros, fue el recuerdo de esa manifestación cultural comunitaria lo que siguió llenando su mente durante los días posteriores a la «liberación».

«El pabellón de las compañeras detenidas, en Tres Álamos, estaba como a una cuadra de distancia de los pabellones nuestros, y nosotros decíamos: "¡puchas! ¿Cómo podemos llegar hasta ellas y demostrarles de algún modo nuestro cariño?"… Decidimos rendirles un homenaje, y pedimos autorización para que fuera a visitarlas un elenco nuestro... Una delegación artística… Yo hice un poema, el Peñafleta una obra de teatro, otros iban a cantar… Yo iba de presentador… Y llegamos donde las compañeras… Ahí vimos a muchas que no sabíamos ni teníamos idea de que estaban detenidas… Nos abrazamos, nos saludamos, hicimos nuestra presentación… Y ellas acordaron entonces tejer, como reciprocidad, gorros de lana y otras prendas artesanales para todos los que estábamos en nuestro pabellón… Poco tiempo después, terminado su trabajo, pidieron permiso para entregar el regalo personalmente. Y se produjo el trasvasije de mujeres hacia el pabellón de hombres… Los gorros no alcanzaron para todos, por supuesto… Eran gestos fraternales que tenían un valor extraordinario… Uno los recuerda ahora y… "son cuestiones que no tienen sentido"… Puede ser… Pero en ese entonces ellas sintieron nuestro respaldo, nuestro apoyo y cariño, y ellas nos respondieron igual… Vivirlo así, fue muy hermoso… después de las brutales manifestaciones odio de que fuimos víctimas, nosotros respondimos exaltando el amor…» (Testimoniante 23).

«Antes de que me dejaran salir de Tres Álamos me llevaron un mes a Puchuncaví… En ese período me acerqué bastante más a la religión… Mi paso por Villa Grimaldi (sobre todo) y por Tres Álamos, me fue abriendo más el campo de mi religión… Comencé a entender mejor la diferencia entre lo que uno

podría llamar el plan de Dios, y la forma en que los seres humanos se dejan gobernar por sus pasiones… Para mí la conclusión fue que había que cuidar la tierra, cuidar la gente, ser fraterno, compartir… Y eso era una base que yo fui sintiendo cada vez más sólida para justificar mi participación política» (Testimoniante 33).

«Y allí, claro, te encuentras con todo el espectro de la sociedad chilena: estudiantes, jóvenes, viejos, curas, doctores, ingenieros, obreros, artesanos… Y esa es la parte más rica de mi experiencia como preso: el haber podido compartir y fraternizar con todos, precisamente encerrados entre cuatro paredes, intensamente… Y tú aprendes… ahí estaba G. que, como historiador, nos daba clases… y organizábamos escuelas, actividades de gimnasia, artesanía, computación, idiomas… En Tres Álamos te reciben los otros compañeros detenidos, y percibes de lleno la solidaridad, porque te atienden, te dan comida, y uno dice: "estoy volviendo a la vida…", y encuentras todo ese amor, el cariño de compañeros a los que tú nunca habías visto…» (Testimoniante 51).

«En Tres Álamos estábamos divididos en grupos partidarios, y cada grupo comía junto en una misma mesa (llamada "carreta")… Estaba las "carretas" de los comunistas, la de los socialistas… y la del MIR, que era la más grande, la llamábamos "el carretón". La mesita que ocupábamos nosotros, que éramos solamente cinco, era "la carretilla"… Estábamos, pues, divididos, como todo estaba dividido en esa época… pero teníamos buenas relaciones entre todos…» (Testimoniante 39).

«En Puchuncaví se presentaban, a veces, atardeceres impresionantes, porque allí tú podías ver el cielo abierto, los perfiles del campo, del horizonte… todo lleno de arreboles... Y tú encontrabas entonces allí algún compañero inmóvil, como extasiado, mirando todo eso… Era impresionante cómo tus camaradas podían captar la belleza… así, sin apellidos, porque era algo que los impresionaba y los emocionaba. Entonces yo me acercaba y trataba de explicarles el por qué del arte de la pintura, la expresión de los colores, y cómo

algunos nos manejamos, profesionalmente, en ese mundo…» (Testimoniante 41).

c) Liberación: el árido contexto que rodeó la toma de decisiones…

Aparte de la política implementada por la DINA (de amedrentar a los prisioneros libertos para forzarlos a abandonar el país), hubo otros factores de contexto que dificultaron o complicaron la decisión suprema de quedarse en el país o irse de él; de dar continuidad directa al viejo impulso de la rebeldía, o de aceptar esa desconocida alternativa, ya fuera del país, de convertirse en exiliado… En Chile, la tiranía militar había cambiado todo. Y la distorsión llegaba, incluso, a la propia familia, a los amigos, a los bienes personales, a la gente común y corriente. Quedarse, por tanto, equivalía a prepararse para vivir en un país profundamente alterado; salir, era prepararse a vivir en un país radicalmente distinto. Y en uno u otro caso, uno debía, de todos modos, cambiarse a sí mismo. Nadie podía seguir siendo, exactamente, el que había sido antes. Habían fracturas que enmarañaban todo, y eso era un dato incambiable para cualquier decisión.

«En mi caso, yo salí libre sin ninguna condición, y me fui directo a mi domicilio, para retomar mi vida familiar… Pero el departamento en que yo vivía, en la Remodelación San Borja, había sido tomado por la DINA… Lo perdí todo: el juego de dormitorio, mi escritorio, mis libros… bueno, los libros los habían quemado los milicos cuando hicieron la operación rastrillo… quemaron hasta nuestros cuadros… Todo ese mundo ya no estaba… No estaba mi marido. No estaba mi casa, ni mis cosas, ni mi ropa, nada. Eso fue muy duro, tuve que iniciar otra vida familiar. Fue partir, otra vez, de cero…» (Testimoniante 2).

«Nos liberaron como a las cuatro de la tarde, me fui a mi casa y fue escalofriante: yo tenía una casa bien montada, pero cuando llegué, vi una casa vacía… Se había tenido que vender las camas, las bicicletas de los niños, el refrigerador de dos pisos, tres televisores blanco y negro… Había una miseria

total. Hubo que vender todo para subsistir… Fue terrible… Me fui al baño, y allí, encerrado, me puse a llorar, para que no me sintieran mis niños y mi mujer… "¿qué mierda hago ahora?"… Pero a eso de las seis de la tarde llegó a mi casa una delegación de mujeres, mujeres del partido, y nos traían una caja con mercadería, botellas de vino, de todo… Así que del dolor y la pena pasé, en un minuto, a la euforia… y ahí, entonces, lloré, pero ahora de alegría… El ser humano puede sufrir mucho y tener el cuero duro ante el dolor, pero se ablanda y emociona hasta las lágrimas frente a la solidaridad y la camaradería… Uno quedó sensible a ambas cosas… Y allí nos abrazamos, y nos besamos… Nos tomamos todo el vino… contentos de volver a la vida» (Testimoniante 23).

«La primera visita que recibí en Tres Álamos fue terrible, traumática. Tanto, que decidí no recibir más visitas mientras estuviese allí. Porque llegó toda mi familia, toda, pero… a retarme… "¿cómo es posible que hayas hecho esto? ¿cómo nos pudiste hacer esto? Eres una vergüenza para la familia…". Esto lo dijeron y repitieron mi mamá, mi primo, mi tío, mi esto… todos, en línea… Yo decidí no salir más a visitas: "mis familiares son unos torturadores, y no necesito que me tiren para abajo"… Bueno, estuve como once días desaparecido. Y ellos comenzaron a buscarme, hasta en la morgue… Y un día, cuando yo estaba regando el jardín en Tres Álamos, apareció mi madre… "¡mamá! ¿qué haces aquí?"… "Buscándote…". Mi mamá, al final, se metió en el grupo de Derechos Humanos, y allí le cambió la vida. Y la cambió para mejor, para mucho mejor… Pero después que me liberaron, nunca me acostumbré a la libertad. Parece que soy de vocación preso… Yo amé el mundo de los presos, encontré que era una vida auténtica, en cambio, la de afuera, me pareció una tontera superficial. Un mundo ficticio… a mi familia nunca le pude decir nada porque nunca se interesaron en lo más mínimo por lo que había pasado. Era el ninguneo absoluto… Pero tuve que, obligadamente, hacer una vida de familia… y quedé con una paranoia del carajo, que me la tuve que tratar… porque veía un paco y me descomponía, un milico y me descomponía, y un arma cualquiera y me descomponía. No dormía en las noches, tenía pesadillas… sentía una patrulla que andaba rondando constantemente todas las noches, después del toque de queda… No veía a mis amigos… porque podía arrastrarlos a quién sabe qué… Sólo me veía con presos, con familiares de presos, con ex-presos; o sea: sólo con la vieja "comunidad"… Y por eso iba como un robot a la Universidad… donde… ¡puchas! fueron muy solidarios conmigo… Entonces era una vida muy idiota y muy de autómata, a pesar de las

manifestaciones de cariño que encontraba en mi alrededor… Y pensaba: "¿cómo me voy a exiliar? Yo no tengo derecho a exiliarme…", pese a que tenía dos pasaportes, dos permisos, para salir: uno a Inglaterra y otro a Estados Unidos… Lo único que tenía sentido para mí en ese momento era la experiencia que yo había vivido, era lo único real… Todo lo demás era falso…» (Testimoniante 3).

«Salí en libertad y salí con un sentido como de persecución… porque veía a pura gente extraña a mi alrededor, gente que no era como la de antes, donde muchos tenía el tipo de la DINA… Y yo no sé si efectivamente eran películas mías, o porque realmente era así… Porque cuando yo salía de mi casa, por ejemplo, siempre veía a unos tipos parados en la esquina… uno en una esquina, otro en la otra esquina… Y se repetía un mismo tipo, y después se repetía el otro, y a la semana siguiente, lo mismo. Hacían turnos y cambios y antes yo no había visto nada de eso… Por eso, me sentí vigilada, y así uno no podía insertarse bien ni en la vida normal, ni laboral, ni mucho menos en una nueva vida militante… Hasta que decidí entonces volver a mi segunda patria, que era Buenos Aires… Porque era muy angustioso para mí poder establecer una vida relativamente normal…» (Testimoniante 50).

«Toda la cuestión represiva, o sea, la tortura, nosotros con L. la trabajamos y la terapiamos… Yo salí mucho mejor parado que ella, porque el ambiente mujeril en Tres Álamos no era muy acogedor… Yo, en cambio, tuve un grupo de compañeros con los que nos ayudábamos mucho, conversábamos, leíamos y hasta hacíamos levitación… Yo, por lo mismo, me fui a una caleta de comunistas, no a la de los compañeros del MIR, y allí me trataron muy bien… En Tres Álamos la diferencias partidarias se notaron de nuevo, había algunos cabrones y nos peleábamos también… Pero yo dejé de jugar a eso, comenzamos a jugar al crecimiento personal, y a reenfocarnos… Yo, en particular, salí de Tres Álamos un poquito más reenfocado…» (Testimoniante 73).

«Me quedé en Concepción conviviendo con una compañera que tenía una casita… Después conocí a un compañero, J., y me voy a convivir con él durante

cuatro años… Trabajé en la Agrupación de Ejecutados Políticos… Después nos vinimos con J. y mi hijo a Santiago… Entonces aparece G., pasó a verme y a conocer a su familia… Hacia 1991 estoy viviendo con J. en Santiago, pero a fines de ese año me separo de J. y me quedo con G., con el que nos vinimos a esta casa hasta el año 1994…» (Testimoniante 47).

«Bueno, la Juventud Comunista pensaba que yo tenía que salir y realizar estudios afuera. Pero mi marido no quería que me fuera, pese a que, él, ya tenía otra pareja… El problema era que yo seguía tan enamorada de él, y él no quería salir de Chile. Nunca tuvo planes para irse del país, jamás. Entonces… decidí quedarme… con él» (Testimoniante 60).

«Me hicieron firmar un papel, y por ese papel me dieron la libertad… El problema era que yo no tenía dónde irme, ni a nadie, ningún familiar, a quién llamar. Se me ocurrió llamar a una amiga, a quien le dije: "mira, me dieron la libertad y estoy parada aquí, fuera de la cárcel, y no sé dónde irme". Me fui a la casa de ella… Después me conecté con mi marido –estábamos separados– y él me ayudó muchísimo… Como quería quedarme, entré a estudiar en un Instituto… Entretanto, mi pareja, O., estaba todavía preso… Yo lo fui a ver periódicamente hasta que, en 1976, le dieron libertad… Decidimos quedarnos y buscar cómo vivir. Y vivimos con lo más mínimo. La Cruz Roja nos daba una bolsa de alimentos al mes, lo que nos ayudó muchísimo… Y fuimos felices… Pero la gente que estaba con nosotros se comprometió de nuevo con el MIR y la situación se puso complicada. Comenzaron, de nuevo, a buscarme… Entonces tuvimos que salir de Chile con mi hijo, en 1978. En cuanto salimos, a los compañeros que trabajaban con nosotros los mataron inmediatamente. Estuvimos un corto tiempo en Venezuela y Cuba, y luego volvimos…» (Testimoniante 55).

«De ahí en adelante nos incorporamos formalmente a la Agrupación de Detenidos Desaparecidos… algunas compañeras nos decían: "yo llevo un año buscando"… otras: "yo llevo dos años…", pero imagínate, la próxima semana yo voy a cumplir 32 años buscando… En un momento dado una compañera

recuperó la libertad, fue a la Vicaría y contó que en la Villa había compartido celda con M., que era compañera de partido de mi padre. Y M. mandó decir que si esa compañera se encontraba con la familia de V., le dijera que ni ella ni mi padre iban a salir de ese lugar, porque ella había sido muy torturada… tenía sus muñecas rotas de tanto permanecer colgada, le habían quemado con soplete parte de sus pechos… Con esos antecedentes fuimos a conversar con el Presidente de la Corte Suprema, José María Eyzaguirre y le narramos toda esa situación… Al final –esto nunca se me ha olvidado– Eyzaguirre se acercó a mí, me puso la mano en el hombro y me dijo: "mire, usted tiene demasiada imaginación, porque lo que usted me cuenta, en Chile, eso no pasa… váyase para su casa y escriba un libro, porque esto que me cuenta no pasa en Chile"… Diez días después, leyendo la prensa, nos encontramos con una foto de M., asesinada, en una playa de Los Molles… Y el día que nos disponíamos a ir al funeral de M., el 6 de octubre de 1976, llegaron a nuestra casa los agentes de la DINA y nos amenazaron de que no debíamos continuar la búsqueda, ni ir a la Vicaría de la Solidaridad, ni escribir cartas a ninguna parte, porque, de lo contrario, nos podría pasar lo mismo que a mi padre…» (Testimoniante 76).

«Cuando salí, empecé a hacer algunos dibujos, trabajé en eso intensamente, y me reuní muchas veces con el agregado cultural de la embajada de Francia y con otros pintores, para organizar una exposición con esos dibujos y pinturas. La muestra se iba a hacer en el Instituto Chileno-Francés… Pero yo cambié el plan original e hice una muestra con una serie de objetos, todos metidos dentro de jaulas… La exposición se inauguró y llegaron alrededor de 500 personas. Y eran jaulas, jaulas, jaulas… La impresión que le produjo eso a la gente fue de terror. Comenzaron a decirme que me iban a meter preso y qué sé yo. Mi hijo me dijo: "papá, te van a meter preso por hacer esto"… Y yo pensaba: "bueno, yo ya estuve preso… ¿otra vez? ¿qué importa?"… Yo sentía que debía hacer eso. Sin duda, la exposición era una provocación, pero si no la hacía, yo nunca más me atrevería a mirarme al espejo otra vez… Y, por supuesto, al otro día, el 19 de marzo de 1975, llegaron los agentes a mi casa, cerraron la exposición, me tomaron preso, estuve 20 días en Cuatro Álamos, me llevaron dos veces a Villa Grimaldi, después me llevaron a Tres Álamos, de ahí a Puchuncaví, de aquí a Tres Álamos de nuevo, y enseguida derecho al aeropuerto y… a Francia» (Testimoniante 41).

d) Salir de Chile

Se proclamaba públicamente, para Chile y el mundo, que se había decretado amnistía para los presos políticos y que nos habían dejado, por tanto, en libertad. Pero –como dijimos– la libertad no era sino «otro» tramo del mismo encarcelamiento. Porque esa «libertad», en Chile –como se mostró en el acápite anterior–, se transformó, casi al instante, en un nuevo «estrechamiento de cerco», con insinuaciones claras de que debíamos irnos del país. En realidad, más que libertad, lo que decretaron fue una expulsión masiva. La «salida» de Chile, en sí misma, no fue nunca, por cierto, algo que hubiésemos planificado. Muchos menos, que fuera parte de nuestro programa político de militante. Para la mayoría, salir, fue caer de cabeza en lo desconocido. En un país, generalmente extraño y distinto, del que no conocíamos su idioma, ni su vida real, ni sus costumbres. En verdad, esa «libertad» y esa «salida» eran el resultado de otro ejercicio de poder y otras formas de tortura, destinadas, ya que habíamos sobrevivido, a anularnos como sujetos políticos, a sacarnos del escenario donde los militares estaban implantando, mediante una violencia inusitada, un modelo económico y político que ningún chileno había solicitado.

Por eso, todos los que fuimos abandonando el país desde 1976 lo hicimos por forzamiento involuntario, y si no fue así, fue porque la situación general, por un lado o por otro, inducía a tomar esa decisión. De modo que la salida fue, para todos, un tijeretazo de «desarraigo», un desgarramiento de lazos y pertenencias, con la familia, con la sociedad, con el pasado y con el país; lo que implicaba, por tanto, desgarrar una parte esencial de uno mismo. Si no en la mente, al menos, en la vida concreta y cotidiana. Fuimos siendo obligados, por tanto, y de una manera profunda, en muchos aspectos importantes, a «reenfocarnos» (Testimoniante 73). Si la prisión y la tortura nos habían desarraigado violentamente de la solidaridad militante que habíamos desarrollado a altísimo nivel entre 1970 y 1973, la «libertad» y la «salida», a su vez, nos desarraigaron de esa intensa solidaridad cultural que supimos desplegar, casi a nivel sublime, en las prisiones de libre plática (Testimoniante 3)… ¿Seríamos capaces, ya en el exilio, de crear un nuevo y superior ámbito de solidaridad? En todo caso, para nuestra sorpresa, casi en todas partes encontramos, incluso en la misma losa del aeropuerto, muestras extraordinarias de solidaridad con los presos de Chile. El prestigio de Salvador Allende y el desprestigio de Augusto Pinochet se sumaron para producir distintos modos y grados de hospitalidad para con nosotros…

«Salimos en un avión… La mayoría nunca habíamos volado en un avión. Éramos inexpertos e ignorantes en eso: no sabíamos qué hacer, por ejemplo, con los trapitos calientes que te pasaban las azafatas… Nosotros pensamos que eran para comer… Y fue un viaje maratónico: el avión paró en Brasil, y ninguno de nosotros se paró siquiera del asiento, por miedo a que nos raptaran, o algo parecido… De ahí volamos a Dakar, y luego a Ginebra (aquí se bajaron los que iban a Francia o a Suecia) y, finalmente, a Inglaterra… Allí fuimos recibidos por gente de la Chile Solidarity Campaign –una organización inglesa– que nos acogió, tanto a los becados para alguna Universidad, como a los que no tenían esas becas…» (Testimoniante 51).

«La gente del Comité Pro-Paz, de la Iglesia Católica, me llevó al Gabinete de Identificación (que estaba al lado del Cuartel de Investigaciones… y de una salita de torturas que llamaban "La Patilla") y me sacaron ellos el pasaporte. Estuvieron todo el tiempo a mi lado, ante la posibilidad de que la DINA me tomara de nuevo. Me acompañaron hasta la salida del avión. Yo no me sentía seguro. Cuando el avión paró en Buenos Aires, y después en México, yo ni me moví del asiento, porque nosotros sabíamos que habían detenido a gentes que se bajaba del avión, los llevaban a una salita, y de ahí te volvías a desaparecer…» (Testimoniante 9).

«Entonces nos llevaron al aeropuerto en una camioneta de los pacos. Cuatro pacos con metralletas, para nosotros, que éramos dos pobres gallos… Y allí nos estaba esperando el embajador de Francia, quien nos recibió amablemente. Los pacos tuvieron que irse. Y nos subimos al avión, y no vi a nadie más, porque no dejaron que viera ni a mis hijos, ni a mi madre, ni a nadie… El avión paró en Buenos Aires, y allí le dije al piloto que nosotros éramos exiliados políticos y que, por favor, no nos hiciera bajar en ese aeropuerto… El piloto nos dijo: "no se preocupen, no hay problema: estamos aquí en territorio francés"… Aun así, no nos bajamos, porque teníamos miedo. Podía pasarnos cualquier cosa, como le había pasado a otros compañeros… Así que, del submundo de Chile a París. Imagínate, otra realidad… No era fácil» (Testimoniante 41).

«La mamá de I. nos había conseguido una visa para irnos a Inglaterra, y los compañeros del partido, otra, pero para irnos a la RDA (Alemania Democrática Oriental)… Cuando I. salió libre, estuvo como cuatro días en la casa de mi mamá, y ahí se dio cuenta que lo estaban siguiendo unos tipos de la DINA. Más aún: esos tipos lo pararon en la calle –veníamos juntos– y lo amenazaron… Tuvimos que apurar los trámites para salir… Y decidir, por tanto, si nos íbamos a Inglaterra, o a Alemania… Teníamos la visa para Inglaterra, y además, para los dos, una beca para estudiar. Pero como I. tenía un cargo dentro del partido, sus compañeros lo presionaron para que no se fuera a Inglaterra sino a Alemania, donde debían continuar el trabajo político. Era una orden de partido... Por otro lado, yo, como su mujer, dije: "yo no me voy a la RDA, porque no tengo nada que hacer allá, salvo la política, en cambio sé lo que voy a hacer en Inglaterra"… Yo pensé que eso era lo más correcto. Y el 14 de diciembre de 1976, nos fuimos a Inglaterra. Varios amigos me han dicho que fue la decisión correcta…» (Testimoniante 74).

«Mi hermano, que estaba ya en el exilio, hizo todos los trámites cuando supo que había caído mi madre y que estaba detenida toda la familia… Pero la verdad es que yo decidí salir cuando cayó C. El partido me dio la orden que me fuera, porque yo había sido todo el tiempo su chofer, de modo que, si hubieran llegado a saber, me habrían tomado y hecho desaparecer. Y salí a través de la Naciones Unidas… Yo estaba separada, así que mi marido, por suerte, se había quedado con el niño. Pero después me costó muchísimo que el niño se fuera conmigo. Al fin salió, pero con las condiciones más increíbles: tuve que firmar papeles donde se confirmaba que yo pagaba todo… Y salí de Chile sin nada. Mi departamento lo dejé para que mi padre sobreviviera, porque trabajo ya no le iban a dar. Tenía que comenzar a vender todo para subsistir. Mi mamá siguió detenida hasta que desarmaron Tres Álamos… Como ves, las cosas no fueron simples para nosotros…» (Testimoniante 12).

«Cuando yo era aún muy niñita, a mi mamá la metieron en la embajada de Colombia… Allí se enteró de que yo estaba desaparecida… y ella, desde allí, no podía hacer nada... Quien inició la búsqueda y puso un recurso de amparo fue

mi abuelo… Sus denuncias aparecieron en el extranjero, y hubo presión internacional para mi liberación. La DINA se decidió entonces hacerme aparecer, pero no tenían tampoco cómo entregarme a mi papá, que estaba clandestino. Avisaron a la Vicaría de la Solidaridad, y ésta a mi familia, y me entregaron finalmente a mis abuelos… Estuve un tiempo con ellos, y mi abuelo comenzó a hacer trámites para acelerar mi salida de Chile. El trámite duró más de un año. ACNUR, finalmente, pagó el pasaje, mi mamá me había conseguido una beca para estudiar en Francia y mi tío, hermano de mi mamá, me fue a dejar. Él viajó conmigo… Mi llegada allá fue bastante fuerte para mí, porque había pasado mucho tiempo sin que yo viera a mi mamá. Habíamos intercambiado cartas y postales, pero yo temía que, en el mar de gente del aeropuerto, como no me acordaba bien de su cara, tal vez podría no reconocerla… Tuve esa preocupación durante toda la última etapa del viaje… Y vivimos juntas… Ella vivía con otra amiga, así que vivimos las tres, durante un tiempo, en el mismo departamento. Así estuvimos hasta 1980, cuando mi mamá decidió volver a Chile con la Operación Retorno que había ordenado el partido… Ahí nos volvimos a separar… A mí me llevaron a La Habana, Cuba, para integrarme al Proyecto Hogares…» (Testimoniante 42).

«A decir verdad, a mí, la libertad me dio más tristeza que alegría… Había tenido la experiencia de que, cuando en mayo de 1976 les dieron libertad a I. y M. (mis compañeros de pieza en Tres Álamos), sentí una gran pena… Yo salí en septiembre de ese año, y sentí también mucha pena por los compañeros que se quedaron dentro… porque, aunque pudieron ser períodos cortos –un año, más o menos, o poco más– fueron amistades profundas, experiencias de fraternidad inolvidables, sumando todo: Villa Grimaldi, Cuatro Álamos, Tres Álamos… Por eso, la liberación la sentí como una segunda derrota… Y cuando salí libre, no tuve, que yo me diera cuenta, ni vigilancia ni seguimiento, tal vez porque los "dinos" me clasificaron –según entendí– más como un "cuadro político-intelectual" que como un "cuadro político-militar" (así nos clasificaban, a veces), o porque yo no volví a mi casa, que la DINA conocía muy bien (la habíamos arrendado, mientras estaba preso), sino a la de mis padres, que no estaba fichada... Como quiera que haya sido, pretendí continuar en Chile trabajando por la causa, pese a que mi compañera, desde abril de ese año, había salido ya con nuestros cuatro niños a Inglaterra… Así que, en razón de eso, nos seguimos juntando con los camaradas en ACNUR, o en el WUS (World University Service), y allí, conversando e intercambiando información, nos

dimos cuenta que no había posibilidad real de hacer nada significativo en Chile, tanto más, si estábamos todos quemados… Tenía una visa y una beca para irme a Inglaterra, conseguidas por unos amigos desde Buenos Aires y desde Londres. De modo que estuve poco más de un mes, literalmente, dándome vueltas, comiendo por todo lo que no había comido, restableciendo lazos familiares deteriorados (sólo mi querida hermana E., de un total de seis hermanos, fue la única que me fue a visitar todo el tiempo a Tres Álamos) y pensando qué era lo más adecuado para continuar la vida… Hasta que decidí salir, sobre todo, porque mi compañera e hijos ya estaban en Inglaterra. Sentí que era necesario reunirme con ellos y realizar allá estudios de doctorado, que nunca quise realizar en Chile….» (Testimoniante 20).

«Yo no quería salir de Chile, porque mi situación económica no era tan mala: tenía un buen trabajo en el Banco del Estado… Y mucha gente salió al exilio porque era perseguida, y hubo otras cuyos compañeros cayeron presos y quedaron en una situación económica terrible, razón por la que lo único que querían era salir. Afuera, podían tener trabajo, nadie las iba a perseguir y podían, eventualmente, llevarse a sus compañeros… Pero yo no. Yo me decía: "que salga J. y yo puedo juntarme con él donde él quiera instalarse…". Nunca me puse en el caso de que él, yo y el niño, nos fuéramos juntos del país. Nunca. Cuando conversábamos con él –teníamos algunos problemas de pareja–, me decía: "yo no voy a hablar de este tema hasta que esté libre, allí afuera vamos a arreglar el queque"… Yo le insistía que lo decidiéramos ahí, porque yo me iba a quedar, no me iba a ir… "Si tú te quieres quedar, entonces yo también me quedo –me decía–, pero entonces no te puedo asegurar que no me tomarán preso de nuevo"… Yo estaba bajo una tremenda presión sicológica, pese a que a mí no me perseguía nadie, por suerte, pero no estábamos bien como pareja… Cuando él salió, lo soltaron en Puchuncaví como a las 12 de la noche, y llovía y llovía… Estábamos todos mojados, pero nos vinimos a la casa. Y esa noche no fue noche, porque sentí todos los ruidos, que pasaba un auto, que frenaba, que lo venían a buscar… Yo ya me veía arrancando; es decir: yo abriendo la puerta y J. arrancando por atrás… Los guardias le habían dicho: "hasta después de la reunión de la OEA, ahí nos veremos"… Hablamos con unas personas de una organización internacional, y ahí le dijeron a J.: "garantías no te podemos dar, lo único aconsejable es que te vayas, al menos por un año, de modo que se olviden de ti, porque a mí me han sacado gente de arriba del avión"… Fue entonces cuando J. me miró y me dijo: "me tengo que ir"… Y yo: "¿y qué voy a

hacer yo? Yo quiero quedarme"… "No, yo quiero irme con ustedes –me dijo– porque somos una familia, y yo no quiero estar solo afuera"… Y, poco después, salimos... Yo dejé mi casa tal como estaba. Dejé todo botado… y yo me sentí como que me hubieran quitado todas mis cosas… Y yo no quería salir, y no tenía idea de cómo era Estados Unidos…» (Testimoniante 66).

«Me llevaron a la cárcel, era de noche, y me tiraron en una habitación enorme donde habían muchas camas. Era una celda para mujeres delincuente comunes y corrientes, que al día siguiente me empezaron a provocar, porque yo había salido en los diarios… Después me pasaron a la celda de las presas políticas. Y ahí estaba cuando mi papá me fue a ver. Estaba furioso, y me retó, porque aparecí incluso rodeada de mujeres delincuentes. Y yo le dije: "si usted no entiende lo que está pasando, váyase, mejor ¡váyase!"… Así que lo eché… A esa altura yo ya era un pájaro… Lo único que yo quería era morirme. Yo nunca comí en Villa Grimaldi, por ejemplo, porque quería morirme antes que ellos me mataran, y con esa actitud de querer morir antes que nada, no entregué nada. Pero salí "libre" completamente desvitalizada. De ahí me llevaron a la casa de un doctor y dormí esa noche en esa casa. De ahí me sacó el CIME para que saliera del país, pero no lo lograron. Entonces K., del CIME, me llevó a su casa y pasé el fin de semana allí. El problema era que yo no tenía pasaporte, y K. trataba que Investigaciones me lo diera sin consultar a la DINA, porque ésta no quería que me fuera… todavía. Pero Investigaciones no me dio el pasaporte… Así que no sabían cómo sacarme… Para evitar todo riesgo, K. me llevó a las oficinas del CIME y allí, escondidos, estuvimos un par de días. Finalmente, un día domingo, cuando Investigaciones estaba cerrada, ahí, bajo cuerda, me dieron el pasaporte. K. me sacó corriendo hacia el aeropuerto y me subieron al primer avión que salía de Chile… Yo no sabía ni para dónde iba. En el aeropuerto me pasaron un bolsito con un calzón y mi abuelo me pasó un sobre con dólares. Yo no sabía cuál era mi próximo destino, dónde me enviaban… no sabía ni una gueá… Me subieron tirándome de la mano y le dijeron al comandante que tenía que poner a alguien a mi cuidado, y que yo no tenía que bajarme en ningún aeropuerto de América Latina, por ningún motivo. Y así viajé, con un tremendo colorín a mi lado, que me cuidaba y que no entendía nada de lo que pasaba… El punto es que K. logró engañar a la DINA y entró corriendo conmigo al la losa de los aviones… Para ella, yo no había hablado lo suficiente, ni ellos me habían pegado lo necesario… En fin, yo no era tampoco una persona tan importante en el partido… Así que llegué a Francia, y no sabía

ni dónde estaba…» (Testimoniante 70).

«Cuando me liberaron, me llevaron primero al Cuartel de Investigaciones y me hicieron firmar un montón de papeles, pasar a través de un hilera de rejas, puertas y pasillos… Y de ahí me llevaron directo al aeropuerto… Me dejaron en una pieza separada del resto de la gente que viajaba, y de repente llegó allí un tipo que me dijo: "podrá despedirse de su familia aquí, en esta salita"… Abrieron la puerta y entró un montón de gente: estaban todos mis compañeros de curso, mis amigos de Veterinaria, mi mamá, mis tíos, todos… Una cantidad de gente que, con mucha valentía, llegó allí para despedirme. Fue emocionante despedirse de todos… cuando a una la echan así, forzada, a un país desconocido... Me acuerdo que llegó a decirme "chao" hasta un ex pololo mío de años atrás… ya no éramos nada… y me dijo: "no puedo imaginar que te vayas así, sola, si quieres, me voy contigo ahora mismo"… Fue un bonito gesto… porque pienso que, por la cara que uno debe haber tenido entonces: descompuesta, los ojos hinchados, flaca… debo haberles dado mucho susto…» (Testimoniante 6).

«Como los cuatro habíamos sido considerados altamente peligrosos, firmaron un decreto para expulsarnos del país… Entonces empezó la ronda de quién, qué país, podía darnos asilo… Los italianos estaban al parecer en una onda moralista, porque, alegando que con D. no estábamos casados, no nos dieron el asilo. Ella no estaba divorciada… Todavía tenía marido. Tampoco podíamos casarnos por la Iglesia… Finalmente, partimos a Suecia. Teníamos una amiga periodista muy querida que estaba casada con un sueco que era secretario de Olof Palme, el primer ministro, así nos consiguió visa para todos, y nos fuimos "la Negra", I., D. y yo. Viajamos todos juntos. Así salimos de la Penintenciaría a una casa de ACNUR, que estuvo toda la noche rodeada de tiras y "dinos". Tuvimos mucho temor… Pero logramos, después de todo, salir…» (Testimoniante 26).

«Cuando llegamos a la Fiscalía Militar habían periodistas por todos lados. Por eso, al salir del auto, instintivamente, me agaché para esconder mi rostro, y al

lado mío los "dinos" hicieron lo mismo… Todos salimos corriendo y con el rostro escondido… A mí me habían llevado antes a la Correccional, donde aproveché de recuperarme… Yo no quería salir del país, pero nos amnistiaron y se anunció que seríamos expulsados… Pero teníamos noticia de que la DINA quería tomarnos de nuevo, y repasarnos… Por eso, cuando nos llevaron a la Fiscalía, con la Negra nos llenamos de hojas de Gillette, porque nos cortaríamos las venas antes de volver a la tortura. Pero de la Fiscalía nos sacaron los de ACNUR y nos llevaron a la Correccional para retirar de allí nuestras cuatro pilchas… De vuelta a las oficinas de ACNUR, pasamos la noche allí, celebrando nuestra forzada "libertad", y a la mañana siguiente nos llevan al aeropuerto. Nos metieron en el avión. Y el avión iba saliendo cuando la DINA ordenó que bajara de nuevo… Abrieron las puertas… Horror... Entraron los "dinos" y le devolvieron a la N. ¡una chaqueta que se le había quedado!... Así fue como llegamos a Suecia (y yo pensaba que íbamos a Suiza)… Allá nos recibieron con florcitas… Nos fueron a esperar unos uruguayos que estaban exiliados en el mismo campamento donde nos instalaron a nosotros… Allí había un montón de ex-presos políticos de Uruguay, Argentina y chilenos… Era el año 1978» (Testimoniante 14).

«Mi salida fue absolutamente imprevista. A mí me tenían en la Torre y, de repente, me fueron a buscar. Yo pensé que… bueno, que era lo de siempre… pero me dejaron esperando en un lugar. Allí dejaron a dos compañeros más… De repente frenó al lado nuestro una camioneta, y nos dijeron que nos íbamos… No dijeron dónde… Me llevaron a Cuatro Álamos y después a Tres Álamos… Fue un shock tremendo… Tres días después anunciaron el decreto de amnistía… Nos juntaron a todos en el patio, e iban nombrando a los que se iban… Pero a mí me llevaron a la oficina del comandante Pacheco y me dejaron allí, sin dar ninguna explicación. Sentimos desde allí que salía todo el Pabellón 1, de los hombres, y todo el Pabellón 2… Los compañeros comenzaron a preguntar qué pasaba con los detenidos que estaban en la oficina de Pacheco… Comenzó a llegar gente de la DINA, entre ellos el guatón Romo, y todos comenzaron a preocuparse. Los periódicos decían que todos estaban en libertad, pero nosotros no salíamos aún… Las mujeres del pabellón nuestro se negaron a salir… Vino gente del CIME, que nos visitó, trayéndonos buzos y toallas de la URSS… Nos dijeron que los que estábamos en la oficina estábamos invitados para Noruega y el embajador de este país nos esperaba afuera… Los pacos nos dijeron finalmente que los tres estábamos metidos en un "caso judicial" pendiente. Nos llevaron

detenidos al cuartel de Investigaciones y allí, durante tres días, nos dejan incomunicados… Por suerte, los periódicos anunciaron que, pese a haber sido amnistiados, no nos habían soltado… De Investigaciones nos llevaron a la Fiscalía Militar, donde tuve que firmar papeles en los que juraba que nunca me habían torturado, que nunca me habían hecho nada malo, etc. Firmé todo... Entonces me sobreseyeron del "caso judicial" y salí en libertad… Pero ahora resultó que yo no existía en el Registro Civil y que, por tanto, no podían darme pasaporte. Felizmente, la DINA nos había hecho una especie de carnet de que éramos detenidos, firmado por el mismo coronel Espinoza. Así demostré que yo existía… Me costó un mundo conseguir todos los papeles que me pidieron, hasta le dieron culatazos al abogado de la Vicaría que fue a Concepción a conseguir algunos de mis documentos… El pasaporte me lo dieron, por fin, a las 12.00 del día, ponte tú, y a las 15.00 horas del mismo día, el personal de la Embajada de Noruega, en compañía de mi familia, me llevó al aeropuerto… Así me fui a Noruega, en compañía de mi hijo, y del padre de mi hijo…» (Testimoniante 27).

«Cuando me comunicaron que saldría en libertad, un agente de la DINA me dijo que mi liberación iba a durar tanto como durara la reunión de la OEA… Y cuando me llevan a la oficina de la Comandancia, me recibió allí un funcionario de la embajada de Estados Unidos… que me preguntó si estaba dispuesto a salir dentro de un programa de asilos políticos que su Gobierno había acordado… Le dije cortésmente que no, que no tenía intención de ir a su país, y menos en la condición de refugiado político… Esto generó una discusión política dentro de mi partido, en Puchuncaví… Y finalmente, cuando me liberan desde Tres Álamos, mi compañera me llevó a la casa de mi suegra, en cuya casa permanecí esa noche. Al día siguiente, llaman de la embajada de EEUU, preguntan por mí y me citan para ver a un médico, a efectos de que me haga un reconocimiento de mi estado físico y mental… El examen indicó que no tenía ningún problema. Al lunes siguiente, me llamaron otra vez de la embajada para decirme que estaba lista mi salida, junto a mi familia, directamente, para Nueva York, el miércoles siguiente… Fue todo muy rápido: desde que me dieron libertad hasta nuestra salida a Estados Unidos, transcurrieron, prácticamente, ocho días… Así que tuve tiempo de ver a mi padre, despedirme de él; de mis hermanos y también de mi madre, a quien agradecí todas sus visitas y la preocupación que manifestó durante mi prisión… Yo, en ese momento, era más cercano a la familia de mi compañera que a mi propia familia… Pero salí destrozado. Creo que la gran mayoría de los prisioneros que salimos "liberados", salimos destrozados

anímicamente, físicamente, pero no destrozados moralmente. Porque hicimos lo que cualquier persona decente habría hecho en esas circunstancias, por tanto, en este sentido, teníamos tranquilidad… Pero además salíamos con una incertidumbre absoluta sobre qué es lo que iba a suceder con nosotros…» (Testimoniante 62).

«Me dieron libertad como el 28 de mayo, me fui a casa de mis padres y estuve allí un par de días… Pero los agentes de la DINA me fueron a buscar, y yo, por suerte, había salido a comprar cigarrillos… Llamé antes de volver –era un hábito de seguridad– y mi madre me respondió que los agentes recién se habían ido… Entonces no volví, por supuesto, y me escondí… Los amigos que me escondieron tenían contacto con gente de la Vicaría, que estaba rescatando gente y poniéndolas en las embajadas… Me dijeron que esperara… Yo tenía una visa para Alemania Oriental, conseguida por mi partido, pero no tenía pasaporte para salir, así que tenía que refugiarme… Los de la Vicaría me indicaron que fuera a una escuela, situada por la Avenida Kennedy, en Vitacura… Fui… habían como 50 personas, y un extranjero explicaba, en una pizarra, dónde estaba la embajada, los obstáculos que habían para llegar a ella, dónde se estacionarían los autos, etc… Y nos fuimos en los autos, y era la embajada de Bulgaria, que no tenía relaciones con la dictadura… Entramos, éramos como 22 compañeros, y hubo que llamar a la embajada de Austria, que sí tenía relaciones con la dictadura. Mandaron un funcionario –un búlgaro más bien reaccionario–, que nos acusó de comunistas y que nos dijo que nos fuéramos de allí. Llamaron a la policía, que vino y se quedó en el patio de entrada. Luego llegó el embajador, que nos negó todo asilo y nos conminó a que nos fuéramos… Nosotros no negamos a irnos. La policía logró entonces entrar al edificio, pese a nuestra resistencia… Nos llevaron a una comisaría, donde golpearon a varios compañeros… yo, por suerte, me libré de la golpiza… De ahí nos llevaron a Cuatro Álamos y nos metieron en la pieza grande, la Nº13, que yo ya conocía… Ahí me encontré con el chico F., quien creía que nos iban a matar… Desde allí nos sacaron un día en varias camionetas y nos llevaron al Parque O'Higgins, donde estacionaron, nos dieron una arenga y nos dejaron en libertad… Diez metros más allá, estaban los camarógrafos de TV, que grabaron toda esa teatral operación de libertad… Nosotros nos dispersamos en todas direcciones, pero era una trampa y una tramoya, porque a los pocos metros nos fueron tomando de nuevo detenidos… Un grupo de ocho o diez logramos subirnos a un bus, que venía casi vacío… Detrás de nosotros subieron tres

agentes de la DINA, que se pararon, uno en cada puerta, y otro al medio… Nosotros empezamos a gritar que éramos presos políticos y cuáles eran nuestros nombres… Pero luego, cada vez que se bajaba uno, los tomaban los autos de la DINA que venían más atrás… En ese trayecto perdí de vista al chico Feliciano… Hasta que al final los cinco que quedábamos decidimos bajarnos por Avenida Matta cerca de Arturo Prat. Los "dinos" se bajaron inmediatamente, tras de cada compañero... Yo, que venía último, me quedó unos segundos en la pisadera y después me tiré sobrecorriendo detrás de todos, casi choqué con una tipa de la DINA que venía con la pistola en la mano, pero tan preocupada de los otros, que no me vio… Pasé al lado de ella, corrí, me metí en un restaurant, me saqué la chaqueta que traía, miré para todos lados y vi que el bus en que veníamos, que estaba detenido por la luz roja, estaba recién partiendo de nuevo, me subí, y partió… Después anduve como dos horas cambiando de bus en bus, por toda la ciudad… hasta que pude llegar a la misma casa donde había estado escondido… Llegué, entré, y me desplomé exhausto en el suelo... El dueño de casa me tomó en brazos y me llevó a la cama… Estuve hasta septiembre escondiéndome en diversos lugares, hasta que la red de la Vicaría logró organizar un nuevo asilo, ahora en la embajada de Venezuela, y esta vez todo resultó bien… Estuve "hospedado" ocho meses en esa embajada. Estábamos muy aburridos, pero, por suerte, tenían una biblioteca muy buena… Así que leímos, leímos, leímos, de todo… La policía chilena vigiló la embajada estrechamente durante todo ese tiempo… Logré salir de ahí un día, burlando el cerco policial con una tarjeta falsa de la Fuerza Aérea. Pasé, se cuadraron delante de mí, y pasé… Me llevaron a un subterráneo de la embajada, que era más seguro… Yo tenía también una visa para Suecia… Finalmente, salimos… Y ya en el avión, yo no quise bajarme ni en Buenos Aires, ni en Río de Janeiro, sino, recién, en Zurich… No me quise bajar, por temor a que me tomaran, en ningún aeropuerto de escala… Estuve más de 20 horas dentro del avión… Cuando al fin me decidí a bajar del avión, en Zurich, apenas pude caminar… Hacía frío, llovía… Y luego seguimos volando hasta Copenhague y de ahí, en otro avión, a Beshue, en el sur de Suecia… En el avión íbamos como 40 a 45 refugiados chilenos, la mayoría por reunión familiar… Allá nos instalaron en un campamento para refugiados…» (Testimoniante 39).

Capítulo V

Exilio: centrifugación y convergencia…

a) Perspectiva histórica

El shock asestado por los militares a Chile desde 1973, como se dijo, apuntaba a varios objetivos y debía realizarse en varias etapas. Los objetivos y sus correspondientes etapas eran: a) derribar el gobierno de Salvador Allende y destruir su base social y política de apoyo; b) perpetrar la muerte física o cívica de los ciudadanos de conciencia crítica, propensión al cambio y proyección revolucionaria; c) anonadar la cultura social-demócrata y populista que se había instalado en el sistema político chileno desde 1938; d) instalar, sobre la tierra institucional y cultural así arrasada, el modelo económico neoliberal propuesto por los teóricos de la Universidad de Chicago, y e) imponer una constitución política coherente en todas sus partes con el modelo económico neoliberal.

Derribar el gobierno de Salvador Allende fue un operativo militar que se realizó en 24 horas, y poco más. Anonadar la cultura social-demócrata y populista requería, en cambio, una operación de mediano plazo (de cuatro a cinco años) porque, para que esa anonadación fuese efectiva, se requería perpetrar la muerte física o cívica de la masa ciudadana que no sólo se opondría a los objetivos arriba enumerados, sino que, además, estaba luchando por objetivos exactamente contrapuestos. La idea maestra del shock militar era construir económica y políticamente el modelo neoliberal sobre un perfecto vacío cívico-político, pues, de no existir ese vacío, el neoliberalismo no tenía ninguna posibilidad de ser aceptado e implementado, democráticamente, por la mayoría ciudadana.

En la lógica de ese «plan», el eslabón neurálgico y la condición de efectividad era la muerte física o cívica de la ciudadanía crítica y/o revolucionaria, especialmente los jóvenes entre 18 y 25 años, pues eran éstos los que podrían oponerse, más directamente y por más tiempo, a lo que se proyectaba en el programa completo del shock. El asesinato y la tortura fueron los medios

utilizados, en una primera fase, a ese fin (o sea: muerte cívica por aniquilamiento físico). En una segunda fase, no siendo políticamente conveniente perpetrar una genocidio masivo, se agregaron a lo anterior la prisión con libre plática y los campos de concentración (muerte cívica por encarcelamiento). Como es obvio, esta segunda generación de «medios» tenía el inconveniente de que, por su masividad, irrogaba un alto costo financiero y, a la vez, un deterioro de la imagen pública del nuevo régimen, dentro y fuera del país. Si, para evitar ese alto costo, se daba libertad a los prisioneros políticos, entonces mejoraba la imagen, pero se corría el riesgo de que, ya en libertad, los ciudadanos peligrosos volvieran a realizar acciones peligrosas. Entonces, la mejor opción era, en una tercera fase, expulsarlos del país e impedir su retorno, al menos, mientras el resto del programa golpista no se hubiera consolidado (muerte cívica por extranjerización de los involucrados). Desde la perspectiva militar, la muerte cívica de esos ciudadanos debía durar, por tanto, de 15 a 20 años, por lo menos, y el mejor modo de lograr eso era que la expatriación se realizara de tal manera, que los exiliados se hallaran forzados a integrarse social, cultural y políticamente a la vida de otros países (ojalá desarrollados) de manera tal, que el retorno a Chile se les hiciera familiar, cultural y económicamente difícil y tortuoso.

El programa de muerte cívica era compulsivo de comienzo a fin, a lo largo de todas sus etapas. Y la compulsión se componía, sincopadamente, de una serie de sensaciones subjetivas de liberación, y de una serie de sensaciones de miedo ante una eventual nueva prisión y nuevas torturas. Cada etapa de ese proceso contuvo una versión positiva y específica de la emoción liberadora, teniendo atrás como referente la experiencia absolutamente extrema vivida en Villa Grimaldi (y en otros cuarteles). Así, el paso de la Villa a Cuatro Álamos produjo dentro de cada uno de nosotros un apenas contenido suspiro de liberación, el mismo que se hizo más explícito y comunitario en el paso de Cuatro a Tres Álamos. Mucho más intenso y extendido fue ese sentimiento cuando se dictó la amnistía general y la liberación individual, en 1976, las que se llevaron a cabo con gran aparato publicitario. A su vez, el paso del domicilio personal al aeropuerto de Santiago fue, también, un trámite que generó sensaciones fuertes de liberación (era escapar definitivamente del infierno en que, para los ex-prisioneros políticos, se había convertido Chile).

La solidaridad internacional que se manifestó generosamente al momento de conseguir visas y becas, y al momento de insertarse en los países de exilio, fue también conmovedora. Positiva. Ella, en cierto modo, vino a coronar las sensaciones escalonadas de liberación que fuimos teniendo desde Villa Grimaldi

hasta el aeropuerto de llegada (Zurich, París, Londres, Estocolmo, etc.) El programa de muerte cívica, en lógica de tiranía militar, combinó hábilmente, pues, la picana eléctrica del miedo (desde atrás) y la zanahoria liberadora (por delante); combinación que marcó, escalonadamente, un camino en progresión (hacia la paz y la libertad del mundo desarrollado), y a la vez, un tobogán de pendiente regresiva (agonía del protagonismo cívico y político en el espacio público chileno).

¿Colaboraron las democracias occidentales (y orientales) en el diseño y ejecución del programa de muerte cívica para los revolucionarios chilenos? Con alta probabilidad, no. Pero, de hecho, su enorme demostración de solidaridad ayudó e hizo efectivo que los exiliados (expulsados) concluyeran dos procesos claves de ese programa, a saber: a) que pudieran recuperarse de los traumas vividos en su país, y también –no lo menos– b) que se integraran a las sociedades «desarrolladas» donde fueron acogidos.

El exilio, como proceso de vida y, a la vez, como integración a una sociedad distinta, consistió en un esforzado trabajo de sanación personal, de adaptación a un medio extraño, de aprendizaje de idiomas, de reconfiguración de la identidad propia, de consolidación de un oficio o profesión para subsistir, de reconstituir de modo precario lazos familiares y solidarios incompletos, de dar a la política personal una dimensión internacional, e incluso, de redefinir críticamente el discurso central de la rebeldía (que llevó a muchos compañeros y compañeras a abandonar, o a ser expulsados de, sus partidos políticos tradicionales). Sin duda, el exilio fue, desde el punto de vista del sujeto exiliado, un denso y lento proceso de «extrañamiento». Es decir: de alienación.

No se puede negar, sin embargo, que los exiliados, si bien pudimos no tener vida cívica (política) plena dentro de Chile mismo, ninguno o casi ninguno dejó de ser, en sí mismo, un sujeto político (chileno), ni de llevar a cabo colectivamente acciones de intención política a distancia (denuncias, campañas, demostraciones, recolección de fondos, etc.) que, tal vez, tuvieron un bajo impacto real en Chile mismo, pero una alta incidencia en la imagen internacional del régimen militar y, sobre todo, una alta significación política en la subjetividad del exiliado. Y esto es definitivo: la vocación política no murió entre los expatriados. Más bien, se transformó. Chile como país y el régimen militar como tiranía, se convirtieron en el blanco de esa nueva política, y por eso, las acciones conjuntas realizadas en ese sentido por los exiliados tendieron a primar sobre las acciones puramente partidarias, que tanto habían dominado y a la vez dividido, en períodos

anteriores, a la generación rebelde de los sesenta y setenta.

La llamada transición a la democracia (neoliberal), el plebiscito de 1988 y la detención de Pinochet en Londres (1999) abrieron brechas y avenidas de reingreso al país. Pero ya habían transcurrido 15 o 20 años desde la experiencia de Villa Grimaldi; es decir: se había cumplido el plazo ideal para la consolidación del modelo neoliberal previsto en el programa a mediano plazo del shock. Por tanto, el retorno a Chile que se produjo a través de esas brechas no produjo una quinta y definitiva sensación de liberación en los ex-prisioneros de Villa Grimaldi, sino, más bien, una depresiva sensación de inadaptación, más radical y frustrante que la sensación del primer año de exilio en un país extraño. Ni Chile era el mismo, ni los exiliados retornados eran los mismos. La re-adaptación pudo haberse dado, de todos modos, entre los que retornaron para quedarse en el país, pero la reconstitución de la solidaridad y la rebeldía en el nuevo Chile (neoliberal, individualista y consumista) era una tarea nueva, inédita, compleja y difícil. Tanto más, si eso se intentaba hacer cuando ya no se tiene 20 años de edad, sino cincuenta o sesenta… y una revuelta historia personal por dentro.

La pérdida del protagonismo político e histórico (una pérdida esencial para un sujeto revolucionario) testimonia el éxito relativo del programa de muerte cívica aplicado en etapas por la tiranía militar contra los revolucionarios de 1970. Y testimonia también que la rebeldía necesaria para enfrentar y combatir las aristas insolidarias del «triunfante» modelo neoliberal chileno debe provenir, sobre todo, de los que lo han vivido en carne propia; es decir: de la juventud actual y de la nueva clase trabajadora. Tarea que parte con un hándicap, una carencia no poco significativa: ellos carecen de la guía y el apoyo de una generación mediana (de 40 y 50 años) que la preceda y tenga más experiencia en enfrentar el nuevo sistema dentro Chile.

La muerte cívica de nuestra generación rebelde es, pues, un caso de desaparición masiva, que requiere de estudio, comprensión y respuesta… De parte no sólo de las nuevas generaciones, sino también de todos los chilenos, incluyéndonos nosotros mismos…

En el apartado que sigue, se examinará la experiencia de exilio que tuvieron los sobrevivientes de la Villa Grimaldi, según la describen sus propios testimonios. Se observará que la tendencia general, en ellos, apunta a remarcar el proceso político vivido por cada exiliado y cada grupo de exiliados; sobre todo, cómo

evolucionó la relación con el partido en el que se militaba, cómo se trabajó entre todos para apoyar la causa de la clase popular chilena y cuál fue la visión que tuvieron del «nuevo» Chile. Lo mismo, respecto a la recuperación personal de la salud física y mental de cada uno. La prevalencia de ese enfoque dejó en un segundo plano, como es fácil comprender, y en una medida apreciable, el proceso social-doméstico de la vida exiliada. Debe tenerse presente que los chilenos fuimos repartidos en distintas ciudades de cada país, y en grupos que fluctuaban, por lo bajo, de cuatro a ocho familias por ciudad, y por lo más, sobre cincuenta o cien, cada uno incluyendo militantes de diversos partidos políticos.

Como siempre ha ocurrido históricamente en los casos de refugio masivo, los exiliados tienden a agruparse en pequeñas comunidades, o ghettos relativamente cerrados, y el caso nuestro no fue, en verdad, distinto. Así pudo verse que, en todas las ciudades donde fuimos instalados (de Suecia, Francia, Inglaterra, etc.) tendimos a formar «comunidades», de chilenos en general (incluyendo a veces otros exiliados latinoamericanos), y/o de militantes de un determinado partido. La relación, tanto formalizada como informal, con los «extranjeros» (es decir: con los habitantes naturales del país en que se estaba) se realizó casi siempre, por tanto, o a través del ghetto en tanto «organización» o «comunidad», o a partir de cada partido político por separado, y/o también, a partir de cada individuo o familia. La tendencia general (salvo excepciones) fue vivir el exilio más hacia adentro del ghetto que hacia afuera, lo que fue muy notorio entre los exiliados de mayor edad relativa. Por eso, era importante para la vida diaria de cada uno, estar dentro del «grupo», en su margen, o fuera de él…

Habiéndose dado ese contexto, la solidaridad militante adquirió en el exilio perfiles y colores propios, diferentes a la solidaridad vivida en Tres Álamos o Puchuncaví, por ejemplo, y diferente, por cierto, a la vivida en Villa Girmaldi o antes del golpe militar. Pues allí, en el exilio, la militancia tuvo que relacionarse consigo misma no sólo en términos político-partidarios, sino también en tanto comunidad de vida (chilena) y en tanto comunidad extranjera adaptándose a un país extraño. Allí, los militantes no estábamos solos: estaban nuestro/s hijo/s, la pareja, a veces nuestros padres, y estaba también –en muchos casos– la propensión subjetiva a formar nuevas parejas (transitorias o permanentes) y tener nuevos hijos. En base a estos hechos, la compulsión afectivo-familiar tuvo una significación, para la persona del militante, muy superior a la que había tenido en Chile antes de 1973. De modo que a la angustia producida por la desarticulación del ensamble afectivo-familiar de origen que sostenía a la persona del militante (coletazo de la clandestinidad, la cárcel y el exilio) se sumó

e intensificó la ansiedad imperiosa por producir su rearticulación fuera del país de origen; de lo que resultó, para muchas compañeras y compañeros, un problema de mayor urgencia y trascendencia que el maltratado y a veces quebrado lazo militante con el partido.

En ese sentido, la solidaridad militante se vio alterada y entrecruzada por las apremiantes acciones dirigidas a constituir y/o re-constituir el ensamble afectivo-familiar. Eso, de un modo u otro, dio lugar a la aparición de situaciones de crisis y ruptura en la relación de pareja, a la búsqueda de nuevas experiencias y relaciones humanas (sobre todo con personas naturales del país en que se estaba), a la crisis derivada de los hijos/as y de los niños chilenos en general (que, además, debían adaptarse, en inferioridad técnica, a los colegios donde debían asistir), etc. Todo eso, en conjunto, agredió, en un flanco inesperado, a la ya tensa salud mental (promedio) de los exiliados (en Bruselas se estableció, en razón de esa evidencia, un Centro Siquiátrico Solidario, dependiente del World University Service, WUS, para examinar el problema y atender a los casos más críticos).

Además de lo anterior, las familias de los militantes –que pasaron a constituir un referente estratégico en la «adaptación»– mostraron más pronto que tarde que eran distintas unas de otras, o por su condición social (o étnica) de origen, por su nivel de estudios, por formación política, o simplemente por su manera de ser, lo cual dio lugar a relaciones de convivencia cargadas, a veces, de recelos sordos y prejuicios internos, sin que hubiera una instancia cívica o política para tratar ese tipo de problemas. Por todo lo anterior, la solidaridad interna del «ghetto», no teniendo intereses territoriales comunes, ni intereses políticos de la misma calidad e intensidad, ni enemigos de clase a la mano, carecía a menudo de la solidez valórica de las solidaridades vividas en el pasado, y, más bien, se componía de una serie de pequeñas pero sordas «diversidades». Sólo cuando se planteaba una explícita acción general de apoyo a Chile, o de denuncia de los crímenes de Pinochet, la «comunidad» reaccionaba como tal, uniéndose sobre sí misma y por encima de esa diversidad. Por eso, la relación de amistad y de cálida camaradería no empapó necesariamente por completo el cuerpo social de los ghettos chilenos.

Lo anterior debe sumarse al hecho que, en varios países de Europa, si bien no hay un racismo explícito, se dio (y da) una suerte de racismo tácito, sobre todo, en relación a los rasgos genotípicos y fenotípicos del hombre y la mujer «sudakas»: baja estatura, tendencia al sobrepeso, pelo negro-grasoso, carácter

ruidoso, informalidad, etc. La diferencia entre la población «anglosajona» (dueña del país y de su civilización) y la multitud de greasies (gente de pelo negro grasoso) que llegó a poblar las ciudades buscando asilo civilizado tras huir de la barbarie de sus países de origen, llegó a ser, en ciertos casos, palmaria. Aunque ese racismo tácito los europeos no lo hicieron pesar formal y explícitamente en casi ninguna parte, la diferencia era y es un hecho contundente, y si los «anfitriones» (ellos) no la hacían pesar, los «huéspedes» (nosotros) sí la sentíamos por dentro. Razón de más para refugiarse y hacerse fuerte en el ghetto («¡éste es territorio chileno!», le gritó un exiliado a la policía inglesa que fue a exigirle el desalojo del flat que estaba ocupando, ya que estaba a nombre de su pareja, y ésta se había ido a otra parte…). La dicha «diferencia», al ser real (según y cómo fuera sentida) constituyó para algunos exiliados un desafío «personal», que exigía, también, una respuesta «personal»: demostrar al mundo que ellos eran capaces de salir del ghetto y de integrarse de igual a igual a la sociedad «anglosajona», construyendo, a ese efecto, una familia binacional, conquistando un empleo permanente y dominando con soltura el idioma local… Esfuerzo legítimo y loable, sin duda, que no contribuía, sin embargo, a desarrollar la solidaridad «pura» entre los exiliados…

Todo lo anterior configuró una historia del exilio –social y anecdótica– que no se tratará en el apartado que sigue. Los testimonios, según podrá constatarse, salvo referencias puntales, no la describen de lleno. Es una petit histoire que, sin duda, tiene menos importancia que la evolución general de los parámetros políticos (que son los que la mayoría de los testimonios tienden a rescatar y mantener), pero que constituyó, muy a menudo, una preocupación vital y cotidiana de las compañeras y compañeros que tuvimos que vivir esa experiencia.

Los párrafos anteriores han tenido por fin dar cuenta de la existencia de ese nivel doméstico de la vida exiliada, pero, también, del hecho que su análisis no se hará en este libro. Las alusiones que, eventualmente, se encontrarán en los testimonios que siguen, permiten, de todos modos, formarse una idea aproximativa de lo que eso, en realidad, fue…

b) Sanación, adaptación e integración

Muchos de los compañeros que tuvieron que exiliarse llegaron al país de recepción con dolencias físicas o traumas síquicos importantes. La experiencia vivida en la Villa dejó secuelas de todo tipo, que, en una medida difícil de establecer, dañaron de complicada manera –y con muy diversos síntomas– a las personas que las tuvieron.

La Testimoniante 6 contó que, estando en Alemania e hizo su declaración sobre su experiencia en los cuarteles de tortura y campos de prisioneros de Chile, conoció a un compañero, quien, solícito, la ayudó a escribir su testimonio… «Nos sentábamos juntos y él escribía a máquina mientras yo le dictaba mi cuento... Haciendo eso, me di cuenta que él era la primera persona, hombre, a quien yo le contaba mi historia personal. De un modo más bien confidencial. Nos hicimos amigos. Y un día él me dijo: «te voy a ayudar a colocar las cortinas», porque yo pensaba poner cortinas en el departamento. Las pusimos. Después, salimos a caminar, y cuando íbamos caminando, él me puso su brazo sobre mis hombros, como un gesto de protección y cariño… Cuando él hizo eso, a mí me dio un violento ataque histérico. Pensé que él estaba bien, pero bien de lejitos, porque, para mí, él no tenía ninguna importancia vital. Y me tiré contra él, comencé a pegarle, y caímos junto en una de esas cajas de arena donde juegan los niños en Alemania… Y yo le pegaba y le pegaba, con fuerza, con ira, con rabia acumulada desde no sé cuándo… Después salí corriendo para mi departamento, allí me encerré y me puse a llorar, a llorar… Él me siguió y golpeó la puerta, diciéndome que lo sentía, que su intención no era… Yo le grité que se fuera, que me dejara y que no volviera nunca más… Él se fue, y no volvió hasta como dos meses después… Yo, en ese intertanto, recapacité, me sentí culpable, de haberle pegado y de haberlo perdido como amigo… Entonces me acerqué y le pedí disculpas. Eso significó que, de nuevo, nos pusimos a conversar. Él había entendido todo lo que me pasaba, pero yo, al parecer, no había entendido nada. Le dije, por tanto, que quería superar mis problemas… Y así empezó nuestra relación. Él me ayudó… Y terminamos siendo marido y mujer, pero sin que, entre nosotros, reinara el amor. Al menos para mí, porque yo, en el fondo, quería superar con él todo el daño que me hicieron… Hicimos dos hijos, y un 8 de febrero nació mi Paula, que fue como la máxima felicidad, porque era como superarlo todo…»

«La parte sicológica mía no estaba bien, y la parte sexual fue la que me tocó a mí, por supuesto. Al principio asocié todo lo que me pasaba a la parte sexual,

porque me acordaba cuando los agentes habían tratado de violarme a golpes, y todo eso… Entonces ese problema lo conversé con una sicóloga, pero sobre todo, con mi pareja, que era lo más importante para mí. Él entendió perfectamente lo que me pasaba, y me ayudó. Gracias a él pude vencer ese miedo, esa rabia. Porque él nunca fue violento, iba a ritmo mío, hasta que yo pude llegar a tener una relación sin problemas… Yo te digo: el 100% de eso fue parte de él, y mis ganas de normalizar mi vida y mis relaciones. La agresión física tú la olvidas y la botas, pero lo sicológico queda por ahí, escondido en tu mente, y cuando menos lo esperas, aparece… Y te bloqueas, y nada… Lo único que podías hacer tú ante eso era… conversarlo… con él. Y lo hicimos» (Testimoniante 47).

El Testimoniante 11 cuenta que, en Chile, como norma general, nunca sufrió ninguna enfermedad, ni siquiera resfríos… «pero cuando llegué a Canadá llegué muerto: no podía ni pararme, ni caminar… Me llevaron al hospital, y allí el médico me dijo: "usted tiene una fractura en su columna"… Yo le dije: "de acuerdo, tengo una fractura, pero de Chile yo salí caminando"… El médico me respondió que en Chile, sin duda, yo estaba actuando bajo una tremenda tensión, porque estaba luchando y sobrevivir de todos modos, pero en Canadá no tenía esa tensión. Me había relajado, y allí la baja de tensión me dejó sin caminar… Al final, el médico me operó, quedé muy bien y me pusieron entonces, para continuar, un siquiatra. Este señor era una eminencia, un judío especialista en sobrevivientes del holocausto. Yo caí en sus manos y me curó, me dejó pero impecable… Uno, en lo personal, como militante, se cree seguro y muy sobrado. Pero ahí me di cuenta que no, que uno, tras el tipo de experiencia que tuvimos, necesitaba ayuda… Al final, cuando me dio de alta, me dijo: "lo que necesitas es vivir, vivir, y darte cuenta que no estás en Chile sino en otro país, necesitas olvidarte de Chile. Aprovecha las ventajas de este país. Abre los ojos… tienes que vivir"... Y desde entonces empecé a vivir. Digamos que aterricé. No muy bien aterrizado, pero aterricé».

La Testimoniante 74 debió irse a Inglaterra, país al que ella e I. llegaron muertos de hambre, al paso que el clima los esperaba con nieve y un frío intensísimo. Estaba todo nevado, y todo blanco, blanco… «Un paisaje idílico para la gente que le gusta la nieve –dijo la Testimoniante 74– pero yo… yo andaba con chalas… y sin plata para comprarme zapatos ni nada. Igual salí e hice el loco por las calles. Me caía de rodillas al suelo, muerta de frío y me ponía a llorar, a

llorar… en plena calle. A veces iba caminando de la mano de Iván y me caía de rodillas y me ponía a llorar… “pero ¿qué te pasa?”, me decía él; “no sé”, le decía yo, y seguía de rodillas y llorando… En ese tiempo no había una ayuda organizada. Entonces tú tenías que incorporarte a la vida como pudieras, para poder sobrevivir»...

«Mi salida de Chile fue bonita… mi papá me fue a dejar a Mendoza, y a Buenos Aires me fui sola… Pero en esa ciudad me fue malito, malito, porque me costó insertarme a estudiar, empecé a trabajar como comisionista (me pagaban una comisión por ir a dejar unos chalecos que hacía un fabricante)… Pero yo estaba enferma, pues, desde que salí de Chile venía con unas llagas en la cara. Yo pensé que era sarna, porque había entonces una plaga de sarna. Todos los médicos que me vieron dijeron que era sarna, pero no era… Incluso hicieron una junta médica. Yo estaba desesperada, porque, cuando tenía que sacarme la ropa para bañarme o vestirme, me salía con la piel pegada y quedaba la carne viva. Tenía un color como de sandía. Y me salía la primera capa de piel, y después una segunda y una tercera… Se me ramificó por todo el cuerpo y después ya no podía ni caminar… Hicieron más juntas médicas y me dieron pastillas, que no me hicieron ningún efecto. Entonces me comenzaron a inyectar cortisona y me transformé en un monstruo gordo, en una mujer inflada, de cara redonda y mi cuerpo totalmente deforme… Yo tenía una amiga allá –con la cual estaba también cuando caímos presas en el Estadio Chile– y ella me cuidaba las heridas y me echaba ungüentos para despegarme el género de la piel… Estuve como seis o siete meses postrada, y la cosa seguía empeorando, no podía caminar, estaba llena de costras y todo esto afectó mi salud mental… Hasta que recibí la noticia de que a mi papá le había dado un grave traumatismo encéfalo-craneano y que estaba bastante mal. Me fui a Chile y mi mamá me fue a buscar… Nadie me reconoció… Yo les hacía señas y nadie me reconocía… Es que yo, antes, pesaba unos 55 kilos, pero cuando fui a Chile pesaba más de 100… Era absolutamente un fenómeno… De nuevo juntas de médicos y todo eso, pero nada, seguí igual. Hasta que un día una señora, una vecina que yo conocía desde los tiempos de la Unidad Popular, al verme así en la calle… me dijo: “permíteme ayudarte”… y ahí llegó ella con un recetario y un saco de hierbas. El tratamiento consistía en pasarse con fuerza esas hojas por las heridas, para que exprimieran sobre ellas el líquido que contenían. Y después me aplicaba una crema… Bueno, al sexto día de tratamiento tenía mi piel como si nunca hubiera tenido nada… Dejé de inyectarme cortisona y al séptimo día

no me hice el tratamiento porque ya estaba bien. Y fue ella la que me recuperó. Me dijo que mi cuerpo había hecho explosión por todas partes por la cantidad de tensiones que yo tenía reprimidas, y que el sistema nervioso funcionaba así, en reacción… Y me quedé en Chile definitivamente…» (Testimoniante 50).

«Llegamos a Holanda –había unos 20 o 30 centímetros de nieve– y nos llevaron a un hotel. Después nos llevaron a un departamento. Y ahí me comenzó la nostalgia… Me sentía solo, solo, y como no entendía el idioma, te pasaban cosas inesperadas que tú ni imaginabas ni controlabas. Recuerdo que entonces comencé a beber mucho, una botella de ron al día… Así que, imagínate… Y era más que nada por escapar de la situación de soledad en que me hallaba. Porque en los campos de concentración, mal que mal, tenías un círculo de amigos con el que siempre podías conversar… Pero me llevaron a un medio donde, bueno, estás en libertad, puedes hacer lo que quieras, pero donde no tienes a nadie, no entiendes a nadie y estás mal… Fue un período, para mí, bastante malo. Habían otros chilenos, pero todos estábamos en una situación similar… Hasta que un día dije: "¡ya, aquí se termina la historia del trago!", y tiré las últimas botellas por el recibidor de la cocina… Y comencé a realizar trabajos de solidaridad y ayudar a la gente que estaba más cagá que yo… El problema que tenía en la cabeza traté de arreglarlo yo solo, pero si veíamos a alguien en mal estado, el partido me ordenaba: "acompaña a este güeón a Francia para arreglarle un poco el mate"… Y así fue que acompañé a un montón de compañeros a Francia, con ese fin… Pero yo nunca fui de esos que van buscar un sicólogo o a un siquiatra…» (Testimoniante 63).

«Cuando llegamos a Suecia, ellos nos dieron 300 coronas (el dinero de allá), para que compráramos prendas de ropa y los utensilios que necesitábamos. Y cuando llegamos al pueblo mismo, pasamos frente a una armería… Y allí yo entré, decidido, a comprarme un revólver… Andaba con delirio de persecución… que me andaban siguiendo, que me podían liquidar, que si no me mataron en Chile, perfectamente podían hacerlo afuera. Yo andaba con ese temor pegado en mi cabeza… Y en la armería yo no lograba darme a entender… Yo mostré las coronas, después unos dólares… El que atendía me decía que no, una y otra vez. En eso llegó el traductor, quien arregló el lío, y me dijo que yo no podía hacer eso porque era un refugiado político… Bueno, frustrado, me fui al

hotel donde estábamos. La dueña del hotel tenía dos hijos, un hombre y una mujer. La hija tenía unos 19 o 20 años y era una rubia muy hermosa… En mi pieza yo tenía dos camas, y desde la primera noche puse una de ellas contra la puerta, porque yo creía que me vendrían a matar… Durante la primera noche sentí que alguien quería abrir la puerta… me quedé callado y no hice nada… La segunda noche pasó lo mismo, y a la tercera, me preparé, cogí una silla y pensé que si eran tres hombres, podía derribar al primero con un silletazo, al segundo, con el resto de la silla que me quedara en las manos, y al tercero… bueno, ahí se vería… Entonces me senté al lado de la puerta con la silla en mis manos, abrí la puerta… y entró la hija de la dueña del hotel, vestida con una bata… De inmediato se quitó la bata, quedó enteramente desnuda, y se metió en la cama donde yo tenía la almohada… Imagínate, eso me ocurrió a mí en la tercera noche de haber llegado a Suecia…» (Testimoniante 23).

«Fue todo difícil, porque durante los primeros años, al menos, yo tenía pesadillas nocturnas, que me obligaban a despertarme como a las 3 o 4 de la mañana. No dormía bien… Al principio, yo soñaba que estaba en manos de la DINA, que me estaban torturando, y cuando ya me iban a matar, despertaba… Después, durante los años ochenta, cuando empezaron las jornadas de protesta nacional, lo mismo: estaba en manos de la DINA, me torturaban, pero, cuando me iban a matar, aparecían las masas populares, y me rescataban… Después, en tiempos del atentado contra Pinochet y del plebiscito, las pesadillas eran que la DINA trataba de detenerme, pero como yo iba marchando con las masas, no me alcanzaban y no me detenían… Son cosas que no te puedo explicar. Las pesadillas nocturnas no me dejaban funcionar bien durante el día, pero, a medida que la situación en Chile iba evolucionando en un sentido positivo, mis pesadillas lo hicieron también… Yo no sé cómo funciona el cerebro humano, pero el hecho fue que, a medida que el pueblo chileno fue perdiendo el miedo y aumentando su nivel de respuesta, mis pesadillas se fueron diluyendo…. Hasta que llegó el día, por 1990 tal vez, en que pude dormir tranquilamente toda la noche…» (Testimoniante 39).

«Una de las cosas que me impactó al llegar a Inglaterra fue que todas las calles, las plazas, los espacios públicos, los encontré descomunalmente grandes. Gigantescos… Yo llegué como formateada a una dimensión reducida, mínima,

del espacio. Al caminar por una ciudad como Londres fue yo la que me sentí reducida a un ser mínimo, casi flotante. Andaba como mareada… Pienso que como estuvimos tanto tiempo vendadas en Chile, con una visión recortada por debajo de la venda, a tientas moviéndonos en cuarteles de tortura y espacio reducido (en particular, la Venda Sexy)… Esa sensación de flotar en espacios abiertos me persiguió por un buen tiempo en Inglaterra. Hasta los automóviles los encontraba inmensos… Y lo otro era que yo tuve bastantes problemas para mirar a los hombres de frente, en la calle, en cualquier parte... En los cuarteles de la DINA tú andabas todo el tiempo vendada, mirando para abajo, y si levantabas la vista, como si vieras las caras de ellos, te podía llegar un puñetazo… Por eso, esa cuestión de que tú no podías mirar a los hombres a la cara, de frente, me quedó metida por mucho tiempo… Por eso, la libertad y la ciudad me producían un cierto pánico. Además de que tú no sabías qué ibas a hacer de tu vida, si quedarte o devolverte… qué hacer…» (Testimoniante 68).

No todos los problemas de salud que afectaron a las compañeras y compañeros en el exilio provenían de las secuelas físicas o síquicas que dejó el paso por la Villa, el invierno inclemente de los países europeos, o la soledad que producía el hecho de vivir en un país cuyo idioma no se manejaba. También ocurrió que la conciencia política, al establecer imperativos éticos, podía también crear situaciones tensionales y momentos de angustia. Sobre todo en relación a dónde, en qué país debía llevarse a cabo la vida real del sujeto rebelde… Fue esa duda la que acosó, al principio, a la compañera Testimoniante 13… «Estaba esa cosa dentro de ti… de que debías volver a Chile... De que no podías quedarte para siempre en otro lugar… Por eso, tú tenías que mantener la maleta lista para el retorno… Entonces tú no podías ni tocar esa maleta, menos vaciarla… Ni tenías, tampoco, que desarrollar ningún lazo afectivo nuevo o profundo, porque tú te ibas a volver, de todos modos… Pero yo comencé a ver que varios compañeros se estaban quedando… que arrendaban casas bonitas, que estaban aprovechando el exilio más a fondo. Y yo ahí: que me tengo que ir, que no puedo hacer esto, ni lo otro… Y me bajó la desesperación. Me puse mal… Tan mal, que me llevaron a un siquiatra español en Oxford, que era un especialista en las víctimas de la guerra civil española. Ese tipo me ayudó muchísimo, muchísimo, y me hizo hablar de cuestiones políticas, me prestaba revistas… Se dio cuenta que la política era el mejor canal para comunicarse conmigo… Y como yo estaba gordita –estaba comiendo mucho, nerviosamente– me instó a hacer ejercicios y me regaló mi primera bicicleta, a la que bautizamos como “Susanita”… Ahí me

subió mi autoestima. Convalidé mi título, me recibí de matrona inglesa con honores, y entré a trabajar» (Testimoniante 13).

La crisis que muchos compañeros vivieron en el exilio no era de fácil remonte, puesto que se componía de violentos problemas de arrastre –subjetivados por la fuerza en subconsciencia– y de problemas contextuales de rebote, que te caían encima por la situación «externa» que se estaba viviendo. La ayuda solidaria y la ayuda médica, a menudo, no eran suficiente para neutralizar o volatizar semejantes cargas. En rigor, como pudo haberse visto en los testimonios recogidos para este apartado, era un problema que sólo el mismo sujeto afectado, en tanto sujeto social o sujeto político, tenía que resolver, mediante un denso y a menudo espinoso proceso interno…

«En Alemania viví un tiempo de mucha soledad –declaró la Testimoniante 6– y de mucha reflexión sobre lo que había pasado… Y lo más notorio fue que no podía relacionarme con los hombres. Hubo un tiempo en que ni siquiera podía conversar con ellos… Me daban pataletas y crisis de miedo… Y no, no podía. Entonces me llevaron donde un siquiatra y estaba a tal punto débil, en todos sentidos, que me comenzaron a dar pastillas. Tenía que tomar píldoras cada cuatro horas, todos los días. Y andaba dopada, como sonámbula, el día completo… Pero un día, como de repente, me dije: "no, no, si sigo así me voy a ir a la chucha"… Y me puse a llorar, y lloraba… aun en el día de hoy me da pena cuando me acuerdo que estaba encerrada en el departamento, sola, y llena de pastillas… Los alemanes, pese a todo, me hacían trabajar para pagar mi subsistencia, y me costaba un mundo levantarme a las 6 de la mañana… Llegaba casi siempre atrasada, y me retaban… Hasta que decidí dejar las pastillas, sin avisarle al siquiatra. No me estaban solucionando nada y me ponía peor… Y pude, poco a poco, sacar mis propias energías, y reponerme… Y esto ya me ha pasado muchas veces… y me he vuelto a reponer, a sacar nuevas energías… Y aquí estamos, para otra vez… Y esto es lo más grande de todo: sacar fuerza de uno mismo para volver a empezar, para volver a creer en la vida, para volver a soñar… Y así seguir» (Testimoniante 6).

«Es difícil definir en una palabra lo que fue vivir en exilio. Son ciclos de vida, períodos complicados... Lo que yo recuerdo es que llegué a Noruega muy mal

física y síquicamente. Tenía menos del 50% de mis glóbulos rojos. No estaba en condiciones de enfrentar los nuevos desafíos que cayeron sobre mí. Porque, además de lo pasado, éramos una familia en crisis… Teníamos una situación difícil que enfrentar los tres, especialmente por mi hijo, que había vivido sin nosotros esos dos años y estaba empezando, recién, a conocer a sus padres… Fue un período muy duro… Nos daban una ayuda económica, pero teníamos que ir personalmente a buscarla a las oficinas, cada 15 días. Era como denigrante eso de ir a buscar plata, hacer una cola e informar si tú ibas a necesitar más dinero o no… Felizmente, había allí una red de chilenos que era muy solidaria y ellos nos ayudaron mucho a hacer trámites, a matricularnos en la Universidad… Luego comencé a trabajar en limpieza de oficinas y departamentos…» (Testimoniante 27).

La fase inicial de «sanación» pudo tomar un año o dos… Se trataba de restablecer el equilibrio del cuerpo y la mente consigo mismos. Y de recomponer el sujeto político desde lo más básico: desde las posibilidades mismas de la vida física y social. Para muchos de nosotros fue un proceso complicado, difícil, que no siempre produjo un resultado final exitoso. Con todo, en términos generales, fue una etapa que, de un modo u otro, más larga o más corta, se superó, y se fue dejando atrás…

Fue después de eso cuando logramos finalmente quedar, de nuevo, «en condiciones de…», y poder darnos de lleno a la tarea de realizar la adaptación a la nueva sociedad en la que, casi por azar, nos encontrábamos. Eso significaba: a) aprender a manejarse razonablemente con el idioma local; b) realizar estudios sistemáticos en la Universidad, o en otro lugar; c) establecer y consolidar redes de amigos (chilenos y no chilenos), d) trabajar para mantener la familia; e) consolidar algunas relaciones familiares o afectivas básicas; f) participar en actividades lúdicas, artísticas, culturales o deportivas, de distracción y relajación y, g) estructurar un sistema de información y de relaciones con Chile, con nuestro partidos políticos y con organizaciones sociales, culturales y políticas de acción internacional. Alcanzar todos o parte de esos objetivos le permitía a uno llevar una vida relativamente «normal», como exiliado y como persona, sin exacerbar el daño físico o sicológico recibido, y satisfaciendo al mismo tiempo, de un modo u otro, nuestra vapuleada conciencia social y política... Los resultados de este proceso fueron diversos, pero, generalmente, suficientemente exitosos como para echar raíces en la tierra misma del exilio. Eso hizo –junto a

otros factores– particularmente difícil el inicialmente soñado «retorno»…

«Llegamos a un pueblo del sector medio, de profesionales, situado a 20 millas de la ciudad de Chicago. Era un sector donde primaba una comunidad alemana, allí no había latinos: nosotros fuimos los primeros. El sistema de los sponsors consistía en que una iglesia o una comunidad te recibían, te apadrinaban y protegían, hasta que tú consiguieras trabajo y podías mantenerte por ti mismo. A nosotros nos ayudó una iglesia luterana, gente súper buena, pero no eran de izquierda ni nada, eran muy conservadores y dispuesto a conquistar las almas para su iglesia. Y nos consiguieron un departamento y nos pagaron los primeros meses. Nos dieron muebles, ubicaron un jardín infantil para nuestro niño y me buscaron trabajo. Un trabajo apropiado para un joven latino que no hablaba inglés. Yo era muy flaco y mis primeros trabajos fueron muy duros: descargar camiones. Después trabajé como aseador en un asilo de ancianos, que fue mi primer trabajo estable. Así comenzamos a acomodarnos a la vida gringa en un pueblo donde no habían latinos. Después, con R., decidimos aprender bien el inglés yendo a clases sobre la Biblia. Nosotros sabíamos de la Biblia… Así fuimos armando, lentamente, una vida, y nos fuimos también independizando. Ellos, al comienzo, nos trataban como niños… Y nos trataron muy bien, no puedo decir nada. En cambio, los compañeros que se fueron a Miami fueron recibidos por una iglesia de cubanos gusanos, y allá les dijeron: "¿querían libertad? Aquí la tienen: sean libres"… Y los dejaron en una situación terrible. No recuerdo cómo logramos establecer comunicación con ellos… Es que Estados Unidos era el país que menos queríamos para vivir allí… Ellos habían planeado el golpe militar… era el último país donde nos hubiéramos ido… Entonces conseguimos que los compañeros de Miami se fueran a vivir con nosotros, y empezó un movimiento de gente… Nos ayudamos mutuamente…» (Testimoniante 29).

«Mira, allá en Suecia los exiliados chilenos teníamos una Casa Chile montada pero a todo lo que es dar… Los suecos se dieron cuenta que los chilenos sabíamos organizarnos de una manera rápida y efectiva. Por eso, cuando llegaban colombianos, peruanos o de otros países, nos llamaban a nosotros para que les enseñáramos a organizarse… Yo tenía muy buenas relaciones con todos los chilenos, y grandes amigas entre las compañeras que estuvieron presas

junto conmigo… Hubo que aprender el idioma sueco, que es complicado, pero, como yo sabía inglés, se me hizo relativamente fácil manejarlo… Y comencé a trabajar haciendo aseo en los hospitales, pero cuando quise cambiarme a otro trabajo, me pusieron obstáculos: tú eras limpiadora y tenías que seguir hasta tu muerte trabajando como limpiadora… En vista de eso, tuve que estudiar Parvularia, me convertí en parvularia y estuve trabajando como doce años como tal, con niños suecos… Ésa no era mi carrera, pero, bueno, tuve que tener paciencia con los niños, es una bonita profesión… Pero Suecia es un país del que podríamos aprender mucho en cuanto a medio ambiente, a solidaridad, e incluso en cuanto a tolerancia, porque Chile es un país no solamente clasista, sino también racista… Mi hija nació y se crió allá, pero a ella le costó mucho adaptarse a Chile, le fue muy difícil. Durante dos años enteros lloró mucho… Lo único que quería era volver a Suecia» (Testimoniante 12).

«Allá me puse a trabajar en el centro comunitario y a estudiar inglés. Después trabajé como traductora, porque mi francés todavía era bueno y estuve como seis años trabajando en eso. Durante todo ese tiempo fui postergando mi beca de estudios universitarios… La idea original era quedarse allí unos dos años, así que no arreglamos nada como para quedarnos allá… Pero entonces tuve a mi hija, que fue creciendo… y no teníamos con quién dejarla. De modo que decidí retomar mis estudios, y estudié, terminé, me recibí y me puse a trabajar de nuevo. Mi vida comenzó a girar y girar sobre el trabajo… Y me olvidé de lo demás… Me olvidé de las actividades partidarias. Sólo de vez en cuando asistía con I. a alguna actividad chilena, algún grupo musical que fueran a tocar… Así que, sobre esa base, comencé a viajar a Chile para mis vacaciones, unas visitas a la familia, a algunos amigos, y nada más. Yo no tuve más actividades que ésas con los chilenos. Yo no me metía en nada» (Testimoniante 74).

«Para mí, llegar a Estados Unidos fue un garrotazo en la cabeza… Yo tenía una buena situación en Chile, y en mi subconsciente siempre me estuve diciendo: "¿qué mierda hago aquí, si no tengo pega, ni plata, ni nada?"… Nuestros sponsors eran unos luteranos tirados a nazis… No entendían nada, o se hacían los tontos… Yo no sé qué es lo que tenían en la cabeza. Y ahí yo pasé hambre… creo que fue la peor experiencia de mi vida. Llegar a un país con otro idioma, con gente diferente, con costumbres diferentes y que más encima piensan

diferente… era una locura. Esa experiencia me marcó muy fuerte… y mientras más nos ayudaban y se sacrificaban por nosotros, era porque, al morir, les iba a ir muy bien… Con J. comenzamos a aprender inglés estudiando la Biblia… pero ellos lo tomaron por otro lado y querían que fuéramos miembros de su iglesia… Yo ya estaba embarazada de L., y en la iglesia usaban mucho incienso para cualquier cosa. Y el incienso me comenzó a patear, ahora no lo puedo ver ni respirar… Una mañana fuimos a la iglesia con J., y estaban diciendo misa, tiraron incienso y yo me desmayé y empecé a vomitar… No fui más a la iglesia. J. tuvo que ir solo, pero ellos insistían en que ingresáramos a su cofradía… Y me cansé de los gringos, se metían en todo, ya no teníamos independencia… Nos aburrimos y nos fuimos a Nueva York… ¡Uf!... Vivir en Nueva York es como vivir en la calle Franklin… Llegamos a un barrio latino, en los suburbios, y la casa donde unos compañeros nos habían invitado a vivir con ellos resultó ser un departamento de… ¡un ambiente!... y ahí teníamos que vivir dos parejas y tres niños… Bajamos nuestras cajas… y se copó la pieza… dormíamos horrible… Los cabros chicos empezaron a pelear… J. tenía que sacarlos a pasear. Nuestros ahorros se consumieron y no encontrábamos trabajo, ni arriendos… Hasta que llegó allí otro compañero, venía de Connecticut, y nos contó que la situación en esa ciudad estaba mejor. Nos invitó a que nos fuéramos con él… Yo, desesperada, le dije: "lo que sea"… Y nos fuimos a Connecticut. Allí encontramos trabajo, arrendamos una casa y entonces empezamos a emprender…» (Testimoniante 66).

«Llegué a París –como te contaba– con mi bolsita y el calzón de repuesto dentro de ella… Nos bajamos en el aeropuerto de Orly. Y ahí llegaron a buscar al paquete de refugiados, pero como yo no estaba en ese paquete, no me fui con ellos. Me quedé sentada allí, sola… y, bueno, la preguntita clave: "¿qué mierda estoy haciendo aquí?"… Me acordé que mi abuela –que era más inteligente que ninguna– me había pasado una libreta con los teléfonos de gente que vivía en Europa (ella era… súper internacional)… elegí el nombre de un joven que yo había conocido en Chile por razones familiares, lo llamé, tomé el metro según las indicaciones que me dieron… y llegué… Me dieron alojamiento de inmediato… y de ahí para adelante me fui instalando… Al tiempo mandé a buscar a mi hijo… En el barrio donde ellos vivían había un gran número de chilenos, y además, la mayoría eran del MIR… Como ya sabía hablar francés, no tuve problemas para moverme, contactar gentes y resolver problemas menores. Y comencé a trabajar lavando copas, para sobrevivir… Para mayor

fortuna, ese barrio estaba en un municipio controlado por el Partido Socialista francés, y el alcalde me agarró buena onda, me consiguió rápidamente un departamento y toda la ayuda necesaria para instalarme. Debo decir que fui muy bien acogida… Y fue la primera vez en mi vida que comencé a hacer vida normal, con mi hijo al lado mío, trabajando, caminando por las calles sin mirar para atrás para ver si te iban a matar de un balazo, descansar en un departamento… Sin duda: era empezar todo de nuevo… Se acabó la inestabilidad que provocaba la dictadura… pero el exilio es también una inestabilidad completa… porque al exilio llegas traumada, allí tú vas a encontrar ciertos niveles de xenofobia, desprecio por los extranjeros, donde los chilenos se pelean unos con otros… Yo me sentía mal porque estar allí, en ese lugar, no había sido mi decisión, y, por lo mismo me sentía sola, terriblemente sola. Era como si me hubieran tirado allí completamente en pelotas… y más encima, con un niño… Yo siempre había sido parte orgánica de una tribu: mis camaradas y compañeros de partido. Ahora, claro, podía desarrollarme por mí misma, sola, pero eso era durísimo. Hubo momentos lindos, pero, en lo global, no. Con gusto me habría ido, mejor, a Venezuela, o a un país así… Además, yo era una mujer sola, compañera de un detenido desaparecido, entonces se suponía que tenía que comportarme de cierta manera, no sólo como militante, sino también como vida personal… ¿me entiendes? Uno tenía que ser como Carmen Castillo o Gladys Díaz, pero yo no era ni como la una ni como la otra, y yo no cumplía las expectativas que existían respecto a una viuda "con peso político". Hasta mi mejor amiga pensó que yo no estaba siendo como debía ser… Pero yo hacía todo lo que me decían. Ahora, claro, yo no lo hacía con gran entusiasmo, qué quieres que te diga… Hice varios días huelga de hambre, por ejemplo, todo eso, pero también quería pasarlo bien, quería tener un pololo, ir al Louvre… Mi compañero, que lo hicieron desaparecer, me dijo un día, claramente, que si él moría, yo debía rehacer mi vida completamente, y yo le dije lo mismo a él. Ése era nuestro pacto. Pero los demás parecían pensar distinto… Cuando uno se politiza a los 17 años comienzas a vivir como un político adulto y dejas de lado muchas cosas. Nos envejecimos antes de tiempo. Por eso, allá, me vino una especie de necesidad imperiosa de ser lúdica, juguetona, joven, vital» (Testimoniante 70).

La «adaptación» del exiliado al país donde llegó (casi al azar), fue un proceso obligado, una cuestión vital, imperativa, de supervivencia… La vida necesita vivirse a sí misma, en comunidad, dondequiera que se encuentre. O donde quiera

que la tiren… Florece en todas partes. Tanto más, si eres un joven de poco más de 20 años. Y si, además, eres inteligente y con un sentido elevado de responsabilidad ética (nuestra generación la tenía), la «adaptación», por eso, termina siendo un desafío de rango medio, inevitable pero superable, incluso con creces. Así, se concluyó desarrollando una nueva identidad social, «otro» proyecto de vida, superpuesto sobre el que, violentamente, fue tronchado en nuestro cuerpo, y nuestra mente... Este reflorecimiento, sin duda, era uno de los objetivos –explícito o no– del programa de muerte cívica aplicado sin tapujos sobre nosotros por la tiranía chilena. Porque bajo el florecido nuevo proyecto de vida, de modo inevitable, tuvo que languidecer, decaer, hasta quedar reducido a un pasivo porcentaje simbólico (de la vida de un hombre o de una mujer ya maduros), el recordado proyecto de vida del sujeto revolucionario que una vez fuimos…

«Allá por los años ochenta yo ya no tenía intenciones de volver a Chile. Más bien, sentí que podía integrarme en el país en que estaba, en Suecia, que ya no era cosa de volver. Hubo compañeros que se volvieron a Chile pronto, pero al poco tiempo tuvieron que viajar de vuelta, porque no resultó. Era más probable insertarse en el extranjero que reintegrarse en Chile… Hoy, yo he vivido más tiempo en Suecia que en Chile: tenía 21 años cuando tuve que salir de mi país, y llevo ya 32 viviendo en Suecia. Y tengo familia, hijos, amigas y amigos nuevos… He trabajado en diversos lugares, soy dirigente sindical… Estoy arraigado… Lo he pensado mucho, la única posibilidad real para mí de volver a Chile es cuando me jubile en Suecia... O sea: volver, pero estar un tiempo aquí y un tiempo allá, porque no creo que mis hijos quieran venirse a Chile, a pesar de que cuando vienen lo pasan muy bien, porque vienen a pasear… Pero ellos, son suecos… El exilio es una forma de desarraigar a la gente, de cortar sus raíces primarias, para que eches raíces en otra parte, en otro lugar. Y llegas un momento en que tienes raíces en dos partes, y eres de dos partes… O, tal vez, de ninguna…» (Testimoniante 39).

«Me fui a Estocolmo con mi hija… Y fue muy duro, sobre todo, por el idioma… Yo recuerdo haber llorado a mares en un departamento que había arrendado, pensando en que si mi hija se enfermaba, dónde la llevaría, dónde quedaba el hospital, con quién conectarme para eso, cómo pedir ayuda, sino sabía el

idioma… Pero nos pusieron una niña intérprete para todos los refugiados que estábamos ahí… todos parecíamos hijitos de esa niña… una muchacha maravillosa. Fueron muy paternalistas con nosotros. Nos andaban trayendo de la mano para todas partes… Teníamos mucha necesidad de apoyo sicológico, pero comprendimos que las torturas y todo lo terrible que habíamos experimentado en Chile debíamos dejarlo un poco de lado… para poder hacer una vida allá. Porque, además, no teníamos las herramientas sicológicas, ni de edad, ni de madurez, para enfrentar esos recuerdos y esos traumas. Éramos muy jóvenes y además teníamos hijos muy pequeños. Teníamos que preocuparnos de ellos y, por lo mismo, de nosotras mismas… Por eso, la primera vez que hablamos de las torturas y todo eso fue cuando hicimos declaraciones a propósito de la detención de Pinochet en Inglaterra. Fue la primera vez que se hizo algo serio, sistemático, y ahí hablamos de nuestros estragos… En realidad, mi preocupación principal fue estudiar, estudiar, estudiar… Me convertí en una estudiante eterna… Primero hice los cursos que nos dio el gobierno sueco para aprender el idioma. Y al final de esos cursos, con los recursos que me quedaron de ese plan, estudié para auxiliar de párvulos. Cuando me titulé de auxiliar, trabajé uno año y medio o dos en la sección latina de un jardín infantil… Pero, estando ahí, me dije: "no, tengo que seguir estudiando", entonces me matriculé en la Universidad para perfeccionar mi conocimiento del idioma sueco. Además, para complementar, estudié inglés. Terminé todo eso y me fui entonces a estudiar Tecnología Médica… Y habiendo terminado todos esos estudios, decidí volver a Chile. Mi plan –si es que se puede hablar de un plan bien pensado– había sido aprovechar el tiempo del exilio para estudiar y calificarme en lo profesional, y así apertrechada, volver a Chile. No como una carga para nadie… Y fui a Chile, pero tuve que volverme a Suecia, porque no había forma de integrarse, ni profesionalmente, ni en nada… De vuelta a mi exilio, no tuve otra alternativa que trabajar, ahora de modo permanente y profesional… Y haciendo eso me estabilicé, y decidí rehacer mi vida en Suecia… Así, con el paso de los años, como que Chile me fue quedando en el olvido… Siempre sabíamos lo que estaba ocurriendo en Chile y todo eso. Pero como de lejos, porque uno, al final, tiene más cerca y recibe más información de lo que ocurre en el país en el que uno vive. Eso es lo que va llenando tu cotidianeidad, que es sobre la cual tú puedes actuar, o la que te afecta directamente. Los problemas de Chile ya no los atiendo yo, sino mi familia en Chile. Ellos se hacen cargo de lo de allá. Yo, me hago cargo de lo de aquí y ahora…» (Testimoniante 75). «La consecuencia de nuestra salida del país es que mi familia se dispersó. Nosotras, mi mamá, mi hermana chica y yo, nos fuimos a Suecia. Viviana estaba allá con su hija, y luego de estar unos días en un campo de refugiados… nos fuimos a vivir con

ella, a su departamento. Eso fue súper lindo… Llegamos en el verano sueco, y a las 4 de la mañana, el sol, como una bola roja, daba vueltas y vueltas sobre el horizonte, porque estábamos muy al norte… Mi otra hermana, que también estuvo detenida, tenía su marido en Estados Unidos… Cuando nos fuimos a Suecia, ella se sintió súper sola, entonces decidió irse también a Estados Unidos y ahora todos viven allá… Así que quedamos repartidos por el mundo. Y nunca después pudimos juntarnos sino 27 años más tarde… estuvimos los 6 hijos, mi papá y mi mamá… Mi madre era la más contenta… Pero igual, nuestra dispersión fue terrible, porque significó perder la vida de los sobrinos y todo lo que es una ancha vida familiar… Yo había llegado a Suecia embarazada de mi primer hijo… A los seis meses nació mi hijo A., que ahora vive allá, que cuando vino a Chile no pudo acostumbrarse, y se devolvió a Suecia… Tengo tres nietos allá… Yo tenía 19 años cuando llegué a Suecia… Me ví en la obligación de aprender el idioma sueco. Y estudié y trabajé, y se te abría un mundo de posibilidades, un montón de cosas que acá hubiera sido mucho más difícil de tener. Yo estudié cerámica… Allá no hablé mucho de la cárcel, de las torturas y de todo eso. Incluso, cuando vi a un sicólogo porque mi hijo era sonámbulo, me preguntó al respecto. Yo le dije que eso, para mí, era una herida cicatrizada… "tal vez –me respondió–, pero si uno rasca un poquito, esa cicatriz se abre de nuevo, y duele… Sería bueno que tú también hablaras de eso"… Pero yo no hablé de eso… Y me conecté con el Chilekommitte… e íbamos a protestar los 11 de septiembre, los 1º de mayo… Eran muchos los que iban siempre a esos eventos…. Mi hermana Viviana conocía a mucha gente en el extranjero…» (Testimoniante 16).

«Cuando llegué a Italia (soy italiana) mi familia estaba en Alemania y no había modo ni dinero como para que me hubieran ido a esperar… Llegué a un hotel… La policía italiana no quería hacerse cargo de mí, trataba de que me fuera a Alemania, que hasta me podían pagar el pasaje… porque yo era una ex-presa política que venía de un campo de concentración. Entonces yo era, para ellos, peligrosa… Además, yo misma no quería irme a Alemania, porque desde Italia yo podía pedir a P. como reunificación familiar; o sea: una mujer italiana que pide reunirse con su marido chileno… Por eso me negué a recibir un pasaje para seguir volando a Alemania… Me fui a una pensión y logré armar una red mínima de apoyo con gente de izquierda, porque, como italiana, no podía ser tratada como refugiada en Italia… También me enviaban un poco de dinero desde Alemania. Así que allí, viviendo con gran estrechez, logré mantenerme

hasta que llegó P. Yo había llegado en octubre, y él llegó en diciembre… Una vez juntos, nos inscribimos en la Universidad. P. tenía que terminar sus estudios de Medicina, y yo, revalidar mi título de dentista. Pero en la Universidad no había Dentística, sino, sólo, Medicina. Me convalidaron muchos ramos, pero no pude convalidarlo todo. Además, uno de nosotros tenía que trabajar… Busqué trabajo en Roma, pero no me tomaron en ninguna parte porque era mujer, y allá todos los dentistas son hombres… Además, yo estaba esperando a mi hijo R.… lo que fue una felicidad enorme para los dos, porque después de la violenta pérdida que tuve en la Villa, ninguno de los dos estaba seguro de que yo pudiera tener otros hijos… Estábamos felices por el hijo que venía, pero no teníamos nada para recibirlo… Hasta que, pasando por Milán de vuelta de Berlín (donde estaba mi familia) me inscribí en unas "casas populares" que se habían construido allí, y nos salió un departamento… Nos fuimos a Milán y al poco tiempo encontré trabajo… Y ahí tuvimos a R., que tuvo que ir a una sala cuna… En la escuela de Dentística lo pasé muy mal, nadie se quería juntar conmigo, ni profesores ni alumnos. Para ellos yo era, poco menos, una terrorista… Era la única estudiante que había estado en un campo de prisioneros… Entonces me hicieron exámenes súper largos, me dejaban esperando, me trataban de sacar mal, me tenían dos horas o más interrogándome… Yo estudié muchísimo porque sabía que iba a tener problemas, de modo daba los exámenes no como una alumna sino como una profesional… incluso una vez tuve que reclamar formalmente porque me habían puesto una nota muy baja. Reclamé, algo que allí nunca se hacía. Es que la mayoría de los dentistas examinadores eran militares, quienes, para el examen, la primera pregunta que me hicieron fue si yo había estado presa… Yo les dije que ellos me habían puesto esa nota, no por mis respuestas, sino porque había estado presa… No mejoraron mi nota, pero todo el mundo supo que yo había dado un buen examen, lo que me lo dijo el propio Director de la Escuela» (Testimoniante 7)… «Me exilié en Italia… Allá tuvimos la grata sorpresa de que mi mujer, que había tenido problemas derivados de la tortura… quedó embarazada, y esta noticia nos cambió el eje de nuestra vida, pues nos dio una pista de felicidad… La verdad es que yo nunca fuí un exiliado con maletas listas para volver a Chile. Siempre calculé que la dictadura iba para largo, y a los 25 años de edad uno piensa en proponerse objetivos para el futuro… sacar títulos, conseguir trabajo y, sobre todo, algo tan gratificante como ser papá… Y vivimos bien, estábamos bien en el exilio. Nos vinimos a Chile no por estar mal allá… Yo saqué mi título, mi mujer trabajaba, teníamos a R. ya más grandecito, y después llegó nuestra hija V… Tengo un buen recuerdo de Italia, pero yo nunca pensé en quedarme allá… mi vida está acá, y no por el vino, las empanadas o la cordillera, sino por la gente misma…»

(Testimoniante 61).

«Yo, lo único que quería, era volver lo más pronto posible a Chile… Te estoy hablando del año 1977… Yo quería venirme de todas maneras, pero tenía prohibida la entrada, y si volvía a la mala, seguro terminaría muerto… En ese período, como te dije, estaba botado al litro… y junté plata para volver, estudié la posibilidad… pero, nada… Porque uno quiere volver al mundo de uno, es donde tú naciste y donde te sientes siempre bien. Aunque te tomes un puro vaso de agua con alguien, pero es rico… En Holanda, no. Allá teníamos un grupo muy reducido de amigos, y con esa gente nos juntábamos, hacíamos asados, tirábamos unos pedazos de carne, nos tomábamos unos vasos de vino y lo pasábamos bien. Pero no es como acá... En Chile tú invitas a 15 o 20 personas y conversas con ellos puras leseras, pero lo pasas lindo… Pero con los holandeses nunca fue lo mismo… El holandés siempre piensa y hace "primero yo, segundo yo, tercero yo…" y quizás cuarto y quinto también… Entonces, tú no entras ahí. Tú no puedes ir a su casa si no hiciste antes una cita… Ni puedes llegar atrasado… En cambio, tú vas a la casa de un chileno y los encuentras comiendo… "pasa güeón, entra, siéntate a comer, tómate un traguito"… Si un holandés te ayuda en algo, te dice: "vale tanto". Esa es la diferencia… Son dos mundos diferentes… Después, comencé a estudiar el idioma… porque Pinochet no tenía trazas de irse pronto… pasaban y pasaban los años… O sea: había que hacer algo. Empecé a estudiar el idioma… hice un curso de electricidad. Estuve como dos años en eso y salí con mi cartón de electricista… Conseguí trabajo, pero ahí tú no calzas tampoco, porque muchos holandeses no tienen cartón y nos les gusta que un extranjero los mande en su propia casa… Ahí me di cuenta también, por primera vez en mi vida, de que soy negro, porque me trataron como negro. Te discriminan por negro, y eso es una experiencia fuerte… Entonces, en ese medio, lo mejor es que demuestres lo que tú realmente eres, lo que eres capaz de hacer… Y cuando tú demuestras lo que puedes hacer, es cuando te toman como eres, y no sólo los trabajadores, sino también los jefes, los directores de empresa… Los holandeses tratan a los jefes de "señor", yo los traté de "tú"… pero igual los tipos me contrataban. Porque nosotros, como chilenos, somos buenos trabajadores… Yo sé que hay güeones flojos, pero la mayoría somos trabajadores duros… Y si tú demuestras que lo eres, ellos te consideran en mucho…» (Testimoniante 63).

«Yo he tenido siempre ciertas aptitudes artísticas y ciertas habilidades manuales. Y tengo muchas inquietudes en ese plano. Cuando llegué a Europa me atrajeron de inmediato las antigüedades, al principio como afición personal, pero después en un sentido profesional. Me di cuenta que tenía aptitudes también para organizarme profesionalmente en ese sentido… Hice tres años de Economía Política en la Universidad, para adquirir un bagaje que fuera útil para la administración de empresas… Y le dediqué mucho tiempo a mi afición, y terminé montando –con mi nuevo marido, con quien nos juntamos en 1979– una sociedad que comenzamos a operar profesionalmente. La sociedad comenzó a crecer del mismo modo que mi familia (tuvimos dos hijos). Nos dedicamos a la empresa con mucha pasión, los dos, y nos fue, en general, muy bien… A tal punto, que nuestro caso se dio como ejemplo de inserción de refugiados en la sociedad belga. Me entrevistaron en un diario para mostrar que los refugiados que llegamos en condiciones difíciles a Bélgica pudimos superar los problemas de arrastre y adaptación, demostrar iniciativa y reinsertarnos bien en una nueva sociedad. Creo fuimos, en ese sentido, plenamente exitosos… Pero igual nos daban las ganas de venirnos a Chile y empezar aquí todo de nuevo… ¿Qué hacer?... Decidimos quedarnos, pero, a la vez, venirnos… Creo que hemos tomado la buena decisión. Yo pienso que no me vendría de nuevo a vivir a Chile…» (Testimoniante 49).

«El recibimiento en Londres fue de mucho calor humano, de mucha solidaridad… Y desde que llegamos entramos a participar en marchas callejeras de solidaridad, en las que desfilaban combativamente no sólo compañeros, sino también prostitutas, lesbianas, homosexuales… Era una cultura desarrollada y moderna. Eran grupos amigos que desplegaron una fuerte solidaridad con el pueblo chileno… Por eso, Londres, para mí, fue de una vida aceleradísima, porque estábamos todos en la lucha por los Derechos Humanos, en campañas de solidaridad, y movidos por la necesidad de volver a Chile a combatir y todo aquello… Y allá tuve una doble actividad, porque, de una parte, me matriculé en la Universidad para sacar mi Doctorado en Química, y de otra, trabajé como dirigente del partido en Inglaterra, e incluso como dirigente incorporado al Secretariado de Europa... Eso me obligó a viajar constantemente a Francia, Alemania y donde fuera… Logré doctorarme con muchas dificultades, por lo mismo. Los compañeros del partido me exigían dedicarme por entero a las labores de dirección y dejar para después los estudios… “Los técnicos los formaremos después”, me decían. Pero yo insistí en hacer las dos cosas a la

vez… Era duro, difícil, no era fácil hacer ambas cosas a la vez. Estar con dedicación aquí, y también con total dedicación allá… Pero, bueno, logré al final salir adelante y estar bien en ambas partes… Terminé, por tanto, mis estudios, pero también se terminó mi beca... Eso significó perder también la casa donde vivíamos. Y ya teníamos dos hijos… Se comenzó a complicar todo… Empecé a postular por trabajos, a donde fuera… Yo no podía entrar, prácticamente, a ningún país en América Latina, porque dictaduras había por todas partes… Finalmente, me aceptaron en la Universidad de Texas, Houston, para hacer un post-doctorado de tres años… Entonces decidí irme con mi familia a Estados Unidos… El partido no vio con buenos ojos mi decisión, y no autorizó mi viaje… Pero "yo tengo que comer, tengo que alimentar a mi familia, así que me voy"… Me negaron la visa como tres veces, hasta que la misma Universidad de Texas tuvo que presionar para que me dejaran entrar… Nos fuimos, entramos y estuvimos allí un cierto tiempo… Y estábamos allí cuando, en 1984, me llamaron de la Universidad de Chicago, donde estuve como 10 u 11 años trabajando en la Escuela Médica. De ahí me fui a una empresa farmacéutica, que es la misma donde estoy hasta el día de hoy…» (Testimoniante 51). «Mi papá terminó su doctorado en Inglaterra, postuló a diversas partes y optó –yo creo que fue la peor opción– por irse a Estados Unidos. Y nos fuimos a Houston, Texas. Allí no estuvimos ni un año, y a mi papá lo echaron del trabajo y terminamos yéndonos a Chicago, donde había otros compañeros que mi papá conocía y terminamos viviendo en el living de otro compañero por casi doce meses, porque mi papá no tenía trabajo… Y ahí crecimos con mis dos hermanos… Para mí fue una cosa muy brutal porque crecí en Inglaterra, que era una cosa como muy protegida, y de ahí a Chicago, a un barrio pobre, expuesto, yo diría, a la parte salvaje de Estados Unidos. Fue, para mí, en lo personal, un golpe muy fuerte… Es que tuve que vivir en medio de pandillas, entre las llamadas comunidades minoritarias, sobre todo la mexicana, la puertorriqueña y la afroamericana. Y ahí sobrevivía, como fuera posible… Yo quería volver a Chile, a una vida más tranquila, pero en la secundaria de allá fue, para mí, súper difícil… Porque papá y mamá, si volvían, volvían a lo suyo, a su cultura, pero nosotros, no... Yo me crié con los valores que mis padres trajeron de Chile, pero también con esos valores que uno adquiere creciendo fuera del país. Mi realidad era totalmente distinta a la de los jóvenes de aquí… En Chicago había una comunidad de chilenos exiliados, también del MIR y mi papá tenía reuniones con ellos, sobre todo para activar las campañas de solidaridad con Chile. Te estoy hablando de fines de los ochenta y comienzos de los noventa… Yo fui allá, entre comillas, súper lumpen, de pelea, de droga, o sea: heavy… Y para sobrevivir a todo me metí finalmente a hacer mucho

deporte, pero todo por mi cuenta. Ahí pude subir las notas y pude entrar a la Universidad, incluso quedé en la de Chicago, pero no pude ir por problemas de dinero… Justo en ese tiempo también mis padres se divorciaron, lo que fue para nosotros otro golpe… Mi mamá se terminó casando con un mexicano hippie que había jugado un importante rol en México en las campañas de solidaridad con Chile. Y con todo eso ella termina quedándose en Chicago… Hizo una maestría en Trabajo Social y trabajó como asistente social con niños que no tenían padre… Mi papá trabajaba como químico en una empresa farmacéutica, lamentablemente. Mis hermanos terminaron siendo más rebeldes todavía que yo, se metieron en muchos problemas, peleas y uno de ellos estuvo en la cárcel en Estados Unidos… Ellos y yo vamos y venimos a Chile, constantemente. Ellos desarrollaron el hip-hop en la zona de Peñalolén y en La Faena…» (Testimoniante 44).

«Canadá es un país muy acogedor y muy organizado, entonces es fácil vivir. El que quiere trabajar, trabaja, y el que quiere estudiar, estudia. Hay posibilidades para hacer ambas cosas… Pero a mí me tiraba mucho América Latina y, afortunadamente, pude conseguir un trabajo en Bolivia… Nos fuimos para allá y allí estuvimos un buen tiempo. Eso me ayudó muchísimo a entender, en primer lugar, a los bolivianos, y de ahí, a lo que es América Latina. Fue tremendamente rica nuestra experiencia boliviana… Nos fuimos para allá con mi señora y dos hijos, y allá nació una niñita… Mi señora también se comprometió con el pueblo boliviano, y trabajó duramente como alfabetizadora de los mineros…» (Testimoniante 11).

«Alemania surgió porque mi padre había formado el primer Instituto Chileno-Democrático, y mi madre golpeó muchas puertas mientras yo estaba presa… Entones yo llegué a la RDA… me recibieron bien. Yo no hablaba alemán y llegaba a un país donde la mayoría era comunista, y además, muy sectarios… Y esto último fue complicado para mí, porque, en algún momento, algunos compañeros dijeron que el MIR había sido el causante del golpe militar, que los que estábamos en la RDA éramos, poco menos, que agentes de la CIA… Esto fue muy complicado: salir de un país que te persigue, te encarcela y tortura, para llegar a otro donde tus propios compatriotas te acusan y culpabilizan frente a los alemanes… Era demasiado. Yo le hablé al encargado alemán de los chilenos

y le dije que yo quería volverme a Chile, porque yo había sido mucho más feliz en Tres Álamos que en la RDA… Me dijeron que si estaba loca, o qué… ¿qué estaba pasando?... Se hizo una investigación en la Casa de los Chilenos y, por supuesto, nadie sabía quién había dicho tal cosa. Los alemanes me dijeron que, por la relación que habían tenido con mi padre, ellos depositaban toda su confianza en mi persona… Me dieron la posibilidad de elegir la ciudad a la que me gustaría ir y qué cosa hacer allí… Yo me acordé que ese tipo de sectarismo no se había dado en Tres Álamos. Allí tuvimos amistad estrecha con varias compañeras comunistas… El sectarismo, repito, no se dio en la cárcel chilena, y fue muy complicado tener que vivirlo en el exilio… Yo empecé a luchar entonces para recuperarme a mí misma… tenía que ser capaz de enamorarme de nuevo… y comencé a dudar si sería capaz, o fértil, como para tener otro hijo, y me empeciné en esa idea con mucha fuerza… Y terminé pensando en que tenía que hacer algo para recuperar a mis hijos, quería verlos, estar con ellos…. "creo que yo merezco estar con mis hijos"… Fueron seis meses de separación… Entonces, cavilando sobre todo eso, inventé un plan coyote y decidí raptar a mis hijos… Raptar a los hijos desde un país socialista no era nada de fácil… Hice mis cálculos: "en realidad ¿qué me puede pasar a estas alturas? Me pueden descubrir y meter presa, pero entre vivir sin mis hijos y estar presa, me da lo mismo, prefiero jugármela, arriesgar todo, pero recuperar mis hijos"… Si el proyecto de retorno no era posible, entonces el proyecto recuperación de hijos sí, tenía que serlo… E inventé todo un cuento para la pascua de los conejos y los huevos de Alemania, y como el papá me los prestaba cada quince días… Le dije que me los prestara hasta las cuatro de la tarde y no hasta mediodía. Y él, en un momento de debilidad, concedió el permiso… Yo tenía una visa RDA por la que podía salir a cualquier parte del mundo (no la tenía el resto de los chilenos)… Falsifiqué mi pasaporte y puse allí que yo viajo con mis hijos P. y A. Y con muy poquita plata en el bolsillo, tomé el tren para Frankfurt, donde vivía C. –él era el encargado del MIR en Europa– y fui a pedirle ayuda. Llegué a su casa y le dije: "vengo a pedirte ayuda, me acabo de arrancar de la RDA con mis dos críos"… Y él me gritó: "¡pero cómo pudiste hacer tal locura!... La primera casa donde te van a buscar es ésta"… Pero me dio plata, ropa de mujer, ropa de niños, una maletita y me envió a la casa de un compañero que estaba en el norte de Alemania… "y te vas a quedar ahí hasta que te avisemos"… Y pasé seis meses allí, sobre todo, recuperando a mis hijos, porque Andrés echaba de menos a su papá, y lloraba y lloraba… No fue fácil. Pero yo me dije: "de aquí en adelante nunca más me voy a separar de mis niños, haré cualquier cosa por evitarlo"… El papá se dio cuenta, por supuesto, que los niños no volvieron, y avisó a la policía. Y los alemanes no sabían cómo había podido salir, yo y los

niños… Pero su preocupación principal era que, si yo salí como salí, algunos niños propiamente alemanes podían salir del mismo modo, y eso sí que les preocupaba de verdad… Mi marido, entonces, echó mano de Clodomiro Almeyda, que era amigo de él, para que éste le escribiera a Andrés Pascal, en Cuba, y lo presionara para que, por orden de partido, los niños fueran devueltos en 48 horas… Pascal le respondió que el rapto de mis hijos era una situación personal, no política, y menos de partidos, y que el MIR no se hacía cargo de mis decisiones…» (Testimoniante 6).

«Llegué a Nueva York con mi compañera y con mi hijo, que entonces tenía sólo un año y ocho meses… Nuestro sponsor era una institución llamada The International Rescue Company… especializada en refugiados que venían de la Unión Soviética y países aliados… Me dieron trabajo en la empresa de camiones Mack… Era un trabajo agobiante por mi pobre desempeño en inglés… A los tres días estaba agotado mentalmente… Pero, para mi sorpresa, no me echaron de la firma… Así que mejoré mi inglés y me transformé en un especialista en frenos hidráulicos para camiones diesel, y mi salario resultó ser 6 o 7 veces más alto que el salario de un obrero normal americano… Empecé el tiempo de las vacas gordas… mi compañera entró a estudiar en la Universidad… Todos pensábamos que Pinochet iba a caer de un momento a otro, y comprábamos radios a pilas para escuchar a tiempo la noticia… y ya nos veíamos arriba de la cordillera con un fusil o algo así en las manos… Estuve poco más de un año trabajando en la Mack… luego vino un recorte económico general (Ronald Reagan) y despido de trabajadores… Quedé sin trabajo, pero tenía 9 meses legales para encontrar otro… Aproveché de mejorar mi inglés e hice un curso intensivo en el College… Al mismo tiempo trabajé como traductor en una oficina de abogados de San Francisco, que operaban con refugiados salvadoreños… Allí, un día, me informaron que una oficina de investigadores privados, Clouth & Schneider, la más antigua y conocida de la ciudad, estaban buscando a un investigador de tiempo completo, que hablara español… Me aconsejaron presentarme. Entre otras cosas, porque pagaban muy bien… Tomé el ascensor, subí al octavo piso (era en el mismo edificio), llené la solicitud, la dejé con la secretaria, y me fui… Tres días después me llamaron… tras la entrevista, me llamaron por segunda vez, y luego me integraron a un grupo de 34 postulantes… A este grupo le hicieron un training… y de ese lote el seleccionado fui yo… Comencé a trabajar como investigador privado en 1981… y permanecí allí cuatro años sucesivos. Me evaluaron como el mejor

investigador que tenían de San Francisco hacia el norte… A los cuatro años de estar allí, decidí postular a una licencia de investigador privado en el Estado de California, di los exámenes, los aprobé y obtuve mi propia licencia… Así durante los últimos seis años, trabajé como investigador privado, bajo mi propia licencia… Hasta que me vine, y esta experiencia es la que yo trato de volcar en el tema de los Derechos Humanos… Y el Partido me autorizó a hacer todo eso»… (Testimoniante 62).

«Yo me fui a Inglaterra por una cuestión de suerte: estuve presa junto a S., una doctora inglesa, y ella presionó allá para que me dieran visa. Nos habíamos hecho amigas y conversamos mucho con ella… Por su parte, mi mamá había logrado que el WUS (World University Service) me diera una beca para estudiar en la Universidad de Bradford, en el norte de Inglaterra… Yo era asistente social en Chile, y allá comencé a estudiar Política Pública y Social… Asistí a clases pero no entendía nada… Suspendí los estudios. Me fui a trabajar a una fábrica y a estudiar inglés… Al año siguiente volví a la Universidad y me fue mejor… Pero cuando terminé, Margaret Thatcher hizo grandes cambios en la administración pública y generó mucha cesantía. Así que no había trabajo para mí… Me fui entonces a Londres y comencé a trabajar en aseos y en hacer trabajos voluntarios. Luego hice un training en Trabajo Social… Para ese tiempo yo tenía a mi hija y me había separado ya del padre de mi hija… Entré a trabajar en Salud Mental y ahí estuve por espacio de 20 años… Pero cuando mi hija decidió entrar a la Universidad a estudiar Artes (que es una carrera muy cara), me tuve que cambiar de trabajo… me fui a un Council, al Servicio Nacional de Salud, donde pagan un poco más, pero hacen mucha política… Y ahí estoy todavía, trabajando con gente minusválida, personas que han tenido accidentes de tránsito o ataques al corazón, etc… Yo había decidido que iba a estudiar, trabajar, ahorrar dinero y luego volver a Chile… Conocí al papá de mi hija, que venía de El Salvador en condiciones similares a mí… Pero las cosas no fueron bien y nos separamos. Se fue a México y decidió no contactar nunca más a nuestra hija… Esta situación fue muy complicada para ella, por lo menos hasta que cumplió 18 años… Además, yo no ganaba mucho dinero, y parte de éste yo la enviaba a Chile, para ayudar a mi mamá… Tuve que apretar mucho mis gastos para cuidar bien a mi hija, y eso me impedía hacer viajes, o pasarlo bien… Fue una cuestión de mucho sacrificio, en verdad… Cuando estás sola, sin familia, no hay nadie que te ayude en situaciones complicadas… Dejé de militar en el MIR, pero seguí participando en las campañas de solidaridad con Chile, y

siempre mantuve una estrecha amistad con las compañeras y compañeros con los que estuve detenida… Fui a Chile para el plebiscito… acompañé a mi madre a votar, y fue emocionante… Pero también tenía miedo. El miedo nunca se quita. Me sentía perseguida… Pensé quedarme en Chile, pero no tenía posibilidad económica para hacerlo, y además, nadie podía ayudarme en eso… Volví a Londres, seguí en mi trabajo y he vuelto otras veces a Chile…» (Testimoniante 68).

«Estuve 4 años en el Proyecto Hogares, en Cuba, pero el proyecto se desarmó… Yo tenía entonces 13 años y tuve que irme a vivir con una familia cubana que no estaba en el proyecto Hogares. El Iván se fue de Cuba también y todo se vuelve a desarmar... Y yo tenía que, de algún modo, darle continuidad a mis estudios… Viví dos años con esa familia y todo allí fue medio caótico. Sólo había que crecer rápido. Pero esa casa se desarmó también y mi mamá propuso entonces que me fuera a vivir con mi tía a Uruguay. Me fui a Uruguay. Viví con ella otros cuatro años, hasta que, en 1990, me volví a Chile…» (Testimoniante 42).

c) Reanudación, evaluación y transformación del proyecto político

Si el shock dictatorial propinado a través de la tortura y la muerte tuvo por objetivo –además de desarticular los organigramas partidarios y extender la «muerte cívica» por doquier– destruir la memoria política de las y los prisioneros de Villa Grimaldi (esto es: la raíces profundas de sus sentidos de solidaridad y rebelión), el resultado real e histórico en este plano fue, sin duda, menos exitoso que los otros objetivos militares. Porque, pese a que los prisioneros expulsados del país tuvieron que reconstituir sus vidas en un medio diplomáticamente acogedor pero socio-culturalmente extraño, difícil y ajeno, al poco tiempo, los ex-prisioneros supieron hacer pesar –y no poco– esa memoria política, en parte para dar continuidad a sus contenidos originales en un nuevo contexto, en parte para evaluar críticamente algunos de sus contenidos específicos y, también, para transformar el proyecto político original en una síntesis más compleja y actualizada.

Lo cierto fue que, en el exilio, los desterrados encontraron dos nuevas fuentes de solidaridad: a) la de los extranjeros mismos que recibieron a los exiliados, y b) la de los chilenos que comprendieron que la lucha contra Pinochet estaba por encima de sus divisiones ideológicas y partidarias. Las vivencias de solidaridad, por tanto, no sólo no desaparecieron, sino que se multiplicaron y expandieron internacionalmente, en continuidad, de algún modo, con las vivencias solidarias experimentadas en los campos de prisioneros de libre plática. Los nuevos tejidos solidarios ya no estaban conectados cara a cara con la clase popular (como antes), pero apuntaban a, y significaban, esa misma conexión, de diversos modos, aunque, esta vez, a través de una imagen más abstracta: «Chile», como país. Al mismo tiempo, la solidaridad entre chilenos se volvió vital, cotidiana y doméstica, por la necesidad urgente de ayudarse entre sí para vivir en un país extranjero, e impulsar en conjunto la campaña mundial de denuncia contra la tiranía militar.

El fundamento solidario, por tanto, al restablecerse, condensarse y extenderse, facilitó entonces la reanudación de las manifestaciones de rebeldía, ahora, bajo nuevas formas de acción (local, pero de impacto a distancia; internacional, pero «de clase»; solidaria, pero rebelde), claramente recubiertas de flamante internacionalismo. La movilización general de los exiliados no fue, por eso, un factor intrascendente en el creciente desprestigio universal del militarismo chileno, sino al contrario: constituyó una presión insistente y efectiva que contribuyó a su creciente y rápido aislamiento, y para que la inquietud mundial por los derechos humanos se volcara en ofensiva directa contra él. El aislamiento del régimen de Pinochet, de manifiesto ya hacia 1976, se acentuó notoriamente después de 1980. Las jornadas populares de protesta que estallaron en Chile entre 1983 y 1987, seguidas por la coyuntura del plebiscito y más tarde por la prisión de Augusto Pinochet en Londres, no hicieron sino exacerbar la movilización política del exilio chileno, agudizando al mismo tiempo la condena del régimen, su aislamiento y, en definitiva, su crisis (formal).

De este modo, la despiadada diáspora del exilio, que se propuso dispersar los prisioneros liberados a todos los vientos del mundo, se convirtió, desde 1977 –aproximadamente–, por solidaridad creciente, en una red mundial que comenzó a «estrechar el cerco diplomático» sobre el régimen de Pinochet.

La movilización de los exiliados fue, por eso, general: desde Estados Unidos hasta Noruega, desde Noruega hasta Venezuela y México, desde América Latina hasta Italia, Alemania, Argelia, el Sudeste Asiático, etc. En muchas países, esa

movilización decantó una suerte de «comando nacional», normalmente centrado en sedes que recibieron el nombre de Casa Chile, bajo protección diplomática del Gobierno local y, a menudo, receptoras de apoyo económico y de gestión por parte de los partidos políticos afines de cada país. Aparte de la denuncia por las violaciones a los DDHH, esos comandos (por lo común de composición multipartidaria) recolectaron ayuda de todo tipo para enviar a Chile, al paso que servían de red para que los artistas chilenos contestatarios pudieran recorrer el mundo mostrando su arte crítico, su protesta, su solidaridad y rebelión, sobre todo los grupos exponentes de la llamada «nueva canción chilena».

La campaña por Chile no fue, sin embargo, la única manifestación política «de nuevo tipo» realizada por los exiliados: también se desarrolló un fuerte compromiso con lo que podría llamarse internacionalismo latinoamericano, no sólo constituido por el apoyo de los países hermanos al pueblo chileno, sino también el de éste (o al menos de sus exiliados) hacia los movimientos revolucionarios que ocurrían entonces en Nicaragua, Salvador, Bolivia y otros lugares. Este tipo de compromiso y acción solidaria demostró la permanencia e incluso reforzó, sin duda, algunos de los contenidos específicos de la rebeldía originaria, dando plena continuidad coyuntural a los mismos, pese a su «muerte cívica» en Chile.

Del mismo modo, no fueron pocas las compañeras que se incorporaron a los movimientos de liberación femenina que se desarrollaban en Europa, en continuidad, o no, con el proceso de deliberación que, al respecto, se había iniciado en los campos de prisioneras políticas en Chile. Es que el rol de la mujer como sujeto revolucionario presentaba una arista nueva, asaz compleja y punzante, que necesitaba de una reflexión política profunda, desde ambos géneros, a fin de reconocer, rescatar y desarrollar ese rol, y el aporte específico que la mujer había hecho y podría hacer en los nuevos movimientos revolucionarios del mundo. Con tanta mayor razón, si muchas de ellas, movidas por su identidad de género y a la vez por su conciencia política, se incorporaron solidariamente a los «otros» procesos revolucionarios de América Latina.

Dado el hecho rotundo de la brutal desarticulación de las orgánicas partidarias y la muerte de miles de militantes, era imposible no asumir esa «derrota» como un imperativo de reflexión, evaluación y auto-crítica políticas. Es verdad que algunos partidos políticos ignoraron ese imperativo y no realizaron balances reflexivos, o bien, no le dieron una importancia estratégica. Pero otros asumieron, de algún modo, la «evaluación», o como partido, o –más

frecuentemente– como sujetos individuales. En parte, por tener conciencia de debilidades congénitas, que se arrastraban de antaño (Partido Socialista), y en parte, porque, por la naturaleza más rígida del proyecto partidario, la derrota explotó hacia adentro en múltiples y afiladas esquirlas: o provocando graves errores de conducción, o induciendo lapidarias purgas internas, o generando auto-marginaciones (MIR). En cualquier caso, los militantes, sin dejar de movilizarse por «Chile», desarrollaron análisis y críticas internas, en este sentido, de alto contenido político.

Atentos a todo lo que ocurría en Chile –los exiliados estaban, probablemente, mejor informados de lo que ocurría en el país que los mismos chilenos de Chile– la mayoría analizó críticamente lo que fue la política de «transición a la democracia» y los primeros gobiernos de la Concertación. La memoria histórica de los exiliados, construida en la interacción de ricas experiencias de solidaridad y voluntariosas decisiones de rebeldía, no podía cuadrar ni concordar con un modelo que no valora la solidaridad, y que reprime (a título de terrorismo) hasta las más sanas manifestaciones de rebeldía. El crudo perfil de mercado con que se presentó y consolidó ese modelo, y el no menos crudo juicio crítico que los exiliados elaboraron sobre él, hicieron difícil, si no el retorno al país, al menos su reintegración en él. La memoria de los exiliados era y es absolutamente antagónica con lo que es el nuevo Chile. La «muerte cívica» siguió, en este sentido, rondando en torno a los retornados.

Cada exiliado, de todos modos y en cualquier grado, más temprano o más tarde, tuvo que hacer una balance personal de toda la experiencia vivida, de cara a su pasado y de cara al nuevo Chile. Y lo que es evidente es que ese balance, por certero y preciso que hubiere sido en su consistencia analítica, al cerrarse 35 o 40 años después como historia personal, no ha podido menos que enfrentarse a grandes dificultades para intentar la reintegración en un nuevo Chile rebelde…

Nada fue fácil, por lo visto, para la generación rebelde que floreció en los años sesenta…

«Fue difícil trabajar políticamente en Estados Unidos. Primero porque no es Europa, donde hay una conciencia social más definida. La solidaridad que encontramos en Europa es muy difícil conseguirla acá, en Estados Unidos. Los norteamericanos tienen una solidaridad pragmática, pero no programática o

afectiva. Pero aun así logramos levantar un trabajo de apoyo político al pueblo chileno basados en varias Casas Chile que levantamos en diversas ciudades. La de Chicago trabajó con los compañeros de San Francisco, Nueva York, Washington e incluso con los de México y Canadá. Formamos una especie de red nacional multipartidaria… Tuvimos discrepancias, por supuesto, con los compañeros de otros partidos, por cuestiones de competencia entre grupos, disputas por el espacio, por dinero, bueno… Nosotros los del MIR no teníamos un partido hermano como, en cambio, lo tenían los compañeros del Partido Comunista… pero tratamos de hacerlo todo conjuntamente… Pero, debo decirlo, en la Casa Chile éramos nosotros los que impulsábamos la acción… y extendimos nuestra solidaridad también a los casos de Guatemala, Palestina y a todos los países que estaban en lucha en ese momento. Los chilenos éramos pocos, pero metíamos mucha bulla, andábamos en todas partes… Estábamos, por supuesto, completamente fichados por la CIA, pero ¿qué más? Ya sabían todo sobre nosotros… Y hacíamos giras, llevábamos grupos musicales, promovíamos desfiles… Cuando se inició la llamada "transición a la democracia" y se bajó la dictadura… como que ya no tuvimos nada que hacer. Algunos se fueron para la casa y otros continuamos luchando en general por los Derechos Humanos…» (Testimoniante 51).

«Nosotros hacíamos toda la actividad política en Chicago, y allá nevaba mucho, así que teníamos que enfrentarnos constantemente con el frío y la nieve. Tuve que aprender a manejar un auto por necesidad, porque vivíamos en un pueblo chico que no tenía buses. Los gringos me regalaron un auto usado y aprendí en esas condiciones… Cuando logramos confluir los socialistas en Chicago, hicimos algunas locuras para poder funcionar: armamos un coro para cantar en una iglesia evangélica. El asunto era que el pastor necesitaba iglesia, y le asignaban iglesia sólo a los pastores que tenían un cierto número de fieles. Si no tienen fieles, no tienen iglesia. Nosotros necesitábamos un lugar para nuestras actividades, entonces nos convertimos en "fieles", armamos un coro, cantamos, se llenó la iglesia y tuvimos nuestra "sede"… Nuestro trabajo en Chicago y después en Nueva York se hizo en condiciones bien precarias… Pero logramos hacer muchas cosas. Una de ellas fue que conseguimos, con nuestros recursos, levantar una amasandería en Chile. Fue nuestro primero logro. Después logramos ingresar una cámara de video para los compañeros de Chile, y una máquina Offset… Mandamos plata, aunque nunca fue mucha plata. Para el terremoto de 1985 mandamos un container lleno de materiales médicos, para

que fueran usados en las protestas… Sacamos también un pequeño periódico que se distribuyó no sólo en Estados Unidos, sino también en Canadá, algunos países de Centro América y en Europa. Se llamaba Chile Vencerá… Allí escribían compañeros de distintas organizaciones "revolucionarias". Salía una vez al mes y duró largo tiempo… En Argentina hubo un encuentro de esas organizaciones, y nosotros mandamos allá a un representante nuestro» (Testimoniante 30).

«Toda la estructura del Partido Socialista de la que yo te hablo era de la Coordinadora Nacional de Regionales… de Estados Unidos… Hacia 1981 caen en Chile varios compañeros de la dirección central de la Coordinadora… Poco después, la dirección de la Coordinadora de la costa este de Estados Unidos, desaparece. Esto afectó especialmente a nuestra red en Boston y en la ciudad de Chicago… Yo mantuve contacto con los compañeros que estaban en torno la bahía de San Francisco. Pero mi acción principal tenía que ver con los movimientos de solidaridad. Una de las personas que me informaba siempre de la situación de los Derechos Humanos durante mi exilio era mi amiga P… Muchos compañeros pensaban que la dictadura, después de 1982, se había debilitado... Yo pensaba que, por el contrario, mientras la estructura militar en torno a Pinochet continuara intacta, no iba a pasar nada. La desafortunada Operación Retorno de los compañeros del MIR en ese período, que terminó en un desastre, lamentablemente, me dio la razón… Yo continué haciendo trabajo político solidario, pero como sujeto independiente, hasta fines de 1990» (Testimoniante 62).

«En Londres había muchos chilenos. Pero nosotros nos fuimos a Manchester, más al norte; después a Bradford y, finalmente, a Hull, en la costa oriental de Inglaterra. En todas partes habían grupos de chilenos y todos participaban de un modo u otro en la campaña de solidaridad con Chile. En el puerto de Hull había también un grupo de chilenos, no muy numeroso, y ahí organizamos un grupo folklórico, con el que tocamos mucha música. Era un grupo bastante bueno, al punto que editamos dos casetes con nuestro repertorio. En esto nos mantuvimos muy activos… Respecto a lo que pasaba en Chile, yo creo que nosotros allá estábamos mejor informados que los mismos chilenos, que sólo podían escuchar la Radio Moscú. Nosotros, en cambio, recibíamos información

por muchísimos canales y diversas agencias. Eso nos permitió entender que el cambio en Chile era profundo, que la misma gente había cambiado, que el proceso era largo. Y por lo mismo, nosotros nos preparamos, estudiamos y nos perfeccionamos profesionalmente para lograr una mejor inserción a nuestro retorno» (Testimoniante 65).

«Yo llegué y me reuní inmediatamente con los compañeros socialistas, muchos de los cuales yo había conocido en Chile, antes de que nos encontráramos en Inglaterra. Y había una estructura que se llamaba Chile Democrático, que reunía a todos los chilenos, y ahí se organizaban actividades, se celebraban los dieciochos, se apoyaba a los sindicatos británicos, a las organizaciones estudiantiles, etc. Yo ingresé pronto a estudiar en la Universidad. Se dio una relación de camaradería muy estrecha entre los chilenos y los británicos en general, sobre todo con los que formaban parte del movimiento solidario con Chile. Era una vida plena, y estábamos tan ocupados, que con mi compañera demoramos cuatro años antes de que decidiéramos tener familia… Cuando se produjo el triunfo del NO organizamos un piquete permanente frente a la embajada de Chile… Contratamos un espacio grande, donde entregábamos los cómputos en inglés y en español para el que quisiera saber… era un verdadero circo que armamos para dar realce a la derrota de Pinochet… La detención de Pinochet en Londres generó una gran movilización también. Luego de largos años, como que la comunidad chilena en Gran Bretaña se había debilitado un poco. Había mucha gente que se había dedicado a sus asuntos y tenía menos tiempo para la cuestión chilena... Pero con el arresto de Pinochet… llegamos todos. De nuevo la movilización en torno a los Derechos Humanos y contra la dictadura tomó fuerza y calor, integrando incluso a nuestros hijos de exilio, que ya habían crecido»… (Testimoniante 28).

«Cuando llegué a Inglaterra, en noviembre de 1976, pude al fin reunirme con mi compañera y nuestros cuatro hijos, que se habían instalado desde antes en la ciudad de Hull, en el noreste. De inmediato nos concentramos en reconstruir nuestra relación como familia, sobre todo por el hecho de que, durante el período 1970-1975, habíamos descuidado no poco la relación con nuestros niños. Parece que la famosa “revolución” nos alejó de la casa lo suficiente como para que ellos, de rebote, miraran ese fenómeno con cierta distancia y

sospecha... Por tanto, ése fue un objetivo primario de nuestro exilio: recomponer las confianzas internas: la salud mental, el lazo social, los afectos, la amistad, la camaradería y la solidaridad, como partes sustantivas de nuestra propia identidad, y como fundamento básico del poder popular… Esencia, por tanto, de nuestra política… Por la misma razón, me concentré en realizar un Doctorado en Historia Económico-Social en la Universidad de Hull (mi compañera estudió un Master of Philosophy en Educación), como un medio de aclarar nuestras ideas y ayudar a reconstituir el proyecto histórico del pueblo chileno… En la misma línea, con los compañeros L. (historiador, simpatizante comunista, Universidad de Londres), M. (historiador, Partido Socialista, misma universidad) y otros colegas (estudiantes), fundamos la Asociación de Historiadores Chilenos del Reino Unido, con el explícito fin de investigar la historia de la clase popular chilena desde una perspectiva científica, no ideológica. El grupo, con centro en la Universidad de Londres, editó una revista (Nueva Historia), que tuvo circulación internacional y, a la vez, dentro de Chile. Fue muy prestigiosa. Editamos 17 números. Se cerró cuando retornamos a Chile… Al mismo tiempo, fui electo representante de los estudiantes universitarios chilenos ante el WUS (World University Service), que funcionaba en Londres, y se preocupaba de la situación de todos los chilenos becados en Inglaterra, lo mismo que de toda Europa, a través de su central en Ginebra. Esta función me permitió comprender mejor los problemas y características internas del exilio chileno… Y a efectos de llevar a cabo acciones enroladas en la Chile Solidarity Campaign logramos organizar en Hull una comunidad de chilenos vinculados por la amistad y la camaradería. Esta comunidad decidió un día que el mejor modo de hacer campaña por Chile era a través de un buen grupo musical. A este efecto, el compañero A. (profesor de música, MIR, voz, guitarra, charango) organizó el grupo Melinka, del que formaron parte él mismo, el compañero C. (periodista, Partido Comunista, vocalista, bongó), mi hijo A. (18 años, estudiante, sin partido, quena, guitarra) y yo (historiador, MIR, voz y guitarra). Con el tiempo se agregó el compañero Rafael (profesor de historia, Partido Socialista, bombo). El grupo resultó más exitoso de lo que esperábamos, de modo que dimos innumerables conciertos en sindicatos, comunidades de chilenos, universidades, iglesias y grupos culturales. De este modo pudimos reunir fondos para enviar a Chile… Sin embargo, el grupo, por diversas circunstancias (traslados de ciudad), se disolvió, en 1979... Decidimos que era necesario continuar realizando esa tarea y coordiné la formación del Melinka II, con la participación esta vez de los compañeros Ronaldo (ingeniero, Partido Comunista, quena), Héctor (trabajador social, MAPU, vocalista), Gabriel A. (profesor de Castellano, MIR, voz, bongó y bombo), mi hijo Cristián

(estudiante, sin partido, voz, guitarra, charango, zampoñas), Johnatan (16 años, estudiante, sin partido, zampoña), mi hija Claudia (estudiante universitaria, sin partido, voz y guitarra), y yo. La dirección musical era colectiva. El coordinador general fui yo… El Melinka II fue aun más exitoso que el primero. Dimos más de 150 conciertos a lo largo y ancho de Inglaterra, cantamos para la BBC, nos fue muy bien en el Festival Folklórico Internacional de Cleethorpes, editamos dos casetes y los vendimos todos. Tal vez la razón de nuestro éxito fue que, en la primera parte de la función, tocábamos música andina y de protesta (los gringos aplaudían…), y en la segunda, tropical y bailable (los gringos bailaban como locos)… Cuando nos vinimos (1985) quedó R. a cargo del grupo, quien debió incorporar músicos ingleses. Nos dicen que todavía existe (Melinka III), pero sólo con ingleses… En este sentido, creemos, fuimos uno de los principales agitadores locales de la Chile Solidarity Campaign… Al mismo tiempo, como los revolucionarios deben estar en buen estado atlético, organizamos todos los domingos en la mañana masivas pichangas de fútbol en el Pearson Park de la ciudad y después en los fields cercanos a nuestra casa, que duraban hasta tres horas de juego… Ahí llegaban chilenos, jamaicanos, pakistanos, colombianos e ingleses (también podían jugar las mujeres), de modo que, jugando y jugando, produjimos una entretenida integración solidaria multi-étnica, que nos permitió abrir relaciones en todos sentidos…» (Testimoniante 20). «Después los chilenos se comenzaron a venir a Chile… en realidad, en Hull siempre fuimos pocas familias, pero siempre los pocos que habíamos fuimos muy activos y teníamos mucha presencia en la ciudad… Así que, después, ya no teníamos más chilenos que meter en el grupo, de modo que incorporamos a nuestros hijos… y después tuvimos que enseñarles a tocar a los ingleses, y al final teníamos ingleses tocando con nosotros música latinoamericana. Era súper bonito. A ese extremo llegamos allá…» (Testimoniante 65).

«En Oslo nos vinculamos de inmediato a las actividades de solidaridad con Chile. Participamos en los actos del 1º de mayo, en colectas de fondos, en distribución de folletos, en marchas y desfiles… Una vez al mes hacíamos una "peña", donde se mostraban las tradiciones culturales de exiliados de todo el mundo. Teníamos un financiamiento del Comité de Refugiados… En lo personal, yo trabajé como chofer para una empresa que arrendaba vehículos y retomé mis estudios de Economía Social en la Universidad de Oslo… Después me trasladé a París. Me separé de mi compañera y me fui solo a París… En Francia retomé tanto mis estudios como mis actividades para la resistencia chilena, sobre todo

para denunciar el problema de los detenidos desaparecidos… En Francia se realizaban periódicamente acciones masivas, para las fechas claves (día de la mujer, día del trabajador, aniversario del golpe militar…). En ellas nos encontrábamos todos, y ahí reanudábamos nuestros lazos de amistad y solidaridad… En ese país los exiliados estábamos repartidos en distintas ciudades, pero nos encontrábamos siempre en esas acciones comunes. Ahí iban todos, sin excepción…» (Testimoniante 30).

«Durante los años ochenta yo estaba trabajando en un jardín infantil. Y… tú sabes: los niños te dan mucho, y yo me encariñé mucho con los niños. Y me volqué a entender bien el sistema de educación que imperaba en Noruega, me leí todas las leyes… Por lo mismo me conecté con la social-democracia local, especialmente con grupos que estaban trabajando los problemas de los inmigrantes y refugiados en Noruega… Estaba concentrada en eso, además de que yo era madre de dos niños de padres diferentes… Chile y América Latina eran, para mí, lugares de dolor, y no quería gastar mis fuerzas revolviendo todo eso, además de que mi círculo político ya no lo tenía… La separación del padre de mi último hijo también influyó… De modo que me concentré en la política noruega y en la política internacional… Comencé después a laborar en la dirección y coordinación del trabajo de recepción de refugiados en toda una comuna, cerca de Oslo. En eso me especialicé y trabajé allí como 10 años seguidos, de lo cual estoy muy orgullosa… Porque, por supuesto, tú te enganchas en eso, aprendes mucho, conoces a mucha gente y tu experiencia se ensancha. Incluso lo que aprendí lo pude traspasar... Yo me basé en la idea de que todo refugiado tiene una enorme capacidad de supervivencia, algo así como lo que había ocurrido conmigo… Me convertí en la vocera de los refugiados de la comuna y en defensor de sus dificultades frente a la burocracia municipal y de gobierno…» (Testimoniante 27).

«Yo llegué en 1976 a Suecia… Pronto me incorporé a los equipos que tenían que ir a diferentes países y lugares a explicar la situación chilena, equipos que iban siempre acompañados por algún dirigente político connotado… Fuimos a Angola y Mozambique, después recorrimos casi todos los países europeos, incluyendo la Unión Soviética… Fuimos a Mongolia, Japón… Y exponíamos no solamente en la capital, sino también en otras ciudades relevantes… Después

nos tiramos a América Latina, empezando por Estados Unidos, pasamos a México, Venezuela, Colombia, Ecuador, Brasil, Surinam, Perú, Bolivia y Argentina… El único país donde no nos dejaron entrar fue Paraguay, porque allí estaba el dictador Stroessner… Dábamos información sobre los sucesos de Chile, desde lo que había sido el gobierno popular, el sindicalismo, etc. hasta lo que era ahora… Y en todas partes aparecía algún chileno pat'e perro que, con su correspondiente guitarra, nos avivaba la cueca… La relación entre los exiliados chilenos en Suecia era muy buena, aunque allí predominaban los radicales, por su cercanía con los social-demócratas suecos… La campaña por Chile tuvo un importante apoyo de parte del Primer Ministro sueco, sobre todo con recursos, que se canalizaban a través de la Central de Trabajadores de Suecia… Yo no manejaba muy bien el idioma, pero mis hijos hacían el papel de traductores, y así pude hacer mi trabajo político durante los primeros tres años… Hacíamos peñas, conciertos, recitales, con los grupos chilenos del más alto nivel… A mí me nombraron encargado de cultura del partido, y hacíamos intercambios de artistas con los compañeros que estaban en Francia; así enviábamos o traíamos al Inti Illimani, Illapu, Tito Fernández, Jorge Yáñez, Amparo Ochoa, Patricio Manns, Joan Báez, Pablo Milanés, Quilapayún, el Aparcoa, los hermanos Parra… Nosotros éramos una potencia mundial en materia de música… Suecia era el país desde donde se enviaba más dinero a Chile… Los suecos eran muy generosos» (Testimoniante 23).

«La detención de Pinochet en Londres fue, para todos los que habíamos sufrido la violación de los derechos humanos… un desahogo, una alegría indescriptible… Apenas nos enteramos de la noticia, nos organizamos todos, rápidamente, y durante los 503 días que estuvo preso, los refugiados de todos los países europeos presionamos para que Pinochet fuera enviado a España, única parte donde se le podía juzgar en serio, porque estábamos convencidos que en Chile eso no se iba a realizar… y el tiempo nos dio la razón… Y en el piquete de Londres participamos todos. Muchos viajamos desde Suecia, de Francia, de Bélgica, de Holanda, etc. para estar allí. Los compañeros y compañeras de Inglaterra organizaban un piquete que funcionaba todos los días gritando consignas contra el tirano… Desde Suecia se envió una petición para que Pinochet fuera juzgado también en ese país… El piquete estuvo funcionando por más de un año, muchos compañeros se anduvieron agotando. Pero de toda Europa iba a gente a apoyar… El contacto con mis compañeros del ELN era bastante esporádico, porque en Europa había sólo unos pocos, otros estaban

presos y yo no conocía los nuevos compañeros de Chile… Llegamos a ser 35 compañeros, y caímos sólo siete… Mayormente, a fines de los ochenta, yo ya estaba integrado a la sociedad sueca, mi vínculo con el país se limitaba a una red de apoyo a los compañeros chilenos, y a otros que se habían integrado al Frente Sandinista…» (Testimoniante 39).

«En Francia trabajamos con las organizaciones que ayudaban a Chile… Habían muchas alcaldías comunistas o socialistas, entonces había una red de apoyo solidario enorme, y eso era en toda Europa… Entonces, cuando llegó Balmes y la Gracia Barros formaron una brigada de pintura, junto con dos muchachos que eran de la Juventud Comunista. A la brigada la llamaron Luis Corvalán, que todavía estaba preso en Chile. Ellos me invitaron a incorporarme a la brigada… Y comenzamos a pintar en los lugares a donde nos invitaban… en Holanda, en Alemania, en Estados Unidos, en toda Francia, en Italia… En Europa no se conocía mucho la pintura mural, en Estados Unidos, en cambio, sí. Así que fuimos una novedad en el viejo continente… Y nos contrataban y nosotros íbamos y nos pagaban sólo la estadía. Teníamos que hacer dibujos, venderlos y así juntar plata para enviar a Chile. Una pura vez una municipalidad nos pagó por el trabajo, y nosotros nos gastamos toda esa plata en un almuerzo enorme… Así que aparecíamos en todas partes, en Berlín, en Amsterdam, en Rotterdam, en Venecia… pero siempre sin un centavo en los bolsillos… Lo que nosotros hacíamos era pintar sobre un muro, pero como si pintáramos sobre una tela, con materiales acrílicos… se preparaba el muro, se pintaba de blanco y después trabajábamos sobre él. También pintábamos grandes lienzos, que se colocaban, por ejemplo, detrás del Quilapayún o del Inti Illimani, cuando ellos iban a cantar por allá. En Cuba pintamos un enorme fresco cuando fue el Quilapayún, y en Estados Unidos organizamos un trabajo con 200 pintores norteamericanos en solidaridad con Chile: hicimos un enorme telón en un parque… (Testimoniante 41).

«Yo salí al exilio con un bombo, un charango, unas zampoñas y unas quenas , y al poco tiempo, dos semanas después, ya tenía un grupo musical… y a los 15 o 20 días, empezamos a tocar… y no he dejado de tocar… En Vancouver, Canadá, había un grupo grande de exiliados… tenían un Comité de Derechos Humanos… y se juntaban, y hacían peñas y otras cosas para juntar plata y la

enviaban a los Comités de Solidaridad con Chile… Pero también tuve que empezar a lavar platos en un Holiday Inn, y nunca me olvidaré que eran 500 personas a las que había que atender, así que lavábamos miles de platos, toda la noche… Como nuestro grupo musical tuvo un cierto éxito, comenzamos a viajar por Canadá… Así fue como me recuperé a mí mismo. Tocando música y siendo, todo el tiempo, solidario. Mi vida fue normada por la solidaridad. Por eso, si teníamos que ir a un lugar y crear apoyo solidario, íbamos, sin importar donde fuera, y a menudo nos quedábamos allí…» (Testimoniante 9).

…«Mi vida fue normada por la solidaridad», dijo el Testimoniante 9. Y esta norma fue, a decir verdad, válida para todos los exiliados, casi sin excepción. Bajo una forma de acción, u otra. Pintando, de un país a otro; cantando, de una ciudad a otra; reuniendo recursos para enviar a Chile; denunciando los crímenes contra la humanidad; desplegando por el mundo el arte y la cultura solidarias; ayudando a los hermanos refugiados de otras naciones; conviviendo y apoyándose para ser los mismos de ayer y los rebeldes nuevos de mañana… La solidaridad exiliada se abrió en abanico, como una flor gigante, asombrando a los amigos extranjeros e insuflándoles una energía nueva, emanada de nosotros mismos. No sería justo decir, por tanto, que la acción político-solidaria se dirigió sólo contra Pinochet y sólo en apoyo al pueblo de Chile… También se volcó sobre otros refugiados (I.), integró extranjeros a una causa universal (R.) y, sobre todo, se volcó en apoyo a las luchas de los pueblos latinoamericanos…

«Un día fui al doctor y había una revista (Overseas), y allí leí: "se necesitan matronas para reconstruir sistemas sanitarios en el norte Nicaragua; requisitos: hablar español, ser matrona y estar dispuesta a vivir como voluntario"… En una semana y media estaba calificada y decidí partir… Regalé todo lo que tenía en mi departamento de dos piezas (muebles, living, comedor, etc.), hice una fiesta para despedirme de mis compañeros, llené una maleta, y me fui a Nicaragua… Era el año 1981… El aeropuerto no era aeropuerto, las calles no eran calles, las casas todavía humeaban por los estragos de la guerra… Bajé del avión, sentí el calor, la humedad, vi el paisaje, y me dije: "estoy en el lugar correcto"… En Chile no habíamos logrado cambiar la sociedad, pero los compañeros sandinistas estaban cambiando la suya… Me creí el cuento, por tanto, de llevar la salud donde no había llegado nunca antes… Me fui al norte

de Nicaragua… Me presenté allá como voluntaria británica y quedé contratada ganando la nada misma… El problema fue que en ese país no existía la profesión formal de "matrona", de modo que no podía trabajar en hospitales… entonces me nombraron formalmente "encargada del adiestramiento de las parteras tradicionales del norte de Nicaragua"… Y comencé. Casi me morí cuando las conocí: señoras analfabetas, descalzas, uñas negras, cortaban el cordón con machete, lo quemaban al rojo vivo, le colocaban una pasta de ajo, lo amarraban (por eso tenían tétano neonatorum, que se llama), no había control prenatal… Los sandinistas construyeron hospitales, pero las mujeres no iban allí porque no les gustaba que las desnudaran ni que le hicieran tacto, entonces preferían la partera en su propia casa… Yo me fui a vivir con una de ellas. Casi me morí al ver cómo trabajaban. Por poco me desmayé… pero aprendí toda la medicina tradicional de las hierbas, a sobear, a mantear, toda la cultura indígena para la atención de partos… y me fasciné… Siete años trabajé allá… Allí encontré un compañero, el papá de mi hijo, en 1985… y tuve un parto natural… siento que con este parto reparé los dolores pasados… al dar vida reparé mi vida… todos esos dolores que yo cargaba, esas culpas, esas reflexiones, todo se plasmaron en este niño que venía y que necesitaba una mamá fuerte… con este niño, reviví… parí de nuevo mi propia vida… Y seguí pensando que nosotros podíamos cambiar el mundo… llegué a lugares donde nunca había entrado la salud… me enseñaron a medir los centímetros con los dedos, a atender partos sin luz, sintiendo con tu dedo si te pinchabas con la aguja o no te pinchabas, me enseñaron las hierbas… Fue extraordinaria la experiencia de Nicaragua, el lugar donde fui más feliz… porque no me movía nada material… si lo material nos corrompe, yo no tenía nada, lo único que tenía era mi maletita… Y cambió mi vida después que tuve a mi hijo… ya no estaba sola. Ahora éramos mi compañero, ese niño, y yo…» (Testimoniante 13).

«En mi exilio yo estuve en muchos países, y las actividades de solidaridad, en cada lugar, tenían rasgos locales distintos… Por ejemplo, en Suecia, siempre actué en mi condición de estudiante, y en México, en cambio, actué en mi condición de mujer, e hice trabajo con otras mujeres exiliadas… Allí hicimos cursos de capacitación para mujeres, de apoyo sico-social, íbamos a conferencias en la Universidad… eran actividades disímiles, pero todas se conectaban, a la vez, solidariamente, con Chile… Eran muy variados los trabajos en México, sobre todo en el plano de las publicaciones, sobre temas femeninos y de derechos humanos… Posteriormente se comenzó a dar otra

situación con la guerra en Centroamérica y la lucha sandinista… Instalamos en Costa Rica un centro de actividades solidarias con Nicaragua. Como resultado de eso, me fui a Costa Rica, y luego a Nicaragua, donde trabajamos en la tarea de abrir apoyo internacional a los compañeros sandinistas… Allí, con el calor reinante, los nicaragüenses se levantaban a las 5.00 A.M… De modo que nosotros, trabajando, nos levantábamos a la hora de los nicaragüenses y nos acostábamos a la hora de los chilenos, que era tardísimo… Dormíamos muy poco… De allí, con la política de retorno, volví clandestina a Chile, donde estuve hasta 1984… de aquí me fui a Argentina, donde trabajamos por el movimiento de los Derechos Humanos, tanto de Uruguay, Argentina, como de Chile… sobre todo, asociada a las mujeres organizadas de Uruguay y Argentina… La verdad es que entramos en esta vorágine de acciones solidarias desde nuestra estadía en Suecia… De hecho, allá nos dimos cuenta que nosotros nos mantuvimos unidos y solidarios entre nosotros todo el tiempo, razón por la que no tuvimos que recurrir tanto al apoyo sicológico individual que nos ofrecían los suecos, lo que contrastaba con los compañeros uruguayos y las compañeras uruguayas, que recurrieron más que nosotros a ese apoyo… Es que ellos se daban menos ayuda entre sí que nosotros… Yo, de preferencia, busqué la asociación con movimientos de mujeres, en todos los países donde fui. Es que nosotras, cuando estuvimos detenidas en Tres Álamos, habíamos hecho una reflexión conjunta de cómo era la situación real de las mujeres revolucionarias, qué nos había pasado en tanto que tales, el trato que nos habían dado (tanto compañeros como no compañeros), cuál había sido exactamente nuestro rol en el partido, en la política, en fin… Al cerrar nuestra investigación, descubrimos, entre otras cosas, que más del 80% de las compañeras que habíamos entrado al partido y hecho tales o cuales tareas políticas, había sido por pedido o sugerencia de nuestros compañeros sentimentales, y que sólo una minoría –compañeras que normalmente se habían formado en familias con una fuerte cultura de humanismo laico– habían sido más autónomas en su adscripción a una organización política y en su accionar dentro de ella… Al mismo tiempo, constatamos que las compañeras que habían ocupado algún cargo de dirección dentro de la organización, hubiera sido a nivel regional o a nivel nacional, constituían una minoría insignificante. Se podían contar con los dedos de una mano… Esas conclusiones, consideramos, debían debatirse en un nivel más amplio… y las escribimos en retazos de género de batista colocados sobre un bastidor (escribíamos en horas de la noche). Entonces descosimos luego el forro de una chaqueta, pegamos debajo del forro nuestras mensajes y la chaqueta salió de Chile con destino a París… Cuando llegamos a Suecia, reprodujimos el texto, e hicimos en París un encuentro de mujeres, donde iniciamos en conjunto

una reflexión ampliada sobre el problema. Eso nos llevó a plantear cuál era la verdadera condición de la mujer, no sólo dentro del capitalismo, sino también del socialismo… De ahí comenzó una relación con los grupos de mujeres que tanto en Francia como en toda Europa estaban trabajando y publicando sobre este tema… Nuestra investigación de Tres Álamos, más las conclusiones del encuentro que se hizo en París, se archivó en un legajo que quedó a cargo de la dirección del MIR, el que fue luego enviado a La Habana, a objeto de que fuera publicado en un libro que iba a editar Ruy Mauro Marini en México… Después, cuando tuve oportunidad de trabajar con Ruy Mauro en la línea de publicaciones propuesta por la Dirección, le recordé de nuestro texto… y resultó que nadie sabía dónde estaba el legajo nuestro. No lo habían visto en La Habana. Y la verdad es que ese archivo nunca más apareció… Felizmente, una compañera sueca guardó copia de nuestro documento… Creemos que la investigación que hicimos en Tres Álamos fue una reflexión conjunta sobre el estado del feminismo revolucionario, confrontado con lo que pasaba con el feminismo burgués…» (Testimoniante 48).

«Llegué a Suecia y empezamos a trabajar enseguida… Había una solidaridad increíble, nos acogieron y nos trataron muy bien. Había una agrupación de mujeres muy potente en Europa y en Suecia era, sin duda, un grupo importante. Así que con este grupo local y un equipo de periodistas que se comunicaba con nosotras, preparamos, para la navidad de 1976, un informe de denuncia por TV, que se pasó en toda Escandinavia, durante media hora… Fue un muy buen trabajo. Tenía mucha información... Después seguimos comunicadas con Chile y con la solidaridad internacional. Así, en 1978 participamos en una huelga de hambre de apoyo al pueblo chileno que se hizo en toda Europa… Al mismo tiempo, trabajamos estrechamente unidas a la resistencia latinoamericana… Tengo un muy buen recuerdo de las compañeras suecas. Fueron muy solidarias con nosotras… Pero la verdad es que yo estuve poco tiempo en Suecia porque me acogí al plan de retorno. Estuve un año y medio en Suecia, el otro año y medio estuve en Cuba, después en París, y de ahí a Chile… En Cuba conocí a A., mi compañero… Yo volví primero (en marzo de 1980) y él, en abril…» (Testimoniante 8).

Era imposible –considerando la magnitud de la tragedia vivida por el pueblo

chileno, la brutalidad de las torturas recibidas, los asesinatos y desapariciones, además del enorme desafío de una exilio disperso por todo el mundo– no realizar, individual o grupalmente, una reflexión histórica auto-crítica del proceso vivido, sobre los errores cometidos por la organización o por uno mismo, o respecto al significado profundo de los cambios culturales que estallaron en el pueblo chileno o en las organizaciones de izquierda y, sobre todo, dentro del mismo sujeto revolucionario. No todo debía ser denuncia de los atropellos a la vida y a los derechos civiles perpetrados por la tiranía militar, ni pura solidaridad con las víctimas de esos atropellos. Había también, y tal vez no poca, una responsabilidad propia, y correspondía realizar un balance evaluativo serio, honesto y sin tapujos…

En verdad, los parámetros de responsabilidad comprometidos por los hechos vividos entre 1973 y 1990 fueron múltiples. Y todos altamente sensitivos. Algunos eran de rango estratégico (por ejemplo, los que conectaban a Chile con la guerra fría), otros de rango político-partidario (táctica revolucionaria anterior o posterior a 1973), otros relativos a la concepción ético-política del sujeto revolucionario (que determinó, por ejemplo, los criterios a adoptar frente a la tortura y la «delación»), otros relativos al conocimiento adecuado de la «situación operativa» (situación real de la clase popular en Chile), otros relativos a la forma en que puede y debe recomponerse la fuerza social y cultural del proceso revolucionario (más allá del voluntarismo militarista), otros en conexión con los procesos subjetivos e intersubjetivos de reconstitución e incluso transformación del sujeto revolucionario, etc.

La reflexión retrospectiva-prospectiva que realizaron los exiliados chilenos entre 1976 y 1990 se movió en todos esos ámbitos, combinando análisis general y experiencia vivida. No hubo –salvo casos incipientes– una reflexión organizada, sistemática, científica y colectiva. Lo que se transcribirá a continuación son, por tanto, sólo fragmentos –tal vez dispersos en la superficie, pero unidos en el fondo común de lo vivido– de una reflexión exiliada profunda, que se movió de arriba abajo y a lo largo de todos los parámetros anotados (y de otros que no se registraron). Son fragmentos, sin duda, que claman unificación por coherencia y sistematicidad teóricas. Pero, aun así, fragmentarios y dispersos, comunican el humanismo de fondo que los inspira y la necesidad de superar los vacíos que detectan y denuncian.

Sobre el plano histórico-estratégico general, considérese el siguiente testimonio:

«Mira, hubo algo que me golpeó muy particularmente. Y fue el hecho de darme cuenta que nosotros fuimos… títeres de una situación que estaba siendo manejada por otros, y que nos movían como títeres… y nosotros hacíamos cosas de niños chicos… Porque el gran protagonistas no éramos nosotros, ni siquiera nuestros partidos políticos, sino un gigante que nos rebasaba por todos lados: Estados Unidos… Ellos influyeron en todo, manejaron todos los hilos de la situación y nosotros, bajo todo eso, éramos, simplemente, marionetas… Y murieron y desaparecieron jóvenes de una manera horrible… Y esta percepción es para mí violenta, atroz ¿cómo pudimos ser tan ciegos? ¿Cómo no haber seguido otro camino, tal vez menos violento, para llegar donde queríamos llegar?... Otros países tuvieron capacidad para ir paso a paso, como Suecia, por ejemplo… que no es una sociedad socialista, en absoluto, pero que se acerca bastante a lo que uno hubiera soñado… donde la clase obrera hubiera podido tener una casa o un departamento bueno, amplio, grande… Y los suecos obtuvieron todo lo que tienen a través del diálogo entre patrones y obreros, desde los años cuarenta hasta ahora… No supimos leer la historia mundial como deberíamos haberla leído… Pero la gente se queja: "¡ay!... estudiar Historia…". Pero el conocimiento de la historia es la base de todo desarrollo. Nosotros deberíamos releerla y aplicarla…» (Testimoniante 12).

O respecto a la naturaleza orgánica y las políticas del «partido»:

«Los socialistas, por lo menos en ese período, fueron quizás los más desparramados… Para ese período no se podía pensar en un partido monolítico… el Partico Comunista sí era monolítico. En nuestro partido había una dirección general, pero luego había un montón de grupos que tenían visiones distintas… En Chicago mismo teníamos confrontaciones entre socialistas. Una vez fue el Illapu, y el grupo de compañeros que era proclive al Comité Central no nos querían dejar entrar, e incluso se dispusieron a golpearnos, porque teníamos otra posición dentro del partido… Sin embargo, si nos encontrábamos por ahí, nos saludábamos fraternalmente… Cuando estuvimos presos también se dio ese tipo de contradicciones… entonces, era difícil constituir unidad para la acción… Con algunos compañeros habíamos

estado juntos en Villa Grimaldi, y luego en Tres Álamos, pero nunca hubo entre nosotros una confianza absoluta, así que trabajábamos en proyectos paralelos, porque él era de la Coordinadora, y yo, de otro grupo… Y así se fueron dando las agrupaciones y la dispersión, que, al final, hizo bastante daño al proceso conjunto…» (Testimoniante 29).

O respecto a cómo los partidos políticos fueron conduciendo el proceso histórico que se denominó «transición a la democracia», que se alejó notoriamente de los principios y orientaciones implementadas por esos mismos partidos antes de 1973:

«Sin duda, es comprensible que un pueblo que sufrió una represión brutal, como el chileno, considere que cualquier salida es mejor que tener un dictador encima… Y esa salida, en todo caso, fue producto de la presión de las masas que salieron a las calles a protestar… y ante el riesgo de que se diera vuelta la tortilla, las elites políticas e intelectuales buscaron y encontraron una salida "ordenada", que coincidía con el punto de vista y los intereses del sistema neoliberal… Eso fue lo que ocurrió… Yo, claro, hago apreciaciones según lo que ya ocurrió, pero en ese tiempo, considerando que la Izquierda Revolucionaria estaba muy debilitada, esa salida –pensábamos– significaba darle paso a los grupos y sectores que deseaban mantener ese sistema capitalista, el de Pinochet, pero bajo formas aparentemente más humanas… Nosotros nunca tuvimos expectativas de que el triunfo del NO y la transición misma iban a producir un cambio con sentido social y popular del sistema heredado de Pinochet. No, nunca, ahí estaba, por ejemplo, Patricio Aylwin, Eduardo Frei Ruiz Tagle… Y uno decía: "pero ¿cómo es la cosa? Esos tipos habían sido elementos importantes en la preparación del golpe de Estado…". Entonces ¿qué esperanzas podías tú tener de esa transición?... Y ahora, es aun más sorprendente que en ese juego entraran el Partido Socialista y hasta el Partido Comunista y otros partidos que antes habían integrado la Unidad Popular… Había un saco revuelto ahí, y de él no podía salir nada bueno… Salvo la idea de que cualquier cosa que no fuera Pinochet era mejor para el pueblo… Y si nosotros volvíamos desde nuestro exilio a nuestro partido histórico… ¿íbamos a enrolarnos sin más en el sistema creado por la dictadura?» (Testimoniante 39).

La evaluación crítica que se planteó en el exilio fue sin duda más integral, o, al menos, más dramática, entre los compañeros del MIR que entre los compañeros de la Unidad Popular. Es que la ruptura planteada por ese movimiento con respecto a la política constitucionalista (adoptada por todos los gobiernos posteriores a 1932) era directa y radical, y tenía implicaciones más trascendentes para la subjetividad de sus militantes, puesto que implicaba desacatar la mayoría de los principios centrales del sistema político liberal impuesto con trampas en 1925 (sostenido en resquicios legales hasta 1973), tales como el derecho de propiedad, el respeto a la autoridad constituida, la primacía del Estado sobre el ciudadano, etc. La derrota de la UP implicó, de algún modo, la derrota de su revolución constitucionalista; la derrota del MIR, en cambio, implicó la derrota de un movimiento político que no estaba adscrito a la tradición democrática institucional (liberal), sino a la sensibilidad social viva, a la ética colectiva surgida al margen de la legalidad (poder popular), y a la voluntad política que brotó del interior de una subjetividad joven que se había cansado de la «vía parlamentarista» al desarrollo y al cambio social. La derrota de la UP fue la caída de un sistema político formal y de un grupo de organizaciones partidarias moldeadas por la tradición. La del MIR, por el contrario, fue la derrota de una generación joven que, desde dentro de sí misma, se propuso ir más allá de los límites marcados por la democracia sistémica. No es extraño que los viejos partidos que formaron la centro-izquierda de los años sesenta retomaran treinta años después, en 1990, la misma opción constitucionalista (ahora respetando la Constitución de 1980); mientras que las nuevas generaciones juveniles (lo mismo que la envejecida en el exilio) han debido vivir, experimentar y repensar de nuevo los límites de esa opción…

Por eso, la evaluación crítica, en la subjetividad militante del MIR, fue más intensa, más dramática, y apuntó sus fuegos no sólo contra las líneas de acción decididas por su dirigencia superior, sino, sobre todo, para rescatar los principios que forman, rigen y desarrollan plenamente al sujeto revolucionario en tanto que tal y, por ende, también a la organización revolucionaria. Incluso, la crítica a las políticas decididas por su dirección se sustentaron siempre, en último análisis, en la consideración de esos principios fundantes. En particular, referente al modo cómo el fundamento solidario sostiene y debía sostener la mantención y desarrollo de las acciones de rebeldía (en el partido y/o en el pueblo), y al modo cómo se construye la teoría revolucionaria (si en base al permanente fundamento solidario, o en base a un coyuntural y oportunista comando militarista).

Véanse, a este respecto, los siguientes testimonios:

«Viví dos años y medio en Noruega, y de ahí partí en la política de retorno a Chile decidida por la dirección superior… Estuve un tiempo en Cuba recibiendo instrucción preparatoria, luego me incorporé al cuerpo de instructores… Ahí se perpetró uno de las grandes errores estratégicos del MIR, y fue que los documentos de 1980 habían establecido los prerrequisitos para iniciar la guerrilla en Chile. Allí se señalaba que debía haber un determinado desarrollo del movimiento de masas y una determinada concentración de fuerzas del partido antes de iniciar esa guerrilla, para evitar su aislamiento e impedir que el ejército la atacara cuando estaba sin respaldo real… Eso estaba escrito y muy bien pensado, pero el voluntarismo de la Dirección del MIR determinó que, de todos modos, se instalara un grupo guerrillero en Neltume… y además publicaron en un diario mexicano la foto de esos compañeros, a efectos de que se supiera que había guerrilla en Chile… Y no había nada preparado… Esa Dirección cometió errores gigantes, que llevó a la destrucción del MIR… Además, entre 1976 y 1978, las compañeras o compañeros de detenidos desaparecidos que habían iniciado públicamente la denuncia de esos crímenes, fueron enviados luego por la misma Dirección a realizar acciones militares… Ahí murió, por ejemplo, la compañera A… Los dirigentes de masa que se estaban formando, fueron así enviados de golpe y porrazo a la acción militar… De manera que, a fines de los años ochenta, cuando el MIR se había logrado recomponer algo después que Pascal destruyó su sector y Gutiérrez construir otra ala de partido, se dan cuenta recién de lo que había pasado y que ya no tenían fuerza ni coherencia para responder a lo que estaba sucediendo… y ni la propia Dirección fue capaz de ponerse a la cabeza del proceso y de las tareas que ellos determinaban, pero acordaron, en cambio, auto-disolverse… Y no ha habido, hasta hoy, un balance crítico de nada… ¿a quién se le pide cuenta por lo que pasó? Ahí nadie se hizo responsable de nada… Venderle a los cubanos la idea de la lucha guerrillera era lo más fácil… era plata segura. Pero no estaban dadas las condiciones, ni en el partido ni en el pueblo chileno… Por último, si Pascal se hubiera ido a las montañas a encabezar el proceso guerrillero junto con Gutiérrez, bien… pero lo prometían, lo exigían, pero ellos no lo hacían, ni lo hicieron. Entonces mandaban a otros… Ésa es una responsabilidad personal que ellos debieran pagar. El pueblo sabe que los causantes de la derrota del MIR fueron principalmente los componentes de su Dirección. Fueron dirigentes con escasa o ninguna capacidad de percibir, comprender y evaluar la coyuntura

política real que estaba viviendo el pueblo chileno… Yo me quedé en Cuba varios años, allá me casé, trabajé formando a la gente que pasaba por la escuela de instrucción, y yo mismo, por el sectarismo recalcitrante que tenía en mí en ese tiempo, me llevó a proponer que expulsaran a los que discrepaban políticamente, por el mero hecho de discrepar… Esto significó, al final, que se expulsara del partida a una masa mayoritaria de militantes, tanto de La Habana y Cuba, como de Europa y otros países. El MIR quedó reducido a un puñado de incondicionales, y sólo como un 10% de los militantes que estaban en el exterior quedó organizado como para apoyar a la lucha guerrillera que partía en Chile… Y en 1987 cometieron otra estupidez al impulsar los levantamientos populares… cuando no teníamos suficiente militancia, ni dentro ni fuera de Chile… Trabajé en el área de información de la escuela de La Habana hasta que me echaron… Después trabajé en una empresa de Max Marambio, una empresa de gansos, supervisé la construcción de mataderos… hasta que me fui a Uruguay con un plan de acercamiento, porque no tenía permiso para ingresar a Chile… Ahí trabajé en un Asociación Latinoamericana de Derechos Humanos, pero sólo hasta que denunciamos la estafa cometida por un sujeto avalado por el MIR y el Partido Socialista, y como en el fondo era plata para el MIR, éste no acogió la denuncia y, en cambio, envió gente para expulsarnos de ahí. Fuimos expulsados todos los denunciantes… Era el año 1988, por suerte se había levantado la prohibición de ingreso a Chile, así que volví, y saqué por fin mi título de ingeniero…» (Testimoniante 64).

«Cuando llegué a Suecia y me instalé geográficamente lejos de la pesadilla, y en un lugar seguro y acogedor… se nos vino a la cabeza toda la maldita pesadilla… Pasamos un año ayudándonos mutuamente, sin ayuda sicológica, para empezar a enrielarnos de a poco y para salir de la obsesión… De partida, tuvimos una hija… Ella nos sacó de nosotros mismos, nos trascendió, y comenzamos a preocuparnos de alguien más y de algo más que de nuestras pesadillas… Creo que tenemos una hija maravillosa… y ahora tenemos una nieta y… ¡éstas son alegrías!... Diana venía mucho más crítica del MIR que yo, ella había tenido dudas desde antes de caer presa, pensaba que la cosa no estaba funcionando como debía, que los errores se acumulaban, y cuando cayó presa ella estaba ya muy descreída… Para mí, la pérdida de la militancia y la auto-destrucción del MIR fueron dolorosas, y todavía lo son… Pienso que ha faltado autocrítica de quienes dirigimos el partido en ese tiempo. Me siento partícipe de todo eso… Yo he hecho autocrítica en muchos documentos y en mi

labor periodística de estos años… pero hay otros dirigentes que se encogieron de hombros, y nunca han abierto la boca para decir "la cagué en esto o en esto otro". No he visto a los dirigentes superiores haciendo un balance serio de nada. Por eso, hoy, están perdidos en la nada… Están muertos en vida porque no han sido capaces de reconocer nada… todo lo que hicieron, según ellos, fue victorioso… La Operación Retorno, por ejemplo, sirvió para que decenas de jóvenes que estaban en el exilio se introdujeran en el país… y cayeran como moscas. Y de esto ellos nunca han hecho un balance crítico, menos auto-crítico… Los que estábamos en contra de esa política fuimos acorralados y expulsados del partido. Y esto es doloroso para uno, porque uno entró en este compromiso en serio, con toda la convicción del mundo… Entonces, los que sobrevivimos tenemos que reflexionar sobre lo que hicimos mal, y no volver a incurrir en lo mismo… Yo veo que en Chile, hoy, hay muchos jóvenes, casi adolescentes, que intentan recrear el MIR… y yo me pregunto: "¿van a repetir lo mismo a esta altura de nuestra historia?"… Esto me preocupa. Para ellos, tal vez, yo soy ahora un militante amarillo, casi vendido al viejo imperialismo, porque digo estas cosas, porque desacralizo a los héroes del partido… porque muchos de ellos, a decir verdad, no fueron tan heroicos. La historia real es distinta… Se ha dicho que el llamado "combate de Malloco", por ejemplo, fue un gran hito de la guerra contra la dictadura, pero eso fue, en verdad, un paquete de errores y otro gran fracaso del MIR, pues sólo trajo más muertos y más torturados… Los testimonios nuestros tienen que basarse en hechos reales, no en mitos… y en cómo le dimos pasto al enemigo para que nos aplastara como cucarachas… El MIR se fue disgregando, se fue diluyendo… Yo no volví a militar, mandé todos los informes que debía entregar, y allí conté mi visión del problema… Me expulsaron… a pesar de que no se podía expulsar a un miembro del Comité Central o de la Comisión Política, porque sólo un Congreso Nacional del partido podía hacerlo. No podía echarte cualquier pelafustán firmando cualquier güeá y gritar: "¡estás expulsado!"… Nunca se aclaró eso y yo tiré la esponja. El MIR comenzó a desmoronarse por todos lados… yo me saqué el sombrero, y dije, solamente: "adiós"… Y no he militado nunca más. He vuelto al periodismo y a hacer política a través de la búsqueda y entrega de información, no por medio de otra militancia… Vine a Chile en 1988, como periodista, a cubrir el plebiscito… hicimos una transmisión maravillosa en sueco y en español…» (Testimoniante 26)… «Empecé un proceso muy fuerte de reflexión sobre lo que había sido mi militancia… Los primeros años de exilio teníamos una depresión endógena, nos costó mucho darnos cuenta de que estábamos vivos, y para qué estábamos vivos… No teníamos ningún proyecto personal, ni una estrategia de recambio de la vida que habíamos tenido…

Tuvimos una muerte sicológica… porque yo había sido un tornillo de la organización en la que había militado, sobre todo en 1974, cuando todos caían alrededor mío y yo quedaba parada… Vivíamos la incondicionalidad de la entrega a la causa. No es que pusiéramos en duda la lucha contra la dictadura, sino la manera en que nosotros la estábamos haciendo… pues, nunca me he repuesto de la liviandad con que se usó la vida de nosotros. Nos imponían el deber supremo de la militancia y la profesionalización de una militancia sin oficio… Yo creo que tú tienes que hacer en el mundo lo que tengas que hacer desde un oficio, una profesión, un rol social, no de esa incondicionalidad total. No hay nada que justifique la militancia como un mero fundamentalismo, en que tu vida personal y social no importa… y no es porque defienda la vida por la vida, sino porque la incondicionalidad de ese tipo no hace otra cosa que mantener estructuras de poder que responden a "otro" tipo de intereses que no son, necesariamente, ni los nuestros, ni los capitalistas…» (Testimoniante 14).

«Por 1973 yo trabajaba en el banco y tenía un salario como cuatro o cinco veces superior al salario mínimo… pero los jefes de mi partido querían profesionalizarme como militante… Yo les decía: "si ustedes me quieren profesionalizar, van a perder mi cotización al partido, que es un salario y, además, tendrán que pagarme otro salario"… Pero ellos insistían: "tienes que dedicar las 24 horas del día a la revolución"… Y volvían a la carga sobre lo mismo: "aquí se trata de construir un cuadro político que asume la responsabilidad de derrotar a la dictadura"… Teníamos, claramente, visiones contrapuestas… Y cuando llegamos exiliados a Holanda, el grueso de la dirección local eran compañeros que habían sido detenidos durante los primeros días, que no tenían experiencia de la lucha en clandestinidad, y que se creían al pie de la letra los informes de Nelson Gutiérrez ("flujo y reflujo del movimiento de masas")… Había una distancia enorme entre la experiencia que nosotros traíamos, y la de ellos… que eran los viejos miembros de la direcciones regionales del partido, que tenían aún esa concepción piramidal y jerárquica típicas del período anterior a 1973… Nosotros, en cambio, éramos producto del tiraje de la chimenea… Y lo que fue peor, nunca pudimos convencerlos de que la Operación Retorno no se iba a encontrar en Chile con un partido organizado, sino con uno desmantelado. Nosotros nos auto-criticamos en cuanto a que no desplegamos la argumentación necesaria para persuadirlos de hacer otra cosa que la que hicieron… Cierto es que estábamos más preocupados en ese momento del viraje que estaba realizando el MIR, en cuanto a que declaró al

gobierno de la Unión Soviética como aliado estratégico del proletariado chileno, pasándose por la raja las tesis internacionales aprobadas en el Congreso Fundacional del MIR… Y por otro lado, esa política, más la línea que marcaba autoritariamente el Comité Central (que conducía a tropezarse dos veces con la misma piedra), que lo único que le interesaba era que la gente estuviera dispuesta y dócil a sus instructivos»… (Testimoniante 24).

El MIR, sin duda, fue la organización partidaria que más directamente recogió el sentir, los valores y la proyección política rebelde de la juventud veinteañera de fines de los años sesenta: el cansancio de muchos, por ejemplo, con la política popular legalista que había orientado cansinamente al pueblo desde, cuando menos, 1938; o el empuje de quienes sentían la necesidad urgente, vital, de ir más allá de esa rutina para hacer, de una vez por todas, lo que el pueblo chileno estaba necesitando desde comienzos del siglo XX… Pero es preciso decir también que esa juventud, aparte de todo lo anotado más arriba, no tenía: a) un conocimiento sistemático, profundo y suficiente, ni de la historia, ni de la sociedad, ni del Estado, ni de la economía chilenas, porque no existían estudios, ni en cantidad ni en calidad, para actuar con real conocimiento de causa; b) un proyecto de sociedad alternativo, que fuera conocido por el pueblo y, en parte, ya experimentado, y c) una consistente raigambre social, cultural y política en los diversos estratos de la clase popular.

Pero el don supremo que tenía esa juventud, precisamente surgido de los «haberes» anotados en el encabezamiento del párrafo anterior, y de los «debes» anotados al final de ese mismo párrafo, se refería, en lo esencial, al sujeto revolucionario, y era una fuerte apuesta valórica a la causa revolucionaria, y un decidido compromiso vital de acción solidaria… Y eso era y ha sido siempre la típica composición cultural del accionar juvenil en la apertura de los procesos críticos de la historia.

La articulación político-partidaria de esa apuesta y ese compromiso no podía, por tanto, sino ser totalizante (los valores son imperativos, más bien totalitarios y no poco jerárquicos), con inclinación a plantear exigencias perentorias de «incondicionalidad» (Testimoniante 14), o de «profesionalismo» (Testimoniante 24) y, por tanto, enjuiciamientos de lealtad o traición (variante militar), de pertenencia o expulsión (variante sectaria), o de competencia o marginación (variante de mercado). Tanto los jefes supremos como los mandos medios del

MIR, jóvenes y, a decir verdad, con poca sensibilidad de piel y escasa formación conceptual para captar la dialéctica social de los procesos históricos, ante la brutalidad del golpe militar, reaccionaron con la más pura lógica valórica, y adoptaron, ingenuamente y con cierta sacralidad hierática, tanto la variante «militar», como la «sectaria» y, en añadidura, la de «mercado». De este modo, su concepción oficial del militante –que englobaba la del partido–, lo mismo que su política de «juicio a la delación», de «operación retorno» y de «represión a la crítica con anulación de la auto-crítica», revelaron nítidamente su aferramiento a esa lógica (esencialista y maniquea). Al hacerlo, pasaron a llevar, de diversos modos y sostenidamente, el principio básico de solidaridad horizontal (basado en la prevalencia del sujeto social real, vivo, con nombre, oficio, hijos y apellido, con debilidades y fortalezas), que es el que sostiene, en todo momento, en primera y en última instancia, la posibilidad política de la rebeldía. No hay rebeldía sin solidaridades de base. Quien no es solidario en todos los momentos de la historia, no es ni será nunca revolucionario, ni en la teoría, ni en los hechos… Y porque sin duda ese principio fundamental no fue respetado, el MIR entró en un proceso de «autodestrucción» (Testimoniante 26).

La transgresión partidaria de esa solidaridad fundamental se observa en los siguientes testimonios:

«Había una división política muy grande entre los partidos del exilio. Es cierto que había mucha solidaridad con Chile, y ahí participaban los militantes de todos los partidos, pero de todas maneras, en otros planos, operaba con fuerza el código partidario. Tú no podías ser amigo, por ejemplo, si eras MIR, con compañeros del Partido Comunista, a menos que tuvieras intenciones de reclutarlos para tu camiseta… Era, en verdad, un medio enfermo, estábamos todos enfermos. Llegó un momento en que las diferenciaciones partidarias eran tan fuertes, que yo opté por retirarme de ese mundo… Además, yo estaba cuestionada por el MIR, aunque nunca nadie me lo dijo, ni me lo explicó, ni me dijeron por qué. Era un aislamiento tácito, una complicidad silenciosa. Habían reuniones del partido, y a mí no me invitaban. Sólo me invitaban para recordar al compañero tanto que estaba desaparecido y que yo conocía… Actuaban como si fueran una secta y convertían a los compañeros caídos en algo así como santitos para la devoción… Yo traté de distinguir entre la parte linda del cuento y la parte fea, porque tenía que conservarme íntegra, con capacidad de juicio. Pero hice todo eso con mucha prudencia, porque el aislamiento, en el exilio, es

fuerte. Duro… Y todo se hacía en las cúpulas y entre cúpulas. En Noruega me rebajaron de militante a simpatizante y yo no me sentía ni siquiera como simpatizante… Llegaron al extremo de tirar un panfleto, escrito en noruego, que repartieron en los periódicos y en las salidas del metro, donde se identificaba con nombre y apellido a las personas que ellos señalaban como traidores al pueblo de Chile. El panfleto lo redactó la dirección del MIR en Noruega… A mí, entonces, se me hizo casi imposible seguir conviviendo con una organización así… La gente a la que denunciaban como traidores yo la conocía a casi toda, y yo sabía que era gente que había sido muy solidaria, que tenía diferencias políticas con la Dirección, y yo no les veía ni una gota de traidores, y menos al pueblo de Chile. Y se daba el caso que eran compañero muy activos en el movimiento de solidaridad con Chile… Me fui retirando cuidadosamente, porque yo comencé a sentirme fuerte desde que me separé del padre de mi hijo, y sobre todo, cuando empecé otra relación con el que fue el padre de mi hija, ahí pude respirar, tomar fuerzas y dar el paso de romper definitivamente con el MIR. El quiebre final fue a comienzos de 1978… Es que había sido muy duro, casi brutal. Me declararon persona non grata… Me cargaron una serie de historietas por lo que yo había hecho. Y cuando yo les preguntaba qué había hecho… no sabían responderme. Tenían que castigarme y yo no supe por qué, y nadie me dijo por qué me condenaron de ese modo… No he logrado conversar nunca con los que tomaron esa decisión, y por eso, el problema no se ha limpiado. Yo he conversado con la compañera a la que yo entregué en tortura, habiendo tomado ella la iniciativa para conversar, y me ha pedido perdón por la actitud inicial que había tomado, y ahora estamos en paz…» (Testimoniante 27).

«Respecto a la situación de mi compañero, que cayó detenido un tiempo después que yo, nadie del MIR, estando ya en el exilio, me ayudó… A mí me habían acusado de formar fracción dentro del partido –pero nadie me lo dijo oficialmente– y por eso determinaron no darme ayuda… Yo supe de esa acusación por un obrero que yo había conocido en la fábrica Hirmas –donde di clases de formación política– que un día se sentó frente a mí y me dijo: "yo de ti no dudo, yo sé quién eres, y te quiero decir esto: nadie te ha contactado de parte del MIR aquí en Suecia porque fuiste acusada, aquí en el exterior, de formar fracción; por tanto, eres un peligro para el MIR, y es la razón por la cual nos tienen prohibido hablar contigo"… Y yo no podía ayudar a mi esposo porque a él, a su vez, lo habían acusado de traición –lo que tampoco nunca me lo dijeron– … todo esto, la verdad, es historia sucia que ocurrió bajo dictadura… Y

para mí, todo esto fue terrible… Al punto que fueron los socialistas los que me ayudaron a denunciar lo de mi esposo, pues yo tenía que hacerlo pronto, porque él, suponía, todavía estaba vivo… Así, del mismo modo que actuaron inhumanamente conmigo en Tres Álamos, hicieron lo mismo de nuevo, ahora con él… El problema era que un compañero del Comité Central se volvió alcohólico, y por su alcoholismo perdió un dinero, y por esa pérdida fue acusado de traición… Mi esposo lo defendió, porque lo conocía mucho y sabía por lo que estaba pasando, y lo ayudó. Pero en ese tiempo nada se perdonaba… El MIR organizó una verdadera Inquisición para su propia gente, contra sus propios compañeros… Y resultó que los únicos que podían avalar a mi esposo en ese problema no estaban en Chile, sino en Cuba, porque la Comisión Política se asiló en Cuba… Es la razón por la que le exigieron a W. (mi esposo) que se asilara y aclarara su situación fuera de Chile. Fue entonces cuando mi esposo me mandó preguntar –estando yo presa en Tres Álamos– si se asilaba o no... La consigna oficial del partido era: "El MIR no se asila" (pero la Comisión Política se asiló). Yo sabía que él no era una persona de asilarse, y yo tampoco, así que la consulta me llamó la atención... En todo caso, le mandé decir: "por supuesto, asílate, y por favor llévate a nuestra niña"… En mi opinión, el MIR, a esa altura, estaba destruido, y sin cabeza… Entonces mi esposo intentó asilarse, pero cayó en manos de la DINA… Todos los inquisidores del MIR tienen que responder, en algún momento, de sus acciones despóticas, al menos ante sus propias conciencias, porque todo esto configura una historia negra, que, de todos modos, debe ser conocida... No se puede dar glamour a una cosa que no es glamorosa. Naturalmente, la responsabilidad mayor de todo esto es de la dictadura, porque la dictadura, entre otras cosas, nos mostró la pobreza que teníamos nosotros mismos como seres humanos… Yo me hice un promesa a mí misma después de toda esta experiencia, y es que nunca más voy a militar en un partido político, porque, de hacerlo, tendría de nuevo que acatar lo que impongan los jefes superiores, sin oportunidad ni posibilidad de decir: "no, en esto no estoy de acuerdo". Pero desde una perspectiva social he estado y estaré toda mi vida conectada a la política, a la medida de mis fuerzas… Lo importante es que hemos sobrevivido y podemos contar todo esto, lo de los compañeros que desaparecieron, lo de nuestros hijos que han sufrido las repercusiones de todos los estragos generados por la dictadura, la de todo el pueblo chileno que ha padecido todo esto, las actitudes inquisitoriales de nuestros jefes… Porque las secuelas están en todas partes, en los jóvenes de hoy, en los viejos de ayer… Y eso es lo triste, porque ¿cuántas generaciones van pasar antes de que nos hayamos sanado del todo?… Y mientras no me digan que mi compañero está realmente muerto, yo no voy a aceptar su muerte… Ha sido muy duro para mí

tomar conciencia de que él está desaparecido… alguien dijo que "la desaparición es un destino peor que la muerte", porque, al menos, tú, viuda de un desaparecido, no puedes descansar nunca… nunca, porque, irracionalmente, sigues buscando y sigues esperando... Por eso, yo no me despedí de él y no me he despedido nunca de él. Yo todavía soy casada… ni siquiera he hecho mis trámites en Chile para ser viuda… Yo no hablo de mi esposo actual, mi compañero sueco, porque él no es mi esposo, en realidad. Legalmente yo no estoy casada con él. Yo me dije una vez: "yo no me voy a casar nunca"… fue una persona que te arrebataron… yo voy a morir siendo esposa de él. Esto, para mí, está muy claro… Y nunca tuve contacto cercano con la gente del MIR. Allí no hubo continuidad… Así que me introduje en la sociedad sueca viendo a muy poca gente de Chile…» (Testimoniante 75).

El enjuiciamiento contra la «delación» y la «reflexión diferente», en el caso del MIR, fue, según se observa en los testimonios, y sin sesgo subjetivo, un claro procedimiento anti-solidario… Militarista, sectario, y de lógica excluyente.

Porque no se tomó la actitud ni la decisión de oír, comprender, dialogar y reintegrar, y en algunos casos, ni siquiera la deferencia de informar con formulación explicita de cargos. Fue un juicio-condena a priori, generalmente improvisado, sin descargos de ninguna especie, sin estatutos previos, ni procedimientos democráticos… Tal y como el Tribunal de la Santa Inquisición condenó, sin juicio, en tiempos de fanatismo total, a los herejes (Testimoniante 75). O tal como los jefes militares de la Primera Guerra Mundial ordenaban fusilar a los que los vencía el miedo y retrocedían a su trinchera…

Y, ciertamente, fue también anti-solidario aislar y denostar pública o tácitamente a los compañeros en tiempos y ámbitos de lucha: en el campo controlado por el enemigo, por ejemplo, o los territorios del exilio... Aislar y expulsar equivale a excomulgar, o al ostracismo (condena máxima impuesta en el pasado por las comunidades constituidas), que, incluso para Karl Marx, equivalía a la peor alienación que puede experimentar el ser humano, porque éste es esencialmente social y solidario… No es extraño que los compañeros y compañeras que así fueron «procesados», reaccionaran –luego de la tortura social y sicológica que todo eso les significó– tratando de perpetuar lazos solidarios irreemplazables, de la compañera viuda con su compañero desaparecido, por ejemplo (la Testimoniante 75), o de construir nuevas células solidarias básicas: unirse a una

nueva pareja, por ejemplo (el Testimoniante 64, o las Testimoniantes 27 y 75), tener un hijo o una hija (el Testimoniante 26 y la Testimoniante 14), buscando emanar de sí y construir en torno a sí nuevas redes de vida solidaria, porque intuyeron que así, y sólo así, podían reconstituirse como seres humanos y recuperar la autopercepción del ser integral que antes habían sido.

La acción anti-solidaria daña la esencia misma del ser humano. Y fue precisamente el predominio hegemónico de ese tipo de acciones y de sistemas anti-solidarios lo que motivó, en casi todos los compañeros y compañeras que pasamos por la Villa y otros centros de tortura, su reacción rebelde. Su historia rebelde. Que ese tipo de acciones haya estallado al interior de una organización de vocación revolucionaria, no podía producir sino, fatalmente, su auto-destrucción.

Por eso, el enjuiciamiento contra la «delación» y la «reflexión diferente» no fue sólo anti-solidario, sino también auto-destructivo. Equivalía a continuar y rematar al detalle el shock arrasador propinado por la DINA a las organizaciones revolucionarias.

Considerando esa realidad –un proceso involutivo que era perceptible ya en los campos de prisioneros en libre plática–, era necesario, por tanto, reflexionar a fondo sobre el conjunto del problema, partiendo, de ser necesario, por el caso a caso, pero remontándose a los parámetros estratégicos de la derrota y, a la vez, a la naturaleza sistémica de la victoria lograda por la dupla CIA-DINA. Se trataba de reflexionar sobre la proyección a mediano y largo plazo del proyecto revolucionario de la clase popular, después de su grave traspié de 1973. Y a esta reflexión había que convocar a todos los revolucionarios, todos, como quiera que hubiese sido su paso por la tortura (en la derrota) y fuesen sus pensamientos para levantarse tras la caída (post-derrota). Era, por cierto, una tarea compleja, trascendental, osada y colectiva, y además, urgente: había que intentarla, pues, de otro modo, andaríamos por la historia a tientas, como ciegos, o autómatas, disueltos y fragmentados... Y nadie, ningún compañero o compañera se merecía eso. El MIR tampoco...

«Ya en Tres Álamos le habíamos planteado al jefe local del MIR (J.) que debíamos iniciar una reflexión política profunda, a fondo. Que lo que nos había pasado no era un mero incidente, y que, por lo tanto, no podíamos seguir

marcando el paso en lo mismo de lo mismo… Pero en Tres Álamos, en este sentido, nos fue mal, aunque, por lo menos, dimos tres cursos basados en la nueva historia económico-social del pueblo de Chile… Por tanto, en el exilio –ciudad y Universidad de Hull– decidimos estudiar a fondo todos los problemas estratégicos que nos afectaban como refugiados políticos, como también –y sobre todo– a la clase popular chilena. La Universidad tenía una magnífica biblioteca, y desde allí uno podía pedir cualquier libro a Estados Unidos, Londres o Francia. De modo que investigué sesudamente todos los problemas donde teníamos vacíos notorios de conocimiento sobre nuestro país: acumulación capitalista, capital comercial, industria, clase popular, oligarquía dominante, Estado, educación, situación internacional, movimiento sindical, ciencias sociales, mujeres de pueblo, niños, etc. Estuve siete años estudiando, en paralelo a mi tesis doctoral y a todas las otras actividades. Al mismo tiempo, escribía ensayos y artículos, con la intención de ir reconstruyendo, desde ese estudio, no sólo la verdadera historia popular, sino un eventual nuevo proyecto histórico del pueblo de Chile. Escribí decenas y decenas de documentos (al día de hoy, equivalen a dos volúmenes de 400 páginas cada uno). Este proyecto lo conocieron, desde la partida, los compañeros con los cuales, en Tres Álamos, nos mostramos desafiantes para recuperar, en el partido, la solidaridad perdida… Varios de ellos se fueron también a Hull y mantuvimos, a la vez, contacto permanente con los que estaban en Holanda, Francia, Suecia e incluso Italia y América Latina… Pensamos que teníamos que levantar una alternativa política dentro del MIR antes de la conferencia o congreso que se realizaría (según se había anunciado) entre 1978 y 1979. Nos reuníamos (conspirativamente) en Hull, o en Amsterdam, o en París. Y redactamos dos documentos estratégicos con ese propósito: uno que titulamos: “Sobre el nuevo proyecto histórico del pueblo de Chile”, que redactamos en conjunto con el compañero A., del Comité Central del MIR, y otro, de contenido más teórico: “El tranco del pueblo…”, de elaboración más académica e histórica. En ambos, la matriz de arranque era la reconstitución del lazo solidario, en dirección a desarrollar la soberanía popular y la autonomía política del pueblo. El primero tuvo una amplia circulación (mimeografiado) en Europa, América en general, e incluso en Chile (donde varios grupos lo reprodujeron por parcialidades), en tanto el segundo ha sido conocido sólo por algunos sociólogos y expertos en Ciencia Política. Nuestro proyecto político era, dentro del partido, claramente disidente, y nuestra red era, al menos en Europa, bastante extendida y numerosa. Pero antes del eventual Congreso –que nunca se organizó– se anunció la Operación Retorno... Naturalmente, nadie de nuestra red concordó con ella y nos dispusimos a combatirla... En todo caso, nuestro movimiento

disidente era más o menos conocido, y en esa coyuntura crítica, varios compañeros que estaban en pleno viaje de retorno nos llamaron, para ver si podíamos conseguirle pasaportes o visas para descolgarse de esa Operación, desde el mismo vuelo a Chile, en tanto otros nos informaban de las condenas inquisitoriales de que eran objeto... Nos dimos cuenta que estábamos en un punto crítico: o iniciábamos nosotros la ofensiva, o esperábamos la ofensiva del partido... Y aconteció lo previsible: la dirección de Inglaterra envió un compañero a anunciarnos que todos los militantes masculinos de nuestra base habían sido expulsados del partido. Lo mismo se hizo en los otros países de Europa. Era la purga esperada (nuestro golpe militar doméstico)… La reunión con nuestro compañero V., sin embargo, no fue tensa, sino al contrario: nosotros la habíamos previsto y, fiel a nuestra consigna de desdramatizarlo todo, nos preparamos: en ese tiempo en Inglaterra se hacía mucha propaganda a un cigarro habano (el "Hamblet), que siempre lo fumaba una persona después de haber sufrido un tropiezo, una decepción o un fracaso, y así recuperaba su flema original... De modo que, cuando el compañero enviado nos anunció gravemente la expulsión, ninguno de nosotros dijo nada, pero todos, al mismo tiempo, sacamos nuestro "Hamblet" y, a pierna cruzada, comenzamos a fumar… Lo emocionante, sin embargo, fue que las compañeras militantes que estaban allí (que no habían sido expulsadas), solidariamente, sacaron sus respectivos "Hamblet", renunciaron voluntariamente al partido, y empezamos todos, con perfecta flema inglesa, a echar bocanadas de humo filosófico… El compañero V. no fumó…» (Testimoniante 20).

«Mi compañera de ese tiempo –te estoy hablando de los años ochenta y ochenta y uno– se planteó la idea de irse con la Operación Retorno, presionada sobre todo por el compañero J., el compañero O. y otros más, que tenían –dentro de la mejor buena intención– esa lógica del blanco o negro, o de patria o muerte… Y ella tomó la decisión de volver, a cuyo efecto se desligó de su hija de dos años y medio, que supuestamente se iba a ir al proyecto Hogares en Cuba… Al final no se fue, pero yo tuve que asumir el cuidado de la niña porque yo decidí no volver a Chile en esa misma operación, ni acepté que a la niña la llevaran a Cuba. La política de retorno no era otra cosa, pensaba yo, que volver a morir… Son decisiones cruciales que debe tomar uno por sí mismo… si te equivocas, puede quedar una tragedia griega. Y tú debes responder de tus decisiones… Me fui a París, donde me recibió un amigo mío que le llamaban El Búfalo, y él me llevó a una reunión con la dirigencia del MIR… Allí estaban el N., el V., y otros… Yo

esperaba que me recibieran como camaradas y compañeros, pero no… me anunciaron que estaba expulsado del MIR, por ser el líder de los débiles y porque tenían antecedentes de que yo había colaborado… Para mí, fue un baldazo de agua fría… me bajó, poco a poco, una tremenda odiosidad, que crecía y crecía mientras me señalaban sus cargos… Me dijeron que tenía que firmar una carta que ellos mismos habían redactado… Yo les grité que no iba a firmar nada que yo no hubiera escrito de mi puño y letra y que no expresara mis sentimientos. Les dije que les entregaría una carta hecha por mí… Y le dije al N.: "si tú estás aquí como un juez, en este remedo de juicio que me están haciendo, estás aquí vivo porque me lo debes a mí. Si yo hubiera querido entregarte, estarías muerto"… Me levanté, y me fui…» (Testimoniante 36).

«Cuando se planteó la Operación Retorno, yo me dije: "por supuesto que yo no voy a retornar"… Yo no iba a devolverme con dos niños chicos, ni iba a dejarlos en otro lado u otro país… Tanto P. como yo sentimos que teníamos una responsabilidad conjunta con nuestros hijos… Podíamos hacer otras cosas, comprometernos en diversas tareas, pero desprendernos de este compromiso, no… P. siempre estuvo más comprometido con el partido (uno de los dos tenía que dedicar más tiempo a eso), pero en este punto compartimos la decisión… Aquí en Italia, sin embargo, no fue tan dramática la consulta por el retorno, tal vez porque fue el último lugar a donde llegaron… Yo sé que en otros lugares el problema fue más drástico. Aquí no hubo mayor problema…» (Testimoniante 7).

«Participé plenamente en la gestión de la política de retorno… Era una política que pudo tener algunos aspectos negativos y otros positivos, pero la hicimos, la ejecutamos… Tuvo consecuencias, bueno, algunas dramáticas, drásticas, terribles para nosotros, pero debemos asumirlo: fuimos parte de todo eso. Reclutamos gente para el retorno… Yo, de hecho, debía haberme ido en el grupo que iba a Neltume, pero por discusiones políticas que tuve, al final… no me fui en ese grupo. De haber ido, estaría hoy bajo tierra… Yo pensé que ese proyecto, en ese momento, no era viable. Fue una discusión fuerte con la Dirección del MIR y forma hoy parte de su historia, y es también parte de mi vida, por supuesto. Fue un conflicto serio, llegaron incluso a marginarme, pero después me reincorporé, aceptando las sanciones por no haber aceptado plenamente esa política… En esa coyuntura mis opciones fueron: o me voy del partido, o doy la

pelea interna… Me quedé… me encargaron entonces formar el partido en Estados Unidos… Al final, logramos formarlo…» (Testimoniante 51).

«Seguimos trabajando con el partido, pero, por otro lado, yo trataba de empezar una vida nueva, en relación a mis propios sentimientos… Me sentía llevando una vida muy diferente a la de mi marido y no tenía, en verdad, nada que compartir con él. Sentía que había un abismo entre nosotros y, de hecho, nunca más volví con él… Comencé a aprender el idioma para poder moverme bien en el país (Bélgica) donde estaba, aunque continué ligada a los chilenos y trabajando en la campaña de solidaridad. No renegué de lo que había hecho, ni a lo que había pertenecido… Pero hubo un momento en que sentí que no había nada que me atara al partido, y decidí salirme… todo se terminó ahí. Fue algo absolutamente reflexionado, porque yo no estuve de acuerdo con el plan de retorno y con todo lo que estaba sucediendo a propósito de eso. Eso fue el año 1979… Mi salida la viví paulatinamente, a medida que se iban dando las situaciones… Yo encontraba que los dirigentes no estaban haciendo un análisis correcto de la situación en Chile y menos aún respecto a lo que ocurría en el partido. Habían errores fatales por los cuales estaba muriendo más compañeros, a muchos de los cuales yo los había tratado como amigos en Bruselas o en París… Pero mantuve buenas relaciones con mis ex-correligionarios… A partir de entonces me dediqué a mi trabajo, a mi familia, a reorganizar mi núcleo familiar, y a sobrevivir en medios hostiles» (Testimoniante 49).

«Mi aspiración, estando en Venezuela, era volver a Chile. Pero yo discrepaba bastante de la política del MIR en cuánto a qué es lo se debía y podía hacer dentro de Chile. Yo creía en una política en que las masas pudieran aportar más, donde hubiera una vanguardia instalada dentro de ellas, para revolucionarlas más… Sin embargo, disciplinadamente, volvimos clandestinos a Chile, donde confirmamos en el terreno mismo que el partido estaba remando para otro lado… Cuando esto se nos hizo evidente, pedimos con mi compañero salir de Chile, para volver a entrar, más tarde, pero esta vez no clandestinos, sino legales… En verdad, constatamos que no habían redes sociales y populares que estuvieran realmente dispuestas a apoyarte…» (Testimoniante 55).

«Llegué a un hogar de refugiados en un barrio español de Bruselas, y ahí mismo, en ese hogar, vivía N., uno de los llamados "huevos", que había colaborado con los mandos de la DINA… El partido había dado la orden de matarlos… Yo me encontraba constantemente con él, pero nunca tocamos el tema… Y esto fue muy fuerte para mí, porque yo me ligué absolutamente al partido en Bruselas, y el partido hacía las denuncias… y yo vivía en el mismo hogar con N… Quedé entre dos fuegos… Y yo digo que fue N. quien me acogió y orientó en Bélgica, quien me enseñó a moverme, a andar sola, a escoger los canales de TV, los diarios adecuados… Nunca tocamos el tema… a mí me daba "cosa", porque él estaba condenado a muerte, y yo me decía que nunca lo iba a matar. Yo tenía claro que yo no iba a hacer nada contra él. Y yo sabía dónde vivía, conocía sus horarios y todo… Al final, fue él quien me acogió solidariamente, él me ayudó a orientarme, a comprender (soportar) las actitudes de los hombres holandeses para con las mujeres… Yo tenía 23 años, estaba sola en un país extraño y me encontré con alguien que me acogió y orientó… La condena a muerte era una cuestión de locos… ¡no podemos matarnos entre nosotros mismos! A lo mejor, claro, ellos no debieron redactar el documento derrotista que leyeron por la TV… de acuerdo, pero ¿qué ganábamos con matarlos por eso? ¿Íbamos a recuperar a los compañeros asesinados? ¿Íbamos a borrar las huellas de la tortura?... Yo no sé por qué no los mataron, no sé por qué no llevaron a la práctica lo que ordenaron, pero yo, que viví con N., sé por qué no lo hice yo… Yo me dije: "ya no más, empecemos de nuevo"…» (Testimoniante 25).

No todos los compañeros que efectivamente volvieron en función de la Operación Retorno murieron, pero los que sobrevivieron al retorno, afectados de rebote por el fracaso general de la esa política, tuvieron que reconstruirse de algún modo (y, a veces, de cualquier modo) en un mundo revuelto y crecientemente neo-liberalizado…

«En Alemania estábamos muertos de frío, pero los exiliados igual estaban todos peleados. Había gente muy buena, pero todo era tan extraño, tan como involuntario. Casi artificial. Y yo nunca quise estar allí… pero hice muchas cosas: estudié, trabajé, milité, re-milité… Traté de desarrollarme y hacer todo lo mejor posible. Incluso acepté las políticas de retorno y envié a mi hija chiquita a

Cuba, a un proyecto de hogar para niños… Eso fue complicado, sin duda, porque con ella apenas habíamos vivido... Pero fue voluntario: no me lo impusieron y yo entendí que todo eso era producto de la misma situación global. No era que negara mi condición de mamá, sino que mandaba el hecho general de que no teníamos país... Además, nuestros niños no eran felices en Europa, y nosotros, sus padres, tampoco… Algunos compañeros se habían integrado mejor a la realidad alemana, pero yo siempre sentí el exilio como un despotismo y como "otra" injusticia más… Y toda nuestra vida se orientó hacia la lucha anti-dictatorial, toda. Todos mis años de exilio se enfocaron a eso… Acaso por lo mismo, me encargaron de dirigir las juventudes del MIR en Europa. Y eso fue lindo, porque hicimos muchas cosas interesantes. Trabajé también con las mujeres… Y fue claro que los que no podíamos volver, tendríamos que entrar clandestinos, en un plan especial de retorno… Lo cierto fue que entré a Chile clandestina… Sin embargo, de ahí tuve que salir porque estaba embarazada de mi segundo hijo, nacido también en la clandestinidad… Así, desde Chile me fui a Cuba en 1993, cuando ya se había producido el derrumbe del campo socialista… Y de Cuba nos volvimos a Europa, donde se derrumbaba tanto el socialismo como la social-democracia… Todo fue entonces distinto al primer exilio... había una profunda involución… Decidí entonces jugarme por las causas que habían quedado a medio camino: Cuba, Nicaragua, Salvador… Pues mi compañero, el padre de mi segundo hijo, no podía volver a Chile, ni siquiera durante el gobierno de Aylwin… Mi situación se volvió entonces crítica: mi hija estaba en Cuba, sin casa (se había disuelto el proyecto Hogares), yo estaba en Europa con mi segundo hijo enfermo, mi compañero no podía volver a Chile, ni yo podía retornar a Chile con mi hijo dejando a mi compañero atrás… Por tanto, pedimos regresar a Cuba. Allí llegué con un cáncer muy avanzado… Toda mi cosmovisión de mundo se estaba cayendo, junto con el socialismo europeo… Incluso en Cuba nos encontramos con una situación muy difícil por el bloqueo yanqui: habían apagones, no había transporte… Llegué, pues, a Cuba, y me operaron de inmediato… Nadie pensó que me iba a salvar, pero me salvé… Empecé entonces a trabajar en la Casa Salvador Allende… Me sirvió para hacer un balance más equilibrado del período de la Unidad Popular… Y a esta altura, yo no creo que vaya a volver a Chile, aunque vengo todos los años a hacer algunos trabajitos… No estoy aquí, pero estoy aquí… En verdad, me siento más comprometida con la resistencia latinoamericana, e incluso con la del Medio Oriente, por mi origen. De modo que seguiré en Cuba… Chile no se ve bien desde fuera, se ve muy encerrado en sí mismo, muy auto-referente… Yo pienso que esta sociedad ha tenido un proceso muy importante de lumpenización, de todo tipo… Los problemas de este país son muy profundos,

porque son del terreno espiritual… La falta de solidaridad… muchos ex-compañeros nuestros se dedican a hablar mal de otros compañeros, y los destruyen, los denigran. Esto destruye mucho el espíritu de la gente, y la gente buena se repliega, y se encierra en su isla…» (Testimoniante 17).

Cada compañera o compañero, cada militante, después de todo lo vivido (entre 1965 y 1990) en la condición de sujeto rebelde, se sintió compelido a hacer un balance del conjunto de esa experiencia. A esbozar un resumen de sí mismo, un auto-retrato, ya en madurez, para continuar el camino con seguridad y solvencia. Y para mirar atrás sin renunciar a lo hecho, y a lo no hecho… No todos, sin embargo, lo dejaron como testimonio para la posteridad. Pero los que lo hicieron, lo hicieron por todos…

«Soy M., soy mamá, y soy periodista, es lo que soy, como jerarquía… Y soy militante, pero ya no de un partido político, sino bajo mi condición de periodista… Es el problema del compromiso con la realidad de la sociedad a la que uno pertenece, y en este sentido yo me defino como una periodista militante… Durante la transición, en Chile, se hablaba mucho de los periodistas "quemados", que éramos los que hacíamos periodismo de trinchera –en el caso mío, en la revista Análisis– en todos los espacios posibles. Los otros eran periodistas "objetivos", que no militaban en nada… no tenían ningún compromiso con los cambios que la sociedad podía necesitar… Y yo fui del MIR, porque pensé que no había otra opción si teníamos que enfrentar directamente al régimen imperante para cambiarlo, pero, claro, no porque me gustara la lucha armada… Por eso, no se me ha ocurrido trabajar por el retorno de la democracia y a la vez seguir con aquello de la lucha armada… Cuando eso se planteó, yo me salí del MIR… En verdad, seguí militando hasta cuando estuve en Roma, pero cuando regresé a Chile, ya no… Mi salida no fue traumática. Yo me fui dando cuenta que, a esa altura, en el partido habían muchos conflictos internos y yo no me sentía identificada con nadie en ese conflicto. Además, no fui seleccionada para reingresar a Chile en clandestinidad… Por tanto, no tenía sentido seguir militando allí… Yo tuve siempre la posibilidad de "militar" a través de mi profesión y a través de mis opciones personales, y a través de los movimientos sociales… yo de hecho militaba en el movimiento de mujeres. La verdad es que tenía no una, sino varias

militancias… Y ya en Chile, decidí, de todas maneras, que iba a votar, que tenía que aprovechar la oportunidad de votar, y para eso me inscribí en el Partido Socialista, casi recién llegada a Chile… Yo sé que para mucha gente su salida del MIR fue traumática. Sé que reprimieron duramente a muchos compañeros y compañeras al interior de los campos de prisioneros… Yo no me sumé a eso, porque yo siempre entendí que la prisión y la tortura eran situaciones límites, de extrema presión. Y es muy necesario aprender a vivir con serenidad esas situaciones, con ecuanimidad, porque allí las personas se agrandan o se achican… Tú no puedes hacer juicios cortantes, y yo pienso que, en ese sentido, la dirigencia del MIR fue muy dura… Además, habían tensiones terribles, como cuando, por ejemplo, publicaron la lista de los 119 compañeros desaparecidos, cuando tú estabas al lado de una prisionera cuyo compañero aparecía en esa lista… Habían momentos de mucho dolor, de angustia, de tensión, de rabias… que era muy difícil contener… Alguien me preguntó una vez cuál era el peor período de mi vida, y cuál el más bello… Por supuesto que el peor fue el período de la prisión y la tortura, haber enfrentado la perversidad misma a manos de sujetos tan detestables como los agentes de la DINA… y el más bello, sin duda, fue ese período en el que viví de lleno la solidaridad, el afecto, el cariño, que fue también en la prisión –pero cuando estábamos en libre plática–, cuando nos queríamos entre todas nosotras haciendo talleres, cantando, bordando, reflexionando sobre tu vida y sobre todo; así, en grupo, colectivamente, reciclando todas juntas el dolor, para después poder enfrentar de nuevo la vida exterior, y en particular, lo que tenía que ver con nuestra sexualidad… Tengo amigas y amigos maravillosos que hice en ese período, que me acompañan hasta el día de hoy… A veces –fue inevitable– una pensó en rendirse y dejarse morir… pero… hemos caminado tanto hasta aquí, nos hemos arriesgado tanto por algo, que… ¿cómo no vamos a tener algo propio?... Algo que, hacia el futuro, tenga que ver con este mismo proyecto, con este compromiso tan mío, con estas ansias de cambiar el mundo, porque… aunque hayamos fracasado, tenemos muchas cosas que perduran en nosotras… la lucha por los derechos de las mujeres, por construir una sociedad distinta… Por esto, es que yo creo que valió la pena todo lo vivido… Si tuviera que hacer de nuevo ese trayecto, por supuesto que hay errores que de nuevo no cometería, pero, en lo grueso, no me arrepiento… Pero, sobre todo, no quiero estar triste, nunca… Nunca…» (Testimoniante 45).

«Mira, es que lo que a mí me pasó fue que, después que viví todo lo de la T. (mi

hija)… fui a verla a Francia, a ella y a su chiquitito, y entonces, allá, vi la película de Patricio Guzmán… y vi todo lo que había pasado en Chile durante la Unidad Popular… Y ahí me di cuenta de que yo me había perdido todo ese período, que yo no había participado en él, que yo no había ayudado en nada… Y todo esto me llegó muy adentro. Lo sentí muy profundamente… Te juro que no me podía levantar del sillón: sentía que me había perdido algo tan… importante… Ahí le tomé el peso a lo que yo me había perdido, pero ya había pasado todo lo de la T… O sea, yo había tomado conciencia de lo terrible que le había ocurrido a mi hija y a todos nosotros, pero yo no había tomado conciencia de lo que había significado la Unidad Popular, de lo feliz que había sido la gente en ese período… Me perdí esa parte. Y yo me dije: "nunca más voy a dejar de saber lo que pase en mi país… Nunca"... Y así ha sido hasta hoy…» (Testimoniante 71).

Capítulo VI

Retorno: convergencia y refracción

a) Chile, sobre el Segundo Milenio…

La línea elíptica a través de la cual se deslizó la transición política (desde la tiranía militar a la democracia neoliberal) transformó la sociedad y el Estado chilenos en un ámbito curvo que ofrecía muchas entradas y muchas salidas, pero ninguna en línea recta… El movimiento de convergencia que realizaron los compañeros y compañeras desde su centrifugado exilio hacia el vértice de la patria de origen, no confluyó, por tanto, en un movimiento socio-político unívoco y unidireccional, enrielado por sus ideas y solidaridades históricas… Más bien, fue un proceso de absorción multiforme que concluyó en una refracción endógena, sin salida. Podría decirse: concluyó por ser deglutido por la oblicua acidez gástrica del modelo neoliberal.

Porque el Chile del Segundo Milenio ya no es un país magnetizado temporalmente en dirección a su desarrollo social y económico, ni solidarizado popularmente para alcanzar ese objetivo. Las solidaridades de base fueron tijereteadas sin piedad por la prisión, la tortura, la muerte, el miedo y el exilio. La desconfianza lateral que se expandió después de eso sobre un campo arrasado, sólo dejó individuos y pequeños grupos escarbando (y escalando) su propia subsistencia, en el vacío que dejó el Estado populista al desaparecer, y que inundó el Mercado competitivo al comparecer. La dupla CIA-DINA habían hecho bien su tarea: sacar del escenario en conflicto a la única generación ciudadana que pudo haber impedido la llegada victoriosa del Mercado. Y cuando esa generación, veinte años después, pudo volver –con prudencia y tanteando cada paso–, el país estaba ya preparado para dispersarla de nuevo, esta vez, hacia dentro del nuevo Chile, fagocitándola sin necesidad de policías secretas ni cuarteles de inhumanidad...

Es que el nuevo Chile les mostró un lado luminoso, atractivo, para volver, y una

vez aquí, los atrapó con su lado oscuro, para envolver…

Así, del lado luminoso, se pudo percibir que la solidaridad popular, en Chile, si bien fue tajeada sin piedad, no murió bajo la tiranía militar. Diríase: no puede y, por tanto, no sabe, morir... Por eso, empujada por una compulsiva necesidad de supervivencia, se transformó, esta vez, para protegerse y sostenerse a sí misma… Y lo hizo de modo tal que, diez años después, apoyada sobre lazos solidarios que supieron, de nuevo, anudare entre sí, hizo estallar, a lo largo y ancho del país, entre 1983 y 1987, veintidós jornadas nacionales de protesta, que demostraron que la solidaridad humana, llevada a un extremo límite, era y es más fuerte que el miedo… Fue ese «levantamiento» popular, precisamente, el que revivió la esperanza de quienes estábamos en exilio, y el que incrementó y radicalizó el apoyo solidario de las «campañas por Chile» en todo el mundo. Y fue todo eso junto lo que abrió, en lo más íntimo de nosotros, no la idea, sino la posibilidad del retorno…

Para una perspectiva histórica ecuánime y objetiva, fue el impacto social y político de ese doble movimiento solidario (el externo y el interno) lo que dejó a la tiranía sin jugada ganadora, inmovilizada, sin eficiencia en su máquina de tortura, sin gobernabilidad que ofrecer al capital financiero internacional, y, al mismo tiempo, lo que dejó con fuerza y mística social a la Campaña del NO, y mayoría ganadora, tanto al plebiscito como a la elección de Patricio Aylwin... Fue la demostración de que esa solidaridad de base aún existía la que, por un lado, entre los exiliados, convirtió a Chile en una posibilidad factible de retorno y reinserción… No debe olvidarse, en cualquier caso, que fue el extenso movimiento solidario de los exiliados con el pueblo Chile, que brotó de todos los puntos cardinales del planeta, el que contribuyó, en gran medida, asociado a los amigos extranjeros, al aislamiento internacional de la tiranía militar, presión que se sumó y hermanó al aislamiento interno provocado por la solidaridad popular que se levantó en jornadas de rebelión y protesta…

Cabe repetirlo: fueron los movimientos de solidaridad externa e interna, exiliada y residente, los que se dieron la mano a lo largo de las década de los ochenta para cercar a Pinochet y su séquito hasta dejarlos sin salida... Y fue en esa misma red donde el tirano quedó atrapado, nueve años después, en Londres… como un simple insecto distraído.

Sin embargo, Chile escondía en la manga su lado oscuro: de un lado, los «operadores» de la clase política tradicional que prepararon (de hecho) la

instalación hegemónica del capital financiero internacional en Chile (a cambio de mantener sin cambios la Constitución Neoliberal de 1980) y, de otro lado, los «técnicos en imagen» que diseñaron el colateral programa televisivo de la Campaña del No, se atribuyeron ambos a sí mismos, en exclusiva, el aislamiento global de Pinochet, el triunfo en el plebiscito, la victoria electoral de Aylwin y la retirada de la dictadura a sus cuarteles de invierno… Asumiendo, dando entender y publicitando que ellos, y sólo ellos, dirigieron y lideraron: a) el dramático proceso de supervivencia popular entre 1973 y 1990; b) las dramáticas jornadas nacionales de protesta del período 1983-1987 y, c) la aclamada «derrota de la dictadura». A lo que habría que agregar: d) la campaña por los Derechos Humanos, la búsqueda de la verdad y la justicia sobre los violadores… Exactamente como en el pasado, cuando todo (todo) lo hacía y deshacía el Estado, y por tanto, la clase política, sus operadores, y los infaltables intelectuales asociados. Como si el cerco sobre Pinochet, desde el mundo y desde Chile, hubiera sido producto exclusivo de su liderazgo, su conducción, y su vanguardismo… Y fue porque creyeron que ése fue su rol, y que la acción racional de los operadores sustituye y excluye la soberanía popular, fue que, desde 1986 (desarticulación político-partidaria de la Asamblea de la Civilidad) descartaron de plano la participación de la clase popular y de sus representantes directos, en todas las decisiones referentes a la marcha general del país…

Eso equivalía a dejar fuera del Estado toda la solidaridad social…

El «escamoteo» de los resultados históricos logrados por el doble movimiento solidario del período 1973-1990, por parte de las elites políticas e intelectuales, les dio a éstas, qué duda cabe, una legitimidad prestada frente a la masa ciudadana. Una legitimidad precaria que les permitió gobernar 20 años (en condición de «marcha blanca») y consolidar, a título de «recuperación de la democracia», el modelo neoliberal que había instalado, sobre un perfecto vacío cívico y de derechos humanos, la tiranía militar. Modelo institucionalizado ya –sobre ese mismo vacío– por la Constitución de 1980… Es cierto que, detrás de esa legitimidad «precaria», latía aún la envejecida legitimidad «histórica» ganada por los partidos políticos que lideraron la transición, durante el ya lejano período 1965-1973, época en que lucharon (inútilmente) por el desarrollo y la justicia social... Pero esa lejana legitimidad histórica se diluyó sin remedio cuando, sin deliberación pública, de golpe (desilusionando a la mayoría de los exiliados) esos mismos partidos aceptaron la Constitución (ilegítima) de 1980, legitimándola con su aceptación, e implementándola luego al asumir orgullosamente («somos los jaguares de América Latina»), con graves lagunas

amnésicas de su propia hoja de servicios, el desarrollo globalizado del modelo neoliberal en el país…

Era imposible que el «escamoteo histórico» llevado a cabo por los operadores políticos y comunicacionales del triunfo del NO quedara fuera e ignorado por la conciencia crítica de los que habían luchado solidariamente, desde afuera y desde adentro, entre 1976 y 1990. Los datos estadísticos indican taxativamente que, ya en 1991 (a un año de «recuperada la democracia»), el 54% de los chilenos (casi el mismo porcentaje con que triunfó el NO) declaró no confiar ni creer en el sistema político vigente, ni en la clase política en general. Claramente, ese dato revelaba la legitimidad precaria que sostenía la democracia neoliberal… Y ese dictamen ciudadano, desde esa fecha, no ha dejado de crecer… En 2014, la encuesta de la Universidad Católica –coincidiendo con muchas otras que se han hecho recientemente– señala que el 96% de los chilenos carece de confiabilidad y credibilidad en el sistema político vigente y en las clase política en general. La legitimidad y representatividad del modelo pinochetista, salvado del colapso por los operadores locales del… capital financiero mundial… son, pues, prácticamente, nulas…

El «escamoteo histórico» está así, hoy, a la vista. La memoria histórico-social se ha expandido, pues, lentamente, pero con pies de plomo…

Por eso, si los exiliados vieron abrirse una posibilidad de retorno a Chile, fue porque aquí, la clase popular-ciudadana, reintegrada en solidaridad, se había movilizado en las calles contra la dictadura... Y la solidaridad se atrae a sí misma en todas partes. Es su ley natural de gravitación… Sin embargo, al regresar, y al intentar reinsertarse laboral y políticamente, los exiliados nos encontramos con que las posibilidades laborales estaban atrapadas en un Mercado neoliberal mezquino e implacable, y las posibilidades políticas… en un Estado configurado a imagen y semejanza del Mercado…

En ese contexto, toda reinserción vital, exitosa, implicaba asumir –por razones obvias de adultez común–, no la solidaridad cívico-popular de resistencia (desorientada al comienzo ante los gobiernos «democráticos» de la Concertación), tampoco la militancia solidaria pre-golpista (sin vigencia alguna en el Chile del Segundo Milenio), sino la resbalosa realidad individualista, el neo-burocratismo nepotista («a honorarios»), la insidiosa desconfianza competitiva, el vértigo crediticio subordinado al Mall y al consumismo, la inseguridad ciudadana ante la calle y el futuro, etc. Es decir: todas las «ventajas

comparativas» del modelo neoliberal, en el alma de un país que fue (y es) subdesarrollado…

Porque el Chile del Segundo Milenio (modelado en absolutismo mercantil) sólo puede ofrecer, en términos de integración real, principalmente, lo que se le puede arrebatar, dando codazos a diestra y a siniestra, al mismo Mercado…

La oblicuidad de la transición dobló la espina dorsal, quiérase o no, de la mayoría de los proyectos de reinserción en Chile que traíamos los exiliados. Porque, al llegar, no encontramos ni fuimos recibidos en las grandes alamedas abiertas al horizonte, sino en los revueltos vericuetos y baratillos del mercado... En ese gran «mercado de las pulgas» de la competencia lateral, y del falso escalamiento social. De modo que no pudimos avanzar en fila india, como antaño, tomados en hermandad por los hombros, para llegar juntos, sin vendas, a un mismo lugar... Tampoco hemos podido marchar juntos, en una misma dirección histórica... Las batallas estructurales del pasado se nos volvieron conflictos individuales, o sicológicos, o familiares, o de camarillas, y nos hemos separado, en la gran política, los unos de los otros… Hoy, sólo nos une solidariamente –a veces– el recuerdo del pasado, la comunión en la tortura de ayer, la sombra del compañero asesinado, la rabia por la verdad oculta, o la impaciencia por la justicia a medias. Solidaridad, sí, pero que hoy nos sirve, a veces, marginalmente, para ayudar a uno u otro compañero/a, para ganar una elección... Porque la política, hoy, en Chile, ya no tiene solidaridades propias… Sigue robando las ajenas…

Es tiempo, al parecer, de solidaridades nuevas…

Y se ha visto que algunos compañeros retornados debieron trabajar en el sistema neoliberal, para subsistir… Y en algunos pocos casos, para que el sistema mismo pueda, también, perdurar… Otros, llevados de una natural repugnancia, acamparon en los bordes del mismo, sin importar cómo, pero para seguir luchando una guerra perpetua por los Derechos Humanos, por la Verdad, por la Memoria, por la Justicia… Y también hubo quienes optaron por sumirse en la vida privada, personal, fuera de Chile y dentro de Chile; en el anonimato histórico o político de la historia presente...

Pero también hubo otros que, husmeando en los caminos soterrados de la solidaridad popular y ciudadana, optaron por trabajar junto al… «viejo topo de la historia» (Karl Marx), para promover, desde abajo y desde dentro, la irrupción y

desarrollo de nuevos movimientos solidarios, de otros proyectos de rebeldía, más autónomos, más auto-gestionados, más soberanos, regidos por su propia memoria y su propia cultura, con capacidad creciente para dominar sus territorios, controlar sus procesos educativos, expulsar de la tierra al capitalismo salvaje, asegurar el medio ambiente, la calidad de vida, y el sentido siempre comunitario de la solidaridad… Para ellos, la solidaridad no ha muerto: sólo construye, desde abajo y desde dentro, sus nuevos caminos…

b) A tientas, en el sistema…

Muchos de nosotros tuvimos que, luego de algunos intentos de rebelión fallida, asumir el país, tal como estaba… Y la política, tal cual comenzó a practicarse después de 1990. Y eso fue así, porque la instalación de un proyecto rebelde radical –la lucha armada, por ejemplo– y/o la continuación de nuestro acción socio-política histórica –como era antes de 1973– no eran, ya, factibles. Sentimos claramente que el país no estaba, esta vez, para eso. Fue un reconocimiento doloroso, brutal, casi un rechazo a nosotros mismos, pero ésa era la realidad. Y no otra. Por eso, aunque no nos gustara la política tal como se daba en el nuevo Chile, aunque, a menudo, nos repugnó, no había otra alternativa. Era lo que parecía más sensato en ese momento. Es decir: la democracia, en la medida de lo posible... La verdad, en la medida de lo posible… La justicia, en la medida de lo posible... Es decir: nuestra inserción en el país, y nosotros mismos, en la medida de lo posible...

Insertarse de ese modo nos daba, de hecho, cierta identidad, un perfil público típico, de algún modo aclimatado al nuevo milenio... Podíamos demostrarles, a otros y a nosotros mismos, que podíamos, todavía, en el medio, o en los pliegues del sistema, y/o contra los residuos de la dictadura, hacer política… Porque éramos y somos políticos… O profesionales, porque somos, también, profesionales… Sin embargo –y esto, de algún modo, todos lo presentíamos– ese tipo de inserción no encajaba bien, por un flanco o por otro, con nosotros mismos, ni con nuestras expectativas profundas, ni con lo que nosotros mismos habíamos sido por dentro y por fuera, históricamente… La verdad es que, aun estando «integrados» al sistema, sentimos incomodidad… Y más de alguno de nosotros siente aún desconcierto, olvidos involuntarios, temores remotos, y lo

que es peor –a pesar de la mayoría de edad de nuestro retorno– grados diversos de desadaptación…

«Yo retorné a Chile en 1982, a incorporarme a la lucha del pueblo para terminar con la dictadura. Y durante un tiempo, trabajamos en la reorganización partidaria y en la resistencia popular… Trabajé primero en Santiago y después en la zona central, desde Curicó a Concepción… Pensábamos que el tiempo de la dictadura se estaba agotando. Teníamos la imagen de Somoza en Nicaragua, a quien se le agotó el tiempo y cayó, triunfando el movimiento sandinista. Creímos, por tanto, que lo mismo estaba ocurriendo en Chile, y que era cosa de colocar un ingrediente explosivo –éste era nuestro proyecto– para que la dictadura cayera rápidamente… Para acelerar ese tiempo me vine a Chile… Pero nos dimos cuenta acá que este país no era Nicaragua, que no éramos centroamericanos… que, en fin, la salida no era militar, que el movimiento social no iba por la vía armada… Nosotros hicimos un esfuerzo importante con la Operación Retorno, entre 1979 y 1980, y teníamos la idea de levantar un frente guerrillero en Neltume y un frente activado por una fuerza urbana. Esta última realizó en los años ochenta algunas operaciones absolutamente exitosas (asaltar simultáneamente tres bancos, con cuarenta compañeros armados, por ejemplo)… Yo pertenecía a la fuerza militar suburbana… Pero fracasó rotundamente el proyecto Neltume y luego fue golpeada nuestra fuerza urbana… Eso demostró que nuestro proyecto militar no tenía posibilidades reales… Se intentaron, entonces, algunos "levantamientos populares" (como el "paro de Pudahuel"), que tampoco resultaron… Al evaluar todo eso, pensamos que sólo cabía buscar una salida política… La convicción de que sólo restaba una salida de ese tipo llevó a varios compañeros a irse al Partido Socialista… La discusión se fue profundizando hasta producir la división definitiva del MIR, lo que, para mí, fue muy doloroso… Pero la realidad nos indicaba que teníamos que buscar, de todos modos, una salida política, y eso fue lo que, al final, hicimos... Nos incorporamos a las jornadas nacionales de protesta, a las denuncias del CODEPU y, en general, a la lucha social del país… Y esto produjo un reencuentro con la gente de la Izquierda, en general. Reencuentro que se realizó con expresiones de mucho cariño, sobre todo, al interior del Partido PAIS… e iniciamos, junto con la lucha social, campañas electorales… pero el problema fue que nuestros simpatizantes no estaban inscritos en los registros electorales… porque no estaban de acuerdo con las elecciones… En 1989 fui candidato a diputado por Pudahuel, Lampa, Quilicura,

Colina y Tiltil… Y fue algo muy fuerte, porque, de estar clandestino, pasé a ser hombre público de un viaje… Pero, con la división del MIR me quedé, por algún tiempo, sin militancia… Entré a trabajar en la Municipalidad de La Pintana, donde el Alcalde era del PPD (Partido por la Democracia)… Y me hice militante del PPD. Pero me fui decepcionando del modo en que se hizo la nueva política, porque no hubo ampliación de la democracia, no hubo participación popular… toda esa enorme fuerza anti-pinochetista, la mística que concitó la campaña del NO, toda esa esperanza y alegría, fue enviada, de vuelta, a sus casas… porque había que mantener la estabilidad del gobierno en la medida de lo posible… Esa enorme fuerza social fue desmovilizada, y la conducción de todo el proceso la asumió una elite… Y ya no hay forma de deshacer estos hechos… Yo me fui a trabajar a La Pintana como militante del PPD, pero estoy decepcionado de la política… mantengo mi afecto y cariño por mis compañeros del MIR, pero estoy centrado en mi trabajo en la comuna de La Pintana… En verdad, me auto-exilié aquí…» (Testimoniante 21).

«Mi partido me dijo que no siguiera militando activamente, porque era más un riesgo que un aporte, de modo que reingresé a la Universidad, para terminar algunos ramos atrasados o suspendidos. Egresé en julio de 1976, un año después de mi detención… Después de egresado me reactivé en el partido. La verdad es que nunca he dejado de militar. Yo era de la Coordinadora Nacional de Regionales, pero nos fusionamos con el Partido Socialista Unitario, que se incorporó luego a la corriente de Clodomiro Almeyda. Y yo fui desde el comienzo miembro del Comité Central del PS Almeyda, Subsecretario General, Ministro… Me puse a trabajar como Secretario Municipal en la comuna de El Bosque… Abrí también una oficina profesional donde trabajé en temas sindicales, principalmente… Yo creo que Chile, en términos de aplicación de justicia, ha sido un ejemplo, no conozco otro país en el mundo en que esté preso el jefe de la DINA… En un momento –recuerdo– se discutió en el Partido si se justificaba tener a los oficiales detenidos en Punta Peuco… A mí me daba lo mismo que estuvieran presos en el Sheraton o en el San Cristóbal, pero que estuvieran presos… Me parece que ése ha sido el gran logro de la transición... Hemos tenido una transición chilena sin grandes aspavientos, con poca visibilidad, con bastantes dudas desde el punto de vista de las víctimas, pero yo creo que, a pesar de eso, ha dado un ejemplo de que es posible, con los instrumentos de la ley, lograr que no haya impunidad, que haya sanción y que además se conozca la verdad. Yo creo que la transición triunfó en eso, y esto

nadie lo pone hoy en duda… Yo declaré en la Comisión Valech… en los tribunales no he declarado nunca… Y a mí me costó volver a la Villa Grimaldi, no fue fácil… Me aplastó… yo, con distintos pretextos, no había ido… hasta que me dije que había que vencer la cosa, y fui… Fui solo, y fue aplastante… Los ruidos, los sonidos, me volvieron… pero me sobrepuse…» (Testimoniante 58).

«Creo que el proceso de retorno a la democracia ha sido bastante abierto. Ha sido, creo yo, un avance gigantesco… Yo salí a festejar la derrota de Pinochet con muchos compañeros en Bélgica. Siento que fue, como te digo, un proceso abierto, no tengo ninguna aprehensión al respecto, y espero que se haga lo máximo posible. Y no soy muy crítica, en este sentido. Son etapas que hay que quemar, y se ha hecho lo mejor posible… Pero no tengo militancia política… Conozco y me relaciono con mucha gente de confianza, que trabaja en pro de los Derechos Humanos y estoy activa en ese tipo organizaciones, no en partidos políticos… Me he dado cuenta que hay una gran parte de Chile que no conoce lo que pasó, o que trata de olvidarlo. A consecuencia de esto, hay muchos jóvenes que no tienen inquietudes políticas, que no saben nada de lo que pasó, o que no les interesa… Muchos ven a estas señoras que hablan de los detenidos desaparecidos como locas esquizofrénicas o algo así, que andan por ahí y por allá mostrando fotos… Hay una parte de Chile que no vive de recuerdos, ni asume el sufrimiento. Tengo la sensación de que hay dos Chiles, distintos el uno del otro. La gente con la que yo estoy pertenece a uno de esos Chiles…» (Testimoniante 49).

«Volví en 1986, cuando tomaron preso a Juan Pablo Cárdenas. Él quedó con prisión nocturna y durante el día, por lo tanto, tenía tanto sueño que no estaba en condiciones de dirigir por sí solo la revista Análisis… Me escribió un mail para que viniera a ayudarlo durante el día. Además, acababan de asesinar a José Carrasco... Me vine, pues, como asistente de la Dirección de la revista. Después pasé a redactora política hasta el año en que ganó Patricio Aylwin la Presidencia de la República. Viví a fondo, por tanto, todo ese período… todo, en realidad, porque viví lo que hubo después del golpe, viví clandestina, viví presa, viví lo del exilio, viví todo lo de la transición… Terminé incluso un libro que estaba escribiendo… Después de la elección de Aylwin me fui a trabajar a la revista Caras, a cargo de lo que era cultura y política…» (Testimoniante 45).

«El triunfo del NO en Chile fue para nosotros, allá, algo fulminante… Pero ese proceso nosotros no pudimos vivirlo, nos perdimos toda esa parte bonita… en todo caso, nos dio seguridad como para poder volver, tranquilos, sin temores… Para mí eso fue la grandeza de la vuelta a la democracia… Yo siempre tuve en mi mente la vuelta a Chile, pero cuando mi hija terminara sus estudios en la Universidad… Porque siempre habíamos pospuesto el retorno, por una razón u otra… primero fueron los estudios nuestros, después fue la compra de la casa porque era una gran oportunidad que se nos presentó, luego fueron los estudios de nuestras hijas… y así se fue pasando el tiempo… Mi madre, además, se enfermó, yo me sentía cada día más enferma de la cabeza, se había muerto mi hermano, se había muerto mi papá… e ir a Chile muy seguido me estaba trayendo problemas, porque yo, en la práctica, ya no tenía vacaciones… En todo caso, nunca pensé en quedarme a vivir allá para siempre, así que cuando mi hija terminó de estudiar, me dije: "es hora de partir"… Pero mi hija nació en Inglaterra, y si le preguntan de qué nacionalidad es, responde: "soy chilena-inglesa". Y no se quiso venir. Ya tenía su edad… y nunca le atrajo Chile, justo por los problemas que nosotros habíamos tenido. Además, cuando tú estás exiliada, la familia es muy importante, y ella no tuvo familia cerca, que la apoyara. Así que decidió quedarse allá… Y se me han olvidado muchas cosas. Si me preguntas por los nombres de las compañeras con las que tuve en la prisión o en el exilio, se me han olvidado todos. En París hay muchos ex-miristas, y he estado con mi cuñado, que también lo es, y que tiene muchos amigos que también son del MIR… Y todos ellos se acuerdan de mí, pero yo no me acuerdo de ellos. Según I., yo tengo mala memoria… pero tengo como lagunas… Hay mucha gente de la que no me he acordado nunca más…» (Testimoniante 74).

«Yo aterricé definitivamente en este país en agosto de 1991. Y me establecí aquí bajo la idea de que las promesas de verdad y justicia del candidato Aylwin –apoyado por el Partido Socialista– eran promesas que se cumplirían a cabalidad… Y yo llegué a Chile con la intención de trabajar en eso, exclusivamente en eso. Sin embargo, un antiguo compañero de la Escuela de Derecho, que había sido del MIR en aquel tiempo pero que ahora era miembro de la Comisión Política del Partido Socialista, y que me recibió formalmente, me dijo: "mira, flaco, no te metas en el tema de los Derechos Humanos, porque ese tema no va a dar réditos políticos" (esto es textual, porque sus frases se me

grabaron profundamente en la memoria)… La verdad era que, para mí, esos réditos políticos eran lo que menos me importaba. El compañero en cuestión era parte de la elite que estaba barajando los planes del futuro y que, por tanto, manejaba alta información… Por lo tanto, mi investigación en Derechos Humanos ha sido una investigación en solitario… A este efecto, no espero ningún apoyo ni aliento de la Concertación. Esto lo tengo absolutamente claro» (Testimoniante 62).

«Mi primer regreso fue a fines de 1989… Cuando llegamos, se estaba llevando a cabo una última marcha. Fue, por tanto, una vorágine. Todo el mundo marchando, gritando, entonces nosotros agarramos una bandera, cualquiera, y comenzamos a marchar… Algunos compañeros del MIR nos criticaron porque agarramos la bandera del arco iris… Todavía no se iba la dictadura y hacer eso, eso: marchar, gritar, agitar banderas, nos pareció una cosa sensacional. Tuvimos la sensación de que todo iba a cambiar, que de un modo u otro todo iba a ser como antes, que de nuevo los sectores populares iban a ser protagonistas… Esa era la esperanza que se sentía en ese momento… Teníamos en el recuerdo la experiencia vivida en Nicaragua… habíamos marchado con Sábato en Argentina en la marcha del Nunca Más… entonces, marchar ahora en Chile, era un regalo de la vida… Nos había tocado el reinicio de la democracia argentina, de la uruguaya y, ahora, de la chilena… Era la esperanza de que los nuevos procesos iban a ser tremendamente ciudadanos, con gran participación popular y de la gente… En fin…» (Testimoniante 48).

«La gran mayoría de los que estábamos allá veíamos con simpatía cualquier cosa que no fuera dictadura. Una democracia restringida, o una democracia participativa, era el espectro de lo que se podía construir… Sin embargo, allá no conocíamos las negociaciones que hubo tras bambalinas, respecto a ciertas cuestiones que no podían ser tocadas, o que algunos mandos militares no podían removerse. Eso fue un conocimiento posterior… Yo tenía decidido volver desde el día en que me fui. Así que me propuse terminar allá los estudios que había iniciado en Chile –Economía– y luego volver con la capacidad necesaria para desempeñarme profesionalmente en mi trabajo. Volví, pues, con un doctorado, en 1996… Fui directamente a trabajar en el plano profesional. Estuve en Santiago un par de días solamente, y a los 20 días estaba trabajando en la

Universidad de Osorno como profesor. Rápidamente me inserté en el medio profesional» (Testimoniante 30).

«Volví en 1994, y fue un regreso sin conflictos. Congelé todo en Suecia –a pesar de que allá estaba bien– y descongelé todo en Chile, para reintegrarme a mi país… H. volvió apenas pudo. Después mandamos a nuestra hija, porque, si la dejábamos allá hasta su adolescencia, ya no podríamos traerla… Yo estuve nueve años con prohibición de ingresar a Chile… por eso, nuestro país se me convirtió en una fantasía… Y me he puesto ahora muy conservadora, aprecio mucho que tengamos algo acá que funcione, aunque sea más o menos… Soy seguidora de la Concertación, aunque nunca más he participado en política… No quiero vivir en un país donde nosotros seamos los buenos, y los otros, los malos… siento que el costo que pagamos por extremar el conflicto y lograr un cambio positivo, fue demasiado alto… Mi inserción laboral ha sido súper dificultosa, súper precaria, pero igual siento que éste es mi lugar… En otros lugares fui siempre una extranjera, a pesar de las buenas relaciones que tuvimos con la gente de ese país. Por eso, a mí nunca me llegó a importar lo que pasaba en Suecia, y por lo mismo, aquí nunca se me notó que yo venía recién llegando. Con todo, he vivido un proceso de reconstrucción bastante azaroso, porque necesito armarme una continuación de vida, pero, aún a la edad que tengo, es un proceso abierto, no cerrado. Yo todavía no me he reconstruido de verdad, tiendo a postergar todo lo personal o el desarrollo de mi profesión. Me quedó pegado el tic del enlace con los otros… Soy perfectamente capaz de movilizarme por cosas de otros, pero me cuesta hacerlo por cosas personales. Tengo un daño, por tanto, que recién estoy visualizando. Apenas hace un par de años que fui a una sesión con sicólogos… Yo me especialicé en fotografía, y tuve una muy buena formación en eso, pero no me he construido una verdadera profesión en torno a ella. No tengo todavía la capacidad de tomarme en serio a mí misma. El daño, por tanto, podría decirse, está aquí, todavía… Yo envidio a la gente que se mantuvo siempre en Chile, porque tiene una red social. Yo no tengo ese tipo de redes. Tengo redes muy personales y frágiles. Son las mías, nada más. Estoy, por tanto, parada frente al mundo, sola. No tengo intención de integrarme a ningún grupo que se plantee la lucha social, o algo por el estilo. Tengo mucha más conciencia de los niveles de utilización que existen sobre los movimientos de masas…» (Testimoniante 14).

«Esto de pensar que íbamos a derrotar a la dictadura a balazo limpio no me parecía una idea factible… pensé que teníamos, más bien, que apoyar al chileno común y vincularnos a él… Me expulsaron del partido, por supuesto… y me dijeron: "o congelas tu militancia, o te expulsamos". Yo les respondí: "no me hueveen, expúlsenme no más". Y hay otras historias más horrendas, pues algunos fueron condenados a muerte… Entonces, empezamos a mirar con interés el socialismo europeo, y después lo que se conoció en Chile como la "renovación socialista"… Se me fue organizando mi cabeza de otra manera… Y diez años después, en 1986, volví al país, porque habían levantado algunas prohibiciones… L. volvió un poco antes para preparar el retorno de todo el lote, porque teníamos ya dos nenas de nueve y siete años, respectivamente… Me vinculé entonces al grupo socialista de Carmen Lazo… Pero también entré a estudiar Sociología a la Universidad ARCIS, por consejo de G., que era profesor allí… Y me inscribí, en 1989, en el Partido Socialista… Yo siempre le digo a mis hijas: "cuando uno pasó por el hoyo del mundo, cualquier otra güeá es una ganancia"… mi opinión es, tal vez, poco ecuánime… pero siento que estoy en ganancia… Y, por tanto, lo que yo más he disfrutado en mi vida fue el triunfo del NO el 5 de octubre de 1988, porque "se le acabó el hueveo a este viejo de mierda"… Y soy militante, pero a la vez, no soy para nada militante… Yo sé que el Partido Socialista es un partido electorero y vive en función de las elecciones… Pero yo no soy cambullonero y no voy a ser jamás dirigente de nada, pero yo trabajé muchos años en municipalidades y trabajé con alcaldes afines y fue todo eso muy positivo… Tengo la impresión de trabajar hoy en el Estado de Chile, pero bajo un gobierno de Derecha, y mucho de estos señores fueron cómplices de lo que nos pasó a nosotros… y los veo pasar cerca de mí todos los días… Hay una cosa que he ido alimentando con el tiempo, y es la tolerancia, no al asesino, ni al pederasta, ni al que hace trata de blancas, sino al que piensa distinto a mí. Esto es lo que he ganado en estos últimos cuarenta años… Yo era antes un fanático, y eso me costó admitirlo. Y por nuestro fanatismo llevamos a muchos de nuestros compañeros a la muerte… Hoy reconozco que hay posiciones legítimamente distintas. Creo que necesitamos ser tolerantes… Ésta ha sido una historia de aprender a vivir, de valorar la vida…» (Testimoniante 73).

«Me encontré con un viejo combatiente de la izquierda, el Ch., y me dijo: "mira, aquí, en la política de hoy, y en este partido político, sólo hay dos tipos de militantes: los que se venden y los que se pierden, tú tienes que decidir qué

camino tomas"… le respondí: "voy a inventar un tercer tipo de militante: el que no se vende y el que no se pierde"… No quise, pues, humillarme y decidí buscar trabajo por otro lado. Decidí entonces convertirme en emprendedor y montar mi propio negocio. Inventé una guía para los usuarios del transporte público. Me encontré con el Ministro del Transporte… y le hice llegar una nota para indicarle que tenía un proyecto que tenía que ver con la modernización del transporte público, programa en el que estaba empeñado… Bueno, resultó, y ahí vino mi primer éxito comercial, con mi modesta empresa "Ruta Micro"… Eso me sacó el stress de encima, las angustias del maltrato, asumí otras iniciativas empresariales y en eso estuve hasta el año 2000… Me dediqué básicamente a los negocios, aunque mantuve mis relaciones solidarias, sobre todo para ayudar a todos mis amigos candidatos… como empresario que colabora y contribuye… Trabajé también en el tema del Informe Rettig y apoyando la investigación sobre Derechos Humanos… Y tengo un recuerdo que me impactó mucho, que fue cuando Patricio Aylwin pidió perdón… Yo recuerdo que lloré cuando el viejo dijo eso… Que él, como Presidente, haya resuelto pedir perdón a las víctimas fue, creo yo, un hito importante, una gratificación moral… pues tiene que ver con eso de no enmarcarse en la odiosidad. Yo sentí que el presidente Aylwin lo hizo con honestidad… Después, claro, dijo aquello de "verdad en la medida de lo posible"…» (Testimoniante 36).

«Se ha recuperado la democracia, la libertad, la posibilidad de juntarse con quien uno quiera, de trabajar en política… Yo siempre he tenido responsabilidades en el terreno de la política, aunque, hoy, estoy soltando algunas amarras, porque los jóvenes deben tener también posibilidades… Y sigo militando en el Partido, en Providencia, y he sido una de las personas que ha propiciado la paz entre los chilenos… aunque el que cometió crímenes aborrecibles, debe ser juzgado, como de hecho ha estado ocurriendo… Yo nunca he tenido espíritu revanchista…» (Testimoniante 18).

«Al volver, yo trabajé en la parte sindical, tuvimos que formar nuevamente el sindicato dentro del Congreso Nacional, y lo conformamos sobre todo con gente del exilio, porque los que se quedaron viviendo en Chile seguían sintiendo temor… Mis compañeros son los mismos que estaban antes. Ellos llegaron un poco antes que yo…, Pero hoy tenemos muy buenas relaciones con gente de la

Democracia Cristiana, que ha cambiado mucho, porque hoy está en la Concertación… Yo tuve una pareja sueca, en verdad, y tuve muchos amigos suecos… yo era gusto de suecos. Pero mi pareja definitiva es chilena y decidimos volver… De hecho, volvimos a Chile en 1989, después del plebiscito… Y Suecia, en esto no nos ayudó en nada… Nos vinimos sin un peso, así que decidimos traernos todos nuestros muebles, sillones, sillas, mesas… todo, en un mismo container… Yo me vine antes que mi marido, y recuperé mi trabajo en el Congreso… y ahí él se vino… Él es abogado y entró a trabajar en la Superintendencia de Electricidad y Combustibles… Nadie aquí, entonces, hablaba nada, los que habían votado por el NO seguían callados… Existían aún grandes temores, porque, en verdad, todavía seguía la represión… Yo estoy ahora bastante alejada de muchas cosas… A mí me gustaría trabajar con la tercera edad y con la juventud… Pero no se nos ocurre cómo hacerlo… Yo creo, además, que los partidos tienen que cambiar. Mucha gente como nosotros estamos fuera de los partidos. Estamos tratando de sobrevivir, tenemos deseos de trabajar, pero no tenemos espacio en los partidos actuales… Y si no cambian ellos, creo yo, va a seguir quedando mucha gente afuera. Y no se olviden los partidos que ahora es la tercera edad la que va a dar los votos, porque la gran mayoría va a ser tercera edad en poco tiempo más… si no nos queda nada. Yo, hace mucho tiempo, soy tercera edad… Ya no hay niños, casi, en este país, y no habrá gente suficientemente joven para llenar los cargos…» (Testimoniante 12).

«Mi compañero murió en septiembre de 1982, y en noviembre de ese mismo año me vine a Chile. Y llegué pidiendo trabajo en el hospital Van Buren, en Valparaíso. Me comenzaron a dar reemplazos y trabajé también en consultorios de atención primaria, y por supuesto, en todas partes pedí los lugares más vulnerables… Trabajé aquí y allá como matrona, volví a lo mío, pero traía una experiencia y prácticas que aquí no tenía a quién entregárselas. Porque, cuando yo atendía acá los partos de rodillas, con agua de hierba y manzanilla con miel, los gineco-obstetras hablaron conmigo y me dijeron: "S., tú estuviste allá en la época paleolítica de la obstetricia, nosotros acá somos modernos, y lo que tú traes ya pasó de moda"… Pero lo irónico de eso es que la Organización Mundial de la Salud propicia precisamente la atención tradicional del parto, con la mujer protagonista, el padre protagonista, el apego del niño… O sea: todo lo que yo viví con mi hijo… Y he tenido, a lo largo de mi experiencia, varios tratamientos sicológicos, sicoterapias, electromagnetismo, hablar con las compañeras, llorármelo todo… Bueno, ahora puedo hablar tranquila, aunque

todos esos problemas, si ya no los tengo en la conciencia racional, todavía los tengo en la parte no-racional… Con todo, me saqué de encima el síndrome de la victimización… Yo militaba en un partido político que implicaba asumir ciertos riesgos, pero yo no imaginé nunca que los militares nos iban a tratar como nos trataron, que no fue, precisamente, como prisioneros de guerra… No imaginé nunca el horror que iba a vivir, y hoy trato de convertir en fortaleza toda esa experiencia… La depresión, por eso, no me vino en Chile, sino en el exilio. Además, no fue mi elección haberme ido…» (Testimoniante 13).

«En Inglaterra me dediqué fundamentalmente a estudiar Ingeniería, e hice un doctorado en esa especialidad. Y eso, los títulos que tengo y el hecho de hablar inglés, han permitido que mi vuelta a Chile no haya sido traumática. Y estoy muy contento de haber vuelto a Chile, me siento mucho mejor aquí… tú vuelves a ser parte de algo… Yo me vine en 1990, y vi de inmediato las posibilidades de encontrar trabajo, y tuve la buena suerte que me dieron trabajo en la primera entrevista. Y en marzo de 1990 llegué a un acuerdo con una empresa de ingeniería, y así pudo retornar toda mi familia…» (Testimoniante 65).

«Nosotros con mi compañera compramos los pasajes para venirnos a Chile en 1986, pero justo ocurrió el atentado contra Pinochet… Así que nos vinimos en 1987, que fue de todos modos un muy mal momento, porque todavía había toque de queda, la situación política estaba todavía muy mala, así que estuvimos tres semanas y nos devolvimos rápidamente. Yo creo que fue prematuro ese viaje… Estaba muy lejana todavía la posibilidad de que la situación cambiara: había un enorme sufrimiento en la clase popular, un desempleo brutal y una represión espantosa. Era un callejón sin salida… Nosotros habíamos tomado la decisión de volver cuando pudiéramos jubilar… Yo, en ese tiempo, trabajaba en una municipalidad grande de Inglaterra y tenía algunas horas de clases en la Universidad… Se presentó entonces la posibilidad de jubilar temprano y la tomé. Quedé con una jubilación y así no iba a llegar a Chile desnudo, donde yo sabía que no había mucha protección… Así fue que, al final, nos vinimos… Cuando me fui a Inglaterra tenía 25 años… ahora tengo más de 50, y he estado 30 años afuera… Y Chile tiene ahora características muy monstruosas, así que no me vine para a tratar de conquistarlo, sino de llegar como un gatito dócil, que el país me acaricie como pueda, y así lo he hecho… Sigo siendo socialista,

pero la militancia hoy día en Chile se ejerce de una manera muy distinta a como la ejercíamos 40 años atrás. Es mucho más suelta, mucho más social… Además, hay nuevos hombres y mujeres que se han hecho cargo de las responsabilidades partidarias… Tengo, sí, grandes reservas respecto al curso que ha tomado el ideario socialista en este tiempo, pero ya ha pasado mucho tiempo como para que yo me cambie de partido… Yo volví el 2004, pero volví por un tiempo, tan sólo» (Testimoniante 28).

«Yo regresé en agosto de 1990. Yo tenía con mis hijos una sociedad que nos permitía mantenernos en Cuba… Hasta 1990 fui militante del Partido Comunista… y cuando llegué a Chile, no me marginé del partido, sino que, sencillamente, dejé de estar en el partido, dejé de militar… aunque siempre he seguido vinculado… También seguimos vinculados, hasta el día de hoy, a Cuba… Mis hijos en general, son izquierdosos, pero a estas alturas están todos en distintas cosas, el único que se mantiene vinculado al Partido Comunista soy yo… Yo tuve que salir obligado de Chile, razón por la que me dije: "no, no, yo tengo que volver"…» (Testimoniante 43).

«Vine a Chile en las vacaciones de 1987 y volví a Suecia en marzo de 1988. Y en noviembre de 1988 falleció mi marido. Así que en 1989 me vine a Chile… Estaba todo cambiado, aparte de que yo también había cambiado mucho. Yo me había ido a los 19 años y volví cuando tenía 32. Y aquí tuve mucho miedo otra vez porque, en cualquier parte, te encontrabas con un milico, y ellos siempre andaban con el dedo en el gatillo. Era impactante… Aquí constatamos la típica mentalidad de los chilenos: "si pueden, te cagan"… Allá en Suecia no corre eso… Por eso, llegar acá fue un shock, y mis hijos sufrieron bastante… Yo soy maestra de Reiki, pero tú sabes que el Reiki es súper caro… Nosotros empezamos a hacerle Reiki a la gente del PRAIS, en el hospital Sótero del Río… Estoy estudiando ahora para ser maestra docente del Reiki… Luego me puse a estudiar Naturopatía… Me costeo yo misma estos estudios, pero estoy muy contenta porque encontré lo que quería, mi lugar. Me reconozco sanadora, trato de aliviar el dolor humano, y esto me da a mí paz espiritual y una gran tranquilidad para poder ver las cosas desde otro punto de vista, de poder llegar a la gente de otra forma… La cuestión es reponerse de lo que nos pasó, y seguir adelante… Tenemos que limpiarnos de todo, como seres humanos, y sobre todo,

a través del amor. Y por esto es que, de repente, uno piensa en el perdón, en el perdón a esa gente que te hizo daño, no por ellos, sino por mí, porque ellos ya no tienen vuelta, pero para mí es bueno no mantener rencores. El rencor me hace daño a mí, no a ellos… Y lo peor es que Pinochet murió de viejo… y no lo enjuiciaron. La justicia no le pudo hacer nada… Eso deja como un vacío, una tristeza… Y todavía siguen los milicos en gloria y majestad, y con poder. No les hemos hecho mucho… Y yo me he abierto como testigo y sobreviviente de Villa Grimaldi… y doy a conocer lo que pasó, los horrores que sufrió gente que no tenía nada que ver, como le pasó a mi familia… Yo he pasado varias situaciones terribles, incluso la muerte de mi marido en Suecia, que murió en un accidente automovilístico, tanto, que casi me estoy creyendo inmortal, porque me pasan y me pasan cosas, y yo sigo ahí, luchando… Y ahora puedo hablar sobre todo lo que nos pasó. Antes, yo no podía…» (Testimoniante 16).

«Yo volví el junio de 1987, cuando aún había dictadura, demostraciones populares y estaban pasando muchas cosas… Nosotros salíamos a la calle para todas las manifestaciones, íbamos con los niños… Yo estaba feliz de estar en Chile, pues viví todos los años de exilio con las maletas listas… Nunca me pude relajar, echaba de menos todo, todo, la idiosincrasia de los chilenos… Nunca pude adaptarme a un exilio que yo asumí como momentáneo… Nosotros nos vinimos desde Salta, Argentina, directo a la casa de mi madre… Y no había pasado una semana cuando sonó el teléfono… lo contesté, y era P… mi ex-marido, a quien yo le había arrebatado los niños para escapar con ellos a Frankfort… Habían pasado siete años y no habíamos sabido nada de él. Y él venía a Chile porque su madre estaba enferma, y pensó llamar a mi madre, por si acaso… Él había hecho nueva familia y, bueno, ya se habían tranquilizado los ánimos… Y él vino a la casa de mi mamá y estuvo con los niños, se sacó fotos con ellos. Los vio bien, los vio sanos, alegres y, a pesar de todo lo pasado, pudimos conversar, y todo quedó bien… Nos contó que pensaba venirse a Chile, que tenía unos ahorros, producto de su trabajo en Potsdam como traductor para la TV española… Yo tenía un negocio en Chile, y todas las mañanas escuchaba la Radio Cooperativa, y un día estaba escuchando, cuando dicen: "en Potsdam, en el Parque Sans-Souci, ocurrió un accidente, murieron cuatro periodistas españoles, y un chileno, que era traductor"… Y era él, P… Yo no lo podía creer… así lo supe, así lo supieron los niños, y ahora nuestra vida comenzó en Chile de una manera distinta. Y hemos estado en esta casa 22 años… Está todo cambiado, pero todo tranquilo. Y así es la vida… Los recuerdos dolorosos

quedaron atrás, no es bueno vivir con esa angustia… La mayoría de los ex-presos hemos tenido la fuerza de volver a reinsertarnos en el país. Tengo ahora una vida familiar, amigos, hijos… A mis hijos les hice pasar muchos riesgos, y es bueno ver que ahora tienen una vida linda, equilibrada, que sean grandes personas, que puedan trabajar y darse los gustos que quieran… Es satisfactorio mirar para atrás y decir: "bueno, esto es lo que yo pude hacer, tal vez pude entregar más, pero tampoco se pudo más"…» (Testimoniante 6).

«Me incorporé a la Operación Retorno… Llegamos primero a Europa, y desde allí, viajamos solos, individualmente, a Chile. Cada uno con su propia "chapa". Llegué a Santiago, y desde aquí me fui a Temuco… Estaba encargada de ir recibiendo a las personas que se venían a Chile, y de distribuirlas en distintas ciudades del sur. Y yo no sabía, por supuesto, quiénes venían y a quiénes recibía… Y fue como de película: uno de los que llegó y recibí, era mi propio compañero… Nos fuimos a una residencial en Lautaro, y pagamos allí como cuatro días en una pequeña pensión. Salimos a caminar y… nos tomaron detenidos ("¡pero como fuimos a caer, al tiro!")… Cuando salimos libres, vivimos un buen tiempo en condiciones muy complicadas. Y estuvimos casi cinco años viviendo clandestinos. Y así, en esa condición, vivimos el período del plebiscito... Pero al ver lo que estaba ocurriendo, pensé que todo iba a cambiar, y levantamos montones de sueños… que, poco a poco, se derrumbaron, viendo que las cosas no iban a ser como se estaba diciendo: que iba haber mayor apertura y participación de la gente… Y me preocupé también del problema de en qué iba a trabajar yo, porque mi hijo había venido a Chile para conocernos, y a vivir con nosotros… El problema era que yo llevaba como 20 años haciendo puro trabajo político, y no había aprendido nada más. Yo había trabajado antes en un Ministerio, pero eso era todo. Entonces conversé con mi hermana, tomé su C.V., copié todas las empresas que ya no existían, y sus nombres los incorporé en mi propio C.V.. Con eso comencé a buscar trabajo... Hasta que me llamaron del Ministerio de Obras Públicas… me enviaron a EMOS, y ahí estuve trabajando como 13 años, hasta que jubilé… Me matriculé también en el Instituto Carlos Casanueva y me puse a estudiar, durante cuatro años, Naturopatía Holística. Me titulé, y en esto estoy trabando hoy día… Al principio, después de 1990, fui reacia a entregar mi testimonio, me costó mucho, pero al final lo hice, porque nosotros –pienso– fuimos una juventud que se jugó la vida por sus ideales, y yo siempre creí que podíamos transformar la sociedad… Hemos pasado por tantas cosas… ¡cuántas cosas hemos vivido, y visto!… y tal

vez ese impulso que estando jóvenes sentimos nosotros lo están también sintiendo los estudiantes de hoy día… Fuimos derrotados, pero tampoco nos fuimos para la casa, porque fuimos gente que supo pararse desde la resiliencia, y enfrentar muchos problemas… Sin embargo, cuando volvimos al hogar después de la derrota, y asumimos de nuevo a nuestros hijos, a los padres, a la familia, este desafío… nos quedó como poncho… Y esta experiencia también tienen que quedar registrada… Imagínate: volver a conocer a mi hijo cuando ya tenía 13 años, volver a parirlo nuevamente, vivir con él, y con una nueva pareja… Hoy, yo me digo que el único modo de transformar la sociedad, es transformándonos nosotros mismos. Es en uno mismo, en la persona, que uno tiene que hacer el cambio, sobre todo en el día de hoy, tal como está la situación» (Testimoniante 47).

c) En los bordes del sistema…

La dupla CIA-DINA logró sus tres objetivos estratégicos: a) sacar del escenario político a la generación rebelde de los tardíos años sesenta, despejando la pista para el aterrizaje inmaculado de… b) el modelo neoliberal en fórmula de laboratorio (Universidad de Chicago) y, finalmente, c) la imposición dictatorial (ilegítima) de la Constitución Neoliberal de 1980.

Con todo, la lógica de laboratorio, expandida brutalmente a todo el país por la lógica militar, no estaba ni está capacitada para detectar y medir los efectos colaterales de su aplicación en la sensibilidad humana y en los nudos de solidaridad que unen, como un sistema sanguíneo invisible, a las víctimas de esa lógica con las densas redes sociales que las rodean. Porque la sociedad es un tejido vivo, emocional y valórico, y no una formación de soldaditos en un tablero de ajedrez. Los bombardeos, por tanto, la prisión, la tortura, el asesinato, el exilio y la traición a la voluntad soberana del pueblo, produjeron (y producen) enormes vibraciones de dolor, decepción y muerte, que se expanden y generan, de retorno, anchas, densas y persistentes resacas de compasión y solidaridad, verdaderos tsunamis justicieros, que se devuelven, precisamente, para cercar y socavar el cimiento de los poderes que las provocaron.

Porque, cuando se destruye violenta e inhumanamente una sana, joven y legítima

solidaridad rebelde, la comunidad social responde generando nuevas solidaridades. Construyendo, en torno a la herida producida, un tejido humanizado, nuevo. Adicional. Complementario. Sanatorio. Que no intenta agredir directamente al sistema represivo, sino, más bien, proteger la vida y los valores humanos bajo amenaza. Que no atacan al agresor, pero protegen a la víctima…

Los prisioneros de Villa Grimaldi –que estábamos «desaparecidos»– no vimos ni sentimos que, fuera de los recintos carcelarios, se inició, a poco de nuestra desaparición, una creciente agitación de madres, padres, hermanos, esposas, compañeros, amigos, colegas y camaradas, que se preocuparon de averiguar y saber del pariente o, simplemente, del amigo desaparecido… Una agitación in crescendo, un hormigueo incesante, para muchos inesperado, que fraguó la aparición, por primera vez en la historia de Chile, de instituciones formales de solidaridad activa, hermanadas de corazón con las víctimas del terrorismo militar. Y la agitación solidaria se expandió contagiosamente: inflamó las familias, invadió las iglesias, rebotó en las agencias internacionales, reencendió la mística del exilio, reverdeció los olvidados derechos del hombre y del ciudadano, dio la vuelta al mundo… Y creció y creció, como una implacable herida espiritual en un flanco descuidado de la fortaleza militar, ante la cual no existía ningún armamento útil...

Por eso, cuando nos «bajaron» a Tres Álamos, o a Puchuncaví, fue para nosotros una muy grata sorpresa ver la muchedumbre de alegres parientes y amigos que fueron a visitarnos, o a esperarnos cuando salimos en libertad, o a despedirnos al aeropuerto cuando nos tuvimos que exiliar. Fuimos, así, estación tras estación, a todo lo largo de nuestra vía carcelaria, acompañados y rodeados todo el tiempo por nuevas redes solidarias. Las que no siempre estaban constituidas por militantes de partido, sino, en su mayoría, por personas que no militaban, o que eran meros simpatizantes, o que no se movían por solidaridades de militancia, sino por solidaridades sociales de espesor más profundo. Acaso, también, más trascendentes. Por eso, esas «muchedumbres» se situaron en un campo aparte, propio, oblicuo con respecto a la línea de fuego de la tiranía, más allá y más acá, también, de la ruta rebelde que nosotros habíamos seguido... Pero que fueron, por eso mismo, inesperados compañeros de la guarda…

Y después que nos empujaron al exilio, cuando nosotros ya no estábamos aquí, esa nueva red siguió creciendo e institucionalizándose, dentro de la sociedad civil. Porque ellos siguieron preguntando y exigiendo la verdad acerca de los

miles de compañeros que continuaron desaparecidos, y la verdad también acerca de por qué y cómo los habían asesinado y/o los habían hecho desaparecer. Y la exigencia por las verdades devino, naturalmente, en una exigencia por la justicia. Y el mundo entero, como sabemos, presionó también por la verdad y la justicia.

De este modo, la nueva solidaridad, identificada en la conjunción irrestricta entre el ciudadano y los Derechos Humanos, delineó un nuevo frente de acción política, enraizado de lleno en la humanidad misma… Un frente de valores y de acción, y a la vez, social, cultural y político; un frente que ni la dictadura pudo atacar ni neutralizar, ni los gobiernos de la Concertación ignorar u obviar (por el contrario: se vieron forzados a acoplarse a su presión). Era un frente nuevo que unía, además, en una sola línea de continuidad, el pasado con el presente, lo que habíamos sido, con lo que no podíamos dejar de ser, y que, por asentarse en la humanidad profunda, no podía ser sino el pórtico para entrar, de lleno, a las nuevas alamedas…

Al retornar de nuestro exilio, nos tropezamos todos con la política característica del Estado (neoliberal) y, por tanto, con sus resbaladizas entrañas y alrededores. Pero también nos hallamos inmersos en el «nuevo frente» de los Derechos Humanos, que continúa la lucha contra el terrorismo militar, pero que también exige definiciones humanas y ciudadanas a la flamante «democracia» neoliberal…

Se trata de un frente de acción que no estaba ni está emplazado en el entramado interno del Estado de 1980, sino en su costado; mejor dicho: en sus bordes. Se pertenece, por tanto, a sí mismo. Es un ámbito exclusivo de, y para, la solidaridad humana y ciudadana. Una atalaya libre, que permite mirar y actuar, hacia el pasado, pero también hacia el futuro.

No es extraño, por tanto, que muchos compañeros que se quedaron en Chile, y muchos de los exiliados que retornamos veinte años después, nos hemos integrado a este ámbito, para dar una lucha que no se agota en el recuerdo, sino en la acción que permite construir, en los hechos y en el sistema, el «nunca más».

«Durante el año 1977 todos nos fuimos dando cuenta que no bastaban las gestiones individuales, sino que había que hacerlas de forma colectiva, y no sólo

con los familiares de los detenidos desaparecidos, sino también con el apoyo de personas connotadas del país (abogados, gente del arte y la cultura)… Ésa fue nuestra primera gran tarea: buscar el apoyo y la firma del máximo posible de personas… Y en 1977 logramos hacer una presentación a la Corte Suprema firmada por más de 2.000 personas… Así fuimos creando, paso a paso, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD)… Porque nos fuimos dando cuenta de que la Junta Militar no iba a reconocer la detención de nuestros familiares desaparecidos… Y de que mucha gente de esa época no sabía o no creía en la existencia de nuestro problema. Decían que los supuestos desaparecidos estaban clandestinos, que se habían ido del país, que tenían por ahí otra familia, etc… Sin embargo, día a día llegaban nuevas personas a denunciar que había desparecido uno, dos o más miembros de su familia… y a presentar recursos de amparo… Había que esperar más o menos seis meses después de la desaparición de una persona, si no aparecía al cabo de ese tiempo, se recomendaba inscribirse en los registros de la Agrupación… Y a mediados de 1977 yo comencé a ir todos los días a la Vicaría de la Solidaridad, para definir los trabajos de la AFDD. Éramos en su mayoría madres, esposas, hijos y hermanos de personas que, después de ser detenidas, desaparecían… Y organizamos una Coordinadora, comisiones de trabajo, divididas en zonas… No teníamos dirigentes, sino, sólo, coordinadores, cuyos nombres no se revelaban públicamente por temor a que fueran detenidos… Y por lo mismo, teníamos dos coordinadoras por zona… Después comenzamos a luchar contra el Decreto-Ley de Amnistía (para los torturadores)… Cuando la Concertación ganó la Presidencia, fuimos donde el Ministro de Justicia, don Francisco Cumplido, para hacerle ver que se debía cumplir el compromiso del nuevo Gobierno en cuanto a abolir la Ley de Amnistía… Nos respondió que él no tenía idea dónde podía estar ese compromiso, porque no estaba en el programa de Gobierno… Imagínate… ahí nos dimos cuenta de que la transición, realmente, había sido un pacto entre ellos y los militares, para no someter a proceso a los culpables, para no juzgarlos ni condenarlos… Por tanto, la justicia en Chile iba a ser, sólo, “en la medida de lo posible”, tal como dijo el presidente Aylwin… Hoy, al año 2008, nosotros seguimos, todavía, buscando a nuestros familiares y luchando para que haya una efectiva justicia. Y la justicia es hoy, por tanto, sobre todo, una responsabilidad que recae en los familiares de los detenidos desaparecidos, en las organizaciones de Derechos Humanos y en la misma sociedad chilena… Y hemos luchado, por eso, para que no se cierren las causas… Y en la AFDD habían compañeros socialistas, comunistas, del MIR… y había un respeto de los unos a los otros… Por eso, si bien en la primera huelga de hambre que hicimos los huelguistas éramos puros comunistas, en la segunda participaron todos…

Hemos podido superar nuestras diferencias y dificultades… Nuestras manifestaciones públicas, esporádicas e insólitas al principio, fueron despertando una creciente solidaridad del público en general, y de diversas organizaciones. Fue todo un proceso…» (Testimoniante 76).

«Yo fui la primera que me fui al Comité Pro-Paz a revolver el gallinero para poner un recurso de amparo. Y ahí nos empezamos a juntar… Hasta que formamos una Agrupación, que tenía una zona norte y una zona sur. Y nos dividimos por zonas, y ahí me correspondió, en mi zona, formar un coordinador… Y fui coordinadora de mi zona y de la Agrupación. Estuve todo el año 1976 en eso, y he estado toda mi vida luchando allí… Y cuando Pinochet se fue, yo tenía fe y esperanza en que iba a haber un cambio efectivo… pero cuando me di cuenta que la justicia seguía igual, me desilusioné. Ellos se comprometieron, hablan de que todos son humanistas y que lo primero que iban a hacer era buscar la verdad sobre los desaparecidos… pero después se les olvidó todo, po', ni se acuerdan, y se molestan si les vamos a recordar las promesas que hicieron…» (Testimoniante 54).

«Durante casi todo el período de la dictadura, yo me enclaustré en mi casa. Me embrutecí con el trabajo para olvidar el entorno… y fui viendo cómo la gente cambiaba su forma de percibir la vida, los valores, cómo el dinero fue entrando en la vida e impulsando el consumismo… Era una cosa casi enfermiza… Había un proceso de cambio muy brutal. Entonces me fui aislando en esta casa, que es tan grande: me dediqué a plantar tomates, cebollas, de todo... gallinas, gallineros, perros… Inventé todo un mundo en torno mío para protegerme y no saber de lo de afuera… La política me había decepcionado: eso de "renovarse" me pareció un exceso… Sólo con las protestas de los años ochenta experimenté un desahogo… Al principio, en la Agrupación, fueron los familiares de los detenidos del MIR, porque fueron los primeros en ser atacados por la DINA. Después siguió el Partido Socialista y ya en 1976 empezaron a llegar los familiares de los militantes del Partido Comunista… Ahora, te diré que los familiares de los detenidos del MIR tenían una ignorancia política absoluta, muchas eran mamás partidarias de la Democracia Cristiana, que no compartían mucho con nosotras. Incluso estaban como avergonzadas, porque les había salido un hijo "medio comunista", y claro, todos los comunistas son malos… Y

decían: “no sé por qué lo detuvieron, si mi hijo era tan bueno, estudiaba Veterinaria y sólo le faltaba terminar la tesis, y le gustaban los pobres”... Y te mostraban la foto y… ¡guau!, ponte tú, era mi compañero tanto… La familia de Ch., por ejemplo, se retiró del trabajo de búsqueda, y fue la familia de sus suegros la que continuó luchando por él… A mediados de 1976 la cosa cambió, porque las señoras decían de inmediato: “mi marido era dirigente sindical de los metalúrgicos, y estaba en una reunión clandestina cuando cayó preso”… y llegó gente que estaba clarita para dónde tenía que ir políticamente la cosa… Y en la Agrupación misma, la cosa era complicada también, porque, por un lado, estábamos las mujeres “de”, y por otro, las mamás “de”… Y el problema era que las mujeres “de” no podíamos aparecer teniendo relaciones afectivas con otro que no fuera “de”… Yo misma, que tuve algunos pretendientes en ese período, fui objeto de rumores en ese sentido: “parece que andan juntos”… Entre los miembros del Partido Comunista, ese prejuicio era aun más fuerte… Ninguno de ellos podía rehacer su vida con otra persona… tenían que dedicar el resto de sus días a la lucha por su compañero desaparecido… Y era mucho peor todavía si te embarazabas… De modo que las que comenzamos por ahí a buscar otra pareja, tuvimos que retirarnos de la Agrupación, porque, de seguir, habríamos sido marcadas y aisladas… Y muchas de nosotras sabíamos que, de hecho, nuestro compañero no estaba vivo… pero aun así tú no podías traicionarlo, si no a él mismo, a la causa general de la AFDD, lo que era mucho peor… Y esto, como te digo, fue un problema bien fuerte. Por eso, cuando decidí rehacer mi vida, tuve que separar aguas con la AFDD… Costó mucho que la gente comprendiera que tú no estabas traicionando a nadie, que tú tenías derechos, que eras una mujer joven… Cuando me incorporé a la Agrupación y a tener cargos de responsabilidad dentro de ella, me conecté nuevamente con el partido, y tuve así varias reuniones medio clandestinas y todo eso, pero siempre vinculadas al tema de la Vicaría. Pero tuve algunos problemas, porque no estuve de acuerdo con varias decisiones tomadas por el MIR… sobre todo, cuando insistió en que se quedaran en nuestras casas los compañeros que iban saliendo libres y no tenían dónde irse. Yo fui partidaria que, luego de un tiempo razonable, se fueran, porque complicaban mi trabajo en la Vicaría… Además, mi suegro estaba muy alcoholizado y yo estaba viviendo en su casa… El problema de los desaparecidos, sin embargo, por su importancia, se convirtió en un problema nacional, y en las poblaciones, diversos representantes sociales de la comunidad se acercaban a conversar contigo sobre el tema, y a apoyarlo. Y esa gente fue llegando a las parroquias, con su familia, incluso… Yo salía a moverme con cada juicio, a buscar testimonios, a relacionarme con las trabajadoras sociales, y llegué a hacerme amiga, incluso, de un juez del Cuarto

Juzgado del Crimen de Santiago, pues andaba pidiendo audiencias para esto, para lo otro…» (Testimoniante 2).

«Me gustaría pensar que soy un investigador social… yo estudié Sociología, y he tenido la suerte los últimos tres años de realizar estudios de postgrado en Brasil, en una universidad pública, enteramente gratuita, una universidad a todo cuete, con una diversidad genial de teorías… Yo nunca había salido del país, salvo ahora… Me gusta también la animación cultural de base, haciendo acciones de arte, política y desarrollo comunitario… Y estoy estudiando Ciencia Política… Y bueno, tanto me encariñé con los presos que terminé contando presos en la Vicaría de la Solidaridad, donde me dediqué a digitar información de los registros de la Vicaría, tanto de recepción como recursos de amparo, documentos de consejos de guerra, etc. Le seguíamos la pista a los compañeros detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, y toda la información recopilada iban a una gran computadora, donde se transformaba en un informe, el cual, junto a otras fuentes, llegó a ser después el Informe Rettig. Durante un año, por lo menos, estuve en eso. Tengo el orgullo de haber participado en ese equipo: éramos once gallos, hombres y mujeres… y nos llamaban el “grupo folklórico”, porque andábamos todos de ponchos, güeás chilotas, cuanta güeá hacían los presos (por que las comprábamos todas)… Y nosotros estábamos sobre una cuerda floja, porque los agentes nos seguían y nos fotografiaban, estaban repartidos por toda la Plaza de Armas, donde nosotros íbamos a almorzar… Y no podíamos decirle a nadie que éramos de ese equipo, ni dar detalles de nuestra misión, que consistía en codificar todos los datos que permitían reconstruir las huellas de los detenidos desaparecidos… Y era mucho… teníamos que asistirnos mutuamente en términos emocionales, porque… cada güeá que te tocaba leer… Teníamos clasificadas las torturas, entonces el Código 2508, ponte tú, era colgamiento de una pata, el código tanto, colgamiento de un coco, no sé… Entonces, te juro, lo teníamos todo partido así, en categorías… Y teníamos que reponernos con trabajo emocional: muchos chistes y fiestecitas entre nosotros… andábamos como hermanitos… Fue una etapa muy bonita de mi vida… Pero, simultáneamente, yo participaba con profesores de la universidad que habían renunciado o que los habían echado a patadas, e hicimos un proyecto para crear una ONG… La creamos… Entonces renuncié a la Vicaría y me fui a trabajar a esa ONG, que llamamos CENECA, dedicada a temas de cultura y arte, en términos de resistencia contra la dictadura. Yo me dediqué al teatro. El teatro popular fue muy importante en la lucha de

resistencia popular. Y tuve la suerte de recorrer, para eso, desde Arica a Puerto Montt, visitando el campo, las comunidades indígenas, las parroquias, los pueblitos, los campamentos mineros… todo Chile. Éramos activistas, a través de eso, en la lucha por los Derechos Humanos y por la democracia… Para el período del plebiscito casi nos volvimos locos, porque dimos como siete vueltas a Chile… Era una vida de gitanos, muy entretenida… El triunfo del NO, felices, pero asustados, porque Pinochet quedó como Comandante en Jefe por ocho años… y además, esos maricones de la Concertación… putas, a cambio de que no nos siguieran machacando los cocos, metiéndonos electricidad y violando a nuestras mujeres, vendimos todo, güeón, todo, vendimos hasta el alma… Después se cagaron a las ONGs, para qué decir a los movimientos sociales… Sólo los mapuches han sabido resistir…» (Testimoniante 3).

«En el plebiscito, obviamente, voté por el NO… ya había pasado la etapa del gran miedo, aunque nosotros dudábamos de que realmente fueran a aceptar el resultado de las urnas. Sabemos muy bien que esa noche hubo muchas conversaciones antes de que se dieran los resultados definitivos, y que se acataran… Hubo compromisos de no tocar a Pinochet, que después yo mismo sentí a través de las influencias de los personeros de Gobierno y de otros cuerpos, como el Congreso…. Y cuando yo fui nombrado miembro de la Corte de Apelaciones de Santiago… me correspondió trabajar en la Corte Marcial como Ministro… estábamos allí C. y yo, más un ministro por cada rama de las Fuerzas Armadas. De modo que en esa Corte siempre eran tres votos a favor de las Fuerzas Armadas y dos en contra. La Corte Marcial era, a la sazón, una Corte política, que sancionaba siempre en contra de los que se oponían a la Junta Militar. Ahí nos dimos cuenta de muchos casos donde habían habido flagrantes violaciones a los Derechos Humanos…. Sólo en un caso fallamos contra un torturador, porque estaba tan, tan probados sus crímenes, que todos votamos por el castigo… le aplicamos diez años, el máximo de la pena. Era de la ciudad de Ovalle… Yo realizaba la investigación que tendía a establecer cuáles eran los crímenes cometidos, en base a las denuncias y las querellas que se presentaban al Tribunal. Una vez que establecía el delito, llámese secuestro, homicidio, tortura… el problema era que las personas no sabían quiénes, exactamente, las habían torturado, aunque sí tenían fuertes presunciones de quién hubiera podido ser… Y eso hacía yo: investigar la comisión de delitos, quiénes eran las víctimas, dónde estaban sus restos, determinar, a través de los en las osamentas, cuál fue la causa basal de su muerte. Y en qué lugar ocurrió,

quiénes eran los jefes militares en esa zona, cuáles eran las brigadas de la DINA que allí actuaron… Se buscaban los restos de las víctimas desde Putre hasta Magallanes, en todas las partes, donde había presunción de que habían o podrían haber restos humanos de víctimas… Recorrí todo el país y cavamos muchas fosas comunes… Me hacían bromas los ministros de la Corte Suprema, porque yo andaba por todas partes recogiendo huesitos… Y así, uno va como creciendo en este trabajo, porque lo que en un momento a uno le parecía inimaginable, en otro momento no fue más que rutina... Pero me pareció que eso era lo que tenía que hacer un juez investigador… Hay jueces que nunca han ido al lugar de los hechos, éstos son jueces de escritorio… yo preferí ser juez de terreno, y, por tanto de exhumaciones… Me ofrecieron apoyo siquiátrico, dado que veía en el terreno cosas terribles. Yo respondí que sí, que efectivamente veía cosas terribles, pero que no necesitaba ese apoyo, porque, fuera del cansancio, no tenía ninguna depresión… Me recomendaron igual a un siquiatra que es hoy un gran amigo mío, R. con quien conversamos en su casa muchísimas veces, con quesos de todo tipo y un muy buen vino tinto… Muchos jueces le dan un cariz absolutamente político a estos asuntos, que son absolutamente criminales… El derecho no tiene color político, está hecho para las acciones reales de los seres humanos…» (Testimoniante 34).

«Entre 1991 y 1992 comencé a preocuparme del destino de Villa Grimaldi… Y hacia 1997 se inauguró la Villa como un parque del recuerdo… La Villa estaba en poder de los militares, y se la habían entregado a un cuñado del general Salas Wenzel, y el dicho cuñado quería construir en su terreno un conjunto habitacional, y vender. A ese efecto arrasó los edificios y el parque tradicional, intentando borrar con ello, también, todos los recuerdos... Entonces el Comité de Derechos Humanos se inquietó, se movilizó, y logró, a través de la justicia, parar el negocio, que no era, por supuesto, muy limpio… Nosotros queríamos conseguir la Villa para el Comité, pero la propiedad estaba como congelada: los militares no querían entregarla, y nosotros no teníamos cómo comprarla… El dueño de la Villa –el cuñado en cuestión– al tropezarse con estos problemas fue a hablar con un hermano, que es sacerdote, y éste le dijo: "te va a ir muy mal con este negocio, porque ése fue un lugar de tortura, la tierra allí está manchada con sangre, y eso hay que purificarlo". El hermano le dijo que hablara para eso con José Aldunate, y así el cuñado llegó a mi oficina, y conversando con él, logré que aceptara negociar la venta del sitio, tal como estaba… Dijo que estaba dispuesto a venderlo por el mismo precio que él había

pagado: $20.000 millones… Ahí se interesó el Ministerio de la Vivienda, yo hablé con los alcaldes y comenzamos a juntar gente para realizar el traspaso. El Comité de DDHH era muy izquierdista –estaba formado por militantes del MIR, sobre todo– y no estaba de acuerdo que el Gobierno se metiera en eso. Fue entonces cuando actué como catalizador: logré convencer a los del MIR que aceptaran la oferta del Gobierno, y que éste aceptase cooperar con el propósito del Comité… Lo importante era recuperar el lugar, para poder hacer memoria de todo lo que pasó allí… Fue una pena que no hubiéramos podido llegar antes, y parar la cosa antes… Nosotros estábamos en contacto con el Cardenal, dialogábamos, pero habían también ciertas tensiones… Nosotros, en general, empujábamos a la Iglesia para que se definiera claramente contra la tortura. Y le pedimos a todos los obispos que excomulgaran a los torturadores. Algunos lo hicieron, pero el Cardenal se negó, porque, de hacerlo él, tendría que haber excomulgado al mismo Pinochet, y no se atrevía a tanto… Entonces un grupo de sacerdotes y monjas declaramos una huelga de hambre para acompañar a los familiares de los detenidos desaparecidos, que duró 17 días. El Cardenal, cuando llegó, no le gustó esa acción… Nos dijo que no debíamos hacer «política de oposición», y que, por tanto, paráramos la huelga. Nosotros le dijimos que entonces rompiera con el régimen… Respondió que no era costumbre de la Iglesia romper con los gobiernos. Y nosotros: "¿y cómo puede entenderse con un gobierno que tortura?"… Señaló que la Iglesia siempre protegía y defendía a sus sacerdotes y procuraba impedir que los apresaran… Pero murieron siete sacerdotes… Tuvimos, pues, con él, ciertas tensiones…» (Testimoniante 31).

«Nosotros volvimos en febrero de 1991 –estaba comenzando la democracia–, y apenas llegué, fui a la primera marcha por el Parque por la Paz... Yo me había dicho que no me iba a meter en ninguna cosa, para no caer presa de nuevo, porque yo quería que nuestros hijos crecieran con sus padres… Y me vi marchando por la Paz… aunque, claro, era por este lugar, la Villa Grimaldi, donde había existido tanta tortura… Y nos involucramos desde el inicio en la recuperación de la Villa, y entramos también en la querella… Yo creo que declarar, denunciar y hablar por los que no pudieron hablar, es sanador, porque estás luchando contra los que te hicieron tanto daño… y hemos dado testimonios por las violaciones a los Derechos Humanos… Hemos conseguido, a la larga, que muchos de los torturadores estén presos, no sé si muchos, pero al menos una parte… Yo estuve en los primeros careos con Moren Brito y fui la primera que entré… fue duro, fue difícil. Recuerdo que yo hablaba y hablaba y la Ministra

del juicio callaba, callaba, y no decía nada (después supe que ella había sido amenazada por la DINA antes de que yo entrara)… entonces yo me paré y dije que yo no había ido para eso, que yo no me prestaba para eso, y me paré e hice ademán de irme. Es que él no había sido requerido ni una sola vez para responder a mis acusaciones... Eso no era un careo… Entonces la jueza cambió de actitud, y él tuvo que responder, y reconocer que iba a la Villa… No es que yo anduviese con eso haciendo terapia, sino que yo andaba luchando contra ellos. El hecho de que tú pudieses contribuir a la justicia era y es súper importante, por sí mismo… Y yo me digo: "estoy muy vieja para cambiar", y no voy a ponerme neutral ahora, si he estado siempre comprometida con causas que son justas, y voy a seguir comprometida con ellas… Volvería, por tanto, a militar en el MIR, volvería a luchar contra la dictadura… Creo que es una derrota tremenda para la dictadura el hecho que los jóvenes de hoy –y no sólo nuestros hijos– se comprometan también en la lucha por construir una sociedad mejor… Ellos no nos han anulado, nunca lo lograron… Como dice Ernesto Cardenal: "somos soldados derrotados de una causa invencible", y esto significa que vamos a seguir promoviendo los DDHH y la justicia social…» (Testimoniante 7) … «Yo me quedé sin el MIR, pero yo no me fui del MIR… Cuando el partido se dividió, yo no seguí vinculado al MIR desde fines de los años ochenta hasta comienzos de los noventa, si bien sigo vinculado al "mundo" social del MIR, y ahí sigo trabajando en el ámbito de los DDHH, en el de los pueblos indígenas, con los grupos ecológicos y con todo el mundo progresista… Por tanto, me compré eso de los DDHH, que implicaba una actitud militante, desde comienzos de los años noventa… Participé también en actividades del Colegio Médico. He participado, así, en las agrupaciones que luchan por la verdad y la justicia» (Testimoniante 61).

«Yo estuve un año entero yendo a atender, como sicóloga, a la familia Maureira (a la señora que le mataron sus cuatro hijos, y a su marido). Quedaron sólo mujeres en esa familia. Y yo la atendí a ella y a la familia Astudillo… Pero yo no trabajaba en la Vicaría, porque, por A, B o C motivos, no me iban a contratar, pero yo, personalmente, quería trabajar en eso... Cuando los asesinados aparecieron en los Hornos de Lonquén, yo estuve en esa ceremonia, y cuando entregaron los restos, yo estaba allí… Y yo trabajé como sicóloga con una colega, y ella sí era de la Vicaría… Y participé en las jornadas de protesta de los años ochenta… ya tempranito andaba la gente arrancando de los pacos, de las bombas, guanacos, todo eso… El ahogo era espantoso, el hedor de los gases

lacrimógenos y de otros gases era horrible. Y te perdías de tus amigos, tenías que meterte en la primera puerta que encontrabas, alguien te pasaba sal… Y otra bomba, y otra vez perderse, correr, quedar parada de repente en medio de los pacos, ver cómo le pegaban furiosamente a algunos jóvenes… ¿Vamos a los tribunales?... ¡Vamos, vamos!... Y allí estaban los jóvenes gritando… apareció el viejo R., aplausos, silencio… lo escuchan, lo respetan. Es modesto, honesto, único… Se canta la canción nacional… Salimos a la calle, y vemos un grupo marchando en silencio, y los pacos mirando… Increíble: por fin, algo permitido… Pero llegan otros pacos y empiezan a golpear con una destreza impresionante… Finalmente, descorazonados, tomamos una micro y nos vamos, y por la ventana vemos cómo un paco golpea en el estómago a un joven que tienen amarrado… Después, leer las mentiras en el diario… Y vinieron las jornadas del plebiscito… para qué te cuento: todas las idas en auto, para allá, para acá, llenos de niños y gente que sale a celebrar, marchas en las que yo iba feliz… Y yo iba con una amiga que era como yo, digamos, así, de pinta… no de pueblo, porque yo no puedo pretender vestirme de pueblo, porque no parezco… Pero fui a todas las marchas, a todas las manifestaciones y recitales… Fui yo, fui con mis hijos, con mis nietos, con mis amigas, con todo, y todo lo celebré muchísimo. Y te puedo decir que yo descubrí esto: lo bien que yo me sentí en medio de la gente y lo bien que la gente se sentía conmigo. Nunca me rechazaron por ser pituca, no, nunca… Con la posibilidad de vuelta a la democracia yo me imaginé a Pinochet colgado de… (no te voy a decir una grosería) pero imagina cómo me lo imaginé… Y nunca pensé que la mitad de Chile, casi, lo iba a defender. Eso fue una gran desilusión para mí… Yo quería colgarlo de un poste… es que soy un poco vengativa, tenía sangre en el ojo…» (Testimoniante 71).

«A mí en Suecia me hicieron un tratamiento bastante extenso, después, en la Unión Soviética, me arreglaron la nariz, y el ojo, que quería salirse para afuera… (acuérdate que me habían quebrado toda esa parte). Todos esos tratamientos me los hicieron en Suecia y en la Unión Soviética. Aquí me ofrecieron tratamiento sicológico, pero yo creí que no era necesario: estaba cuerdo, equilibrado… yo fui un hueso duro de roer… Conozco a muchos compañeros que están mal, con los alambres medios pelados y físicamente en mal estado… Yo era muy deportista, era del campo, soy del sur… Eso de la pesadumbre me duró, por eso, sólo un año, pronto me reencontré conmigo mismo y me dieron deseos de hacer cosas… Por eso regresé a Chile, en un

momento en que todavía estaba la dictadura, pero me incorporé inmediatamente a trabajar en la Comisión de Chilenos por el Retorno del Exilio, cuando en Alameda con Dieciocho estaba la Comisión Chilena de Derechos Humanos… O sea: me metí de inmediato a la pelea, y yo fui a varias parroquias, sindicatos, poblaciones y confederaciones para explicar lo que era, realmente, la dictadura, y cómo fue mi pasada por Grimaldi, por Tres y Cuatro Álamos, por el Silva Palma, por Puchuncaví…» (Testimoniante 23).

«Hace tiempo que no estoy en la política, yo renuncié al Partido Comunista, creo que en 1982, cuando el partido optó, de un día para otro, por la vía armada… Para mí eso fue una sorpresa, porque eso nunca se discutió, nunca se conversó, se decidió así, como de repente… Bueno, el partido siempre había sido así, vertical y todo, pero yo ya estaba viejo en ese momento… seguía en el partido como por tradición, por cariño…. Pero cuando vino eso de que uno tenía ahora que estar dispuesto a combatir… no era el momento. El momento fue cuando ese viejo de la construcción me pidió los fusiles, y no hubo después otro momento igual… A mí me gustaba el partido cuando era como social-demócrata, un poco burgués… porque estaba por la vía electoral y democrática. Pero yo no estaba para pelear ahora… Y ahí yo no quise saber más, me retiré. Me vinieron a ver y todo, pero yo les dije: "no, con esto no estoy de acuerdo"… Pero igual yo estaba fichado como ex-preso político, y no podía ir a cualquier parte a ofrecer mis servicios… así que fue una etapa de cesantía total, y sobrevivimos sólo gracias al sueldo de mi esposa… Hasta vendí huevos de codornices… Entonces nos cambiamos a Maipú a la casa de mis suegros… Me integré a una bolsa de cesantes en esa comuna, que fue cuando me puse a vender huevitos de codorniz… Porque yo había aprendido en el campo de concentración de Puchuncaví lo importante que era el teatro, el arte y la música para los seres humanos. Allí, el teatro fue tan importante como comer o recibir visitas. En la sociedad normal tú tal vez no te das cuenta de eso, como que allí el arte y el teatro son algo superfluo. Pero en el campo de concentración, donde la vida era una micro-sociedad condensada al máximo, tú veías que no, que el arte es algo fundamental para tu espíritu… Por eso, yo seguí pensando que el teatro y el arte eran, para mí, lo esencial… En la prisión aprendí a valorar los valores humanos, que a veces en un compañero humilde eran mucho más evidentes que en algunos connotados dirigentes políticos… Comprender eso cambió mi manera de ser y de actuar. Maduré, aprendí… Algunos tuvimos ciertas capacidades de resiliencia, que no todos los compañero tuvieron. El arte me

ayudó a vivir el proceso represivo que estábamos viviendo, tratando de entenderlo, de expresarlo, como parte de un todo, para luego poder representarlo… Ésa fue mi terapia. Y no tuve que gastar en siquiatras… La mayor parte de mi generación, los que salimos de la escuela de teatro, como el 90% se fue al exilio, mientras otros dejaron de hacer teatro para siempre, porque era difícil trabajar con toque de queda, con censura, etc. De modo que desapareció el círculo en el que uno estaba. Una generación completa de actores y gente de teatro desapareció del escenario… Me quedé súper solo. Incluso en el extranjero se agruparon varios e hicieron teatro, pero aquí, no. Yo no tenías pares con quien trabajar. Fue un período difícil… Pero me puse a hacer clases y a escribir... Terminé una obra que habíamos escrito con Oscar Castro cuando estuvimos presos… y un amigo me instó a representarla e, incluso, a financiarla… En 1980 presentamos esa obra, con dos actores, un hombre y una mujer. Llegamos con ella al teatro La Comedia, y yo la dirigí… y nos fue muy bien. Los del ICTUS quedaron muy sorprendidos… tanto así, que al año siguiente nos integramos los tres a esa compañía… Ahí terminé mi larga etapa de cesantía y empecé a tener un trabajo continuo en el teatro… Teníamos allí también una productora de videos, que producía temas contestatarios para la comunidad, de resistencia cultural, que se proyectaban en los centros culturales de las poblaciones… Ahí trabajé a lo largo de 14 años seguidos. Fui actor, director, encargado de prensa, todo. Y la transición a la democracia la viví allí. Fue una trinchera… porque el ICTUS hacía teatro contra la dictadura, pero con sentido del humor, con sátiras, con metáforas, con todo. Yo fui allí autor, coautor, participé en la creación colectiva… y todo eso te daba a ti más fuerza, más confianza, más esperanza…» (Testimoniante 4).

«En algún momento pensé en venirme con la Operación Retorno… Mi amigo J., con quien habíamos trabajado juntos en un GPM del MIR, me llamó, y me dijo: "chica, vente conmigo, nos vamos juntos, nos conocemos, nos queremos"… El "C" también me llamó para que nos fuéramos juntos… Pero yo les dije que no: "¿sabes qué? Me cago de miedo. Estoy convencida que nos van a matar, y yo ya no quiero más" …Y nunca más los volví a ver… Los mataron en Chile a los dos… Y yo decidí volver a mi país, pero por mi propia cuenta… Dejé mis estudios, renuncié a mi calidad de refugiada, me conseguí plata con unos amigos para el pasaje, y me vine, con 100 dólares en el bolsillo… Me fueron a esperar el padre Alfonso Baeza, otras personas vinculadas al mundo religioso… Y volví… Pero, claro, estuve un buen tiempo pisando huevos, más aún si Chile

ya no era el que yo había dejado… Y empecé a trabajar con otra compañera haciendo cortinas, cubrecamas, sábanas… Después trabajé como cocinera y pinche para 200 personas, y como obrera en la fábrica McKay, donde entré al sindicato y a reconectarme con el partido. Al mismo tiempo hacía arpilleras con un grupo de mujeres en la población La Bandera… Y de la McKay me fui al Manpower a estudiar Secretariado. Y como secretaria ingresé a una ONG y a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos…. Y así trabajé hasta 1984, cuando quedé embarazada de mi pareja, el M… Él es separado, tiene tres hijos, y nos fuimos a vivir juntos después que terminó su relegación… Pero siempre mantuve mi vinculación con los comités de Derechos Humanos, con el CODEM (Comité de Defensa de los Derechos de las Mujeres), y empecé a hacer talleres para mujeres… Por los años noventa me conecté con la agrupación de la casa de José Domingo Cañas. Ahí estuve como 12 años… Pero no volví a militar, desde que me vine de Bélgica… Y tuve que votar por Aylwin, porque, o era él o… ¿qué? No había nada más. Y Aylwin había sido un traidor que había apoyado el golpe… No hice ninguna campaña por él, pero tuve que votar por él… ¿Estamos con la Concertación, o en contra de ella? ¿Nos estamos traicionando entre nosotros mismos?... En el largo proceso que hemos vivido, aprendí a conocer y respetar a los otros, aprendí de mí misma, de lo que soy capaz, de lo que quiero y de lo que estoy dispuesta a hacer. He aprendido también a poner límites, a cuidarte –lo que no es protegerte–, a tratar de pensar un poquito más, de no llegar y tirarte a hacer las cosas… Sigo siendo incrédula de todo lo que el sistema ofrece, pero no sé, en verdad, qué balance puedo hacer de todo… me pillas en pampa. Lo único que tengo claro es que no reniego de mi experiencia, lo que soy ahora es producto de eso. No reniego de mi militancia. También aprendí que las decisiones que hay tomar, las toma uno, que no es el partido el que viene y te dice: “tienes que hacer esto, o lo otro”… así no tienes que escudarte echándole la culpa a otros. Somos producto de una historia donde los afectos, los afectos que tú construyes, son importantes. Y los afectos los construyes con los que tienes más afinidad. Si yo tengo hoy una pareja es porque él pasó por lo mismo, porque tenemos códigos en común, porque no tienes que andar explicándole nada, porque él entiende como tú» (Testimoniante 25).

d) Debajo del sistema… (1983-2000)

La obra destructiva de la dupla CIA-DINA, como se vio, no sólo consistió en sacar del escenario público a la generación rebelde de los años sesenta. Recuérdese que destruyó también el Estado Liberal de 1925 (maquillado de «populista» desde 1938), abolió el Código del Trabajo (liberal) de 1931 y la legislación social que también lo maquillaba, descuartizó la CUT y la Universidad de Chile, trituró y deformó a los partidos y movimientos de Izquierda, des-industrializó el país, diezmó la burocracia pública y aumentó la tasa neta de cesantía, en la década de 1980, de 4.5 % anual, a cifras superiores al 30%...

Como quiera que se conceptualice esa acción demoledora, su efecto principal, para la perspectiva que interesa en este libro, fue que dejó a la clase popular en completo estado de desnudez institucional: sin Estado, sin Ley, sin Organización, sin Industria y sin Representación Política. Es decir: prácticamente, en la condición que se encontró el pueblo mestizo desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, cuando fue un simple pueblo vagabundo, «sin Dios, ni Ley», sin territorio, sin lengua ni memoria propias… O sea: en estado de carne de cañón, disponible para que el Ejército practicara en él su célebre e impune «palomeo de rotos»…

En la situación crítica en que se encontró desde 1975 hasta 1990, la clase popular hizo lo mismo que el pueblo mestizo en el siglo XIX: desarrolló al máximo la solidaridad consigo misma. Concentró sus fuerzas y capacidades, por tanto, en la supervivencia, en la conservación de una identidad social, en su capacidad para resistir… Y cubrió el país con ollas comunes, con comités de salud poblacional, con talleres productivos comunitarios, con bolsas de cesantes, cooperativas de consumo («comprando juntos»), cooperativas de auto-construcción de viviendas, comités de derechos humanos, comunidades cristianas de base, centros culturales, brigadas muralistas, teatros callejeros, escuelas populares para «cabros chicos», colonias populares de veraneo, encuentros de reflexión en capillas y balnearios arzobispales e, incluso, apoyó la formación y acción de grupos de acción armada (el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, el nuevo MIR, el Frente Juvenil Lautaro), etc. Mucho antes, pues, que las elites políticas e intelectuales fraguaran su ambigua «transición a la democracia», la clase popular había iniciado una decidida transición hacia su autonomía relativa, en todos los ámbitos: para subsistir, para dialogar, deliberar, crear, resistir, desarrollarse culturalmente, incluso para contra-atacar a la tiranía militar. Todo ello por sí misma y desde sí misma. Los hechos reales de ese período hablan por sí solos, sin necesidad de «idealizar» nada (como sostienen,

para justificarse, los partidarios de la transición «por arriba»)…

De modo que, debajo del proceso histórico que a) trastornó y exilió nuestra solidaridad militante, y b) generó una solidaridad internacional y nacional nueva en torno a nosotros, y debajo también del sistema neoliberal que instalaba su mole insolidaria sobre la tierra arrasada, surgió y se desarrolló una extensa y vivísima solidaridad de pueblo, que desde el comienzo mostró rasgos innovadores que podían convertirse, eventualmente, en el fundamento de cualquier (nuevo) proyecto histórico de liberación y cambio de sistema… Fue hacia este «fundamento» donde se proyectó, en último análisis, el movimiento solidario de los Derechos Humanos (compuesto por «nuestra» solidaridad interna, y la de aquellos que, desde fuera, lucharon «por» nosotros). Y fue en torno a esa misma masiva rebelión autogestionaria surgida desde ese fundamento popular, entre 1983 y 1987, donde y por qué nosotros mismos nos alegramos, recuperamos la esperanza, regresamos al país, y vitoreamos en las calles el triunfo del NO. La violación de «nuestros» derechos humanos (que, emblemáticamente, se centró en Villa Grimaldi) fue así sumándose e integrándose a la violación de los derechos humanos «del pueblo» de Chile, violación que no tuvo un recinto emblemático único, como fue la Villa para nosotros, puesto que, en su caso, las violaciones se perpetraron en todo el país y en todos los ámbitos, donde la «tortura» adoptó otras formas, menos físicas, más estructurales, y más indirectas…

El proceso de asociación solidaria que se desarrolló en la clase popular –por debajo del sistema y de nuestro proceso– fue suficientemente ancho y torrentoso como para despertar la atención y solidaridad de otras capas de la población, y de muchos chilenos residentes que tenían, a la vez, sensibilidad histórica y sensibilidad social... Fue así como fueron surgiendo en todas partes, a la vera de las primeras fundaciones eclesiásticas, desde 1980, centenares de Organizaciones No Gubernamentales (ONGs), que apoyaron, desde todos los ángulos, el proceso básico de asociación popular. A fines de la década de 1980 se contabilizaban más de 320 organizaciones de ese tipo, la mayor parte de las cuales estaba apoyadas financieramente por múltiples agencias internacionales de cooperación. En ellas trabajaron, sobre todo, intelectuales y profesionales «progresistas» desplazados por la dictadura de la Universidad, del Estado y del Mercado. De este modo, el nuevo movimiento popular se nutrió, en primer lugar, de sí mismo, pero, luego, también del apoyo solidario de una capa importante de profesionales que, por primera vez en la historia, pudieron generar y aplicar una política de desarrollo social-local que no provenía de, ni financiaba el Estado,

sino, podría decirse, en exclusiva, la sociedad civil (y la solidaridad internacional). Era imposible que, en esas condiciones, no se desarrollara una cultura popular orientada hacia la autonomía política, la autogestión y la práctica de una democracia local-participativa. Y era imposible también, por tanto, para quien venía llegando del exilio, al captar eso, no involucrarse de algún modo en ese proceso. Sobre todo, porque, sin romper con el pasado, ese movimiento prometía otros horizontes, nuevas orientaciones, un nuevo futuro…

La alegría que estalló en el Chile popular durante la coyuntura del plebiscito fue, pues, en lo esencial, un oleaje espumante surgido de un mar profundo... Un fundamento social y político nuevo que, desde 1985, pudo servir de base para planificar un tipo de transición política distinta a la que impusieron finalmente las elites… Ahora sabemos, ya por experiencia consumada de la negociación hecha, que a ese fundamento no se le concedió ninguna oportunidad política, ninguna proyección constitucional, ninguna respuesta solidaria... Al contrario: se le excluyó tajantemente del diálogo político, se desecharon sus orientaciones local-comunitarias, se reprimió a la nueva juventud rebelde, se extinguió lentamente por inanición la red nacional de ONGs, se sedujo a los profesionales que trabajaban en ellas con la oferta de poblar las celdillas del neonato Estado Democrático Neoliberal, y se arrojó la clase popular a los vaivenes irracionales del Mercado, o al tonel sin fondo del endeudamiento consumista…

Los compañeros retornados que se sumaron social, cultural y políticamente al movimiento popular de los años ochenta («la fuerza de los ochenta»), hacia 1990 tuvieron que enfrentar, por lo tanto, otro dilema crucial en sus vidas, de nítida prosapia dictatorial: o se incorporaban al nuevo aparato burocrático del Estado Neoliberal, o se mantenían trabajando (en la medida de lo posible), debajo del sistema y contra él, para potenciar, allí, como los topos, y contra viento y marea, la lógica y el poder del nuevo fundamento histórico establecido en los años ochenta por la clase popular, arriesgando vivir, como consecuencia de esa opción, una segunda vida de marginalidad, y de sorda rebelión… Pero, a pesar de todo, la nueva solidaridad popular era y es un fundamento político y cultural sano, nuevo y, por tanto, joven, con alta potencialidad histórica (para los interesados de siempre)…

«Nosotros decidimos venirnos, y nos vinimos en 1990, cuando todavía no estaba la ley de los retornados… Cuando nos fuimos a Estados Unidos, Chile era de

una manera, y cuando volvimos, era de otra, muy distinta… La segunda vez que vine, me dio la locura, no aguanté más y dije: "me quedo en Chile" y me quedé con los dos cabros chicos… Y yo no me avenía con mi familia, porque las cosas andaban bien dos o tres días, y después mi mamá quería dominar, no me dejaba salir, que para dónde iba, no nos pasaba las llaves de la casa… Era como volver a la infancia… ella había sido pinochetista, era de las que hizo ronda y bailaba cuando vino el golpe… J. pidió un préstamo en Estados Unidos y con eso compramos una casa, me fui ahí, pero no tuve apoyo de la familia… Comenzaron a visitarme amigos… Me di cuenta que venían a merodear, a ver qué traíamos, cómo llegamos, suponían que traíamos los dólares en maletas, o algo así… Nosotros nos sacamos la cresta afuera para ayudar a esta mentada democracia (que a mí no me ha servido para nada), y cuando fui a golpear puertas para pedir ayuda, nadie me ayudó… Además, los compañeros que tuvimos antes, no estaban… Todo esto fue súper triste para mí… Chile era, ahora, diferente… Mi mamá ni siquiera se preocupó. Hasta los gringos le dijeron a J. que éramos unos locos al venirnos, si, además, los niños estaban grandes, R. estaba yendo a la Universidad… Retornar fue algo masoquista... Hasta que J. se vino y vivimos los cuatro solos. Y en este barrio los vecinos son iguales que los de Estados Unidos, incluso peores, porque cada uno está metido en su casa, y nada más… Pero igual comenzamos a participar con otra gente: estuvimos con los mineros de Lota, con los mapuches, con los estudiantes. Y yo, por lo menos, nunca me consideré de la Concertación, porque ese bloque ni fue ni es lo que nosotros habíamos sido, ni por lo que habíamos luchado. Nosotros volvimos con la convicción de que debíamos construir una verdadera democracia… En Estados Unidos trabajamos duro con J., y los dos enviábamos a Chile casi la mitad de lo que ganábamos. Y ahora, todos a los que les mandamos la plata, nos dieron vuelta la espalda... Y nos dijeron: "ustedes estaban por allá, pero es aquí donde hay que mojarse el potito"... Yo les contestaba: "nosotros nos sacábamos la cresta allá para hacer aportes que sirvieran para que ustedes hicieran algo acá… ¿y qué han hecho?"»… (Testimoniante 66)… «Volvimos con toda la ilusión de retomar los contactos, y asumir toda la actividad que pudiera haber acá. Y nos topamos con otra realidad muy distinta de la que pensamos, a pesar de que igual nos relacionamos con varias compañeras profesoras que nunca fueron dirigentes de nada, pero que estaban igual de honestas que siempre, y con ellas intercambiamos la vida. Pero a otro nivel fuimos encontrando otra situación: varios compadres se habían quedado con la ayuda que nosotros habíamos enviado, sin distribuirla; la amasandería, incluso, había servido para alimentar a los dirigentes, mientras que otros no tenían idea de que les habíamos enviado

una imprenta… Es que nosotros mantuvimos vivas, afuera, las cuestiones valóricas, y de hecho tuvimos la posibilidad de entrar en el juego del consumismo, pero no lo asumimos… Nunca. Acá, en cambio, hay mucha gente absorbida en el consumo, que ya no se creen pobres… Hay una locura por el consumo… Pensamos que las fuerzas del pueblo organizado, las que habían luchado contra Pinochet, iban a generar el poder político suficiente para que hubiera habido un cambio hacia la izquierda, y si no exactamente hacia la izquierda, al menos hacia los valores democráticos básicos que habíamos tenido antes. En este sentido, nosotros consideramos justas las movilizaciones de los sectores más radicales de la sociedad, del Movimiento Juvenil Lautaro, por ejemplo, y apoyamos activamente a las presas políticas de la cárcel de San Miguel y de Vicuña Mackenna, la mayoría de las cuales eran del MIR o del Lautaro… Pensamos que las cosas iban a ir cambiando, tal vez no de un día para otro, pero sí cambiando, y nos defraudó completamente cuando las cosas no iban para ningún lado y que, todo lo contrario, tendían a consolidar la herencia de Pinochet, y que los gobiernos empezaron a profundizar las privatizaciones de empresas… Para nosotros, eso fue un tremendo choque, choque emocional y choque de conciencia, que nos llevó a pensar que, simplemente, había que seguir la lucha, seguir trabajando, y que no había otra opción. Incluso pensamos que los jóvenes son los que tienen que abrir el camino, pero con una visión diferente a la que teníamos nosotros, y eso no significaba girar a la derecha, sino hacia una visión más radical. Porque esta sociedad, tal como está, no nos sirve. Creemos que Chile está peor que antes, porque, aunque la gente tenga ahora casa, un televisor con pantalla gigante, las desigualdad entre los que tienen más y los que tienen menos es más brutal que nunca, sin considerar las condiciones de inseguridad general en que la gente vive. Porque los que estudian no tienen seguridad de trabajo, ni de salud, ni de jubilación, ni de nada. Todo es tan indigno, todo es tan, pero tan terrible en este sentido, que es mucho peor que cuando empezamos nuestra lucha. Y esta es la cuestión que hoy nos motiva a no quedarnos en la casa para descansar, sino al revés: para salir, y seguir, y seguir… Hay compañeros todavía que continúan siendo los mismos de antes: solidarios, humanos, camaradas… La compañera G., hasta el día de su muerte, fue la misma de siempre: solidaria, trabajadora, siempre luchando por la causa de los oprimidos, una profesora que sabía llevar los cabros a almorzar a su casa porque, en la suya, esos niños no comían… Los jóvenes saben que yo puedo ser más dogmático que ellos, pero ello saben que yo estoy con ellos, que hacemos cosas juntos, que hace cuatro años, por ejemplo, que estamos tirando un boletín, un boletín auto-financiado, en el que escriben varios colectivos… Con la experiencia que adquirí en Nueva York, hacemos el

montaje y tiramos mil ejemplares, que los cabros devoran… Con quienes trabajo hoy son todos jóvenes… Vi que nuestros caminos se cruzan… Nos hemos vinculado a un mundo especial de gente que sigue siendo bella, por eso me he marginado de todos los partidos políticos. Dejé de militar, y no quiero saber de eso. Detrás de eso no está el cambio… Para mí lo más importante es la honestidad y la solidaridad, decir y hacer lo que se dice, y esto es lo que estamos haciendo con otros jóvenes, con ellos trabajo, y con ellos vamos a morir algún día…» (Testimoniante 29).

«Nosotros no logramos, realmente, democratizar el país… Se ha logrado reconocer el episodio de la tortura y de la prisión política, pero la contribución real del movimiento popular de resistencia contra la dictadura, no. Esto no se ha reconocido. Y no reconocer eso es grave, es incorrecto, porque sin ese movimiento, la dictadura hubiera durado eternamente… Pienso, por lo mismo, que hay una tarea inconclusa, que aquello por lo cual luchamos tanto: la realización de cambios profundos en esta sociedad, eso, sigue plenamente vigente… Porque el modelo neoliberal es otra forma de dictadura. Una despiadada dictadura económica, pero también una dictadura social, porque es sistemáticamente excluyente… y es también una dictadura moral, porque hunde y estigmatiza al que no logra acumular dinero: lo desvaloriza, lo hace sentirse un fracasado… El pueblo de Chile está muy golpeado por todo esto, porque lo deja sin perspectivas de desarrollo humano…» (Testimoniante 17).

«Regresé cuando salí en la última lista de los exiliados que podían volver. La idea era volver a mi país tal como era yo: un hombre libre… Y me costó ambientarme, porque llegué y me puse tremendamente crítico de lo que estaba pasando… y como no había participado aquí en ninguno de los grupúsculos de izquierda, nadie me consideró para nada. Entonces tuve que abrirme campo yo solo, fuera de los aparatos de la Concertación… Y, la verdad, me costó mucho reinsertarme en este país, sobre todo en plano social… en el plano laboral me las arreglé por ahí y por allá, además de que llegué con algunos ahorros, pero en lo otro me costó mucho, mucho. Aún hoy día mismo no sé si lo he logrado, y esto ha sido lo más complicado para mí… Pero vi que los hijos de uno estaban creciendo, entonces sentí que uno tiene que preocuparse de ellos y tomar precauciones, lo que me mantuvo bien, mentalmente… Y terminé por vivir

tranquilo... Pero lo que me siguió molestando profundamente ha sido la forma en que se está haciendo política en Chile, al punto que me causa molestia y, aun, repulsión... Es un tipo de política que ha olvidado valores tan fundamentales como es la solidaridad, que, a pesar de que es una palabra esgrimida por todo el mundo, es lo que nosotros intentamos mantener en todas nuestras acciones. Por eso repudiamos antes y yo repudio ahora el hecho de que el individualismo ha hecho presa de todo… Y al interior de los partidos las relaciones siguen siendo electoreras, todo sigue igual como antes: grupos luchando entre sí por el control del partido… es lo mismo de siempre. Y si antes fuimos dogmáticos (la Izquierda era dogmática: establecimos el dogma del revolucionario, el de la Unidad Popular, etc.), ahora la dictadura estableció el dogma de la seguridad nacional, el de la política social de mercado, etc. Todo funcionó antes por dogmas y todo sigue hoy funcionando así… La transición a la democracia fue un gran paso, sin duda, pero un paso que dejó atrás a mucha gente herida, desconforme, frustrada… Debo reconocer los avances realizados, el hecho, por ejemplo, de buscar la verdad… Pero esto no ha sido por pura iniciativa del Gobierno, sino por la movilización de la gente, sobre todo, de parte de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos… En todo esto ha sido decisiva la conciencia crítica del país… Y mirando para atrás, y poniendo las cosas de mi vida en una balanza, digo que el balance es positivo: porque igual tengo hijos, e hijos súper conscientes, que, afortunadamente, no militan… Mi hija trató de militar en un cierto momento, pero se detuvo, y dijo "no, esto no es para mi papá, yo no me puedo prestar para este tipo de cosas"… ella es una mujer solidaria, con una visión amplia de la vida, fundamentalmente solidaria, y así son mis hijos… Ellos no están pegados a su yo, no viven sólo para sí mismos… Yo no he contado mucho lo que me hicieron los agentes de la DINA durante mi detención, porque… una de las cosas que siempre me ha molestado es que nosotros, a veces, contribuimos mucho a victimizarnos, a sentirnos poco menos que mártires… Entonces, esto me ha alejado un poco de mis compañeros, lo que tal vez tiene que ver con mi personalidad, porque yo soy una persona de muy bajo perfil, y nunca he hablado mucho…» (Testimoniante 11).

«Yo viví mucho más a fondo la década de los ochenta… yo ya estaba recuperada, estaba con todas mis pilas puestas, estaba trabajando en distintos espacios: estudiando, trabajando laboral, social y políticamente. Viví en El Cortijo y después en La Pincoya. Comencé a trabajar en medios de comunicación (Fortín Mapocho y revista Cauce), los primeros que se fueron

abriendo. Y me sentí de nuevo siendo parte de la historia, como me había sentido durante la Unidad Popular… Estaba ahí, ahí, estaba en todas… pero una vez que la Concertación llegó al Gobierno, sentí claramente que hubo un desplazamiento brutal: de sentirnos protagonistas de la historia, a sentirnos derrotados de nuevo, en el margen… Y yo viví esa etapa mal, muy mal… Estábamos convencidos que no iban a reconocer el triunfo del NO, que era imposible que una dictadura como ésa iba a dejar el poder en manos de otros… Por eso, nosotros, en las poblaciones, habíamos trabajado en auto-defensa popular, y por tanto en casas de seguridad, en pertrechos, en grupos de salud, en armamento casero… porque sabíamos lo que venía, y que vendría por un tiempo largo… Nunca pensamos que iba a haber una voltereta como la que hubo, que se iba negociar todo lo que se negoció… Al darme cuenta de todo eso, me dio una de las depresiones más grandes de mi vida… Y hubo carnaval, done la gente gritaba: "¡la alegría ya llegó!"… y yo me decía: "¡están locos!... tenemos una Constitución heredada, tenemos encima, todavía, todo el peso de la dictadura, y será muy difícil sacarse todo eso de encima… ¿cómo estar alegres, con todos los muertos que tenemos en la espalda? ¿y las torturas y la violación de los Derechos Humanos? ¿y el cierre de las industrias?"… Nosotros estábamos en la Coordinadora Nacional de Regionales, e hicimos un mal diagnóstico, un mal análisis, nos equivocamos, y no calculamos que iban a abrir un espacio, precisamente para asegurar la continuidad del sistema dictatorial… Porque los poderosos hicieron una movida estratégica: cambiaron la figura, la apariencia, pero mantuvieron la Constitución y el modelo económico y social implantado por la dictadura… Y la Concertación, hasta el día de hoy, ha sido una muy buena administradora de todo eso… Esto fue muy fuerte para mí, y me produjo una depre… ¡paf!... un golpe tremendo… Peor aún: en junio de 1991 cerraron el Fortín Mapocho, y nos fuimos todos a la calle, unos 200 compañeros cesantes… Los dirigentes políticos de los ochenta habían tenido una tribuna libre en ese periódico, pero, después de 1990, cuando ya eran ministros, subsecretarios, senadores, se olvidaron de quienes les dimos tribuna, y que, a la vez, salíamos a la calle a pelear, a hacer barricadas para que se fuera la dictadura… ¿Me entiendes? Y nos cerraron todas las puertas, y nos dijeron: "no estamos en ésa ya, aquí se ha tomado una decisión política y se cerrarán todos los medios de comunicación alternativos; lo lamentamos mucho"… Les dimos decenas de soluciones para no cerrar… pero no hubo caso. Cerraron las puertas y nos despidieron, a pesar de que estaban sindicalizados desde el Director del diario hasta el junior… ¡Y todo eso se dio en el contexto del famoso "retorno a la democracia"!… Yo creo que no hay democracia mientras las posibilidades estén negadas para uno, cuando las brechas entre los más ricos y

los más pobres se han hecho aún más grandes que antes… Entonces, todo eso no fue para mí sino la continuidad de un régimen, un régimen militar con otra cara, y nosotros hemos sido incapaces, como movimiento social, de plantear formas distintas… Hemos vivido un retroceso ideológico enorme, y estamos hoy más atrasados en este sentido que cualquier país latinoamericano… Mi ideario, ahora, es ayudar a formar un movimiento social-popular que pueda construir una nueva política revolucionaria para Chile… si yo sigo estudiando, si sigo haciendo cosas, es para eso, y para agrupar a todos los sectores medios rebeldes, como yo, para resistir la continuidad de este modelo… Porque están coartando mi pensamiento y mi acción, porque vivo en una ciudad vigilada, porque ponen camaritas en todas partes, te sacan fotografías al pasar, y en internet te tienen entero: tu cuenta corriente, tu grupo de sangre, tu domicilio, todo, todo... A mí, sistemas de dominación como éste, no me gustan, no puedo conformarme dentro de ellos… Por eso, toda la estrategia de "participación" que ofrece la Concertación es mentira, porque no les interesa la participación de verdad, porque mientras menos participación haya es más fácil controlar todo, si lo tienen todo amarrado… Y mucha de nuestra gente de mi generación y de mi tiempo, están, sin embargo, ahí, como ministros o como lo que sea, como la misma Carmen Andrade, que estuvo presa conmigo… o su hermano Osvaldo, que está de Ministro del Trabajo… y el mismo Navarro, hoy senador… nosotros lo levantamos como presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción, cuando él estudiaba Filosofía, y que, como Presidente de la Federación, nos mandó a la cresta… y se fue al Partido Socialista oficial… Y yo miro alrededor y veo compañeros que hoy están en el poder, y la mirada política que tienen hoy es distinta… y no estoy convencida, en absoluto, que ése es el camino… Porque el poder es muy absorbente, y no te das ni cuenta cuando estás amarrada… Por eso, una vez que los elegimos de senadores o diputados, nadie les va a pedir cuenta de lo que hacen, y tampoco bajan a dar cuenta pública de lo que han hecho, y de lo que no han hecho… Vendieron la pomada, y después, desaparecieron... Se sentaron en el sillón, y se olvidaron de la gente… A mí no me gusta eso, no voy a entrar en eso, estoy lejos de eso… Y pienso que lo único que puede salvarnos es la conciencia de que debemos organizarnos para cambiar el sistema, porque los que murieron, murieron por un cambio del sistema, no murieron por esto que tenemos ahora. Si queremos hacerles algún honor, el mejor honor es trabajar por ese cambio y militar. Yo milito en las organizaciones sociales, soy militante social, no milito en partidos políticos. Militar así es el mejor homenaje que podemos hacer a nuestros compañeros caídos, y no guardar su retrato en un cajón, o venir a decir aquí: "pobrecitos, los desaparecidos"… Hay muchas cosas por hacer, y estamos atrasados, muy

atrasados, necesitamos cada día más y más manos para hacer lo que hay que hacer… Y hacer algo, por supuesto, que sea realmente constructivo. Y me cargaría, en este sentido, que quienes vean esto que estoy diciendo estén ahí tomando nota para una tarea de escuela… Si me ven, me gustaría que dijeran: "mira, aquí hay gente que sigue en la lucha, gente porfiada"… Yo pertenezco a los porfiados, como ese monito al que le pegan y le pegan, y siempre se pone de pie… E insisto: yo no creo en este sistema, no creo en estos poderes, no les creo a los poderes fácticos, no le creo a la Iglesia, ni a las familias perfectas, no… Y no es que sea anarquista, es que sólo tengo otra concepción de la vida. Tampoco soy post-modernista, es que estoy siempre achoclonada, metida en tribus urbanas, trabajando en propuestas colectivas, y en discusiones colectivas… Tenemos que trabajar desde la historia y desde la memoria, pero una historia y una memoria que no sean estáticas, sino con proyección a futuro en términos de participación, organización y de ruptura con el sistema… La memoria no puede convertirse en una pelea por una casa, para que esa casa sea un museo: ¿para qué te sirve un museo estático?... A veces me han preguntado "¿por qué entregarías tú la vida?"… Los cubanos, cuando les preguntas sobre Fidel, te dicen: "si Fidel necesita mi corazón, yo le entrego mi corazón"… Al pensar esto, me decía yo misma que entregaría mi corazón por mis hijos, sin duda, si ellos lo necesitan, pero no estoy en condiciones de entregar mi corazón ni al Lagos ni a la Bachelet, sería una locura… El amor, la entrega al otro, es difícil encontrarlos en el Chile actual… Pero mi generación hizo un camino junto, entregamos nuestras vidas por algo, muchos de los nuestros cayeron en el camino, y ahora nosotros estamos contando la historia, y seguimos, porfiadamente, entregando nuestro corazón, igual que siempre…» (Testimoniante 50).

«Todo cambió en Chile: la gente, los valores, los estímulos, todo. Mira, en los movimientos políticos y sociales de los años anterior a 1973, había mística, y esa mística estaba, sobre todo, como todas las místicas en general, en la juventud… Por eso, con gente que tiene de sesenta años para arriba, es muy difícil hacer una revolución. La revolución se hace con gente que tiene veinte, treinta y a los más cuarenta años. Se dice, por eso, que un muchacho que no sea revolucionario, ha equivocado su vida, y que un veterano de sesenta que siga siéndolo, también está equivocado. Yo no creo que así sea, pero… en fin. Los grandes cambios se pueden hacer generalmente con jóvenes que tienen místicas generosas. En el caso de la Unidad Popular, esa mística atravesaba, sin

embargo, a toda la gente, sin distinción de edad. Eso era el pueblo chileno, el pueblo-pueblo, cualquiera que fuese su edad. Y esa mística se refería toda a la esperanza de construir una sociedad más justa y equitativa… Esa mística, desde la década de 1990, ha desaparecido completamente… hoy día, los partidos políticos que pegan propaganda por ahí, contratan muchachos para hacer ese trabajo, y les pagan, como quien compra un servicio… Antes, todo eso se hacía gratuitamente… por mística. Se suponía que todos trabajaban por algo superior, y eso impregnaba a toda la gente… Eso se perdió… En el caso chileno –a diferencia de otras "transiciones"–, el dictador no desapareció: se quedó, y se quedó gobernando, y luego continuó como Jefe del Ejército… Ésa es la historia de verdad…» (Testimoniante 72).

«Yo, entre los militantes del MIR, era de los más viejos –tenía entre 37 y 38 años durante el período crítico, contra 22-23, promedio, de los demás– y eso me dio una ventaja comparativa para mi retorno: yo había obtenido mi título profesional en Chile, había trabajado unos ocho o diez años seguidos en las universidades de Chile y Católica de Chile, tenía a mi favor, por tanto, una red laboral, familia formada, y casa en proceso de adquisición. Por eso, de volver, volvería a una red social relativamente amplia y con posibilidades de continuar haciendo trabajos de investigación, docencia y de acción socio-política. No acepté venirme en la Operación Retorno. De modo que, con mi compañera, volvimos legales, con una beca WUS que era muy exigua, razón por la que pasamos grandes penurias económicas durante un año y medio, por lo menos. Regresamos con dos de nuestro cuatro hijos "chilenos" (C. y P.), más un tercero, un "inglés" (I.), que nos nació en el exilio; A. y C., ya titulados, se quedaron trabajando en Inglaterra. Nos vinimos a Chile en 1985, año de protestas en todo el país, año del degollamiento de los profesores comunistas, año del terremoto, año de grave crisis económica, en fin. No era, por tanto, el año políticamente más adecuado para venirse, pero era el más adecuado para nosotros mismos: habíamos terminado nuestras respectivas tesis de postgrado, y no queríamos que se nos quedaran más hijos en Europa… Además, nuestro plan era incorporarnos, desde nuestras respectivas especialidades, a la lucha en que estaba empeñada la clase popular. Mi compañera entró a trabajar en la ONG PIIE (Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación), y yo, por horas, en el Centro de Estudios Sociales SUR (una ONG formada, principalmente, por profesionales que habían militado en el MAPU), y por horas también, en la emergente Universidad ARCIS (fundada por intelectuales

provenientes, en su mayoría, del mundo cristiano de izquierda). Quedamos instalados, por tanto, en el centro neurálgico de una red nacional de ONGs, la mayoría de las cuales estaban apoyando el desarrollo social, cultural y la resistencia política del movimiento popular, conectadas, a su vez, en retaguardia, a una extensa red internacional de agencias de cooperación. El trabajo, desde el mismo año 1985, se tornó caudaloso, fascinante y, a la vez, intenso. Desde esa posición, fui, por más de doce años, profesor de la Escuela para Dirigentes Sociales, de SUR; participé en actividades de educación popular con obreros, campesinos y pobladores (algunas, desde SUR mismo, la mayoría, en conexión con ONGs como el CIDE, ECO, JUNDEP, TAC, Canelo de Nos, Vicaría de la Pastoral Obrera, PIIE, SEDEJ, etc.); realicé también trabajos de investigación y publicación relativos a la historia social-popular de Chile, seminarios informales con profesores y estudiantes universitarios (especialmente en FLACSO, y a lo largo de todo Chile), y organizamos talleres de apoyo a los movimientos sociales (con Mario Garcés, en ECO). Todo eso formaba parte, podría decirse, de la retaguardia intelectual y cultural del movimiento social-popular de ese tiempo. Sin embargo, desde 1986, se hizo notorio y evidente que, dentro de esa retaguardia, apareció un movimiento convergente de intelectuales, en dirección a comprometerse en las negociaciones y perspectivas abiertas por la "transición a la democracia". Eso se concretó en una magnetizada y masiva inscripción en los registros militantes del Partido Socialista, después en el Partido por la Democracia (PPD), e incluso en la Democracia Cristiana, y muy pronto, en una entusiasta participación en el diseño y lanzamiento televisivo de la Campaña del NO (el arco iris y "la alegría ya viene"). Claramente, la inminente llegada a Chile del capital financiero internacional, y el apoyo prometido por la social-democracia europea a la eventual "transición" chilena, abrió la posibilidad (muy alta) de acceder al Estado Democrático que, mediante negociaciones, se desprendería de la Constitución de 1980, sin alterarla en lo sustantivo. Entre 1986 y 1988, en el personal profesional de las ONGs, se abrió un vertiginoso tobogán, que desembocaba en el probable aparato burocrático del futuro Estado. Ese tobogán succionó las expectativas y vocaciones «sociales» de muchos intelectuales, los mismos que, después de 1990, se retiraron de las ONGs para ir a llenar las funciones estatales a las que fueron llamados… En SUR, donde trabajaba, yo fui el único que no se inscribió en el Partido Socialista, y que no se tentó con el sifón succionador del dicho tobogán. Seguí colaborando, por tanto, en el desarrollo social, cultural y político del movimiento popular, pero tuve que experimentar el inevitable coletazo represivo: cuando, en 1990, lanzamos el libro Violencia política popular en las grandes alamedas, 1947-1987, los tres

lanzamientos que registró fueron organizados de modo explícito para destruirlo públicamente, porque, como era obvio, planteaba una alternativa distinta a la de la Concertación… No me descontinuaron, sin embargo, de mi labor en SUR (los socios que allí se mantuvieron después de 1990 fueron siempre grandes compañeros, solidarios, tolerantes y muy honestos), pero tuve que asociarme entonces más estrechamente a los equipos de educación popular del CIDE y de ECO, para seguir trabajando en la misma línea política que habíamos sostenido (fui reincorporado en 1992 a la Universidad de Chile, y pude participar también, en ese período, en el acto de apertura de la Villa, y luego de inauguración del Parque por la Paz)… Producto de la fuga de intelectuales al Gobierno, mi compañera también se encontró aislada en el PIIE, institución que aportó un gran número de profesionales a los equipos de gobierno del presidente Patricio Aylwin, y siguientes... Conocimos por dentro, por tanto, toda la elaboración de la teoría y gran parte de la ejecución del proyecto pactado de transición a la democracia… Y conocimos de cerca también, producto de lo mismo, el enorme desencanto que esa transición provocó en las bases populares, en la juventud, e incluso en los profesionales de las ONG que no se incorporaron al vértigo de la transición, sobre todo, cuando, poco después, la misma Concertación les negó todo reconocimiento y apoyo orgánico… Trabajé durante veinte años en SUR, y diez y nueve en la Universidad ARCIS, siempre orientando el trabajo hacia el movimiento popular… Debo agregar que ambas instituciones entraron, desde más o menos 2005 y 2006, en un proceso de decadencia, provocado, sin duda, por los virajes tácticos y estratégicos de los mismos militantes o ex-militantes que, alguna vez, las crearon… De este modo, si el movimiento popular, después de 1973, se encontró en total desnudez institucional, logró al menos, desde 1980, contar con una red solidaria formada por algunos miles de profesionales e intelectuales (ONGs), pero, desde 1990 y poco después, ese apoyo también fue desapareciendo… Desde entonces, por tanto, sólo depende de sí mismo. Pero no está, en absoluto, inerme: tiene, desde luego, una memoria social recargada (como nunca antes en su historia), un haz de ciencias sociales amigas que reemplazan, con ventaja, a la mera ideología (Historia Social, Sicología Social, Trabajo Social, Sociología del Desarrollo Local, etc.) y una nueva cultura territorial asociativa centrada en la autogestión, como nunca tuvo antes… Es claro que el apoyo a esta sorprendente transición popular por abajo, debe continuar. Es la única alternativa con sentido estratégico y solidario. Y ha sido todo eso lo que, desde nuestro retorno a Chile, nos ha motivado a seguir, porfiadamente, en la brecha…» (Testimoniante 20).

«Yo pensaba que la transición iba a ser rápida, que los poderes fácticos se iban a retirar, que iban a volver los partidos políticos y que iban a provocar un cambio radical en la situación… Pero me fui dando cuenta que el establishment dictatorial no se retiraba, que la Concertación no iba a ser otra cosa que un excelente garante del modelo neoliberal, que las concesiones que ella tuvo que hacer afectaban incluso al ámbito de los Derechos Humanos… Te hablo de cuando estuve dos meses en Chile a comienzos de 1990… Fue cuando, con un grupo como de ocho compañeros de izquierda (MAPU, PS, MIR, PC), comenzamos a conversar entre nosotros sobre la situación, libremente… Entretanto, yo me enfoqué en mi especialidad profesional: el Trabajo Social… Y nos dimos cuenta que cada uno debía hacer lo que su conciencia le indicaba. Y volví al trabajo de solidaridad de base… Me di cuenta que ya no necesitaba al MIR para entender la situación política chilena, que ya no dependía, para pensar y actuar, de una organización rígida determinada. Empezamos a funcionar entre nosotros como amigos, a compartir cosas, a depender de nuestros propios análisis para las acciones que debíamos realizar, y no a esperar los acartonados análisis de algún Comité Central. No voy a decir que eso era mejor o peor, pero sí que haciendo eso aprendimos a pensar por nosotros mismos los problemas existentes. Y para eso íbamos a la biblioteca, y leíamos las mismas cosas que podían leer los compañeros del Comité Central.. Y fue así como aprendimos a mantener una conexión más directa, más orgánica e informada con ese ente llamado Chile…» (Testimoniante 24).

e) ¿Conclusión?

¿Qué se puede concluir del proceso histórico vivido a lo largo de casi medio siglo por las y los compañeros «de» Villa Grimaldi?

¿Se puede llegar a una conclusión única, o a muchas conclusiones distintas? Si son distintas ¿son convergentes, divergentes, o paralelas?

¿Son esencialmente condenatorias, o esencialmente solidarias, o esencialmente proyectivas y de futuro?

¿Deben referirse esencialmente a los «sujetos rebeldes» que fueron victimizados, o a la clase popular a cuyo nombre se luchaba, o a Chile como sociedad, Estado y país?

Los procesos históricos no avanzan normalmente por un mismo canal (en hileras de causa-efecto), ni desembocan en un resultado único –ni en lo estructural, ni en lo personal–, puesto que se mueven sobre múltiples cauces, a veces superpuestos, a veces contrapuestos, y a lo largo de su camino van dejando cabos sueltos, impulsos pasmados o atrofiados, heridas que se niegan a morir, recuerdos que se alzan de su tumba, instituciones victoriosas que se llenan de miedo, vencedores de conciencia sucia, perdedores de conciencia limpia, valores olvidados que después de la derrota flamean de nuevo sus pendones, rabias que no cejan en su labor de zapa, esperanzas porfiadas que apresuran la marcha, leyes que se aplican y no convencen, orgullosos sistemas triunfantes que trastabillan en ilegitimidad, legitimidades amigas que no dejan de respirar, coroneles asesinos que retroceden cobardemente ante la verdad y la justicia, pobres que cambian en la noche el color de la rebelión, millonarios que se mueren de todos modos en el cenit de su plusvalía, etc.

La historicidad es siempre un muñón abierto, inconcluso, un corte en un cuerpo vivo, que deja a la vista un sinnúmero de arterias palpitantes, tendones agarrotados, nervios temblorosos, huesos duros de roer… Todos, sin excepción, latiendo… Siguiendo... Uniendo lo pasado a lo presente, y el pasado a lo futuro. Para conservar, y mantener. Para cuestionar, y transformar. Agitando, de abajo hacia arriba, el ámbito social, el estrato cultural, las altas cúpulas de «la» política, las grandes estructuras…

Y al moverse, la historicidad atraviesa (hilvanando) tanto el latido generoso de la juventud, como la memoria recargada de tercera edad… Sostiene lo dominante, es cierto, por un largo tiempo… pero remueve y empuja, también, lo pendiente: lo que quedó inconcluso… Que a menudo irrumpe por sorpresa, cuando menos se piensa, del subconsciente de cada uno, del fondo del olvido oficial, de la gran alameda marginal de la sociedad. Cambiando de súbito el sentido de los procesos, la dirección del viento popular, para retomar algunas de (o todas) las pasadas rebeldías, para unir en continuidad la lucha de ayer con la lucha de mañana… Porque las células madres de la historia están (prestas, a la espera) en todos los poros de la sociedad, tanto en el país de origen, como en el país de exilio; tanto en las estructuras sociales, como en los sujetos de carne y hueso; tanto en el vanguardismo frenético de los padres, como en la retaguardia solitaria

de los niños; tanto en lo político, tanto en lo cultural…

Por consiguiente ¿por qué no concluir esta historia –por ejemplo– con lo que está todavía sangrando en ese poro soterrado en la memoria de ese compañero «de» Villa Grimaldi? Puede que sea –si se quiere– una «conclusión» insignificante, subjetiva, una partícula personal, hasta privada, pero, quiérase o no, está allí… porque vino desde allá, salpicada por la gran historia de la victimización… Un recuerdo, una sola imagen, puede concentrar, en la mente humana, toda la historia del mundo…

«Cuando vine a Chile, visité el Parque por la Paz. Entré: habían demolido todo, habían arrasado con todo. Pero aun así, fue una experiencia muy fuerte para mí... Me detuve donde antes había estado la Torre, y sentí dentro de mí un calor muy fuerte, un calor que me encendía el cuerpo y las manos. Sentí que todo mi ser quemaba… Volví a mi casa, y mi cuerpo todavía estaba abrasado por un calor intenso, que no cedía. Me tomé una pastilla para dormir. Y luego otra más, y sólo al rato me quedé dormido…» (Testimoniante 69).

«Tuve momentos muy difíciles en mi vida… porque a mi papá lo mataron los agentes de la DINA… lo tomaron preso, lo llevaron, lo destrozaron… Tal vez, como represalia, a mi papá lo destrozaron… Y antes había muerto mi hermana. Traté, ante ambas muertes, de ingresar a Chile. Y no me dejaron entrar… Todo eso se me fue transformando, en mi mente, en una tremenda bronca contra el país. Le fui perdiendo el cariño. Y me transformé en un crítico feroz, implacable… Fue muy duro para mí no haber podido venir y no ver ni a mi padre ni a mi hermana… Yo no sé dónde está enterrado mi papá. Nunca he ido al cementerio, ni tampoco sé dónde está enterrada mi hermana. Nunca he ido a verlos. Y no sé por qué. Algún día tendré que ir. Mi mamá sabe dónde están ellos, y dice que ella les habla cuando los va a ver, que dialoga con ellos… Y ella no me cuestiona que yo no vaya, no sé, nunca he profundizado esto… Cuando llegue el momento, llegará…» (Testimoniante 11).

Pero la historia de una vida (la de uno) puede también continuar como historia de otra vida. Permaneciendo subyacente, debajo de una gran transformación. Y

se puede seguir siendo el mismo, a pesar de ser, ya, otro… Desdoblarse. Diversificarse, ser uno y ser otro, duplicarse o triplicarse y ser, todavía, uno mismo… Esta torsión dialéctica en la condición del sujeto también es conclusión, también resulta del largo cautiverio de la victimización…

«Me he quedado en Suecia, por muchas razones. Porque mi esposo de ahora, es de allá. Porque mi hija, que es la hija de mi esposo desaparecido y mi única hija (además es el único trozo de mi esposo que conservo), ha construido su vida aquí, en Suecia, en Rumania, en Europa… Yo le digo: "tú fuiste hecha con amor, y tu papá fue muy bueno contigo mientras pudo ser papá, pero él no está contigo hoy porque fue un gran luchador por causas nobles, y perdió la vida por eso, y tienes que estar orgullosa de él"… pero él no está. Y yo tengo familia en Grecia, en Estados Unidos, en Chile. Mi familia se dispersó… es el daño que dejó la dictadura: a una familia chilena que quería vivir su vida en Chile, la trituró y la dispersó… Y tú nunca puedes estar con tus hermanos… Y yo tengo amigos aquí, tengo por allá, tengo por todas partes. Es triste adaptarse a vivir como en dos o tres mundos, con un pie aquí y otros por allá... Lo que soy, hoy día, es lo que puedo ser así dividida, así repartida. Y yo ya no tengo 20 o 25 años, como cuando todo comenzó… Por eso yo me digo: "mientras pueda vivir con un pie allá y otro acá, lo voy a hacer"» (Testimoniante 75).

«Como que no he decidido todavía quedarme para siempre en Austria, o regresar a Chile… pero, en el fondo, sí: me quedaré en Austria, porque aquí he vivido ya más de 30 años continuos... Me he adaptado y me manejo bastante bien, tengo múltiples actividades… Me sería muy difícil vivir en Chile… He aprendido a vivir y a asumir otras culturas, me siento bien, me siento cómodo. He tenido que internalizar nuevos códigos culturales, lo que no ha sido fácil para nosotros los chilenos. Pero ya me manejo bien» (Testimoniante 15).

Lo que concluye, no concluye sólo en lo inmediato, en la carne y la mente de la generación, por ejemplo, que vivió y padeció en sí misma la violencia del cautiverio. El telón no baja en los actos intermedios. El caudal de la historia no se queda suspendido, ni en la generación involucrada, ni en la siguiente, ni en la

subsiguiente, porque sus aguas –sucias o limpias– siguen abriendo su camino… Por eso, las vibraciones que emanan de las victorias, o de las derrotas, avanzan en línea recta, a través de las generaciones... Siguen el abanico de ramas de la descendencia familiar: pasan a través de hijos, de nietos, y más allá. El daño dictatorial traspasó a las compañeras y compañeros «de» Villa Grimaldi, y se transmitió, dosificado o no con cariño filial, a sus hijos, y a los hijos de sus hijos… Y esto, también, es conclusión histórica. Las generaciones siguientes, que no fueron protagónicas ni responsables de lo que ocurrió en el pasado, en «su» pasado, también forman parte de las conclusiones históricas…

«Yo no podría emitir ningún juicio sobre lo que ellos, mis padres, hicieron. Si estuvo bien o estuvo mal, si era correcto o no luchar por una sociedad mejor –yo creo que sí, que era correcto–… pero lo digo en cuanto a cómo esa opción impactó en mi vida. Yo nací y crecí en una vida determinada por esa opción, y hacer un juicio negativo sobre eso, sería negarme a mí misma. Nunca he pensado en que yo debería haber vivido otra vida. Si yo hubiera sido distinta, ellos también tendrían que haber sido distintos. Y esto no fue real… Quiero decir que a ellos siempre los entendí, y si de ahí surgieron posibles traumas y dolores que tuvimos, hemos hecho el intento de validar el discurso de por qué hemos hecho lo que hemos hecho, que, si bien eso engendró dolores, su validación puede hacernos más libres con uno mismo. No puedo negar lo que ellos hicieron sin negarlos a ellos mismos, y eso no tendría sentido para ningún hijo… Yo no me imagino haber tenido otra vida y, de verdad, agradezco la que tuve y la que tengo… Llegué a Chile cuando tenía 19 años, y apenas llegué, hice una terapia en el Instituto Latinoamericano de Salud Mental, en especial, sobre mi relación con mi papá y mi mamá. Ese mismo año, 1990, mi papá se legalizó y así pude comenzar a conocerlo… Todo se fue juntando, pero al darme cuenta que no recordaba todo, fue terrible. Yo no me acordaba de lo que me había pasado cuando niña, ni de lo que me habían hecho. Sobre todo eso tenía un hoyo negro, y como consecuencia de eso estuve con pesadillas permanentes y tuve un cuadro agudo de regresión a una situación traumática… No me recordaba de mi secuestro en Villa Grimaldi… Yo empecé a ver un poco más de luz como a partir del año 2000… Y me fui adaptando a Chile y entré a estudiar Comunicación Audiovisual en el Instituto ARCOS. Era un Instituto raro, había poca comunicación. Sentía que la gente, allí y en Chile en general, no se hablaba. Había una tendencia enorme a no decir las cosas. Yo me fui acostumbrando a eso, pero los primeros años fueron terribles… Tú no sabías quién era el otro que

estaba al lado tuyo. Me costó mucho hacer amigos. Mi relación con el tema de DDHH no fue para mí, en esos años, algo importante, porque a mí eso no me llegó directamente. Hasta la detención de Pinochet, uno no sintió nada…» (Testimoniante 42).

«A mí, por ejemplo, me costó la separación con mi mujer… Ella se quedó en Suecia con mis hijos (ella fue mi segunda compañera), no se quiso venir a Chile. Yo me vine con los dos mayores, y ellos estuvieron como un año conmigo, hasta que dijeron: "este país es una cagada, nos vamos"… Yo les dije: "bueno, yo no puede andar con ustedes de un país a otro con una maleta, ustedes tienen que tomar una decisión, es su vida, su destino, ustedes sabrán"… Los fui a dejar a Suecia, allá se quedaron con su madre, y yo me vine. Mi compromiso era volver a mi país, porque aquí está lo mío, mis antepasados, mis familiares, mis amigos, todo. La ruptura se produjo porque ella se quedó, alucinada con otro sistema de vida, distinta a la nuestra, y porque yo, de todos modos, me quise venir…» (Testimoniante 23).

«Mi hija mayor ha sufrido mucho. Ella tuvo todas las trancas de ver a su mamá presa, de sentir que ella no estuvo conmigo en todo ese tiempo, de no saber dónde estaba la mamá… Y yo he sufrido también por eso. Ahora ella es grande y tiene hijos y ha logrado ahora entender lo que pasó. Hemos establecido una conexión… Pero me ha contado que, en ese tiempo, ella, mirando la pared de la casa de Quinta Normal, estaba escuchando la radio Cooperativa, cuando, de repente, dijeron: "acaba de ser detenida P."… y que ella comprendió que de inmediato tenía que esconder algunas cosas mías, que los agentes iban a llegar a la casa con las metralletas en sus manos y la iban a tirar para allá y para acá… Nunca más quiso volver a esa casa… Y un día domingo, por ahí por 1990, cuando estábamos almorzando (ella ya estaba más grande), de repente mi hija estalló en llanto, y me dijo: "¡mamá, por favor, te lo ruego, no más, ya no puedo más!"… Y yo pensé que, bueno, yo ya había entregado harto a la causa, al partido, y que había llegado el momento de entregarme ahora a mi familia, y trabajar… Informé al partido que iba a dejar de participar. Y dejé de militar… Y cuando dejé de hacer eso, se me acusó de todo, hasta de cobarde… Pero sentí que ese momento, justo ese momento, era el minuto en que tenía que dedicarme por entero a mi hija menor. La del medio no, porque ella entendió todo lo que le

pasaba a la mamá» (Testimoniante 60).

«Tenía como 15 o 16 años de edad cuando los viejos se divorciaron, y llevaban harto tiempo peleados… La mayoría de las parejas en el exilio se separaban más o menos pronto, entonces era una cosa rara que ellos, después de tanto tiempo juntos, se separaran... Y por ese tiempo, por primera vez, mi papá pudo volver a Chile. Mi abuelo falleció como un mes antes de que él pudiera venir, y eso fue muy fuerte para él, porque nunca más, entonces, pudo verlo… Yo vine a Chile después y visité, por primera vez, Villa Grimaldi… entré a ese lugar, y sentí como un nudo en la garganta. Es un dolor muy grande estar ahí… Una vez volvimos con mi papá, y fue para él la primera vez que volvía a la Villa. Fuimos con mis hermanos… yo creo que nunca he visto a mi papá llorar como en ese oportunidad. Estaba quebrado total, él se sentó en la piscina y se puso a llorar. Nosotros no podíamos hacer nada más que sentarnos junto a él, y era estar ahí y sentir el dolor… A mí mamá, recuerdo, la detuvieron como dos veces los pacos, o los militares… ella no estuvo en un campo de concentración… Una vez yo le pregunté: "vieja ¿qué te hicieron a ti cuando te agarraron?"… Ella se puso a llorar, y me dijo: "no te voy a contar eso, nunca te lo voy a contar"… Yo sé que hubo vejaciones horribles, en la Venda Sexy, en Londres 38, donde las mujeres fueron violadas con ratones, con perros, cosas horribles que a mí, como médico, me remecen profundamente… En términos personales, yo tuve parejas de la India, y después la mamá de mis niñas era de Colombia… uno se va haciendo menos conservador, menos acartuchado… Y para mí, todo esto me ha hecho más internacionalista, y no ver solamente Chile, sino la dimensión mundial de lo que es un país colonialista como Estados Unidos… Veo que en Chile domina el mall y el consumismo (igual que en Estados Unidos), pero aquí todavía hay algo de humanidad, la importancia de la familia, que la gente se dé besos al saludarse… cosa que los gringos no tienen. En lo personal, para mí es un reto poder guardar esos valores todavía, valores que para mí todavía son un poco fragmentados…» (Testimoniante 44).

Las células históricas, en su particularidad, parecen estar encerradas –por el dolor que comportan, el valor que simbolizan, o «el caso» que representan– en sí mismas, como experiencias autosuficientes, que se bastan, descriptivamente, a sí mismas. Y al existir así, están aparentemente dispersas, en el espacio (en Chile,

en el exilio) y en el tiempo (en tiempo de Allende, o en el de la Villa, o en el de exilio, o en el del retorno a Chile). Como una galaxia de polvo microscópico, sin conexión consigo misma… Pero todo eso es sólo apariencia…. Porque esos hechos minúsculos, uno con otro, forman también «sistemas» (dominantes); «residuos de sistemas» (arrasados); y variadas constelaciones de recuerdos colectivos que se acumulan, aquí o allá, en formaciones tempestuosas… Y forman también conceptos totales, o diagnósticos globales, que surgen en la mente y la razón de los sujetos que recuerdan, piensan y reflexionan sobre su pasado y su presente, para iluminar su propia acción... Las partículas parecen, en su dispersión, no constituir ningún todo, pero se mueven históricamente como un todo, precisamente cuando los hombres y las mujeres las piensan, también, como un todo, para darle sentido a su propio movimiento…

Por todo eso, los procesos históricos también tienen, como perfil estructural, o concepto general, conclusiones globales. Y muchas veces son éstas, precisamente éstas, las «conclusiones» que inducen las acciones individuales a caminar en convergencia, solidariamente, por un mismo canal histórico, hacia un mismo objetivo. Para «hacer» o «deshacer» la historia entendida como «sistema»…

«El proceso de transición a la democracia, creo, fue bastante realista, en el sentido que, dada la situación en que estábamos, no había mucha posibilidad de que pudiéramos incidir en la dirección que iba a tomar ese proceso. Uno podía adoptar una actitud crítica, pero no había más alternativa que ir a votar por el NO. Me pareció que no teníamos otra cosa que hacer… Era una democracia burguesa con montones de cortapisas, porque no había triunfado la revolución, y nosotros habíamos tenido un gran retroceso. Pero las fuerzas de la Izquierda estaban demasiado amarradas como para haber tomado una iniciativa de mayor envergadura… Se trataba, en verdad, de la democracia "en la medida de lo posible"… A mí me interesaba mucho la política, aunque mi lazo con la política de partido estaba en ese tiempo bastante laxo. Conservo sí lazos muy fraternales con mis compañeros de militancia, que están hoy repartidos en todos los campos de la política (oposición, gobierno, movimientos sociales), dispersión que me parece un fenómeno interesantísimo» (Testimoniante 55).

«Yo me ilusioné con eso de la llamada “apertura democrática”, pero terminé decepcionada, porque, considerando que hubo una movilización general donde participamos todos, pero la Concertación entró a pactar en todas direcciones, sin sacar a Pinochet, realmente, del poder. Y hasta el día de hoy, o sea, 17 o 18 años después, todavía tenemos vigente la Constitución de 1980. Por esto me da rabia vivir en Chile… Y del MIR me retiré cuando se produjo la división. Así que no he tenido acción política, salvo trabajar por la diputación de algún amigo o de algún compañero, pero yo encuentro que todo, realmente, está cada vez peor… Alrededor de 10 años atrás, cinco compañeras nos juntamos y compramos una parcela en Angostura de Paine, con la idea –como no teníamos en ese tiempo una pensión para vivir– de pasar la vejez juntas. Construimos una casa, y la idea era que cada una construyera para sí misma una casa más chiquita» (Testimoniante 8).

«Yo fui parte del proceso de transición a la democracia, aunque nunca tuve cargo alguno y ni siquiera milité en un partido de la Concertación. Por eso, aun así, me siento responsable… Uno se deja llevar por el entusiasmo, y después cae en el desencanto, pero ni el entusiasmo fue tanto, ni el desencante es tanto… Y seguí y participé en todas y cada una de las etapas del proceso que produjo la caída de Pinochet. A mí no me toma por sorpresa nada, el alma del proceso la entiendo perfectamente… Y así, los mismos que se hicieron cargo del Estado comenzaron a dejar fuera a los protagonistas, que fuimos todos, y, en particular, los cineastas y creadores… Y se produjo, en paralelo, un ajuste en la memoria de todos, que es natural y, a la vez, terrible, porque, para funcionar, la sociedad necesita olvidar algunas cosas… Por esto, mi generación vivió un proceso complicado… Yo todavía me muevo con los parámetros de la época de Allende. No puedo negarlos ni olvidarme de ellos, porque los viví con mucha intensidad… Y hoy, creo que hemos ganado en toda la línea, lo único que faltó fue haber metido a Pinochet, físicamente, en la cárcel, o haberlo fusilado en un paredón legal. El resto lo conseguimos todo, incluso, el repudio social más absoluto hacia las prácticas dictatoriales… ¿Había otra alternativa mayor? ¿Tendríamos que haber construido el socialismo real, el socialismo cubano?... Esos proyectos no eran viables, eran un callejón sin salida… Yo entré a la vida consciente con esos parámetros, con los de la gran historia… Me parece que coincide con lo que se podía predecir a partir de las herramientas teóricas más básicas. Por lo tanto, nada me extraña. No sé qué pudo haber sido distinto…» (Testimoniante 59).

«Sí, yo me sentí feliz con el triunfo del NO, pero, o sea… de puro inocente que era… Durante la dictadura yo trabajé también con los sindicalistas de la Democracia Cristiana, me veía todos los días con Manuel Bustos, y en ese tiempo éramos todos anti-dictadura, las filiaciones partidarias no importaban. Teníamos matices de diferencia, pero nada más. Pero después de la transición ya no era lo mismo ¿te fijas?... Para mí, por supuesto, Patricio Aylwin no era de mi agrado, pero era la opción que tuvo en ese momento la seudo-democracia, digamos. Y desde ese momento la situación ya no fue la misma. Porque ya no nos necesitaron. Y eso me dio un poco de pena, y un poco de rabia. Porque yo, después de todo, trabajé días enteros con M., dirigente sindical y militante de la Democracia Cristiana, pero después no la vi más. Entonces, tú ves: ingenuidad y decepción…» (Testimoniante 60).

«Cada vez que hablo con mis hijos, o con mis sobrinos, no veo, por ejemplo, ese nivel de conciencia social y política que yo tenía a su misma edad. Y eso que mis padres no eran gente política, no tenían ninguna formación política. Por eso, yo me formé en el colegio, interactuando con mis compañeros, pero ni tanto tampoco. Porque yo he tenido y tengo mi conciencia activa, crítica, siempre la he tenido… y recuerdo siempre lo que decía mi padre: "en la vida hay que ser humilde, hay que ser respetuoso y hay que ayudar siempre al del lado". Y eso yo lo he sido y lo he hecho siempre… Y por esto mismo, de repente me dicen: "las cosas pasan, cambian, y tú estás pegada en el pasado"… Me gusta, por eso, la conversación, me gusta confiar en las personas, pero la realidad actual me muestra otra cosa… y me cargan las traiciones, y eso de andarse por las ramas… A mí me preocupa, hoy, la gente joven ¿cómo hacerles entender que la memoria es importante? ¿Quién, hoy, va a abrir un libro y leer el testimonio de la Rosa González, o de la Aurora Cano, o de la Silvia Pavez? No hay libros de esos testimonios, ni gente que los lea. A menos que uno misma escriba un libro y ponga allí todas sus vivencias… Para mí es importante que la juventud se interese… una vez, yo pasé por la Plaza Ñuñoa, y vi, por un lado, un grupo de estudiantes agarrándose con los pacos, y por otro lado, una masa de jóvenes sentados en las mesas al aire libre tomando cerveza, comiendo, y muy molestos porque el guanaco, al tirar agua a los jóvenes revoltosos, les salpicaba también a ellos… Yo encuentro que algunos cabros son conscientes, pero la mayoría, no. La mayoría está metida en los malls, y tengo el temor que, con el correr de los

años, lo que nosotros hemos vivido, va a quedar en el olvido…» (Testimoniante 66).

«Yo creo que si la Corte Suprema hubiera tenido la valentía, si hubiera tenido la voluntad de hacer justicia, y de ser apreciada por lo que ella debía ser, las investigaciones hubieran tenido un éxito completo, por lo menos en cuanto al reconocimiento de la responsabilidad de los que participaron en los delitos contra la ley, y a que las penas que correspondía aplicar, se hubieran aplicado... Pinochet es un caso aparte, ahí los ministros de la Corte Suprema no tuvieron los pantalones o la voluntad para que siguiera siendo procesado y juzgado. Eso sí hubiera sido digno… Hubo éxito en las investigaciones, pero sujetas a las falibilidades normales que existen en la justicia… Y en todo caso, mi solidaridad más profunda con las personas que fueron víctimas en Villa Grimaldi y, en general, en la dictadura, y mi solidaridad más grande también con los familiares de las personas cuyo paradero nunca más se supo…»(Testimoniante 34).

La tendencia predominante en los textos transcritos más arriba, en cuanto a construir la conclusión global del proceso histórico (nacional y personal) vivido, es atenerse, en lo general, al resultado concreto que se dio en el sistema político-estatal (el triunfo ciertamente ambiguo de la Concertación). Y ese resultado se ve (o se vio) como inevitable. Como «lo sensato». Como «lo posible». Ante el cual cabe (o cabía) sólo un breve juicio auto-crítico («fuimos ingenuos») y un sentimiento desabrido («decepción»). La conclusión, así vista, no es predominantemente conceptual, sino, en buena medida, histórico-retrospectiva. Es decir: sólo toma el proceso histórico en su tramo pasado-presente, no pasado-futuro, y en su desenlace político-institucional, no socio-cultural. Y ésta ha sido, sin duda, la conclusión política mayoritaria de la ciudadanía chilena del año 2000. Al menos, hasta ese año. Podría decirse: fue una conclusión sensata, pero, obviamente, provisoria…

¿Qué conclusión global puede plantear un historiador social, profesionalmente, desde su perspectiva epistemológica específica?

En primer lugar, debe tenerse presente que un historiador social, al mirar y

percibir los procesos en marcha, no dirige su mirada preferentemente a los procesos político-institucionales, sino a los procesos socio-culturales. Mira, por tanto, desde y con los mismos sujetos de carne y hueso, y de preferencia, desde los actores de la clase popular… Y no utiliza como base la memoria recargada de militancia partidaria, sino la memoria social, cargada de solidaridad, autonomía y autogestión…

En segundo lugar, debe también tenerse presente que los procesos socio-culturales no aparecen en el espacio público como fenómenos propiamente «políticos», y que los medios de comunicación crean opinión pública privilegiando sólo el funcionamiento del Estado, y no la interioridad social y cultural del movimiento popular. Ante esa realidad, el historiador social no tiene más remedio que contraponer otra perspectiva: la que indica que la esencia última de la política: la soberanía popular, radica en el movimiento social popular, y sólo allí, y no en los estados y constituciones políticas que han sido impuestos por la violencia, traicionando a la soberanía popular. Esta perspectiva epistemológica obliga al historiador social a observar críticamente la trayectoria real de los partidos políticos formales con respecto a la soberanía popular, y a poner en paréntesis (congelando por razones de método) todo lo que ha sido y sigue siendo la política convencional.

Tomando en cuenta lo anterior, un historiador social, respecto al proceso histórico global vivido por las y los compañeros «de» Villa Grimaldi, podría concluir que lo que estuvo en juego a lo largo de todo ese proceso fue el tipo de solidaridad que se aglutinó entonces, el que constituyó a su vez la fuerza social que impulsó el tipo de rebeldía que luchó contra el sistema político liberal constituido en 1925, remozado desde 1938 y agotado en 1973.

Debe recordarse que la solidaridad que impulsó el movimiento popular antes de 1973 se formó, sobre todo, a) de la solidaridad sindical de la clase obrera industrial y los empleados públicos, regida por el Código del Trabajo (liberal) de 1931; b) de la solidaridad sindical campesina construida en torno a la política estatal de reforma agraria, y c) de la solidaridad poblacional surgida sobre todo en los comités de los sin casa y al interior de las tomas de sitio y campamentos. Sobre esas tres solidaridades populares, se construyó y consolidó, pero mirando siempre desde la perspectiva del Estado, d) la solidaridad militante, que definió y trató a las solidaridades populares como solidaridades de masas, subordinadas al sistema de partidos políticos. Y en torno a esas mismas solidaridades populares surgió y se desarrolló, además, e) la auto-estimulada solidaridad estudiantil.

Fue, como se puede apreciar, una suma maximizada de solidaridades, el conjunto de las cuales, sin embargo, no operó a partir de la esencia misma de la política: la soberanía popular, sino en dependencia a un Estado que atrapó para sí el conjunto de esa soberanía, subordinando a su autoridad a todos los actores sociales. En este contexto, los ciudadanos con alguna conciencia política se sintieron compelidos a tener una identidad militante; esto es: a operar dentro de partidos políticos que estaban adheridos legal y orgánicamente al Estado, jerarquizados también, por reflejo, verticalmente, y que, por lo mismo, exigían subordinación disciplinada de la militancia a sus dictámenes superiores. Todos los partidos se estructuraron de acuerdo a ese modelo, incluyendo el MIR. La rebeldía política, sustentada en ese enorme tejido solidario-militante, se jugaba y se jugó, por tanto, como un conflicto de cúpulas, regida estratégicamente por una Constitución (1925) dictada con trampas por la misma Derecha a la cual se combatía...

Dado ese «sistema», la dupla CIA-DINA atacó todas las cúpulas rebeldes y, bajando por las líneas verticales de la disciplina orgánica, fue destruyendo también, estrato a estrato, los tejidos solidarios de la base social. Es fácil colegir que la orgánica militante de ese movimiento rebelde era un tipo de «formación» (vertical) de sobra conocido por las orgánicas militares. No tuvieron que salirse mucho de sus viejos libros de Estrategia para destruir lo que destruyeron.

La progresiva reconstitución de la política parlamentarista tradicional, desde 1990, revela claramente que la política convencional no fue destruida por los militares. Lo que eliminaron de ella no fue, ni el parlamentarismo liberal ni los contornos y pretensiones de la clase política civil también liberal, sino los bolsones rebeldes que pretendían cambiarlo todo a partir de la Constitución (liberal) vigente. Y el mejor modo de impedir que se reprodujeran de nuevo esos bolsones, era destruyendo el tejido solidario popular que, subordinado a ellos y en condición de masa reducida al mero «derecho a petición», le servían de base.

Y al día hoy se puede constatar claramente: a) que, con la des-industrialización del país y la consolidación de un Plan Laboral que privilegia la sub-contratación, el trabajo precario y el auto-empleo, la solidaridad laboral, a todo nivel, esté hoy extremadamente debilitada; b) que, con los nuevos créditos habitacionales, la privatización de la construcción de viviendas sociales, la política de erradicación de campamentos, la droga, y las avalanchas de créditos de consumo, se ha debilitado enormemente la solidaridad de la pobreza, de los sin-casa y de los campamentos; c) que el fracaso social de la reforma agraria, la instalación de un

nuevo capitalismo agrario-mercantil y la subcontratación agraria, se ha debilitado también el movimiento y la solidaridad campesinas. Por tanto, d) que la siempre festiva solidaridad estudiantil, sin posibilidad de adherirse a solidaridades «de clase», gira sobre sí misma, en una dispersa lucha contra la mercantilización de la educación, sin actores sociales de peso con los cuales pueda aliarse para alcanzar objetivos contundentes. Y por la misma razón, e) la militancia partidaria actual no tiene como fundamento ninguna solidaridad popular consistente, sino, sólo, la comunidad de intereses que caracteriza a la clase política como conjunto, la que, no teniendo como fundamento una soberanía popular activa, es, sólo, oquedad. Es decir: nada.

La pregunta es, entonces: a nivel de la clase popular y/o de las bases ciudadanas: ¿han aparecido solidaridades nuevas? Es una cuestión neurálgica, porque ninguna rebelión tiene asidero alguno si no tiene como energía vital un complejo solidario de base. La rebelión por la rebelión se traduce, históricamente, sólo, en «gestos» rebeldes, pero no en movimientos revolucionarios.

Los hechos indican, por lo menos desde 2011 (aunque tiene ancestros evidentes desde mucho tiempo atrás), que ha reaparecido en Chile, con una fuerza inesperada, la ya casi olvidada solidaridad de las comunidades de base.

Es el mismo tipo de solidaridad que, un siglo atrás, impulsó a las sociedades mutuales y mancomunales (siendo su portavoz e impulsor político Luis Emilio Recabarren). Fue también la misma solidaridad que se constituyó al interior de los comités sin casa, en los campamentos y en los comandos comunales, en tiempos de Salvador Allende. Fue también la que impulsó, en gran medida, las jornadas de protesta contra Pinochet, entre 1983 y 1987. Y es hoy, con variantes, lo que se observa en las comunidades locales y regionales que han llevado a la formación de asambleas territoriales, como las de Magallanes, Aysén, Freirina, Calama, Chiloé, Andacollo, Pascua Lama, Huasco, etc., que al día de hoy (diciembre de 2014) están realizando su Tercer Encuentro Nacional de Asambleas Territoriales. Debe tenerse presente que esta nueva expresión solidaria tiene en común la lucha por asegurar el medio ambiente y la calidad de vida (luchando contra el capitalismo salvaje y el robo del agua), el control del proceso educativo (movimiento de profesores, que luchan porque las comunidades locales controlen y administren los colegios que están en su territorio) y la expectativa del autogobierno comunitario regional. La nueva solidaridad rescata la autonomía de la acción local, la participación ciudadana, la soberanía popular y la prioridad de lo local sobre el centralismo y la

globalización. Al adoptar esta línea, las nuevas solidaridades excluyen claramente, tanto a los partidos políticos centralistas, a los políticos profesionales, y al centralismo estatal, presuponiendo y alentando el desarrollo de una nueva cultura de política ciudadana y, no lo menos, una adaptación del sistema escolar a esa nueva cultura.

Las nuevas solidaridades ya están latiendo a lo largo del país.

Se requiere, pues, reconocerlas, potenciarlas, adaptarse a ellas, y construir sobre estos nuevos fundamentos, más allá de lo meramente «posible», una nueva y más eficiente rebeldía…

f) Mensaje

La memoria colectiva de las compañeras y compañeros «de» Villa Grimaldi es una memoria, como se dijo, de casi medio siglo. Y es, también, una experiencia concreta de los procesos históricos vividos durante ese período. Un saber colectivo, por tanto, de lo que Chile fue, en lo global y en lo personal, dentro del país y fuera de él; un saber amplio, profundo, sensitivo, fuertemente humanizado, que, por su propio valor, ni se puede olvidar, ni se puede desconocer, ni menos acallar. Un legado demasiado valioso para no expresarlo, transmitirlo y comunicarlo. Porque, quiérase o no, contiene un «mensaje». Un aprendizaje crucial de lo que el ser humano es capaz de hacer, de un lado, a partir de la solidaridad y la búsqueda de la igualdad, la justicia y la verdad, y de otro, a partir de la injusticia, la inhumanidad y la traición. Toda la gama de acciones que el ser humano puede realizar, surgieron en el Chile que le tocó vivir a la generación joven cuyos testimonios se han recogido, en parte, en este libro.

Como quiera que sea en este sentido la conclusión que pueda obtener un historiador social, el mensaje que se deriva de esa experiencia y de ese saber, nunca será mejor expresado y comunicado que por sus actores mismos. Este apartado recoge, pues, lo que las compañeras y compañeros de la Villa sienten que deben transmitir al resto de los chilenos y, sobre todo, a las nuevas generaciones.

«De lo que me enorgullezco, es de haber pasado por ahí (la cadena compuesta por Villa Grimaldi, Cuatro Álamos y Tres Álamos) y haber aprendido allí, de tantos seres humanos juntos, el cariño, la solidaridad, el aprendizaje mutuo, el cuidado mutuo, protegerse los unos a los otros… como una tribu internamente diversa, unos pintados de una manera, otros, de otra… Eso fue maravilloso: haber podido vivir –aunque haya sido en condición de preso político– una experiencia profunda de humanidad y solidaridad. Y la creatividad de toda esa época, la innovación, la capacidad de trabajar en grupo, de socializar… Cuando la gente confiaba en los otros, cuando le interesaban los otros, lo que pensaban, lo que opinaban… Por eso, yo miro con mucho optimismo a las generaciones nuevas… los más viejos y los más nuevos estamos mucho más cerca que la generación posterior a la nuestra (la que hoy tiene 40 o 45 años)… Necesitamos sentirnos acogidos, protegidos y reconocidos como personas de valor, por los otros... Para mí, eso es socialismo, o comunismo, o anarquismo… llámalo como quieras, no sé qué chucha será… tal vez algún "ismo"…»(Testimoniante 3).

«La sociedad no tiene cierre, las situaciones evolucionan constantemente, pero lo vivido por nosotros no se va a olvidar… Y se va a tomar como elemento de juicio para evaluar lo que vaya ocurriendo. Esto tiene que ser así. Sé que va ir perdiendo importancia, pero la tiene todavía, porque todavía el país, de repente, se divide en dos… Y voy a mantener siempre los valores que aprendí de joven, no voy a renunciar a ellos. Yo me casé con la justicia social, con los pobres, no, no puedo olvidar eso. Por otro lado, yo soy romántico y mantengo un cachito de utopía, y no me importa que ella –como se dice– esté obsoleta, porque con eso vivo yo, me alimento yo, me sirve para lo que hago… Trabajo en la parte artística, es mi oficio, es lo único que sé hacer y que he hecho durante 40 años. El arte te permite a ti, desde esa cierta marginalidad en que se sitúa, observar, decir, mostrar las cosas, y esto sirve y servirá siempre para no someterte al sistema» (Testimoniante 4).

«Lo primero es que todos deben estudiar la historia, en profundidad, y no olvidarla, y transmitirla a las próximas generaciones. Un país sin conciencia histórica no es un país… Debemos recordar esa época, la lucha contra la

dictadura, la resistencia, en que cayeron miles de compañeros… Un país que no conoce su pasado vuelve a cometer los mismos errores: los que cometimos nosotros como militantes, los que cometió la sociedad chilena al polarizarse del modo en que lo hizo, el terrorismo impuesto por los militares. Ninguno de esos errores puede volver a cometerse. El "nunca más" depende, sólo, de nosotros mismos y de los que vienen detrás de nosotros…» (Testimoniante 26).

«¡Nunca se deberá olvidar lo que pasó! ¡Nadie debe olvidarlo!... ¿Por qué a nosotros se nos silencia, por qué no se escuchan nuestros testimonios? ¿Para proteger a nuestros torturadores?... Todo lo que pasó debería conocerse públicamente, y a mí, ahora, ya no me importa que se conozca que me violaron, que me cagaron la vida, que me marcaron… ¿Cómo pudieron ser tan bárbaros, tan primitivos, cómo olvidar a la familia G., una familia completa asesinada y desaparecida? ¿Cómo olvidar a la L., que perdió su guagua colgada de un árbol en Villa Grimaldi?... Nosotros nos entregamos por entero, por solidaridad, a los que menos tenían, a los que tenían menos que yo, y yo, que no tenía nada… Así fue nuestra juventud… ¡y nos trataron como a bestias!... Esto es lo que debe ser estudiado: ¿cómo ciertos seres humanos le hacen tanto daño a otros, que son sus iguales?» (Testimoniante 60).

«Sigo pensando lo mismo que pensaba hace no sé cuántos años. Y trato de vivir de acuerdo a lo que pienso, ni olvidarme de lo que fui, de mis opciones de vida… Uno no puede cambiar, aunque esto traiga complicaciones. Soy profesora y soy abuela. Tengo tres nietos, y para mí ha sido súper importante ser abuela… Pero me duele Chile, me duele, me duele, y me duelen en especial los niños con que trabajo. Trabajo en una escuela de Huechuraba, con sectores marginales. Y uno ve ahí como la clase popular ha pagado los costos de todo lo que pasó en este país. Y esto me duele mucho. Estos niños se deben tener siempre en cuenta…» (Testimoniante 46).

«Mi visión es que todo sigue igual, avances ha habido tal vez, que yo no los visualizo mucho, pero, para mí, sigue lo mismo mientras no encuentre a mi hijo… Nunca hay que olvidar los valores del ser humano. Hoy es preciso luchar

más que nunca para que se conozca la verdad y haya justicia. Ésta es la lucha que tienen que dar las nuevas generaciones: que jamás los seres humanos tengan que pasar por lo que hemos pasado nosotros…» (Testimoniante 54).

«Yo diría que los jóvenes de hoy sean positivos… Yo sufro cuando veo a los estudiantes que salen y hacen toda esa serie de descalabros y cosas que no se justifican… porque yo también fui joven y de izquierda y nunca se nos ocurrió andar rompiendo cosas, ni romper negocios, ni robar… Los jóvenes de mi época nunca andábamos con cuestiones para taparnos la cara, no, a nadie se le ocurrió eso… porque las cosas se hacían a cara descubierta» (Testimoniante 18).

«Mi invitación es simplemente que, tomando la experiencia de gente como nosotros, podamos suscribir con más fuerza que nunca los valores democráticos, teniendo siempre presente que la democracia más avanzada es la que coloca en el centro de la discusión los intereses de los más pobres. Una democracia de ese tipo es la que nosotros debemos impulsar, y la experiencia nuestra debe servir para no cejar en ese empeño» (Testimoniante 28).

«Nuestra experiencia no todos los chilenos la tuvieron, pero en todo caso fue una experiencia que ojalá nadie, nunca más, pase por lo mismo. Sin embargo, a pesar de todos los bemoles, fue también una experiencia linda, porque allí conocimos gente que, en situaciones difíciles, fueron terriblemente solidarios, y en otras situaciones, todo lo contrario… Experiencias como la nuestra sirven para conocer en profundidad la idiosincrasia de la gente. Pero todo eso hay que irlo contando a las nuevas generaciones… Porque es preciso ser siempre solidarios con la gente, ayudar a la gente…» (Testimoniante 63).

«Yo diría simplemente que, día a día, nos hagamos una autocrítica a nuestra actuación como seres humanos, porque tenemos muchas deficiencias. Y en esto hay que escuchar a las personas que tienen más experiencia… Yo le diría a los jóvenes que, aunque no siempre los mayores tienen la razón, por lo menos hay que escuchar sus vivencias, su experiencia, y de ahí sacar conclusiones.

Apresurar las cosas no conlleva de por sí a un buen fin. E insisto en el carácter primitivo del ser humano, hay que tener siempre presente que el ser humano es vulnerable y puede ser capaz de cometer las barbaries más inexplicables. Y Pinochet no es el único. Las atrocidades que cometieron no fueron cometidas por máquinas, sino por seres humanos. Así que siempre tenemos que tener en cuenta nuestro primitivismo» (Testimoniante 10).

«Nosotros convertimos el socialismo en un dogma rígido, y el socialismo, a decir verdad, tiene rasgos muchos más humanitarios… El período de la Unidad Popular yo lo viví con los ojos muy abiertos… y, al menos, teníamos las ganas de ser solidarios, de ayudar al que tenía menos, de cambiar el país, de que las instituciones tuvieran más sentido social, que hubiera más justicia… Eso existía entonces, ahora, no… El movimiento pingüino, a pesar de que me han dicho que es un nuevo impulso de lucha, creo que es una anécdota, porque hay mucha gente que vive al margen de todo… éste es el único país de América Latina y del mundo donde el 40% de los paraderos de buses están destruidos, y el 100% pintados… algo pasa… algo que hay que hay que conocer a fondo. Sin embargo, hay semillas sembradas, no quiero hablar de rebeldía… pero semillas contestatarias…» (Testimoniante 11).

«Mi mensaje sería que, si los seres humanos no nos solidarizamos entre nosotros mismos, esta guerra por el poder, por el dinero, por los recursos, va a destruir todo lo que es humano, incluyéndonos a nosotros mismos. Cada día hay menos espacio para lo social y lo solidario, y estamos llegando a una situación límite… Si siguen predominando los intereses privados, vamos mal. Y Chile no es distinto a los otros países en este sentido» (Testimoniante 70).

«Nunca, nunca más voy a ser ignorante de lo que pasa en mi país. Nunca más me voy a hacer la tonta… Yo trato, ahora, de estar al tanto, de leer los diarios, de ver la tele, de estar informada de todo… Yo creo que nadie debe desentenderse de lo que pasa en su país, esto es lo primero que diría. Porque, estando al tanto de lo que pasa, uno se involucra y participa… Y las cosas malas, con el tiempo, se van, pasan… Yo he podido ser feliz de nuevo» (Testimoniante 71).

«Yo me siento súper decepcionado de lo que está pasando hoy en día. La Concertación ha gobernado mejor de lo que hubiera hecho un gobierno de Derecha, y ha seguido privatizando todos los recursos naturales del país… Y no sólo yo: todos los jóvenes que no quieren votar consideran que la política en Chile está completamente corrompida… Pero yo, personalmente, todavía me siento muy de Izquierda, aunque, a la vez, muy defraudado, porque han pasado 35 años y todo sigue igual que antes… Hay que empezar todo de nuevo…» (Testimoniante 65).

«Las futuras generaciones deberán estar siempre atentas a que se observen y respeten los Derechos Humanos. Y no sólo los derechos que tienen que ver con la integridad física y el respeto a la persona misma, sino también los llamados derechos humanos de "tercera generación", que tienen que ver con el derecho a un trabajo digno, una educación completa, una calidad de vida humanizada… Es necesario, entonces, no sólo contar la historia de las violaciones de los derechos humanos contra las personas, sino también imponer la validación de los derechos de «tercera generación»…» (Testimoniante 7).

«Yo no he hecho todo lo que debería haber hecho, algunas cosas por cobardía tal vez, y otras por no haber sido más resuelto… Chile debe darse cuenta que vivió un período de terror desatado por los militares, que monopolizan, con el aporte de todos nosotros, las armas, las que volvieron contra su propio pueblo e hicieron una carnicería… Nadie debería olvidar eso, que ellos perpetraron barbaridades… Y Chile, hoy, es la estrella Nº 51 de Estados Unidos… Ellos nos llevan el cobre, el oro, la plata, nos destruyen los glaciares, nos venden aviones F-16, naves de guerra dadas de baja… Chile necesita ser chileno de nuevo, recuperar nuestras riquezas y así dar educación y salud gratuita, de nuevo…» (Testimoniante 23).

«Soy una persona normal que ha hecho muchos esfuerzos para vivir esta vida con un sentido, y estoy agradecido de ella… Lo importante es unir la idea con la acción, ser consecuente… Éste es mi legado. Esto es lo que tengo que compartir

con los cabros jóvenes. De que se puede hacer lo que se piensa, y cosas que no tienen por qué ser grandes, porque también pueden ser pequeñas. Todos los aportes sirven… Pero sólo uniendo una voluntad con otra podremos avanzar. Y hay que ser feliz, pase lo que pase, hagamos lo que hagamos… Esta vida es muy corta, hay que luchar, no hay que parar nunca de luchar, pero siempre debe haber un momento para la felicidad… Yo no soy una planta, no soy estático, y creo –siempre– que otro mundo mejor es posible…» (Testimoniante 29).

«Estoy contenta de haber sido partícipe de un período histórico que muy difícilmente se vivirá otra vez… Apareció un grupo en mi vida que mostraba un camino nuevo para cambiar la sociedad, y yo creí en él, e hice todo el camino, a todo costo… Y el mejor momento de mi vida fue cuando un día mi hijo me habló: "mamá, te voy a resumir en dos palabras: eres un canto a la vida"… Yo creo que las nuevas generaciones tienen que hacer lo que ellos sienten que es bueno para ellas, y para todos. Si uno tiene una idea, hay que creer en ella, y llevarla hasta el final… Eso es lo bonito de la vida. Pero siempre pensando que lo que uno haga no tiene que ser un proyecto individualista, sino el bien colectivo» (Testimoniante 47).

«El ser humano es un ente demasiado completo y diferente uno de otro, y merece, por tanto, un conocimiento más profundo del que nosotros, en ese tiempo, tuvimos de él. Cuando hablábamos de "masas", por ejemplo, que era una definición infeliz, a mi juicio, cuando estás tratando de personas y compañeros de carne y hueso, con nombre y apellido. Con simplificaciones como ésa, era muy fácil definir "objetivos" utópicos… O hablar de "amigos y enemigos", o de "héroes y cobardes", que son puras fórmulas mecánicas, simplistas… La realidad social y humana nunca es tan blanco o negro, ni tan aritmética como sumar 1+1 para que te dé 2… Debemos integrar solidariamente a los seres humanos, no sumar y restar robots» (Testimoniante 15).

«Cuando uno observa la historia, se da cuenta que los procesos sociales, a la larga, triunfan, a pesar de la represión, la tortura y el exilio… Porque siempre habrá gente que persiste y continúa la lucha. Yo llamo a los jóvenes a tener

esperanza y fe de que el hombre, en general y en particular, o sea: cada uno de nosotros, somos los verdaderos artífices del futuro y de la historia, pero no desde mañana, sino desde hoy mismo, en lo que hacemos cotidianamente en las escuelas, en el trabajo, en los centros de alumnos. El modelo imperante nos inunda con objetos distractores, pero nosotros no debemos olvidar nunca que somos los verdaderos protagonistas de la historia» (Testimoniante 64).

«¿Qué diría yo? Que tengan todos una terrible desconfianza de las consignas, de las frases generalizadoras, de la lucha excluyente, a pintar el mundo de blanco y negro, creerse que siempre estamos del lado de los buenos… Hay que meterle duda a todo, a lo ajeno y a lo de uno, y si hay que ser de nuevo militante, que sea desde un oficio o profesión, no como tornillos para toda ocasión, que no importa lo que le suceda... No: todos somos importantes. Todos debemos ser respetados… Los partidos nuestros han hecho muy poca auto-crítica, por eso me aprieta el corazón cuando veo que jóvenes de hoy están repitiendo las mismas consignas de antaño… Está bien conocer e imitar lo bueno, pero es necesario conocer y evaluar lo que no fue bueno, sobre todo los estilos de lucha y los estilos de militancia… Sabemos que los que dirigen este tipo de lucha, cuando se llega al punto crítico, se van. Los de mi época, todos se salvaron» (Testimoniante 14).

«La enseñanza que yo saco de toda esta experiencia es que si una persona tiene ideales, los debe cumplir; si tiene valores, los debe realizar… Porque de ese modo llevas una vida con algún sentido. Porque la pregunta por el sentido de esta vida es válida a cualquier edad, pero sobre todo cuando eres joven, porque entonces tienes tiempo para construir ese sentido… Por tanto, debe evitarse por todos los medios aquello que algunos dicen: “no, yo no me comprometo”. Hay que atreverse, y jugarse por los cambios, aunque fueren, sólo, pequeños cambios, porque es lo que más se necesita: muchas personas que hagan muchos poquitos cambios…» (Testimoniante 75).

«Un querido compañero me dijo, hace algún tiempo atrás: “mira, flaco, cada uno de nosotros debió haber muerto en ese tiempo, porque toda la vida que nosotros

hemos tenido después del momento de nuestra detención, es de yapa"… La yapa debemos ocuparla, por tanto, de la mejor manera posible… Y en este sentido me gustaría transmitir un mensaje de optimismo, porque, si miramos la historia, hemos pasado por períodos oscuros, pero a éste siempre sigue un período mejor… Y en este tiempo la humanidad, y Chile mismo, como país, ha ido tomando más y más conciencia de los derechos humanos. Sin embargo, en Estados Unidos se ha hablado de legalizar, por razones de seguridad nacional, la tortura y el asesinato… Es un mensaje de optimismo, pero a la vez de precaución y reflexión» (Testimoniante 62).

«Nosotros queríamos hacer la revolución, porque entonces la considerábamos necesaria. Y hoy, pienso lo mismo. Hoy no es necesario hacer la revolución de la misma forma que nosotros ayer: son 40 años de neoliberalismo que han pasado entre medio. Lo de hoy es muy complicado, la situación es muy negativa, pero la necesidad de los cambios es la misma, y yo diría que más que ayer. Y tenemos menos fuerza que ayer. Pero insisto, la necesidad de generar un cambio estructural desde abajo, es la misma» (Testimoniante 17).

«Sin duda, los actores de los futuros cambios tendrán que ser los jóvenes de hoy… y los nuevos estratos populares. Yo veo que hay muchas cosas esperanzadoras, pero también muchas desesperanzadoras. La tecnología, por ejemplo, junto con el consumismo, tienen un peso gigantesco, y por aquí no veo mucha esperanza de cambio, cuando menos a corto plazo. Están usando el internet en todos los colegios y universidades, y el internet no asegura el manejo de información adecuada para resolver problemas de fondo… Sólo podría neutralizarse esa tendencia si desarrolláramos un sistema educativo que pusiera el foco en el tema de la cultura social…» (Testimoniante 27).

«A mí no me es fácil hacer un balance y extraer de ahí un mensaje. O reducir todo a una frase auto-explicativa. No tengo esa frase… Tengo sensaciones… que tal vez pueda aclarar en un tiempo más. No sé... Mi conclusión es esta incomprensión, de que haya podido existir un régimen como el de Pinochet. Y esto no tiene que ver con ideologías, sino con comportamientos... Ne me siento

en condiciones de hacer frases desde la altura, no, yo creo que es mejor que la gente saque sus propias conclusiones… es demasiado fuerte como para, desde la teoría, sacar lecciones como un decálogo. No me siento capaz de eso, no me siento convocado para serte franco tampoco… es mejor que la gente vea… No me atrevo» (Testimoniante 58).

«En los procesos históricos, el aprendizaje nunca termina… Nosotros, los viejos, terminamos aprendiendo, pero ya no seremos los protagonistas de los nuevos cambios… Los que tienen que aprender son los jóvenes de hoy, reales, de carne y hueso (los colectivos universitarios, los raperos, los punks, los bacanes y los flaites, los “piños”, etc.)… Y eso es lo central, porque Pinochet y la Concertación no son hoy más que caricaturas históricas… Y en una sociedad donde hay desigualdad, ley antiterrorista, robo de agua, subempleo e individualismo, allí, el espíritu solidario es el mayor valor humano que pueda haber, porque te hace hombre rebelde, histórico, soberano… La rebeldía es lo más sagrado que puede tener un ser humano en una sociedad de ese tipo. Y por eso, hay que cuidarla amorosamente, científicamente… No podemos “soltarla” a tontas y a locas, a lo primero que se nos ocurra, porque los costos a pagar son altísimos. Mucho sabemos de eso ya... Hay que cultivar la solidaridad y la rebeldía con más cuidado que nunca, para ser más eficientes que nunca. Nos lo exigen 200 años de derrotas... Y no hay que interpretar el mundo, sino cambiarlo, pero desde lo chico a lo grande, y desde el mero “gesto” rebelde al resultado concreto, y de la utopía heroica al trabajo real, cotidiano, profesional, eficiente. No más consignas huecas, ni arengas de coronel… Sólo solidaridad, rebeldía, ciencia, acción y efectividad…» (Testimoniante 20).

«Yo, lo que diría es que debemos confiar en el ser humano, sobre todo en su manifestación colectiva, porque allí está la capacidad para ver y evaluar cómo es la sociedad en que se vive, para tratar de arreglar lo que se estima que no está bien. Es importante, en este sentido, saber agruparse, combinar ideas y esfuerzos, y sobre todo estar dispuesto a asumir compromisos, porque dar, aunque sea un paso hacia delante, es, en definitiva, un paso hacia delante, porque todo es una tarea de paciencia, de trabajar para el largo plazo… Es así como se logra, de repente, dar un par de saltos…» (Testimoniante 33).

«Estoy segura que muchos de los pingüinos que se movilizaron no habían escuchado nunca antes hablar de la LOCE… Entonces hay, por supuesto, un movimiento estudiantil, pero si existiera una fuerza popular organizada de los trabajadores, los estudiantes habrían tenido un apoyo mayor, tal vez, un paro nacional… Entonces, yo creo que todavía estamos muy atrasados, que hay todavía muchas cosas por hacer… Los estudiantes deberían ocupar el tiempo que pierden en la Comisión de Expertos en ir a las poblaciones, a las comunas populares. Si cada comuna levantara un pliego de peticiones o una propuesta educacional propia, a partir de demandas más básicas, entonces tendrían una base social de apoyo más sólida y más amplia… Todos queremos una sociedad humana mejor, pero cada uno la ve distinta. Entonces pongámonos de acuerdo sobre eso, primero que nada. No podemos llevarnos dividiéndonos y peleando entre nosotros, perdemos el tiempo en rencillas internas, y los que ganan con eso son los otros… Por eso perdemos… La historia la han escrito los que han vencido, no nosotros. Si no nos ponemos de acuerdo, si no somos capaces de ponernos en el pellejo del otro, de aceptar legítimamente a nuestros propios iguales, nunca vamos a avanzar… Tenemos que cambiar nosotros mismos y entre nosotros mismos: debemos ser más humanos, un poquito más afectuosos, pero si le metemos pura cabeza y pura ideología, la cosa no funciona, porque no somos pura cabeza. Y el Che tenía razón cuando decía: “las cosas se mueven por amor, no se mueven con la cabeza”…» (Testimoniante 50).

Capítulo VII

In memoriam (bocetos de vida)

El libro que aquí concluimos se ha referido a la vida personal, social y política de las compañeras y compañeros sobrevivientes de Villa Grimaldi. Está constituido por su memoria y sus voces, de ayer y de hoy. Y por su compromiso histórico de vida, que se inició casi medio siglo atrás, y sigue…

En este capítulo final, en cambio, nos concentraremos en las y los compañeros que fueron torturados y ejecutados en ese mismo recinto, y estará constituido por la memoria y la voz de los seres queridos (sus parejas, sus padres, hermanos o sobrinos) que recordaron, junto a nosotros y para este libro, sobre todo, su vida, sus valores, sus opciones, y sus acciones de solidaridad y rebeldía.

Porque la vida de ellos no fue, en lo esencial, distinta a la de los sobrevivientes cuyos testimonios fueron recogidos y sistematizados para este libro. El mismo humanismo. La misma alegría de vivir. La misma lucha, la misma voluntad social, y el afán inquebrantable de cambiar el mundo. Necesitábamos, por tanto, voces cercanas, que nos trajeran hasta aquí el eco de su vida –como quiera que haya sido su muerte– para integrarlas a la de los sobrevivientes. Al coro histórico al cual pertenecen.

Si en vida ellos compartieron con los sobrevivientes una misma lucha valórica y una misma vía de victimización (las que han dejado al desnudo no sólo la inflexibilidad del sistema liberal de dominación, sino también la grave patología cívica que afecta a las Fuerzas Armadas), su muerte ha revelado, específicamente, la complicidad de los mandos militares con los tribunales de la nación, y la farsa judicial y comunicacional que, durante casi 40 años, han querido presentar al país a título de «justicia». El avance de la verdad y la justicia ha sido, en gran medida, fruto de la lucha póstuma emprendida, desde la tumba, por los compañeros caídos y sus seres queridos, y desde todo el mundo, por los sobrevivientes. Sin esa mancomunidad trascendental, es probable que los jueces no habrían avanzado en la vedad y la justicia como lo han hecho últimamente.

No es, sin embargo, la descripción de esa farsa y de esa lucha el argumento central de este capítulo, sino, como se dijo, la convivencia con los compañeras y compañeros que no sobrevivieron. Su vida debe esta siempre junto a la nuestra…

Naturalmente, fue necesario trabajar con una muestra simbólica, representativa (8 casos), según la posibilidad y disponibilidad de los seres queridos que se acercaron para revivir con nosotros lo que ellos fueron…

Hugo Daniel Ríos Videla

I

Hugo Daniel nació en Rancagua el 12 de diciembre de 1953.

Tenía, por tanto, 19 años para el golpe militar, y sólo 22 cuando fue detenido el 14 de febrero de 1975, día, además, en que desapareció desde el Cuartel Terranova (Villa Grimaldi) de la DINA.

Su padre, «don Hugo», era funcionario de la Braden Copper Company, en la mina El Teniente, al interior de Rancagua, que provenía de una familia más bien acomodada de Doñihue. Su madre, «doña Mercedes», creció prácticamente abandonada, razón por la que alguien la llevó de niñera (o algo así) para un funcionario de la Embajada de Estados Unidos, donde tuvo una formación propia de ese país. De allí, ya crecida, se trasladó a trabajar como secretaria en la mina El Teniente, donde conoció al que sería su marido.

La pareja tuvo cuatro hijos, siendo mujeres las dos mayores, y hombres los menores. El menor de todos fue Hugo Daniel.

La familia Ríos Videla resultó poco unida. Los padres habían tenido, de niños, una vida muy distinta; sus personalidades, por lo mismo, no eran del todo compatibles, y sus hijos no hicieron sino reproducir esa diversidad. De todos los hermanos, sólo Hugo Daniel orientó su vida hacia el compromiso político. En

ese contexto, la relación del hijo menor con su padre no fue ni afectiva, ni fluida, sino al contrario («su papá no le servía, digamos, como para identificarse con él, era un hombre de Derecha y tenían una pésima relación entre ambos»). Y con las hermanas la relación no fue mejor. Sólo con la madre tuvo una relación de afecto y comprensión. Sin duda, en su niñez, Hugo Daniel no tuvo en su hogar una experiencia de afecto y solidaridad plenas, sino un cierto déficit, que, probablemente, fue el que lo instó a «observar la vida con un espíritu rebelde y de injusticia».

«El papá era un viejo insoportable y no quería, al parecer, que su hijo menor se desarrollara. No sé qué pasó, pero él me contó que el papá, una vez, le había pegado, y que él le había devuelto el golpe. El padre tenía la costumbre de pegarle con una correa, y cuando Hugo Daniel, ya cercano a los 17 años, fue de nuevo castigado a correazos, él le pegó de vuelta. Ahí se hizo respetar. De hecho el papá, nunca más, le levantó la mano».

Hugo Daniel estudió en el colegio de los Hermanos Maristas, de Rancagua, pero estuvo poco tiempo allí: era muy rebelde, de mal genio, y lo echaron del colegio (se cuenta que incluso golpeó a «un cura»). Luego la familia se trasladó a Santiago, donde pudo terminar sus estudios secundarios. Pero aun antes de entrar a la Universidad Técnica, ya se había definido políticamente. Y adoptó una posición radical: entró a militar en el MIR y luego se dedicó, fundamentalmente, a eso... Su opción, en este sentido, muy probablemente, la adoptó en contacto con los compañeros que fue conociendo, sobre todo en el colegio vespertino donde cursó su último año de secundaria, en Santiago… Pero su espíritu rebelde le acompañó desde la infancia... lo mismo que su percepción de la injusticia, que él, con seguridad, la había visto encarnada en la historia de su madre, que había vivido un vida de «injusticia completa: fue recogida de una estado de abandono, la hicieron servir como “nana”, la llevaron a El Teniente, y se casó con un señor de Derecha que era pro-yanqui; una mujer tremendamente inteligente y libre, pero que tuvo que vivir atada a circunstancias que ella nunca controló». Hugo Daniel, por tanto, desde niño, tuvo ante sus ojos, de una parte, la injusta vida de su madre, y de otra, la prepotencia que tenía, en sí y tras de sí, su padre…

Por eso, por todo eso, comenzó a militar muy joven: tenía 17 años. Y entró a

militar con toda la fuerza que le daban sus convicciones y el contraste de sus experiencias afectivas. La militancia fue, por fin, algo suyo, algo en lo que podía plasmar su necesidad solidaria, sus ideas, sus convicciones. Tal vez por eso, estando ya más seguro de sí mismo, pudo «enfrentar a su padre bastante francamente, exigió que se respetaran sus ideas, llevó sus compañeros a la casa, la madre lo apoyó… es decir: asumió el conflicto, luchó, y supo imponerse». En el fondo, logró aliarse con la madre y llenar la casa con su presencia, sus amigos y su opción política: «cuando llegábamos a la casa de él, la madre nos trataba fantástico, nos hacía comida, tejía, y nos quería mucho; éramos como sus nietos, o algo así». En esos encuentros, las hermanas nunca tuvieron ninguna participación… «Cuando murió la madre (ella murió antes que él desapareciera), las hermanas dijeron que eso había ocurrido por el miedo que ella tenía a que le pasara algo a su hijo menor»... Como cabía esperar, «esa familia se destruyó muy rápidamente».

No fue extraño, por tanto, que él desarrollara una concepción romántica, valórica y visceral de la política y la militancia. Admiraba al Che Guevara, por supuesto, y a la Revolución Cubana. Y ciertamente, para una concepción como ésa, la rigidez orgánica y la formalidad del Partido Comunista chileno carecían, por supuesto, de atractivo para él.

II

Es posible que Daniel Hugo, al ingresar al MIR, haya hecho la «carrera» de simpatizante a militante en alguna estructura cualquiera, pero lo cierto es que, siendo aún muy joven «y requeté contra menor de edad, se lo llevaron a la Fuerza Central, que era un aparato militarizado, donde recibían instrucción en Cuba y se dedicaban, sobre todo, a hacer planes operativos, preparar a otros compañeros y a realizar mucho trabajo de seguridad en torno a la Comisión Política, sobre todo en las manifestaciones masivas. Recibían también educación política».

Si él tenía de por sí una concepción romántica del compromiso político, en el sentido de enfatizar lo valórico y lo afectivo, su militancia en ese tipo de estructura acentuó, en cierto modo, esa actitud y disposición políticas. Por tanto,

él se exigía a sí mismo un compromiso total, una conducta disciplinada irreprochable, y de alguna manera, asumía que todos los demás deberían actuar lo mismo que él. Tanto más, cuando, después del golpe, hubo que vivir en clandestinidad. Eso llevó a que su círculo más cercano, sus amigos más queridos, fueran todos militantes del MIR…

«Mira, él era muy apasionado, no era una persona que se identificara con la teoría política o los análisis complicados en ese sentido, él era más bien del amor al pueblo, demostraba una alta sensibilidad ante la injusticia social, y demostraba mucho cariño por las personas que tenían penurias sociales o económicas. Él no era católico, más bien había rechazado la religión desde que se peleó con los hermanos maristas. Es que el lado de sus emociones, ciertamente, era mucho más fuerte que otras características. Por eso, tal vez, él tenía una alta apreciación por "lo heroico". Admiraba mucho, en general, a los héroes, y esto le hacía aumentar la importancia relativa de "la entrega a la causa" y, sobre todo, la disponibilidad total al partido… Tenía una personalidad como ideal para ser "milico". Era bastante atlético, tenía buena puntería, estaba pintado para lo que estaba haciendo… Pero leía también lo que leíamos todos: Marx, von Clausevicz, Rosa Luxemburgo, aunque también novelas de espías… Era serio, un hombre serio, pero no pesado, ni prepotente… Eso sí, fue enfático en condenar la delación, la traición, el asilamiento, todo eso… En eso era terriblemente categórico, aunque, de haber vivido y pasado por todo esto… pudo acaso haber cambiado de opinión».

Bajo condición de dictadura brutal y clandestinidad absoluta, la unidad en que operaba Daniel Hugo ordenó, lógicamente, el acuartelamiento de todos su miembros. Estuvieron, por tanto, un largo tiempo, como inactivos… Es que, considerando que había una represión sostenida y que se estrechaba el cerco, la unidad se vio obligada a realizar movimientos de repliegue: rescate de materiales que estaban depositados en casas de seguridad, traslado de los mismos, incremento de la protección a ciertos compañeros… Pero la amenaza y el riesgo aumentaban día a día... «Él tenía claro que, en lo que estaba haciendo, se le podía ir la vida, llegado el caso. Pero en esto no estaba ni optimista ni pesimista, sino más bien en esa actitud de «donde me digan que debo ir, iré». No estaba dubitativo en ningún momento, porque siempre decía: «a estos milicos les vamos

a ganar». Pero era perfectamente consciente de la debilidad militar del MIR»…

La clandestinidad generaba una angustia rodeada de rutinas de distinto tipo. La actividad política de ese período tendía a reducirse a hacer puntos de contacto, a tratar de mantenerse comunicados, y así saber de que aún existían los compañeros, y el partido… «Como estaba todo cayéndose, lo que había que hacer era tratar de mantener algo en pie, todo era como sobrevivir, incluso, cómo alimentarse…». El partido, para efectos de mantención, enviaba dinero a sus militantes principales, pero eso no bastaba, además de que su entrega era, a veces, irregular, de modo que era necesario entonces trabajar en algo, o conseguir dinero con los parientes o de cualquier forma. Daniel Hugo comenzó a estudiar Mecánica de Autos, para poder trabajar por ahí y por allá arreglando autos…

En ese período, Daniel Hugo vivió con su compañera en una población. Y allí «él era amigo de todo el mundo, de toda la población callampa, era el rey… se llevaba bien con todo el mundo. Y se sentía bien con la gente que se destacaba por ser solidaria, como él, y ahí sentía querido y él también quería a la gente».

«El día 13 de febrero de 1975 me pidió que fuera a un punto de contacto. Yo fui, pero no llegó el compañero que debía llegar, sino otro. Al volver a casa, me dijo: “ése era el segundo punto”; o sea: ese compañero había ido antes a otro punto, y yo lo encontré en el segundo punto… La persona con la que tendríamos que habernos encontrado había caído, y entregó el tercer punto, por eso, al ir al tercero, se produjo un enfrentamiento a balazos, y Daniel Hugo cayó herido, con una bala en la base de su cuello… Lo llevaron a Villa Grimaldi, donde llegó en mal estado, al punto de que algunos lo dieron por muerto. Lo vieron después en la Torre, no lo tenían en los cajones, y se le caía la cabeza sobre el hombro, por la herida, y dicen que, estando así, cantaba… Y lo reconocieron por eso, por su herida y porque le faltaba un dedo en una mano, que lo había perdido cuando niño…»

Según la declaración de un Testimoniante, que lo vio: «el 14 de febrero hubo gran alboroto en la Villa porque llegaron dos detenidos, uno de ellos era Hugo Ríos, apodado El Peque, que se veía en muy malas condiciones, tenía el cuerpo y

el rostro ensangrentados, y luego de interrogarlo, lo dejaron tirado en el patio». Declaró, además, haber visto, alrededor del 28 de febrero, a un grupo de detenidos formados en el patio, entre los cuales estaba Hugo Ríos. Según un guardia, iban “para Puerto Montt”… Se comenta que eso significaba que los iban a tirar al mar. Otros testimonios señalan que lo vieron malherido, que una mujer agente lo pateaba en el suelo, pero que, pese a todo, estaba de buen ánimo, y cantaba…

III

«Yo lo conocí en el año 1972. Formaba parte del aparato militar del MIR… y ellos nos daban instrucción a los militantes de nuestra base. Él fue uno de mis instructores. Después nos topamos por ahí, éramos de distintas estructuras. Hasta que nos conocimos… Él había ido varias veces a Cuba, y era, ya, un verdadero “cuadro político-militar”. Y como es obvio, la mayor parte del tiempo en que nos vimos y estuvimos juntos fue en la clandestinidad, usamos, por eso, muchas chapas, como de pareja joven que venía a estudiar desde provincia… Y por eso mismo, por la irregularidad de nuestros encuentros, es que tuvimos que definir si viviríamos juntos, o no, porque la normas de la clandestinidad nos separaban... La decisión no era fácil, porque su compromiso con la política y el partido era total, entonces, pasar a comprometerse a convivir con una mujer, no era una problema menor...

Pero lo decidimos en común acuerdo: él me dio un punto en la casa de una familia que conocíamos, y nos juntamos ahí. Fue allí y entonces, en esa casa, donde tomamos la decisión de convivir bajo un mismo techo… Eso me obligó a mí, después, a cambiarme a la estructura donde él estaba, porque no podíamos estar en estructuras distintas. Y ahí realicé trabajos menores, puntos de contacto, redacción de textos… Y tuvimos que aplicar las medidas de seguridad más increíbles, desde que tú no podías entrar a la casa si la luz de la casa no estaba de un determinado color en un determinado momento, hasta cambiarnos de casa si sospechábamos alguna vigilancia… Tuvimos un hijo, y a propósito de este hijo tuvimos que conversar cómo ajustarnos a la nueva situación, sobre

todo, por ejemplo, cuando supe que el partido quería enviarlo (al «Peque») a la Junta Coordinadora Revolucionaria del Cono Sur… Yo me alegré, porque así él podía escapar del infierno de Chile, mientras yo podía dedicar más tiempo a nuestro hijo. Estábamos conscientes de que algún día tendríamos que separarnos, y nos comprometimos a respetar que el otro rehiciera su vida, y que cada uno seguiría adelante en la lucha. Aunque él, sin duda alguna, estaba feliz con nuestro hijo… Pero no se fue, y no nos separamos… Vivimos en distintos casas, pero siempre militando. Ninguno de los dos tuvo nunca una visión crítica, de Allende sí, pero con respecto al partido, no. Y nunca dejamos de ver a su madre, y nunca él dejó de disfrutar de nuestra vida en común: siempre llegaba con un pollo, o un gatito, o un perrito, para hace de nuestra cotidianeidad casera un momento de felicidad. Él me enseñó a cocinar, además sabía coser, planchar y todas esas cosas que aprendió de su madre… No hay duda que a él le gustaba tener una pareja, vivir en pareja, pero, a medida que la situación se puso más y más amenazante, comenzó a verse preocupado. Como que él presintió su muerte, porque caían y caían sus compañeros... Tenía un presentimiento… Cuando el cayó, yo no pude hacer mucho, porque estaba anulada por mi condición de clandestinidad. Fue mi familia la que, entonces, se ocupó de los recursos de amparo, y ahí, por supuesto, nadie pudo probar que estuvo detenido. Y después apareció su nombre entre los 119 compañeros que, supuestamente, habían sido ajusticiados por el MIR en Argentina… El papá de Hugo Daniel no colaboró en nada, al contrario, decía que no podía entender a su hijo, que incluso me había abandonado a mí por la política, etc. Cuando murió la mamá –antes de que desapareciera– el viejo, por supuesto, estaba destruido… Yo seguí, entretanto, militando clandestinamente, hasta que un año y medio después, caí también yo…

Nos conocimos, tal vez por casualidad, pero también, en cierto modo, a través de nuestro sueños: él soñaba que yo era Varinia, la compañera de Espartaco, y yo soñaba qué él era Antoñito El Camborio (de los versos de García Lorca): "aquel gitano que fue asesinado en un camino cerca del Guadalquivir"… Hicimos una cita a ciegas en la Plaza Italia, el verdadero corazón de la capital… Allí, al lado de la estatua de Balmaceda, me tomó la mano, y nos besamos por primera vez. Allí he ido después muchas veces, a buscar su apoyo, y a entregarle mi cariño… Después de ese encuentro, nos dedicamos en forma metódica a conocernos: caminábamos noches enteras conversando, conversando… hasta que una madrugada –ya estábamos entumidos de frío– me

llevó a su casa, y del interés mutuo pasamos al gusto mutuo, y de éste a la ternura, y de ahí a la pasión… Y yo fui su Varinia, y él, mi Antoñito… Él me llamó siempre "mi socia", y sentí entonces que nunca más estaría sola… Era una hombre de un belleza sobrecogedora, por dentro y por fuera. De esos primeros meses no le recuerdo defectos… Pero la vida que llevaba en mi vientre comenzó a cambiarme, me sentí responsable de esa vida y me fui alejando un poco de los demás… y a mi socio, ante eso, comenzaron a notárseles los defectos que tenía bajo el poncho… Estaba colérico y atormentado… Empezamos a distanciarnos. Pero nació nuestro niño… y él estaba tan feliz y enamorado de su pequeño lindo niño… Eran las cinco de la tarde cuando mi apuesto y joven compañero se despidió, con un gesto de saludo y una mirada de amor hacia nuestro hijo, que reposaba en mi falda… Mi "Peque" se iba al punto de rescate del compañero Pedro… del cual nunca regresó… Nunca más estuvimos juntos los tres» (Teresa).

Jaime Ignacio Ossa Galdames

I

El 20 de octubre de 1975, a las 11 de la mañana, un grupo operativo de la DINA, compuesto de seis agentes (cinco hombres y una mujer, todos jóvenes, menos su jefe, que demostraba unos 45 años), que se movilizaban en una camioneta color verde, entraron repentinamente a la casa de los padres del catedrático de la Universidad Católica de Chile, profesor Ignacio Ossa Galdames, ubicada en calle Argentina 9157, de la comuna de La Cisterna. El grupo entró preguntando por «Adrián», nombre político de Miguel Moya Raurich, dirigente del MIR. La madre de Ignacio abrió la puerta, «y los agentes se abalanzaron a gritos y golpes, pidiendo que les entregaran a la persona que buscaban»

[1]

«Ignacio era una suerte de enlace mío –señaló Miguel Moya– me lo habían

asignado sólo unas semanas antes de ser detenido. Lo conocí muy poco, supe que era escritor y que lo hacía muy bien, y que pudo haber llegado a ser uno de los grandes de las letras chilenas… Era muy amigo del escritor Carlos Droguett… Yo había llegado a esa casa el domingo en la noche, y estaba viviendo en esa casa mientras Ignacio preparaba su casamiento, porque él no vivía con sus papás. Él tenía un vínculo orgánico con Nelson Gutiérrez y me lo habían asignado de enlace, por eso, cuando me entero de la caída de Malloco, la asocio a Ignacio y me fui de la casa de sus padres. Una semana después nos dimos una vuelta por la casa, y al no ver nada irregular, volví allí ese domingo, y al día siguiente llega la DINA, por la dirección que le habían entregado en la Universidad Católica… La DINA llegó buscándome a mí. Ignacio no iba todos los días a la casa de sus papás, porque él se encargaba de recoger en los buzones la información y llevármela. Por desgracia, ese día había ido a cargar y me llevaba la información. Cuando él entró a la casa, lo agarraron y le quitaron todo lo que traía. Sus padres, que eran muy viejitos, estaban muy asustados, y los dejaron encerrados mientras nos interrogaban. La casa quedó convertida en una “ratonera”…»

[2].

La conducta de los agentes de la DINA en la casa de los padres de Ignacio –relatan sus moradores– fue «grosera» y «extremadamente brutal». Tanto el profesor Ossa, que llegó a la casa cerca del mediodía, como otro joven que había llegado en ese momento, fueron golpeados. La madre fue encañonada, empujada y lanzada sobre un sillón; botaron incluso la comida que ella había preparado para el almuerzo… Sólo después de realizar un «allanamiento intensivo y prolongado, durante el cual prácticamente “desarmaron” el dormitorio del profesor, se retiraron de la casa. Eran las 3 de la tarde. Tanto Ignacio como “Adrián”, atados y cubiertos con frazadas, se los llevaron de la casa, junto con dinero, una máquina de escribir y gran cantidad de libros»

[3].

Al día siguiente, la hermana de Ignacio, Guadalupe Ossa, presentó un primer recurso de amparo en la Corte de Santiago, el cual, poco después, fue desechado. La razón que se dio fue que el Ministro del Interior, general Raúl Benavides,

había informado que el amparado estaba detenido en el campamento Cuatro Álamos, por Decreto Exento de Interior Nº 1640 de fecha 21 de octubre de 1975. La Corte Suprema confirmó la negación del amparo el 4 de noviembre. Guadalupe, sin embargo, insistió, y el 18 de noviembre presentó una querella en el Cuarto Juzgado del Crimen de San Miguel por el delito de «arresto e incomunicación ilegales». Se le informó el 2 de diciembre que, según el SENDET, su hermano ya no estaba en Cuatro Álamos, de modo que la diligencia que se solicitaba «era improcedente». Ante eso, ella volvió a insistir, y el 4 de diciembre interpuso un segundo recurso de amparo. El 22 de diciembre, el Ministro del Interior respondió a la Corte repitiendo que Ignacio Ossa estaba detenido en Cuatro Álamos… El 12 de diciembre, sin embargo, ella se informó, en el Registro Civil del Cementerio General, que su hermano había fallecido cuando llevaba 5 días privado de libertad. De inmediato lo informó a la Corte. El doctor Flavio Larenas hizo saber a su vez que «los restos de Ignacio Ossa Galdames, entre el 25 de octubre y el 11 de diciembre de 1975, permanecieron en la cámara frigorífica del Instituto Médico Legal, en espera que dicho cadáver fuera reclamado por sus familiares». En esos mismos días, y ante la nueva situación producida, el Subsecretario, Enrique Montero Max, por orden del Ministro del Interior, informó al Juzgado del Crimen de San Miguel que «esta persona se encontraba arrestada, y que durante el interrogatorio en una casa de la Avenida España, donde habría un depósito de documentación y propaganda armada de la Comisión Política del MIR… se lanzó bajo las ruedas de un vehículo que venía en marcha, siendo atropellado por éste con sus ruedas delanteras, falleciendo instantáneamente»[4].

Los testimonios de los detenidos refutan completamente la versión oficial. El Testimoniante 32 declaró que «nos llevaron a Villa Grimaldi, donde nos dejaron en un cuarto grande… de donde nos sacaron a la sala de torturas. Ignacio era grande y fuerte, parece que por eso le aplicaban más electricidad, pero tenía un problema cardíaco que lo afectó muy rápido»[5]… «Me llevaron al menos dos veces donde estaban torturando con electricidad a Ignacio (militábamos juntos en la Universidad Católica) junto a otro detenido que yo no conocía, pero no entendí lo que les estaban preguntando; me di cuenta al mismo tiempo que estaban apretando más a Ignacio que al otro compañero, como si él fuese el jefe del otro, por ser, tal vez, mayor (Ignacio tenía 32, y «Adrián», 21). También nos torturaron juntos para cuadrar nuestra relación, la que no calzaba con el otro interrogatorio» (Testimoniante 20). La Testimoniante 13 dice que lo vio los días 21 y 22 de octubre: «era corpulento, moreno, más bien buen mozo… y fue salvajemente torturado… lo vi en una oportunidad colgado de los árboles, y

después que lo traían desnudo, ensangrentado, vomitando sin parar». El doctor Patricio Bustos, que estaba también detenido en Villa Grimaldi, dijo que, al verlo así, avisó a los guardias «que Ignacio estaba con problemas cardíacos… incluso golpeé la puerta, llamé a los guardias y les dije que Ignacio estaba muy mal… que se podía morir de un problema al corazón… se quejaba de dolor precordial por las torturas». Por su parte, Selva Hidalgo dijo que «el día 25, poco después de mediodía, los guardias comenzaron a correr y gritaban que alguien le había dado agua a un detenido luego de aplicarle corriente… «¡Ossa se fue cortao porque este huevón le dio agua y le dio un paro al corazón!»…».

Sus torturadores y asesinos fueron Miguel Krassnoff Marchenko, Marcelo Moren Brito, Tulio Pereira (muerto un mes y medio después), Rolf Wenderoth, Fernando Lauriani y Basclay Zapata, sobre todo.

El oficio mediante el cual se remitió el cadáver de Ignacio al Instituto Médico Legal estaba firmado por el teniente coronel Hernán Marchant Ulloa, personaje que no existía. El documento era, por tanto, falsificado. Eso dificultó el avance del juicio ordenado por la Corte Suprema al Cuarto Juzgado del Crimen de San Miguel, el cual se declaró incompetente, de modo que el juicio pasó a la Justicia Militar. La Corte Marcial, integrada por dos ministros de la Corte Apelaciones de Santiago y tres militares, consideró que no habían antecedentes suficientes, y procedió a cerrar el sumario… El subsiguiente recurso de queja ante la Corte Suprema fracasó, porque ésta consideró que no existía «ni falta ni abuso demostrables» y procedió a archivar el expediente[6].

Claramente, los agentes de la DINA, con la complicidad del Ministerio del Interior, falsificaron los hechos y los documentos para que los más altos tribunales de justicia del país –con o sin su complicidad tácita– terminaran por (intentar) echar tierra y olvido sobre el crimen cometido.

Los padres y la hermana de Ignacio fallecieron poco tiempo después. Fue entonces su prima hermana, Rosa Reyes Ossa, quien, desde el año 2000, continuó las diligencias judiciales, las que, años después, tomó a su cargo el Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, Leopoldo Llanos. Finalmente, el 19 de agosto de 2014, dicho Ministro dictó sentencia, que, en lo sustancial, dice:

«La tercera víctima de homicidio calificado, Jaime Ignacio Ossa Galdames, profesor, 32 años de edad, fue detenido el 20 de octubre de 1975, junto a José Moya Raurich, desde su domicilio… por seis agentes de la DINA –cinco hombres y una mujer– quienes los sacaron de la casa, los introdujeron a una camioneta y los trasladaron a Villa Grimaldi, donde fueron interrogados y torturados, juntos y por separado. El 24 de octubre hubo en el recinto un movimiento inusual de agentes, porque Ossa Galdames se habría muerto por paro cardíaco a consecuencia de las torturas. La DINA, para ocultar su muerte, hizo creer a la opinión pública que Ossa Galdames había muerto atropellado al lanzarse a las ruedas de un vehículo… De acuerdo al informe de autopsia, la causa de muerte fue un traumatismo abdómino vertebral»[7].

Las condenas fueron desde los 5 años de presidio (Rolf Wenderoth y Fernando Lauriani); a 10 años (Manuel Contreras); a 15 años (Basclay Zapata), y a 20 años (Miguel Krassnoff).

II

Ignacio Ossa Galdames nació el 2 de octubre de 1943. Su padre fue un trabajador de origen popular, simpatizante del gobierno de Allende. Su madre, que era menos preocupada de la política, tenía un formación cristiana que, al principio, influyó de algún modo en la formación cultural de sus hijos. El hermano mayor, Manuel, se incorporó a la FACH y no tuvo mayor relación con sus hermanos menores. Su hermana Guadalupe (le decían Lupe), era cinco años menor que él. El tío de Ignacio (padre de Rosa Reyes Ossa) era también un hombre de izquierda, partidario del Partido Socialista. De este modo, ambas familias mantuvieron un contacto estrecho entre sí, por razones de parentesco, y también de afinidad política.

Fue así que Ignacio creció y se desarrolló rodeado del afecto y la amistad de sus padres, de su hermana menor, de su tío y de sus primas. Tuvo, por tanto, una experiencia básica, fundamental, de afecto, solidaridad y camaradería. No es extraño que su carácter fuera alegre, sociable, extravertido y afectuoso:

«Yo lo vi siempre bien, con ánimo, con ganas de hacer cosas. Era entusiasta, nunca lo vi deprimido o bajoneado. Siempre estaba alegre, jovial, bueno para conversar, para echar la talla, para hacerle cariño a mi mamá, le hacía bromas a mi hermana, a mí, siempre. Era muy afable…» (Rosa Reyes Ossa).

«Era alto, macizo como un roble, moreno, cara redonda, pelo negro un poco ondulado, bueno para reírse, tenía muy buen humor, afectuoso, tremendamente amistoso, responsable y un revolucionario que dio todo por lo que soñaba» (Héctor Vásquez).

Inicialmente, desarrolló simpatías por la Izquierda Cristiana, probablemente influido por su madre y/o el colegio donde estudió. Más tarde, a mediados de los años sesenta, estando ya en la Universidad Católica, se incorporó a las filas del MIR. Todo indica que su militancia la orientó, al principio, a trabajar con estudiantes, tanto secundarios (fue profesor del Liceo Nocturno Juan Bosco) como universitarios. No hay duda que tenía una relación altamente fluida con la juventud en general (se sentía muy cómodo haciendo vida de campamento con la militancia joven, o en los trabajos de verano).

«Yo lo conocí a mediados o fines del año 1971, cuando la dirigencia del MIR, molesta por mis observaciones críticas, me trasladó del GPM-2 (que operaba en las poblaciones del sur de Santiago), primero a la estructura de la Universidad de Chile (que era muy poco orgánica), y de ahí a la de la Universidad Católica. En ésta me encontré con una militancia estudiantil bastante numerosa y bien organizada. También había un grupo significativo de profesores y trabajadores de la Universidad que simpatizaban con el MIR, pero que no estaban nucleados. Los había en el Instituto de Letras, en las escuelas de Psicología, Trabajo Social, Educación, Sociología, Historia, Teología, en el CIDU (Centro de Investigación de Desarrollo Urbano), etc. Logramos constituir una unidad de profesores, formada por "militantes" (no aspirantes o simpatizantes), pequeña, pero bien afiatada. Allí conocí a Ignacio Ossa. De inmediato coincidimos en orientar el trabajo del partido en base a la acción académico-política que pudiera desplegar

el personal estable de la Universidad (profesores y trabajadores) en relación a un proyecto de universidad renovada y popular, de largo plazo. Nos pareció que el movimiento estudiantil revolucionario era más transitorio y "agitativo" que otra cosa, y se proyectaba más hacia fuera que hacia adentro de la Universidad. Fue en ese contexto que el grupo de literatos en que estaba inserto Ignacio (que incluía a Carlos Droguett, Premio Nacional de Literatura, y varios profesores y ayudantes del Instituto) se constituyó para desarrollar el teatro, la literatura y la poesía "comprometidas" con el proceso de cambios que estaba ocurriendo en Chile. Fue durante esas conversaciones que Ignacio me dijo un día que él sería como el poeta y dramaturgo de la revolución, y que yo debía ser su historiador… Fue entre broma y serio, pero, en el fondo, era un compromiso. Sin embargo, poco después de ocurrir el golpe militar, la nueva rectoría de la Universidad Católica inició una política de exoneraciones de académicos. Y a mí me expulsaron de la Universidad a fines de octubre de 1973. Eso desarticuló y dispersó la unidad de académicos del MIR. Con todo, con Ignacio y otros militantes nos seguimos viendo como amigos, sobre todo, porque la estructura nuestra nunca intentó adoptar las reglas rígidas de la clandestinidad… Poco después, fui cooptado por la Comisión Política para trabajar como analista y redactor de informes políticos, quedando yo, a partir de entonces, en conexión directa con quien sería mi jefe: Nelson Gutiérrez. Naturalmente, yo le informé de todo lo ocurrido en la Universidad Católica, de la unidad formada por literatos, del arresto domiciliario en que estuve con mi familia en mayo de 1975, y de otras unidades que, junto con mi compañera, manteníamos conectadas a nosotros (debido a que habían caído sus jefaturas). En un momento dado, mi jefe me pidió un contacto directo con Ignacio, yo se lo di, pero nunca supe qué se derivó de ese contacto… hasta el día en que Ignacio llegó a Villa Grimaldi… El acuerdo con Ignacio era que él iba a continuar el trabajo político-cultural de su unidad, en línea con el proceso revolucionario, pero sin conexión orgánica con el partido» (Testimoniante 20).

Después del golpe militar y de la exoneración de académicos, Ignacio Ossa se concentró en el trabajo político-cultural en que se había comprometido desde antes de 1973. En concordancia con eso, grabó, a comienzos de 1975, una cinta magnetofónica de una larga y reflexiva entrevista que le hizo a su amigo Carlos Droguett (una pieza única, de gran valor para la historia literaria); al mismo tiempo inició, a mediados de ese mismo año, la redacción de una obra de teatro y, además, la organización de un concurso literario de obras (clandestinas) de

resistencia anti-dictatorial.

Ángel Sanhueza tenía 17 años cuando quedó descolgado de las estructuras del MIR, al cual pertenecía. De algún modo, Carlos Droguett lo conocía, y no dudó de ponerlo en contacto con Ignacio. Esto ocurría a comienzos de 1975. El profesor Ossa le dijo que trabajara con él en la recopilación y edición de los testimonios entregados por los familiares de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, para que Droguett los sacara al extranjero (estaba preparando su salida del país), y para que el MIR tuviera una copia de ellos. Luego le pidió que le ayudara en la organización del certamen sobre «literatura de la resistencia», cuya carta de presentación la iba a redactar, precisamente, el propio Carlos Droguett. El evento se iba a realizar en el mes de octubre. La «carta presentación», efectivamente, enviada desde Suiza, llegó en el mes de septiembre. Según Ángel Sanhueza, él no sabía cuál era la inserción orgánica de Ignacio en el partido, pero sí sabía que estaba siempre muy bien informado de las políticas del MIR. Recuerda incluso que para el 18 de septiembre de ese año lo invitó a pasar las fiestas en su casa, pasando por encima de las reglas de seguridad…

Ángel Sanhueza trabajó con Ignacio Ossa, según confiesa, poco más de 5 meses (de modo que deben haberse conectado en marzo o abril). No fue afectado por la caída de Ignacio, pero mantiene de él un imborrable recuerdo, hasta el día de hoy. Dice que cayó detenido en 1978, y estuvo 10 años preso

8.

Ciertamente, Ignacio Ossa fue cooptado a mediados de 1975 por Nelson Gutiérrez, para que operara como enlace de la Dirección Nacional del MIR y, en particular, de Miguel Moya Raurich. Sin duda, al saber que era un catedrático de la Universidad Católica, relativamente mayor (32 años), la Comisión Política decidió aprovechar esos rasgos para utilizarlo de un modo distinto a lo que estaba haciendo en su grupo literario… La información de esos rasgos le llegó, sin duda, a través de los informes que Gabriel le hizo llegar a través de su enlace directo, informes que quedaron archivados en la casa de la parcela de Malloco que ocupaban los dirigentes máximos del MIR, donde vivían juntos… Ese archivo, probablemente completo, llegó a manos a Miguel Krassnoff entre el 15 y el 18 de octubre de 1975, después que la DINA tomó por asalto la dicha parcela (donde murió Dagoberto Pérez, miembro de la Comisión Política). Gabriel fue detenido el día 17, un día y medio después del llamado «combate de

Malloco». La noche del 18 al 19, Kranssnoff lo convocó a su oficina, donde le leyó personalmente varios trozos de las cartas que le había enviado a Nelson Gutiérrez…

Era un hecho rotundo que todo el sistema de comunicaciones y enlaces de la Dirección Nacional del MIR había sido dañado e infiltrado. Y en este caso, de nuevo, ocurrió así. El militante Hugo Urrastarazu Silva estaba, en 1975, en Francia, donde actuaba como agente externo de la Dirección del MIR. En octubre de ese año, él –según declaró– le entregó $ US 100.000 a Sergio Ruiz Lazo, quien, a su vez, se los entregó en Santiago a Ignacio Ossa, quien debía entregárselos a Miguel Moya Raurich («Adrián») para que éste, finalmente, los hiciera llegar a la Comisión Política (tal vez, a Nelson Gutiérrez). De algún modo, la cadena filtró información, puesto que la DINA llegó a la casa de Ignacio a buscar directamente a «Adrián». Se trataba, al parecer, del rotulado «correo de Normandía», sobre el cual interrogaron largamente a Gabriel (quien, si bien conocía a Ignacio, no tenía ningún conocimiento de ese correo)… Por su parte, Sergio Ruiz Lazo, también militante del MIR, se vino a Chile más tarde en la Operación Retorno, pero, en el camino, desapareció… y hasta el día de hoy, no se sabe nada de él. Hugo Urrastarazu vive actualmente en Toulouse, Francia[9].

La penetración erosiva de la DINA en las estructuras del MIR, en 1975, acosaba a la Comisión Política desde distintos ángulos, entradas y filtraciones.

Ignacio Ossa Galdames fue cogido, pues, en ese fuego cruzado…

III

Ignacio se había graduado en la Universidad Católica en 1968, y ya al año siguiente era profesor del Instituto de Letras. Allí dictó cursos sobre Ciencias Fónicas y de Teatro Chileno e Hispanoamericano. Naturalmente, pasó a formar parte del Taller de Escritores de la Universidad.

En 1968 publicó un estudio sobre Efraín Barquero, a través de sus obras principales. En 1971 publicó otro acerca del «hombre y el artista» en la obra de Antonio Skármeta. En 1975 publicó el prólogo y las Notas Bibliográficas de la nueva edición del libro de Daniel Barros Grez, titulado Como en Santiago

(Santiago, Editorial Nascimento). Al mismo tiempo, publicó varias poesías en revistas universitarias. Sin embargo, su interés mayor estaba en el teatro. Pensaba escribir, en ese ámbito, obras mayores, y de hecho, después del golpe militar, comenzó a bosquejar una gran pieza de teatro. Algunos de esos papeles se los mostró al autor de estas líneas.

Con todo, su trabajo más emblemático, tal vez, fue la entrevista que realizó con Carlos Droguett el 5 de julio de 1975. La cinta magnetofónica en que se grabó esta entrevista no tuvo un uso inmediato, y luego se precipitaron los acontecimientos. De modo que fue pasando de mano en mano, hasta que llegó a poder de Roberto Contreras, quien no sólo la escuchó, sino que la transcribió y luego la publicó en 2009, junto a otros trabajos de Carlos Droguett:

«La conversación clandestina entre Ignacio Ossa y Carlos Droguett se produjo (fue grabada) en julio de 1975. La cinta original traspasó los años de mano en mano y fue entregada a Roberto Contreras, quien se dio a la labor de transcribirla y editarla para esta publicación… "Dos días atrás –dicen los dialogantes– hemos acordado hacer la grabación de una de las tantas conversaciones sostenidas durante estos meses… ¿Qué haremos?... Grabar lo que salga, y hablaremos sobre política, sobre literatura y sobre la situación actual del país"… El prólogo del libro (demorado más de treinta años) es una necesaria puesta al día de las voces del pasado, la de un escritor que murió lejos de nuestra tierra, y la de un artista torturado que murió en tiempos de dictadura. Más que eso: es la presentación de una estética setentera que tenía en la ética, y no en la estilística, el centro de la vocación de los artistas, en particular de los escritores. Un estética que se indigna con la carencia de dignidad y que se resiste a la resignación»

[10]

Es extraordinariamente lamentable que Ignacio no haya podido desplegar todo su talento dramático-literario, dar salida a su gran sensibilidad humana, a su energía vital y a la indudable solidaridad que emanaban de todos sus actos. El tiempo que le tocó vivir como profesional (artista): 1968-1975, no era el mejor para desplegar la creatividad literaria. El tiempo histórico era urgente, invasor, y

el compromiso político obligaba a militar durante la mayor parte del día. La opción ética que surgía de la conciencia histórica y del compromiso político necesitaba, sin duda, tiempo propio, para manifestarse en el arte y, sobre todo, en la dramaturgia. Pero ese tiempo creativo competía con el tiempo político y con el tiempo de la vida misma (que tan bien sabía aprovechar Ignacio cuando se daba la ocasión). La estética literaria que se proponía desarrollar en su obra, sustentada en una ética social y política (no en una mera tendencia estilística) necesitaba, a su vez, autenticidad, coherencia y consecuencia de parte del mismo autor. Y por tanto, necesitaba praxis social, política y vida plena. E Ignacio, sin duda, realizó toda esa praxis: derrochó solidaridad y camaradería, optó por quedarse en el país para militar (habiendo tenido la doble opción de haberse ido a la Universidad Patricio Lumumba, de Moscú, o a la Universidad Autónoma, de México), y disfrutó de la vida cada vez que se presentó la oportunidad.

«En verdad, con Ignacio desarrollamos una amistad profunda, pese al poco tiempo en que estuvimos relacionados. Al punto que construimos un compromiso político social-intelectual mutuo, al margen de la militancia común en el partido. Por tanto, él fue en numerosas oportunidades a mi casa (ubicada cerca del cruce Bilbao-Tobalaba, a no mucha distancia del Campus Oriente de la Universidad Católica), para conversar, hacer reuniones, o tomar una copa de buen vino. Tengo absolutamente presente en mi memoria la noche del 31 de enero de 1975… Era el día de mi cumpleaños, y en esa oportunidad mi compañera preparó un gran pato asado. Invitamos esa vez, exclusivamente, a compañeros militantes del MIR: de la Universidad Católica, de la Universidad de Chile, de la población La Bandera, del SUTE, etc. En todo caso, no fuimos más de 10 personas las que nos sentamos a la mesa. Todos comulgando en nuestras normas de amistad y camaradería, ajenos y críticos a las rígidas normas de seguridad del partido... Fue una reunión animadísima, alegre, respetuosa y plena de camaradería. El rey de la noche fue, sin duda, Ignacio, por su conversación, su humor, sus "tallas", etc… Como era de esperar, el pato, hacia el final, quedó convertido en un armazón de huesos, todos casi desnudos... Y fue ése el momento cuando Ignacio exigió el derecho a que él, y sólo él, debía tomar la carcasa ósea del pato y chupar rigurosamente todos sus huesos… Aún lo veo: sentado al final de la mesa, sosteniendo a dos manos la carcasa frente a su boca, sus ojos brillantes, sus labios sonrientes, mientras daba cuenta de todo el armazón… El resto de la mesa le hacíamos coro, lo animábamos a terminar la empresa en que estaba empeñado y le dedicábamos una y otra vez el fondo de

nuestras copas… Era una encarnación perfecta de vida, camaradería y sentido escénico, que uno no podía sino admirar, sobre todo si de quien se trataba era un revolucionario entregado por entero a la causa... Fue y es una imagen, para mí, inolvidable… Era como siempre entendimos ambos nuestro compromiso político: lleno de vida, amistad y alegría de vivir… El epílogo dramático de esa escena fue que al menos cuatro de los que estuvimos allí, caímos después, por un conducto o por otro, en las garras de la DINA, siendo, uno de nosotros, asesinado. Lamentablemente, él»… (Testimoniante 20).

Para su prima hermana, Rosa Reyes Ossa, el «Nacho» era un hombre muy querido, pues era muy cercano a la familia de ella. En verdad, la familia directa de Ignacio y la de su prima Rosa eran familias gemelas, unidas no sólo por lazos de sangre, sino, además, por la enorme solidaridad que implica compartir valores ético-políticos. Por eso el «Nacho» utilizaba ambas casas como red de apoyo, no sólo afectivo, sino también para sus actividades políticas. La casa de su prima la usó muchas veces para reuniones y como casa buzón. Lo mismo la de sus padres (el mismo «Adrián» fue alojado allí durante al menos una semana). Por eso, cuando poco tiempo después de la muerte de Ignacio su padre se enfermó (cáncer a la próstata) y, lleno de pena, falleció, y luego su madre, y luego su hermana, la lucha solidaria por la verdad y la justicia por la muerte de Ignacio la retomó, desde el año 2000, su prima Rosa. La familia directa de Ignacio desapareció, pero los lazos de afecto y solidaridad con la familia de su prima permanecen, por el contrario, vivos hasta el día hoy…

Por todo eso, ella conserva también imágenes nítidas de su primo Ignacio: «andaba siempre bromeando, echando tallas por cualquier cosa; también le gustaba la buena mesa: mi mamá lo esperaba siempre con algo especial cuando sabía que iba a ir a la casa, sobre todo con sopaipillas… le encantaban las sopaipillas pasadas, y se fascinaba cuando se encontraba con ellas en el comedor».

En el fondo de sí mismo, sin embargo, Ignacio era, sobre todo, un escritor. Un poeta, un literato, o un dramaturgo. Y en la intimidad de su pieza, ordenaba todo con la sencillez y simplicidad de quien se dedica, fundamentalmente, a escribir. Y a leer. Un espacio humano estrictamente literario. Rosa hizo una descripción de su alcoba, tal como lo hubiera hecho, tal vez, un pintor impresionista de fines del siglo XIX:

«Tenía una cama y un escritorio… Me acuerdo que tenía una máquina de escribir de esas antiguas, de ésas que tú hacías sonar las teclas… Y tenía un velador aquí, una repisa con libros y discos por allá. Tenía muchos libros, en realidad, y algunos adornos. Me acuerdo que tenía unas piedras que provenían de la isla de Pascua. Era una cama simple, sencilla, de una plaza. Un asiento, y un velador»…

Juan Hernández Zazpe

I

Éramos una familia de 12 hermanos. La hermana mayor es mujer, después venía Juan, después yo y después la Patricia. La patota de los grandes, por tanto, estaba compuesta por Juan –el único hombre– y tres mujeres…

Después venían dos hombres y dos mujeres, que eran los chicos, y después venían dos hombres y dos mujeres más, que eran los más chicos. En total, éramos siete mujeres y cinco hombres.

Mi papá –tenía un taller de estructuras metálicas y construía puentes con una firma especializada– nunca usó preservativo, decía que tenían que venir todos los hijos que Dios le diera. Era allendista, aunque no pertenecía a ningún partido político. Era una especie de cristiano-allendista. Todos éramos bautizados, de primera comunión y todo eso, pero él era allendista. La casa tenía hacia fuera un muro de madera, y alguien pintó el típico símbolo de Allende, y mi papá nunca lo quiso borrar. Así que nuestra casa estuvo todo el tiempo marcada… Mi mamá era la típica dueña de casa, se preocupaba de todo. Estaba siempre haciendo miles de cosas: lavando, limpiando, tejiendo,

planchando… calcula, si éramos tantos. Mi mamá no tenía predilecciones políticas por sí misma, era allendista porque lo decía mi papá. Y ella no se involucraba en ninguna cosa política. Incluso apenas se inscribió en 1964 en el Registro Electoral, precisamente para votar por Allende… Ella era la típica mujer machista, y apapachó más, por supuesto, a los hijos hombres, pero yo creo que Juan era el gran regalón de mi mamá…

Vivíamos en una casa súper grande, que construyó mi papá. Tiene 6 dormitorios, tres baños, living comedor, sala de estar… Tiene patio atrás, a los costados y antejardín. Para nosotros era una verdadera plaza, donde jugábamos sin parar, y de todo. Tuvimos, sin duda, una infancia feliz. Y como la casa era súper grande, todos los amigos y compañeros llegaban allí. En mi casa se compraba todo por quintal, se hacía pan amasado todos los días. Así que, si había para tres, alcanzaba para cuatro, y si había para cuatro, alcanzaba para cinco… Celebrábamos todos los cumpleaños… hasta el día de hoy nos juntamos todos. Y todos van, y todos se llevan súper bien. Y hay ahora una relación de tíos y sobrinos muy cercana… Para nosotros, la familia está primero… de todos los hermanos que están casados, ninguno está separado. No hay conflicto familiar. Hay una cosa así de grupo-familia, redondito…

No hay duda que, en una red familiar tan extensa y unida como la que Testimoniante 19 describe, es casi imposible no tener, entre los fundamentos de la vida, una potente experiencia de afecto, fraternidad, solidaridad. Tanto más, si esa experiencia se tuvo en el contexto de una opción valórica y política orientada, a través de la figura carismática de Salvador Allende, hacia una visión social del socialismo (valga la redundancia). Sobre tal fundamento, era altamente probable que alguno de esos 12 niños encarnara esa experiencia y esos valores en una síntesis pura, elevada, casi mística. Al parecer, eso fue lo que ocurrió con Juan, el mayor de los hermanos hombres, hijo predilecto de la madre y líder natural de sus diez hermanos menores.

Juan y yo éramos yunta total...

Nosotros imitábamos lo que hacía Juan…

Él era súper maduro para su edad. Era apenas un año mayor que yo, pero me llevaba varios años-luz en madurez. Iba al colegio del Buen Pastor (hoy es el San Marcos), y nosotras al San Juan Bautista. Y Juan nos iba a buscar a nosotras tres al colegio, iba a veces con otros compañeros y todos jugábamos a las bolitas. Ni mi papá ni mi mamá tenían que preocuparse de irnos a buscar o a dejar al colegio… Desde niño lo hicieron responsable de nosotras y de muchas otras cosas, así que asumió muy en serio la responsabilidad de ser hermano mayor. Era defensor de mi mamá, en el sentido de que si nos portábamos mal, él nos decía que debíamos ayudarla, porque ella estaba siempre muy ocupada… Y tenía también muy buenas relaciones con mi padre. Si yo tenía un problema en el colegio, él actuaba como mi apoderado. Él mismo iba a veces a las reuniones de apoderados, muy serio. A nosotras nos daban permiso para ir a las fiestas siempre y cuando fuéramos acompañadas por Juan. De repente, él se hacía como que iba con nosotras, nos iba a dejar, se iba a dormir a la casa, y después nos volvía a buscar…

¿Cómo podía tener tanta madurez?

Así era mi hermano. Con él yo iba a todas partes. Cuando fue la graduación de Cuarto Medio, yo fui con él, no con un amigo o un pololo. En 1972 fuimos al matrimonio de una de las amigas de la Universidad, y yo fui con él. Y ahí nos sacamos una foto. Y fue la última foto que tuve con él… Yo viví todo con él... Tenía como una gran sensibilidad social y fraternal, como que fuera cristiano. Pero, aparte de la primera comunión, no tuvo después ninguna relación con la Iglesia Católica. Mi mamá era de familia de curas, el padrino de Juan –tío de mi mamá– era cura. Pero no había mayor relación con él en cuanto a cura. Nosotros perdimos el «ser católico»… Mi mamá contaba que en ese tiempo siempre pasaba gente a pedir cosas, y ella les daba botellas. Al ver eso, Juan como que retaba a mi mamá, y le decía: «cómo da botellas vacías, debería dar botellas llenas con aceite o con bebidas»… Tenía ese tipo de cosas…

II

En el colegio del Buen Pastor, Juan tuvo dificultades, porque lo trataban de «comunista». Que su papá también era «comunista». Pero ni el papá ni Juan lo eran, ni siquiera simpatizantes. Al final, lo echaron del colegio, y le dijeron que los que tenían filiación comunista no eran idóneos para estar en un colegio católico. Tenía sólo 13 años, y estaba en primero de Humanidades. Entonces se inscribió en una Escuela Industrial. Allí fue Presidente de Curso, lo que lo llevó al Centro de Alumnos. Y en cada actividad general del colegio (bingos, kermeses) él era el organizador principal y el animador del evento. Allí fue plasmando condiciones de líder social. Fogueado de esa manera, entre 1968 y 1969, se incorporó a las Juventudes Socialistas. Y más tarde fue elegido Presidente de la Federación de Estudiantes de las Escuelas Industriales…

Mi hermano se fue a un colegio industrial porque mi papá era jefe de obra y trabajaba en una empresa de Eduardo Paredes. Mi papá, con esa empresa, construía puentes en distintos lugares y regiones y a él le gustaba llevar a Juan… Además, un tío era profesor y director de la escuela industrial donde se inscribió. En ese tiempo hubo muchas tomas de recintos escolares, y a Juan le correspondió organizar y dirigir, junto a otros compañeros, varios de esas tomas. Mi papá nos mandaba a llevarles comida. Y en esa escuela las tomas eran una tasa de leche: todos leían o escuchaban música… En 1970 se hicieron elecciones generales y Juan fue electo presidente nacional de los estudiantes industriales y técnicos. Ahí tuvo que comenzar a viajar a distintas regiones, para las asambleas generales. Al mismo tiempo fue dirigente comunal de la Juventud Socialista. En esos años, Juan estaba en la FEITE (Federación de Estudiantes Industriales y Técnicos), Camilo Escalona en la FESES y Ricardo Núñez en la USACH. Todo ese lote fue en 1973 al Festival de las Juventudes en Alemania. También fue Guillermo Yungue y Gladys Marín. Mi hermano era de ese lote…

Juan, por tanto, a su gran experiencia de fraternidad familiar, sumó casi de inmediato la enorme experiencia de fraternidad estudiantil típica de la segunda mitad de los años sesenta. Su personalidad ganó en energía y visión, llegando a

convertirse en uno de los líderes nacionales reconocidos de las juventudes de izquierda. Se incorporó de lleno por tanto a las campañas electorales y al apoyo popular a las políticas de reforma de la Unidad Popular. A todas esas actividades solía llevar a sus hermanos, grandes y chicos. La casa de los Hernández, por lo tanto, en el período de auge de Salvador Allende (1970-1971), se convirtió en centro de propaganda y en un centro de acopio de recursos.

Juan comprometía a los hermanos chicos (que tenían 12 o 13 años) a realizar trabajos de apoyo, y por lo común, ellos se fascinaban cuando tenían que operar de «loros», o sea, ver si merodeaban los pacos en torno a nuestra casa… Ese tipo de trabajo se continuó realizando después, durante los años 71 y 72… Estaba tan absorto todo el tiempo en esas actividades, que casi no pololeaba… La última polola que tuvo fue una niña chilena que vivía en Mendoza, la Sandra. Allí tuvieron una relación cuando él tenía ya como 24 años, pero no tuvieron hijos ni se casaron. Juan era todo política. En Chile también tuvo sus pololas, y con ellas era muy cariñoso y responsable. Él pololeaba en serio. Siempre era como muy serio. Pero la verdad es que tenía poco tiempo para ellas, porque estaba siempre rodeado de amigos y camaradas. Los jóvenes que venían de provincia para los congresos o las asambleas, por ejemplo, siempre llegaban a nuestra casa. Como la casa era grande, todos llegaban. Había compañeros, incluso, que vivían en la casa. Mi papá y mi mamá aguantaban todo. Es que ellos, lo mismo que Juan, eran siempre súper solidarios con toda la gente. En sus pocos tiempos libres jugaba fútbol, era arquero, leía revistas, juntaba estampillas y tocaba la guitarra. Le gustaba tocar el tema «morir un poco»… Cuando hoy escuchamos ese tema, nos ponemos a llorar…

Cuando se produjo el golpe militar, a mi papá se le vino el mundo abajo. Como él era sobre todo allendista, dijo: «no, hasta aquí no más llego». Luego se enfermó, le vino un cuadro de asma bronquial severo. Al segundo o tercer día del golpe de Estado tuvimos que llevarlo al Hospital del Tórax, y ahí quedó hospitalizado. En esos mismos días nos allanaron la casa, y fue una suerte que ni mi papá ni mi hermano Juan estuvieran en ese momento allí, de lo contrario, se los habrían llevado. Mi hermano estaba, sin duda, en peligro, por ser un reconocido dirigente estudiantil socialista. Nosotros le decíamos que debía asilarse, pero como papá estaba enfermo, Juan no quiso salir. No quería que le

ocurriera lo que a muchos compañeros que salieron, el padre se murió entremedio y ellos no pudieron verlo… Pero en junio de 1975 cayó toda la dirección clandestina del Partido Socialista. Yo creo que allí los compañeros le dijeron a Juan que, o se iba del país, o caía detenido en manos de la DINA… Esta vez sí se fue a Argentina. Desde allí nos enviaba cartas a todos y cada uno de los hermanos. Allí nos hablaba, a veces, de la Coordinadora Nacional de Regionales y de otras situaciones del partido. Nos dijo en una de ellas que él admiraba – el único dirigente a quien admiraba– era a Carlos Lorca… Juan era de los puntudos dentro del partido, y hacía trabajos, a menudo, en conjunto con el MIR… Nosotras íbamos a las reuniones de las juventudes socialistas y del centro de alumnas, pero nunca estuvimos tan metidas como él en la cosa política. Yo iba muchas veces a esas reuniones porque andaba con él… En diciembre de 1975 vino a Chile por sorpresa, entre Pascua y Año Nuevo. Nosotras absolutamente felices. Traía regalos para todos…

III

Juan les dijo que volvería el 27 de marzo, para el aniversario de matrimonio de sus padres, porque era una fecha importante para toda la familia. Pero antes de esa fecha llegó la DINA a la casa preguntando por él. Claramente, habían detectado su salida a Mendoza, Argentina… Ante eso, su hermana Flor lo llamó por teléfono y le dijo que no viniera en marzo, porque lo estaban buscando. Juan, sin alarmarse, inquirió: «¿por quién más preguntaron?»… Flor respondió: «solamente por ti»…

Durante ese mismo período, se produjo el golpe militar en Argentina, y esto cambió completamente la situación allí. Todo se complicó y el peligro rondó por todas partes. Dándose cuenta de eso, Flor decidió ir ella misma a Mendoza, para hablar con él. Tenía la dirección de la casa donde vivía. Pero no lo encontró. Tampoco pudo comunicarse con Sandra, su compañera. Se encontró, sin embargo, con un amigo que vivía con Juan, quien le informó que lo habían detenido dos días antes... Demudada, Flor volvió inmediatamente a Santiago, pero no quiso contarles la verdad a sus padres. Ella sabía desde antes que la situación se había vuelto altamente peligrosa en Argentina, porque Juan le había escrito que la policía estaba «hueviando» mucho a los chilenos. Posteriormente,

esa misma policía negó absolutamente que Juan hubiera vivido en Argentina…

Flor y sus hermanos debieron moverse en Argentina y Chile para averiguar qué le había ocurrido a Juan después de su detención. En Argentina, su hermana Flor tuvo que mostrar todo el paquete de cartas enviadas por su hermano, todas selladas y timbradas en la República Argentina, para probar que él vivió allá. En una de esas cartas –que a ella la impactó profundamente– Juan le decía que, en su condición de profesora, ella debía enseñar a los niños, por sobre todo, a ser solidarios con toda la gente, que ése era el valor central de la educación…

Todas esas cartas las presentamos al tribunal como prueba… Mi padre murió ese mismo año, 1976, profundamente apenado por la desaparición de Juan… Todo eso fue terrible… Supimos que fueron varios los jóvenes que, en muy mal estado, los trajeron de Argentina a Chile. Hay varios testimonios al respecto. Algunos de ellos señalan que los tenía el Ejército de Chile, en un campo ubicado en Peñalolén. En unan lista aparecieron como que los habían tirado al mar… Pero también hay testimonios de compañeros que vieron a Juan, entre abril o mayo de 1976, en el centro de torturas de Villa Grimaldi… Juan no era, pese a su pensamiento radical, hombre de armas… Era humanista total… (Testimoniante 19)

Juan Carlos Perelman

I

Soy el hermano menor de Juan Carlos Perelman. Él era cinco años mayor que yo, y tres años menor que el que venía más arriba. Nuestra familia se componía de 5 hermanos hombres… Y yo era muy apegado a él, porque, además, habíamos dormido siempre en la misma pieza, así que nos tocó crecer más o menos juntos. Íbamos también al mismo colegio. Cuando éramos niños, cinco años de diferencia era mucha distancia, y recuerdo que al principio yo trotaba tras de él cuando íbamos a clases… Él fue siempre afable y muy cercano

conmigo, nunca tuvimos una relación de competencia, lo que no ocurría entre los hermanos mayores… Y como era muy casero –no era un hombre de mucho salir– se producían momentos de cercanía y conversación. Tenía muy pocos, pero muy buenos amigos…

Mi padre nació en Rusia, es judío ruso y llegó a Chile cuando era un niño pequeño. Mi mamá era de origen alemán, del sur. Así que todo lo europeo constituía un ambiente normal en nuestra casa. Por eso, se hablaba mucho de historia, se estaba al día en los sucesos del Viejo Continente y todos leíamos mucho. Mis dos padres eran muy sociables, siempre recibían gente en la casa, y los dos eran amantes de la música. Habían dos pianos, y siempre sonaba mucha música. El clima casero era, por eso, muy motivador en términos intelectuales. Vivíamos en una casa grande, ubicada en la calle Antonio Varas, que tenía jardín, perros y gallinas… Mi padre era arquitecto y profesor universitario, y mi madre fue de las primeras mujeres que estudió en la Universidad de Concepción. Naturalmente, la política para ellos era algo conocido y algo importante, pero no militaban en ningún partido político. Estaban bastante cerca del Partido Comunista, pero no eran militantes. En todo caso, podría decir que mi familia era de Izquierda, y desde siempre. Por eso, en la casa, la política era tema cotidiano, hablábamos mucho de lo que estaba ocurriendo. Mis hermanos mayores había estado muy activos durante los años cincuenta, incluso uno de ellos recibió un sablazo en los sucesos del 2 de abril de 1957, estuvo preso y tuvieron que sacarlo a la mala…

Mi hermano Juan Carlos se fue a estudiar Ingeniería Química a la Universidad de Concepción, donde nosotros teníamos parientes. Casi de inmediato, él entró en los circuitos políticos de los estudiantes. Y junto con algunos compañeros, fundó el grupo que denominaron GRAMMA, al cual le dieron una línea política avanzada dentro de la Izquierda Revolucionaria, muy similar a la del MIR, pero en paralelo a éste. Entiendo que Luciano Cruz formó parte, inicialmente, de ese grupo. Y eso no es de extrañarse, porque en mi casa había una gran simpatía por la Revolución Cubana y por el Che Guevara. Mi casa era, poco menos, que una sucursal de la sierra cubana. Estábamos poco menos que viviendo en Cuba. Mi padre, tal vez, estaba un poco menos entusiasmado: por esa época viajó a la Unión Soviética por primera vez, y llegó de allá muy entusiasmado. Mi

hermano, en cambio, mientras estaba en Concepción, salió también del país… pero en un viaje semi-clandestino, a Cuba, que lo disfrazó de viaje a Uruguay… De hecho, Juan Carlos y yo estábamos fascinados, no sólo con la revolución cubana en sí, sino también con su música, la poesía de Nicolás Guillén, etc. Los hermanos mayores no compartían del todo nuestro entusiasmo. Es que, para nosotros, fue una fantasía con rasgos juveniles puros, casi infantiles. Por eso, para Juan Carlos y para mí, el Partido Comunista estaba muy lejos de lo que realmente Cuba significaba para nosotros… Mi hermano, por tanto, terminó involucrándose profundamente con esas ideas, sobre todo después que entró a militar directamente al MIR. Yo, aunque seguí sus pasos uno a uno, fui como más frívolo, si se quiere, porque era entre hippie y revolucionario. Él jamás fumó un pito, yo, sí… Él, sin embargo, no tenía ningún problema con el hipismo y con todo eso, pero él no estaba en ese universo. Nunca escuchó, tampoco, música tipo rock and roll. Pero sí entendía el rol del arte en el proceso revolucionario, y dentro de eso, mi vocación por el cine. Y apoyó que un grupo de cineastas ingresáramos al MIR… En todo caso, él no estaba muy interesado en el movimiento estudiantil como tal, porque a él le parecía que lo central en la acción política tenía que estar directamente conectada con la organización obrera y con los grupos de base. Estaba preocupado por ensanchar las bases del MIR, más hacia la clase popular que hacia el mundo estudiantil y universitario…

Después del golpe militar Juan Carlos se puso a trabajar en el Comité Pro Paz, y ahí realizó una pega que yo no sé describir. Iba todos los días y tenía una oficina. Eso le daba algún ingreso y transporte, pero era probablemente una fachada para moverse por Santiago haciendo también otras cosas. Sé que, dentro del partido, trabajó en la sección económica de El Rebelde, porque él, aparte de estudiar Ingeniería Química en Concepción, estudió Economía en la Escolatina de Santiago. Entiendo que desempeñando esas funciones llegó a formar parte del Comité Central del MIR. Esas tareas las hacía clandestinamente, pero él siguió viviendo en nuestra casa hasta el final, y tenía una linda relación con mi mamá. A ella la embarcó incluso en tareas de apoyo, como ayudista del MIR, cosa de la que nos vinimos a enterar después. Hubo períodos, sí, que armó casa o vivió en departamento con amigos o camaradas, pero volvía una y otra vez a su centro de vida: su casa. Vivía muy ocupado. Tuvo pololas, dentro y fuera del MIR, pero estaba tan concentrado en la actividad política que no andaba por ahí flirteando con las niñas, era como tímido con

ellas. Esto yo no lo entendía mucho, porque yo era muy enamoradizo y me gustaba mucho la vida social…

Como militante revolucionario, dominaba en él, muy notoriamente, el discurso sobre la injusticia social y económica. Tenía una gran preocupación por la cuestión social, tan visceral, tan profunda, que era casi de cura; por eso yo la asocio a una cosa cristiana... Él era cristiano, pero para nada religioso. Su vocación social le nacía del corazón, pero la alimentaba todo el tiempo con sus lecturas, aunque nosotros nunca tuvimos un contacto directo con la miseria, ni como familia ni en relación a la clase popular. Y como sentimiento, eso era en él muy profundo, de lo que derivaba una actitud muy metódica para realizar la revolución que eliminaaría las miserias de este mundo. Profesionalmente era bueno, él tuvo un trabajo, antes del golpe, en la CORFO, y después en MADECO, cuando fue intervenida. Pero lo central siempre fue su militancia, y desde ésta, y desde sus conocimientos de economía, desarrolló una crítica lapidaria sobre la Unidad Popular. Es que él siempre puso el acento en lo social, y trabajaba muy lealmente, por ejemplo, en lo que había que hacer en los cordones industriales y todo eso. Pensaba que era la gente la que debía radicalizar su acción, no el partido… Entre 1972 y 1973, intensificó mucho todas sus actividades. Tuvo responsabilidades nuevas, en la Radio Nacional, por ejemplo, y se puso cada vez más clandestino. Era evidente que llevaba una intensa vida paralela a la que hacía en público… Después del golpe, incluso armó un negocio de huevos, compró un furgón Citroen, arrendó un departamento… Todo indicaba que estaba armando una fachada para algo… Y estuvo viviendo con Gladys Díaz, que era de la Comisión Política. Él le daba la fachada a ella, porque aparecía como un economista, que era a la vez su marido. Nunca la trajo a la casa de sus padres, por razones, tal vez, de seguridad. Pero mis padres sabían perfectamente en lo que estaba, sin detalles, por supuesto, pero sabían… Mi madre lo quería mucho. Cuando Juan Carlos fue detenido, ella se hundió absolutamente en la depresión…

Creo que el hermano de la Lumi, o alguien así, cayó detenido, y este cabro entregó una dirección, un departamento que, según él, estaba vacío… Gladys y Juan Carlos tuvieron que dejar la casa donde estaban y se fueron al departamento que estaba vacío. No tenían otro lugar donde irse… Cayeron los

dos juntos, aunque no era mi hermano la presa principal que buscaban, sino ella. Los llevaron a Villa Grimaldi, y a los diez días lo sacan a él, para matarlo…

II

«Juan Carlos Perelman, soltero, ingeniero químico, militante del MIR, fue detenido el 20 de febrero de 1975 a las 10.30 de la mañana. El afectado y Gladys Díaz –su novia– se encontraban en el departamento de calle Bilbao 2911, el que ocupaban desde hacía sólo 15 días. A esa hora, ocho individuos vestidos de civil, armados con metralletas y pertenecientes a la DINA, se hicieron presentes en el domicilio. Preguntaron por él y exigieron la identificación al afectado y a Gladys Díaz, periodista, y también militante del MIR. Al enterarse los agentes de la presencia de Gladys Díaz –dijeron que ya la andaban buscando– hicieron subir al departamento a Lautaro Videla Moya, a quien traían detenido, el que les contó que a la persona que andaban buscando era Jaime Reyes (dueño del departamento y amigo de Gladys Díaz). Enseguida, los agentes procedieron a vendarles la vista, los sacaron del departamento, los subieron a un vehículo y los trasladaron hasta Villa Grimaldi, recinto secreto de reclusión y tortura de la DINA. En ese lugar el afectado permaneció hasta el 28 de febrero de 1975, fecha en que fue sacado con rumbo desconocido junto a otros detenidos, entre ellos a Carmen Díaz, Iván Montti, Alan Bruce, Jaime Vilches, Hugo Daniel Ríos, Jaime Vásquez y Manuel Cortez. Todos ellos permanecen en calidad de detenidos desaparecidos»

[11]

Durante su estadía en Villa Grimaldi, Juan Carlos fue visto por numerosos testigos. Entre ellos la propia Gladys Díaz, la que fue torturada junto a él: parrilla, golpes generalizados, inmersión en el agua, telefonazos, etc. Otra detenida, Patricia Zúñiga, declaró que ella los vio cuando los llevaban, para recluirlos, en los cajones que había en la Torre. El afectado fue visto también por Oscar Angulo, Amalia Negrón, Ingrid Sucarrat, Ricardo Froeden y otros detenidos. El padre de Juan Carlos aseveró también que, en el trámite de la

detención, los agentes de la DINA se llevaron el furgón Citroen AK, de propiedad de su hijo.

El 10 de marzo de ese mismo año, se interpuso un recurso de amparo ante la Corte de Apelaciones, pero, en tres oportunidades, el Ministro del Interior, general Raúl Benavides Escobar, informó que no existía ninguna orden de detención contra el afectado. Sólo en mérito de esos informes, la Corte rechazó el amparo… En abril se interpusieron nuevas denuncias, ahora ante el 6to. Juzgado del Crimen de Santiago. El juez respectivo se declaró incompetente… En el mes de julio, se informó en dos oportunidades que Juan Carlos había muerto en el extranjero. El 19 de julio de ese año, el cónsul de Chile en Buenos Aires informó a Patricio, hermano de la víctima, que se había encontrado el cadáver de Juan Carlos, parcialmente carbonizado, y con un balazo en la cabeza. Su cédula de identidad había aparecido cerca de su cadáver… Los familiares constataron luego que el cadáver no era de Juan Carlos, y que, además, el carnet de identidad estaba adulterado. A fines de ese mismo mes, el nombre de la víctima apareció en la lista de los 119 chilenos que habrían muerto como resultado de enfrentamientos entre ellos mismos… El 20 de noviembre de 1975, ante el peso de las declaraciones de testigos que habían visto a Juan Carlos en Villa Grimaldi, y ante consultas directas, la DINA aseguró formalmente que el campamento Villa Grimaldi «no existe en el país». El Ministro del Interior subrogante, Enrique Montero Max, el 6 de febrero de 1976, en oficio al Tribunal, aseguró que no existía ningún centro de detención llamado Villa Grimaldi… En mayo de 1976, tanto la Corte de Apelaciones de Santiago, como el Juez Militar, cerraron el sumario y se sobreseyó temporalmente la causa…

Las diligencias judiciales impulsadas por la familia, hasta 1978, no arrojaron ningún resultado favorable. La DINA, el Ministerio del Interior y los tribunales chilenos se coligaron, para ocultar –groseramente– el crimen, y asegurar la impunidad…

III

Mi hermano ingresó al MIR entre 1965 y 1966; o sea, prácticamente, desde su fundación. Fue de hecho uno de los militantes fundadores, y al momento de su

muerte era un dirigente reconocido, del Comité Central. Él era importante en el MIR, pero no era de los peces gordos… Yo tengo la impresión de que la DINA no eliminaba a los peces gordos, sino a los peces medios, a los que tenían un determinado comportamiento en la reclusión, a lo que pertenecían a un determinado grupo social (tipo clase media) al que querían impactar e inyectarle miedo… Pero él era importante, y muy importante, para algunas personas y, por supuesto, para nosotros… Al final, era muy complicado juntarme con él. Los lugares de encuentro iban cambiando, siempre eran distintos. Yo pensaba que yo mismo estaba más expuesto que él, y tenía miedo de exponerlo a él. Cada vez fue más difícil juntarnos, pero cada vez que eso ocurría, él era muy afectuoso, incluso conmovedor, a un grado que yo, antes, no había vivido con él. Como que él tenía un nivel mayor de preocupación por mí, por mi integridad, por mi seguridad… era realmente conmovedor. Y eso le pasaba con todo el mundo. Algunos compañeros decían que Juan Carlos se había echado la humanidad entera encima de él. Y siempre preguntaba por los viejos… Yo sentí que había asumido y estaba como dispuesto a que le pasara algo, pero no estaba para nada asustado. Es que él siempre estuvo como subido al carro del «venceremos»… Ante el riesgo que pudiera pasarle algo a él, reaccionaba organizando las cosas de los demás, para disminuir el impacto de su propia eventual caída…

Deberíamos encontrar la verdadera voz de Juan Carlos, sus contenidos y su tono. Y esto es difícil, porque sólo él podía modularla en su contenido propio y en su tono personal. Yo he tratado de encontrar su voz, y lo he intentado, pero lo que obtengo es mi propia voz hablando de mi relación con él… (Testimoniante 59).

Tal vez, la auténtica voz de los compañeros que crecieron y se formaron en un tejido de solidaridad fundamental, y que extendieron después ese tejido a todos los que los fueron rodeando en el tiempo, no es, en sí misma, una voz propia, exclusiva, y por tanto, irrepetible y irreproducible, sino, precisamente, el eco (en contenido, tono y afecto) que quedó vibrando para siempre en todos los que lo amaron, lo conocieron, y continuaron su proyecto social…

Familia Recabarren González

I

«El 29 de abril de 1976, los militantes del Partido Comunista, Manuel Guillermo Recabarren González, su hermano Luis Emilio Recabarren González, y la cónyuge de éste, Nalvia Rosa Mena Alvarado, que presentaba un embarazo de tres meses, junto al hijo de ambos de dos años de edad, fueron detenidos en un operativo montado por agentes de la DINA, en el sector de Santa Rosa con Sebastopol. Unas horas después, el niño fue abandonado en las cercanías del domicilio de sus abuelos paternos. Al día siguiente, 30 de abril, el padre de los afectados, Manuel Segundo Recabarren Rojas, también militante del Partido Comunista y ex presidente de la JAP de San Miguel, salió a realizar gestiones para determinar el paradero de sus familiares. Sin embargo, fue asimismo detenido y trasladado a Villa Grimaldi, lugar desde el cual se le perdió el rastro en agosto de 1976. De ninguno de los cuatro detenidos se ha vuelto a tener noticias. La Comisión está convencida de que la desaparición de todas estas personas fue obra de agentes de la DINA, quienes violaron así sus derechos humanos»

[12]

Al anochecer del 29 de abril de 1976, Ana González miraba una película en la TV («una desagradable película de experimentos con ratas»), cuando, de pronto, sintió llorar a un niño. «Mira, hay un niño llorando en la calle»… El hijo que estaba con ella asintió. Pero el llanto del niño se fue haciendo más fuerte. «Algo le pasa a ese niño»… Entonces el hijo salió, y vio a un niño pequeño aferrado a la reja del jardín… «¡mamá: es "El Puntitooo"…!»… Es así como le decían a su nieto de dos año y medio, que esa mañana había salido de casa con su madre, Nalvia Rosa Mena Alvarado, a visitar una tía. El niño había tocado el timbre de todas las casas, y como nadie le abría, una vecina pensó llevarlo a la Comisaría más cercana… La abuela, Ana González, le preguntó: «¿y dónde están tu mamá, y tu papá?». No se veía nadie en la calle. Y se estaba haciendo tarde. Ana salió con su marido, Manuel Recabarren Rojas, a mirar en el vecindario…

Inspeccionaron calles, restoranes, casas, por si el niño se hubiera extraviado de los padres sin que éstos se dieran cuenta… Volvieron. ¿Qué hacer? «No teníamos plata, ni teléfono, y se acercaba ya el toque de queda»…

Al día siguiente, Manuel se fue temprano a su trabajo, en la Empresa de Agua Potable, donde era concesionario del casino. Como estaba cerca el 1º de mayo, Manuel había decidido hacerles empanadas a los trabajadores, y llevó un canasto con empanadas. Y eran como a las 7.00 A.M. cuando salió de la casa. Poco después, salió Ana. Hacían decidido encontrarse en la empresa donde trabajaba Manuel, para decidir allí qué se podía hacer, sobre la desaparición de Manuel y Nalvia. Ella debió viajar desde el paradero 16 al 85, de Santa Rosa. Cuando llegó al lugar, los trabajadores estaban en la calle y las puertas de la empresa estaban cerradas: era Manuel el que tenía que abrir las puertas, y no había llegado… «Entonces tuve la certidumbre total: Manuel había sido detenido… Volví a la casa, con ganas de gritar, de echar todo abajo, pero me contuve apenas. Llegó entonces una señora, que me informó: «me dijeron que en Santa Rosa con Sebastopol unos agentes detuvieron a dos hombres y una mujer, que la mujer era una joven que llevaba un niño que lloraba. Como ella se resistió, los agentes le dieron un culatazo en el estómago, le quitaron el niño y la metieron a la fuerza en uno de los tres vehículos que utilizaban, más una patrullera de Investigaciones»…

Ana vio después que por debajo de la puerta le habían tirado una nota: «señora Ana: vaya a la Vicaría de la Solidaridad»…

[13]

II

Manuel Recabarren Rojas

«Nuestra historia viene de antes, viene de los padres de Manuel (mi esposo): viene de Manuel y de María, viejos comunistas, que ya habían tenido otras experiencias represivas… Manuel mismo vio como llevaban a su papá entre dos

carabineros a caballo, arrastrándolo por sobre los pozos areneros donde trabajaba… Cuando yo lo conocí, los padres de Manuel y sus seis hijos vivían en una pieza, no en una casa… y ahí dormían todos. La cocina estaba afuera, en el patio. Vivían cerca de la población Bulnes, que queda al norte de la línea férrea que va a Valparaíso. En rigor, vivían en una población callampa en la ribera sur del río Mapocho. Eran, por tanto, extremadamente pobres, por eso Manuel no pudo seguir yendo a la escuela. Según me contó él mismo, había estudiado en el silabario llamado "El Ojo", pero que él había llegado sólo hasta la lección del "Pato", que era como la tercera… cuando se tuvo que retirar, para trabajar y ayudar a sus padres. Durante el día salía lustrar zapatos, y en la noche le sacaba ("las tomaba prestadas") las velas a las animitas que abundaban por esos barrios, para alumbrar la pieza en que vivían. De todo se guardaba algunas "chauchas" para ir a la matiné del domingo.

El papá de Manuel trabajaba sacando ripio y arena del río Mapocho, que estaba a un paso, pero también tenía que ir a sacar arena a la altura de Las Condes, al este de la capital. Manuel hijo tenía que llevarle entonces el almuerzo, y para eso tenía que recorrer, prácticamente, todo Santiago. A pie. Y tenía sólo nueve años. En ese tiempo Las Condes era puro campo, y él recuerda que por allí cantaba un pájaro de mal agüero, que le decían el "tué-tué", y eso a él le daba pánico. Pero el trabajo se puso tan malo que el padre de Manuel tuvo que irse al sur, a Cauquenes, de donde era oriundo él y su familia. Tiempo después tuvo también que devolverse… Cuando su padre se fue, Manuel chico tuvo que hacerse cargo de la casa, porque su hermana mayor se había casado. La mamá (María) era lavandera, y era ayudada en eso por las hermanas menores, que eran muy pequeñas, así que tenían que poner una piedra para pararse y alcanzar la artesa… Como eso no le rendía mucho, María decidió ir a conversar con Volodia Teitelboim, a quien le lavaba la ropa, y le dijo si podía conseguirle algún trabajo a su hijo Manuel en el diario El Siglo… Y así Manuel entró a trabajar en ese periódico, pero para barrerlo con «la rubia» (es decir: la escoba). Y como había sido educado para trabajar duro y ser responsable, se destacó rápidamente por su empeño. Al verlo así, los maestros comenzaron a enseñarle el trabajo de las prensas, y poco a poco se fue convirtiendo en un maestro prensista. Y después comenzó a aprender más aún leyendo los libros que imprimía... Cuando vino la represión de González Videla y la reclusión en Pisagua, Manuel tuvo que salirse de El Siglo, pero siguió trabajando en una imprenta clandestina que estaba cerca de su casa, y fue uno de los maestros

prensistas que imprimió el Canto General, de Neruda, una edición de 500 ejemplares, que tuvo que distribuirse a mano, porque Pablo Neruda estaba siendo perseguido y andaba clandestino… Neruda salió del país y llegó a París. Y habiendo ido a un evento donde se hacía un homenaje a Picasso, conversó con él, y Neruda le pasó el libro al pintor: "te lo regalo… –le dijo– es una edición clandestina"… Pero cuando estaban sentados en una mesa tomando café, Neruda le dice: "¿sabes? Es el único ejemplar que tengo, así que devuélvemelo"… Imaginen lo que le respondería Picasso… Así se cuenta la historia, y así también me gusta a mí…

Yo, en ese tiempo, iba a clases al Liceo Nº 4, que estaba por la calle Recoleta, al norte de Santiago. Y un día que iba pasando por la calle Bulnes, vi unos muchachos que estaban jugando en medio de la tierra, y de repente la pelota con que jugaban llegó a mis pies, y le di el chute y la mandé al medio de donde estaban ellos. Entre los que jugaban estaba Manuel. Yo no lo vi a él, pero él me vio a mí. Me vio, le gusté y –me contó después– de inmediato se enamoró de mí… "Además de linda –pensó él– chutea muy bien"… Tiempo después, yo iba en el primer asiento de la góndola, no me fijé que él iba al lado mío, de pie, y yo, distraídamente, saqué el diario El Siglo, para leer… Él, que ya estaba inscrito en las Juventudes Comunistas, pensó: "y además, lee El Siglo"… Y él se puso todavía más enamorado de mí… Otro tiempo después, cuando yo iba a la Escuela de Artes Aplicadas a estudiar Dibujo, me encontré con él ahí mismo, porque él estaba haciendo estudios de Mueblería. Y me empezó a hablar y a invitarme al círculo de estudiantes comunistas de la Escuela. Me di cuenta que en la Escuela él era conocido y lo querían mucho. Yo también comencé a admirarlo. Y me invitó a las reuniones. Yo no le tuve desconfianza, y fui. Y allí descubrí un mundo nuevo: habían jóvenes, obreros, otros que ya habían salido de la Universidad, y ahí cualquiera presidía las sesiones, y se entregaban informes sobre la situación nacional e internacional… Me di cuenta que en poco tiempo aprendí más que en el liceo. Me gustó la solidaridad que había entre las personas… Me involucré poco a poco, hasta que me enviaron a cumplir una tarea en un local de la población Bulnes, que le decían "La FOCH". Ahí se hacían reuniones, conferencias y también bailes. Yo iba a bailar ahí, y bailando conocí mejor a Manuel. Yo me daba cuenta que él estaba enamorado de mí, pero yo no hallaba qué hacer. Hasta que una amiga me dijo: "se nota que le gustas ¿por qué no andas con él?"… Con el tiempo me enamoré yo también, y ahí empezamos… Y nos casamos un 5 o un 6 de septiembre, no me acuerdo bien del

año… por ahí por 1943 o 1944… nosotros teníamos entre 17 y 18 años de edad… Y nos casamos y tuvimos seis hijos…

Por 1948 lo tomaron preso, en una imprenta clandestina donde estaba trabajando. Estuvo un tiempo detenido. Por suerte no lo llevaron a Pisagua…

Más tarde, ya en tiempos de Allende, Manuel estaba a cargo de las JAP de la comuna de Pedro Aguirre Cerda (en ese tiempo era San Miguel) y yo la encargada de las JAP acá… Durante ese gobierno nos sentíamos siendo partícipes, colaborando desde abajo con las 40 medidas de Allende. Y ahí se involucró toda la familia. En la casa no quedaba nadie, todos trabajábamos en algo, todos colaborando, todos. Yo no tengo ningún complejo de culpa porque en ese tiempo, como todos hacíamos trabajo político en la calle, yo no moví ni un dedo para que las cosas de la casa (comida, barrido, etc.) se hicieran como debían hacerse… Lo dimos todo, y me siento feliz por eso… Manuel andaba siempre trabajando en la Gobernación, solucionando problemas, preocupado de que la producción de alimentos se distribuyera adecuadamente en las poblaciones. El acaparamiento obligaba a gente como Manuel a moverse por todos lados para que los alimentos llegaran y para descubrir los acaparamientos clandestinos. A veces los viejos del partido manejaba mucha mercadería, pero nadie se robaba nada… Un día llegó un tipo a la casa y me dijo: "Manuel le manda estos pollos"… yo se los rechacé, porque no estaban llegando por la vía regular… Y había escasez. Yo tenía en ese tiempo un almacencito, y te juro que yo tenía que partir las cebollas por la mitad para poder venderlas a más gente…

Después del golpe militar siguieron los problemas de abastecimiento, agregados a los de cesantía. La pobreza aumentó. Manuel tuvo que dejar el trabajo en la Gobernación y empezó a trabajar en la Empresa de Agua Potable, donde un cuñado de él operaba como contratista cambiando los medidores. Bueno, ahí se aferró Manuel… Además, hacía trabajo político clandestino, que yo, por supuesto, no conocí»…

III

Luis Emilio Recabarren González

Luis Emilio nació el 6 de febrero de 1947. Tenía 29 años a la fecha de su detención. Vivía en Cantares de Chile Nº 6271, Paradero 16 de Santa Rosa, Santiago. Casado con Nalvia Rosa Mena Alvarado, un hijo. De profesión técnico-gráfico, foto-montajista. Era dirigente de la Asociación de Funcionarios de la Universidad Técnica del Estado. Militante del Partido Comunista.

«Teníamos entonces una academia de modas con mi tía en la calle Santo Domingo 1240, en una casa colonial (ahora es un edificio de cemento y fierro). Fue entonces cuando tuve a un segundo hijo, Luis Emilio, un chiquitito así, que era muy menudito… Mi hija mayor es Anita María, es profesora normalista… ella también tuvo seis hijos… y murió de pena y de cáncer… A Luis Emilio le gustaba mucho leer y ver películas, pero no le gustaba estudiar, ni seguir estudiando... Pensamos en que fuera a una escuela rural para aprender un oficio agrícola, pero no pudimos matricularlo. Ahí se le vino encima el servicio militar. Tratamos que no lo hiciera, y conseguimos una carta de un militar amigo, pero él no la usó y se fue a hacer la guardia a Punta Arenas… Así era él… Pero como era buen lector, conocía bien la política, y a esa altura Manuel padre, que también estaba leyendo, no lo hacía mal. Así que conversaban mucho entre ellos…

Pero, en general, nuestros niños no avanzaron mucho en los estudios… Luis Emilio no salió de las humanidades, pero aprendió el oficio de litógrafo, un poco como su padre, y se fue a trabajar como tal a la Universidad Técnica del Estado. Y cuando llegó allí como rector Enrique Kirberg, y en base a un convenio de la CUT, se abrieron unas clases vespertinas, y allí Luis Emilio pudo completar sus estudios… Durante el gobierno de Allende, él, y todos, como dije, entraron a ayudar. Los jóvenes jugaron un gran papel en ese tiempo: cargaban los camiones, perseguían a los ñatos del mercado negro… Jugaron un gran

papel mis hijos… Cuando vino el día del golpe militar, Luis Emilio se levantó tarde y llegó atrasado a su trabajo en la UTE, y ya había allí una batahola. Ahí tomó la decisión de no entrar al recinto… No cayó preso entonces, y por eso pudo seguir trabajando en cosas políticas, en la clandestinidad…

Luis Emilio conoció a la Nalvia por ese tiempo, porque los dos pertenecían a las Juventudes Comunistas. Y después se casaron… La fiesta de matrimonio fue una de las más lindas que se haya hecho por aquí. Porque cuando empezaron a armar el matrimonio no tenían nada… la nada misma, pero nos conseguimos un fondo y cocinamos una gran porotada. Luis Emilio nos había dicho que iban a venir todos sus amigos… Y cada grupo que llegaba traía un pedazo de carne… Sobró la carne… Llegó también una torta así de alto… Otros amigos trajeron una pianola, un teclado… se juntaron como cuatro teclados… Así que de la nada salió la fiesta más linda que hayamos tenido… A Luis Emilio le encantaban los porotos… pienso que se fue a Punta Arenas a hacer el servicio militar para comer más porotos, pero allá, nada… le daban cordero todos los días. Y cuando volvió, yo quise recibirlo con los brazos abiertos… ¡y le preparé una asado de cordero! ¡Puta que fui huevona!... La Nalvia y el Luis formaron un lindo matrimonio y tuvieron a su hijo pequeño, y no quisieron, durante un tiempo, tener más niños porque querían concentrarse en el trabajo, porque mi hijo decidió, además, dedicarse a hacer negocios. Es que él quería comprarle pronto una casa a la Nalvia, porque, según él, se iba a morir joven, a los 38 años… (y murió a los 29)… Su hijo se llamaba igual: Luis Emilio, pero le decían "el Puntito", para distinguirlo de su padre…

Con su esposa, mi hijo estableció un negocio donde hacían trabajos de imprenta, tarjetas de navidad, etc. Y les iba bien. Ganaba bien. Por eso habían decidido tener un segundo hijo, para que "el Puntito" no se criara solo… La Nalvia era muy hermosa…

Luis Emilio era travieso, sarcástico a veces, pero generoso y buen padre. Era de personalidad fuerte y, por lo mismo, a veces, polémico. Era dirigente de los empleados de la Universidad Técnica, donde trabajaba como foto-litógrafo.

Estudió esa profesión de noche. Después del golpe instaló una oficina que contrataba trabajos de impresión, donde acogió a su hermano Guillermo, de 22 años, que desapareció con él. Además, compraban y vendían papel. La oficina quedaba en la calle Nataniel, a la entrada. Ahí fue a buscarlo Nalvia Rosa aquel día en la tarde, y desde ahí partieron los cuatro para acá. Vivían en esta casa nuestra, que fue extendiéndose por el patio a medida que la familia crecía y crecía. Ellos fueron interceptados aquí cerca, en Santa Rosa con Sebastopol»… (Testimoniante 1).

IV

Nalvia Rosa Mena Alvarado

Nalvia Rosa Mena nació en 26 de agosto de 1955. Tenía 21 años al momento de su detención. Vivía con su esposo en Cantares de Chile 6271, Paradero 16 de Santa Rosa, San Miguel, Santiago. Casada, un hijo, embarazada de tres meses. Dueña de casa. Militante de las Juventudes Comunistas.

Ese día, aproximadamente a las 19.30 horas, Nalvia Rosa, junto a su hijo, luego de visitar a su tía, se dirigió al lugar de trabajo de su esposo, ubicado en Nataniel Nº 47, para, en compañía de él y de su cuñado, Manuel Guillermo, dirigirse a su domicilio común, cosa que hicieron alrededor de las 21:00 horas. Ninguno de ellos llegó a su destino. El único que llegó fue el pequeño Luis Emilio, quien fue abandonado en las cercanías de su casa a las 23.30 horas, aproximadamente, por un sujeto alto y corpulento que se movilizaba en un taxi.

Nalvia era una niña maravillosa, de apenas 21 años, muy trabajadora y con mucha comprensión de los momentos difíciles que se vivían. Tengo la impresión que tenía en su cartera la revista Principios, que estaba súper prohibida por la dictadura. La había prestado y quería traerla ese día para que la leyera Manuel… Ellos querían tener otro niño, para que el Puntito no estuviera solo… Nalvia nació de un matrimonio que vivía en una pequeña casa CORVI con sus

once hijos, gente de raigambre popular, que a todos sus hijos le dieron educación. Después del golpe militar y de lo que le ocurrió a Nalvia, la familia de ella se dispersó. Murió el padre, un hermano se fue a Brasil, otro a Europa y otro que era profesor se suicidó… La madre se vio obligada a emigrar y se llevó con ella al hijo de Nalvia, al Puntito… Hoy este nieto tiene 22 años. Estudia allá, muy lejos, y de vez en cuando viene a visitar a su abuela a Chile, a ver cómo sigue la familia… Y cuando viene, es un alegrón para todos nosotros…» (Testimoniante 1).

Nalvia Rosa Mena, cuando fue capturada por agentes de la DINA y cuando quisieron arrebatarle el niño, se resistió, gritó, suplicó, pero ellos, entonces, le dieron de culatazos –uno de esos golpes fue sobre su vientre– y, en estado inconsciente, fue introducida en uno de los vehículos en que se movilizaban.

Los hermanos Recabarren y Nalvia fueron llevados, desde allí, a Villa Grimaldi…

V

Manuel Guillermo Recabarren González

Manuel Guillermo nació el 18 de septiembre de 1953. Tenía 22 años al momento de su detención. Vivía en Cantares de Chile 6271, Paradero 16 de Santa Rosa, Comuna de San Miguel, Santiago. Casado, dos hijos. De profesión gásfiter. Militante del Partido Comunista.

«El Mañungo era el menor de los hombres, pero tenía una personalidad abismante. Un día, cuando tenía como 10 años, me dijo: “mamá, voy a hacer la primera comunión en la iglesia Cristo Rey”… Yo le dije: “ni tu papá ni yo creemos en Dios, así que ni siquiera te hemos bautizado”… pero él insistió,

diciendo que igual lo iban a bautizar. Yo no sé si hizo o no la primera comunión, pero él era así, como independiente… Pero, de todos modos, entró a las Juventudes Comunistas, y yo no sé dónde. Total, para ser comunista tú no necesitabas tener el carnet oficial del partido... Y él participaba en todo: en las marchas por Viet Nam, iba hacer trabajos en Valparaíso, etc. Incluso estuvo detenido por eso… Pero era como independiente. Un día, cuando era todavía adolescente, estábamos conversando en la mesa, le dijo de repente a Manuel padre: "oye papá, creo que sería bueno que fumaras marihuana, para que sepas lo que es"… Manuel le respondió que nunca lo haría, pero él se quedó moviendo la cabeza, como quien dice… "¡qué anticuado!"… Y fue él, precisamente, quien puso a su hermano Luis Emilio en contacto con la Nalvia, porque militaba junto con el hermano de ella, con quien se hizo amigo inseparable. … Manuel Guillermo estaba casado con la Andrea, con quien vivió un tiempo allá por la población 7 de Noviembre, cerca de la población Bulnes, y tuvieron dos hijos, pero se separaron, por eso Mañungo vivía aquí con nosotros… Lo que pasó fue que él, desde niño, se iba a la población Bulnes donde vivía su abuelo, y de este abuelo fue aprendiendo todo sobre las luchas del pueblo, sobre los trabajadores del norte, y a él le encantaba escuchar las historias de su abuelo… Por eso, como siempre hablaba de las historias que le contaba su abuelo, se fue convirtiendo en mi niño obrerito... Yo lo llamaba así: el "Obrerito", pero fue este obrerito el que me llegó un día a la casa con la catequista de Cristo Rey… Pero era buen padre con sus hijos. Cuando Mañungo desapareció, le traía justamente un paquete de mantillas a su hijito menor… Y siempre me estoy acordando de él, o por mí misma o porque me hablan de él otras personas… Un día, cuando yo iba a la feria, se me acercó un hombre, que me dijo: "compañera Ana, yo sé que el Mañungo no habló en la tortura, porque si lo hubiera hecho, yo estaría preso"… Yo pienso que no es ningún pecado que la gente hable bajo tortura… pero yo creo que tienen que aguantarse lo más que se pueda, a los menos dos días, para que la gente que está afuera pueda tomar sus precauciones… Las torturas que hacen son horribles… Pero yo creo que Mañungo resistió, de todas maneras. Nada pudo haberlo puesto más furioso –pienso yo– que los agentes hubieran tocado, delante de él, a su Nalvia… Se les habría tirado encima»… (Testimoniante 1).

VI

El 30 de abril se interpuso un recurso de amparo ante la Corte de Apelaciones de Santiago a favor de los cuatro miembros de la familia Recabarren. Veinte días después, el Ministro del Interior, general Raúl Benavides Escobar, ofició informando que ese Ministerio no había emitido ninguna orden de detención sobre esas personas, y que la DINA no los tenía registrado en sus listas. El 26 de mayo el Ministro volvió a reiterar esa información. El 18 de junio la familia presentó una denuncia por secuestro en 2do. Juzgado del Crimen de San Miguel. El 26 de Agosto el Ministerio del Interior volvió a repetir la información entregada en mayo. Se tomaron declaraciones a los familiares, pero el 30 de septiembre de 1977 se cerró el sumario y se sobreseyó al causa. El 19 de noviembre de ese mismo año la Corte de Apelaciones de Santiago confirmó la resolución anterior.

Entretanto, Ernestina Elena Alvarado, madre de Nalvia, interpuso una querella contra Nelson Rivas, un funcionario del Ministerio de Defensa, por su calidad de encubridor del delito de secuestro (le había dicho primero que estaban vivos, y después le dijo otra cosa). El Tribunal dio lugar a la querella y el proceso se reabrió con fecha 7 de diciembre de 1977. La investigación concluyó en que Nelson Rivas nunca había trabajado en el dicho Ministerio. El 28 de abril de 1978 se cerró el sumario… Uno de los oficiales del Ministerio que negaron la presencia de ese funcionario allí, el supuesto coronel Cruz, resultó ser después el mismísimo coronel Marcelo Moren Brito, alto funcionario de la DINA. De aquí siguió una engorrosa investigación sobre las conexiones de la DINA con el Ministerio del Interior que, hasta 1992, no había arrojado ninguna claridad taxativa…

VII

«Varios testigos los vieron en Villa Grimaldi, y a raíz de la Mesa de Diálogo salió un listado nacional, y ahí Nalvia Rosa apareció como una de las detenidas que habían tirado al mar, y que a los tres míos los habían enterrado, al principio, en la Cuesta Barriga… Los habían enterrado primero, parece, en una mina de esa cuesta, pero cuando se descubrieron los cadáveres en los Hornos de Lonquén, los milicos se asustaron, y los sacaron de esa mina para esparcirlos y hacerlos desaparecer... Pero sacaron los huesos grandes, no los chiquitos, y por

los chiquitos se supo que allí estuvieron… Fue el año 1979 cuando los desenterraron de allí… Cuando estaban leyendo la lista de esos desaparecidos y nombraron a mi hijo Luis Emilio, se escuchó un grito desgarrador: "¿cómo le pudieron haber hecho eso a mi hermano?"… Era mi hija, que allí mismo se desmayó. Mi hija nunca más volvió a ser la misma… Hasta que le dio un cáncer. Hace dos años que se murió…

El objetivo de ellos, los militares, la policía, es destruirnos, y planifican todo para eso. Y lo hacen… Nosotros, en cambio, nos reunimos y nos reunimos… ¿para qué?... para desunirnos más, porque muchas veces los intereses políticos importan más y no los grandes anhelos de amor, igualdad, de libertad, del ímpetu por luchar por días mejores, porque siempre, en la lucha, hay que sumar, y no restar… Pero los niños y los jóvenes de hoy tienen que aprender de la gran política… Salvador Allende fue cuarenta mil veces más peligroso que Fidel Castro, porque Uruguay, Argentina, Paraguay iban a seguir el mismo modelo… La educación es la base misma de todo para llegar a esa gran política… Y a lo que realmente hay que tenerle miedo es a los politiqueros, a los intereses de los partidos y a los intereses personales de los politiqueros… Contra todos estos huevones hay que luchar hoy»… (Testimoniante 1)

14.

Mario Maureira Vásquez

I

Mario Osvaldo nació el 13 de enero de 1953. Tenía por tanto 23 años a la fecha de su detención. Vivía en la calle Maule 80, Santiago. Casado, dos hijos. Estaba egresado de la carrera de Contabilidad, Instituto Superior de Comercio (INSUCO). Era militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Detenido el 8 de agosto de 1976.

«Nosotros venimos de una familia de obreros, porque mi padre partió trabajando a los 14 años en la Vega, y mi madre vivía en los conventillos de la calle Gálvez. Mi abuelo materno era zapatero, y mi papá, después que salió del asunto de la Vega, entró al rubro del calzado. Y él se fue desarrollando como microempresario, se fue especializando en el diseño del calzado, se independizó y terminó por crear su propia fábrica en la calle Maule Nº 80, donde nacimos todos nosotros. Era una casa grande, y la mitad de la casa era la fábrica. Mi padre tenía ideas de Izquierda, pero más en un sentido social que en un sentido político-partidario. Y él tenía bastante gente trabajando en su fábrica, y se preocupaba por su bienestar. Todo eso le permitió darle a su familia estabilidad y movilidad» (Rodrigo, hermano menor de Mario).

«Y en los almuerzos nos juntábamos mi hermano Gustavo, mi tío, que era socialista, Mario, mi hijo, y yo, y hablábamos de política… Eran conversaciones de risas, de comer ají, de un traguito y ahí comenzábamos a soltarnos… O sea, el ambiente revolucionario estaba en la familia, a pesar de que nosotros éramos católicos. Yo siempre le he dicho a la Silvia, mi señora, que la familia Fariña (del tronco de mi madre) era totalmente hermosa, porque tenía de todo: había tíos socialistas, otros comunistas, había católicos, había de todo, entonces los cabros chicos, el Mario… escuchaban las conversaciones. Y de repente crecieron, 17 años, por ahí, y después 18, pololeo… y al final, miristas los dos…» (Mario Maureira Fariña, padre de Mario).

«Nosotros, con Mario (mi esposo) cantábamos… pero no tocábamos la guitarra. Sólo cantábamos. Yo tenía una voz igual que Libertad Lamarque, esta famosa cantante de tangos argentina… Y Mario era como Hugo del Carril… Y cantábamos en un club donde yo lo conocí a él. Y Marito se aprendía todas las canciones porque mi esposo lo iba a dejar al colegio en bicicleta y mientras pedaleaba le cantaba canciones que el Marito se las aprendía de memoria… y cuando teníamos fiestas en la casa, él se ponía un paño aquí… y atendía a las visitas, tenía mucho sentido del humor y nos hacía reír a todos, porque, además, imitaba las contorsiones de Chaplin»… (Silvia Vásquez, madre de Mario).

«Nos conocimos con Silvia, ella cantaba, yo cantaba, hicimos un grupo artístico, tuvimos una vida de jóvenes muy bonita… Al año apareció Mario, el primer hijo, divino, nos llenó de felicidad… Y lo vi crecer, le enseñé canciones, cantamos juntos, yo andaba en bicicleta con él, íbamos al fútbol…» (Mario, padre).

«Yo tuve seis hijos: Mario, Jano, Marcos, Pato, y los mellizos, Rodrigo y Claudio… Y Mario cantaba muy bonito: tenía la voz de él» (Silvia, madre).

«Mario, por lo que cuenta mi madre, era un joven muy alegre, le gustaban las fiestas, animaba todo y tenía esa facilidad de comunicación que lo destacaba sobre el resto. Tenía naturalmente una condición de líder, era indudablemente una condición innata. Y le gustaba cantar, incluso conoció a Roberto Márquez, del Illapu, e iba a cantar a veces con él. Perteneció a un grupo andino, parecido al que había fundado antes mi padre, y tenía condiciones artísticas que, de haberlas cultivado, pudo haberle cambiado toda la vida, de no haber entrado en la vorágine de la revolución» (Rodrigo, hermano).

«Entre hombres, aunque sean niños, siempre hay un contacto más directo como para decir lo que uno quiere o lo que uno piensa… Una vez me emocionó mucho cuando me dijo: "oye, papá: si Jesucristo dio la vida por los demás ¿por qué no la puedo dar yo también?"… Yo le dije a Silvia, después: "este niño nos va a salir medio revolucionario"… Es que nosotros habíamos nacido católicos. En la familia había una tradición católica, y se hablaba mucho de Jesucristo. Y entre los Fariña habían varios católicos que al mismo tiempo eran socialistas» (Mario, padre).

«Cuando fue creciendo entró al liceo Barros Borgoño, y cuando comenzaron a tomarse el colegio… ahí apareció Mario Maureira para arriba y para abajo, dirigiendo la toma… ¿quién se tomó el colegio? Marito Maureira, con fulanito

de tal y sus amigos… Después entró a estudiar Contabilidad al INSUCO, se recibió de contador… Y era muy buen mozo… se casó a los 18 años y tuvo un hijo» (Silvia, madre).

«Resulta que él se enamoró de una niña súper linda, muy buena moza, buena para reírse y buena para andar con él para arriba y para abajo… El hecho fue que la niña en cuestión, al encontrarse con otro amigo, quedó embarazada… Ella afligida, habló con Mario, y él le dijo: "mira, en esta sociedad cartucha… no importa, ponle al niño el apellido mío, yo no te voy a culpar"… ¿Qué te parece? El crío se llamó Patricio Maureira, que fue hijo de otro hombre, pero que Mario lo aceptó como propio y ahora es nieto de nosotros… Son esos golpes de nobleza los que embellecen la imagen de una persona… Era así, yo, como hombre, me habría gustado haber vivido como él, yo lo admiro» (Mario, padre).

II

«Cuando comenzaron a multiplicarse las tomas de colegios, fábricas, fundos, él se hizo más amigo de mi hermano menor, Gustavo Maureira Fariña y de la pareja de él, la abogado Ivonne Sanz. Estos dos eran militantes del MIR, y con ellos como que Mario se iluminó y se entusiasmó. Mi hermano le decía: "no, termina primero tus estudios, anda a la Universidad y después hablamos». Pero él se negó, se entusiasmó y, a los 16 años, y entró a militar en el MIR" (Mario, padre).

«Bueno, sí, como dice mi papá, Mario entró impulsivamente al MIR, porque él pensó que las cosas había que solucionarlas de inmediato. Y muy rápidamente entró al aparato militar de ese movimiento, y no a la estructura como de inteligencia donde estaba mi tío, que era la parte más intelectual. Y mi tío le insistía que tenía que esperar, que todavía era muy joven» (Rodrigo, hermano).

«Mario era un joven fuerte de carácter. Él era drástico en sus decisiones, y en ese sentido era un político bien definido. Y tal vez por eso, cuando ya la situación se puso difícil, me decía: "mamá, olvídese de mí"… Y yo le decía: "¿cómo se te ocurre decirme eso a mí?"… El era muy realista para sus ideas… Se casó a los 18 años y tuvo dos hijos, bien seguiditos. Ella tenía 19 y también estudiaba Contabilidad, pero ella no militaba. Una vez, cuando su primer niño estaba muy chiquito, les allanaron la casa… Entonces ellos escondieron El Rebelde (el diario del MIR) debajo del colchoncito de la guagua, y como no revisaron la cuna de la guagua, se salvaron… Él nunca quiso que ella militara, para que se concentrara sólo en cuidar los niños» (Silvia, madre).

«Él fue a Cuba en un viaje de estudios… por ahí por 1971 debe haber sido… Y como militante él trabajó en el Cordón Cerrillos, fue uno de los dirigentes de ese cordón, y ahí conoció a Osvaldo Romo, de quien sospechó todo el tiempo que era un infiltrado… Pero antes él había pertenecido al GAP, que cuidaba a Salvador Allende, allí él estuvo encargado de la logística, de la alimentación y de la despensa…» (Mario, padre).

«Él formaba parte del aparato militar cuando estuvo trabajando en el Cordón Cerrillos. Estuvo en el GAP, en la casa de Tomás Moro… Él era karateca, sabía de artes marciales. Parte de eso parece que lo aprendió en su viaje a Cuba… Mario tenía sólo 18 años cuando formaba parte del GAP que estaba en Tomás Moro… Y para hacer todo eso, que era riesgoso, se tuvo que ir de la casa, porque igual el MIR estaba bajo sospecha y era perseguido… Había muchos militantes del MIR que tenían entre 20 y 23 años, eran cabros muy jóvenes… Después, al retirarse del GAP, los militantes de la Fuerza Central tuvieron que anidarse en ciertas poblaciones, buscando apoyo popular. Ahí el Mario se hizo conocido, porque siempre cantaba en las fiestas. Contó una vez que fue asaltado por un delincuente que estaba armado con un punzón, pero él, como karateca, se lo sacó de encima sin problemas. De hecho, en las poblaciones, el MIR luchó contra la delincuencia y la droga»… (Rodrigo, hermano).

«Ya por 1976, me dijo un día Mario: "mamá, me voy a asilar, me quiero de

despedir de usted y de mis hermanos, porque me voy a Suecia"… Y nos despedimos. Y dos días después vemos en la TV que sacaron de la embajada de Bulgaria a varios jóvenes, que un embajador había llamado a la policía y los expulsaron a todos…» (Silvia, madre).

«Ése fue el caso de la embajada de Bulgaria, porque el tipo que estaba encargado en ese momento de la embajada llamó a la DINA y todos tuvieron que salir arrancando… Y fue otra de las oportunidades en que Mario se salvó arrancando. … y esta vez se arrancó también. Se metió debajo de una micro, más allá se subió a ella y el chofer le permitió irse sin pagar, y después lo mismo en un taxi… Él arrancó al principio con su amigo Cornejo, pero a éste lo tomaron en la huida, y después desapareció… Mario se fue a la casa de Santiago Araya, otro amigo que, algún tiempo después, también desapareció… Mario pertenecía al grupo más buscado dentro del MIR… la misión de la DINA era exterminarlos… Y Mario arrancó muchas veces… Y es absurdo que teniendo ya toda esa experiencia, de haber escapado varias veces de los grupo represivos, cayera en una cuestión de paco, que lo detiene para pedirle el carnet de identidad…» (Rodrigo, hermano).

III

Mario Maureira Vásquez fue detenido el 8 de agosto de 1976, cerca de la medianoche, cuando se dirigía caminando junto a dos amigos –Santiago Araya Cabrera y Juan Manuel Carrasco Castro– en las inmediaciones del Paradero 24 de la Gran Avenida, de regreso a su hogar, tras haber comido en un restaurante cercano. Un carabinero de franco los interceptó y les ordenó identificarse. Maureria no llevaba cédula de identidad, por lo que el carabinero lo registró, encontrándole una pistola sin balas, lo que le hizo tratar de huir. El policía comenzó a disparar, y Maureira, que huyó hacia una calle sin salida, fue detenido. Sus dos amigos pudieron escapar. Sin embargo, Santiago Araya ulteriormente también fue detenido, y se encuentra desaparecido desde el 29 de noviembre de 1976.

Pedro Rolando Jara Alegría, que fue detenido por la DINA el 18 de agosto del

mismo año y conducido a Villa Grimaldi, declaró posteriormente que allí había conocido a Mario Maureira: «un joven de 22 años, que había estado en una de las cajoneras, que lo tenían encadenado y lo habían tratado muy mal. Que le pegaban casi todos los días. Que en una ocasión lo habían hecho caminar arrodillado por un camino de piedras». Juan Manuel Carrasco Castro, que había cenado junto a Mario en el restaurante la noche del 8 de agosto, cayó preso después, estuvo en Villa Grimaldi y fue posteriormente expulsado del país a Suecia. Allá, requerido por la justicia sueca, detalló la detención de Mario y su situación en la Villa Grimaldi. También dejaron testimonio sobre la situación de Mario en ese centro de tortura Rosa Elsa Leiva Muñoz.

Ante la represión y desaparición de varios detenidos que fueron vistos en la Villa (siendo el caso más notorios el de la militante comunista Marta Ugarte), el obispo Carlos Gozález Cruchaga le dirigió una carta con fecha 16 de noviembre de 1976 al general Augusto Pinochet, ajuntándole las declaraciones de Rolando Jara Alegría. El dicho general respondió el 6 de diciembre, señalando que las acusaciones de Jara «no tienen fundamento», e incluyendo declaraciones en sentido contraria firmadas (bajo amenazas) por otros presos políticos…

[15].

IV

«Mario tenía una admiradora, que empezó a buscarnos, y una vez yo iba saliendo de una casa, y ella se me acercó, y me dijo: "¡ay, que bueno que la encontré!... y que venía de parte de Mario… yo desconfié… después vino y me dijo que a Mario lo habían torturado tanto, que se desmayó y quedó inconsciente, y que entonces los agentes, creyendo que estaba muerto, lo quemaron, lo echaron en un saco y lo tiraron al mar"… Yo le conté a Mario, mi esposo, y los dos lloramos a mares» (Silvia, madre).

«Esta tipo era una informante, no era amiga de Mario… Pero de toda la información que existe, Mario, en tortura, no entregó a nadie, incluso en el caso

de Santiago Araya, que era su amigo. Santiago cae en grupo de la directiva en clandestinidad del Partido Comunista donde estaba el "chino" Díaz… que cayó en el mes de noviembre… Al parecer, carearon a Mario con Santiago, cuando éste cayó… El problema es ¿qué hacía un mirista como Santiago en la directiva del Partido Comunista?... Al Mario lo buscaban porque era una persona preparada… dentro del grupo en el que estaba. Mi hermano estuvo tres años escondiéndose, escapando de la represión, vivía en poblaciones. Los militantes de la fuerza central, como Mario, claramente, después de 1975, tuvieron que replegarse y esconderse, cada vez en peores circunstancias» (Rodrigo, hermano).

«Mario siguió pensando lo mismo que antes. Aún recuerdo cuando me dijo: «bueno, si hay que hacer algo, hagámoslo ahora. No somos como los políticos, que conversan, transan y espera que la gente se vuelva loca y se muera esprando que se hagan las cosas. Hay que hacer las cosas ahora que estamos jóvenes» (Mario, padre)

«Durante esa clandestinidad Mario conoció y convivió con una compañera que también era militante: la Berta. Ella todavía vive… Los dos estaban fuera de la familia, los dos estaban aislados. Tuvieron que llevar una vida conjunta en la clandestinidad… Lo que pasaba era que la situación era insostenible. El cerco estaba demasiado cerca, ellos no tenían recursos, y de repente Mario no tenía ni zapatos, ni tenían con qué vestirse. La situación, de verdad, era inviable…» (Rodrigo, hermano).

«Lo cierto fue que Mario quedó, al final, muy desamparado… Nos encontrábamos con él, a veces, cuando él avisaba, y el contacto no pasaba más allá de 10 o 15 minutos… una cerveza… "esto pasa papá, esto otro"… y luego desaparecía… Le llamaban el "Pato Malo", por lo que hacía en las poblaciones: perseguir, precisamente a los patos malos, pero además en el MIR comienzan a acusarlo de traidor, empiezan un montón de murmullos… Puchas, el MIR lo tuvo amenazado… ¿por qué?... No sé… A mí no me cabía en la cabeza, pues lo estaban persiguiendo por los dos lados» (Mario, padre).

«Lo que supimos es que hubo una mujer que, dentro del partido, tuvo una pelea con él y luego ella trató de perjudicarlo. Y dijo que Mario era un traidor. Y parece que algunos le creyeron… Él estaba muy dolido y lloraba como cabro chico…» (Silvia, madre).

«Es que en esa situación crítica, a comienzos de 1976, parece que un grupo trató de desvincularse del MIR, acaso, para sobrevivir. Yo no sé bien qué grupo fue y qué pasó exactamente. Mario le mostró a mis padres, una vez, una carta en que el MIR parecía descartarlo a él y a su grupo. Eso, para él, fue una puñalada en la espalda… había una cuestión interna en el MIR, y por eso a ellos les quitaron el financiamiento. Mario estaba en el grupo donde estaba también el "chico" Feliciano… era el que seguía después de él, a medida que iban cayendo…»

V

El 9 de agosto de 1976, Mario Maureira Fariña y Silvia Vásquez Muñoz, interpusieron un recurso de amparo a favor de su hijo. Tuvo una tramitación de siete meses y se falló finalmente el 4 de marzo de 1977. Se pidieron al principio informes al Ministerio del Interior. El general Raúl Benavides proporcionó entonces una información que se repetiría insistentemente a todo lo largo de la tramitación del recurso: que Mario había sido arrestado el 15 de junio de 1976, que había sido conducido al campo de Cuatro Álamos y que al día siguiente había sido puesto en libertad.

La comedia del alto mando militar y de los tribunales chilenos continuó impertérrita hasta el 15 de noviembre de 1990, cuando la Corte Suprema confirmó el sobreseimiento definitivo aprobado antes por la Corte Marcial, terminando así con toda posibilidad de investigar acerca del paradero de Mario Maureira Vásquez.

VI

«Y ahí yo conversé con este caballero, y bueno, yo, como mamá, andaba horrendamente mal… él me dijo que él lo había visto bien, que sí le habían pegado mucho, que lo mantenían en las cajoneras amarrado de pies y manos. Ahí yo supe que estaba en Villa Grimaldi… Y de ahí ya no supe más… Y eso fue lo que me contó ese compañero cuando salió y fue a declarar a la Vicaría de la Solidaridad. Y lo que ellos vieron, mirando a través de las vendas, que a Mario lo sacaron en un auto, y se fueron. Y que nunca más volvió a la Villa Grimaldi…» (Silvia, madre).

Carlos Lorca Tobar

I

«Carlos Enrique Lorca Tobar, casado, un hijo, médico siquiatra, ex diputado por Valdivia, miembro de la Comisión Política del Partido Socialista –quien sufría de úlcera gástrica y problemas graves de coagulación– fue detenido el 25 de junio de 1975, alrededor de las 16:00 horas en la casa ubicada en calle Maule Nº 130, por ocho agentes de la DINA. El domicilio pertenecía a Yolanda Abarca y hasta allí habían llegado los aprehensores alrededor de las 13:00 horas. Ese domicilio constituía un lugar al que Carlos Lorca acudía por razones partidarias. Ese 25 de junio lo hizo acompañado de Modesta Carolina Wiff Sepúlveda, también militante del Partido Socialista. Los agentes permanecieron en ese lugar hasta varios días después de ocurrida la detención de ambos.

Según testimonios prestados por seis personas que a esa hora transitaban por Maule o que encontraban esperando locomoción colectiva en la esquina de Santa Elena… vieron sacar a una pareja, rodeada por cuatro civiles que los mantenían asidos de los brazos. El hombre iba esposado. Ambos fueron subidos a un automóvil Fiat 125 de color rojo, que emprendió marcha hacia Vicuña Mackenna.

Héctor Riffo, que se encontraba a la sazón recluido en Villa Grimaldi, declaró que ese mismo día, alrededor de las 16:00 horas, escuchó que ingresaban al recinto un gran número de vehículos, que hacían sonar sus bocinas. Algunos agentes se bajaron gritando: «¡Lorca!¡Lorca!»… El 3 de julio, cuando Hérctor Riffo fue sacado de la Torre para barrer el patio, vio en una celda, atado a una litera, a Lorca. Por su parte, el detenido Sergio Gajardo, lo ingresaron el 11 de julio a una pieza de madera de 3 x 3 metros, donde había un camarote con tres camas. Gajardo se instaló en la de abajo, pero el guardia le dijo: «ésa no, porque es de Carlos Lorca, súbete a la de arriba». Agregó que al poco rato trajeron a una persona a la primera cama, que él no vio porque estaba vendado, que emitía quejidos… Cuando lo sacaron a barrer el contorno de esas piezas, el testigo escuchó que uno de los guardias dijo: «¡traigan a Lorca!», y vio que lo sacaban entre dos guardias, porque el detenido no podía caminar bien… En septiembre de 1975, al Testimoniante 61, cuando estaba siendo torturado, Osvaldo Romo lo amenazó con colgarlo de los testículos «tal como lo hicimos con Carlos Lorca»…

La operación realizada por la DINA en contra de los dirigentes del Partido Socialista, de sus enlaces y correos, incluyó, entre junio y julio de 1975, aparte de Carlos Lorca, a Exequiel Ponce, Mireya Rodríguez, Modesta Wiff, Rosa Solís Poveda y Sara Donoso. Todos ellos permanecen como detenidos desaparecidos»

[16].

II

«Carlos (y todos nosotros) nació en el seno de una familia de clase media, según como lo mires y según la época. Mi madre, María Enriqueta Tobar Tagle, era una modesta profesora, egresada de las famosas Escuelas Normales de Preceptores –un verdadero lujo en materia de pedagogía para la comunidad popular–, y cuando ella conoció a mi padre enseñaba en una escuela de El Paico, cerca de Melipilla. Ella iba y venía, modestamente, en micros… Mi padre, Enrique Lorca Leyton, en cambio, era vendedor de camisas en la tienda Gath & Chaves, del centro. Una tienda de lujo que existía entonces. Él se había formado en el colegio San Luis, de Antofagasta, y hablaba el inglés

perfectamente (a ese colegio iban los hijos de los potentados ingleses de la zona del salitre), porque mi abuelo, Carlos Lorca Pino, era gerente de personal de la Chile Exploration Company. Desde ese puesto, el abuelo tenía que negociar todos los años con los sindicatos de trabajadores. Hasta que un día decidió aceptar, tal cual, un pliego de peticiones, donde se pedía un 10% de aumento… «ustedes tienen toda la razón», les dijo a los trabajadores. Por supuesto, al día siguiente lo echaron… Y desde entonces se volvió furibundamente comunista, se separó de mi abuela (una señora dueña de fundos, muy reaccionaria, y muy católica), con la que alcanzó a tener dos hijos: mi padre, y una tía. Pero mi abuelo tuvo además tres hijas "por fuera"… Después se enamoró de una compañera comunista, y rehizo su vida»…

Enrique Lorca Leyton –el padre de Carlos–, como dominaba bien el inglés, fue contratado por la embajada británica para traducir los cables de la guerra. Su paso por esa legación le abrió paso a otros niveles laborales y sociales. Estudió tres años en la escuela de Derecho, y después Ingeniería, en la Universidad de Chile. Después de la guerra trabajo en la National Corporation Registred (NCR), una famosa empresa yanqui que fabricaba cajas registradoras. Como allí se destacó, lo trasladaron a Lima, donde la familia vivió durante cinco años. Enrique y María Enriqueta tuvieron cinco hijos: Carlos, Luis, Raúl, Jaime y María Isabel. En Lima los hermanos se educaron en el Almirante Giselle School y luego en el Saint Margaret School, a los que asistían los hijos de la clase media acomodada peruana. Fue un período de holgura. Después de su regreso a Chile, a fines de 1956, el padre de Carlos se incorporó a la Masonería y entró a militar un tiempo en el radicalismo, y en 1958 votó por Jorge Alessandri. La madre de Carlos, en cambio, simpatizó con los principios filosóficos de la Democracia Cristiana, recuperando la vocación católica de la madre de Carlos (padre) y del propio padre de María Enriqueta[17]. Según se puede observar, en la familia matriz de los hermanos Lorca Tobar, confluían las más variadas influencias políticas y culturales: el pragmatismo empresarial y cultural inglés, la tradición católica conservadora y además la renovada, la masonería, y retazos de «comunismo furibundo». Típico de clase media, es verdad, pero, al mismo tiempo, una siembra fértil para desarrollar, sobre ella, un pensamiento libre, multifacético, refinado y, a la vez, ecléctico.

«Carlos nació el 19 de noviembre de 1944… Es como cinco años mayor que yo. Y cuentan que cuando él, siendo niño de ocho años, se lo presentaron a la abuela de mi madre –que tenía una artritis deformante, así que andaba sólo en silla de ruedas–, le tomó la cabeza, le hizo cariño, y dijo: "pobre niño, tan lindo… ¡lástima que va a ser un mártir!"… Imagínate: premonitorio, profético… Esa frase se le grabó para siempre a mi madre, que siempre contaba esa escena… Bueno, Carlos era ya un muchacho físicamente débil, yo no diría enfermizo, pero débil. Había tenido asma, los pulmones hundidos, y era de contextura delgada… Cuando volvimos a Chile, después de 1957, vivimos en condiciones más bien precarias. Tuvimos que arrendar una casa… Mi padre nos colocó a los hombres en el Instituto Nacional, colegio, sin duda, que nos marcó una etapa completa…»

El abuelo materno marcaba una proyecto de vida católico-conservador, el abuelo paterno, en contraste, un proyecto laico, librepensador, de izquierda. Por eso, Carlos, luego de su formación británica en Antofagasta y Lima, y tras la influencia del abuelo paterno, al vivir en Santiago cayó bajo la influencia del abuelo materno y de su propia madre, razón por lo que pasó por un período intensamente religioso: «Íbamos a escuchar misa a la parroquia del Buen Pastor, en Rodrigo de Araya, donde predicaba el cura Sergio Correa. Carlos, que siempre se tomó la vida en serio, iba a escuchar con atención lo que predicaba Correa, que era un cura bonachón, bueno para comer, amigo del gerente del Banco del Estado… así que Carlos se dio cuenta que el cura no practicaba en su vida lo que predicaba en el púlpito… Hasta que un día Carlos me dijo: «no voy más a misa»… yo tenía entonces como 8 o 9 años, y esa decisión de Carlos me pareció a mí muy grave»… Pero de eso se siguió que los hermanos Lorca Tobar comenzaran a visitar, los días domingos, al abuelo paterno, Carlos Lorca Pino. «Íbamos a ver a mi abuelo, Carlos, Lucho y yo. Nos hablaba mucho, de la naturaleza, de la vida, de tantas cosas. Hablaba varios idiomas. Era un tipo medio extraño, pero muy original, culto, auto-didacta, y trabajó toda su vida en compañías mineras. Al morir, estaba estudiando sánscrito»…

Bajo la influencia del abuelo paterno y del Instituto Nacional, Carlos fue desarrollando una gran afición por la lectura y el ajedrez. Muy pronto se fue destacando en el colegio como un alumno versado, brillante. No hay duda que, entre sus muchas lecturas, estuvieron las obras de Marx, Lenin y otros autores. Suficiente como para descubrir las fuentes teóricas del marxismo y del

socialismo. A raíz de eso, Carlos, imitando el trato que Marx le daba a Engels, se dirigía a su hermano llamándolo «ciudadano».

«En ese período nuestra vida se orientó hacia el Partido Socialista… y mi hermano acostumbraba a llamarme "ciudadano", por las cartas de Marx a Engels… Y un día me dijo: "léete este libro, ciudadano", y me pasó el libro de Bertrand Russell, titulado "¿Por qué no soy cristiano?"… Leí el libro, e inmediatamente dejé de ser católico. Así, un tiempo de después nadie más fue a misa. Yo tenía como 14 o 15 años… Y se fue convirtiendo en mi maestro. Él me fue formando a mí. Era un gallo genial… un niño índigo… o un niño azul… Este Carlos era un ciudadano especial, no por su condición de socialista ni de marxista, sino porque él era un gallo especial, un profesor brillante que nunca había estudiado pedagogía… Yo no he conocido ni conoceré a una persona más culta que Carlos Lorca, fue mi maestro, un genio… Fíjate que en ese tiempo se editaban los breviarios del Fondo de Cultura Económica (FCE), Carlos los compró todos y se los leyó todos, absolutamente todos… Y leía sobre música, arte, cine, filosofía, política, de todo. Un día me encontré con el ex Director del FCE, y al presentarme, me dijo: "¡ah! el hermano de Carlos Lorca… el mejor cliente que tuvimos en Chile"… Además, le gustaban los Beatles, el jazz, todo… Pero era un gallo que apenas sabía tomar la micro, porque no sabía ni cocinarse un huevo frito, y no es que fuera súper etéreo, sino que… como que pasó por este mundo por encima de las cosas manuales y terrenales… Pero era débil, tenía plaqueotosis, le sacaban una muela y sangraba y sangraba… era casi una hemofilia… y siendo así, los de la DINA le quebraron los dos brazos, las dos piernas, le metieron pentotal sódico en la vena… Fue un mártir… Y siempre anduvo en micro, nunca tuvo auto, incluso cuando mi papá le ofreció comprarle uno, él se negó. Era un ejemplo de austeridad, de pobreza… dedicó su vida a pensar y a escribir… Se casó con una estudiante de Enfermería, la Gabriela Bravo, militante socialista, y tuvo un hijo, Ricardo… Él estudio Medicina y se especializó en Siquiatría, pero, en un momento dado, decidió no ejercer como médico, para dedicarse a la política» (Raúl Lorca Tobar).

III

Carlos Lorca se empapó, sin duda, de la cultura juvenil de los años sesenta, que se nutrió: a) desde el pasado, de una cierta sensibilidad cristiana frente al problema social, y de la praxis partidaria de la tradición de izquierda y, b) desde el presente, en cambio, se nutrió de la enorme literatura teórica, humanista y no humanista, que acompañó el desarrollo del marxismo y el movimiento revolucionario en todo el mundo, junto al ejemplo de lucha específica que provenía de Cuba y Viet Nam… Dentro del Partido Socialista, donde lideraban los cuadros políticos fogueados en el gobierno del Frente Popular y en los trastornos ideológicos que afectaron a la izquierda parlamentaria chilena durante los años cuarenta y tempranos cincuenta, la figura de un joven idealista y culto, como Carlos Lorca Tobar (y otros jóvenes como él) tenía, sin duda, que destacarse, emanar luces propias, porque traía consigo, no sólo sangre socialista de recambio, sino horizontes culturales y políticos nuevos para la –a esa altura– casi agotada tradición ideológica de la Izquierda chilena…

No es extraño, por tanto, que Carlos Lorca tuviera una refulgente carrera política, a nivel de la juventud en general, dentro de su partido, e incluso al interior de la «clase política» chilena. Sólo que esa trayectoria –sin duda brillante– tuvo que recorrerla en un tiempo extraordinariamente complejo y resbaladizo, que imposibilitó su pleno desenvolvimiento y la madurez de su proyección.

«En 1965 ingresó a la Juventud Socialista, en el marco de un mundo sacudido por la Revolución Cubana y por la lucha del pueblo vietnamita… En 1968 fue uno de los rostros más importantes de la Reforma Universitaria… Ese año fue electo presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Medicina y representante estudiantil ante el Consejo Normativo Superior de la Universidad… En 1969 fue electo Secretario General de la FECH, cuando ésta estaba presidida por Alejandro Rojas. En ese período conoció a una estudiante, Michelle Bachelet, para quien Carlos fue su mentor… Al asumir el presidente Allende, asumió la jefatura de la Brigada Universitaria Socialista. En 1971 fue electo Secretario General de la Juventud Socialista, y como tal defendió con fuerza la naturaleza democrática de los cambios que debía impulsar el gobierno de la Unidad Popular. En 1972 fue electo presidente de la Unidad Popular Juvenil, donde trabajó con Gladys Marín y Alejandro Rojas. Y en las decisivas elecciones parlamentarias de marzo de 1973, Carlos Lorca Tobar fue electo diputado por la provincia de Valdivia, donde alcanzó la segunda mayoría relativa

Algunos días después del golpe militar, Carlos se integró al equipo de la Dirección Interior del Partido, que se constituyó con él, Exequiel Ponce, Ricardo Lagos Salinas, y Gustavo Ruz. Dentro de esa Dirección, Carlos se dedicó, especialmente, al trabajo de relaciones internacionales.

Su tronchada carrera política deja abierta la incógnita de cuál podría haber sido su aporte real a la cultura y orientación políticas del Partido Socialista, y de la Izquierda parlamentaria en general, que, ciertamente, en 1973, vivieron el trágico agotamiento de su línea política tradicional. ¿Habría aceptado Carlos Lorca el tipo de «renovación socialista» que contribuyó a consolidar la democracia neoliberal de 1990?

IV

«Él sabía que lo iban a matar, pero él no se iba a ir, aunque tenía visa para irse a cualquier país del mundo, incluso a Estados Unidos… Mi madre le dijo que se fuera, y le agregó: "hazlo por tu hijo"… y él le respondió: "no, me quedo, y por todos los niños de Chile"… Al final estaba muy diezmado, muy enfermo, tenía una pierna como gangrenada, y comía muy poco. Lo vio una doctora y le aconsejaron que se tratara afuera, en otro país. Se negó… Se juntaban con mi mamá en el Cajón del Maipo, donde le daban mayor alimentación… Pero el tomó la clandestinidad con mucha rigurosidad, y fue así que nunca más lo vi yo... En marzo de 1974 escribió un documento donde planteó que se debía construir la fuerza dirigente del pueblo mismo, como único medio de asegurar la resistencia y la victoria. Allí también hace una fuerte autocrítica a la Izquierda, y esto le valió la crítica de los viejos dirigentes, algunos de los cuales estaban asilados en la embajada de Italia… Creía que era absolutamente necesaria la concertación de todas las fuerzas del pueblo, incluyendo la Democracia Cristiana y hasta el MIR. Los invitó a todos a conversar, y se reunió varias veces con Miguel Enríquez» (Raúl Lorca)

[19].

V

«El 23 de octubre de 1977, en un sitio eriazo de la comuna de La Florida, fue encontrado el cadáver de Juan René Muñoz Alarcón, con múltiples puñaladas. Pocos meses antes, él había concurrido a la Vicaría de la Solidaridad, donde entregó un testimonio de su paso por la DINA. Contó que, luego de su rol como encapuchado en el Estadio Nacional «se me puso en libertad, a condición de que cooperara, y se me llevó a la Colonia Dignidad, al interior de Parral. Ahí funciona el Centro de Adiestramiento de Inteligencia Nacional, regido por alemanes nacionalizados chilenos… Participé en la desaparición de algunas personas que estaban en esa propiedad… quiero dejar constancia, jurar si es preciso, que parte de los prisioneros están vivos, en malas condiciones físicas, mucho de ellos al borde de la locura por el tratamiento muy duro que han pasado. Me refiero en especial a Carlos Lorca y a Exequiel Ponce, jefes del frente interno del Partido Socialista. Están en Colonia Dignidad, en el Pabellón 2. Esta gente, hasta el momento, no tiene ninguna posibilidad de salir viva, porque, desde el momento en que se desconoce su detención, es porque eran hombres importantes dentro de la clandestinidad»…»

[20]

***

La Reina, diciembre 18 de 2014.

1 Héctor Vásquez L. (Ed.): Una luz sobre la sombra. Detenidos desaparecidos y asesinados de la Pontificia Universidad Católica de Chile (Santiago, 2010. Alfabeta Ediciones), pp. 102-103.

2 Ibídem, p. 102.

3 Hernán Parada: «El caso Ossa Galdames ¿y se hizo justicia?», en Mensaje Nº

296 (Santiago, 1981), p. 35.

4 Ibídem, pp. 35-37.

5 Héctor Vásquez: op.cit., p. 103.

6 H.Parada: lo.cit., pp. 37-38.

7 Ver: Diario Constitucional.cl, del miércoles 10 de diciembre de 2014, sección Noticias: «Ministro Llanos condena por secuestro y homicidio de detenidos en Villa Grimaldi».

8 Correo de Ángel Sanhueza a Rosa Reyes Ossa, a través de la Red Charquicán, fechado el 31 de agosto de 2014. Reenviado a Gabriel Salazar.

9 Correo electrónico de Hugo Urrastarazu Silva a Carlos Antonio Vergara, esposo de Rosa Reyes Ossa, reenviado a Gabriel Salazar. Fechado en el día 20 de septiembre de 2014.

10 Francisco Miranda: «Sobre la ausencia (de reflexión y de ética)», en Palabra Callejera, del 10 de diciembre de 2014 (http://palabracallejera.bligoo.cl.). El artículo es un comentario sobre el libro editado por Roberto Contreras: Sobre la ausencia (una conversación clandestina y un relato censurado), de Carlos Droguett (Santiago, 2009. Lanzallamas Libros).

11 «Juan Carlos Perelman», en <www.memoriaviva.com>, pp. 1-2.

12 Gobierno de Chile (Ed.): Informe Rettig. Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Santiago, 1991. La Nación), Tomo 2, pp. 545-546.

13 «Morir es la noticia», en <http//memoriaviva.cl>, pp. 6-8.

14 Todos los extractos en cursiva son de la entrevista realizada a la Testimoniante 1 en su casa, en la tarde del 1º de octubre de 2014, por Francisco Vallejos y el autor de este libro.

15 En <www.memoriaviva.cl>, y en <www.vicariadelasolidaridad.cl>.

16 «Carlos Enrique Lorca Tobar», en <www.memoriaviva.com>.

17 Juan Azócar Valdés: «Lorca: de la reforma universitaria a la lucha anti-dictatorial» (Borrador inédito) (Santiago, 2009), pp. 30-31. Material facilitado por Raúl Lorca Tobar.

18 Tomado de «Carlos Lorca», en web.pschile.cl.

19 De la entrevista realizada por el equipo de investigación, el día 15 de septiembre de 2014.

20 Tomado de Juan Azócar Valdés, op. cit., pp. 188-189.

Anexos

Cuadros Estadísticos[1]

Tabla Nº 1:

Estratificación socioeconómica por género

Sector Social	Género	%			
Hombre	Mujer				
Alto	3	2,5%	4	3,3%	5,8%
Media alto	8	6,6%	11	9,0%	15,6%
Medio	41	33,6%	22	18,0%	51,6%
Popular	22	18,0%	11	9,0%	27,0%
Total	74	60,7%	48	39,3%	100,0%

Tabla Nº 2:

Estructura de edad para el año 1973 por género

Edad para 1973	Género	%			
Hombre	Mujer				
0 a 10	1	0,8%	1	0,8%	1,6%
11 a 17	5	4,1%	6	4,9%	9,0%
18 a 25	37	30,3%	27	22,1%	52,5%
26 a 35	21	17,2%	7	5,7%	23,0%
36 a 45	8	6,6%	2	1,6%	8,2%
46 y +	2	1,6%	5	4,1%	5,7%
Total	74	60,7%	48	39,3%	100,0%

Tabla Nº 3:

Ciudad de origen de los Testimoniantes

Ciudad Origen	N°	%
Santiago	70	57,4%
Concepción	6	4,9%
Valparaíso	5	4,1%
Antofagasta	4	3,3%
Rancagua	3	2,5%
Talca	3	2,5%
Puerto Montt	3	2,5%
La Serena	3	2,5%
Iquique	2	1,6%
Talcahuano	2	1,6%
Viña del Mar	2	1,6%
Otros	19	15,6%
Total	122	100%

Tabla Nº 4:

Síntesis del tipo y nivel de estudios alcanzados, por género[234]

Tipo de Estudio	Hombre[31]	Mujer[32]	Total %[33]		
Primario	1	0,8%	0	0,0%	0,8%
Secundario	12	9,8%	6	4,9%	14,7%
Técnico	9	7,4%	4	3,3%	10,7%
Universitario	47	38,5%	38	31,1%	69,6%
Extranjero	30	24,6%	11	9,0%	33,6%
Indeterminado	1	0,8%	2	1,6%	2,4%

Tabla Nº 5:

Caracterización del tipo y nivel de estudios alcanzados, por género[5]

Tipo de Estudio	Hombre	Mujer	%[34]		
Liceo Emblemático	33	27%	13	10,7%	37,7%
Colegio Particular (Religioso)	11	9,0%	10	8,2%	17,2%
Escuela Pública	16	13,1%	7	5,7%	18,8%
Universidad de Chile	23	18,9%	24	19,7%	38,6%
Universidad Técnica Estado	7	5,7%	3	2,5%	8,2%
Universidad de Concepción	8	6,6%	3	2,5%	9,1%
Pontificia Universidad Católica	7	5,7%	4	3,3%	9,0%
Seminario religioso	3	2,5%	0	0,0%	2,5%
Institución Militar	3	2,5%	0	0,0%	2,5%
S/I	8	6,6%	8	6,6%	13,2%
Otros	7	5,7%	4	3,3%	9,0%

Tabla 6:

Primera militancia política y estratificación socioeconómica

	MIR	PS	JS	PC	JJCC	MAPU	DC	JDC	PCR	Sin Militancia	S
Alto	4	3,3%	0	0%	0	0%	0	0%	1	0,8%	0
Medio alto	7	5,7%	4	3,3%	1	0,8%	0	0%	2	1,6%	2
Medio	31	25,4%	12	9,8%	2	1,6%	1	0,8%	7	5,7%	0
Popular	9	7,4%	6	4,9%	2	1,6%	5	4,1%	7	5,7%	0
Total	51	41,8%	22	18%	5	4,1%	6	4,9%	17	13,9%	2

Tabla 7:

Primera militancia política, por género

	MIR	PS	JS	PC	JJCC	MAPU	DC	JDC	PCR	Sin Militancia	S/I	
Hombre	28	23%	17	13,9%	2	1,6%	6	4,9%	10	8,2%	2	1,6%
Mujer	23	18,9%	5	4,1%	3	2,5%	0	0%	7	5,7%	0	0%
Total	51	41,8%	22	18%	5	4,1%	6	4,9%	17	13,9%	2	1,6%

Tabla 8:

Rol orgánico desempeñado en la militancia antes de la detención, por género[6]

Rol orgánico en militancia política[35]	Hombre	Mujer	Total		
Trabajos Voluntarios	15	12,3%	13	10,7%	23%
Frente Poblacional	13	10,7%	15	12,3%	23%
Frente Campesino	5	4,1%	4	3,3%	7,4%
Frente Obrero	26	21,3%	12	9,8%	31,1%
Frente Estudiantil Secundario	15	12,3%	9	7,4%	19,7%
Frente Estudiantil Universitario	19	15,6%	9	7,4%	23%
Frente Militar	9	7,4%	5	4,1%	11,5%
Frente electoral (campañas)	6	4,9%	5	4,1%	9%
Cargo Político Administrativo Estado	8	6,6%	8	6,6%	13,2%
Cargo Político Partido	27	22,1%	9	7,4%	29,5%
Tareas Infraestructura	5	4,1%	8	6,6%	10,7%
Propaganda y Comunicaciones	18	14,8%	8	6,6%	21,4%
Enlace	3	2,5%	5	4,1%	6,6%
Militancia Base	1	0,8%	0	0%	0,8%
S/I	2	1,6%	6	4,9%	6,5%

Tabla 9:

Año de detención según la militancia política

Fecha Detención	Militancia política							
MIR	PS	PC	DC	MAPU	PCR	Sin Militancia	Total 9
1974	12	9,8%	0		2	1,6%	0
1975	42	34,4%	20	16,4%	15	12,3%	2
1976	5	4,1%	3	2,5%	0		0
1977	2	1,6%	0		0		0
1978	1	0,8%	0		0		0
Total	62	50,8%	23	18,9%	17	13,9%	2

Tabla 10:

Año de la detención y su duración en Villa Grimaldi

Fecha Detención	Tiempo Detención Villa Grimaldi			
1 día	2 a 6 días	7 a 30 días	Más de 1 mes	S/I
1974	1	0,8%	3	2,5
1975	5	4,1%	5	4,1
1976	2	1,6%	2	1,6
1977				
1978				
Total	8	6,6%	10	8,2

Tabla 11:

Otros centros de tortura donde fueron trasladados

los sobrevivientes de Villa Grimaldi entre 1973 y 1990[7]

Otros Centro de Tortura[36]	Número de personas	%
Cuatro Álamos	101	82,8%
Venda Sexy	9	7,4%
Regimiento Tacna	6	4,9%
José Domingo Cañas	5	4,1%
Clínica Santa Lucía	5	4,1%
Estadio Chile	5	4,1%
Estadio Nacional	5	4,1%
Cuartel Investigaciones	5	4,1%
Cuartel Silva Palma	4	3,3%
Lugar N.N.	4	3,3%
Regimiento Maipo	4	3,3%
Londres 38	3	2,5%
Escuela Suboficiales Carabineros	2	1,6%
Capuchinos	2	1,6%
Colonia Dignidad	2	1,6%
Base Naval Talcahuano	2	1,6%
Cuartel Borgoño	2	1,6%
Academia Guerra Aérea (AGA)	2	1,6%
Isla Quiriquina	2	1,6%
Cañal Bajo	2	1,6%
Tejas Verdes	2	1,6%
Calle Dieciocho	2	1,6%
Regimiento Buin	2	1,6%
Cuartel Investigaciones Valparaíso	1	0,8%
Correccional Santiago	1	0,8%
Regimiento Caballería Valdivia	1	0,8%
Cárcel Valparaíso	1	0,8%
Cárcel de Santiago	1	0,8%

Regimiento Curicó	1	0,8%
Cuartel Investigaciones Arica	1	0,8%
FF.EE. Concepción	1	0,8%
Estadio Regional	1	0,8%
12° Comisaria Gran Avenida	1	0,8%
Cárcel de San Antonio	1	0,8%
Ministerio de Defensa	1	0,8%
Cárcel Pública	1	0,8%
Regimiento de Puente Alto	1	0,8%
Cuartel Investigaciones Puente Alto	1	0,8%
Cárcel de San Bernardo	1	0,8%
FAMAE	1	0,8%
Comisaría Fach	1	0,8%
Comisaría Las Tranqueras	1	0,8%
Pabellón Incomunicados PDI	1	0,8%
Hogar Menores de Carabineros	1	0,8%
Cerro Chena	1	0,8%
FACH	1	0,8%
Penitenciaria	1	0,8%
Base Naval Concepción	1	0,8%
Estadio Regional Concepción	1	0,8%
Cárcel Concepción	1	0,8%
Estadio El Morro	1	0,8%
Clínica clandestina N.N.	1	0,8%

Tabla 12:

Otros centros de detención –en libre plática– donde fueron trasladados

los sobrevivientes de Villa Grimaldi

Otros Centro Detención	Número de personas	%
Tres Álamos	99	81,1%
Puchuncaví	41	33,6%
Pirque	11	9%
Pisagua	1	0,8%
Chacabuco	1	0,8%
Ritoque	1	0,8%
Comisaría Carabineros Concepción	1	0,8%
Cárcel Valparaíso	1	0,8%
Hospital Sótero del Río	14	0,8%
Cárcel Pública de Santiago	3	2,5%
Cuartel de Investigaciones Stgo	3	2,5%
Penitenciaría	1	0,8%
Cárcel de Talca	1	0,8%
Comisaría de San Miguel	1	0,8%
Cárcel de Mujeres	1	0,8%

Tabla 13:

Primer país de destino del exilio de los sobrevivientes de Villa Grimaldi

Primer País de Exilio	Número de personas	%
Suecia	19	15,6%
Inglaterra	13	10,7%
Francia	13	10,7%
Estados Unidos	8	6,6%
Alemania	6	4,9%
Bélgica	5	4,1%
Canadá	5	4,1%
Venezuela	4	3,3%
Argentina	3	2,5%
Cuba	2	1,6%
Noruega	3	2,5%
Colombia	3	2,5%
Suiza	1	0,8%
Italia	2	1,6%
Bolivia	1	0,8%
Holanda	2	1,6%
México	2	1,6%
Austria	1	0,8%
Panamá	1	0,8%
Ecuador	2	1,6%
Uruguay	1	0,8%
Australia	1	0,8%
Sin Exilio	24	19,7%
Total	122	100%

Tabla 14:

Años de salida al exilio y retorno al país de los sobrevivientes de Villa Grimaldi

Fecha	Exilio	Retorno		
Casos	%	Casos	%	
1974	1	0,8%	0	
1975	15	12,3%	0	
1976	59	48,4%	1	0,8%
1977	13	10,7%	0	
1978	4	3,3%	0	
1979	2	1,6%	4	3,3%
1980	0		1	0,8%
1981	1	0,8%	1	0,8%
1982	1	0,8%	5	4,1%
1983	0		0	
1984	0		2	1,6%
1985	0		4	3,3%
1986	0		3	2,5%
1987	0		6	4,9%
1988	0		4	3,3%
1989	0		8	6,6%
1990-1999	0		26	21,3%
2000-2011	0		7	5,7%
S/I	2	1,6%	1	0,8%
Subtotal	98	80,3%	73	59,8%
No salida	24	19,7%	–	–
No retorno	–	–	25	20,5%

1 Fuente: Las 14 Tablas que integran este anexo se construyeron en base a los 122 testimonios directos de los sobrevivientes de Villa Grimaldi y que se encuentran en su Archivo Oral. Por ello es que, salvo en las tablas que se indica lo contrario, el total corresponde a 122.

2 Cuatro hombres sólo registran estudios en el extranjero, dejando 26 casos que estudian en más de una categoría.

3 En el caso de las mujeres, hay un caso que sólo estudia en el extranjero y 13 que registran más de un tipo de estudio.

4 Los porcentajes se calcularon en relación al total de los 122 Testimoniantes.

5 Los porcentajes se calcularon en relación al total de los 122 Testimoniantes.

6 En los casos de que los Testimoniantes que desempeñaban más de un rol, se fueron sumando sus actividades militantes en las diversas áreas.

7 Su calificación como centro de tortura corresponde a la experiencia recogida en el testimonio. Ello hace calificar de tal a algunos centros de detención.